

LOS CUARENTA Y CINCO

ALEJANDRO DUMAS

Distribución Exclusiva de SELECCIONES EDITORIALES

Muntaner, 467 - Barcelona-6 (España)

© 1969

by Selecciones Editoriales

Depósito legal: M. 16.128 -1969

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Talleres Gráficos de Ediciones Castilla, S.A.- Maestro Alonso, 21 -Madrid

CAPITULO I

LA PUERTA DE SAN ANTONIO

Etiam si omnes.

A las diez de la mañana del 26 de octubre de 1585 no se habían abierto aún las barreras de la puerta de San Antonio.

A las diez y tres cuartos, un piquete de unos veinte suizos, cuyo uniforme daba a entender que pertenecían a los pequeños cantones, es decir, a los más fieles partidarios de Enrique III, desembocó por la calle de la Mortellerie hacia la puerta de San Antonio, la cual se abrió, volviendo a cerrarse luego de haberles dado paso. En la parte exterior de dicha puerta los suizos se alinearon a orillas del soto que por aquel lado cercaba las dos líneas del camino.

Su aparición hizo entrar en la ciudad antes de las doce a gran número de paisanos que a ella se encaminaban desde Montreuil, Vincennes y Saint-Maur, operación que antes no habían podido llevar a efecto por hallarse cerrada la puerta.

En vista de la referida aparición del piquete, pudo pensarse que el señor preboste intentaba prevenir el desorden que era fácil tuviese lugar en la puerta de San Antonio con la afluencia de tanta gente.

En efecto, a cada momento llegaban, por los tres caminos convergentes, religiosos de los conventos circunvecinos: mujeres que cabalgaban en lucidos asnos, labradores tendidos en sus carretas que penetraban por entre aquella masa ya considerable, detenida en la barrera por la clausura inesperada de las puertas, que nada tenían que ver con la mayor o menor prisa de los que a ella acudían, formaban una especie de rumor semejante al bajo continuo de la armonía, al paso que algunas voces, dejando el diapasón general, subían hasta la octava para expresar sus amenazas o sus quejas.

Fácil era observar al mismo tiempo, además de aquella masa compuesta por los que aspiraban a penetrar en la ciudad, algunos grupos particulares que al parecer habían salido de ella, pues en vez de dirigir sus miradas al interior, devoraban, al contrario, todo el horizonte, cerrado por el convento de los jacobinos, por el priorato de Vincennes y por la Cruz Faubin, como si por alguno de estos tres caminos en forma de abanico debiese aparecer un nuevo Mesías.

Hubieran podido compararse los últimos grupos a los tranquilos islotes que se elevan en medio del Sena, mientras a su alrededor separan de su base las inquietas aguas, y los pedazos de césped, y algún ramo de sauce que se desliza por la corriente luego de haber oscilado algún tiempo entre los remolinos.

Dichos grupos, que tanto llaman nuestra atención, porque efectivamente la merecen, se veían compuestos en su mayor parte de vecinos de París, herméticamente encerrados entre sus bragas y jubones, porque el tiempo estaba frío, soplaba un cierzo delicioso, y gruesas nubes que se arremolinaban muy cerca de la tierra, parecía que iban a despojar a los árboles de las últimas y amarillentas hojas que se agitaban tristemente en sus ramas.

Tres de los vecinos referidos hablaban en amor y compañía, o mejor dicho, platicaban

dos de ellos y escuchaba el tercero. Esto tampoco es exacto: el tercero ni aun parecía escuchar, porque sus cinco sentidos se hallaban fijos en el camino de Vincennes.

Era este sujeto de alta talla cuando se mantenía derecho, pero en el momento en que nos ocupa, sus largas piernas, de las cuales no sabía qué hacerse cuando no las empleaba en su natural y activo destino, estaban como replegadas debajo de su cuerpo, en tanto que sus brazos, de no menor extensión que sus piernas, se cruzaban sobre el jubón. Recostado en la cerca del soto, conservaba su rostro cubierto con una mano como un hombre que no desea ser conocido, arriesgando solamente un ojo, cuya mirada penetrante atravesaba entre los dedos, separados por la distancia estrictamente necesaria que daba paso a la vista.

Inmediato a tan extraño personaje, un hombrecillo subido sobre un cerro conversaba con otro muy gordo que apenas podía sostenerse en la pendiente del mismo, y que a cada traspies que daba se sostenía agarrado a los botones del jubón de su interlocutor.

Y éstos eran los otros dos vecinos de París que con el personaje mudo componían el número cabalístico *tres*, anunciado.

—Sí, Mitón —decía el hombrecillo al gordo—; habrá hoy cien mil personas alrededor del cadalso de Salcedo... cien mil por la parte más corta, y esto sin contar las que están a estas horas en la plaza de Gréve, o que concurren a ella de los diversos barrios de París. Ya veis cuántas hay aquí, y eso que ésta no es más que una puerta: juzgad las que entrarán por las otras quince puertas.

—Cien mil son muchas personas, compadre Friard —respondió el hombre gordo—, creed que no pocos seguirán mi ejemplo y no irán a ver descuartizar a ese desgraciado Salcedo por temor de algún jaleo, en lo cual obrarán con mucho tino.

—Cuidado con lo que dice, señor Mitón —replicó el hombrecillo—, porque está usted hablando como un político. Le aseguro que nada habrá, nada absolutamente.

Y notando que su interlocutor sacudía la cabeza con un gesto de duda:

—¿No es verdad lo que acabo de decir, señor mío? —añadió volviéndose hacia el hombre de largos brazos y descomunales piernas, quien en vez de continuar mirando hacia el lado de Vincennes, aunque sin separar la mano de la cara, acababa de hacer un cuarto de conversión, eligiendo la barrera por punto de vista con la más escrupulosa atención.

—¿Qué? —preguntó como si sólo hubiese oído la pregunta que se le hacía y no las palabras que habían precedido a la interpelación y a las cuales debía responder el otro vecino.

—Decía que nada acontecerá hoy en la Gréve.

—Creo que os engañáis y que por el contrario acontecerá algo, toda vez que van a descuartizar a Salcedo —replicó tranquilamente el hombre de los brazos largos.

—Sin duda, pero sostengo que no habrá el más leve ruido con motivo de ese suplicio.

—Habrá el ruido de los latigazos que reciban los caballos. —Veo que no me habéis comprendido; por ruido entiendo yo el motín, y así digo que hoy no habrá motín, fundándome en que si abrigase la menor sospecha, no hubiera mandado el rey adornar un aposento en la Casa Ayuntamiento para asistir al suplicio en compañía de las dos reinas y de mucha parte de la corte.

—¡Y qué! ¿Acaso saben los reyes cuándo ha de haber motines? —contestó, alzando los

hombros y con tono de piedad, el hombre de largos brazos y de largas piernas.

—¡Hola! ¡hola! —dijo Mitón inclinándose al oído de su interlocutor—: he ahí un hombre que habla de un modo particular. ¿Le conocéis?

—No por cierto —contestó el hombrecillo.

—¿Y por qué le habláis?

—¡Toma! por hablarle y nada más.

—Hacéis mal, porque ya debéis haber conocido que no es amigo de conversaciones.

—Y no obstante —observó el compadre Friard en tono bastante alto para que pudiese oírle el hombre de los brazos largos—, me parece que la comunicación es uno de los grandes goces de la vida.

—Sí; la comunicación con aquellos a quienes conocemos bien —repuso el tío Mitón—, pero no con los desconocidos.

—¿No somos hermanos todos los hombres, como dice el cura de Saint-Leu? —murmuró el compadre Friard con tono persuasivo.

—Es decir, que en los tiempos primitivos todos los hombres eran efectivamente hermanos, pero en nuestra época, amigo Friard, se ha relajado mucho el parentesco. Hablad, pues, conmigo, si es que os empeñáis decididamente en hablar, y dejad que ese extraño se entregue a sus cavilaciones.

—Es que yo os conozco hace bastante tiempo, y por consiguiente me figuro de antemano lo que vais a responderme, al paso que este desconocido me dirá tal vez algo de nuevo.

—Callad... parece que os está escuchando.

—Mejor, porque, si me escucha, tal vez me responderá.

Ea, pues, señor mío —prosiguió el compadre Friard dirigiéndose al desconocido—, ¿creéis que hoy habrá jarana en la Gréve?

—¡Yo!... Nada de eso he dicho.

—Tampoco sostengo que lo hayáis dicho —agregó Friard procurando dar a su entonación un eco de finura—; lo que creo es que así lo opináis.

—¿Y en qué os fundáis para abrigar tal creencia? ¿Sois brujo, señor Friard?

—¡Toma! Pues me conoce —exclamó éste con el mayor asombro—. ¿Y de cuándo? ¿Y de qué?

—¿No he pronunciado yo vuestro nombre dos o tres veces? —dijo Mitón fingiendo avergonzarse de la escasa inteligencia de su amigo.

—Cierto, cierto —replicó Friard haciendo un esfuerzo para comprender las palabras de su compadre—. Eso es, no hay duda; eso, eso, y supuesto que me conoce me contestará seguramente. Como decía, señor mío —prosiguió hablando con el desconocido—, yo creo... que vos creéis... que hoy habrá ruido en la plaza de Gréve, porque, si no lo creyeseis, estaríais ya en ella, cuando por el contrario os halláis aquí, y... ¡Ah!...

Aquel ¡ah! probaba que el compadre Friard había llegado en sus deducciones hasta el límite más remoto de su lógica y su talento sublime.

—Y vos, señor Friard, toda vez que pensáis lo contrario de lo que creéis que yo pienso —respondió el desconocido—, ¿por qué no os encontráis a estas horas en la plaza de Gréve? Me parece que el espectáculo que en ella va a celebrarse es harto divertido para

que los amigos del rey se regocijen en contemplarlo. Tal vez me digáis, en vista de mis razones, que no pertenecéis al número de los amigos del rey, sino al de los del señor de Guisa, y que esperáis aquí a los de Lorena, quienes, según se dice, tratan de invadir a París para libertar a Salcedo.

—¡Qué decís!... Nada de eso es cierto —contestó con viveza el hombrecillo asustado de las suposiciones del desconocido—: os habéis engañado de medio a medio: espero a mi mujer, la señora Nicolasa Friard, que ha ido a llevar veinticuatro sabanillas de altar al priorato de los jacobinos, pues tiene la honra de ser lavandera particular de don Modesto Gorenflot, abad del referido priorato. Pero, volviendo al asunto del jaleo de la Gréve de que hablaba mi compadre Mitón y en el cual ni vos ni yo creemos, según habéis dicho...

—Compadre, compadre, observad lo que pasa —dijo Mitón.

Y siguiendo la dirección indicada por el dedo de su amigo, vio que además de las barreras, cuya clausura preocupaba ya seriamente los ánimos, cerraban asimismo la puerta principal.

Al mismo tiempo una parte del destacamento de suizos se estableció delante del foso.

—¿Qué quiere decir esto? —exclamó Friard pálido como un muerto—. ¿Conque no tienen bastante con las barreras, sino que también nos cierran la puerta?

—Lo que yo os decía —agregó Mitón palideciendo a su vez.

—¡Qué chasco tan gracioso, eh! —dijo el desconocido riendo a carcajada tendida.

Y al tiempo de reírse mostró entre su bigote y su barba dos hileras de dientes blancos y agudos, que parecían maravillosamente afilados por la costumbre de servirse de ellos cuatro veces cada día al menos.

La muchedumbre compacta que se agolpaba junto a las barreras hizo oír un sordo murmullo de asombro, y poco después arrojó gritos de espanto.

—¡En círculo, en círculo! —exclamó con voz imperiosa un oficial.

Operación que se ejecutó al punto no sin dificultades, porque los que habían llegado a caballo y en carretas, viéndose forzados a retroceder, aplastaron aquí y acullá y ocasionaron a derecha e izquierda bastante desorden y desgracias.

Las mujeres chillaban, juraban los hombres, y cuantos podían escapar huían atropellándose y derribándose unos a otros.

—¡Los de Lorena! ¡los de Lorena! —se oyó gritar en medio de aquel tumulto.

La más terrible palabra tomada del pálido vocabulario del miedo, no podía producir allí a la sazón un efecto más pronto y decisivo que este grito:

—¡Los de Lorena!

—¿Oís? ¿oís? —exclamó Mitón tembloroso—. ¡Los de Lorena! ¡Los de Lorena! Huyamos.

—¡No hay más que huir! ¿por dónde? —preguntó Friard azorado también.

—Por este vallado —repuso Mitón lastimándose las manos por agarrarse a los espinos de la cerca, sobre la cual estaba muellemente recostado el desconocido.

—Es más fácil eso de decir que de hacer, tío Mitón, pues no diviso el menor agujero para meternos ahí dentro, y no pretenderéis pasar por encima de la cerca, que es más alta que nosotros.

—De eso trato precisamente —respondió Mitón haciendo esfuerzos para lograrlo.

—Cuidado, cuidado, buena mujer —exclamó Friard, cual si hubiera perdido la cabeza—, vuestra borrica me pisa los talones. ¡Eh! Caballero, mirad lo que hacéis, pues vuestro caballo va a aplastarme a coces. ¡Por vida de...! carretero, ¿no ves que las varas de tu carreta me están quebrando las costillas?

Mientras el tío Mitón trepaba por la cerca para pasar al soto, y que su compadre Friard buscaba en vano algún agujero con objeto de evitar todo peligro al hacer lo mismo, púsose en pie el desconocido, abrió con sosiego sus largas piernas, y haciendo un movimiento semejante al de montar a caballo, se encontró al otro lado de la cerca.

El tío Mitón le imitó, aunque rasgando el calzón por tres sitios, pero no sucedió lo mismo al compadre Friard, quien al ver que ni por encima de la cerca, ni por otra parte podía pasar, arrojaba lastimeros clamores, hasta que al fin extendió su brazo el desconocido, le cogió por la gorguera y por el cuello del jubón, y levantándole en alto, lo trasladó desde el camino al vallado con la misma facilidad que si hubiera sido un muñeco.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! —exclamó el tío Mitón en extremo regocijado con semejante espectáculo y siguiendo sin pestañear la ascensión y descenso de su amigo Friard—: os parecéis a la bandera del gran Absalón.

—¡Válgame Dios! —dijo Friard al tocar tierra firme—; dejad que me parezca a todo cuanto os plazca, supuesto que ya me veo dentro del soto por la ayuda de este buen caballero.

Enderezándose en seguida para mirar al desconocido, a cuyo pecho apenas llegaba, continuó diciendo:

—¡Cuánto os debo por lo que habéis hecho en mi favor! Sois un verdadero Hércules; yo lo digo, yo, bajo palabra de honor y a fe de Juan Friard; vuestro nombre, señor mío, el nombre de mi... libertador, el nombre de mi... amigo.

Y el buen hombre pronunció efectivamente esta última palabra con toda la efusión de un alma profundamente reconocida.

—Me llamo —respondió el desconocido— Roberto Briquet; servidor vuestro.

—Y confieso en voz alta que me habéis prestado un servicio eminente, señor Roberto Briquet. ¡Oh! Mi mujer os colmará de bendiciones; pero... a propósito, mi pobre mujer... ¡Dios mío! ¡Dios mío! La van a ahogar en esta infernal batahola. ¡Malditos sean los suizos que sólo aprovechan para aplastar al género humano!

No bien había dado fin a este apostrofe Friard, cuando sintió caer sobre su hombro una mano tan pesada como la de una estatua de piedra. Volvióse para ver quién era el osado que se tomaba con él semejante libertad, y ¡cuál fue su asombro al notar que aquella mano era la de un suizo!

—¿Vos querer morir, mi buen amigo? —preguntó el soldado.

—¡Estamos vendidos y cercados! —exclamó Friard.

—Sálvese el que pueda —chilló Mitón.

Y gracias a que habían pasado la cerca y tenían ancho espacio por donde correr, ambos amigos se largaron, al paso que el hombre de largos brazos y largas piernas observaba sus movimientos con malignas miradas y silenciosa sonrisa, hasta que habiéndolos perdido de vista se aproximó al suizo, que acababa de ser colocado allí de centinela.

—Según parece —le dijo—, no tenéis mala mano.

—Non ser entieramente mala.

—Tanto mejor, sobre todo si, como se afirma, llegan hoy los de Lorena.

—¡Oh! Non sinorr. Non vendrán.

—¿Que no?

—De ninguna maniera.

—¿Y por qué motivo se ha cerrado la puerta? Por Dios que no entiendo...

—Ni zeneis necesitaz di comprenderr... —replicó el suizo riéndose de su propia chulada.

—Es justo, camarada, muy justo —dijo Roberto—; gracias, gracias.

Y se apartó del suizo para acercarse a un grupo no lejano, mientras el digno hijo de la Helvecia murmuraba después de haberse reído a su gusto:

—Bei Gott! Ych glaube er spottet meiner... Was ist das viir ein Mann, der sich erlanlet ein Schweitzer seiner konighche magestaet auszulachen?

Lo cual, traducido, significa: ¡Ira de Dios! Parece que ha querido burlarse de mí. ¿Y quién es ése que se atreve a hacer mofa de un suizo de Su Majestad?

Se componía uno de los grupos estacionados, de un gran número de ciudadanos a quienes había sorprendido fuera la orden de cerrar las puertas, y que a la sazón rodeaban a cuatro o cinco caballeros de marcial continente, sumamente incomodados con aquella disposición, y que gritaban con todas sus fuerzas: ¡La puerta! ¡la puerta! Palabras que repetidas por la muchedumbre con visibles señales de disgusto y de cólera, producían un ruido infernal.

Roberto Briquet se reunió al referido grupo y empezó a gritar con voz más robusta y alta que todos los que lo formaban:

—¡La puerta! ¡la puerta!

Uno de los caballeros, encantado de sus facultades pulmonares, se volvió hacia él y le dijo saludándole:

—¿No os parece vergonzoso, caballero, el que se cierren las puertas de una ciudad a las once de la mañana, como si los españoles o los ingleses estuviesen sobre París?

II

LO QUE ACONTECÍA EN LA PARTE EXTERIOR DE LA PUERTA DE SAN ANTONIO

Se puso Roberto Briquet a mirar con atención al que le dirigía la palabra, y que al parecer estaba entre los cuarenta y cinco años y parecía además ser jefe de otros tres o cuatro caballeros que le acompañaban.

El examen de Briquet sin duda fue satisfactorio, y le inspiró alguna confianza, porque se inclinó para contestar al saludo del que había sabido apreciar la fuerza de sus pulmones, y le dijo:

—Tenéis razón, caballero, pero, ¿me atreveré a preguntaros, sin pasar por curioso, a qué motivo achacáis que se haya tomado semejante medida vejatoria?

—¡Voto a...! —respondió uno del grupo—, el temor que tienen de que nos comamos a Salcedo.

—¡Por vida de Satanás! —murmuró otro—; triste condumio¹ en verdad.

Roberto Briquet se volvió hacia el lado de donde habían salido estas palabras, cuyo acento indicaba algún gascón de no pocos humillos, y divisó a un joven de veinte o veinticinco años, que apoyaba la mano en la grupa del caballo que montaba el que le había parecido jefe de los demás caballeros.

Tenía el joven la cabeza descubierta, pues indudablemente había perdido el sombrero durante el anterior desorden.

Si bien Briquet se daba el tono de observador, sus observaciones eran cortas; así que, apartó rápidamente sus miradas del gascón, a quien no tuvo a bien conceder la menor importancia, para fijarlas en el caballero como la vez primera.

—Pero ya que se anuncia —dijo— que ese Salcedo pertenece al señor de Guisa, no deja de ser un buen bocado.

—¡Ca! ¿Conque se dice eso? —preguntó el gascón con curiosidad y haciéndose todo orejas.

—Sí, sin duda, eso es lo que se dice —contestó el caballero con un movimiento de hombros—; pero corren tantos chismes y necesidades..

—Conque por lo mismo —se aventuró a observar Briquet, mirando al caballero de hito en hito, y sonriéndose con malicia: —¿creéis vos que Salcedo nada tiene que ver con el señor de Guisa?

—No sólo lo creo, sino que estoy seguro de ello —repuso el caballero—. Si Salcedo perteneciese al duque, éste no le hubiera dejado prender, o al menos no hubiera permitido que le llevasen desde Bruselas hasta París, atado de pies y manos, sin poner en ejecución alguna tentativa para libertarlo.

—Y esa tentativa —observó Briquet— hubiera sido muy arriesgada, porque al fin, aunque tuviese un éxito bueno o malo, puesta en juego por el duque de Guisa, hubiera éste confesado que efectivamente había sido conspirador contra el duque de Anjou.

¹ Manjar que se come con pan, como cualquier cosa guisada.

—Esa consideración estoy convencido de que no hubiera detenido al duque; y el hecho de no haber reclamado ni defendido a Salcedo, prueba que éste no era de los suyos.

—No obstante, permitidme que insista en mi opinión, supuesto que no soy yo el que ha inventado las noticias que la confirman: dícese de positivo que Salcedo ha hablado.

—¿En dónde?

—En presencia de los jueces.

—Señor mío, eso no es verdad; ha hablado en el tormento.

—¿Y no es lo mismo? —preguntó Briquet con una sencillez que se esforzaba inútilmente en hacer que pareciese natural.

—No es lo mismo, no, señor, ya que debo decir lo que siento: por lo demás, asegúrase que ha hablado, enhorabuena; pero no se repite lo que ha dicho.

—Dispensadme, caballero, se repite y con todos sus puntos y comas.

—¿Y a qué se reduce todo? —preguntó impaciente el caballero—: vamos, ya que estáis tan bien instruido, ponednos al corriente de todo.

—No presumo de tal cosa, caballero, supuesto que de vos espero instruirme de cuanto sucede.

—Así, pues, es preciso que nos entendamos: pretendéis que andan de boca en boca las palabras de Salcedo, y he aquí por qué deseo que las pronunciéis.

—No puedo responder de que sean auténticas las que han llegado a mis oídos —dijo Briquet que se complacía en impacientar al caballero.

—Pero hacedme saber las que se supone que han salido de su boca.

—Afirmase... que ha declarado... que conspiraba en favor del señor de Guisa.

—Contra el rey de Francia sin duda: siempre el mismo cantar.

—De ninguna manera contra el rey, sino contra Su Alteza, monseñor el duque de Anjou.

—Si ha declarado eso...

—¿Qué? —preguntó Roberto Briquet.

—Es un miserable —replicó el caballero frunciendo el entrecejo.

—En efecto —dijo en voz baja Roberto—, pero si ha hecho lo que ha declarado, es un valiente. ¡Ah! ¿Ignoráis que los borcegués, los torniquetes de los pulgares y los escalfadores, obligan a los hombres honrados a confesar muchas cosas?

—Acabáis de decir una gran verdad, señor mío —contestó el caballero lanzando un suspiro.

—¡Bah! —exclamó el gascón que había escuchado todo, sin tomarse más trabajo que el de alargar el pescuezo hacia los dos interlocutores—. ¡Bah! Escalfadores, borcegués... eso es una miseria. Si Salcedo ha hablado, es un cobarde y su amo otro tal.

—¡Hola! ¡Hola! —exclamó el caballero sin poder contenerse—: cantáis muy alto, señor gascón.

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Canto en el tono que más me place, voto al diablo, pese a los que se amostacen² con mi música.

El caballero hizo un ademán de cólera.

—Paciencia —se oyó decir al mismo tiempo, sin que Roberto pudiese reconocer de dónde había salido aquella voz suave e imperiosa a la par.

Aunque el caballero trató de contenerse, no pudo conseguirlo del todo, y así preguntó al gascón:

—¿Conocéis bien los individuos de quienes habláis?

—¿Si conozco a Salcedo?

—Sí.

—No, en verdad.

—¿Y al duque de Guisa?

—Tampoco.

—¿Y al de Alençon?

—Menos.

—¿Sabéis que el señor de Salcedo es un hombre intrépido?

—Tanto mejor; así morirá valerosamente.

—¿Y que, cuando el señor de Guisa quiere conspirar, conspira en persona?

—¿Qué me importa todo eso?

—¿Y que, el duque de Anjou, en otro tiempo el señor de Alençon, ha hecho que maten o dejado matar a cuantos se han interesado por él, como La Mole, Coconas, Bussy y otros?

—¡Buen provecho!

—¡Cómo! ¿os burláis de lo que digo?

—¡Mayneville! ¡Mayneville! —exclamó la misma voz.

—Sin duda que me divierten vuestras noticias, pero lo que os digo es que sólo me cuido de una cosa, de que tengo que hacer en París hoy mismo, esta mañana, y que por causa de ese maldito Salcedo se me cierran las puertas. Repito, por tanto, que Salcedo es un truhán así como todos los que con él han dado motivo para que no se hayan abierto las puertas.

—¡Ja! ¡ja! Vaya un gascón a toda prueba —exclamó Roberto Briquet—: sin duda vamos a presenciar algún lance divertido.

Pero su esperanza quedó completamente frustrada, porque el caballero cuyo rostro había encendido de furor el último apostrofe, bajó la cabeza y reprimió su ira.

—Al fin veo que tienes razón —balbuceó—, malditos sean todos los que nos impiden entrar en París.

—¡Oh! ¡oh! —dijo para sí Roberto Briquet, que ni había perdido las transformaciones del rostro del caballero ni los dos desafíos dirigidos a su paciencia—: creo que voy a ver una escena mucho más curiosa que la que esperaba presenciar.

Mientras reflexionaba de este modo, se oyó un toque de corneta, y atravesando casi al mismo tiempo los suizos con sus alabardas por medio de la muchedumbre, separaron los

² Amostazar: Irritar, enojar.

grupos en dos porciones compactas: dichas porciones se alinearon por ambos lados del camino, dejando vacío todo el espacio del centro.

Empezó a pasearse a caballo de arriba abajo el oficial de quien hemos hecho mención, y que parecía ser el encargado de vigilar aquella puerta: después de un momento de examen que tenía todas las apariencias de un desafío, ordenó que tocasen las trompetas, orden que fue ejecutada al momento, produciendo en las masas un silencio que nadie hubiera creído posible en vista de la agitación y algazara que poco antes reinaban.

El pregonero, con su sobrevesta flordelisada y con el escudo de armas de la ciudad de París en el pecho, avanzó, y desdoblado un papel leyó con voz gangosa, peculiar de todos los de su oficio, lo que sigue:

"Hacemos saber a nuestro buen pueblo de París y de sus cercanías que las puertas permanecerán hoy cerradas hasta la una de la tarde y que nadie podrá entrar en la ciudad antes de dicha hora: tal es la voluntad del rey, que tendrá debido cumplimiento por la vigilancia del preboste de París."

El pregonero detúvose aquí para tomar aliento, y la multitud se aprovechó de esta pausa para manifestar su descontento por medio de una larga rechifla, que el pregonero, a quien debemos hacer la debida justicia, sostuvo imperturbablemente sin pestañear.

Hizo el oficial una señal de mando y se restableció el silencio interrumpido.

Continúa el pregonero su lectura sin turbarse ni dar otra muestra de temor, como si la costumbre le hubiera prestado una coraza a prueba de manifestaciones populares, como la que acababa de acoger sus palabras:

"De la anterior medida quedan exceptuados los que se presenten con documentos que sirvan para reconocerlos, o los que sean llamados por requisitorias y mandamientos judiciales.

"Dado en el prebostazgo de París, por orden expresa de Su Majestad, el 26 de octubre del año de gracia de 1585."

—Toquen las trompetas.

Y obedeciendo esta intimación, lanzaron al espacio sus roncos aullidos.

No bien acabó de hablar el funcionario público, cuando la multitud agrupada detrás de la línea que formaban los soldados y los suizos, empezó a ondular como una serpiente cuyos anillos se hinchan y se enroscan.

—¿Qué significa esto? —preguntaban los más pacíficos—. Sin duda algún nuevo complot.

—No, no: las cosas se han combinado de ese modo, para impedirnos, sin duda, penetrar en París —dijo en voz baja a sus compañeros el caballero que con tanta paciencia había sufrido las despreciativas réplicas del gascón—. Esos suizos, ese pregonero, esos cerrojos corridos, esas trompetas... de todo lo que veis somos nosotros la verdadera causa, y por Dios y por mi ánima que lo celebro infinito.

—¡A un lado! ¡A un lado todo el mundo! —ordenó el oficial que mandaba el destacamento—. ¿No veis que estáis impidiendo el paso a los que tienen derecho para que les abran las puertas?

—¡Mil diablos te confundan! Yo sé de uno que entrará hoy en París aunque se interpongan entre su cuerpo y la barrera todos los naranjos del mundo —dijo dando

codazos a derecha e izquierda el mismo gascón, que con sus rudas contestaciones había despertado la admiración de Roberto Briquet.

Y no tardó en ganar el espacio vacío que, merced a los suizos, separaba las dos masas de espectadores.

El gascón hizo muy poco aprecio de las envidiosas miradas que se le dirigían. Se plantó en medio del camino con arrogancia, haciendo alarde de mostrar, señalados por su verde y angosto jubón, todos los músculos de su cuerpo. Sus puños flacos y huesosos sobresalían tres pulgadas lo menos de las raídas mangas: sus ojos eran diáfanos y sus cabellos amarillentos y ensortijados, bien fuese naturalmente o por casualidad, porque el polvo del camino contribuía bastante a su color. Sus pies largos y flexibles aparecían encajados en unos juanetes nervudos y secos como los del gamo, y una de sus manos, una sola, calzaba un guante de piel bordado, que extrañaba verse en la precisión de proteger una piel más basta que la suya, al paso que en la otra se agitaba una vara de avellano.

Dirigió unas cuantas miradas a su alrededor, y considerando en seguida que el oficial de quien hemos hablado era la persona más considerada del destacamento, se acercó a él.

El oficial miró al gascón de pies a cabeza antes de hablarle, y el gascón, sin desconcertarse en lo más mínimo, hizo otro tanto con el oficial.

—Parece que habéis perdido el sombrero...

—Es verdad —contestó el gascón.

—Habrà sido ahí... entre el barullo...

—Nada de eso: acababa de recibir una carta de mi querida y la estaba leyendo a orillas del río, como a cosa de un cuarto de legua de aquí, cuando un remolino de viento se llevó con mil diablos la carta y el sombrero. Eché a correr tras de la primera, y eso que el botón del segundo era un verdadero diamante, y logré cogerla, pero cuando quise acordarme del sombrero, me encontré con que el viento lo había arrojado al río. ¡Y a qué río! Nada menos que al de París, para que algún tunante haga fortuna con él. Tanto mejor.

—Pero el resultado es que lleváis la cabeza descubierta.

—¡Y qué! ¿No se encuentran sombreros en París? Yo compraré otro mucho más elegante y magnífico, y le adornaré con un diamante dos veces más grueso que el que he perdido.

El oficial hizo un movimiento imperceptible con los hombros, aunque no con tanto disimulo que dejase de notarlo el gascón.

—¿Qué queréis decir?... ¿Eh? —le preguntó éste.

—Supongo que traéis vuestro pase.

—No sólo un pase, sino dos, si hacen falta.

—Con uno basta.

—¡Calle! Pues no me engaño —añadió el gascón abriendo los ojos una cuarta—: no... por todos los santos del Paraíso; no puedo equivocarme; estoy seguro de que tengo el honor de hablar al señor de Loignac.

—Puede ser —contestó con frialdad el oficial poco satisfecho al parecer de aquel reconocimiento.

—Eso es... al señor de Loignac.

—No lo niego.

—A mi primo...

—Bien, bien. ¿Y vuestro pase?

—Aquí está.

Y extrajo el gascón del guante la mitad de un papel recortado con arte.

—Vos y vuestros compañeros, si los tenéis, seguidme —dijo Loignac sin mirar el papel—, a fin de que examinemos esos documentos.

Dicho esto, volvió a su sitio cerca de la puerta, y el gascón le siguió.

Cinco nuevos personajes se presentaron entonces, y echaron a andar detrás de él.

El primero iba cubierto con una armadura magnífica, tan admirablemente trabajada, que cualquiera hubiera creído que acababa de salir de las manos de Benvenuto Cellini; pero como el modelo que había servido para trabajarla era ya bastante antiguo, su magnificencia más bien provocó la burla que la admiración, a la cual debemos añadir que ninguna otra prenda del traje de aquel individuo correspondía a su casi regio esplendor.

Detrás del segundo que se adelantó seguía un escudero canoso, y así como aquél, enjuto de carnes y moreno, parecía el precursor de don Quijote, su doméstico podía pasar por el de Sancho Panza.

El tercero llevaba entre los brazos una criatura de diez meses y seguía una mujer que se agarraba a su cinturón de cuero, así como se agarraban al vestido de la mujer otros dos chicuelos, de cuatro años el uno, y de cinco el otro.

El cuarto era cojo y se apoyaba en una descomunal espada.

Finalmente, como para cerrar la marcha, un joven de agradable semblante avanzó en su caballo negro cubierto de polvo, que revelaba su noble raza.

Precisado a caminar al paso para no adelantarse a los demás, y acaso satisfecho interiormente por no acercarse demasiado a ellos, el joven se detuvo un instante en el límite de la línea formada por el pueblo.

Al mismo tiempo sintióse detenido por la vaina de su espada y se inclinó hacia atrás.

El que llamaba su atención de aquella manera era otro joven de negros cabellos y expresivos ojos, pequeño, delicado y gracioso, que llevaba guantes.

—¿En qué puedo servirlos, caballero? —interrogó el primero.

—Tengo que pedirlos un favor.

—Hablad, hablad, pero sed breve, pues ya veis que me esperan.

—Necesito entrar en la ciudad, caballero; a toda costa es necesario que lo consiga... ¿Me entendéis? Vos estáis solo y no os vendrá mal un paje que honre vuestro parecer.

—¿Y qué?

—¡Y qué! Favor por favor, hacedme entrar y yo os serviré de paje.

—Gracias; no quiero que nadie me sirva.

—¿Ni yo? —preguntó el joven sonriéndose de un modo tan extraño, que el interpelado sintió que se deshacía la fría armadura con que había creído guarnecer su corazón.

—He querido decir que no quiero ser servido.

—Ya sé que no sois rico, señor Ernanton de Carmaignes.

El caballero se estremeció al escuchar estas palabras, pero el joven prosiguió como si

nada hubiese notado:

—Esto significa que no necesitamos hablar de salario, pues, por el contrario, si me concedéis lo que os pido, seréis recompensado centuplicadamente por el servicio que os deberé: dejadme, pues, que ocupe a vuestro lado mi puesto de paje, y tened presente que el que hoy os ruega, alguna vez ha mandado.

—Venid, venid, pues —le respondió el caballero, subyugado por aquel tono de persuasión y de autoridad.

Y el joven le estrechó la mano, lo cual era harto familiar para un paje, y volviéndose en seguida hacia el grupo de caballeros que ya conoce el lector, dijo:

—Voy a entrar, al fin, que es lo que más importa: Mayneville, procurad hacer lo mismo de cualquier manera que sea.

—No basta que entréis —contestó éste—; es preciso que él os vea.

—Tranquilizaos; me verá en cuanto se abra para mí esa puerta.

—No olvidéis la señal convenida.

—Dos dedos sobre la boca. ¿No es esto?

—Sí; y ahora, que Dios os ayude.

—Ea, señor paje —gritó el del caballo negro—. ¿Estamos prontos?

—Heme aquí, señor —respondió el joven saltando con ligereza a la grupa.

Su nuevo amo corrió a reunirse con los otros cinco, que se hallaban ya presentando sus pases para justificar que tenían derecho a entrar en París.

—¡Mil millones de demonios! —exclamó Roberto Briquet, que les seguía con la vista—: lléveme Lucifer si ésa no es una verdadera inundación de gascones.

III LA REVISIÓN

No debía ser largo ni muy complicado el examen que debían sufrir los seis individuos privilegiados, a quienes vimos salir de las filas de la multitud para acercarse a la puerta.

Únicamente se trataba de presentar la mitad de un pase al oficial, quien la comparaba con otra mitad, y si al juntar las dos partes encajaban exactamente y formaban un todo perfecto, no podía menos de reconocerse los derechos del portador.

El gascón del sombrero perdido fue el primero que se aproximó.

—¿Vuestro nombre? —preguntó el oficial.

—Ahí está escrito., en ese papel, que también contiene otra cosa, según podéis ver.

—No importa; os pregunto vuestro nombre —repitió el oficial con enfado—. ¿Lo ignoráis por ventura?

—Lo sé perfectamente, con mil docenas de rayos, y si lo hubiera olvidado, vos mismo podríais decírmelo, supuesto que somos compatriotas y aun primos.

—Decid cómo os llamáis, por el alma de Caín. ¿Creéis que puedo malgastar el tiempo en reconocimientos inútiles?

—Basta, basta: me llamo Perducas de Pincorney.

—Perducas de Pincorney... —murmuró el señor de Loignac, a quien en adelante daremos el nombre con que le había saludado su compatriota.

Mirando en seguida el pase, añadió.

—Perducas de Pincorney, 26 de octubre de 1585, a las doce en punto...

—Puerta de San Antonio —continuó el gascón colocando un dedo sucio y seco sobre el documento.

—Muy bien, está en regla; entrad —le dijo el señor de Loignac deseando cortar toda explicación ulterior con su compatriota—. Ahora vos —continuó dirigiéndose a otro.

El hombre de la armadura adelantóse.

—¿Vuestro pase? —le preguntó el oficial.

—¿El señor de Loignac? —dijo aquél—: ¿no reconocéis ya al hijo de uno de vuestros antiguos amigos?

—No.

—Soy Pertinax de Monterabeau —repuso el joven, admirado—. ¿No me habéis conocido?

—Cuando estoy de servicio a nadie conozco. ¿Vuestro pase?

El de la coraza se lo dio.

—Pertinax de Monterabeau, 26 de octubre, a las doce en punto, puerta de San Antonio. Perfectamente; podéis pasar adelante.

Hízolo así el joven, no sin extrañar aquel recibimiento, y fue a reunirse con Perducas.

En seguida tocó el turno al tercer gascón, que era el de la mujer y los chicuelos.

—¿Vuestro pase? —le dijo Loignac.

Su mano obediente se perdió al punto en las profundidades de un zurrón de piel de cabra que llevaba colgando al lado. Pero su empeño no produjo el menor resultado, porque el niño que sostenía en sus brazos le impedía hallar el documento que necesitaba.

—¿Cómo demonios queréis hacer cosa buena con ese muñeco? ¿No veis que os estorba?

—Es mi hijo, señor Loignac.

—Pues bien; dejadlo en el suelo.

El gascón obedeció y el niño empezó a berrear.

—¿Conque es decir que sois casado? —le dijo el señor de Loignac.

—Para serviros, señor oficial.

—Y eso que solamente tenéis veinte años...

—En nuestro país todos se casan jóvenes, como debéis saberlo por experiencia, señor de Loignac, pues también vos os casasteis a los diez y ocho años.

—Basta —murmuró Loignac—: he aquí otro que me conoce igualmente.

La mujer se aproximó a él durante el diálogo precedente, y los niños le habían seguido sin soltar el vestido de la madre.

—¿Y por qué no nos hemos de casar? —preguntó enderezándose y apartando de su morena frente unos cabellos negros que con el polvo del camino y el sudor se habían pegado a ella como una pasta—. ¿Ha pasado ya en París la moda de casarse? Sí, señor; está casado y aquí tenéis otros dos angelitos que le llaman padre.

—Pero sólo son hijos de mi mujer, señor de Loignac, así como ese mozo alto que veis detrás de nosotros: acércate, y saluda al señor de Loignac, nuestro paisano.

Un mocetón de diez y seis o diez y siete años, ágil, robusto y muy parecido a un halcón en sus ojos redondos y nariz retorcida, se arrimó a los interlocutores con las dos manos metidas en su cinturón de piel de búfalo: vestía una buena casaquilla de lana hecha a punto de malla, cubría sus musculosas piernas un calzón de piel de gamuza, y un bigote naciente hacía sombra a su labio insolente y sensual.

—Este es mi hijastro Militar, señor de Loignac, el hijo mayor de mi esposa, que pertenece a la familia de Chavantrade, y es pariente de los Loignac, Militar de Chavantrade, para serviros. Vamos, saluda, Militar.

E inclinándose acto continuo hacia el niño que rodaba por el suelo poniendo el grito en el cielo, añadió:

—Calla, calla, Escipión; no llores, hijo mío.

Y sin dejar de hablar buscaba el pase en todos sus bolsillos.

Militar, entretanto, obedeciendo la indicación de su padrastro, saludó con un ligero movimiento de cabeza sin sacar las manos del cinturón.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, caballero —dijo por último el señor de Loignac incomodado—: presentadme el pase.

—Ven acá, Lardille, y ayúdame —exclamó el gascón avergonzado, dirigiéndose a su mujer.

Apartó Lardille una a una las dos manos que tenía aferradas por detrás a su vestido, y

registró el zurrón y los bolsillos de su marido.

—¡Buena la hemos hecho! Sin duda se ha perdido el tal pase.

—En ese caso quedaréis arrestados —repuso Loignac.

El gascón se puso pálido, y contestó:

—Me llamo Eustaquio de Miradoux, y pediré recomendaciones a mi pariente el señor de Sainte-Maline.

—¡Ah! ¿Conque sois deudo del señor de Sainte-Maline? —repuso Loignac con tono más dulce—, verdad es que, si uno les hace caso, son deudos de todo el género humano. Vamos, vamos, seguid buscando el pase, pero que lo encontréis pronto.

—Lardille, registra la ropa de los niños— gritó Eustaquio temblando de cólera y de inquietud.

Arrodillóse Lardille delante de un paquete de modestos efectos, que revolvió mil veces de arriba abajo, aunque sin resultado.

El pequeño Escipión proseguía haciendo oír a los sordos con sus diabólicos gritos, lo cual provenía en gran parte de que sus hermanos por parte de madre, al ver que nadie se ocupaba de ellos, se divertían en llenarle la boca de tierra.

Militor no decía esta boca es mía, y cualquiera hubiera creído al contemplarle que la familia no hacía impresión alguna en su estoico corazón.

—¿Qué es eso que veo —preguntó el señor de Loignac— entre la manga de ese necio y cubierto con una piel?

—Sí... sí... eso es —repuso alegremente Eustaquio—: ¿qué queréis? Una idea de Lardille que ahora me viene a las mientes: ella es la que ha cosido el pase a la manga de Militor.

—De fijo para hacerle cargar con algún peso —observó irónicamente Loignac—. Hasta ahora no había visto un becerro que tuviese miedo de servirse de sus brazos.

Militor tembló de ira, al mismo tiempo que todo su rostro se cubrió de un rojo subido.

—Un becerro no tiene brazos —murmuró lanzando siniestras miradas—, sino patas, como algunos sujetos que yo conozco.

—Dejemos eso a un lado —le interrumpió Eustaquio—: ya ves, Militor, que el señor de Loignac nos hace el obsequio de chancearse con nosotros.

—No por cierto —repuso el oficial—; no me chanco, y deseo, por el contrario, que ese gandul dé a mis palabras el sentido que verdaderamente tienen. Si fuese hijastro mío le haría cargar con la madre, con el hermano y con el equipaje, hecho lo cual montaría yo encima de todo, dejándole la libertad de estirar las orejas para probarle que no es más que un asno.

Militor perdió enteramente los estribos, y Eustaquio demostró una viva inquietud, a pesar de que no pudo menos de dejar conocer cierta alegría al ver humillado de aquel modo a su hijastro.

Lardille, con el objeto de vencer cualquiera nueva dificultad que pudiera impedirle la entrada en la ciudad y libertar a su hijo mayor de los sarcasmos, presentó el pase que había arrancado de la manga de aquél.

El señor de Loignac lo tomó y leyó lo siguiente:

"Eustaquio de Miradoux, 26 de octubre, a las doce en punto, puerta de San Antonio."

—Adelante —agregó sonriéndose—, y cuidado con que dejéis olvidado alguno de vuestros feos o bonitos muñecos.

Miradoux volvió a coger en brazos a Escipión. Lardille se aferró de nuevo a su cinturón, los otros dos niños se cogieron al vestido de su madre, y toda la familia, seguida del mudo Militar, fue a reunirse con los que esperaban junto a la puerta.

—¡Malditos de Dios! —murmuró Loignac entre dientes al ver pasar a Miradoux y a los suyos—. ¡Buenos soldados para el señor d'Epernon!

—Y vos, ¿qué hacéis ahí parado?

Estas palabras se dirigían al cuarto individuo que pretendía entrar en la ciudad.

Estaba solo, y derecho como un huso, al paso que con dos dedos sacudía el polvo de su jubón gris oscuro. Su bigote, que parecía formado con pelos de gato, sus ojos verdosos y brillantes, sus cejas, cuyos arcos describían dos semicírculos sobre unos juanetes pronunciados, y por último sus delgados labios imprimían a su fisonomía el tipo de la desconfianza y de la artificiosa reserva, peculiar del hombre que oculta su bolsa con tanto cuidado como el fondo de su corazón.

—Chalabre, 26 de octubre, a las doce en punto, puerta de San Antonio: no hay la menor duda, podéis pasar —le dijo Loignac.

—Supongo —observó el gascón amablemente— que se facilitará el socorro de cajón para gastos de viaje.

—No soy tesorero, señor mío —contestó con sequedad el oficial—; hasta ahora no ejerzo más funciones que las de portero. Vamos, andad, andad.

Chalabre pasó como los otros.

Detrás de él se adelantó un joven rubio, que al sacar de su bolsillo el pase dejó caer un dado y gran porción de naipes.

Dijo llamarse Saint-Capansel, y confirmado por el documento presentado, halló el paso expedito.

Tan sólo faltaba el sexto personaje que apeó de su caballo, habiéndolo hecho antes el joven que se le había reunido; presentó al señor de Loignac un pase en el cual leíase:

"Ernanton de Carmaignes, 26 de octubre, a las doce en punto, puerta de San Antonio."

Mientras el oficial examinaba este documento, el paje procuraba ocultar su rostro, haciendo como que arreglaba el caballo de su improvisado amo.

—¿Está a vuestro servicio ese joven? —pregunto a Ernanton el señor de Loignac indicando al paje.

—Caballero oficial —respondió el primero, que no quería mentir ni hacer traición a su protegido—, ya veis que está ocupado en arreglar la brida a mi caballo.

—Muy bien, pasad cuando os plazca —repuso Loignac, examinando con atención al señor de Carmaignes, cuyo rostro y talle le agradaban más que cuantos hasta entonces se le habían presentado—. Al menos ése ya es otra cosa —murmuró con notable complacencia.

Ernanton volvió a montar; el paje, sin afectación y con natural ligereza, le había precedido, y se hallaba ya mezclado entre los que aguardaban al otro lado de la barrera.

—Abrid la puerta —gritó Loignac—, y dejad entrar a esas seis personas, así como a las

que van en su compañía.

—Pronto, pronto, amo mío —dijo el paje—; corramos sin detenernos un instante.

Ernanton cedió por segunda vez al ascendiente que sobre él ejercía aquel extraño joven, y habiéndose abierto la puerta aplicó espuelas al caballo, y guiado por las indicaciones del paje, se perdió en el centro del arrabal de San Antonio.

Mandó Loignac que se volviese a cerrar la puerta después que pasaron los seis favorecidos, aunque con gran descontento de la muchedumbre que esperaba penetrar en la ciudad cumpliendo con la formalidad que se exigía, y que al ver burlada su esperanza manifestó ruidosamente su desaprobación.

El tío Mitón, que luego de haber corrido por el campo, y recobrado poco a poco su valor, había vuelto al mismo sitio de donde había partido, aventuró algunas quejas acerca del modo arbitrario con que la soldadesca interceptaba las comunicaciones.

El compadre Friard, que había logrado encontrar a su mujer, refería a su cara mitad las ocurrencias del día, adornándolas con comentarios de su propia cosecha.

Los caballeros, por último, a uno de los cuales había llamado el paje Meyneville, hablaban sobre lo conveniente que sería dar la vuelta a la muralla de la ciudad, esperando con fundamento hallar alguna abertura que les permitiese entrar en París, sin necesitar presentarse en la puerta de San Antonio ni en ninguna otra.

Roberto Briquet, como un filósofo que analiza y como un sabio que extrae la quinta esencia, conoció que el desenlace de la escena que acabamos de describir, debía efectuarse junto a la puerta, y que las conversaciones particulares de los caballeros, de los ciudadanos y de los paletos de nada le enterarían. Acercóse en consecuencia lo más que le fue posible a una barraquita que servía de habitación al portero y recibía la luz por dos ventanas, una de las cuales daba vista a París y otra al campo.

No bien se había instalado en su nuevo puesto, cuando un hombre que llegaba a la carrera de la parte interior de la ciudad, echó pie a tierra y entrando en la barraca se asomó a la ventana.

—¡Hola! ¡hola! —exclamó el oficial.

—Estoy aquí, señor de Loignac —le gritó el hombre.

—Bien. ¿De dónde venís?

—De la puerta de San Víctor.

—¿Qué dice vuestro registro?

—CINCO.

—¿Y los pases?

—Aquí los tenéis.

Los tomó Loignac, y después de examinarlos, escribió en una pizarra que parecía preparada al efecto, el número 5.

Cinco minutos habían transcurrido apenas, cuando llegaron otros dos mensajeros.

Loignac les interrogó sucesivamente a través del postigo.

Uno de ellos venía de la puerta Bourdelle y presentaba el número 4.

El otro de la del Temple, con el número 6.

Loignac apuntó con gran cuidado los dos números en la pizarra.

Estos enviados desaparecieron como el anterior y poco después aparecieron otros cuatro.

El primero, de la puerta de San Dionisio, con el número 5.

El segundo, de la de Santiago, con el número 3.

El tercero, de la de San Honorato, con el número 8.

El cuarto, de la de Montmartre, con el número 4.

Apareció por fin el último, que llegaba de la puerta de Bussy, también con el mismo número 4.

En vista de esto, el señor de Loignac alineó con todo esmero uno después de otro los nombres y números que siguen;

Puerta de San Víctor	5
Puerta Bourdelle	4
Puerta del Temple	6
Puerta de San Dionisio	5
Puerta de Santiago	3
Puerta de San Honorato	8
Puerta de Montmartre	4
Puerta de Bussy	4
Puerta de San Antonio	6
Total, CUARENTA Y CINCO	45

—Perfectamente —y Loignac gritó con estentórea voz—; ahora, abrid las puertas y entre todo el que quiera en la ciudad.

Abriéronse las puertas, y en un instante, caballos, mulas, mujeres, niños y carretas se precipitaron a ellas con riesgo de ahogarse en el apiñamiento que a todos confundía y sofocaba por la estrechez del puente levadizo.

En un cuarto de hora desapareció por la vasta calle de San Antonio toda aquella masa popular.

El ruido y la algazara se fueron alejando poco a poco, y el señor de Loignac montó a caballo, imitándole los soldados que le acompañaban.

Roberto Briquet, que habíase quedado el último después de haber llegado el primero, pasó de una zancada la cadena del puente, diciendo para sí:

—Toda esa gente quería ver algo y nada ha visto; yo no deseaba ver nada y soy el único que he visto algo. Es muy gracioso y muy importante; continuemos... pero, ¿con qué objeto, supuesto que sé bastante? ¿Qué ventaja sacaré de ver descuartizar a Salcedo? Nada de eso... Por otra parte, he renunciado a la política. Vamonos a comer, pues si hubiese sol señalaría la hora del mediodía, lo cual quiere decir que ya es hora de comer.

Dijo y entró en París sonriéndose con calma y maliciosamente.

IV

EL BALCÓN QUE OCUPABA S. M. ENRIQUE III EN LA PLAZA DE GRÈVE

Sigamos hasta la plaza de Grève, a la cual se dirige ese enjambre del barrio de San Antonio; encontraremos sin duda entre la multitud a muchos de nuestros ya conocidos personajes; pero en tanto que todos esos pobres ciudadanos, menos prudentes por cierto que Roberto Briquet, se adelantan codeando, empujando y sacudiendo a derecha e izquierda a los que les preceden, prefiramos transportarnos a la misma plaza, y una vez allí, y después de haber abarcado de una ojeada el espectáculo entero que ofrecía, traer por un momento a la memoria lo pasado, con objeto de profundizar la causa por medio de la contemplación de sus efectos.

El compadre Friard tenía muchísima razón cuando hacía subir por la parte más corta a cien mil el número de los espectadores que debían amontonarse en la plaza de Grève y sus inmediaciones para disfrutar del espectáculo que en ella se preparaba. Todo París parecía haberse citado alrededor de la Casa Municipal, y ya se sabe que París es un pueblo muy exacto, y que nunca falta a una fiesta. Efectivamente, aquella lo era y muy extraordinaria, como todas las que consisten en el suplicio de un hombre, que ha conseguido sublevar las pasiones, y a quien unos maldicen y otros ensalzan, ínterin le compadecen el mayor número.

El que conseguía penetrar en la plaza, bien fuese por el muelle inmediato al figón³ de la "Imagen de Nuestra Señora" o por los soportales de la plaza de Beudoyer, distinguía desde luego en el centro de la de Grève a los arqueros de Tancnou, teniente de garnacha⁴, y a no despreciable número de suizos y de soldados de caballería ligera, que rodeaban un patíbulo que apenas tenía cuatro pies de elevación.

Este patíbulo, sólo visible para los que le rodeaban de muy cerca, o para los que tenían la suerte de asistir al espectáculo desde alguna ventana, esperaba la llegada del paciente, de quien se habían hecho cargo los religiosos agonizantes por la mañana, y a quien, según el dicho del pueblo, aguardaban impacientes los caballos para obligarle a hacer el viaje a la eternidad.

Y en efecto, bajo un cobertizo, cuatro vigorosos caballos de casta bearnesa, de rollizos lomos y blancas crines, golpeaban la tierra impacientes y se mordían unos a otros relinchando e inspirando no poco temor a las mujeres. Los cuatro caballos eran potros, y hasta puede decirse que en las frondosas llanuras de su país natal sólo por casualidad habían sufrido sobre sus anchos lomos el peso de algún mofletudo vástago de aldea extraviado.

Después del cadalso, aún vacío, después de los alborotadores corceles, lo que con más empeño atraía las miradas de aquel inmenso gentío era la habitación principal de la Casa del Ayuntamiento, colgada espléndidamente de terciopelo encarnado, con bordaduras de oro, en cuyo balcón se ostentaba un rico repostero asimismo de terciopelo con las armas

³ Casa de poca categoría, donde se guisan y venden cosas de comer.

⁴ Vestidura talar que usan los togados, con mangas y un sobrecuello grande, que cae desde los hombros a las espaldas.

reales de Francia. Aquella habitación era la preparada para el rey, quien desde el balcón indicado debía presenciar la ejecución.

Daba la una y media en el reloj de San Juan de la Grève, cuando aquel balcón, parecido al dorado marco de un acabado cuadro, se llenó de personajes.

El primero fue el rey, aquel Enrique III, pálido y casi calvo, a pesar de que sólo contaba treinta y cuatro o treinta y cinco años, con los ojos hundidos en sus órbitas vidriosas y con la temblorosa boca, cuyos labios se hallaban tan sujetos a contracciones nerviosas.

Entró silencioso y cabizbajo, con la mirada fija y distraída, a la vez majestuoso y vacilante, original en su traje, original en su postura y continente, sombra mejor que espíritu animado, antes espectro que rey, misterioso siempre incomprensible y nunca comprendido por sus vasallos, que al verle aparecer en público, no sabían si les tocaba gritar: *¡viva el rey!* o si debían pedir a Dios por su alma.

Llevaba Enrique un jubón negro bordado también de negro, sin condecoraciones ni pedrería: un solo brillante resplandecía en su toquilla, el cual servía de presilla a tres pequeñas y rizadas plumas. Llevaba en la mano izquierda un perrillo negro que su cuñada María Estuardo le había enviado desde la torre de Londres, y sobre cuya sedosa lana brillaban, como si fueran de alabastro, sus blancos y delicados dedos.

Llegó después de él Catalina de Médicis, ya encorvada por el peso de la edad, pues la reina madre podía tener en aquella época de sesenta y seis a sesenta y siete años, aunque mantenía aún la cabeza derecha y firme, y lanzaba al través de sus pestañas fruncidas a fuerza de la costumbre, miradas penetrantes y mortales, pero apareciendo, a pesar de ellas, siempre fría, siempre inanimada, como una estatua de cera cubierta con un velo negro.

Al mismo tiempo apareció el semblante suave y melancólico de la reina Luisa de Lorena, esposa de Enrique III, compañera al parecer insignificante, pero fiel en realidad, de sus días agitados y poco felices.

La reina Catalina se disponía a saborear un triunfo.

La reina Luisa asistía a un suplicio.

El rey Enrique se disponía a tratar de un negocio.

Triple amalgama de intereses que se leían en la altanera frente de la primera, en la frente resignada de la segunda y en la sombría y arrugada frente del tercero.

Detrás de estos ilustres personajes, a quienes el pueblo admiraba, no obstante contemplarlos tan taciturnos y tan pálidos, llegaban dos hermosos jóvenes: uno de ellos apenas tenía veinte años, y el otro veinticinco a lo más. Iban asidos del brazo, a despecho de la etiqueta, que prohíbe a los hombres delante de los reyes, lo mismo que en la Iglesia delante de Dios, apegarse a las cosas de la tierra. Los dos hermanos, pues lo eran, se sonreían, el más joven con inefable melancolía, y el mayor con encantadora gracia: ambos eran bellísimos y de elevada estatura.

El menor se llamaba Enrique de Joyeuse, conde de Bouchage, y el otro el duque Ana de Joyeuse: poco tiempo antes sólo era conocido en la corte por el nombre de Arques, mas el rey Enrique, que le quería entrañablemente, le había nombrado par de Francia erigiendo en ducado-pairía el vizcondado de Joyeuse.

No sentía el pueblo contra este favorito el odio que en otro tiempo le inspiraran Maugiron, Quelus y Schomberg, odio que únicamente d'Epéron había heredado; por

consiguiente acogió al príncipe y a los dos hermanos con discretas aunque lisonjeras aclamaciones.

Enrique saludó gravemente y sin sonreírse a la multitud y dio un beso a su perrillo en la cabeza, después de lo cual se dirigió a los jóvenes con la mirada y dijo al mayor de ellos:

—Ana, ven, y recuéstate sobre el tapiz para no cansarte tanto en estar de pie, porque este negocio será largo probablemente.

—Así lo espero —le contestó Catalina—; negocio largo y provechoso.

—Madre mía, ¿creéis que por último hablará Salcedo? —le preguntó Enrique.

—Espero que Dios confundirá de ese modo a nuestros enemigos; y cuando digo nuestros enemigos, entiendo que también son los vuestros, hija mía —añadió volviéndose hacia la reina Luisa, la cual palideció de pronto y fijó en el suelo sus hermosos ojos.

Meneó el rey la cabeza como para revelar las dudas que le asaltaban sobre el particular.

Dirigiéndose en seguida otra vez a Joyeuse, y viendo que éste permanecía en pie a pesar de su invitación, le dijo:

—¿Por qué no haces lo que te he dicho, Ana? Descansa sobre el tapiz o apóyate de brazos en mi sillón.

—Vuestra Majestad es la misma bondad, señor —respondió el joven duque—, pero sólo me aprovecharé de tan generoso permiso cuando realmente me sienta fatigado.

—Y supongo que no nos estaremos aquí hasta que eso suceda, ¿no es verdad? —le replicó su hermano Enrique en voz baja.

—Tranquilízate —repuso Ana, más bien con una mirada que por medio de la voz.

—Hijo mío —exclamó Catalina—, ¿parece que es una especie de tumulto lo que distinguen mis ojos allá abajo, hacia la punta que forma el muelle?

—¡Qué ojos tan penetrantes tenéis, madre mía! Sí; en efecto; me parece que no os engañáis. ¡Ah! ¡Qué cansada tengo ya la vista, y eso que aún no soy viejo!

—Señor —observó Joyeuse con franqueza—, ese tumulto proviene de que el pueblo se ve rechazado hacia la plaza por los arqueros: seguramente porque llega ya el reo.

—¡Cuan agradable debe de ser para los reyes —dijo Catalina—, ver descuartizar a un hombre por cuyas venas corre una gota de sangre real!

Al decir estas palabras sus ojos devoraban a Luisa.

—¡Ah, señora! perdonad, no digáis eso —repuso la joven reina con una desesperación que en vano procuró disimular—: no, ese monstruo no pertenece a mi familia, ni creo que vuestro propósito haya sido expresar semejante idea.

—Es verdad que no —interrumpió el rey—, y estoy seguro de que mi madre no ha querido decir tal cosa.

—No obstante —replicó incomodada Catalina—, pertenece a los de Lorena, y los de Lorena son vuestros parientes, señora, o al menos así debo creerlo. Ese Salcedo, por lo tanto, es pariente vuestro, y pariente bastante inmediato.

—Es decir —exclamó Joyeuse poseído de la noble indignación que formaba el tipo esencial de su carácter, y que en cualquier circunstancia se declaraba contra el que se atrevía a excitarla, sin fijarse en categorías—, es decir, que tal vez será pariente del señor de Guisa, pero no de la reina de Francia.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, señor de Joyeuse? —dijo Catalina con inexplicable altanería, y devolviendo una humillación en pago de una negativa—. ¿Verdaderamente sois vos?... No os había visto.

—Señora, aquí estoy, no sólo con consentimiento, sino por orden del rey —contestó Joyeuse, interrogando a Enrique con una mirada—. No es cosa tan divertida el ver cómo descuartizan a un hombre, para que yo viniese a presenciar semejante espectáculo.

—Tiene razón Joyeuse —dijo Enrique—; aquí no se trata de los de Lorena, ni de Guisa, ni mucho menos de la reina, sino de ver cómo queda dividido en cuatro pedazos ese Salcedo, es decir, ese asesino que deseaba matar a mi hermano.

—De mala suerte estoy hoy —observó Catalina recogiendo velas con arreglo a su más hábil maniobra—, supuesto que mis palabras hacen llorar a mi hija, y reír al señor de Joyeuse, a lo que creo.

—¡Ah, señora! —exclamó Luisa apoderándose de las manos de Catalina—: ¿es posible que Vuestra Majestad no haya conocido las causas de mi dolor?

—¿Ni mi profundo respeto? —agregó Ana de Joyeuse inclinándose hasta tocar el sillón del rey.

—Es verdad, es verdad —contestó Catalina asestando el último golpe contra el corazón de su nuera—; ya debía yo tener en cuenta lo penoso que debe seros, querida mía, el ver que así se descubran las maquinaciones de vuestros aliados, los de Lorena, pues aunque no seáis cómplice en ellas, no por eso dejará de perjudicaros este parentesco.

—¡Oh! ¡oh! —exclamó el rey, que quería poner a todos de acuerdo—; en cuanto a eso hay algo de verdad, porque al presente sabemos ya a qué atenernos respecto a la participación que ha tenido el de Guisa en el complot.

—Pero, señor —replicó Luisa de Lorena con mayor audacia que la que hasta allí había demostrado—, Vuestra Majestad no puede ignorar que al sentarme en el trono de Francia me he separado de mis parientes.

—¡Ah! —gritó Ana de Joyeuse—, ya veis, señor, que no me engañaba: he ahí el reo. ¡Ira de Dios! Y qué fea catadura.

—Tiene miedo y hablará —dijo Catalina. —Si no le faltan las fuerzas —observó el rey—. Ved, madre mía; su cabeza vacila como la de un cadáver.

—Señor —repuso Joyeuse—; es una figura horrible.

—¿Y cómo quieres que sea hermoso un hombre que abriga pensamientos tan feos? ¿No te he manifestado ya, Ana, las relaciones secretas de la parte física y de la moral, como Hipócrates y Galeno las comprendían y las comentaban?

—Es muy cierto, señor, pero no presumo de poseer la ciencia en tan alto grado como vos, y algunas veces he visto que hombres muy feos eran excelentes soldados. ¿No es verdad, Enrique?

Joyeuse se volvió hacia su hermano, como para pedirle que aprobase su idea, mas Enrique miraba sin ver y escuchaba sin oír, porque estaba absorto en profundas cavilaciones, de modo que el rey contestó por él, diciendo:

—Pero, mi querido Ana, ¿quién te dice que Salcedo no es un valiente? Lo es, sin duda alguna, como un oso, como un lobo, como una serpiente. ¿No recuerdas sus proezas? Pues bien: ha quemado en su casa a un caballero de Normandía, que era enemigo suyo, se

ha batido diez veces, ha dejado tendidos a tres de sus contrarios, ha sido sorprendido fabricando moneda falsa, y en consecuencia condenado a muerte. Ya ves.

—Por más señas —agregó Catalina—, que se le ha concedido el perdón por haber intercedido el señor de Guisa vuestro primo, hija mía.

Las fuerzas de Luisa se habían agotado, y sólo respondió exhalando un suspiro.

—De todo eso deduzco —dijo Joyeuse— que esa existencia ha cumplido su término y debe concluir muy pronto.

—Por el contrario —murmuró Catalina—, pienso que acabará lo más lentamente posible.

—¡Ah, señora! —repuso Joyeuse meneando la cabeza— veo allá, bajo aquel cobertizo, cuatro caballos que se impacientan, y no me parece que a su fuerza puedan resistir mucho tiempo los músculos, tendones y cartílagos del señor de Salcedo.

—Pero mi hijo es muy misericordioso —añadió Catalina sonriéndose de un modo que le era peculiar—, y ordenará que los ayudantes tiren poco a poco.

—Sin embargo, señora —repuso la reina con timidez—, me pareció que esta mañana decíais a la señora de Mercœur que ese infeliz no sufriría más que dos tirones.

—Sí, en verdad, con tal que se porte bien —dijo Catalina—, en cuyo caso se le despachará cuanto antes se pueda: pero ya habéis oído la condición, hija mía, y yo quisiera, supuesto que os interesáis en su favor, que pudierais hacerle decir que se porte bien, puesto que esto puede interesarle.

—Señor, Dios no me ha dotado como a vos de suficiente fortaleza para que pueda ver sufrir sin conmovirme.

—Pues bien; no miréis, hija mía.

Luisa enmudeció.

El rey nada había oído, pues sus ojos estaban fijos en la plaza, porque en aquel momento sacaban al paciente de la carreta en que le habían conducido, a fin de colocarle en el tablado.

Durante este tiempo, los alabarderos, los arqueros y los suizos habían ensanchado muchísimo el espacio, de manera que en torno del cadalso se notaba un vacío bastante grande para que todas las miradas pudiesen distinguir a Salcedo, a pesar de la poca altura que tenía su fúnebre pedestal.

Contaba Salcedo treinta y cuatro o treinta y cinco años, era fuerte y vigoroso, y las pálidas facciones de su rostro, en el cual brillaban como perlas algunas gotas de sudor y de sangre, se animaban, cada vez que dirigía la vista en torno suyo, con una expresión indefinible, ya de esperanza o ya de angustia.

Clavó sus miradas al principio en el balcón del rey, pero como no tardó en comprender que sólo la muerte y no la libertad podía aguardar de aquel lado, las retiró al momento.

La multitud era el punto que atraía su atención; allí, en el seno de aquel mar tempestuoso era donde sus ávidos y ardientes ojos penetraban, al paso que su alma toda entera vagaba melancólica entre sus labios temblorosos.

La multitud se mostraba impasible. Salcedo no era un asesino vulgar; pertenecía por su nacimiento a una familia ilustre, supuesto que Catalina de Médicis, tanto más inteligente en genealogía, cuanto más parecía desdeñarla, había descubierto que circulaba por sus venas una gota de sangre real: además de esto Salcedo podía tenerse por un capitán de

nombradía, pues aquella mano ligada con una cuerda infamante había empuñado una fuerte espada, y aquella frente en la cual se reflejaba el terror de la muerte, terror que el reo hubiera encerrado sin duda en el más profundo pliegue de su alma, a no halagar a ésta una esperanza excesiva, había concebido grandes designios.

Así es que para muchos espectadores Salcedo era un héroe, y una víctima para otros en no menor número; algunos le consideraban realmente como un asesino, pero la multitud coloca con dificultad en el rango de los criminales ordinarios y con mucho trabajo anonada con su desprecio a los hombres que han intentado cometer esos grandes asesinatos, que menciona el libro de la historia.

De boca en boca corría, pues, que Salcedo pertenecía a una raza de guerreros; que su padre había combatido encarnizadamente contra el cardenal de Lorena, lo cual le había proporcionado una muerte gloriosa en la carnicería de la noche de San Bartolomé; que olvidando algún tiempo después el hijo aquella muerte, o sacrificando más bien su resentimiento a ciertas ambiciones que siempre despiertan las simpatías del populacho, había celebrado tratos con la España y con los Guisas para aniquilar en Flandes la naciente soberanía del duque de Anjou, al cual aborrecían en extremo los franceses. Citábase sus relaciones con Baza y con Bolouin, autores supuestos del complot que pudo haber quitado la vida al duque Francisco, hermano de Enrique III, y la astucia que había puesto en juego durante los procedimientos para evitar la rueda, la hoguera o la horca, sobre cuyos suplicios humeaba todavía la sangre de sus cómplices. Él únicamente había logrado, según decían los loreneses, por medio de revelaciones artificiosas y falsas, alucinar a los jueces hasta tal punto, que el duque de Anjou, con el objeto de que declarase más, prorrogó su muerte y le hizo transportar a Francia en lugar de mandar que fuese decapitado en Amberes o en Bruselas. El resultado en verdad era el mismo, pero en aquel viaje, objeto principal de sus revelaciones, Salcedo lo esperaba todo de sus partidarios: por desgracia para él había contado sin el señor de Believre, quien, como encargado de tan precioso depósito lo había custodiado con tanta escrupulosidad, que ni los de Lorena ni los de la Liga pudieron aproximarse.

En la cárcel había esperado Salcedo, había esperado en el tormento, en la carreta, y una vez en el cadalso, esperaba todavía. No le faltaban por cierto valor y resignación, pero era uno de esos hombres tenaces que se defienden hasta el último suspiro con aquella obstinación y vigor que la fuerza humana no logra apagar.

Observaba el rey lo mismo que el pueblo aquel pensamiento incesante de Salcedo, y Catalina, por su parte, estudiaba con ansiedad el más pequeño movimiento del desdichado paciente, a pesar de hallarse a mucha distancia para seguir la dirección de sus miradas.

En cuanto llegó el reo, se levantaron como por arte de encantamiento hileras completas de hombres, de mujeres y de niños que se sobreponían unas a otras entre aquella muchedumbre inmensa, pero cada vez que sobre el nivel oscilante, ya medido por las ojeadas escudriñadoras de Salcedo, aparecía una cabeza nueva, la analizaba en un segundo, que podía pasar por el examen de una hora, tratándose de una organización sobreexcitada, cuyas facultades centuplicaba el tiempo, extremadamente precioso en aquella ocasión. Apagado ya aquel rayo de su mirada que había dirigido al rostro desconocido, Salcedo volvía a quedar triste, sombrío, procurando buscar hacia otro lado algún objeto que llamase su atención.

Mientras tanto, el verdugo había comenzado a hacerse cargo de él, sujetándole por la

cintura al centro del tablado. Obedeciendo una señal de Tanchou, teniente de garnacha, que presidía la ejecución, dos arqueros habían atravesado por medio de la multitud para conducir a la plaza los caballos preparados.

En otra ocasión, tal vez no hubieran podido dar los arqueros un paso por medio de aquella masa compacta, pero la gente sabía lo que iban a hacer los arqueros, y por lo mismo se abría y se apiñaba como los comparsas de los teatros para dar paso a los actores encargados de los principales papeles.

Un ruido que se oyó en la puerta del real aposento llamó la atención, y alzando el ujier la tapicería hizo saber a Sus Majestades que el presidente Brisson y cuatro consejeros, entre ellos el relator del proceso, solicitaban tener el honor de hablar un momento al rey con motivo de la ejecución.

—Perfectamente —contestó el rey.

Y en seguida dijo a Catalina:

—Al fin, madre mía, vais a quedar satisfecha.

Movió levemente Catalina la cabeza en señal de aprobación.

—Que entren esos señores —dijo el rey.

—Señor, concededme una gracia —exclamó Joyeuse.

—Habla, y con tal que no sea el perdón del reo...

—No es eso; hay dos cosas, señor, insufribles para mi hermano y especialmente para mí, a saber: los togados y los curas: permítanos, por lo tanto, Vuestra Majestad, que nos retiremos.

—¿Te interesas tan poco en mis negocios, señor de Joyeuse, que quieres salir de aquí en una ocasión como ésta?

—Señor, todo cuanto atañe a Vuestra Majestad es para mí del mayor interés, pero mi organización es sumamente delicada, y la mujer más débil es, cuando de estas cosas se trata, mucho más fuerte que yo. No puedo contemplar una ejecución sin estar malo ocho días, y como soy en la corte el único que se ríe desde que mi hermano no lo hace, pensad qué va a ser de ese pobre Louvre, ya tan triste, si se me pone en el magín⁵ fastidiarle con mi misma tristeza. Así, por merced, señor...

—¿Conque deseas dejarme?... —exclamó Enrique III con tristísimo acento.

—Señor, ¿no es bastante para vos un espectáculo atroz, una venganza y un espectáculo que os divierten, sino que además queréis disfrutar de la debilidad de vuestros amigos?...

—Quédate, Joyeuse, quédate, porque esto promete ser muy interesante.

—No lo dudo, y temo, señor, que el interés llegue a ser tan grande, que me sea imposible soportarlo. Por lo tanto, espero que me permitáis...

Y Joyeuse hizo un movimiento como para dirigirse a la puerta.

—Sea —dijo Enrique III suspirando—; cúmplase tu deseo, ya que mi destino me condena a vivir solo.

Y diciendo así se volvió el rey con el semblante abatido hacia su madre, temiendo que ésta hubiese escuchado el coloquio que acababa de tener con su favorito.

⁵ Imaginación.

Catalina tenía los oídos tan finos como la vista, pero cuando no quería oír, era más sorda que una piedra.

Durante este tiempo, Joyeuse acercó su rostro al oído de su hermano, y le dijo:

—Bouchage, cuando veas entrar a los consejeros deslízate detrás de sus largas túnicas y saldremos los dos de aquí. El rey dice ahora que sí, mas dirá que no dentro de cinco minutos si nos quedamos.

—Hermano mío —repuso el joven—, estoy rabiando por salir de aquí.

—Bien, bien; he aquí que ya llegan los cuervos; huye, huye, tierno ruiseñor.

En efecto, no bien se presentaron los consejeros, cuando se ausentaron del balcón los dos hermanos como dos sombras fugitivas.

El gran tapiz cubrió su retirada, y cuando el rey volvió la cabeza ya habían desaparecido.

Dio Enrique un suspiro y besó a su perrillo.

V EL SUPPLICIO

Manteníanse los consejeros con respeto y silenciosos en el balcón del rey, esperando que les dirigiese la palabra Su Majestad.

Enrique les hizo esperar un rato, y luego, volviéndose hacia ellos, díjoles:

—¿Hola, señores? ¿Qué novedades hay? Señor presidente Brisson, buenos días.

—Señor —contestó el presidente con una dignidad que en la corte se llamaba cortesía de hugonote—, venimos a pedir a Vuestra Majestad, pues así lo desea el señor de Thou, que tenga alguna consideración con el culpable: sin duda puede revelar algunas cosas, y prometiéndole la vida será fácil que las declare.

—¿Mas no ha declarado ya todas esas cosas, señor presidente?

—Sí, señor, en parte; pero, ¿es esto suficiente para Vuestra Majestad?

—Yo sé lo que sé.

—Y no ignora por consiguiente Vuestra Majestad, a qué atenerse respecto a la participación de la España en el asunto.

—De la España, sí, señor presidente, de la España, y también de otras muchas potencias.

—Pero sería muy importante hacer constar esa participación.

—Por eso el rey, señor presidente —interrumpió Catalina—, tiene el propósito de que se sobresea la ejecución, si el culpable firma una confesión análoga a sus anteriores declaraciones prestadas ante el juez que lo sentenció al tormento.

Brisson interrogó al rey con los ojos y con el gesto.

—En efecto —añadió el rey—, ésa es mi intención y no quiero ocultarla por más tiempo; podéis convenceros de ella, señor Brisson, haciendo hablar al reo por medio de vuestro teniente de garnacha.

—¿No tiene Vuestra Majestad otra cosa que mandarme?

—Nada más. Pero nada de variación en las declaraciones, y retiro mi palabra. Son públicas y deben ser completas.

—Está bien, señor. ¿Con los nombres de los individuos comprometidos ?

—¡Con los nombres, todos los nombres!

—¿Aun cuando esos nombres sean tildados en la declaración del paciente de alta traición y sedición en primer grado?

—Aun cuando esos nombres fuesen los de mis parientes más próximos —dijo el rey.

—Se hará como Vuestra Majestad lo ordena.

—Entendámonos, señor Brisson: lo que debe hacerse es suministrar al sentenciado papel y plumas para que escriba su confesión, con lo cual demostrará a las claras que apela a nuestra misericordia y se pone a merced nuestra. Luego ya veremos.

—Pero, ¿puedo yo prometer algo?

—¿Por qué no? Podéis prometer sin dificultad alguna.

—Señores —exclamó el presidente despidiendo a los consejeros—: retiraos.

Luego saludó al rey con respeto y se marchó tras ellos.

—Hablará, señor —dijo Luisa de Lorena trémula y conmovida—, hablará y Vuestra Majestad le perdonará. Mirad cuan lívidos y espumosos están sus labios.

—Es que busca alguna cosa —dijo Catalina—; pero, ¿qué será?

—No es muy difícil adivinarlo —repuso Enrique III—: busca al duque de Parma, busca al duque de Guisa, busca al muy católico rey mi hermano. Ya se ve que busca; pero, ¿creéis que la plaza de Gréve es lugar más cómodo para una emboscada que el camino de Flandes, y que no tengo aquí cien Bellievre para impedir que baje del cadalso a que ha subido por la voluntad de una sola persona?

Salcedo comprendió que el rey acababa de mandar que se llevara a cabo el suplicio, y lo comprendió al ver que los arqueros partieron en busca de los caballos, y que tanto el presidente como los consejeros se encontraban en el balcón del rey.

Entonces fue cuando mostró su boca la espuma sanguinolenta que notó la reina, porque no pudiendo dominar el infeliz la impaciencia de que se hallaba devorado, se mordía los labios con rabia.

—¡Nadie viene a socorrerme! —murmuraba—; ¡ninguno de los que me lo han prometido! ¡Son unos cobardes, sí, unos cobardes!...

El teniente Tanchou se acercó al cadalso y dijo al verdugo:

—Disponeos para obrar.

El ejecutor hizo una señal al otro extremo de la plaza, y vióse a los caballos por medio del gentío, dejando tras de sí una tumultuosa estela que, parecida a la que imprime la nave en el mar, se cerraba apenas pasaban.

Esta estela era producida por los espectadores que los caballos en su rápida marcha hacían replegar o atropellaban; pero la muchedumbre, un punto fraccionada, se comprimía con nuevo esfuerzo sin más variación que la de pasar los que estaban primero a las últimas filas, porque los más fuertes llenaban el vacío.

Pudo repararse entonces hacia el ángulo de la calle de la Vannerie, después que pasaron los caballos, en un hermoso joven a quien ya conocemos, el cual saltó del guardarruedas, sobre el que había estado hasta entonces como empujado por un muchacho que apenas tendría quince o diez y seis años, y que se interesaba sobremanera en aquel espectáculo.

Eran el vizconde Ernanton de Cairmaignes y el paje misterioso.

—Pronto, pronto —exclamó éste al oído de su compañero—, penetrad en ese boquete abierto por la multitud, pues no debemos perder un instante.

—Pero nos van a ahogar —repuso Ernanton—; sin duda alguna estáis loco, amiguito.

—Quiero ver, quiero ver de cerca —añadió el paje con tan imperioso tono, que claramente se echaba de ver que aquella orden salía de una boca acostumbrada a mandar.

Ernanton obedeció.

—Seguid junto a los caballos — le gritó el paje—, no os separéis de ellos un instante, pues de lo contrario no podremos llegar.

—Lo que yo creo es que antes de que llegemos os harán pedazos.

—No os preocupéis por mí. Adelante, adelante.

—Es que los caballos van a reventarme a coces.

—Coged al último por la cola; nunca cocea un caballo cuando se le sujeta así.

Ernanton sufría, a pesar suyo, la influencia extraña de este niño; obedeció, se agarró a la cola del caballo, al paso que el paje se cogía a su cintura.

Y en medio de esta muchedumbre ondulante como las aguas del mar, espinosa como una zarza, dejando aquí un pedazo de su capa, allí otro de la ropilla, más adelante el cuello de la camisa, llegaron al mismo tiempo que los caballos a tres pasos del tablado sobre el cual Salcedo se entregaba a la desesperación.

—¿Hemos llegado? —preguntó el jovencillo casi sin respiración, cuando sintió a Ernanton detenerse.

—Sí, por fortuna —repuso el vizconde—, porque ya me iban faltando las fuerzas.

—Nada veo.

—Poneos delante de mí.

—Ni así tampoco... ¿Qué están haciendo?

—Nudos corredizos en los extremos de las cuerdas.

—¿Y él?

—¿De quién habláis?

—Del paciente.

—Revuelve los ojos con furor hacia todos lados como un buitre que avizora su presa.

Hallábanse los caballos a distancia proporcionada del tablado, para que los ayudantes del verdugo pudiesen sujetar los tirantes a los pies y a los brazos de Salcedo, que lanzó un rugido de león cuando sintió rozarle los tobillos el áspero y rugoso contacto de las cuerdas, cuyos nudos corredizos ceñían más y más las carnes.

Entonces fue cuando el desgraciado dirigió una mirada indefinible a aquella inmensa plaza, cuyos cien mil espectadores abarcó de una vez en el círculo de su rayo visual.

—¿Queréis hablar al pueblo antes que procedamos a la ejecución? —le preguntó con mucha política el lugarteniente Tanchou.

Y acercándose a él añadió en voz baja:

—Vamos... una buena declaración y contad con la vida.

Salcedo le dirigió una mirada que debió profundizar toda el alma de Tanchou, cuyo rostro reveló en aquel momento todos sus sentimientos exteriores.

No se equivocó Salcedo al conocer que el lugarteniente le hablaba con sinceridad y que cumpliría su palabra.

—Ya estáis viendo —añadió Tanchou— que todos vuestros amigos os abandonan, y que solamente os queda en el mundo la esperanza que yo os ofrezco.

—Corriente —respondió Salcedo, lanzando al mismo tiempo un hondo suspiro.

—Lo que el rey pide es vuestra confesión escrita y firmada.

—Entonces desatadme las manos y dadme una pluma: voy a escribir.

—¿Vuestra confesión?

—Mi confesión, sí.

Lleno Tanchou de alegría no tuvo que hacer más que una señal, pues el caso estaba previsto. Un arquero tenía preparados los útiles necesarios; entregó el tintero, las plumas y el papel, que Tanchou puso sobre el tablado.

Al mismo tiempo aflojaron cerca de tres pies la cuerda que sujetaba el puño derecho de Salcedo, y le colocaron convenientemente para que pudiese escribir.

Sentado al fin Salcedo, comenzó por respirar con fuerza, limpiándose la boca con la mano y arreglándose el cabello, que humedecido por el sudor le cubría la frente.

—Vamos, vamos —exclamó Tanchou—, colocaos a gusto y escribir bien todo.

—¡Oh! no tengáis cuidado —respondió Salcedo alargando la mano para tomar la pluma—. Estad tranquilo: no olvidaré a los que me olvidan.

Y al decir estas palabras aventuró una nueva ojeada.

Sin duda era llegado al paje el instante de mostrarse, porque cogiendo la mano de Ernanton, le dijo:

—Por favor, tomadme en brazos y alzadme por encima de esta gente que me impide ver.

—Pero, joven, sois verdaderamente insaciable.

—Caballero, hacedme aún este favor.

—Abusáis demasiado.

—Necesito ver al sentenciado... ¿No me habéis oído? Necesito verle... ¡Ah! Tened compasión... os lo ruego...

Aquel niño no era ya un tirano fantástico, sino un niño que demandaba una gracia.

Ernanton lo cogió en sus brazos, no sin admirarse de la delicadeza de aquel cuerpo que oprimía contra el suyo.

La cabeza del paje dominó todas las demás, cuando Salcedo cogía la pluma después de haber paseado sus miradas por toda la plaza.

Al ver el semblante del joven se estremeció.

El paje al mismo tiempo puso dos dedos sobre la boca, y una alegría indecible se reveló en el semblante del paciente. Cualquiera la hubiera comparado al gozo del mal rico cuando Lázaro deja caer una gota sobre su lengua árida y seca.

Acababa de reconocer la señal que esperaba con tanta impaciencia y que le anunciaba pronto socorro.

Salcedo, después de haber permanecido algunos segundos absorto en sus ideas, se apoderó del papel que le ofrecía Tanchou, inquieto ya por sus vacilaciones, y comenzó a escribir con febril actividad.

—Ya escribe, ya escribe —murmuró la multitud.

—Ya escribe —repitió la reina madre con un placer visible.

—Ya escribe —dijo el rey—: pues bien, juro que le perdonaré la vida.

De repente Salcedo se detuvo para mirar otra vez al joven.

Este repitió la misma señal, y Salcedo se puso nuevamente a escribir.

Después de un intervalo más corto interrumpió de nuevo la escritura para volver a mirar.

Esta vez el paje hizo seña con los dedos y la cabeza.

—¿Habéis acabado? —dijo Tanchou, que no perdía de vista su papel.

—Sí —dijo maquinalmente Salcedo.

—Pues firmad.

Salcedo firmó, sin echar sobre el papel la vista, que conservaba invariablemente clavada en el joven.

Tanchou alargó la mano para recoger la confesión.

—Mostradla al rey, al rey únicamente —dijo Salcedo.

Y dio el papel al lugarteniente, aunque de mala gana y como un soldado vencido que se desprende de sus últimas armas.

—Si habéis confesado todo ingenuamente —le dijo Tanchou—, podéis vivir convencido de que os salvaréis, señor Salcedo.

Una sonrisa mezclada de ironía y de inquietud animó los labios del paciente que parecía interrogar con ansiedad a su misterioso interlocutor.

Mas cansado ya Ernanton, quiso depositar en tierra aquella incómoda carga y abrió los brazos: el paje se deslizó hasta el suelo.

Con él desapareció la ilusión que hasta allí había mantenido el sentenciado.

No viéndole Salcedo, le buscó por todas partes con los ojos y en seguida preguntó fuera de sí:

—¿Qué vais a hacer? Vamos, daos prisa.

Nadie respondió a sus palabras.

El rey desdoblaba precipitadamente el papel que contenía la firma del reo.

—¡Ah! —gritó éste desesperado—. ¿Habrán querido burlarse de mí?... No obstante, yo la he reconocido... sí... era ella.

Apenas hubo el rey recorrido las primeras líneas del pliego cuando se puso pálido de indignación; en seguida exclamó furioso:

—¡Oh! ¡el miserable! ¡el malvado!

—¿Qué hay, hijo mío? —interrogó Catalina.

—Hay que se retracta, madre mía; hay que pretende no haber confesado cosa alguna jamás.

—¿Y luego?

—Después declara inocentes y extraños a todo complot a los de Guisa.

—En realidad —balbuceó Catalina—, si es cierto...

—¡Miente —repuso el rey—, miente como un renegado!

—¿Cómo lo sabéis, hijo mío? Puede ser que se haya calumniado a los Guisa; puede ser que los jueces, por un exceso de celo, hayan interpretado erróneamente las declaraciones.

—Señora —repuso Enrique sin poderse ya contener—, yo lo he oído todo.

—¿Vos?

—Sí, yo mismo.

—¿Cuándo?

—Cuando el culpable sufría el tormento: yo me hallaba oculto detrás de una cortina, y no

he perdido una sola palabra: las que él ha pronunciado no pueden borrarse de mi imaginación.

—Pues, bien; hacedle hablar nuevamente por medio del tormento, ya que esto es tan buen expediente; mandad que los caballos le den un tirón.

Enrique, sofocado por la cólera, extendió la mano, y el lugarteniente Tanchou repitió aquella señal.

Las cuerdas estaban ya amarradas a los cuatro miembros del paciente; cuatro hombres montaron en los cuatro caballos, oyéronse cuatro latigazos y los cuatro animales fogosos arrancaron en direcciones opuestas.

Un horrible crujido y un grito desgarrador estallaron a un mismo tiempo desde el piso de la plaza y desde el cadalso: los miembros del desventurado Salcedo se amorataron estiráronse e inyectáronse de sangre; su rostro no era ya de criatura humana, sino de demonio.

—¡Traición! ¡Traición! —gritó medio muerto—. Voy a hablar; quiero hablar; quiero declararlo todo. ¡Ah! Maldito duque...

Su voz dominaba los relinchos de los caballos y el murmullo de la multitud, pero se apagó de pronto. —¡Deteneos! ¡Deteneos! —repitió la reina. Los ojos de Salcedo se habían dilatado extraordinariamente, aparecían fijos y obstinadamente parecían dirigirse al grupo en que el paje se había presentado: Tanchou seguía admirablemente esta nueva pista, pero Salcedo no podía hablar porque era ya cadáver.

El lugarteniente dio en voz baja algunas órdenes a los arqueros, y éstos comenzaron a hacer pesquisas entre la multitud, siguiendo la dirección indicada por los denunciadores ojos de Salcedo.

—Estoy descubierta —dijo el paje al oído de Ernanton—; por compasión, valedme, amparadme, caballero; ved que se acercan...

—Pero, ¿qué es lo que deseáis?

—Huir... ¿No habéis conocido que me buscan?

—¿Y quién sois vos?

—Una mujer... ¡ah! ¡salvadme!... ¡protegedme! Ernanton palideció, mas su generosidad triunfó al fin del temor y de la sorpresa colocó delante de él a su protegida, le abrió paso repartiendo a derecha e izquierda sendos golpes con el puño de la daga, y la llevó hasta el ángulo de la calle del Carnero, en donde había una puerta abierta.

El joven paje se precipitó hasta dicha puerta que parecía esperarle, y que se cerró tras él. Ernanton no tuvo tiempo ni para preguntarle su nombre, ni el lugar en que volverían a encontrarse; pero el paje, como si hubiera adivinado su pensamiento, le hizo una seña al separarse de él, que equivalía a mil promesas.

Libre ya de todo compromiso, Ernanton regresó al centro de la plaza, y examinó con rápida ojeada el cadalso y el balcón regio. Salcedo se hallaba extendido cuan largo era sobre el primero.

Catalina aparecía de pie lívida y temblorosa en el segundo.

—Hijo mío —dijo por último enjugándose el sudor de su frente—, no harías mal en despedir de tu servicio al ejecutor de la justicia.

—¿Y eso por qué? —preguntó Enrique.

—Mira... mira.

—¿Qué queréis decir?

—Que Salcedo solamente ha sufrido un tirón, y sin embargo ha muerto.

—Porque era demasiado sensible al dolor.

—¡No, no! —replicó Catalina con una sonrisa de desdén por la poca perspicacia de su hijo—, sino porque ha sido estrangulado por debajo del cadalso con una cuerda fina en el instante en que iba a acusar a los que le dejaban morir. Haced inspeccionar el cadáver por un doctor inteligente, y se hallará en su cuello, estoy convencida, el círculo que la cuerda ha de haber impreso.

—Tenéis razón —dijo Enrique, cuyos ojos centellearon un instante—: mi primo Guisa está mejor servido que yo.

—¡Silencio, silencio, hijo mío! nada de ruido, porque se mofarían de nosotros; también esta vez se ha perdido la partida.

—Joyeuse ha hecho bien yendo a divertirse a otra parte —dijo el rey—: en este mundo no se puede contar con cosa alguna, ni siquiera con los suplicios. Partamos, señoras, vámonos de aquí.

VI

LOS DOS JOYEUSES

Estos, como ya hemos visto, habían desaparecido durante la escena precedente por detrás de la casa municipal y sin cuidarse de sus lacayos y monturas que quedaban con la comitiva del rey, iban del brazo por las calles de aquel barrio populoso, que entonces estaba desierto, a causa de los muchos espectadores que se habían agolpado a la plaza de Gréve.

Internados ya en dicho barrio, continuaron andando siempre del brazo, aunque sin hablar palabra.

Enrique, antes tan alegre, estaba preocupado y casi sombrío.

Ana parecía inquieto y como embarazado por el silencio de su hermano.

Él fue, no obstante, quien rompió primero el silencio.

—Y bien, Enrique, ¿adonde me llevas?

—A ninguna parte, hermano mío: voy andando y nada más —contestó Enrique, como si se despertase sobresaltado—. ¿Deseas ir a algún lado, hermano mío?

—¿Y tú?

Enrique se sonrió con tristeza.

—¡Oh! Por lo que a mí toca me importa muy poco adonde voy.

—Y no obstante, a alguna parte vas todas las noches —replicó Ana—, porque siempre sales a la misma hora y vuelves ya muy tarde, menos cuando no vuelves en toda la noche.

—¿Me interrogas, hermano mío? —preguntó Enrique con encantadora dulzura, a la que se mezclaba cierto respeto hacia su hermano mayor.

—¿Yo interrogarte? —replicó Ana—: Dios me libre: no investigo secretos que se me ocultan.

—Cuando lo desees, hermano mío, no guardaré secretos para ti.

—¿No tendrás secretos para mí, Enrique?

—Nunca, hermano mío, ¿no eres a la vez mi señor y mi amigo?

—¡Cáspita! Creía que tenías en efecto algo que ocultarme, porque al fin no soy más que un pobre lego, pensaba que debías contar ante todo con nuestro sabio hermano, esa columna de la teología, esa antorcha luminosa de la religión, ese docto arquitecto que entiende en los casos de conciencia de la corte, que indudablemente llegará un día a ser cardenal, que siempre ha sido tu confidente, que te oía en confesión, que te absolvía y... ¿lo diré? que te aconsejaba, porque los individuos de nuestra familia —añadió Ana riéndose—, son buenos para todo, como ya sabes; testigo, nuestro queridísimo padre.

—Tú eres para mí más que un maestro, más que un confesor y más que un padre —dijo Enrique de Bouchage estrechando afectuosamente la mano de su hermano—: eres mi amigo.

—Explícate, pues, en qué consiste que estando alegre te has ido poniendo triste poco a poco, y que en vez de salir de día no lo haces ahora más que de noche.

—Te engañas, hermano mío —dijo Enrique—: no estoy triste.

—¿Pues qué tienes?

—Estoy enamorado.

—¿Y esa distracción?

—Se debe a que noche y día pienso en mis amores.

—Pero... suspiras al decírmelo.

—Sí.

—¡Suspiras tú, Enrique, conde de Bouchage, tú, el hermano querido de Joyeuse, tú, a quien malas lenguas llaman hoy el tercer rey de Francia! Bien sabes que el duque de Guisa es el segundo, suponiendo que no sea el primero: pero tú, que eres rico y arrogante mozo; tú, que serás par de Francia y duque, como yo, en la primera ocasión que se me presente para alcanzarlo, ¿estás ahí enamorado, pensativo y triste? ¿Y eres capaz de suspirar después de haber adoptado por divisa la palabra *Hilariter*?

—Querido Ana, todas esas ventajas que pasaron, todas esas esperanzas del porvenir, jamás han pertenecido al número de las cosas necesarias para mi felicidad... No soy ambicioso.

—Eso quiere decir que ahora no lo eres.

—O, lo que es igual, que no tengo prisa en alcanzar todo lo que dices.

—En la actualidad tal vez; pero más adelante volverás a desearlo.

—Jamás, hermano mío. Nada deseo, nada quiero.

—Haces mal, hermano mío. Cuando uno se llama Joyeuse, es decir, uno de los más bellos nombres de Francia, cuando se tiene un hermano que es favorito del rey, se desea todo, todo se quiere y todo se obtiene.

Enrique bajó tristemente la cabeza agitando con triste ademán su blonda cabellera.

—Veamos —dijo Ana—, hemos aquí bien solos, completamente extraviados, ¡El diablo me lleve! hemos pasado el río y nos encontramos en el puente de la Tournelle, sin haberlo siquiera notado. No creo que nadie pueda venir a escucharnos en esta playa desierta con el frío que hace, y al lado de estas aguas verdinegras. ¿Tienes que comunicarme alguna cosa seria, Enrique?

—Nada, nada más que estoy enamorado, y ya lo sabes, hermano mío, pues acabo de confesarlo.

—Mas, ¡qué diablo! Eso no es cosa seria —dijo Ana dando una patada en el suelo—. También yo ¡voto al Papa! estoy enamorado.

—No como yo, hermano mío.

—También yo pienso alguna vez en mi querida.

—Sí, mas no siempre.

—También yo experimento contrariedades, y hasta pesares.

—Sí, pero también tienes goces y alegrías, porque eres amado.

—¡Oh! también yo tengo grandes obstáculos, se me piden grandes misterios.

—¿Te piden, hermano mío? ¿Y te parece poco? Si tu querida pide, ya puedes contarla por tuya.

—Así lo creo; es decir, creo que es mía y del señor de Mayena; porque Enrique, correspondiendo a tu confianza debo decirte que todavía me entiendo con la querida de ese hombre lascivo, una muchacha que está loca por mí y que hoy mismo dejaría a Mayena, si no temiese ser asesinada por él, pues ya sabes que es sumamente aficionado a asesinar mujeres. Además como aborrezco a los Guisas, me causa el mayor placer la seguridad que tengo de divertirme a costa de ellos. Dígote, pues, y te repito, que encuentro muchas veces grandes dificultades, que sostengo acaloradas disputas y que no por eso me ves triste y sombrío como un cartujo, ni mis ojos aparecen preñados de lágrimas. El resultado es que continúo riéndome, ya que no a todas horas, como antes, al menos algunas veces. Ahora es preciso que me digas a quién amas. ¿Es bella, Enrique? ¿Es bella tu querida?

—¡Ah! No es mi querida.

—Pero, ¿es bella?

—Demasiado.

—¿Se llama?

—No sé su nombre.

—¿Hablas de veras?

—Palabra de honor.

—¿Sabes que empiezo a creer que en efecto eso es mucho más peligroso de lo que yo había pensado? No se trata ya de que estás triste, sino de que te has vuelto loco.

—Sólo una vez me ha hablado, o mejor dicho, ha hablado únicamente una vez delante de mí, pero desde ese día no ha vuelto a lisonjear mis oídos su voz deliciosa.

—Supongo que te habrás informado...

—¿De quién?

—¿Cómo de quién? De sus vecinos.

—Ocupa una casa entera y nadie la conoce.

—¿Es acaso una sombra?

—No; una mujer esbelta y graciosa como una ninfa, tan seria y grave como el arcángel Gabriel.

—¿En dónde la has encontrado? ¿Cómo la conociste?

—Cierta día iba yo detrás de una joven por la encrucijada de la Cypécienne, y entré en aquel jardinillo que se ve contiguo a la iglesia, en el cual hay un banco a la sombra de los árboles. ¿Has ido allí alguna vez, hermano?

—No, pero éste no es inconveniente para tu historia; continúa: decías que a la sombra de los árboles hay un banco. ¿Qué más?

—Empezaban a condensarse las sombras; perdí de vista a la joven, y buscándola llegué hasta ese banco.

—Sigue, sigue, te escucho.

—Acababa de divisar un vestido de mujer hacia este lado, alargué las manos: "Dispensad, caballero", me dijo la voz de un hombre que no había visto aún. Y la mano de este hombre me apartó suavemente pero con firmeza.

—¿Y osó tocarte, Joyeuse?

—Escúchame bien: aquel hombre ocultaba su rostro bajo una especie de capucha, y me figuré que era algún religioso, porque el tono político y amable de su advertencia me conmovió en extremo, y mucho más al mostrarme con la mano, y como a unos diez pasos de distancia, la mujer cuyo vestido blanco había llamado desde luego mi atención, y que en aquel momento se arrodillaba ante el mismo banco de piedra, como si hubiera sido un altar.

"Detúveme, hermano mío, y nunca olvidaré aquel instante. Me aconteció esta aventura a principios del mes de septiembre: reinaba en la atmósfera una completa calma; las rosas y las violetas que los fieles esparcen sobre las tumbas del jardín, me enviaban sus suaves y delicadas emanaciones, rasgaba los plateados rayos de la luna una blanquecina nube, posada casi perpendicularmente sobre el campanario de la iglesia, y los vidrios de colores de las ventanas del templo aparecían plateados por sus destellos en sus remates, al paso que doraba su parte inferior el resplandor de los cirios. Hermano mío, bien fuese por la sublime majestad de aquel lugar, o por su misma dignidad, aquella mujer postrada de hinojos brillaba para mí en medio de las tinieblas como una estatua de mármol, inspirándome un sentimiento de respeto que me heló el corazón. "Entonces me puse a contemplarla con avidez. "Inclinóse sobre el banco, lo rodeó con sus dos brazos, posó en él sus labios, y al punto vi ondular sus espaldas con el esfuerzo de mil sollozos y suspiros. ¡Ah! nunca había oído tan desgarradores acentos, hermano mío, jamás traspasó tan cruelmente un corazón un hierro más afilado.

Al mismo tiempo que lloraba, imprimía sus hermosos labios en la fría piedra con un entusiasmo y fervor que decidieron mi suerte: sus lágrimas me enternecieron; sus besos me volvieron loco.

—Pero esa mujer, ¡por vida del Papa, estaba loca, y no tú! —exclamó Joyeuse—. ¡Pues qué! ¿Se besa de esa manera una piedra? ¿Se solloza así por nada?

—¡Ah! un dolor inmenso la hacía sollozar, un amor profundo la obligaba a besar la piedra; pero, ¿a quién amaba? ¿por quién lloraba? ¿por quién pedía al Cielo? Lo ignoro.

—¿Pero no interrogaste al hombre?

—Por supuesto.

—¿Y qué te contestó?

—Que había perdido a su esposo.

—¿Y se llora así un esposo? —preguntó Joyeuse—: he ahí ¡voto al chápíro! una buena respuesta; ¿te contentaste con ella?

—Preciso fue, toda vez que no quiso darme otra.

—Mas ese hombre, ¿quién era?

—Una especie de criado que vive con ella.

—¿Su nombre?

—Ha rehusado decírmelo.

—¿Joven o viejo?

—Contará de 28 a 30 años...

—Pero, dime, ¿invirtió toda la noche en orar y gemir?

—No; así que dejó de llorar, es decir, cuando agotó en ella el raudal del llanto, así que se cansó de rozar sus labios contra el frío banco de piedra, se levantó y en vez de dirigirme yo hacia ella, como lo hubiera hecho con cualquiera otra mujer, retrocedí al observar el misterio que debía encerrar semejante estado de tristeza. Entonces fue cuando se vino hacia mí, o más bien, hacia donde yo estaba, pues ni aun me veía; la luna fue a dar en su rostro, y se me figuró que éste se hallaba iluminado por un resplandor magnífico: había recobrado su noble severidad; no se observaba en él la menor contracción, no se estremecían sus facciones, de sus ojos no se desprendía una lágrima, viéndose únicamente en su semblante el húmedo surco que en él habían trazado las que antes vertiera. Entreabierta su boca, aspiraba el soplo de la vida, que faltó poco al parecer para abandonarla por un momento; dio algunos pasos con cierta languidez, como si anduviese medio dormida, y entonces corrió hacia ella el hombre, de quien ya he hablado, para servirle de guía, pues no parecía sino que había dado al olvido que andaba por el suelo. ¡Ay, hermano! ¡Qué mujer tan bella! ¡Qué divino era el destello que se desprendía de su rostro! Nunca he visto en la tierra cosa parecida; pero me acordé de que soñando algunas veces creí que el cielo se abría y bajaban de él visiones por el estilo de aquella realidad.

—¿Y qué ocurrió después, Enrique? —preguntó Ana, quien iba interesándose a pesar suyo en aquella narración, de que tuvo intenciones de reírse en un principio.

—Voy a decírtelo, hermano: su criado le habló algunas palabras en voz baja, pero aunque sin duda le diría que yo me hallaba allí, ni aun miró hacia aquel lado; lo que hizo fue echarse el velo y no volví a verla: entonces me pareció que el cielo acababa de obscurecerse y que aquella mujer no era un ser de este mundo, sino una sombra que había salido de los sepulcros y que se deslizaba delante de mí, muda y misteriosa entre el follaje del jardín. Así que salió de éste la seguí, y a pesar de que de vez en cuando se volvía el hombre que la acompañaba, no traté de ocultarme, sin reparar que cometía una locura. ¿Qué quieres, hermano? Mi ánimo estaba aún sobrecogido, me dominaban todavía mis antiguas vulgares costumbres, y cubría mi corazón la ruda coraza de otros tiempos.

—¿Qué quieres decir con eso, Enrique? —interrogó Ana sin comprender a su hermano. El joven se sonrió y dijo:

—Quiero decir, hermano mío —continuó—, que mi juventud ha sido tempestuosa, que en varias ocasiones he creído amar, y que todas las mujeres, para mí, hasta este instante, han sido mujeres a las que podía ofrecer mi amor.

—¡Oh! ¡oh! ¡Pues quién es ésa? —repuso Joyeuse intentando recuperar su alegría, algo alterada, a su pesar, por la confianza de su hermano—. ¡Cuidado, Enrique! Deliras: ¿acaso no es ésa una mujer de carne y hueso?

—Hermano mío —dijo el joven estrechando convulsivamente la mano de Joyeuse—, hermano mío —dijo tan bajo que su acento apenas se dejaba sentir—, tan verdad como que Dios me oye, no sé si es una criatura de este mundo.

—¡Por el Papa! Me darías miedo, si un Joyeuse pudiese tenerlo.

Luego, procurando tomar el tono alegre, continuó: —Pero, en fin, lo cierto es que anda, llora, da perfectamente besos; tú mismo me lo has dicho. Esto, querido amigo, me parece de muy buen agüero; mas no será eso sólo; veamos, y luego, luego.

—Después hay poca cosa: la seguí sin que ella procurase esquivarme, variar, variar de ruta, ni seguir un camino falso; ni aun parecía pensar en ello. —Pero, dime, ¿dónde

vivía?

—Cerca de la Bastilla, en la calle de Lesdiguières; no bien llegó a su puerta, cuando el hombre que la acompañaba se volvió hacia donde yo estaba y me vio.

—¿Y tú le hiciste alguna seña indudablemente para advertirle que deseabas hablarle?...

—No me atreví, y sin duda vas a reírte de mí cuando sepas que el criado me infundía tanto respeto como su señora.

—No obstante entrarías en aquella casa...

—No, hermano.

—¿Sabes, Enrique, que estoy por creer que no eres un Joyeuse? ¿Tampoco volviste al día siguiente?

—Volví a la Gypécienne y a la calle de Lesdiguières, mas sin fruto ni resultado alguno.

—¡Pues qué! ¿Había ya desaparecido?

—Sí, como una nube que se hubiese evaporado.

—Pero, en resumen, ¿qué es lo que hiciste? ¿por qué no te informaste?

—Aquella calle tiene pocos vecinos y ninguno de ellos pudo hacerme saber lo que deseaba: traté de acechar al acompañante de la desconocida, pero no volvió a amanecer; y con todo, consolaba mis penas una luz que durante la noche veía brillar a través de las celosías, pues me decía claramente que "ella" se hallaba siempre allí. Apelé a mil recursos para introducirme en la casa, y puse en juego cartas, flores, mensajes y regalos, pero todo fue inútil. Por último también llegó a faltar la luz y desde entonces no se ha vuelto a ver, lo cual me ha hecho creer que la dama, cansada de mi importunidad, había dejado la calle de Lesdiguières, a fin de que nadie conociese su nueva habitación.

—¡Y qué! ¿No has vuelto a encontrar a esa fiera?

—La casualidad lo ha hecho: mas soy injusto, hermano mío, es la Providencia, que no quiere que se arrastre la vida. Préstame atención, porque es en verdad cosa extraña. Hace quince días que marchaba yo por la calle de Bussy a media noche; ya sabes que la ordenanza sobre el fuego se cumple severamente: pues bien, no sólo vi fuego por las vidrieras de una casa, sino un verdadero incendio que estallaba en el segundo piso.

"Lo primero que hice fue llamar violentamente a la puerta, y al punto se asomó un hombre a la ventana.

"—Mirad —le grité—, que está ardiendo vuestra casa.

"—Callad, por Dios —me respondió—; nada digáis, pues estoy procurando apagar el fuego.

"—Si queréis, llamaré a la ronda.

"—No hagáis tal en nombre del Cielo; a nadie llaméis.

"—Pero se os puede auxiliar...

"—Es cierto; ahí va la llave de la puerta.

"Efectivamente, me echó una llave desde la ventana; poco después subí con rapidez las escaleras y entré en la habitación, que era teatro del incendio.

"Todo el piso estaba ardiendo y no tardé en conocer que me hallaba en el laboratorio de un alquimista, quien al ocuparse en no sé qué experimento, había derramado por el suelo

cierto licor inflamable que originó el incendio.

"Cuando entré era ya mucho menor el fuego, y así pude examinar perfectamente al alquimista.

"Era un hombre como de veintiocho a treinta años al parecer; desfigurábale horriblemente la mitad del semblante una espantosa cicatriz, al paso que otra atravesaba su cráneo: una barba poblada y espesa ocultaba el resto de su rostro.

"—Caballero —me dijo—, os doy un millón de gracias, pero ya estáis viendo que todo ha concluido, por lo que si sois tan galante y amable como revela vuestra presencia, os pido que os ausentéis, pues mi señora puede presentarse aquí de un momento a otro y tal vez se incomodará al encontrar a estas horas en mi habitación, o más bien en la suya, a un hombre extraño.

"El timbre de aquella voz me llenó de asombro, y ya iba a exclamar: "Sois el hombre de la Gypecienne; el de la calle de Lesdiguières, el de la dama desconocida"; porque debes recordar, hermano, que anteriormente le vi cubierto con una capucha, que por lo mismo no conocía sus facciones y que únicamente conservaba en la memoria el sonido de su voz. Pues bien; ya me disponía a descubrirme a él, a interrogarle, a pedirle su cooperación, cuando se abrió la puerta repentinamente y entró una mujer.

"—¿Qué es eso, Remy? —interrogó deteniéndose majestuosamente en el dintel de la puerta—; ¿a qué viene ese miedo?

"¡Oh, hermano mío!, era ella, más bella aún al mortecino resplandor del casi apagado incendio, que cual me lo pareció a los rayos de luna; era ella, era esa mujer cuyo perenne recuerdo me destrozaba el corazón.

"Al grito que lancé, el criado me miró a su vez con más atención.

"—Gracias, señor —me dijo otra vez—, gracias; pero ya lo veis, el fuego se ha extinguido. Marchaos, os lo ruego: salid ya.

"—Me despedís bien duramente, amigo mío —le repliqué.

"—Señora —añadió el criado—, es él.

"—¿Quién es él? —preguntó la señora.

"—El caballero joven que hemos hallado en el jardín de la Gypecienne, que nos ha seguido hasta la calle de Lesdiguières.

"Fijó ella entonces sus ojos en mí, y en esta mirada comprendí que me veía por la primera vez.

"—Caballero —me dijo ella—, por favor, marchaos.

"Yo vacilaba, quería hablar, suplicar; pero me faltaban las palabras; permanecí inmóvil y mudo, ocupado en mirarla.

"Cuidado, señor —dijo el servidor con más tristeza que severidad—, cuidado: vais a poner a la señora en la necesidad de huir por segunda vez.

"—¿Oh! no lo permita Dios —contesté inclinándome—; pero, señora, yo no os ofendo.

"Nada me contestó: insensible, silenciosa, fría, como si no hubiese oído mis palabras, volvió la espalda y la vi desaparecer poco a poco en la sombra del aposento inmediato y bajar por una escalera, sobre cuyos peldaños no resonaban sus pasos: creí al pronto que era una visión.

—¿Y nada más? —preguntó Joyeuse.

—Todo os lo he dicho: el criado me condujo hasta la puerta, y allí me dijo:

—En nombre de Jesucristo y de la Virgen María, olvidad todo esto, caballero; olvidadlo por vuestra vida.

"Yo salí apresurado, delirante, sin saber lo que hacía, oprimiéndome las sienes con las manos, y creyendo que me había vuelto loco.

"Un impulso desconocido me arroja desde entonces todas las noches a esa calle, y por eso sin duda se han encaminado mis pasos hacia este lado desde que nos hemos separado del rey. Todas las noches, como digo, voy a la calle de Bussy, me oculto lo mejor que puedo en el ángulo de una casa situada frente a la suya, amparándome a la sombra de un balconcillo, favorable a mis deseos, y tal vez de diez en diez noches veo moverse una luz en el aposento que *ella* habita: aquella luz es mi felicidad, es mi vida.

—¡No es mala felicidad! —murmuró Joyeuse.

—Estoy seguro de que la perdería si anhelase otra. —Pero, ¿no conoces que te pierdes con esa resignación

—¿Y qué quieres, hermano? —repuso melancólicamente Enrique—; así me considero dichoso.

—¡Bah! eso no es posible.

—Ana, la felicidad de este mundo es relativa: veo que *ella* permanece allí, que allí vive, que allí respira: la veo, a pesar de las paredes que la guardan; pero, si abandona esa casa, si vuelven a pasar para mí otros quince días iguales a los que pasé cuando desapareció de la calle de Lesdiguières, perderé el juicio, hermano, o entraré en un convento.

—Cuidado con que cometas semejante desatino, porque bastan para nuestra familia un fraile y un loco: lo mejor es que nos quedemos como estamos.

—Por Dios, Ana, déjate de reflexiones, y no te burles de lo que me pasa, porque las primeras serán inútiles, y nada adelantarás con lo segundo.

—¿Quién te dice que yo...?

—Enhorabuena.

—Has de permitirme, no obstante, que te haga presente una cosa.

—¿Cuál?

—Que te has dejado engañar como un niño. —Nada he combinado, ningún cálculo he hecho, y por lo tanto no puede haber engaño en esto: he cedido a una fuerza mayor que la mía. Cuando nos arrebata la corriente, es mucho mejor seguirla voluntariamente que luchar contra ella.

—Pero, ¿y si nos conduce a un abismo?

—En ese caso, hermano, debemos hundirnos en él.

—¿Lo crees así?

—Seguramente.

—Pues yo no, y en tu puesto...

—¿Qué partido hubieras tomado?

—Hubiera hecho todo lo necesario para saber su nombre, su edad y...

—¡Ay, Ana! No la conoces.

—Pero a ti sí. ¿No te acuerdas de que te di cincuenta mil escudos de los cien mil que el rey quiso regalarme el día de su fiesta?

—Todos ellos están todavía en mi cofre, sin que falte uno solo, ni media.

—Eso es lo malo, porque, si no estuviesen enterrados en tu cofre, la mujer indudablemente estaría hoy en tu alcoba.

—¡Hermano mío! no digas eso...

—No hay exclamaciones que valgan: un criado de baja esfera se vende por diez escudos; a un sirviente que valga más se le compra por ciento; a uno cuya fidelidad está probada, por mil, y a uno que es seguro, incorruptible, maravilloso, por tres mil. Admitamos ahora que ese hombre es el fénix de los criados, el Dios de la fidelidad; dime, inocente: ¿no será tuyo en cuerpo y alma por la suma de veinte mil escudos? ¿Y no te quedarán en reserva treinta mil disponibles para comprar al fénix de las mujeres, puesto a precio por el fénix de los criados? ¡Pobre Enrique! Debes declarar que eres un babieca.

—Hermano —replicó suspirando Enrique—: existen en el mundo personas que no se venden y corazones que resisten a todas las riquezas de un monarca.

—Admitido —repuso Joyeuse—; pero no me dirás que hay corazones que no se dan.

—Convengo en ello.

—¿Quieres decirme lo que has hecho para conquistar el corazón de esa insensible hermosura?

—Ana, tengo la firme convicción de haber puesto todos los medios posibles para lograrlo.

—Conde de Bouchage, créeme, estás loco. No has hecho más que hallar una mujer triste, encerrada, afligida, y te has puesto más melancólico, más afligido y más aislado que ella. Hablas del amor como de una cosa vulgar, y no obstante te encuentro más frívolo y ligero que un comisario de barrio. No es eso: si está sola debes acompañarla: si triste, alegrarte y alegraría; si llora por un bien perdido, procura consolar su dolor y de llenar el vacío que la atormenta.

—Eso es imposible, hermano.

—¿Has hecho alguna prueba?

—¿Con qué objeto?

—Aunque sólo sea por vía de ensayo. ¿No declaras que estás enamorado perdido?

—Sería imposible pintarte mi amor.

—Corriente: esa mujer será tuya dentro de quince días.

—¡Hermano! Es imposible.

—Por mi honor te lo juro. ¿Supongo que no has perdido la esperanza?

—Jamás la he tenido.

—¿A qué hora sueles verla?

—¡A qué hora!

—Por supuesto.

—¿Pues no te dije que nunca la veía?

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Ni en la ventana de su casa?

—En ninguna parte; ni siquiera su sombra.

—Pues, señor, esto no puede continuar así. Dime, ¿tiene algún amante?

—A excepción de ese Remy, de quien me has oído hablar, a nadie he visto penetrar en su casa.

—Describeme esa casa.

—Se compone de dos pisos, tiene una puerta pequeña sobre una grada, y encima de la segunda ventana un terrado.

—¿Se puede entrar por él?

—No: la casa está aislada.

—Enfrente de ella, ¿qué hay?

—Otra casa parecida, aunque se me figura más alta.

—¿Quién la habita?

—Un hombre.

—¿Alegre o triste?

—Alegre al parecer, porque le oigo reír en ocasiones.

—Pues bien, cómprale la casa.

—¿Y quién te asegura de que querrá venderla?

—¡Toma! le ofreces el doble de lo que valga.

—¿Y si me ve allí la dama?

—Que te vea.

—Desaparecerá nuevamente, al paso que ocultándome de ella abrigo la esperanza de verla, si no un día, otro.

—Bien, la verás esta noche.

—¡Yo!

—A las ocho te instalarás debajo de su balcón.

—Como voy todas las noches, mas sin esperanza.

—Ante todo dime bien las señas.

—La casa se encuentra entre la puerta Bussy y la posada de San Dionisio, junto a la esquina de la calle de los Agustinos y a veinte pasos de la hostería grande, en cuya muestra se lee: "A la Espada del Bizarro Caballero."

—Ea, pues, hasta esta noche a las ocho.

—Y tú, ¿qué harás?

—Ya lo sabrás: ahora vuelve a casa, adórnate con tu mejor traje y tus más brillantes y ricas joyas, empapa tus cabellos en las más delicadas esencias, y te aseguro con mi cabeza que esta noche será tuya la plaza.

—Dios te escuche, hermano.

—Enrique, ten presente que el diablo nunca es sordo. Pero voy a dejarte ya porque me espera mi querida, esto es, la del señor de Mayena, que no es ciertamente tan escrupulosa.

—¡Ana!

—Perdón, fiel esclavo del amor; no establezco la menor comparación entre las dos damas; el Cielo me libre de semejante pensamiento; lo único que pienso es que yo amo más a la mía... pues a la de... ya me entiendes. En fin, no quiero hacerla aguardar más tiempo: adiós, Enrique.

—Hasta la noche, Ana. Adiós.

Los dos hermanos se apretaron las manos afectuosamente, y cada cual tomó distinta dirección.

Uno de ellos levantó con desenfado, a doscientos pasos de allí, y dejó caer con gran estrépito, el pesado aldabón de una soberbia casa gótica situada muy cerca del atrio de Nuestra Señora.

El otro, silencioso y meditabundo, desapareció por una de las tortuosas y estrechas calles que conducían a palacio.

VII

'LA ESPADA DEL BRAVO CABALLERO' Y 'EL ROSAL DE AMOR'

La noche, cubriendo con su húmedo manto de bruma la ciudad tan ruidosa dos horas antes, había descendido completamente sobre la tierra durante la conversación que acabamos de referir.

Además, muerto Salcedo, habían procurado los espectadores retirarse a su respectiva morada, y tan sólo se veían pelotones esparcidos por las calles en vez de aquella no interrumpida cadena de curiosos que todo el día habían estado dirigiéndose hacia un mismo punto.

Hasta en los barrios más lejanos de la Gréve se hacía sentir todavía el movimiento bien fácil de comprender después de la larga agitación del centro.

Así que, por el lado de la puerta Bussy, por ejemplo, hacia donde al presente debemos dirigirnos para seguir a algunos personajes que en el comienzo de esta historia hemos presentado y para reconocer otros nuevos, se oía zumbar como en una colmena en cierta casa pintada de color de rosa y llena de adornos azules y blancos, que tenía por nombre "La casa de la Espada del Bizarro Caballero", y que no obstante tan pomposo título sólo era una posada de gigantescas proporciones, últimamente establecida en aquel barrio nuevo.

No había por aquel tiempo en todo París una posada medio decente que no ostentase su triunfadora muestra. "La casa de la Espada del Bizarro Caballero" era una de aquellas magníficas exhibiciones destinadas a unir todos los gustos y simpatías.

Veíase pintado sobre su muestra el combate de un arcángel o de un santo contra un dragón, que arrojaba, como el monstruo de Hipólito, raudales de llamas y de humo. Animado sin duda el pintor de un sentimiento heroico, y al mismo tiempo piadoso, había puesto en manos del caballero, armado de punta en blanco, no una espada, como lo habría hecho cualquiera, sino una enorme cruz, con la cual dividía en dos partes, mejor que con el acero más bien templado, al desdichado dragón cuyos sangrientos pedazos yacían por tierra.

También se distinguía en el fondo de la muestra, o mejor dicho del cuadro, porque con más propiedad merecía este nombre, una turba numerosa de espectadores con los brazos extendidos hacia el cielo, en tanto que otro enjambre de ángeles esparcía sobre el casco del valiente guerrero palmas y laureles como para celebrar su victoria.

Por último, queriendo evidenciar el artista que era fuerte en todos los géneros de pintura, había reunido en primer término calabazas, racimos de uvas; escarabajos, lagartijas, un caracol posado sobre una rosa, y dos conejos, uno de ellos blanco y ceniciento el otro, los cuales, que tal vez podía indicar asimismo disparidad de opiniones, se frotaban mutuamente las narices, sin duda con el objeto de manifestar el regocijo que experimentaban por el memorable triunfo del bizarro caballero sobre el parabólico dragón, que era el mismo Satanás.

De aquí se deduce con toda seguridad que el propietario de la muestra, o era hombre muy descontentadizo, o debía hallarse muy satisfecho de la habilidad del pintor. En efecto,

éste no había desperdiciado una línea de espacio en todo el cuadro, de modo que a serle preciso añadir a la pintura el más pequeño insecto no hubiera encontrado lugar donde colocarle.

Ahora hemos de confesar una cosa, que por mucho que nos cueste no podemos pasar en silencio sin faltar a la obligación de historiadores concienzudos. No demostraba aquella acabada muestra que la posada se llenase de gente como ella de figuras simbólicas, pues al contrario, por razones que vamos a exponer sin tardanza, y que el público no podrá menos de apreciar en su justo valor, se notaban grandes vacíos en las mesas de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero", y esto no sólo sucedía algunas veces, sino siempre.

Pero, con todo, aquella posada era, como suele decirse al presente, grande y confortable, pues edificada a escuadra y sobre cimientos sólidos, ostentaba altiva sobre su muestra cuatro torrecillas, que eran otros tantos aposentos octógonos cuyos tabiques eran de madera a la verdad, pero misteriosos y elegantes al mismo tiempo, como debe serlo toda habitación destinada a agradar a los hombres, y especialmente a las mujeres; pero en esto consistía el mal.

No se puede agradar a todo el mundo.

Mas no era ésta la opinión de la señora Fournichon, posadera de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero". Consecuencia de esta convicción, había sido el compeler a su marido a abandonar una casa de baños en la que vegetaban, en la calle de San Honorato, para dar vuelta al asador y destapar cubas de vino para los enamorados de la encrucijada Bussy, y aun de los otros cuarteles de París. Por desgracia para las pretensiones de la señora Fournichon, su posada estaba situada demasiado cerca del Prai-aux-Clercs, de suerte que acudían a ella, atraídas a la par por la cercanía y por la muestra, "La casa de la Espada del Bizarro Caballero", tantas parejas prontas a batirse en duelo, que las otras parejas menos belicosas huían como la peste de la pobre hostería, temiendo al estruendo y las estocadas. Los enamorados son gentes pacíficas y que no gustan de ser incomodadas; de suerte que en aquellos torreoncillos tan galantes era preciso no alojar más que matones, razón por la cual todos los cupidillos pintados en las paredes por el autor de la muestra habían sido adornados al carbón con bigotes y otros apéndices más o menos decentes, conforme al gusto de los parroquianos.

La señora Fournichon pretendía, con justo motivo, que la muestra era la que había atraído a la posada su mala suerte, asegurando que a haberse seguido sus consejos, reducidos a pintar sobre la puerta en vez del bravo guerrero y del fiero dragón que asustaba a todo el mundo, un "Rosal de Amor" con corazones inflamados por rosas, todas las almas tiernas y sensibles hubieran acudido presurosas a buscar en la hostería seguro y sosegado asilo.

Mas no era maese Fournichon hombre capaz de convenir en que se arrepentía de su primitiva idea, y de la influencia que ella había ejercido respecto a la muestra, por lo cual se hacía sordo a las reflexiones de su mitad, contestando únicamente algunas veces y encogiendo los hombros, que en su cualidad de ex arquero del señor Danville debía naturalmente procurarse la clientela de la gente guerrera: también agregaba, que un "reitre"⁶, como perro viejo, que no piensa más que en beber, bebe como seis enamorados, y que aun suponiendo que sólo pagase la mitad del gasto, todavía dejaba ganancia, ya que los más rumbosos jamás llegan a pagar como tres "reitres".

Sobre todo, añadía, el vino es mucho más moral que el amor.

⁶ Nombre que se daba antiguamente al soldado alemán de caballería.

Al oír esto la señora Fournichon alzaba a su vez los hombros, bastante rollizos para que aquel ademán pudiese inspirar algunas sospechas respecto a sus ideas de moralidad.

Todo esto quiere decir que en casa de Fournichon reinaba un verdadero cisma y que los dos esposos vegetaban en la encrucijada Bussy ni más ni menos que lo habían hecho en la calle de San Honorato, cuando una circunstancia imprevista e inesperada cambió de pronto la faz de las cosas, dando el triunfo a las opiniones de maese Fournichon para la mayor gloria de la famosa muestra, en que todos los reinos de la Naturaleza tenían sus respectivos representantes.

Un mes antes del suplicio de Salcedo, después de algunas maniobras militares que habían visto ejecutar en el Pre-aux-Clercs, se hallaban instalados maese Fournichon y su esposa, como de costumbre, cada cual en una torrecilla angular de su establecimiento, ociosos, pensativos y fríos, porque todas las mesas y todos los cuartos de la posada de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero" estaban enteramente desocupados.

El "Rosal de Amor" no había dado rosas este día.

La "Espada del Bizarro Caballero" había caído sobre el agua.

Los dos esposos contemplaban tristemente la llanura de donde desaparecían, embarcándose en la barca de la torre de Nesle para volver al Louvre, los soldados que un capitán acababa de hacer maniobrar; mientras les miraban deplorando el despotismo militar que obligaba a encerrarse en el cuerpo de guardia a soldados que naturalmente debían estar tan sedientos, vieron al capitán avanzar al trote de su caballo, seguido de un solo ordenanza, hacia la puerta Bussy.

Este oficial, engalanado y apuesto, orgulloso sobre su caballo blanco, y cuya espada con vaina dorada sobresalía de entre los pliegues de una hermosa capa de paño de Flandes, llegó en diez minutos a la puerta de la hostería.

Mas como su dirección no era a la hostería, iba a pasar de largo sin haber siquiera admirado la muestra, porque parecía taciturno y pensativo, cuando maese Fournichon, desfallecido ante la sola idea de no estrenarse en todo el día, exclamó alargando la jeta cuanto pudo:

—¡Mujer, ves qué hermoso caballo!

El capitán, que parecía no ser sensible a los elogios, cualquiera que fuese su origen, alzó la cabeza como si despertase sobresaltado. Vio al posadero, la posadera y la hostería, detuvo el caballo y llamó al ordenanza.

Luego, aunque sin apearse, examinó con atención la casa y el barrio.

Fournichon había saltado de cuatro en cuatro los escalones para bajar a la puerta, donde permanecía con su toquilla, que estrujaba entre las manos.

El capitán, después de meditar un rato, se apeó.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó.

—En este momento nadie, caballero —contestó el posadero humildemente.

Y se disponía a añadir: "aun cuando no es ésta la costumbre en mi casa".

Pero la señora Fournichon, como casi todas las mujeres, era más perspicaz que su marido, y se apresuró a gritar desde la ventana:

—Si el caballero desea la soledad estará perfectamente en nuestra casa.

El caballero alzó los ojos, y viendo aquella buena figura, después de haber oído respuesta tan adecuada, repuso:

—Por ahora, sí; es justamente lo que busco, buena mujer.

La Fournichon se precipitó también a salir al encuentro del viajero, diciendo para sí:

—Por esta vez estrena el "Rosal de Amor" y no la "Espada del Bizarro Caballero".

El capitán, que a la sazón concitaba la atención de los dos esposos, y que merece al mismo tiempo atraer la del lector, era hombre de treinta y cinco años, aun cuando solamente aparentaba veintiocho por el esmero con que cuidaba su persona. Era alto, bien formado, de fina y expresiva fisonomía; quizás al examinarle bien se hubiese notado alguna afectación en sus modales; pero afectados o no, eran distinguidos.

Dio al ordenanza las riendas de su magnífico caballo, que piafaba impaciente, y le dijo:

—Esperadme aquí, paseando los caballos.

El soldado obedeció.

Posicionado ya del salón de la posada, se detuvo, y echando alrededor una mirada de satisfacción, exclamó:

—¡Bueno, bueno! ¡Una sala tan grande y sin un bebedor!

¡Muy bien!

Maese Fournichon le miró con asombro, al paso que su parienta se sonreía con inteligencia.

—Pero —prosiguió el capitán—, ¿hay alguna cosa en vuestra conducta o en vuestra casa, que aleje de ella a los consumidores?

—Ni uno ni otro, caballero, a Dios gracias —contestó la señora Fournichon—: sólo que el barrio es nuevo, y en cuanto a parroquianos los escogemos.

—¡Ah! Muy bien —dijo el capitán.

Maese Fournichon se dignaba aprobar con inclinaciones de cabeza las respuestas de su mujer.

—Así que —agregó ésta con cierto guiño de ojos, que revelaba la autora del proyecto del "Rosal de Amor"—, por un parroquiano como vueseñoría, se dejarían sin obstáculo que se fuesen doce.

—Eso es político, mi bella huésped: gracias.

—¿Quiere el caballero probar el vino? —dijo Fournichon tratando de atenuar la natural aspereza de su voz.

—¿El señor gusta visitar la casa? —dijo la Fournichon con dulce acento.

—Con mucho gusto, si no hay inconveniente —repuso el capitán.

Fournichon bajó a la bodega, mientras que su mujer indicaba a su huésped la escalera que conducía a los torreoncillos, en la que le precedía recogiendo la falda conque tomente, y haciendo crujir en cada escalón un verdadero zapato parisiense.

—¿Cuántas personas podéis alojar aquí? —interrogó el capitán.

—Treinta personas, contándose diez amos.

—No es suficiente, linda posadera.

—¿Y por qué, caballero?

—Tenía cierto proyecto: no hablemos más.

—¡Ah, caballero! de cierto no hallaréis cosa mejor que la hostería del "Rosal de Amor".

—¿Cómo del "Rosal de Amor"?

—De "La casa de la Espada del Bizarro Caballero", quiero decir, y a menos de disponer del Louvre y sus dependencias...

El extranjero fijó en ella una mirada singular.

—Tenéis razón —dijo—, y a menos de disponer del Louvre...

Luego prosiguió aparte:

—¿Y por qué no? Esto sería más cómodo y menos caro.

—¿Decís, pues, buena mujer, que podríais dar aquí habitación para treinta personas?

—Indudablemente.

—¿Pero por un día?

—¡Oh! por un día, cuarenta y aun cuarenta y cinco.

—¿Cuarenta y cinco? ¡voto a mil diablos! justamente ésta es mi cuenta.

—¿De veras?, ¡qué dicha!

—¿Y sin que eso cause escándalo fuera?

—A veces tenemos aquí los domingos ochenta soldados.

—¿Y no habrá grupos frente a la casa ni espías entre los vecinos?

—¡Oh, Dios mío, no! Sólo tenemos en la vecindad un digno ciudadano, que no se mezcla en asuntos ajenos, y una señora tan recogida en su casa, que en las tres semanas que hace vino a este barrio todavía no la he visto; los demás son gentecilla.

—He ahí lo que me conviene en alto grado.

—Tanto mejor —repuso la señora Fournichon.

—Y de aquí a un mes —prosiguió el capitán—, acordaos bien, señora, de aquí a un mes...

—Entonces, ¿el 26 de octubre?

—Justamente: el 26 de octubre.

—¿Y bien?

—Para el 26 de octubre alquilo vuestra posada.

—¿Toda?

—Toda entera. Quiero dar una sorpresa a varios compatriotas, oficiales, o al menos gente de espada en su mayor parte, que vienen a París en busca de fortuna; para entonces ya habrán recibido orden de venir a parar a vuestra posada.

—¿Y cómo han de recibir el aviso si tratáis de sorprenderles? —preguntó imprudentemente la Fournichon.

—¡Ah! —replicó el capitán visiblemente contrariado por la cuestión—: ¡si sois curiosa o indiscreta, con mil demonios!

—No, no, señor —se apresuró a contestar la posadera asustada.

Fournichon lo había oído todo; a las palabras: "oficiales o gente de espada" su corazón había palpitado de júbilo.

Acercóse y exclamó:

—Caballero, seréis aquí el amo, el déspota, el dueño absoluto de la casa, y sin oposición todos vuestros amigos serán bien acogidos.

—No he dicho mis amigos, buen hombre —repuso el capitán con altanería—, sino mis compatriotas.

—Sí, sí, los compatriotas de vueseñoría: era yo el engañado.

La Fournichon volvió las espaldas enfadada: las rosas de amor acababan de cambiar en puntas de alabarda.

—Les daréis de cenar —prosiguió el capitán.

—Muy bien.

—En caso necesario también les daréis camas, si yo no hubiese podido prepararles todavía alojamiento.

—Perfectamente.

—En una palabra, os pondréis enteramente a su disposición sin hacer la más pequeña pregunta.

—Conformes.

—Aquí hay treinta libras de señal.

—Trato hecho, monseñor: vuestros compatriotas serán tratados como cuerpo de rey, y si queréis aseguráros de ello probando el vino...

—Jamás bebo, gracias.

El capitán se acercó a la ventana y llamó al ordenanza.

Maese Fournichon había hecho entre tanto una reflexión.

—Monseñor —dijo luego de haber recibido tres doblones en señal (Fournichon llamaba al extranjero monseñor)—, ¿cómo reconoceré a esos caballeros?

—Es cierto, por vida mía; lo olvidaba: dadme lacre, papel y luz.

La señora Fournichon lo trajo todo.

El capitán imprimió en el hirviente lacre el engarce de una sortija que llevaba en la mano izquierda.

—Tomad —exclamó—: ¿veis esta figura?

—Una hermosa mujer, a fe mía.

—Sí, es una Cleopatra: pues bien, cada uno de mis compatriotas os traerá otro sello igual; daréis albergue a cuantos traigan esa contraseña; ¿estamos?

—¿Cuánto tiempo?

—Aún no sé; recibiréis al efecto mis órdenes.

—Las aguardaremos.

El joven capitán bajó la escalera, volvió a montar a caballo y partió al trote largo.

Esperando su vuelta, embolsaron los esposos Fournichon las treinta libras de señal, con gran satisfacción del posadero, que no dejaba de repetir:

—¡Gente de espada! Vamos, decididamente la muestra no falla: haremos suerte por medio de la espada.

Y comenzó a limpiar toda su batería de cocina en la expectativa del famoso 26 de octubre.

VIII

RETRATO AL PERFIL DE ALGUNOS GASCONES

Decir que la señora Fournichon fue tan absolutamente discreta como se lo había recomendado el extranjero, sería cargar nuestra conciencia.

Por otra parte, sin duda ella no se creía en manera alguna comprometida a guardar tal secreto, toda vez que él había preferido a maese Fournichon para sus encargos, poniendo así la ventaja de parte de la "Espada del Bizarro Caballero"; pero, como le quedaba por adivinar más de lo que se le había confiado, empezó por asentar sus suposiciones sobre una base sólida, por inquirir quién sería el caballero desconocido que pagaba tan generosamente la hospitalidad de sus compatriotas. Así, pues, no dejó de interrogar al primer soldado que vio pasar acerca del nombre del capitán que había pasado la revista.

El soldado, que probablemente era de un carácter más discreto que su interlocutora, le preguntó, antes de contestarle, con qué fin quería saber tal cosa.

—Porque acaba de salir de aquí —respondió la Fournichon—; porque ha hablado con nosotros y le gusta a una saber con quién habla.

El soldado se echó a reír, y contestó:

—El capitán que pasaba la revista no hubiera entrado en "La casa de la Espada del Bizarro Caballero".

—¿Y por qué no? —preguntó la posadera—; ¿es por ventura tan gran señor?

—Quizás.

—¿Y si os dijese que ha entrado en la hostería de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero"?

—¿Para alojarse en ella?

—No, para alojar a sus amigos.

—El capitán que pasaba la revista no alojaría a sus amigos en "La casa de la Espada del Bizarro Caballero": os lo aseguro.

—¡Diantre!, ¡cuánto avanzáis, mi amigo! ¿Y quién es ese caballero, que es demasiado gran señor para poder albergar a sus amigos en el mejor barrio de París?

—Os referís al que mandaba la revista, ¿no es eso?

—Sin duda.

—¡Pues bien! Buena mujer, el que mandaba es pura y simplemente el señor duque de Nogaret de Lavalette d'Epernon, par de Francia, coronel general de infantería del rey, y casi más rey que Su Majestad mismo. Y ahora, ¿qué contestáis?

—Que si es él quien ha venido, me ha dispensado un grande honor.

—¿Le habéis oído echar votos y juramentos con frecuencia?

—¡Eh! —repuso la Fournichon que había visto cosas bien extraordinarias en su vida, y a quien la particularidad de los votos y juramentos no dejaba de evocar algún recuerdo.

De esta manera puede imaginarse si el 26 de octubre sería esperado con impaciencia.

El 25 por la noche entró un hombre, con un saco muy pesado, que dejó en el mostrador

de Fournichon.

—Ahí tenéis el precio de la comida encargada para mañana —dijo.

—¿A cómo por cabeza? —interrogaron a un tiempo los dos esposos.

—A seis libras.

—¿No harán aquí los compatriotas del capitán más que una comida?

—Una sola.

Y el emisario salió a pesar de las muchas preguntas del "rosal" y la "espada", sin querer dar más respuestas.

Al fin apareció el día tan deseado en las cocinas de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero".

Acababan de dar las doce y media en los Agustinos, cuando dos caballeros detuviéronse a la puerta de la posada, se apearon de los caballos y entraron.

Habían venido por la puerta Bussy, y naturalmente llegaron los primeros, primero porque venían a caballo, y segundo porque la posada de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero" distaba apenas cien pasos de la puerta Bussy.

Uno, que parecía el jefe por su lujo y apostura, traía dos lacayos bien montados.

Cada uno mostró su sello con la imagen de Cleopatra, y fue recibido por ambos esposos con multitud de cumplidos y genuflexiones, en particular el joven de los dos lacayos.

No obstante, a excepción de este último, los recién llegados se instalaron tímidamente y con cierta inquietud; conocíase que alguna cosa grave les preocupaba, sobre todo cuando llevaban maquinalmente la mano al bolsillo.

Unos expusieron el deseo de descansar, otros el de recorrer la ciudad antes de comer; el joven de los dos lacayos preguntó si no había algo nuevo que ver en París.

—¡Y tanto! —exclamó la señora Fournichon, sensible a la buena figura del caballero—; si no teméis el gentío, y si no os asustáis de permanecer cuatro horas de pie, podéis distraeros yendo a ver al señor de Salcedo, un español que ha conspirado.

—¡Calla! es cierto —repuso el joven—; he oído hablar de ese asunto, y voy, ¡voto a Dios!, a verlo.

Y salió seguido de los lacayos.

A las dos, próximamente, llegaron por grupos de cuatro a cinco hasta una quincena de nuevos viajeros.

Hubo quien entró de vecindad, sin sombrero y con un latiguillo en la mano; renegaba contra París, donde son tan audaces los ladrones, que le habían robado el sombrero al atravesar un grupo en la plaza de Gréve, y tan diestros que no había podido alcanzar a ver a quien se lo quitara.

—Por lo demás —exclamaba—, yo me tengo la culpa: ¿quién me mandaba entrar en París con un sombrero que tenía tan magnífica presilla?

A las cuatro había ya cuarenta compatriotas del capitán en la posada de Fournichon.

—¡Es singular! —dijo éste a su mujer—; todos son gascones.

—¿Qué hay de extraño en eso? —respondió ella—: ¿no ha dicho el capitán que esperaba a compatriotas? Y si él es gascón, sus compatriotas deben serlo igualmente.

—¡Calla! ¡pues es verdad!

—¿No es de Tolosa el señor d'Epernon?

—Es verdad; ¿te empeñas en que era el señor d'Epernon?

—¿Pues no ha echado tres tacos en un instante?

—¿Ha echado tres tacos? ¿y qué animal es ése?

—¡Imbécil! Tacos quiere decir lo mismo que juramentos, votos, reniegos.

—¡Ah! muy bien.

—No te extrañes más que de una cosa, y es que no haya más que cuarenta gascones, cuando debía haber cuarenta y cinco.

Mas a eso de las cinco llegaron los otros cinco gascones, y los huéspedes de la "espada" se completaron.

Jamás otra sorpresa semejante había dilatado fisonomías gasconas: hubo durante una hora un formidable concierto de exclamaciones y juramentos, de tales y tan ruidosas demostraciones de alegría, que creyeron los esposos Fournichon que toda la Santogne, el Poitou, el Aunis y el Languedoc habían invadido su gran salón.

Varios se conocían: así Eustaquio de Miradoux vino a abrazar al caballero de los dos lacayos, y le presentó a Lardille, Militor y Escipión.

—¿Y por qué casualidad te hallas en París? —le preguntó el último.

—¿Y tú, mi querido Sainte-Maline?

—Tengo un empleo en el ejército; ¿y tú?

—Yo vengo por negocios de herencia.

—¡Ah! ¡ah! ¿llevas siempre en pos de ti a la vieja Lardille?

—Ha querido seguirme.

—¿No podías haber partido en secreto en vez de llevar la incomodidad de todo ese enjambre pegado a sus faldas?

—Imposible: ella es la que abrió la carta del procurador.

—¡Ah! ¿has recibido la nueva de esa herencia por medio de una carta?

—Sí —contestó Miradoux.

Después, apresurándose a mudar de conversación:

—No es cosa singular; la muestra es incitativa para gente de honor —dijo tomando parte en la conversación nuestro antiguo conocido Perducas de Pincorney.

—¡Ah! ¿sois vos, camarada? —dijo Sainte-Maline—: ¿no me habéis explicado del todo lo que ibais a referirme en la plaza de Gréve, cuando aquel torbellino de gente nos ha separado?

—¿Y qué iba a explicaros? —preguntó Pincorney algo avergonzado.

—Cómo os he encontrado a pie en el camino, cual lo estáis ahora, entre Angulema y Angers, con un latiguillo en la mano y sin sombrero.

—¿Y tenéis interés en informaros, caballero?

—A fe mía que sí: hay mucha distancia de Poitiers a París, y venís todavía de más allá.

—Venía de San Andrés de Cubsac.

—Y así, ¿sin sombrero?

—Es cosa muy sencilla.

—No lo veo así.

—Sí tal, y lo vais a comprender. Mi padre tiene dos caballos magníficos, a los que tiene tal afición, que es capaz de desheredarme así que sepa la desgracia que me ha ocurrido.

—¿Y qué desgracia ha sido?

—Me paseaba en uno de ellos, el más hermoso, cuando de repente un arcabuzazo, que dispararon a diez pasos de mí, espantó de tal manera al caballo, que desbocado se dirigió hacia el Dordoña.

—¿En el que se arrojó?

—Precisamente.

—¿Con vos?

—No; por fortuna tuve tiempo de escurrirme al suelo, sin lo cual me hubiera ahogado con él.

—¿Conque el pobre animal se ahogó?

—¡Voto al diablo! Ya conocéis el Dordoña: tiene media legua de ancho.

—Y entonces, ¿qué hicisteis?

—Entonces me resolví a no volver a casa y sustraerme lo más pronto posible a la cólera paterna.

—Pero, ¿y el sombrero?

—Esperar. ¡Qué diablo! Mi sombrero se cayó al suelo.

—¿Como vos?

—Yo no caí, me escurrí hasta el suelo; un Pincorney nunca cae del caballo; los Pincorney son jinetes desde que nacen.

—Eso es sabido —dijo Sainte-Maline—, pero, ¿y vuestro sombrero?

—¡Ah!, ¿otra vez mi sombrero?

—Sí.

—Mi sombrero cayó; empecé a buscarle porque éste era mi único recurso habiéndome salido sin dinero.

—¿Y cómo podía servir de recurso? —insistió Sainte-Maline decidido a hostigar a Pincorney.

—¡Voto a cribas! ¡y recurso grande! Forzoso es decir que la pluma de este sombrero estaba sujeta por una presilla de diamantes que Su Majestad el emperador Carlos V dio a mi abuelo cuando al ir de España a Flandes se detuvo en nuestro castillo.

—¡Ah! ¡ya! ¿Y habéis vendido la presilla y el sombrero con ella? Entonces, mi querido amigo, debéis ser el más rico de todos nosotros, y debíais haber comprado con el dinero de vuestra presilla un guante para la otra mano, pues hacen muy mala vista la una blanca cual de mujer y la otra negra como la de un esclavo africano.

—Escuchad, pues; al volverme para buscar mi sombrero veo un enorme cuervo que se lanza sobre él.

—¿Sobre vuestro sombrero?

—O mejor dicho, sobre mi diamante; ya sabéis que este animal arrebató y ocultó cuanto brilla; se lanza, pues, sobre mi diamante, lo coge y echa a volar.

—¿Vuestro diamante?

—Sí, señor. Al principio le seguí con la vista, y corriendo después le grito: "¡Detenedle! ¡detenedle! ¡al ladrón! ¡maldito seas!" A los cinco minutos ya había desaparecido, y no he vuelto a oír hablar de él.

—De modo que abrumado por esta doble pérdida...

—No me he atrevido a volver a la casa paterna, y me he decidido a venir a buscar fortuna a París.

—Bueno —exclamó un tercero—, ¿se ha cambiado el viento en cuervo? Creo haberos oído contar al señor de Loignac, que, entretenido en leer una carta de vuestra novia, el viento os había arrebatado la carta y sombrero y que, como verdadero Amadis, habíais corrido tras la carta, dejando el sombrero a la ventura.

—Caballero —dijo Sainte-Maline—, tengo la honra de conocer al señor de Aubigné, que aunque valiente soldado, maneja la pluma bastante bien; referidle, cuando le halléis, la historia de vuestro sombrero, y hará un cuento precioso con ella.

Este consejo provocó algunas risas medio comprimidas. —¡Eh! caballeros —dijo el gascón irritado—, ¿se reíría acaso de mí?

Cada cual se volvió para reír con mayores ganas. Perducas echó una mirada investigadora a su alrededor, y vio junto a la chimenea un joven que ocultaba el rostro entre las manos; creyó que éste se tapaba para ocultar mejor la risa.

Se dirigió a él.

—Caballero —le dijo—, si os reís, hacedlo al menos sin taparos para que se os vea el semblante.

Y dio una palmada en la espalda del joven, que alzó su frente grave y severa.

El joven era nuestro amigo Ernanton de Carmaignes, todavía aturdido de su aventura en la plaza de Gréve.

—Os suplico, caballero, que me dejéis en paz —le dijo—, y sobre todo que no volváis a tocarme, y si lo hacéis, que sea con la mano en que tenéis puesto el guante; ya veis que no me ocupo de vos.

—En buena hora —añadió refunfuñando Pincorney—; si no os ocupáis de mí, nada tengo que deciros.

—Vamos, caballero —agregó Eustaquio de Miradoux con la más sana intención—, no sois, no sois amable para nuestro compatriota.

—¿Y por qué diablo os mezcláis aquí, caballero? —preguntó Ernanton cada vez más contrariado.

—Tenéis razón, caballero —repuso Miradoux saludando—, eso no me concierne.

Y volvió la espalda para ir a reunirse con Lardille, que se hallaba sentada en un rincón de la chimenea; pero uno se interpuso.

Era Militar con sus manos en el cinturón y su estúpida sonrisa en los labios.

—Oídme, padrastra.

—¿Qué?
—¿Qué decís de esto?
—¿De qué?
—Del modo con que ese hidalgo os ha metido el resuello.
—¡Hum!
—Os ha dado un buen meneo.
—¡Ah! ¿has reparado tú en eso? —dijo Eustaquio tratando de apartar a Militor.
Pero éste hizo inútil la maniobra inclinándose hacia la izquierda y poniéndose otra vez delante de él.
—No sólo yo —prosiguió Militor—, sino todo el mundo; mirad cómo todos se ríen. La verdad es que se reían, mas sin objeto.
Eustaquio se puso encendido como un ascua.
—Vamos, vamos, padrastro, no lo dejéis enfriar —exclamó Militor.
Eustaquio se puso entonado, y se aproximó a Carmaignes.
—Hay quien supone que habéis querido ofenderme.
—¿Y quién lo supone?
—El señor —dijo Eustaquio indicando a Militor.
—Entonces, caballero —respondió Carmaignes apoyando irónicamente sobre la calificación—, entonces el señor es un estornino⁷.
—¡Oh! —gritó Militor furioso.
—Y le aconsejo —continuó Carmaignes— que no venga a inquietarme con el pico, porque de otro modo os recordaré los consejos del señor de Loignac.
—El señor de Loignac no me ha llamado estornino, caballero.
—No, os ha llamado asno; ¿preferís esa calificación? No me importa; si sois un asno os cincharé⁸, si sois un estornino os desplumaré.
—Caballero, es mi hijastro —dijo Eustaquio—; os suplico que por obsequio a mí le tratéis mejor.
—¡Ah! ¿me defendéis así, padrastro? —gritó Militor exasperado—; para eso mejor me defenderé yo solo.
—¡A la escuela esos chicos! —exclamó Ernanton—, ¡a la escuela!
—¿A la escuela? —repuso Militor adelantándose con el puño cerrado amenazando al señor de Carmaignes—; tengo diez y siete años, ¿lo oís, caballero?
—Y yo veinticinco —contestóle Ernanton—, y por eso voy a corregiros cual merecéis.
Y agarrándole por el cuello y la cintura, le levantó en alto, como si fuese un lío, y le arrojó por la ventana a la calle, mientras que Lardille gritaba de un modo atroz.
—Ahora —añadió tranquilamente Ernanton—, padrastro, madrastra, hijastro y todas las familias del mundo, si me vuelve a molestar hago con todos un picadillo.

⁷ Pájaro de cabeza pequeña que mide unos 22 cm desde el pico a la extremidad de la cola, y 35 de envergadura. Se domestica y aprende fácilmente a reproducir los sonidos que se le enseñan.

⁸ Poner la silla o albarda al animal de carga, apretándolo con cinchas o fajas que van por debajo de su barriga.

—A fe mía tiene razón —dijo Miradoux—, ¿por qué provocar a este caballero?

—¡Cobarde, cobarde, que deja zurrar a su hijo! —gritó Lardille aproximándose a Eustaquio desmelenada y furiosa.

—Vamos, vamos —replicó aquél—, calma: esto formará su carácter.

—¿Qué es esto? decidme: ¿se arrojan aquí hombres por la ventana? —interrogó un oficial entrando—; ¡qué diablo! cuando hay quien se dedica a esa especie de bromazos, debería siquiera gritarse: "Allá va."

—¡Señor de Loignac! —repitieron los cuarenta y cinco.

Y a este nombre, conocido en toda la Gascuña, todo el mundo se levantó y calló.

IX

EL SEÑOR DE LOIGNAC

Detrás del señor de Loignac entró Militor, molido de la caída y encendido de coraje.

—Servidor, caballeros —dijo Loignac—; parece que se alborota en grande. ¡Hola, hola! Por lo que veo, maese Militor ha vuelto a ser arisco, y lo han pagado sus narices.

—Ya me pagarán los golpes —murmuró Militor gruñendo y amenazando con el puño a Carmaignes.

—La comida, maese Fournichon —gritó Loignac—, y que cada cual sea complaciente con su vecino, si es posible. Desde este instante se trata de que todos se amen como hermanos.

—¡Hum! —se oyó a Saint-Maline.

—La caridad es rara —repuso Chalabre extendiendo su servilleta sobre su ropilla gris, de modo que no pudiesen caerle manchas, cualquiera que fuere la cantidad de la salsa vertida.

—Y amarse tan de cerca es difícil —agregó Ernanton—; verdad que no estaremos juntos mucho tiempo.

—Ahí tenéis —exclamó Pincorney, que estaba aún resentido con las chanzonetas de Birau—: se mofan de mí porque no tengo sombrero y nada se dice al señor de Monterabeau, que va a comer con una coraza del tiempo del emperador Pertinax, del que descende según todas las probabilidades... ¡Lo que vale encontrarse a la defensiva!

Monterabeau, picado en lo más vivo, se irguió, y con voz de falsete, dijo:

—Caballeros, voy a quitármela; aviso a los que les agrada más verme con armas ofensivas que defensivas.

Y desenlazó majestuosamente la coraza, mandando que se le aproximase un obeso y canoso patán de cincuenta años que tenía por lacayo.

—¡Vamos, paz, paz —exclamó Loignac—, y pongámonos a la mesa!

—Toma esta coraza —dijo Pertinax a su lacayo.

El gordinflón, al tomarla, dijo bajito a su amo:

—¿Y yo, no comeré también? Haz que me den algo, Pertinax: me estoy muriendo de hambre.

Por extraña y familiar que fuese esta interpelación, no asombró a Pertinax, que contestó:

—Haré lo posible, mas para mayor seguridad, ingeníaos por vuestra parte.

—¡Hum! —murmuró el lacayo con agrio tono—: maldito si eso tiene nada de satisfactorio.

—¿Nada os queda ya? —preguntó Pertinax.

—Nos hemos comido el último escudo en Sens.

—¡Diantre! pues haceos con dinero a todo trance.

Apenas acababa de decir esto, cuando primero en la calle, y en la puerta de la hostería

después, se oyó gritar:

—¿Hay hierro viejo que vender?

A este grito la Fournichon corrió hacia la puerta, mientras su esposo transportaba majestuosamente los primeros platos a la mesa.

A juzgar por la acogida que se le hizo, la cocina de Fournichon era exquisita.

El patrón, en la imposibilidad de corresponder dignamente, a cuantos cumplimientos le eran dirigidos, quiso dar participación de ellos a su mujer.

Tendió una mirada por la estancia en su busca, aunque en balde, pues había desaparecido: y como no viniese, a pesar de haberla llamado, preguntó a un galopín:

—¿Qué hace el ama?

—¡Ay, mi amo! Un negocio loco —respondió el marmitón—. Esta vendiendo todo vuestro hierro viejo por dinero nuevo.

—¡Creo que no entrará en eso mi coraza de guerra, ni mi almete de batalla! —exclamó Fournichon corriendo hacia la puerta.

—¿Cómo —exclamó Loignac—, si la compra de armas está prohibida por orden del rey!

—No importa —replicó Fournichon, e iba a salir cuando su mujer apareció triunfante.

—¿Qué tenéis? —preguntó a su marido viéndole todo azorado.

—Lo que tengo es que se me dice que habéis vendido mis armas.

—¿Y qué?

—Que no me acomoda el que se vendan, ¿lo entendéis?

—¡Bah! estando en paz son preferibles dos cacerolas nuevas a una coraza vieja.

—Debe, sin embargo, ser un pobre comercio ese del hierro viejo, después de ese edicto del rey de que acaba de hablar el señor de Loignac —dijo Chalabre.

—Al contrario, caballero —replicó la Fournichon—: hace ya mucho tiempo que ese mismo chamarilero me andaba incitando con sus ofertas. Así es que hoy no he podido resistir, y aprovechando la ocasión, le he cogido diez escudos. Ya veis, caballero, diez escudos son al fin dinero contante, y una coraza vieja no pasa de ser un armatoste.

—¿Cómo! ¡diez escudos! —exclamó Chalabre—; ¿tan caro? ¡demonio!

Y se puso pensativo.

—¡Diez escudos! —repitió Pertinax lanzando una elocuente ojeada a su lacayo—, ¿Lo oís, señor Samuel?

Pero Samuel no se encontraba ya en la sala.

—Pero ese chamarilero se expone a ser ahorcado —dijo el señor de Loignac.

—¡Oh! ése es un buen hombre, muy afable y avenidor —observó la Fournichon.

—Pero, ¿para qué sirve todo ese hierro viejo?

—Se revende al peso.

—¿Al peso? —añadió Loignac—: ¿y decís que os ha dado diez escudos? ¿por qué piezas?

—Por una coraza vieja y una celada estropeada.

—Aun admitiendo que ambas prendas pesasen veinte libras, salía a medio escudo la libra.

¡Con mil demonios! Como dice alguno de mis conocidos, aquí hay algún misterio.

—¡Que no pudiese llevar a ese buen hombre a mi castillo! —murmuró Chalabre, cuyos ojos se animaron—; yo le vendería tres millares de yelmos, brazales y corazas.

—¡Cómo! ¿Venderíais las armaduras de vuestros antepasados? —preguntó Sainte-Maline con tono burlón.

—¡Ay, caballero —añadió Eustaquio de Miradoux—, harías mal! ésas son reliquias sagradas.

—¡Bah! —repuso Chalabre—, a esta hora son ya reliquias mis antecesores, y sólo tienen necesidad de misas.

La comida se iba ya alegrando, gracias al vino de Borgoña, cuyo consumo hacían que aumentaran las especies de maese Fournichon.

Las voces iban adquiriendo un elevado diapasón; sonaban los platos, los cerebros absorbían vapores a través de los cuales cada gascón lo veía todo de color de rosa, excepto Militar, que pensaba en su viaje aéreo, y Carmaignes que pensaba en su paje.

—He aquí a mucha gente alegre —dijo Loignac a su vecino, que precisamente era Ernanton—, y no saben por qué.

—Ni yo tampoco lo sé —respondió Carmaignes—; verdad es que por mi parte soy excepción de la regla, porque estoy muy lejos de estar alegre.

—Hacéis mal, caballero —replicó Loignac—, porque sois de aquellos para quienes París es una mina de oro, un país, de honores, un mundo de venturas.

Ernanton movió la cabeza.

—Vamos, ¿qué decís?

—No os burléis de mí, señor de Loignac —dijo Ernanton—; y vos, que al parecer tenéis los cabos de la trama en que jugamos la mayor parte de los que aquí nos encontramos, hacedme al menos el favor de no tratar al vizconde Ernanton de Carmaignes como un mono de palo.

—Os haré aún más favores que ése, señor vizconde —dijo Loignac inclinándose cortésmente—; desde la primera ojeada os he distinguido entre todos, a vos, cuya mirada es insinuante y dulce, así como a ese otro joven de vista sombría y solapada.

—¿Cómo se llama?

—El señor de Sainte-Maline.

—¿Y tendréis a bien, caballero, decirme la causa de esta distinción, si esta pregunta no es demasiada curiosidad de mi parte?

—La causa es que os conozco y nada más.

—¿A mí? —replicó Ernanton con sorpresa—: ¿me conocéis?

—A vos y a él, y a todos los que están aquí.

—Es extraño.

—Sí, pero es preciso.

—Y ¿por qué es necesario?

—Porque un jefe debe conocer a sus soldados.

—Pues qué, ¿todos estos hombres...?

—Serán mis soldados mañana.

—Mas yo suponía que el señor d'Epernon...

—¡Silencio! No pronunciéis aquí ese nombre, o más bien, no pronunciéis nombre alguno; tened listo el oído y cerrad la boca, y puesto que os he prometido favores, tomad desde luego este consejo a cuenta de ellos.

—Gracias, caballero —dijo Ernanton.

Loignac se limpió el bigote y dejando su asiento: —Caballeros —dijo—, ya que la casualidad ha reunido aquí cuarenta y cinco compatriotas, bebamos un vaso de vino de España a la prosperidad de todos los presentes.

Esta proposición suscitó frenéticos aplausos.

—La mayor parte de ellos están borrachos —dijo Loignac a Ernanton—: buena ocasión sería ésta de hacer a cada uno contar su historia: pero el tiempo urge. Y alzando la voz, prosiguió:

—¡Hola, maese Fournichon, haced salir de aquí a todas las mujeres, chicos y lacayos!

Lardille se levantó refunfuñando, pues no había acabado de comer el postre.

Militor no se movió.

—¿No se me ha oído ahí bajo? —gritó Loignac dirigiéndole una mirada que no admitía réplica—. Vamos, vamos, a la cocina, señor Militor.

Pasados unos instantes, no quedaban ya en la sala más que los cuarenta y cinco invitados del señor de Loignac.

—Señores —dijo éste—, todos sabéis quién os ha hecho venir a París, o al menos lo sospecháis. Bueno, bueno, no pronunciéis ese nombre. Lo sabéis, y eso basta. Sabéis igualmente que habéis venido para obedecerle.

De todos los ángulos de la sala se elevó un murmullo de asentimiento, sólo que como cada uno sabía lo que le concernía e ignoraba que su vecino hubiese venido por el mismo móvil y la misma causa, todos se miraron con asombro.

—Está bien —prosiguió Loignac—: ya os miraréis más despacio, señores. Tranquilizaos: tenéis tiempo de trabar conocimiento. Habéis venido para obedecer a este hombre, ¿lo reconocéis así?

—Sí, sí —contestaron los cuarenta y cinco—, lo reconocemos.

—Pues bien, para empezar vais a partir sin ruido de esta posada para habitar el alojamiento que os ha destinado.

—¿A todos? —preguntó Sainte-Maline.

—A todos.

—Todos somos llamados, todos aquí somos iguales —dijo Perducas, a quien temblaban tanto las piernas que tuvo precisión de agarrarse al cuello de Chalabre para mantener su centro de gravedad.

—Cuidado —le advirtió éste—, que arrugáis mi ropilla.

—Sí, todos iguales —replicó Loignac—, ante la voluntad del amo.

—¡Oh! ¡oh! caballero —dijo ruborizándose Carmaignes— perdonad; pero no se me había dicho que el señor d'Epernon se llamaría mi amo.

—Esperad.

—No es eso lo que yo había entendido.

—¡Pero tened cachaza, malas cabezas!

Nuevamente reinó el silencio, curioso en la mayor parte, impaciente en los demás.

—No os he dicho todavía quién sería vuestro amo, señores.

—Sí —le interrumpió Sainte-Maline—; pero habéis dicho que tendríamos uno.

—Todo el mundo tiene un amo —exclamó Loignac—; mas si tenéis demasiado orgullo para reparar en el que haya de ser, buscad en lo más elevado; lejos de prohibirlo, os autorizo a ello.

—El rey —murmuró Carmaignes.

—Silencio —prosiguió Loignac—: habéis venido aquí para obedecer: obedeced, pues; entretanto he aquí una orden que vais a tener la bondad de leer en alta voz, señor Ernanton.

Ernanton desdobló con lentitud el pergamino que le diera el señor de Loignac, y leyó en alta voz:

"Ordeno al señor de Loignac que vaya a reunirse a los cuarenta y cinco hidalgos que ha convocado en París con la autorización de Su Majestad para ponerse al frente de ellos.

"NOGARET DE LA VALETTE,

Duque d'Epemon."

Borrachos o serenos, todos se inclinaron: no hubo disparidad más que en el equilibrio cuando fue preciso levantarse.

—Así, pues, ya me habéis oído —dijo el señor de Loignac—. Se trata de seguirme al instante. Vuestro equipaje y familias continuarán aquí, en casa de maese Fournichon, que cuidará de todo, y donde más adelante los enviaré a buscar; mas por ahora apresuraos: las barcas esperan.

—¿Las barcas? —repitieron los gascones—: pues qué, ¿vamos a embarcarnos?

Y se cruzaron miradas de ansiosa curiosidad.

—Indudablemente —contestó Loignac—: vais a embarcaros. Para ir al Louvre, ¿no hay que atravesar el río?

—¡Al Louvre! ¡al Louvre! —murmuraron gozosos los gascones—. ¡Voto al diantre!, ¡vamos al Louvre!

Loignac se puso de pie, hizo pasar delante a los cuarenta y cinco, contándolos como carneros, y los condujo por las calles hasta la torre de Nesle.

Allí había tres barcas grandes; a bordo de cada una se embarcaron quince pasajeros, y se alejaron al instante de la orilla.

—¿Qué diablos vamos a hacer al Louvre? —se preguntaban los más intrépidos, avispados con el aire húmedo del río y mal abrigados en su mayor parte.

—Si al menos tuviese mi coraza —murmuró Pertinax de Monterabeau.

X

EL HOMBRE DE LAS CORAZAS

Tenía mucha razón Pertinax en deplorar la falta de su coraza, porque justamente en aquel momento, y por medio del singular lacayo que hemos visto hablar con tanta familiaridad con su señor, acababa de deshacerse de ella para siempre.

En efecto, al oír aquellas palabras mágicas pronunciadas por los Fournichon, "diez escudos", el lacayo de Pertinax había echado a correr tras el chamarilero.

Como ya era de noche y el revendedor de hierro viejo tenía sin duda prisa, se hallaba a treinta pasos de la posada cuando Samuel salió en su busca. Guillermo se vio obligado a llamarle.

El chamarilero se detuvo temeroso, y echó una ojeada penetrante al hombre que hacia él corría, pero viéndole cargado de efectos, le esperó tranquilo.

—¿Qué queréis, amigo mío? —le preguntó.

—Lo que quiero es hacer negocio con vos.

—Pues vamos, que sea en breve.

—¿Tenéis prisa?

—Sí.

—Sin duda, pero respirad aprisa: me están esperando.

Era evidente que el revendedor conservaba cierta desconfianza respecto al lacayo.

—Cuando veáis lo que os traigo —exclamó este último—, como me parecéis inteligente y aficionado, no os pesará la detención.

—¿Y qué me traéis?

—Una magnífica pieza; una obra maestra cuya... pero, ¿no me oís?

—No, porque estoy mirando.

—¿El qué?

—¿Por ventura no sabéis, amigo mío, que el comercio de armas está prohibido por un edicto del rey?

Y echó en rededor miradas inquietantes.

El lacayo creyó que era oportuno fingir que lo ignoraba.

—No sé una palabra de eso —contestó—; acabo de llegar de Mont-de-Marsan.

—¡Ah! Entonces es diferente —dijo el hombre de las corazas, a quien esta contestación tranquilizó algo—; pero aun cuando llegáis de Mont-de-Marsan —continuó—, sabéis, sin embargo, que yo compro armas.

—Sí que lo sé.

—¿Y quién os lo ha dicho?

—¿Qué falta hacía de que me lo dijesen, cuando lo habéis pregonado a grito pelado hace un momento?

—¿Dónde?

—A la puerta de la hostería de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero".

—¿Os encontrabais en ella entonces?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con varios amigos.

—¿Con varios amigos? Pues generalmente no suele haber un alma en esa posada.

—Entonces la debéis haber hallado muy variada.

—En efecto. Mas, ¿de dónde venían todos esos amigos?

—De Gascuña, como yo.

—¿Sois partidarios del rey de Navarra?

—Somos franceses de corazón y de raza.

—Sí, pero hugonotes.

—Católicos como el Santo Padre, a Dios gracias —replicó Samuel quitándose la gorrilla—; pero no se trata de eso, sino de la coraza.

—Aproximémonos un poco a la tapia, si os parece: aquí estamos demasiado al descubierto.

Y avanzaron algunos pasos hacia una casa de humilde apariencia, en cuyas ventanas no se veía luz alguna.

Esta casa tenía la puerta bajo una especie de cobertizo que servía de piso al balcón. Un banco de piedra empotrado en la fachada constituía su solo adorno, y reunía lo útil a lo agradable, porque servía de estribo a los pasajeros para montar en sus cabalgaduras.

—Veamos esa coraza —exclamó el chamarilero cuando hubieron llegado bajo el cobertizo.

—Aquí la tenéis.

—Aguardad, creo que se oye gente en esta casa.

—No, es en la de enfrente.

Efectivamente, había enfrente una casa con dos pisos, y en el segundo se veía oscilar de vez en cuando el resplandor de una luz.

—Acabemos pronto —dijo el revendedor tocando la coraza.

—¡Qué tal! ¡Cómo pesa! —exclamó Samuel.

—Pero vieja, maciza antigua.

—Obra de mérito.

—¿Queréis seis escudos?

—¿Cómo seis escudos? ¿Y disteis allá abajo diez por un mal pedazo de coselete?

—¿Seis escudos, sí o no? —repitió el revendedor.

—Mas examinad el cincelado.

—Para revender al peso, ¿qué importa el cincelado?

—¡Hola! ¿aquí regateáis y allá abajo habéis dado lo que os han pedido?

—Aumentaré un escudo —repuso el chamarilero impaciente.

—Sólo los dorados valen catorce escudos.

—Vamos, ajustemos pronto, o me marchó.

—Alto ahí: sois un bribón. ¿Os ocultáis para comerciar en contravención a los edictos del rey, y regateáis, no obstante, con la gente honrada?

—Vaya, no gritéis así.

—¡Oh!, no tengo miedo —dijo Samuel alzando la voz—. No hago tratos ilícitos, no comercio en fraude, y no tengo por qué esconderme.

—Vamos, tomad diez escudos y callaos.

—¿Diez escudos? Si os digo que sólo el oro los vale. ¡Calla! ¿queréis escaparos?

—De ningún modo.

—Es que si huís, llamaré a gritos a la guardia.

Al decir esto Samuel había alzado la voz de tal modo, que equivalía al cumplimiento de su amenaza.

A este ruido se había abierto una ventanilla del balcón de la casa junto a la que se hacía el trato, y al oír rechinar la portezuela que se abría, el revendedor se sobrecogió.

—Vamos, vamos —dijo—; veo que es necesario hacer cuanto queráis; ahí tenéis quince escudos y largaos.

—Enhorabuena —dijo Samuel embolsándose el dinero.

—Gracias a Dios.

—Pero estos quince escudos son para mi amo —prosiguió Samuel—, y yo también necesito algo.

El revendedor tendió la vista en torno suyo desenvainando a medias la daga. Sin duda tenía la intención de hacer en la piel de Samuel un rasguño que le hubiere dispensado para siempre de la necesidad de comprar coraza en reemplazo de la que vendía, pero Samuel estaba muy sobre aviso, y dio algunos pasos atrás, diciendo:

—Sí, sí, buen amigo, ya veo tu daga; pero también veo otra cosa: esa figura del balcón que está mirando.

El chamarilero, pálido de miedo, miró en la dirección indicada por Samuel, y vio efectivamente en el balcón una criatura alta y fantástica envuelta en una bata guarnecida de pieles de gato; este Argos no había perdido una sílaba ni un ademán de la última escena.

—Vamos, está visto que hacéis de mí lo que queréis —dijo el revendedor con una risa parecida a la del chacal que enseña los dientes—: ahí tenéis un escudo más, y que el diablo os lleve —agregó entre dientes.

—¡Gracias! —dijo Samuel—, ¡buen negocio! Y despidiéndose del hombre de las corazas, se marchó mofándose de él.

Solo ya el revendedor en la calle, se puso a colocar la coraza de Pertinax dentro de la de Fournichon.

El paisano del balcón seguía mirando y cuando vio al chamarilero bien embarazado con su carga, le dijo: —Parece, amigo, que compráis armaduras.

—¡Quia! no, señor —repuso el pobre mercader—: ha sido por azar, y porque se me ha

presentado una buena ocasión.

—Pues entonces el azar me sirve a las mil maravillas.

—¿En qué? —preguntó el revendedor.

—Figuraos que tengo justamente aquí, al alcance de mi mano, un montón de piezas de hierro que me estorban.

—No os digo que no; pero por ahora tengo cuanto puedo llevar.

—Sin embargo, voy a enseñáros las.

—Es inútil: no tengo ya dinero.

—Nada importa eso, os fiaré, porque tenéis toda la apariencia de un hombre honrado.

—Gracias —contestó—, me están aguardando.

—Es muy extraño, cómo voy recordando que os conozco.

—¿A mí? —replicó el chamarilero procurando en vano disimular su terror.

—Examinad esa celada —dijo el paisano alargándola en la punta del pie temiendo que si se separaba de la ventana se le escapase el tratador de corazas.

—¿Conque me conocéis? —le dijo éste—, es decir, ¿creéis conocerme?

—Es decir que realmente os conozco. ¿No sois...?

El paisano fingió recapacitar; el chamarilero permaneció estático aguardando.

—¿No sois Nicolás?

El semblante del tratante se desencajó, y el casco bailaba entre sus manos.

—¿Nicolás? —replicó.

—Nicolás Truchou, mercader de quincalla, calle de la Cossonnerie.

—No, no —contestó el revendedor sonriéndose y respirando ebrio de gozo.

—No importa, tenéis buena figura: se trata de que me compréis la armadura completa, coraza, brazadas y espada.

—Pero tened en cuenta que es comercio ilícito.

—Ya lo sé, pues vuestro último vendedor lo ha publicado bien alto.

—¿Le habéis oído?

—Perfectamente, y como he visto lo generoso que sois en los tratos, he entrado en deseos de hacer alguno con vos; pero no, tranquilizaos: por mi parte no abusaré; sé muy bien lo que es el comercio; también yo he sido comerciante.

—¡Ah! ¿y qué vendíais?

—¿Qué vendía, preguntáis?

—Precisamente.

—Jabón.

—Buen comercio, compadre.

—Por eso he hecho fortuna, y aquí me tenéis independiente y en la clase media.

—Os doy la enhorabuena.

—He aquí que quiero vivir a mis anchas, y vendo todo el hierro viejo que ocupa mucho lugar.

—Ya entiendo.

—También tengo aquí las escarcelas. ¡Ah, y las manoplas!

—Pero, si no me hace falta todo eso.

—Ni a mí tampoco.

—Sólo compraré la coraza.

—¿Conque sólo compráis corazas?

—Sí.

—Es extraño, porque al fin, comprando para vender al peso, según habéis dicho vos mismo, todo es hierro.

—Verdad es; pero, ¿qué queréis? Prefiero...

—Como os plazca; comprad la coraza, o por mejor decir, marchaos y nada compréis.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que en los tiempos que corremos cada cual necesita de sus armas.

—¡Cómo! ¿estando en completa paz?

—Mi querido amigo, si estuviésemos en completa paz no se haría ese comercio de corazas. ¡Voto al diablo! ¿Creéis que se me embauca tan fácilmente?

—¡Caballero!

—Y tan clandestino sobre todo. El revendedor hizo un movimiento para alejarse.

—Pero, en verdad, cuanto más os miro —continuó el paisano—, más seguro estoy de que os conozco; no sois Nicolás Truchou, pero, no obstante, os conozco.

—Silencio.

—Y si compráis corazas...

—¿Qué?

—Estoy seguro de que es por realizar una obra grata a los ojos de Dios.

—Callad.

—Me cautiváis —prosiguió el del balcón extendiendo desde él un brazo inmenso, cuya mano se aferró a la del chamarilero.

—Pero, ¿quién diablos sois? —interrogó éste al sentir oprimida su mano como con un torniquete.

—Soy Roberto Briquet, apellidado el terror del cisma, amigo de la Unión, y católico furibundo; ahora ya os conozco admirablemente.

El revendedor palideció espantosamente.

—Sois Nicolás Quimbelot, zurrador de pieles.

—Os engañáis. Adiós, maese Roberto Briquet; me felicito de haberos conocido.

Y el vendedor volvió la espalda.

—Pues qué, ¿os marcháis?

—Ya lo veis.

—¿Sin comprarme el hierro viejo?

—Ya os he dicho que no tengo dinero.

—Mi criado irá con vos.

—Imposible.

—Entonces, ¿cómo nos arreglamos?

—¡Diantre! quedando como estamos.

—¡Voto al diablo! ¡Dios me libre de eso! tengo demasiadas ganas de cultivar vuestras relaciones.

—Y yo de huir las vuestras —repuso el chamarilero, que esta vez resignándose a abandonar sus corazas y a perderlo todo a trueque de no ser conocido, escapó a correr.

Mas Roberto Briquet no era hombre para dejarse burlar así; de una zancada pasó del balcón a la calle, sin tener casi necesidad de saltar, y de otras cinco o seis alcanzó al revendedor.

—¿Estáis loco, amigo mío? —exclamó dando una palmada en la espalda al pobre diablo—; si fuese vuestro enemigo, si quisiese hacer que os prendiesen, no tendría más que gritar; la ronda pasa a estas horas por la calle de los Agustinos; pero, ¡lléveme el diablo!, sois mi amigo, y la prueba es que ahora recuerdo positivamente vuestro nombre. Esta vez se echó a reír el revendedor, Roberto Briquet situóse frente a él y le dijo:

—Os llamáis Nicolás Poulain, y sois subpreboste de París; bien me acordaba yo de que había algo de Nicolás en vos. —Estoy perdido —tartamudeó el tratante en corazas. —Al contrario, estáis salvado: ¡con mil diablos!, nunca haréis por la buena causa cuanto yo pienso hacer. Nicolás Poulain dio un gemido.

—Vamos, vamos, ánimo —dijo Briquet—; reponeos: habéis encontrado un hermano; tomad una coraza; yo cogeré las otras dos, os regalo los brazaletes, escarcelas y manoplas como adehalas; andando, y ¡viva la Unión!

—¿Me acompañáis?

—Os ayudo a llevar estas armas que deben servir para derrotar a los filisteos; guiadme, ya os sigo.

Surgió en la mente del subpreboste una sospecha bien natural, pero se desvaneció tan pronto como el relámpago. —Si quisiese perderme —se dijo—, ¿hubiese declarado que me conocía?

Y continuó en voz alta:

—Puesto que lo queréis absolutamente, venid conmigo.

—A muerte o a vida —agregó Roberto estrechando entre la suya la mano de su aliado, al paso que con la otra levantó en alto su carga de hierro viejo. Ambos se pusieron en marcha.

Al cabo de veinte minutos, Nicolás Poulain llegó al Marais, anegado en sudor, tanto a causa de la rapidez de la marcha, como del calor de su conversación política.

—¡Qué buena adquisición he hecho! —exclamó Poulain al detenerse a corta distancia del palacio de Guisa.

—Ya sospechaba que mi armadura vendría a parar a estos sitios —se dijo Briquet.

—Amigo —dijo Poulain volviéndose con trágico gesto a Briquet, que aparentaba la mayor candidez—, os dejo un minuto de reflexión antes de entrar en la caverna del león; todavía es tiempo de retiraros si no tenéis limpia la conciencia.

—¡Bah! —repuso Briquet con declamatorio acento—: ya me he visto en otras, *et non intret nuit medulla mea*; pero perdonad, ¿tal vez no sabréis latín?

—¿Y vos?

—Ya lo veis.

—Literato, atrevido, vigoroso, rico, ¡qué hallazgo! —dijo para sí Poulain—; vamos, entremos.

Y condujo a Briquet a la gigantesca puerta del palacio de Guisa, que se abría al dar el tercer golpe con el llamador de bronce.

El patio se hallaba lleno de guardias y hombres embozados que parecían fantasmas. Ni una sola luz había en el palacio.

En una esquina esperaban ocho caballos ensillados y embridados.

El ruido del llamador hizo volver a la mayor parte de estos hombres, los cuales formaron una especie de fila para recibir a los recién llegados.

Entonces Nicolás Poulain, inclinándose al oído de una especie de conserje que tenía medio abierto el postigo, manifestó su nombre.

—Y traigo un buen compañero —agregó.

—Pasad, señores —dijo el conserje.

—Llevad eso a los almacenes —prosiguió Poulain entregando a un soldado las tres corazas y las demás piezas de hierro de Briquet.

—Bueno —pensó éste—, hay un almacén; esto marcha; ¡diantre, qué buen organizador hacéis, maese subpreboste!

—Sí, sí, aquí hay criterio —contestó Poulain sonriéndose con orgullo—: pero venid a que os presente.

—Cuidado —dijo Briquet—, que soy excesivamente tímido. Tan sólo quiero que se me tolere; cuando haya hecho mis pruebas me presentaré solo, como dijo el griego, por mis hechos.

—Como gustéis —contestó el subpreboste—: aguardadme aquí.

Y fue dando apretones de manos a la mayor parte de los embozados.

—¿Qué esperamos? —preguntó una voz.

—Al amo —respondió otra.

En este momento, un hombre de alta talla, que acababa de entrar en el palacio y había oído las últimas palabras, dijo:

—Señores, yo vengo de parte suya.

—¡Ah! es el señor de Mayneville —exclamó Poulain.

—Heme aquí en país conocido —dijo entre sí Briquet ensayando un gesto que le desfiguró por completo.

—Caballeros, ya estamos todos; deliberemos —repuso la voz que primero se había oído.

—¡Calla, otro conocido! —murmuró Briquet—: éste es mi procurador, maese Marteau.

Y varió de gesto con una facilidad que demostraba cuan familiares le eran los estudios fisonómicos. —Subamos, señores —repuso Poulain. El señor de Mayneville pasó el primero. Nicolás Poulain le siguió, detrás de él los hombres de las capas, y en pos de

éstos Roberto Briquet.

Todos ascendieron por una escalera exterior que terminaba en una bóveda. Roberto Briquet subía, como los demás, murmurando: —Pero el paje, ¿dónde está el diablo del paje?

XI

MÁS CERCA DE LA LIGA

En el instante que Roberto Briquet subía la escalera detrás de todos con no mal aire de conspirador, notó que Nicolás Poulain, después de haber hablado a muchos de sus colegas, se quedaba a la puerta de entrada.

—Esto debe ser por mí —dijo interiormente Briquet.

Y en efecto, el subpreboste detuvo a su nuevo amigo en el instante mismo en que iba a pasar, y le dijo:

—Supongo que no extrañaréis el que la mayor parte de nuestros amigos, para quienes sois extraño, quieran tomar informes acerca de vuestra persona antes de admitiros al consejo.

—Es muy justo —replicó Briquet—, y ya sabéis que mi natural modestia me había ya hecho prever esta objeción.

—Os hago esa justicia —repuso Poulain—; sois todo un hombre.

Por consiguiente me retiro —prosiguió Briquet—, muy gozoso de haber visto en una noche tantos bravos defensores de la Unión Católica.

—¿Queréis que os acompañe?

—Gracias, no vale la pena.

—Es que podrá haber dificultad para que salgáis; sin embargo, por otra parte, me están aguardando.

—¿No tenéis alguna contraseña para salir? Si así no fuese, no os reconocería maese Nicolás, no sería prudente.

—Claro que la hay.

—Pues bien, decídmela.

—En realidad, ya que habéis entrado...

—Y que somos amigos.

—Pues bien, sólo tenéis que decir: PARMA Y LORENA.

—¿Y me abrirá el portero?

—Al instante.

—Está bien; gracias. Marchad a vuestros negocios: yo voy a los míos.

Nicolás Poulain se separó de su compañero y fue a reunirse a sus colegas.

Briquet dio algunos pasos como si fuera a bajar al patio; pero al llegar al primer peldaño de la escalera se detuvo para reconocer las localidades.

El resultado de sus observaciones fue que la bóveda se alargaba paralelamente a la pared exterior, a la que guarecía por medio de un ancho cobertizo. Era, pues, indudable que aquella bóveda conducía a alguna sala baja a propósito para aquella reunión misteriosa en la que Briquet no había tenido el honor de ser admitido.

Lo que le confirmó en esta suposición, que en breve llegó a ser una certidumbre, fue el

percibir una luz entre la reja de una ventana abierta en aquella pared, y defendida por una especie de embudo de madera, semejante a los que se ponen hoy en las ventanas de las cárceles o de los conventos para interceptar la vista de la parte de afuera y no dejar entrar más que el aire y percibir el aspecto del cielo. Briquet pensó que aquella ventana era la de la sala de las reuniones, y que si se podía llegar hasta ella, el sitio sería favorable para la observación, y que colocado en aquel observatorio podría muy bien la vista reemplazar a los demás sentidos.

La dificultad consistía en llegar hasta aquel observatorio y tomar puesto en él para ver sin ser visto.

Briquet dirigió una ojeada en torno suyo. Había en el patio pajes con sus caballos, soldados con sus alabardas y el portero con sus llaves; en suma, personas todas alerta y prevenidas.

Afortunadamente el patio era grande y la noche muy oscura.

Por otra parte, habiendo visto pajes y soldados desaparecer a los afiliados por debajo de la bóveda, no se ocupaban ya en nada, y el portero, que sabía que las puertas estaban bien cerradas, y que no era posible que nadie saliese sin la consigna, no se cuidaba de otra cosa que de preparar su cama para la noche y hacer de vez en cuando sus visitas a una marmita arrimada al fuego.

Hay en la curiosidad estímulos tan violentos, como en los arranques de toda pasión, y es tan grande el deseo de saber, que ha devorado la vida a más de un curioso.

Hasta entonces había sido Briquet harto bien informado para que no deseara completar sus informes. Dirigió otra mirada en torno suyo, y fascinado por la luz que reflejaba aquella ventana sobre los barrotes de hierro, le pareció ver en aquel reflejo una señal de llamamiento y en aquellos barrotes tan relucientes una provocación a sus robustos puños.

Decidido, pues, Briquet a apoderarse a todo trance de aquella ventana que había pensado convertir en observatorio, se deslizó a lo largo de la cornisa que, desde el tramo que parecía continuar como adorno, iba a acabar en aquella ventana, y siguió la pared como hubiera podido hacer un gato o un mono marchando apoyado de pies y manos en los adornos esculpidos en la misma pared.

Si los pajes y soldados hubieran podido ver en la sombra aquella silueta fantástica deslizándose por la mitad de aquella pared sin apoyo aparente, de seguro hubieran creído que aquello era cosa de magia, y más de uno, entre los más bravos y animosos, hubiera sentido erizarse sus cabellos. Pero Roberto Briquet no les dejó tiempo para ver sus hechicerías.

En cuatro trancos que dio logró tocar los barrotes, se aferró a ellos, se ocultó entre estos barrotes y el embudo de modo que no podía ser visto desde fuera, y para los que había dentro estaba casi enmascarado por la reja.

Briquet no se había engañado, y al verse en aquel sitio se consideró suficientemente indemnizado de sus penas y de su audacia.

Efectivamente, su mirada abarcaba una gran sala alumbrada por una lámpara de hierro de cuatro mecheros y llena de armaduras de todas clases, entre las que, buscando bien, hubiera podido reconocer indudablemente sus brazales y su gola⁹.

Lo que había allí entre picas, alabardas, estoques y mosquetes colocados en montón o en

⁹ Pieza de la armadura antigua que defendía la garganta.

haces hubiera bastado para armar cuatro buenos regimientos.

Briquet prestó, no obstante, menos atención al magnífico orden y arreglo de aquellas armas que a la asamblea encargada de ponerlas en uso o de distribuirlas. Sus ávidos ojos penetraban en la densa capa de humo y de polvo para adivinar los rostros conocidos bajo las viseras o capuchas.

—¡Oh, oh! —murmuró—; allí está maese Crucé, nuestro revolucionario y nuestro pequeño Brigard, el tendero del rincón de la calle de los Lombardos, y maese Leclerc, que se hace llamar Bussy, y que seguramente no se habría atrevido a cometer tal sacrilegio en tiempo en que vivía el verdadero Bussy. Preciso será que pregunte algún día a ese antiguo maestro en materia de armas si conoce la estocada secreta de que murió en Lyon un tal David, conocido mío. ¡Cáspita! La clase media está grandemente representada; mas la nobleza... ¡ah! aquél es el señor de Mayneville, no hay duda, y aprieta la mano a Nicolás Poulain: ¡oh! esto es magnífico, edificante; aquí reina la fraternidad. Pero, ¡diablo! ¿es orador el señor de Mayneville? Creo que se dispone a pronunciar una arenga. ¡Oh! tiene el gesto agradable y los ojos persuasivos.

En efecto, el señor de Mayneville había comenzado un discurso.

Roberto Briquet meneaba la cabeza en tanto el señor de Mayneville hablaba, no porque pudiera oír una sola palabra de la arenga, pero interpretaba sus ademanes y los de la asamblea.

—Parece que no convence a su auditorio. Crucé le pone mala cara; Lachapelle Marteau le vuelve la espalda, y Bussy Leclerc se encoge de hombros. Vamos, vamos, señor de Mayneville, hablad, sudad, soplad, sed elocuente, ¡voto a cribas! ¡oh! sea enhorabuena; parece que se reanima el auditorio; todos se aproximan, se estrechan las manos y arrojan al aire sus sombreros. ¡Diablo!

Briquet, como hemos dicho, veía y no podía oír; mas nosotros, que asistimos mentalmente a las deliberaciones de la borrascosa asamblea, vamos a decir al lector lo que acababa de pasar en ella.

En primer término, Crucé, Marteau y Bussy se habían quejado al señor de Mayneville de la inacción del duque de Guisa.

Marteau, en su calidad de procurador, había tomado la palabra.

—Señor de Mayneville —dijo—: ¿venís en nombre del duque de Guisa? Os damos las gracias, aceptándoos como embajador, mas no podemos menos de haceros saber que es indispensable aquí la presencia del duque. Desde el instante en que cumplió diez y ocho años después de la muerte de su padre, hizo adoptar a todos los buenos franceses el proyecto de la Unión, y poco a poco nos ha ido reuniendo bajo esta bandera. Conforme al juramento que tenemos prestado, hemos puesto nuestras vidas y sacrificado nuestras haciendas por el triunfo de tan santa causa: no obstante, nada progresa, nada se decide, y es preciso que tengáis muy presente, señor de Mayneville, que los de París pueden cansarse de esperar, en cuyo caso, ¿qué podrá hacerse en Francia? El duque debiera pensar algo más en esto.

El exordio obtuvo la aceptación de todos los de la Liga, y Nicolás Poulain se distinguió entre todos por el fervor con que aplaudía.

El señor de Mayneville contestó con sencillez:

—Señores, si nada se dice es porque nada ha madurado aún. Os ruego que examinemos la

situación: el duque y su hermano el cardenal están de observación en Nancy, y el primero se ocupa en levantar un ejército cuya misión será contener a los hugonotes de Francia, con que el duque de Anjou piensa entretenernos, mientras el segundo despacha correos y más correos a todo el clero de Francia y al Papa para hacerles adoptar la Unión. El duque de Guisa, señores conoce lo que vosotros ignoráis, y es que la antigua alianza mal rota, entre el duque de Anjou y el Bearnés, está para renovarse otra vez: se trata nada menos que de ocupar España por la parte de Navarra, con el objeto de impedir que nos envíe armas y dinero, por cuyo motivo el duque de Guisa, antes de tomar una resolución, y sobre todo antes de volver a París, quiere ponerse en estado de combatir la usurpación y la herejía. No obstante, señores, durante la ausencia del duque, tenemos al señor de Mayena, que se multiplica en todas partes como general y como consejero: por mi parte le espero de un momento a otro.

—Es decir —interrumpió Bussy—, que vuestros príncipes están en todas partes donde nosotros no estamos, y nunca donde necesitamos que estén. Por ejemplo, ¿qué hace la señora de Montpensier?

—La señora de Montpensier ha entrado esta mañana en París.

—¿Y nadie la ha visto?

—Sí, en verdad.

—¿Quién?

—Salcedo.

—¡Oh! ¡oh! —exclamó toda la asamblea.

—Mas, ¿se ha hecho invisible? —preguntó Crucé.

—Enteramente no, pero sí inaccesible, según creo.

—¿Y cómo se sabe que está aquí? —preguntó Nicolás Poulain—. No puedo creer que os lo haya dicho Salcedo.

—Sé que está aquí —respondió Mayneville—, porque la he acompañado hasta la puerta de San Antonio.

—He oído decir que habían cerrado las puertas —replicó Marteau, que deseaba hallar ocasión de pronunciar otro discurso.

—Sí, señor —respondió Mayneville con su eterna política, de la que ningún ataque podía hacerle salir.

—Entonces, ¿cómo se ha arreglado la señora de Montpensier para que le abran las puertas?

—A su modo.

—Tiene el poder de hacer que le abran las puertas de París —dijeron los de la Liga, celosos y suspicaces como lo son siempre los pequeños cuando forman alianza con los grandes.

—Señores —exclamó Mayneville—, ha pasado esta mañana en las puertas de París una cosa que al parecer ignoráis, o por lo menos no sabéis sino de una manera vaga. Habíase dado la consigna de no dejar pasar la barrera sino a aquellas personas que llevaran una carta de adhesión. Por quién debía ir firmada esta carta, lo ignoro. El resultado es que al llegar nosotros a la puerta de San Antonio se presentaron cinco o seis hombres, cuatro de ellos muy pobremente vestidos, de muy mala traza, y como estos seis hombres eran

portadores de estas cartas obligadas, pasaron por delante de nosotros, y por cierto que algunos de ellos tenían el insolente descaro de gentes que se creen en país conquistado. ¿Quién son estos hombres y qué cartas son éstas? Contestadnos, señores de París, vosotros que tenéis el encargo de no ignorar nada tocante a los negocios de vuestra ciudad.

De este modo Mayneville de acusado se había convertido en acusador, lo cual debe atribuirse solamente al poder de la oratoria.

—Pases... hombres insolentes... admisiones excepcionales en las puertas de París... ¿qué significa esto? —preguntó pensativo Nicolás Poulain.

—Si vosotros que vivís en la ciudad lo ignoráis, ¿cómo queréis que lo sepamos nosotros, habitantes de Lorena, sentenciados a recorrer todos los caminos del reino para enlazar los puntos de ese círculo llamado la Unión?

—Pero, ¿cómo llegaron esos hombres?

—Unos a pie y otros a caballo, la mayor parte solos, y varios con lacayos.

—¿Son empleados del rey?

—Tres o cuatro de ellos tienen facha de mendigos.

—¿Acaso gente de guerra?

—Entre los seis no tenían más que dos espadas.

—¿Extranjeros?

—Para mí son gascones.

—¡Bah! —dijeron algunos con tono desdeñoso.

—Pues, señores, yo creo que, aunque sean turcos deben llamar nuestra atención, por lo cual trataremos de tomar todos los informes precisos. Señor Poulain, ya sabéis que ése es negocio vuestro. Con todo, ya veo que semejante incidente no nos hace adelantar nada respecto a la Liga.

—Hay nuevos planes —repuso el señor de Mayneville—, y mañana sabréis que Salcedo, que nos había hecho ya traición y se preparaba a hacérnosla de nuevo, no sólo se ha negado a hablar, sino que se ha retractado en el patíbulo, gracias a la duquesa, pues habiendo ésta conseguido entrar en París en compañía de uno de los hombres que llevaban pase, ha tenido también el valor de acercarse al patíbulo, arriesgándose a quedar hecha trizas, y de mostrarse al sentenciado, con gran peligro de ser reconocida por los esbirros. Al punto se detuvo Salcedo en la declaración que iba a escribir, y poco después inutilizaba nuestro buen verdugo su arrepentimiento. Esto significa, señores, que nada podéis temer respecto a nuestras maquinaciones de Londres, porque el terrible secreto ha bajado al sepulcro.

Esta última frase fue la que puso de acuerdo a los de la Liga con el señor de Mayneville.

Briquet adivinaba por sus gestos la alegría que se había apoderado de ellos; pero esta alegría le inquietaba mucho, y le obligó al parecer a tomar una resolución repentina.

Dejóse deslizar desde lo alto de su embudo sobre el pavimento del patio, y se encaminó hacia la puerta, donde se abrió paso pronunciando las dos palabras: PARMA Y LORENA.

Cuando se halló en la calle respiró tan estrepitosamente, que se dejaba conocer que hacía mucho tiempo que retenía su aliento.

El conciliábulo duraba aún: la historia nos dice lo que pasó en él.

El señor de Mayneville llevaba de parte de los Guisas a los rebeldes futuros de París todo el plan de la insurrección, reducido nada menos que a degollar a los personajes importantes de la ciudad conocidos partidarios del rey; recorrer las calles gritando "¡viva la misa, mueran los políticos!", y provocar así otra jornada de San Bartolomé con los viejos vestigios de la antigua; sólo que en ésta se confundía a los católicos refractarios con los hugonotes de toda especie.

Obrando de este modo se servía a dos dioses: al que reina en el Cielo y al que iba a reinar en Francia.

El Eterno y el señor de Guisa.

XII

LA REAL CÁMARA DE SU MAJESTAD ENRIQUE III EN EL PALACIO DEL LOUVRE

Vamos a encontrar nuevamente al pobre rey Enrique III, que se fastidia durante muchas y crueles horas en aquel espacioso aposento del Louvre, al cual nos han acompañado ya otras veces nuestros lectores: veámosle una vez más, no como rey, no como dueño absoluto, sino abatido, pálido, inquieto y perseguido sin cesar por todos los recursos que su mente invoca constantemente bajo aquellos soberbios artesonados.

Enrique había cambiado mucho desde la muerte fatal de sus amigos, que hemos referido en otra parte; aquel dolor había pasado sobre su cabeza como un huracán terrible y mortífero, y el desdichado monarca, que acordándose sin cesar de que era un hombre, sólo había puesto su fuerza y su confianza en afecciones privadas, se vio despojar por la muerte de toda confianza y de toda fuerza, anticipando así el instante en que los reyes pasan a la eternidad, solos, sin amigos, sin parientes y sin corona.

Enrique se veía cruelmente herido por la desgracia, pues todo cuanto amaba había desaparecido de su lado: luego de Schomberg, Quelus y Maurigon, muertos en desafío por Livarot y Anraguet, había asesinado el señor de Mayena a Saint-Megrin, y estas llagas continuaban abiertas y destilando sangre en el corazón del rey... Por esta causa, el afecto que profesaba a sus nuevos favoritos d'Epernon y Joyeuse era semejante al que un padre, privado de sus mejores hijos, consagra a los que le quedan: al mismo tiempo que conoce sus defectos los ama, los contenta y los guarda con solícito afán para que la despiadada muerte no se cebe en ellos.

Había colmado de bienes a d'Epernon, y no obstante, le amaba sólo por capricho; hasta en momentos dados le aborrecía. Entonces era cuando Catalina, esa despiadada consuegra, en la que siempre brillaba el pensamiento como la lámpara en el tabernáculo, tomaba la voz del pueblo para criticar las afecciones del rey.

No hubiera tenido jamás el poco tacto de decirle, cuando dejaba exhausto el tesoro para erigir en ducado la tierra de Lavalette engrandeciéndola con largueza real: "Señor, detestad a esos hombres que no os aman, o, lo que es peor, que no os quieren más que por su propio interés." Pero cuando veía al rey fruncir el ceño, y le oía en un momento de hastío acusar a d'Epernon de avaricia o de cobardía, hacía resonar las inflexibles palabras que reasumían todas las quejas del pueblo y de la soberanía contra d'Epernon, y que marcaban una nueva huella en la antipatía real.

D'Epernon, gascón a medias, había tomado con su astucia y con su perversidad natural la medida de la debilidad de Enrique: sabía ocultar perfectamente su ambición, vaga hasta entonces y de cuyo objeto ni aun él mismo había podido darse cuenta, aunque su avaricia era la brújula que consultaba constantemente para dirigirse hacia el lejano y desconocido mundo que le encubrían aún los horizontes del porvenir, y al cual se proponía llegar a fuerza de amontonar riquezas.

Si por fortuna se hallaba el tesoro medianamente abastecido, al punto aparecía d'Epernon con los brazos en jarras y el semblante risueño; si el tesoro estaba vacío, alejábase desdeñosamente, frunciendo el ceño y se encerraba en su palacio o en alguno de sus

castillos lamentándose de su miseria hasta que volvía a dominar la debilidad del rey y lograba de él nuevas concesiones.

Para él era un oficio el favoritismo, oficio del que sabía sacar hábilmente todos los rendimientos posibles. Al principio se contentaba con no consentir al rey el menor retardo en pagar los vencidos, luego, cuando se hizo cortesano y las caprichosas auras del favor real fueron bastante frecuentes para dar solidez a su cerebro gascón, consintió en tomarse parte del trabajo, es decir, en coadyuvar a la nueva entrada de los fondos, que visaba como su presa.

Esta necesidad le obligaba, bien lo conocía, a erigirse en cortesano altivo, que es el peor de todos los estados, de cortesano perezoso que era, o sea la mejor de todas las condiciones. Entonces lamentó bien amargamente los dulces ocios de Quelus, Schomberg y Maugiron, que en su vida habían hablado de negocios públicos ni privados, y que tan fácilmente convertían el favor en dinero y el dinero en placeres; pero los tiempos habían cambiado; la edad de hierro había sucedido a la edad de oro: el dinero no venía ya como antiguamente, era forzoso ir a su encuentro, rebuscar para obtenerlo, en las venas del pueblo como en una mina agotada a medias. D'Epéron se resignó, lanzóse hambriento en los intrincados laberintos de la administración, devastándolo todo a su paso y apremiando sin tener en cuenta las maldiciones siempre que los escudos de oro ahogaban la voz de los quejumbrosos.

El rápido e incompleto bosquejo que anteriormente, hemos trazado del carácter de Joyeuse, puede demostrar al lector la diferencia que media entre los dos favoritos que dividían entre sí, no diremos la amistad, sino aquella grande porción de influencia que Enrique concedía siempre sobre la Francia y sobre su propio carácter a los que tenía a su alrededor. Joyeuse, naturalmente y sin formar el menor cálculo, había seguido las huellas y adoptado la tradición de Quelus, de Schombreg, de Maugiron y de Saint-Megrin; amaba al rey y se dejaba querer de él, pero los extraños rumores que habían circulado respecto a la amistad que al rey inspiraban los predecesores de Joyeuse yacían sepultados con el mismo afecto, porque ninguna mancha infamante desdoraba el cariño casi paternal que Enrique profesaba a Joyeuse. Oriundo de una familia ilustre y honrada, respetaba públicamente la autoridad real, y nunca traspasaba su familiaridad los límites debidos. En la vida moral interior Joyeuse era un verdadero amigo de Enrique, pero pocas veces se le presentaba la ocasión de probarlo. Ana era joven, de genio pronto, enamorado, y cuando en amores se entretenía, egoísta: para él no era suficiente el deber su felicidad al rey, el hacer remontar la dicha de que gozaba a su curso natural; lo que quería era ser en efecto venturoso de cualquier manera que lo fuese. Valiente, apuesto, rico, brillaba con estas tres ventajas que forman una aureola de amor para los jóvenes; la Naturaleza había hecho demasiado en favor de Joyeuse, y Enrique la maldecía con frecuencia, porque a él, a pesar de ser rey, le había dejado tan poco que hacer en obsequio de su amigo.

Conocía perfectamente el rey a sus dos favoritos, y quizás los amaba por el contraste que le ofrecían, porque bajo aquella apariencia escéptica, supersticiosa que llegaba a dominarle, ocultaba un fondo de filosofía, que sin la presencia de Catalina se hubiera ido desarrollando en un sentido muy útil para sus pueblos.

Enrique se vio vendido muchas veces, pero nadie consiguió engañarle.

Y porqué no podía engañarse acerca del carácter de sus amigos; porque estaba perfectamente enterado de sus defectos y buenas cualidades, pensaba en ellos, y en sí mismo, y en su miserable existencia, solitario y melancólico en su cámara sombría, y

contemplaba entre las sombras fúnebres horizontes que se dibujaban en el porvenir para muchas miradas menos perspicaces que las suyas.

La muerte de Salcedo le había entristecido mucho, puesto que sólo entre dos mujeres en tan crítico instante, había podido contemplar las consecuencias de tan sangriento desenlace. La debilidad de Luisa le imponía; la fortaleza de Catalina le asustaba. Enrique sentía dentro de sí mismo ese vago y eterno terror que experimentan los reyes elegidos por la fatalidad para que toda su raza se extinga en ellos y por ellos.

Convencerse en efecto de que, aunque elevados sobre todos los hombres, no tiene esta grandeza una sólida base, conocer un hombre que él es la estatua a la cual se prodigan inciensos, el ídolo al cual se adora, pero sujeto a la vez a que los sacerdotes y el pueblo, los adoradores y los ministros lo humillen o lo eleven con arreglo a su interés, o lo hagan oscilar, según su capricho: he aquí para un espíritu altivo la más cruel de todas las desventuras. Enrique lo estaba probando por sí mismo y se irritaba al ver que no podía remediar sus propios males.

Y sin embargo, de vez en cuando recuperaba la energía de su juventud amortiguada en él con mucha antelación a su agotamiento natural.

—A pesar de todo —se decía—, ¿por qué me he de inquietar? No estoy expuesto a guerras; Guisa está en Nancy, Enrique en Pau; el uno se ve obligado a comprimir en el pecho su ambición, el otro nunca la ha tenido. Los espíritus se calman: ningún francés ha tomado seriamente esa empresa imposible de destronar a su rey; esa tercera corona prometida por medio de las tijeras de oro de la señora de Montpensier es sólo una hablilla de mujer herida en su amor propio; sólo mi madre sueña siempre con la fantasma de usurpación, sin poder designarme seriamente el usurpador; pero yo, que soy hombre y joven aún, a pesar de mis penas, sé a qué atenerme con relación a los pretendientes que teme ella. Pondré a Enrique de Navarra en ridículo, haré odioso a Guisa, y disiparé con la espada en la mano las ligas extranjeras. ¡Por Cristo! No valía más de lo que ahora valgo en Tarnac y en Moncontour—. Sí —continuaba Enrique inclinando la cabeza sobre el pecho—; sí, pero entretanto me fastidio y es cosa mortal esto de fastidiarse. He aquí mi único, mi verdadero conspirador, el fastidio, y jamás me habla mi madre de él. ¡Si vendrá alguno a acompañarme esta noche! Joyeuse me había prometido tan de veras estar aquí temprano: él se divierte al fin; pero, ¿cómo diablos se arregla para divertirse? ¿Y d'Epernon? ¡ah! éste es otra cosa; ése no se divierte, se incomoda porque no ha cobrado los veinticinco mil escudos sobre los fondos públicos. Pues bien, que se incomode cuanto le plazca.

—Señor —dijo un ujier presentándose—; el duque d'Epernon.

Todos cuantos conocen lo que aburre el esperar, las recriminaciones que sugiere contra las personas a quienes se espera, y la facilidad con que se disipa la nube en cuanto aparecen, se explicarán el afán con que mandó el rey que acercasen una silla de tijera para el duque.

—¡Ah, duque! Buenas noches. ¡Cuánto me alegro de verte por aquí!

Inclinóse d'Epernon con respeto.

—¿Cómo es que no has ido a ver descuartizar a ese pícaro español? Ya sabías que en mi balcón se te guardaba un asiento, y así te lo hice decir.

—No me ha sido posible.

—¿Que no?

—No, señor; tenía que hacer.

—Cualquiera diría al verte con esa cara tan afligida que eres mi primer ministro y que vienes a anunciarme que no se ha recaudado el subsidio —exclamó Enrique encogiéndose de hombros.

—A fe mía, señor —contestó d'Epernon, que entendió perfectamente la indirecta—, Vuestra Majestad ha acertado; es cierto que no se ha pagado el subsidio y que no tengo un escudo.

—Bien, bien —repuso el rey impaciente.

—Pero al presente no se trata de eso, lo cual me apresuro a poner en conocimiento de Vuestra Majestad para que no se figure que me he ocupado en semejante asunto.

—Sepamos ya en qué te has entretenido.

—Vuestra Majestad debe saber lo que ha pasado respecto al suplicio de Salcedo.

—¡Como que lo he presenciado!

—Se ha tratado de substraer al condenado.

—No he visto semejante cosa.

—Sin embargo, tal es el rumor que circula por la ciudad.

—Rumor sin causa y sin resultado; nadie se ha movido.

—Creo que Vuestra Majestad está en un error.

—¿Y en qué fundas tu creencia?

—En que Salcedo ha desmentido ante el pueblo lo que dijo ante los jueces.

—¡Ah! ¿También sabes eso?

—Como que siempre procuro enterarme de todo lo que puede interesar a Vuestra Majestad.

—Lo agradezco, pero, ¿cuál es el objeto de ese preámbulo?

—Oídmeme, señor: un hombre que muere como ha muerto Salcedo, es un servidor fiel.

—¿Qué más?

—El amo que cuenta con tan buenos servidores puede llamarse feliz: he aquí todo.

—¿Pretendes darme a entender que los míos no lo son, o que dejaré de tenerlos? Has acertado, si es ése tu pensamiento.

—No es ése, señor, y estoy seguro de que Vuestra Majestad hallará, cuando tenga necesidad de ellos, y nadie puede hoy asegurarlo mejor que yo, servidores tan fieles como los que tiene el amo de Salcedo.

—¡El amo de Salcedo! ¡Otra vez el amo de Salcedo! ¿Por qué no llamas de una vez las cosas por sus verdaderos nombres? Veamos, ¿cómo se llama ese amo?

—Mucho mejor que yo debe saberlo Vuestra Majestad, pues se ocupa en política.

—Yo sé lo que sé; dime ahora lo que tú sabes, duque.

—Yo... nada; sospecho algunas cosas.

—Bueno —dijo Enrique incomodado—, vienes aquí para asustarme y decirme cosas desagradables, ¿no es eso? Gracias, duque, te reconozco en ese rasgo.

—¡Cómo ha de ser! Ya me maltrata Vuestra Majestad.

—Y pienso que con justicia.

—No, señor. Las advertencias de un hombre leal y adicto pueden ser mal recibidas; mas no por eso deja ese hombre de cumplir con su deber haciéndolas.

—La decisión de este punto me toca a mí exclusivamente.

—¡Ah! Supuesto que Vuestra Majestad lo toma por ese lado, nada tengo que oponer. No se hable más del asunto.

Guardaron ambos, después de estas palabras, algunos momentos de silencio, que al fin rompió el rey diciendo a d'Epernon:

—Ea, duque, no quiero que me entristezcas: ya me ves aquí tan melancólico y lúgubre como un faraón de Egipto, encajonado en su pirámide; trata de distraerme.

—Señor, ya conocéis que la alegría es una cosa que no se manda.

El rey dio un puñetazo en la mesa lleno de cólera.

—Eres un mal amigo, duque —exclamó—, un hombre terco. ¡Ah! No creía por cierto haber perdido tanto cuando me encontré sin mis antiguos servidores...

—¿Me atreveré a observar a Vuestra Majestad que alienta poco a los nuevos?

Al oír esto, el rey volvió a guardar silencio, contemplando de hito en hito al hombre cuya colosal fortuna había labrado.

D'Epernon comprendió aquella mirada.

—Vuestra Majestad me echa en cara sus beneficios —exclamó con el tono de un verdadero gascón—, y no obstante, yo no hago alarde de mi adhesión.

Y el duque, que aún estaba en pie, tomó la silla de tijera que el rey había mandado se le pusiese.

—¡Lavalette! ¡Lavalette! —le dijo el rey con la mayor tristeza—; cuando con tu buen humor y tu talento podía complacerme y alegrarme, te complaces en desgarrarme el corazón. Dios es testigo de que no ha sido mi ánimo aludir al valiente Quelus ni al bondadoso Schomberg, ni a Maugiron, que tan quisquilloso se mostraba en todo cuanto atañía a mi honra. No: ya sabes que al mismo tiempo existía en Bussy un Bussy que nada tenía que ver conmigo, si así te place, pero que hubiera entrado en mi servicio sin los celos de los otros, de cuya muerte fue causa involuntaria. Mas, ¡cuál es mi situación que me reduce a echar de menos aun a mis propios enemigos! Y por cierto que los cuatro eran excelentes sujetos... pero, por Dios, no vayas ahora a enfadarte por lo que te digo. ¿Qué quieres? Tu temperamento no es a propósito para descargar a todas horas tajos y reveses contra todo el mundo; pero, amigo mío, si no estás montado para correr aventuras ni comprometerte en un lance espada en mano, nadie puede negar que eres alegre, astuto, listo y normal consejero a veces. Estás enterado de mis asuntos lo mismo que aquel otro pobre amigo, en cuya compañía nunca pude quejarme de un instante de fastidio.

—¿De quién quiere hablar Vuestra Majestad?

—A él debieras parecerte, d'Epernon.

—Mas para ello necesito saber a quién echa Vuestra Majestad de menos.

—¡Oh, pobre Chicot! ¿dónde estás?

D'Epernon se levantó picado.

—¿Qué haces? —dijo el rey.

—Parece, señor, que Vuestra Majestad está hoy de recuerdos, mas no felices para todos.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque Vuestra Majestad, tal vez sin intención, me compara con maese Chicot, cuya comparación es bien poco lisonjera.

—Te engañas de medio a medio, d'Epernon, pues no puedo comparar con Chicot sino a un hombre que me ame y a quien yo ame; has de saber que Chicot era un servidor ingenioso y a toda prueba.

Al decir esto lanzó Enrique un hondo suspiro.

—Me figuro —respondió d'Epernon— que Vuestra Majestad no me ha elevado hasta hacerme duque y par del reino para confundirme con maese Chicot.

—Vamos, no hagamos reproches —repuso el rey con la maliciosa sonrisa, que el gascón tan imprudente y astuto a veces, se vio abochornado por aquel tímido sarcasmo en mayor grado que lo hubiera sido por una sangrienta inculpación.

—Chicot me amaba —siguió Enrique—, y me falta: ¡he aquí cuanto puedo decir! ¡Ay! ¡Cuando reflexiono que en ese mismo sitio en que te hallas han estado todos esos jóvenes, bizarros, gallardos y leales, que más allá, en el sillón donde has puesto tu sombrero se ha dormido Chicot más de cien veces!

—Eso sería quizás muy chistoso —interrumpió d'Epernon—, mas bien poco respetuoso.

—¡Ay de mí! —continuó Enrique—: ese amigo querido no tiene ya hoy chistes ni vida.

Y agitó tristemente su rosario de calaveras, que despidió un sonido lúgubre, cual si efectivamente hubiera sido de verdaderas osamentas.

—¿Y qué ha sido de vuestro Chicot? —preguntó con indiferencia d'Epernon:

—¡Ha muerto! —repuso Enrique—; ha muerto como todo lo que me ha amado.

—Pues bien, señor —repuso el duque—, creo en verdad que ha hecho bien en morir; se iba haciendo viejo, mucho menos, sin embargo, que sus gracias, y me han dicho que la sobriedad no era su virtud predilecta. ¿De qué ha muerto el pobre diablo, señor? ¿de indigestión?

—Mal corazón —repuso el rey con severidad—, el buen Chicot murió de tristeza.

—Apuesto a que os dijo eso para haceros reír por la vez postrera.

—Te equivocas de todo punto, pues ni aun quiso ocasionarme el menor disgusto con la noticia de su enfermedad, pues sabía muy bien lo mucho que me entristece la ausencia de mis amigos, por lo mismo que me había visto llorarlos con harta frecuencia.

—Pues, señor, en tal caso será su sombra la que ha vuelto.

—¡Ojalá pudiese yo verle, aun cuando fuese en espíritu! pero esto es imposible, porque su amigo, el digno prior Gorenflot, me escribió la triste noticia.

—¿Quién es Gorenflot?

—Un varón santo, nombrado por mí, prior de los jacobinos, que mora en ese hermoso convento que se ve desde la puerta de San Antonio, enfrente de la Cruz Faubin y próximo al Bel-Estabat.

—Perfectamente; algún mal predicador, a quien Vuestra Majestad ha concedido un

priorato de treinta mil libras sin atreverse a echarle en cara la menor cosa.

—¿Quieres aparecer ahora como un impío?

—Ensayaría ese papel, sí haciéndolo supiera que podría distraer a Vuestra Majestad.

—¿Quieres callar, duque? Mira que estás ofendiendo a Dios.

—Yo creo que Chicot hacía público alarde de impiedad, y sin embargo se le perdonaba.

—Cuando respiraba Chicot, podía yo reírme aún algunas veces.

—De lo cual deduzco que Vuestra Majestad hace mal en sentir su muerte.

—¿Por qué?

—Porque si Vuestra Majestad no puede ya reírse, por muy chistoso que fuese Chicot, de poco provecho podía servir a Vuestra Majestad.

—Es que era bueno para todo y no le echo de menos sólo por su ingenio.

—¿Pues por qué otra cosa? No creo que sea por su figura, porque maese Chicot era muy feo.

—Daba prudentes consejos.

—Vaya, voy viendo que si viviese, Vuestra Majestad haría de él un guardasellos, así como ha hecho un prior de ese frailuco.

—Cuidado, duque: no te rías de los que me han probado su adhesión y afecto, y a quienes yo mismo he querido. Chicot, desde que ha muerto, es para mí tan respetable como un amigo serio, y cuando no tengo ganas de reír no me agrada que se ría nadie en mi presencia.

—Está bien, señor; no tengo yo más ganas de reír que Vuestra Majestad. Lo que decía es que ahora mismo echabais de menos a Chicot por su buen humor, que hace poco me encargabais os divirtiese, al paso que deseáis ahora que os entristezca... ¡Voto a mil diablos!... ¡Ay! perdón, señor; siempre se me escapa este maldito juramento.

—Bien, bien, ahora ya me he enfriado, y estoy en la disposición que querías verme cuando has comenzado la conversación con tan siniestras palabras. Dime, pues, tus malas noticias, d'Epernon; en el rey hay siempre fuerza de hombre.

—No lo dudo, señor.

—Te advierto que es una dicha para mí, porque, si yo no me guardase, me vería asesinado diez veces al día.

—Lo cual no desagradaría mucho a algunas gentes que conozco.

—¡Oh! contra ellas tengo las alabardas de mis suizos.

—Remedio impotente para evitar las trampas que se urden lejos de aquí.

—Es que para alcanzar esas trampas cuento con los mosquetes de mis arcabuceros.

—Remedio incómodo para herir a los que cerca de aquí maquinan. Creedme; para defender un pecho real valen mucho más corazones resueltos que mosquetes y alabardas.

—Si, es cierto; eso es lo que yo poseía en otro tiempo; corazones a toda prueba, nadie hubiera osado atentar a mi persona cuando me guardaban aquellas fortalezas vivientes, cuyos nombres eran Quelus, Schomberg, Saint-Luc, Maugiron y Saint-Megrin.

—¿Y las echa de menos Vuestra Majestad? —interrogó d'Epernon, contando ya con la revancha que debía proporcionarle el egoísmo del rey.

—Echo de menos, más que todo —contestó Enrique—, el animoso esfuerzo de tan valientes jóvenes.

—Señor, si no fuese demasiado atrevimiento el intentarlo, haría ver a Vuestra Majestad que me precio de previsor y no estoy desprovisto de ingenio; que procuro suplir con éste, otras cualidades que me ha negado la Naturaleza; que, por último, hago todo lo que puedo, o lo que es igual, todo lo que debo, y que por lo mismo tengo el derecho de decir: "Sucedá lo que Dios quiera."

—¡Ah! ¡De esa manera sales de todo compromiso! ¿Vienes a asustarme con la descripción verdadera o falsa de los peligros que me amenazan, y después de conseguir tu objeto reasumes el negocio diciendo, "sucedá lo que Dios quiera"? Te doy, duque, un millón de gracias.

—¿No se negará Vuestra Majestad a creer alguna cosa referente a esos peligros que corre?

—Sí, creeré en ellos si me das pruebas de que puedes conjurarlos.

—En efecto, puedo.

—¿Puedes?

—Sí, señor.

—Ya sé que tienes tú recursitos y hasta mañas, camastrón.

—Algo más que recursitos.

—Veamos cuáles.

—¿Quiere Vuestra Majestad levantarse?

—¿Para qué?

—Para visitar en mi compañía los antiguos edificios del Louvre.

—¿Hacia la calle de la Astruce?

—Precisamente en el sitio en que se ocupaban de construir un guardamuebles, proyecto que se ha abandonado desde que Vuestra Majestad no desea otros muebles que reclinatorios y rosarios.

—¿A esta hora?

—Ahora dan las diez en el reloj del Louvre: creo que no es tan tarde.

—¿Y qué veré en este edificio?

—¡Diantre! Si os lo digo no vendréis.

—¿Está lejos, duque?

—Por las galerías se va en cinco minutos, señor.

—¡Epernon, Epernon!

—¿Qué resolvéis, señor?

—Si lo que vas a enseñarme no vale la pena, ¡hay de ti!

—Aseguro a Vuestra Majestad que será muy curioso.

—Vamos, pues —exclamó el rey haciendo un esfuerzo para levantarse.

El duque tomó su capa y presentó al rey su espada; después, tomando una luz, fue precediendo en la galería a Su Majestad Cristianísima, que le seguía con tardo y decaído

paso.

XIII

EL DORMITORIO

A pesar de que acababan de dar las diez, según había dicho d'Epernon, un silencio mortal reinaba en el palacio del Louvre, y sólo el viento que silbaba furiosamente hacía resonar los pasos de los centinelas y el choque de las cadenas del puente levadizo.

En menos de cinco minutos llegaron efectivamente Enrique y su favorito a la parte del edificio de la calle de Astruce, los cuales habían conservado su nombre aun después de haberse construido Saint Germain-l'Auxerrois.

El duque sacó una llave de su limosnera, bajó algunos escalones, cruzó un patio de cortas dimensiones y abrió una puerta en figura de arcos casi cubierta de amarillentos zarzales y cuya parte inferior se hallaba obstruida por espesas hierbas.

Recorrió unos diez pasos a través de un sombrío pasadizo, al fin del cual se halló en un patio interior, en uno de cuyos ángulos había una escalera de piedra.

Esta escalera conducía a una vasta habitación, o mejor dicho, a un inmenso corredor, del que tenía Epernon la llave.

Abrió muy despacio la puerta, e hizo notar a Enrique el extraño mueblaje que al abrir esta puerta se presentó a la vista.

Cuarenta y cinco camas le componían. En cada una de estas camas había un durmiente.

El rey miró los lechos, reparó en los durmientes, y, volviéndose hacia el duque, le preguntó con inquieta curiosidad:

—¿Qué gente es ésa?

—Gente que duerme esta noche —contestó d'Epernon—; pero que velará mañana y no volverá a dormir sino cuando les toque por turno.

—¿Y por qué no han de volver a dormir esos hombres?

—Porque será necesario que estén despiertos para que pueda dormir Vuestra Majestad.

—¿Luego son amigos nuestros? Vamos, explícate.

—Elegidos por mí, señor, y separados como se separa el grano de la paja; intrépidos defensores que seguirán a Vuestra Majestad como sus sombras y caballeros fieles, que usando del derecho de acompañar a Vuestra Majestad a todas partes, no permitirán que se os aproxime alma nacida a distancia de una espada.

—¿Y eres tú, d'Epernon, el que ha inventado todo eso?

—Sí, señor, yo mismo.

—Se reirán de ellos.

—No lo creáis; inspirarán espanto.

—¿Tan terribles son tus caballeros?

—Componen una trailla¹⁰ que arrojaréis contra la caza que os agrada, y que no conociendo a nadie más que a Vuestra Majestad, no contando con otras relaciones,

¹⁰ Cuerda o correa con que se lleva al perro atado a las cacerías, para soltarlo a su tiempo.

solamente de Vuestra Majestad recibirán la luz, el calor y la vida.

—Pero eso va a arruinarme.

—¿Se arruina por ventura un rey?

—Apenas puedo ya pagar a mis suizos...

—Observad bien a esos perillanes, señor, y decidme si creéis que harán mucho gasto.

El rey pasó revista en efecto a aquel largo dormitorio, que presentaba un aspecto digno de atención aun a los ojos de un rey, por acostumbrado que estuviese a las divisiones regulares de la arquitectura.

Esta larga sala estaba dividida en toda su longitud por un tabique, a uno de cuyos costados había colocado el arquitecto cuarenta y cinco alcobas, colocadas a modo de celdas, unas al lado de otras, y terminado junto a la entrada donde estaba el rey y d'Epernon.

En cada una de las alcobas había una puerta que daba ingreso a una habitación inmediata.

De esta ingeniosa distribución resultaba que cada hidalgo tenía para los usos de su vida pública y privada:

Para el público, la alcoba.

Para la familia, la estancia contigua.

Cada una de estas pequeñas estancias tenía salida a un balcón que ocupaba todo el frente del edificio.

El rey no comprendió a primera vista estas sutiles distinciones.

—¿Por qué me los haces ver durmiendo todos en sus camas? —preguntó el rey.

—Señor, porque he pensado que así sería más fácil a Vuestra Majestad inspeccionarlos. Por otra parte, estas alcobas numeradas tienen la ventaja de transmitir su número al que las ocupa. Así, cada uno de estos locatarios será, según la necesidad, un hombre o un número.

—Está bien imaginado —contestó el rey—, sobre todo si sólo nosotros conservamos la clave de esta aritmética. Pero los desgraciados se sofocarán de vivir siempre en este chiribitil¹¹.

—Vuestra Majestad va a dar, si le place, una vuelta conmigo entrando en el alojamiento de cada uno de ellos.

—¡Diablo, que guardamuebles acabas de improvisarme, d'Epernon!—dijo el rey fijando la vista en las sillas ocupadas por los vestidos de los durmientes—. Si encierro en ella los pingajos de todos estos mostrencos tendrá París para reír en grande.

—Es indudable, señor —contestó el duque—, que mis cuarenta y cinco no están vestidos con gran lujo; pero, señor, si todos hubiesen sido duques y pares...

—Ya, ya entiendo —dijo el rey sonriéndose—; me costarían mucho más que lo que van a costarme.

—Así es, señor.

—¿Y como cuánto me costarán? Veamos: quizás al saberlo, podré decidirme, porque en verdad te digo, d'Epernon, que su traza no es muy recomendable que digamos.

¹¹ Desván, rincón o escondrijo bajo y estrecho.

—No hay duda; están algo flacos, y el sol ardiente de nuestra provincia los ha ennegrecido; mas yo también estaba flaco y era tan moreno como ellos cuando vine a París... ¡Oh! ellos engordarán y blanquearán como yo.

Enrique miró a d'Epernon a hurtadillas y después de breve pausa, le dijo:

—¿Sabes que tus hidalgos roncan como obispos?

—No debemos juzgarlos por lo que ahora hacen: el misterio está en que han comido bien y están cansados del viaje.

—¡Ah! He aquí uno que sueña en voz alta.

—¿No os engañáis?

—No; escuchemos lo que dice.

En efecto, uno de aquellos caballeros dormía con la cabeza y los brazos colgando fuera de la cama y suspiraba algunas palabras con triste sonrisa.

El rey se acercó de puntillas.

—Si sois mujer —decía el durmiente—, huid, huid.

—Vamos, vamos, éste al menos es galante —murmuró el rey.

—¿Qué opináis, señor?

—No me es desconocido ese rostro.

D'Epernon acercó el hachón a la alcoba.

—Tiene las manos blancas y está bien peinada su barba.

—Es el caballero Ernanton de Carmaignes, un guapo mozo que hará carrera.

—¡Indudablemente el pobre diablo ha dejado en su país algún amor en erupción!

—Para no tener otro amor que el de su rey, señor: tendremos en cuenta este sacrificio.

—¡Oh, oh! he aquí una figura estafalaria, al lado de tu caballero. ¿Cómo le llamabas?

—Una dificultad ocurre.

—¡Ah, sí! ¡Diantre, qué camisa tiene el número 3! Cualquiera lo tomaría por un saco de penitente.

—Este es el señor de Chalabre; si éste arruina a Vuestra Majestad, no será sin enriquecerse, os lo afirmo.

—¿Y esta otra cara sombría, y que no tiene aire de soñar con amores?

—¿Qué número, señor?

—El 12.

—Buena espada, corazón de bronce, hombre de recursos; el señor de Sainte-Maline.

—Estoy meditando, y me he convencido de que realmente tu proyecto encierra una gran idea.

—Así lo creo, y si no, figuraos el efecto que van a causar estos nuevos perros de presa que deben acompañar a Vuestra Majestad del mismo modo que la sombra acompaña al cuerpo, estos arrogantes mastines que nadie ha visto en París, y que en la primera ocasión propicia se presentarán de un modo que os deje satisfecho.

—Sí, sí, es un pensamiento magnífico, pero no basta.

—¡Cómo!

—Supongo que no van a seguirme como si fuesen sombras mías con tales atavíos; mi cuerpo no es mal formado, y de ningún modo puedo querer que sus sombras le deshonren.

—Es decir, señor, que volvemos a la cuestión del presupuesto de gastos.

—¿Tratabas de eludirla?

—No, señor, porque es la cuestión fundamental, pero también he pensado en ella.

—¡D'Epernon! ¡D'Epernon! —exclamó el rey.

—¿Qué queréis, señor? El deseo de agradar a Vuestra Majestad avivó mi ingenio.

—Ea, pues; veamos lo que has discurrido.

—Si en mi mano estuviese, cada caballero durmiente hallaría mañana sobre el taburete que contiene sus efectos, un bolsillo con mil escudos, como sueldo correspondiente al primer semestre.

—¡Mil escudos para el primer semestre! ¡seis mil libras al año! Vamos, duque, te has vuelto loco: un regimiento entero no me costaría tanto.

—Olvidáis, señor, que están destinados a ser las sombras de Vuestra Majestad, y según habéis dicho, esas sombras deben presentarse con decencia. Así, pues, cada cual empleará lo preciso en armarse y vestirse como debe; y si queréis acertarlo, dejad algo flojas las riendas a mis gascones. Suponiendo, por consiguiente, mil quinientas libras para el equipo, quedarán cuatro mil quinientas para el primer año, y tres mil para los restantes.

—Eso ya es más aceptable.

—¿Y acepta Vuestra Majestad?

—Una dificultad ocurre.

—¿Cuál?

—Que no hay dinero.

—¡Dinero!

—Mejor que otros debes comprender que la razón que te doy es poderosa, supuesto que todavía no has percibido lo que te corresponde.

—He hallado el medio de hacernos con fondos.

—¿De hacerme con dinero?.

—Para vuestra guardia, sí, señor.

—Alguna treta de avaro —dijo el rey en su interior, mirando a hurtadillas a d'Epernon.

Luego añadió en voz alta:

—Veamos ese medio.

—Hoy justamente hace seis meses que se registró un edicto referente a los derechos de la caza y la pesca.

—Es posible.

—El pago del primer semestre ha producido sesenta y cinco mil escudos, que el tesorero del bolsillo secreto iba a poner en caja esta mañana, cuando le previne no lo hiciese, de manera que en vez de entregarlo, el tesorero tiene el producto de esta contribución a disposición de Vuestra Majestad.

—Estaba destinado al sostén de las guerras, duque.

—Pues precisamente, señor, la primera condición de la guerra es tener hombres; el primer interés del Estado es la defensa y seguridad del rey; pagando la guardia del rey, se llenan todas estas condiciones.

—No es mala esa razón; mas según tu cuenta, no veo que se necesiten emplear más que cuarenta y cinco mil escudos: van a quedarme veinte mil para mis regimientos.

—Perdonad, señor, mas, si Vuestra Majestad no dispone cosa en contrario, he dispuesto de esos veinte mil escudos.

—¿Cómo así?

—Sí, señor; los he tomado a cuenta de mis atrasos.

—Algo sospechaba yo; quiere decir que me endosas una guardia para hacerte con fondos.

—¡Señor!

—Mas dime, ¿por qué ese número de cuarenta y cinco?

—Voy a explicároslo. El número tres es primordial y divino; además, muy cómodo. Por ejemplo: un hombre que tiene tres caballos, nunca puede hallarse a pie, porque el segundo reemplaza al primero cuando éste se cansa, y le queda el tercero para suplir al segundo en caso de herida o enfermedad. Tendréis, pues, señor, tres veces quince hidalgos, quince de servicio, y treinta descansando. Cada servicio durará doce horas y durante ellas tendréis cinco gascones a la derecha, cinco a la izquierda, dos al frente y tres a retaguardia. ¡Que osen atacaros vuestros enemigos con semejantes murallas de carne!

—Por Dios santo y bendito, ésa es una combinación magnífica, duque, y no puedo menos de felicitarte por ella.

—Miradles, señor; la verdad es que hacen buen efecto.

—Sí, sí, después de equipados, no estarán del todo mal.

—¿Creéis ahora, señor, que tengo algún derecho a reírme de los peligros que os amenazan?

—Cierto.

—Luego no me equivocaba...

—Se me figura que no.

—Apuesto a que el señor de Joyeuse no hubiera inventado este expediente.

—¡D'Epernon, d'Epernon! Es poco caritativo hablar mal de los ausentes.

—El diablo me lleve si no habla peor Vuestra Majestad de los presentes.

—¡Ah! Joyeuse me acompaña constantemente y hoy estaba conmigo en la plaza de Gréve.

—Ínterin yo estaba aquí, señor, y bien ve Vuestra Majestad que no he perdido el tiempo.

—Gracias, Lavalette.

—A propósito, señor, necesito pedir una cosa a Vuestra Majestad.

—Ya me extrañaba yo, duque, que nada me pidieses.

—¡Oh! Vuestra Majestad peca hoy de irónico.

—Eso consiste en que tú no me entiendes —repuso el rey, cuyos sarcasmos habían dejado satisfecha su venganza—, o por mejor decir, en que entiendes mal mis palabras;

mi intención era darte a conocer, que habiéndome hecho un importante servicio, tienes derecho para pedirme lo que te plazca; pide, pues.

—Eso ya es distinto, señor; por otra parte lo que solicito de Vuestra Majestad es un cargo.

—¡Un cargo! ¿Pues no eres ya coronel general de infantería? Tanto peso puede aplastarte.

—Soy fuerte como Sansón para el servicio de Vuestra Majestad, y capaz de sustentar sobre mis hombros el cielo y la tierra.

—Pide, pide —murmuró el rey suspirando.

—Deseo que Vuestra Majestad me conceda el mando de esos cuarenta y cinco hidalgos.

—¡Cómo! —repuso el rey estupefacto—. ¿Quieres ir a todas horas delante y detrás de mí? ¿Quieres sacrificarte hasta el extremo de ser capitán de guardias?

—No, no, señor, no es eso.

—Explícate. ¿Qué es, pues, lo que anhelas?

—Que esos hombres, mis compatriotas, sepan que soy su jefe superior, que no tienen otro; mas yo no me pondré ostensiblemente al frente de ellos, pues tendré un segundo.

—Algún nuevo proyecto se oculta aquí —pensó Enrique meneando la cabeza—; este demonio da siempre para obtener.

Miró en seguida atentamente a d'Epernon, y le dijo:

—Bien, bien; te concedo ese mando.

—¿Secreto?

—Sí. Mas, ¿quién será oficialmente jefe de mis cuarenta y cinco?

—El pequeño Loignac.

—¡Ah! tanto mejor.

—¿Es del agrado de Vuestra Majestad?

—Perfectamente.

—¿Queda así acordado, señor?

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué?

—¿Qué papel desempeña contigo ese Loignac?

—Es mi ayudante, señor.

—Entonces te costará caro —murmuró el rey.

—¿Qué dice Vuestra Majestad?

—Que acepto.

—Señor, voy a la tesorería por las cuarenta y cinco bolsas.

—¿Esta noche?

—¿No convinimos en que nuestros hombres las encuentren mañana en sus sillas?

—Es verdad. Ve por ellas: yo me vuelvo a mi cámara.

—¿Satisfecho, señor?

—Bastante.

—Por lo menos bien guardado.

—Sí, por gentes que duermen a pierna suelta.

—Señor, mañana velarán.

D'Epernon acompañó a Enrique hasta la puerta de la galería, y le dejó murmurando en sus adentros:

—Si no soy rey tengo guardias como un rey, y que nada me cuestan. ¡Voto a mil demonios! esto es entenderlo.

XIV

LA SOMBRA DE CHICOT

Ya dijimos que nunca se equivocaba el rey en el concepto que le merecían sus amigos, porque estudiaba sus defectos y sus buenas cualidades, y leía exactamente lo más íntimo y reservado de sus corazones.

Al momento comprendió el objeto que d'Epernon se proponía; pero, como nada esperaba recibir en cambio de lo que iba a dar, como ganaba cuarenta y cinco nuevos servidores, cuyo precio llegaba a sesenta y cinco mil escudos, la idea del gascón le pareció buena.

Además era una novedad, mercancía de que nunca está ampliamente provisto un rey de Francia, y que hasta para sus súbditos suele ser bastante rara. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que Enrique III, después de asistir a las procesiones, peinar sus perros, arreglar las calaveras de sus rosarios y lanzar una cantidad razonable de suspiros, nada tenía que hacer.

La guardia instituida por d'Epernon agradó, por consiguiente, al rey, sobre todo, porque armaría ruido y podría él admirar en las fisonomías de sus gascones distintas cosas de las que diariamente veía desde su vuelta de Polonia.

A medida que se acercaba a su cámara, en la que le esperaba el ujier, no poco desorientado de aquella excursión nocturna, Enrique enumeraba las ventajas de la institución de los cuarenta y cinco, y como todos los espíritus débiles, adivinaba las ideas que d'Epernon le había revelado en la plática que con él acababa de tener.

—En fin —pensó el rey—, es probable que esos tunos sean valientes y fieles: las figuras de algunos previenen en su favor, al paso que las de otros repugnan... ¡Bueno! Es decir, gracias a Dios, habrá para todos. Además, es magnífico un acompañamiento de cuarenta y cinco espadas prontas a salir de sus respectivas vainas.

Uniéndose este eslabón de sus pensamientos al recuerdo de aquellas otras espadas tan adictas a su persona que con tanta fuerza echaba de menos en alta voz, y con mucha mayor en voz baja, causó en Enrique una tristeza profunda, que le asaltaba frecuentemente en la época a que nos referimos, que podía considerarse como su estado habitual. Aquellos tiempos tan adversos, aquellos hombres tan malos, aquellas coronas tan poco afirmadas en las frentes de los reyes, le inspiraron por segunda vez una imperiosa necesidad de morir o de distraerse, para libertarse de una vez para siempre de aquella enfermedad, que en la misma época los ingleses, nuestros preceptores de melancolía, habían designado con el nombre de "spleen".

Buscó con la vista a Joyeuse, y no viéndole a su lado preguntó por él.

—No ha vuelto el señor duque —contestó el ujier.

—Está bien: llamad a mis ayudas de cámara, y retiraos.

—Señor, el gabinete de Vuestra Majestad está pronto y Su Majestad la reina ha pedido ya las órdenes del rey

Enrique se hizo el sordo.

—¿Debo mandar que se haga saber a Su Majestad que el rey la espera en su gabinete?

—No, no —repuso Enrique—: tengo que encomendarme a Dios, tengo que trabajar y me

siento indispuesto: dormiré solo.

El ujier se inclinó.

—A propósito —agregó Enrique—: llevad a la reina esos dulces de Oriente que hacen dormir.

Y entregó al ujier su cajita para anises.

Poco después entró en el gabinete, que efectivamente habían preparado ya sus ayudas de cámara.

Una vez allí, echó una ojeada a todos los minuciosos y ambicionados accesorios que en otro tiempo le servían en su tocado para parecer el hombre más gallardo y hermoso de la cristiandad, ya que no podían convertirle en el rey más grande.

Pero nada le hablaba ya en favor de aquel trabajo forzado, al cual se entregaba antes con tanto interés, porque todos los instintos de mujer habían desaparecido de aquella constitución hermafrodita. Enrique se asemejaba a esas viejas coquetas que abandonan su espejo por el libro de devoción y miraba horrorizado los mismos objetos que le habían sido tan queridos.

Guantes perfumados, caretas de tela fina impregnadas de esencias, combinaciones químicas para rizar el pelo, ennegrecer la barba, colorear las orejas y hacer brillar las cejas, todo lo desdeñó, todo lo contempló con la más fría indiferencia.

—Quiero acostarme —dijo exhalando un suspiro. Desnudáronle dos pajes, vistiéronle unos calzoncillos de fina lana de Frisia, y tomándolo en brazos con la mayor precaución, le colocaron entre las sábanas.

—¡El lector de Su Majestad! —exclamó uno de los pajes.

Porque Enrique, que padecía largos y crueles insomnios, se dormía muchas veces oyendo leer aunque a la sazón se necesitaba el idioma polaco para conseguir aquel milagro, para el cual había bastado el francés en otra época.

—Nadie venga —replicó Enrique—, ni el lector tampoco; que rece sus oraciones y me las dedique en su aposento; mas, si llega el señor de Joyeuse, que pase adelante.

—¿Y si viene tarde, señor?

—Siempre hace lo mismo, pero no importa; que entre cuando venga.

Los pajes apagaron las luces y encendieron una lámpara llena de esencias que producían llamas de un azul pálido, especie de recreo fantasmagórico, que agradaba mucho al rey desde que había dado en la manía de pensar constantemente en sus difuntos amigos. Acto continuo salieron de la estancia sin hacer el menor ruido.

Enrique, que no cejaba ante un peligro verdadero, abrigaba todos los temores, todas las debilidades de las mujeres y de los niños. Temblaba al recordar una aparición; tenía miedo de fantasmas, y al mismo tiempo no podía desecharlas de su imaginación, único recurso con que contaba para no aburrirse. Parecíase en esto a aquel preso que cansado de la ociosidad a que le obligaba su encarcelamiento, contestaba a los que le anunciaban el tormento:

—Me alegro, porque al menos tendré un rato de distracción.

Sin embargo, a fuerza de seguir con avidez las sombras que los reflejos de la lámpara dibujaban en las paredes; a fuerza de sondear los ángulos más oscuros del gabinete; a fuerza de querer apoderarse de los más leves ruidos que hubiera podido denunciar la

misteriosa entrada de una sombra, los ojos de Enrique, cansados del espectáculo sangriento de aquel día y del paseo de la noche, se cerraron por fin, y no tardaron en dormirse, o, mejor dicho, se sumergió insensiblemente en el letargo que le producía el silencio y la soledad.

Pero el descanso de Enrique nunca era largo: trabajado por aquella fiebre sorda que gastaba su existencia durante su sueño lo mismo que en su desvelo, parecióle que había oído ruido en la estancia, y se despertó.

—Joyeuse —exclamó—. ¿Eres tú?

Nadie respondió.

Las azuladas llamas de la lámpara se habían amortiguado y sólo reflejaban en el techo de roble esculpido un círculo opaco que hacía aparecer verde el oro de las molduras.

—¡Solo! ¡solo aún! —murmuró el rey—. ¡Ah! El Profeta tiene razón. La Majestad debe suspirar. Pero mejor hubiera podido decir: La Majestad suspira siempre.

Transcurrido breve espacio prosiguió diciendo:

—¡Dios mío! dadme la fuerza necesaria para permanecer solo mientras viva, así como lo estaré después de muerto.

—Sí, sí, eso es; solo después de tu muerte, ¿no es cierto? —le contestaron con voz estridente, que vibró junto al lecho como una percusión metálica—. ¿Y los gusanos? ¿Nada son para ti?

Asustado el rey, se incorporó preguntando ansiosamente por medio de miradas inquietas a todos los muebles de la estancia.

—¡Oh! ¡yo conozco esa voz! —murmuró temblando.

—Es una felicidad —repuso la misma.

Un sudor frío inundó la frente del rey, que apenas tuvo aliento para decir:

—Sí, se me figura la voz de Chicot.

—Estás abrasando, Enrique —le contestaron.

Sacando entonces éste una pierna de la cama, divisó a alguna distancia de la chimenea, en el mismo sillón que una hora antes había designado a d'Epernon su favorito, una cabeza, sobre la cual lanzaba el fuego uno de sus reflejos caprichosos, únicos que en el fondo de los cuadros de Rembrandt iluminan a un personaje, que cuesta trabajo distinguir a primera vista.

Aquel reflejo bajaba hasta uno de los brazos del sillón en que se apoyaba el del personaje; en seguida hasta sus rodillas huesosas y prominentes, y por último hasta el empuje de sus pies que formaban ángulo recto con una pierna nerviosa, flaca y extremadamente larga.

—¡Dios me proteja! —exclamó Enrique desesperado—: es la sombra de Chicot.

—¡Pobre Enrique mío! —murmuró la voz—. ¿Conque todavía eres tan simple como siempre?

—¿Qué quiere decir?

—Que los muertos no hablan, necio, porque no tienen cuerpo ni por consiguiente lengua —repuso la figura que estaba sentada en el sillón.

—¡Ah! ¿Luego eres el mismo Chicot? —gritó el rey loco de contento.

—Respecto a ese punto nada quiero decidir; ya veremos, ya veremos más adelante lo que soy.

—¡Al fin no has muerto, mi pobre Chicot!

—¡Vaya! ¡Vaya! Estás ahí gritando como un condenado. Sí, por cierto; he muerto una y mil veces.

—¡Chicot, mi solo amigo!

—Al menos tiene sobre mí la ventaja de no variar de tema. Siempre el mismo, ¡ira de Dios!

—¡Y tú, querido Chicot! —dijo el rey tristemente—, ¿has variado mucho?

—Así lo creo.

—Pero dime, amigo Chicot —repuso el rey apoyando sus pies en el suelo—, ¿por qué me has abandonado?

—Porque he muerto.

—Si hace un momento has dicho que no...

—Y lo repito.

—¿Qué quiere decir esa contradicción?

—Que para unos estoy muerto y para otros vivo.

—¿Y para mí?

—Para ti... muerto.

—¿Por qué?

—Es muy fácil de comprender. ¿Quieres oírme?'

—Sí.

—Tú no eres amo en tu casa.

—¿Cómo?

—Tú no puedes dar órdenes a los que te sirven.

—¡Señor Chicot!

—¡No nos enfademos, o me enfado!

—Sí, tienes razón —repuso el rey temiendo que se desvaneciera la sombra de Chicot—; habla, amigo mío, habla.

—Pues bien; tenía que despachar un asuntillo con el señor de Mayena, ¿lo recuerdas?

—Perfectamente.

—Lo despacho. Bien. Apaleo a ese capitán sin segundo; muy bien. Hace que me busquen para ahorcarme, y tú, con quien contaba para defenderme de ese héroe, en vez de sostenerme, me abandonas; en lugar de destruirlo, te reconcilias con él. ¿Qué hago entonces? Me declaro muerto, y hago que me entierren por mediación de mi amigo Gorenflot; de modo que desde aquel tiempo el señor de Mayena que me buscaba ya no me busca.

—Has tenido un valor horrible, Chicot: ¿no sabías el dolor que iba a causarme tu muerte, di?

—Sí, he tenido ese valor, mas no es tan horrible como dices; porque jamás he vivido tan

tranquilo como desde que todo el mundo está convencido de que he dejado de existir.

—Chicot, Chicot, amigo mío—exclamó el rey—, me espantas, mi cabeza se pierde.

—¡Bah! y hasta hoy no lo has conocido.

—No sé qué creer.

—¡Diablo! es preciso, no obstante, que te fijes en alguna cosa; veamos qué es lo que tú crees.

—Pues bien, creo que has muerto y que eres un aparecido.

—Entonces me he engañado: eres político.

—Me ocultas parte de la verdad por lo menos; pero ahora mismo, como los espectros de la antigüedad, vas a decirme cosas terribles.

—¡Ah! tocante a eso no digo que no. Disponte, pues, pobre rey.

—Sí, sí —continuó Enrique—, confiesa que eres una sombra evocada por el Señor.

—Confesaré lo que quieras.

—Y, si no es así, ¿cómo has venido por esos corredores guardados? ¿Cómo te hallas aquí en mi cuarto y a mi lado? ¿Conque es decir, que ahora entra cualquiera en el Louvre? ¿Es así como se guarda la persona del rey?

Y abandonándose Enrique por completo al vértigo de terror que acababa de apoderarse de él, se arrojó en su lecho dispuesto a cubrirse la cabeza con sus sábanas.

—Ea, ea —dijo Chicot con un acento que ocultaba cierta lástima y mucha simpatía—; no te irrites: no tienes más que tocarme para convencerte.

—¿Conque no eres mensajero de venganza?

—¡Diablo! ¿tengo yo cuernos como Satanás, o una espada llameante como el arcángel Miguel?

—Entonces, ¿cómo has entrado?

—¿Vuelves a lo mismo?

—Sí.

—Pues bien, ten en cuenta que siempre llevo conmigo mi llave, la que tú me has dado, y que me la cuelgo al cuello para hacer rabiar a tus gentilhombres que solamente tenían el derecho de colgársela detrás. Pues bien, con esta llave cualquiera entra, y yo he entrado.

—¿Por la puerta secreta?

—Por la misma.

—Mas, ¿por qué has entrado hoy y no ayer?

—¡Ah! es verdad, ésa es la verdadera cuestión. Vas a saberlo.

Enrique se despojó de las sábanas en que estaba liado, y dijo con el mismo acento de naturalidad que hubiera tomado un niño:

—No me digas nada desagradable, Chicot, te lo ruego encarecidamente; ¡oh! ¡si supieras qué placer me hace experimentar tu voz!

—Yo te diré la verdad y nada más. Tanto peor si la verdad es desagradable.

—¿Luego no es serio —dijo el rey— tu miedo al señor de Mayena?

—Todo lo contrario, es muy serio. Figúrate que el señor de Mayena ha hecho darme

cincuenta palos, yo he cogido mi tizona y le he aplicado cien latigazos con la vaina de la espada: supón que dos latigazos dados con la vaina valen un bastonazo, y estamos en paz. Supón, pues, que un golpe descargado con la vaina de una espada valga un bastonazo, esto puede ser la opinión del señor Mayena, en ese caso me resta a deber cincuenta palos o cincuenta latigazos dados con la vaina de una espada; y como nada temo tanto como a los deudores de este género, no habría venido aquí por mucha necesidad que tuvieras de mí si no hubiera sabido que el señor de Mayena estaba en Soissons.

—Pues bien, Chicot, siendo así, puesto que has vuelto por mí, te tomo bajo mi protección, y quiero...

—¿Qué quieres? ¡Guarda, guarda! Enriquillo, cada vez que pronuncias la palabra *quiero*, es para decir alguna majadería.

—Quiero que resucites y que te des a luz.

—¿No decía yo bien?

—Yo te defenderé.

—¡Bueno!

—Chicot, te doy mi palabra real.

—¡Bah! Tengo una cosa que vale más que eso.

—¿Qué tienes?

—Tengo mi gazapera y continuaré en ella.

—Digo que te defenderé —exclamó enérgicamente el rey poniéndose de pie delante de su cama.

—Enrique —dijo Chicot—, vas a constiparte: te ruego que te acuestes.

—Tienes razón, pero es que también tú me exasperas —dijo el rey volviendo a meterse entre sus sábanas—. ¡Cómo! ¡Cuando yo, Enrique de Valois, rey de Francia, encuentro bastantes suizos, escoceses, guardias franceses y gentilhombres para mi defensa, el señor Chicot no se halla satisfecho y en seguridad!

—Repítame lo que acabas de decir. ¿Has dicho que tienes suizos?...

—Sí, mandados por Tocquenot.

—Bien; ¿y tienes escoceses?...

—Sí, mandados por Larchant.

—Perfectamente. ¿Y tienes guardia francesa?...

—Mandada por Crilloni

—Que me place, ¿y qué más?

—¿Qué más? Ignoro si debería decirte eso.

—No lo digas. ¿Quién te lo pregunta?

—Y después una novedad, Chicot

—¿Una novedad?

—Sí, figúrate cuarenta y cinco bizarros caballeros.

—¡Cuarenta y cinco! ¿Qué me cuentas?

—Cuarenta y cinco caballeros.

—¿Dónde los has hallado? No habrá sido en París.

—No, pero han llegado hoy a París.

—¡Pardiez! —exclamó Chicot iluminado por una idea súbita—: conozco a tus caballeros.

—¿De veras?

—Cuarenta y cinco mendigos a quienes no falta más que la alforja.

—No diré yo tal cosa.

—Figuras capaces de hacer morir de risa.

—Chicot, hay entre ellos hombres soberbios.

—Gascones al fin, lo mismo que el coronel general de tu infantería.

—Y como tú, Chicot.

—¡Oh! es muy diferente, Enrique: yo ya no soy gascón desde que he dejado la Gascuña.

—Mientras que ellos...

—No eran gascones en Gascuña y son dos veces gascones aquí.

—No importa. Tengo cuarenta y cinco temibles espadas.

—Mandadas por esa cuarenta y seis terrible que se llama Epernon.

—Por él no.

—Pues, ¿por quién?

—Por Loignac.

—¡Puf!

—No vayas a desdeñar ahora a Loignac.

—Me guardaré muy bien de ello: es primo mío en el grado vigésimo séptimo.

—Vosotros, los gascones, sois todos parientes.

—Nos ocurre todo lo contrario que a vosotros los del Valois, que jamás lo sois.

—En fin, ¿quieres responder?

—¿A qué?

—A mis cuarenta y cinco.

—¿Y es ésa la defensa con que cuentas?

—Sí, ¡voto a cribas! sí —repuso irritado.

Chicot o su sombra, porque no estando nosotros mejor informados que el rey sobre este particular, tenemos que dejar a nuestros lectores en la duda, Chicot, decimos, se deslizó en el sillón, apoyando sus talones en el borde de aquel mismo sillón, de suerte que sus rodillas formaban el vértice de un ángulo más elevado que su cabeza.

—Pues bien, yo —dijo—, dispongo de más tropas que tú.

—¿Tropas? ¿Tienes tú tropas?

—¿Por qué no?

—¿Y qué tropas?

—Vas a verlo. Tengo en primer término a todo el ejército que los señores de Guisa forman en Lorena.

—¿Estás loco?

—No por cierto; un verdadero ejército; lo menos 6.000 hombres.

—Pero, ¿con qué objeto, tú, que tienes tanto miedo al señor de Mayena, habías de ir a que te defendieran justamente los soldados del señor de Guisa?

—Porque me he muerto.

—¿Vuelves a chancearte?

—Nada de eso; siendo Chicot a quien el señor de Mayena tenía entre ojos, he utilizado esta muerte para cambiar de cuerpo, de nombre y de posición social.

—¿Luego no eres ya Chicot? —dijo el rey.

—No.

—¿Quién eres, entonces?

—Soy Roberto Briquet, antiguo negociante e individuo de la Liga.

—¿Tú partidario de la Liga, Chicot?

—Furioso; lo que hace que a condición de no ver muy cerca al señor de Mayena, tenga yo, miembro de la Santa Unión, para mi defensa personal, en primer lugar, al ejército de Lorena, es decir, a 6.000 hombres; recuerda bien los números.

—Estoy en ello.

—En segundo lugar, tengo 100.000 parisienses sobre poco más o menos.

—¡Famosos soldados!

—Harto famosos para incomodarte mucho, príncipe mío. Conque ve contando: 100.000 por un lado y 6.000 por otro son 106.000. Agrega luego el Parlamento, el Papa, los españoles, el cardenal de Borbón, los flamencos, el duque de Navarra y el duque de Anjou.

—¿Se va concluyendo tu lista? —preguntó Enrique impaciente.

—Aún me falta nombrar tres auxiliares.

—Nómbralos.

—Los cuales te aborrecen mucho.

—¿Quiénes son?

—En primer lugar los católicos.

—¡Ah! sí; porque dejé con vida a la cuarta parte de los hugonotes.

—En segundo los hugonotes, porque aniquilaste las otras tres cuartas partes de ellos.

—En efecto. ¿Y los otros?

—¿Qué dices de los políticos?

—¡Ah! Son gentes que no me quieren, ni quieren a mi hermano, ni al duque de Guisa.

—Mas quieren a tu cuñado el rey de Navarra.

—Con tal que abjure.

—¡Gran dificultad! ¿Crees que eso le cueste mucho?

—Pero esa gente a que aludes...

—¿Qué?

—Es toda la Francia...

—Precisamente. He ahí mis tropas, porque soy de la Liga. Vamos, vamos; suma y compara.

—Supongo que todo eso es una chanza, Chicot —dijo el rey, sintiendo que el frío se apoderaba de sus venas.

—¿Piensas pobre Enrique mío que es ocasión de chancearse aquella en que te ves solo contra todos?

Enrique contestó con una dignidad verdaderamente real:

—Estoy solo, es cierto, pero también mando solo. Me has presentado un ejército enemigo, pero, ¿sabrás decirme quién es su jefe? Vas a nombrar al de Guisa, pero sin duda has olvidado que le tengo en Nancy. ¿El señor de Mayena quizás? Tú mismo confiesas que está en Soissons. ¿El duque de Anjou? No ignoras que sigue en Bruselas. ¿El rey de Navarra? Se divierte en Pau. Yo, entretanto, me veo solo, como dices, pero al mismo tiempo libre, y espero al enemigo como en medio de un escampado espera el cazador la caza que debe salir de los cercanos bosques.

Chicot se rascó las narices y el rey le creyó vencido.

—¿Qué tienes que responder a esto? —le preguntó satisfecho.

—Que siempre eres elocuente, Enrique: que te quedan las palabras, lo cual es algo más que lo que yo creía, por lo que te felicito cordialmente: a una sola cosa de tu discurso me opongo.

—¿Cuál es?

—Muy poca cosa, casi nada, una figura retórica; la comparación que has empleado.

—Explícate.

—Pretendes ser el cazador que está en acecho de la caza, cuando justamente eres la pieza perseguida por el cazador hasta en su misma guarida.

—¡Chicot!

—Vamos a cuentas, cazador emboscado. ¿A quién has visto venir?

—¡Voto a Dios! A nadie.

—Y no obstante, ha venido alguno.

—¿De los que te he citado?

—No, pero casi es lo mismo.

—Sepamos ya su nombre.

—Es una mujer.

—¿Mi hermana Margarita?

—No; la duquesita de Montpensier.

—¡Ella en París!

—Como acabo de decírtelo.

—Y aunque así sea, ¿cuándo he tenido miedo de mujeres?

—En efecto, sólo debemos temer a los hombres, pero no te apures; la duquesa ha venido en clase de postillón para anunciar la llegada de su hermano.

—¿La llegada del duque de Guisa?

—Sí.

—¿Y crees que eso me da cuidado?

—¡Oh! ya veo que nada te hace mella.

—Dame recado de escribir.

—¿Por ventura para enviar al de Guisa la orden de que permanezca en Nancy?

—Para eso mismo: la idea debe ser buena, toda vez que los dos la hemos concebido a un tiempo.

—Pues has de saber que es detestable.

—¿Por qué?

—Porque apenas la reciba, creará que urge su presencia en París— y apresurará el viaje.

La frente del rey demostró la rabia que sentía.

—Si sólo has venido aquí —dijo a Chicot mirándole de reojo— para dirigirme semejantes observaciones, bien pudieras haberte quedado donde estabas.

—¿Qué quieres, Enrique? Las sombras no son aduladoras.

—¿Al fin confiesas que eres una sombra?

—¿Lo he negado acaso?

—¡Chicot!

—Vamos, cálmate, pues de lo contrario, si ahora eres miope, no tardarás en quedarte ciego. Hablemos claro. ¿No me has dicho que por ti está tu hermano en Flandes?

—Sí por cierto, y en eso obro como buen político: le sostengo allí.

—Ahora bien; contesta categóricamente. ¿Con qué objeto te parece que permanece en Nancy el duque de Guisa?

—Con el de organizar un ejército.

—Corriente... Vamos por partes. ¿Y a qué destina su ejército?

—¡Ah, Chicot! me aburres con tantas preguntas.

—Cánsate, Enrique; cánsate ahora, que luego descansarás, yo te lo aseguro. Decíamos, pues, que el de Guisa organiza su ejército...

—Para combatir contra los hugonotes del Norte.

—O mejor dicho, para contrariar a tu hermano, el de Anjou, que se ha nombrado duque de Brabante, que trata de crear un trono en Flandes y que incesantemente te pide auxilios a fin de alcanzar su objeto.

—Auxilios que le estoy prometiendo siempre, y que nunca le enviaré.

—Con gran satisfacción del duque de Guisa. ¡Ah, Enrique! Voy a darte un consejo.

—¿Cuál?

—Si supieras fingir que efectivamente enviabas al de Anjou el socorro ofrecido; si dicho socorro avanzase hacia Bruselas, aun cuando se detuviese a mitad de camino...

—Entiendo, entiendo —interrumpió el rey—: el duque de Guisa no se movería en ese caso de la frontera.

—Y como la duquesita de Montpensier nos ha prometido a los de la Liga que el de Guisa se hallará en París dentro de ocho días...

—Resultará que os llevaréis chasco.

—Tú lo has dicho —repuso Chicot arrellanándose cómodamente—. ¿Qué opinas de mi consejo?

—Lo juzgo bueno... pero...

—¿Qué?

—En tanto que el de Guisa y el de Anjou se disputan el Norte...

—Ya estoy: no sabes cómo arreglarte en el Mediodía, ¿eh? tienes razón, Enrique; del Mediodía proviene todo el mal.

—¿Y crees que el tercer azote que me ha enviado la Providencia, el Bearnés, en resumen, no me dará cuidado? ¿Sabes lo que hace?

—Por el infierno te juro que no.

—Pues bien, reclama.

—¿Qué cosa?

—Las ciudades que constituyen la dote de su mujer.

—¡Vaya un insolente, a quien no basta el alto honor de haber emparentado con la casa de Francia, y que osa reclamar lo que le corresponde!

—¡Y me pide a Cahors! ¡Como si fuera posible que un hombre que se precia de político abandonase esa ciudad a un enemigo!

—En efecto, el hombre político obraría mal en el hecho de entregarla, mas no sucedería lo mismo al hombre honrado.

—¡Maese Chicot!

—Supongamos que nada he dicho, porque ya sabes que jamás me mezclo en asuntos de familia.

—Eso no me inquieta, pues he formado mi plan.

—Me alegro.

—Por lo mismo, ocupémonos de lo más urgente.

—Sí, de Flandes.

—Necesito enviar un embajador a mi hermano; pero, ¿quién será el escogido? ¿De quién podré fiarme para una misión tan importante?

—¡Bah!

—¡Ah! Ya caigo.

—Yo también.

—Irás tú, Chicot.

—¡Yo a Flandes!

—¿Por qué no?

—¡Un muerto a Flandes! Olvidemos eso.

—Es que no eres Chicot, sino Roberto Briquet.

—Verdad, un ciudadano de París, un individuo de la Liga, un amigo del señor de Guisa, con el cargo de embajador cerca de la persona del duque de Anjou. ¡Sería cosa de ver!

—¿Es decir que te niegas?

—Se supone.

—¿Que me desobedeces?

—¡Desobedecerte!... ¿Por ventura te debo obediencia?

—¿Conque no, desdichado?

—¿Me has concedido algo que me una a ti? Lo poco que poseo es heredado de mi familia: soy pobre y oscuro. Hazme duque y par del reino, erige en marquesado mis territorios de la Chicoterie, señálame una renta de quinientos mil escudos, y después de esto hablaremos de si he de ser o no embajador.

Iba a contestar Enrique por medio de algunas de esas buenas razones que siempre tienen a mano los reyes cuando se les dirigen semejantes cargos, mas al mismo tiempo resonaron los goznes de la maciza puerta forrada de terciopelo.

—El señor duque de Joyeuse —dijo el ujier.

—Con mil carretadas de diablos —exclamó Chicot—; ahí tienes todo lo que te hace falta, y te desafío a que encuentres otro embajador más a propósito que el duque Ana.

—El hecho es —murmuró Enrique—, que este perillán me da mejores consejos que ninguno de mis ministros.

—Mucho celebro que lo conozcas —repuso Chicot.

Y se replegó en su sillón tomando la figura de una bola, de modo que ni el más hábil marino del reino, acostumbrado a distinguir los menores puntos debajo del horizonte, habría podido observar el menor bulto saliente, fuera de las esculturas del enorme sillón en que se había sepultado.

El señor de Joyeuse, si bien era gran almirante de Francia, no veía más claro que los demás.

El rey exhaló un grito de alegría al ver a su joven favorito, y le tendió la mano.

—Siéntate, Joyeuse, hijo mío —le dijo cariñosamente—, por Dios que has venido tarde.

—Señor —contestó el duque—, es una satisfacción para mí el que os acordéis de eso.

Y al decir esto aproximóse al lecho y se sentó en uno de los cojines diseminados al efecto en la estancia de Su Majestad.

XV
LAS DIFICULTADES CON QUE TROPIEZA
UN REY PARA HALLAR BUENOS EMBAJADORES

Chicot permanecía invisible en su sillón, Joyeuse repantigado en el cojín, Enrique muellemente¹² encogido entre las sábanas.

—¿Qué tal, Joyeuse? —interrogó el rey—. ¿Has tuneado¹³ mucho por esas calles?

—Sí, señor, sí, mucho, os doy las gracias —repuso negligentemente el duque.

—¿Qué pronto desapareciste esta mañana de la plaza de Gréve!

—Francamente, señor, aquella escena era poco agradable para mí, porque no me agrada ver padecer a mis semejantes.

—¡Alma compasiva!

—No; decid más bien, corazón egoísta; los sufrimientos ajenos me afectan los nervios.

—¿Sabes lo que ha sucedido?

—¿En dónde?

—En la Gréve.

—No, a fe mía.

—Salcedo ha negado todo.

—¡Ah!

—Oyes esta noticia con la mayor indiferencia, Joyeuse.

—¿Yo?

—Sí.

—Os confieso, señor, que para mí no tenía la menor importancia lo que Salcedo pudiese decir, y por otra parte estaba seguro de que se retractaría.

—¿Después de haberlo confesado todo?

—Por esa misma razón; sus primeras declaraciones pusieron a los Guisa sobre aviso y han trabajado ínterin Vuestra Majestad descansaba: esta conducta es natural.

—¿Y tú la has previsto y nada has querido decirme?

—Señor, yo no soy ministro para aburriros habiéndoos de cosas políticas.

—Bien; dejemos a un lado todo eso, Joyeuse.

—Como os plazca.

—Tengo necesidad de tu hermano.

—Mi hermano y yo, señor, estamos al servicio de Vuestra Majestad.

—¿Puedo contar con él?

—En cuerpo y alma.

¹² Delicada y suavemente, con blandura.

¹³ Hacer vida de tuno (pícaro).

—Pues bien, deseo encargarle de una comisión.

—¿Fuera de París?

—Sí.

—¡Ah! Siendo así, le será imposible cumplirla.

—¿Cómo!

—Mi hermano no puede abandonar la ciudad al presente.

Enrique se apoyó sobre el codo y miró atentamente a Joyeuse.

—¿Qué quieres decir?

Joyeuse sostuvo la mirada escrutadora del rey con la mayor serenidad, y dijo:

—Es la cosa más sencilla del mundo: Enrique de Bouchage está enamorado, pero ha cometido la tontería de entablar mal sus relaciones amorosas: el pobre había errado el camino y enflaquecía a pasos contados.

—Es cierto —repuso el rey—; he reparado en ello.

—Y al mismo tiempo estaba tan triste, tan sombrío como si frecuentase la corte de Vuestra Majestad.

Un gruñido, que al parecer salía del rincón de la chimenea, interrumpió a Joyeuse, que atónito registró el aposento con sus miradas.

—¡Oh! No hagas caso, Ana —murmuró el rey con una sonrisa—; será algún perro que sueña sin duda en uno de esos sillones. ¿Conque decías que el pobre Bouchage está muy triste?

—Sí, señor, tan triste como la muerte, pues ha tropezado en el mundo con una mujer de carácter melancólico y fúnebre. ¡Oh! Estos encuentros son terribles. Y sin embargo, con semejantes mujeres hace uno su agosto lo mismo que con las risueñas; la dificultad consiste en saberse conducir con ellas.

—Es decir, que tú ya hubieras acertado... ¿eh? señor libertino...

—¡Bah! ¿Conque soy libertino porque me gustan las mujeres?

Enrique dio un suspiro.

—Decías también que esa mujer tiene un carácter sombrío.

—Eso lo dice mi hermano; en cuanto a mí, no la conozco.

—Y a pesar de todo, ¿saldrías con la tuya?

—¡Ira de Dios! sólo se trata de obrar por medio de contrastes, porque las dificultades serias sólo se hallan cuando un hombre tiene que habérselas con mujeres de temperamento medio. ¡Oh! Estas exigen de parte del sitiador un compuesto de buen humor y de severidad que pocos están en el caso de combinar con acierto. Mi hermano, pues, se encuentra a merced de una mujer melancólica que le ha inspirado un amor negro.

—¡Pobre muchacho! —exclamó el rey.

—Ya debéis conocer, señor, que en cuanto me ha confiado sus penas, he puesto en planta el método curativo para librarle de ellas.

—De modo que...

—De modo que ahora justamente empieza su curación.

—¿Conque ya está menos enamorado?

—Nada de eso, señor; pero abrigo esperanzas de que la mujer consabida se enamore de él, lo cual será mucho más agradable que perder su amor: así, que desde esta noche, en vez de suspirar con ella al unísono, va a distraerla empleando todos los medios imaginables. Hoy, por ejemplo, he enviado a la dama de sus pensamientos treinta músicos de Italia que van a hacer furor debajo de sus balcones.

—¡Bah! ¡Bah! Eso es muy vulgar —observó el rey.

—¿Cómo! ¿es cosa común reunir treinta músicos incomparables?

—A fe mía maldito si hubieran podido distraerme con todas las músicas del mundo en el tiempo en que estaba enamorado de la señora de Conde.

—Sí, pero Vuestra Majestad estaba enamorado.

—Como un loco.

Resonó un nuevo gruñido, que se parecía mucho a una risa burlona.

—Ya veis, señor, que esto es otra cosa —dijo Joyeuse procurando inquirir, aunque inútilmente, de dónde partía tan extraña interrupción—. La dama, por el contrario, está indiferente como una estatua y fría como el hielo.

—Y ¿crees que la música derretirá el hielo y animará la estatua?

— Indudablemente.

El rey movió la cabeza como dudándolo.

—¡Diantre! no digo —prosiguió Joyeuse— que al primer golpe de violín irá la dama a arrojarse en brazos de Bouchage, no: mas se conmooverá de ver que se haga todo ese ruido por ella; poco a poco se acostumbrará a los conciertos, y si no se acostumbra, ¡qué diablo!, todavía podremos echar mano de la comedia, los barqueros, los hechiceros, la poesía, los caballos, en resumen, de todas las locuras de la tierra, de tal modo que si no proporcionamos alegría a esa hermosa desolada, será por lo menos indispensable que la recupere Bouchage.

—¡Ojalá! —exclamó Enrique—; pero dejemos a Bouchage toda vez que le sería tan molesto abandonar ahora a París; ¿no estás esclavizado, como él, por alguna pasión?

—¡Yo! —replicó Joyeuse—; en toda mi vida he estado tan perfectamente libre como ahora.

—Muy bien; así, pues, ¿nada tienes que hacer?

—Absolutamente nada, señor.

—Pues yo te creía prendado de una hermosa dama.

—Ah, sí; la querida del señor de Mayena; una mujer que me idolatraba.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Imaginaos que esta noche, después de haber aleccionado a Bouchage, lo dejo para ir a su casa, llego con la cabeza acalorada por las teorías que acababa de desarrollar; os juro, señor, que casi me creía tan enamorado como Enrique, y he aquí que me encuentro con una mujer temblorosa, asustada; mi primera idea fue que estorbaba a alguien, registro y nada había: trato de tranquilizarla, inútil; la interrogo, nada contesta; quiero abrazarla, se desvía, y como yo fruncía el entrecejo, se enfada, se levanta, rifamos y me notifica que no me recibirá ya más en su casa.

—¡Pobre Joyeuse! —repuso el rey riéndose—: ¿y qué has hecho?

—¡Pardiez! señor, he tomado la espada y la capa, hice a mi bella una graciosa cortesía, y salí sin mirar atrás.

—¡Bravo, Joyeuse! ¡eso es heroico!

—Tanto más heroico, señor, cuanto que he creído oír suspirar a la pobre muchacha.

—¿Vas a arrepentirte de tu estoicismo?

—No, señor: si tuviese un solo instante de arrepentimiento correría a su casa; ya comprendéis... pero nada me quitará de la cabeza que la pobre mujer me abandona a su pesar.

—¿Y sin embargo la dejaste?

—Ya me veis aquí.

—¿Y no volverás?

—Nunca... si fuese tan obeso como el señor de Mayena no digo que no; pero soy delgado y esbelto, y tengo el derecho de ser altivo.

—Amigo mío —repuso Enrique con seriedad—, esta ruptura es altamente beneficiosa para tu salud.

—No lo niego, señor; pero entretanto me voy a fastidiar cruelmente durante ocho días, no teniendo qué hacer y no sabiendo adonde ir; así es que se me han ocurrido ideas deliciosas de pereza; es divertido el aburrirse, ¿verdad?... como no estoy acostumbrado a ello me parece muy distinguido.

—¡Y tan distinguido! Ya lo creo —repuso el rey—, como que lo he puesto yo en moda.

—Así, pues, he aquí, señor, el proyecto que he formado al dirigirme desde el atrio de Nuestra Señora al Louvre. Todos los días vendré aquí en litera; Vuestra Majestad rezará sus oraciones, yo leeré libros de alquimia o de marina, lo cual será mejor, ya que soy marino. Tendré perritos que haré jugar con los vuestros, o mejor aún, gatitos, que será muy gracioso; en seguida tomaremos crema, y el señor d'Epernon nos relatará cuentos. Quiero engordar a toda costa; luego, cuando la dama de Bouchage haya desechado su tristeza por la alegría, buscaremos otra que de alegre se torne triste, para que haya variación; pero todo esto sin movernos, señor: decididamente, solo, sentado y bien recostado está uno bien. ¡Oh! ¡qué buenos almohadones, señor! bien se conoce que los tapiceros de Vuestra Majestad trabajan para un rey que se aburre.

—Quita allá, Ana.

—¿Por qué?

—¡Un hombre de tu edad y de tu rango hacerse perezoso y engordar! ¡detestable idea!

—No me parece tal, señor.

—Quiero ocuparte en alguna cosa.

—Si es fastidioso, me alegraré.

Oyóse un tercer gruñido; hubiérase dicho que el perro se reía de las palabras que Joyeuse acababa de decir.

—He ahí un perro bien inteligente —dijo Enrique—, que adivina lo que quiero encargarte.

—¿Y qué es, señor? Veamos.

—Vas a calzarte las botas.

Joyeuse hizo un movimiento de espanto.

—¡Oh! no me exigáis semejante cosa, señor, porque contraría todas mis ideas.

—Vas a montar a caballo.

Joyeuse dio un salto.

—¿A caballo? No, señor; no ando más que en litera. No me ha comprendido Vuestra Majestad.

—Vamos, Joyeuse, basta de chanzas, ya lo oyes, vas a calzarte las botas y a montar a caballo.

—Señor —repuso el duque con la mayor seriedad—, es imposible.

—¿Cómo imposible? —replicó Enrique encolerizado.

—Porque... porque... soy almirante.

—¿Y qué?

—Que los almirantes no montan a caballo.

—¡Ah! ¿es por eso?

Joyeuse respondió con uno de esos movimientos de cabeza que hacen los niños cuando se obstinan en no obedecer, no atreviéndose a responder.

—Pues bien, señor almirante de Francia, tenéis razón, no iréis a caballo, pues no es propio de un marino, a quien corresponde ir en navíos y galeras. Os haréis a la vela para Amberes.

—¡Para Amberes! —repuso Joyeuse tan desesperado como si hubiese recibido la orden de partir para Cantón o Valparaíso.

—Está dicho —repuso el rey con un tono glacial que acusaba su incontestable derecho de jefe y su voluntad soberana—; ya lo he dicho y no quiero volver a repetirlo.

Joyeuse, sin manifestar la menor resistencia, se abrochó la capa, se ciñó la espada, y tomó de una silla su toquilla de terciopelo.

—¡Cuánto trabajo para hacerse obedecer, Dios mío! —prosiguió diciendo por lo bajo Enrique—; si alguna vez olvido que soy el amo, todo el mundo, excepto yo, debería al menos tenerlo presente.

Silencioso y glacial Joyeuse, se inclinó, y poniendo la mano en la empuñadura de su espada, como previene la ordenanza, dijo con una voz que, por su acento de sumisión, cambió inmediatamente en blanda cera la voluntad del monarca.

—Vuestras órdenes, señor.

—Vas a dirigirte a Rouen, donde quiero que te embarques, a menos que prefieras ir por tierra a Bruselas.

Enrique aguardaba una contestación, pero Joyeuse se contentó con hacer una reverencia.

—¿Prefieres ir por tierra? —preguntó Enrique.

—Señor —contestó Joyeuse—, cuando se trata de ejecutar una orden, no tengo preferencias.

—Eso es, refunfuña, enfádate —exclamó Enrique— mal genio, ¡Ah! los reyes no tienen amigos.

—Quien da órdenes sólo necesita y puede esperar servidores —replicó Joyeuse solemnemente.

—Caballero —continuó el rey ofendido—, iréis a Rouen, os embarcaréis en vuestra galera, reuniréis las guarniciones de Caudebec, Harfleur y Dieppe, que haré relevar, las trasbordaréis a seis buques que pondréis a las órdenes de mi hermano, el cual espera el socorro que le he ofrecido.

—Señor, tendréis la bondad de proveerme de la oportuna real orden.

—¿Y desde cuándo no obráis en virtud de vuestros poderes de almirante?

—Solamente tengo el derecho de obedecer, y, mientras puedo, evito toda responsabilidad.

—Está bien, señor duque: recibiréis la real orden en vuestra casa en el momento de marchar.

—¿Y cuándo ha de ser ese momento, señor?

—Dentro de una hora.

Joyeuse se inclinó con respeto y se dirigió a la puerta.

El rey sintió que se le oprimía el corazón.

—¡Cómo! —dijo—: ¿ni aun por política os despedís? Señor almirante, sois muy poco atento, aun cuando tal es el defecto que se achaca a la gente de mar. Quizás quedaré más contento del coronel general de mi infantería.

—Tened la bondad de perdonarme, señor —balbuceó Joyeuse—, pero soy todavía peor cortesano que mal marino, y comprendo que Vuestra Majestad lamenta lo que ha hecho por mí.

Y salió cerrando la puerta con tal violencia, que la tapicería se levantó a impulsos del viento.

—¡He ahí cómo me aman esos por quienes tanto he hecho! —murmuró el rey—. ¡Ay, Joyeuse, ingrato Joyeuse!

—¡Ea, no vayas ahora a llamarle! —dijo Chicot, avanzando hacia el lecho.

—¡Cómo! ¿porque has tenido casualmente una vez algo de voluntad, ya te arrepientes?

—Pues dime, chancero —contestó el rey—, ¿crees que sea agradable ir en el mes de octubre a arrostrar la lluvia y el viento en el mar? Allí me agradecería verte, egoísta.

—Como gustes, gran rey, como quieras.

—El verte atravesando valles y caminos.

—Justamente mi deseo más vivo en este instante es el viajar.

—Así, pues, si como Joyeuse, te enviase a alguna parte, ¿aceptarías?

—No solamente aceptaría, sino que te lo pido, te lo suplico.

—¿Una comisión?

—Una comisión.

—¿Irías a Navarra?

—Iría al infierno, gran rey.
—¿Te burlas, bufón?
—Señor, no era yo muy alegre en vida, y os juro que soy mucho más tétrico después de muerto.
—Pero hace un instante te resistías a marcharte de París.
—Mi gracioso soberano, hacía mal, muy mal, y me arrepiento.
—¿De manera que ahora deseas ausentarte de París?
—Al instante, ilustre rey; en el momento, gran monarca.
—No te comprendo.
—¿Pues no has oído lo que dijo el gran almirante de Francia?
—¿El qué?
—¿Cuando te ha contado su ruptura con la querida del señor de Mayena?
—Sí, ¿y qué?
—Si esa mujer enamorada de un joven encantador como el duque, porque Joyeuse es toda una arrogante figura. ..
—Sin duda.
—Si esa mujer le despide suspirando, es porque tiene una razón poderosa.
—Es probable, pues, si no, no le abandonaría.
—Pues bien, ¿adivinas esa razón?
—No.
—¿Conque no se te ocurre cuál será?
—No.
—Es que el señor de Mayena va a regresar.
—¡Calla! ¡Calla!
—Al fin lo comprendes: sea enhorabuena.
—Sí, lo entiendo; pero no obstante...
—¿Qué?
—No encuentro muy conveniente esa razón.
—Dame las tuyas, Enrique, lo que quiero es que sean excelentes; dilas.
—¿Por qué esta mujer no había de romper con Mayena más bien que con Joyeuse?
¿Crees tú que éste no es lo suficiente apto para llevar al señor de Mayena a Pre-aux-Clercs¹⁴ y agujerearle su obesa panza? Joyeuse es temible con la espada en la mano.
—Sí, pero el señor de Mayena lo es con su traidor puñal. Recuerda a Saint-Megrin.
Enrique suspiró y alzó los ojos al cielo; Chicot continuó:
—La mujer que está realmente enamorada no quiere que maten a su amante, prefiere abandonarle, ganar tiempo, y evitar sobre todo no servir de víctima al asesino. En esa casa de Guisa todos son diabólicamente brutales.

¹⁴ Lugar de los desafíos en París.

—Quizás tienes razón.

—Es una felicidad.

—Sí; y ya empiezo a creer que Mayena volverá; pero tú, Chicot, ¿no eres una mujer meticulosa y enamorada!

—Mas soy un hombre prudente, un hombre que tiene cuenta abierta con el señor de Mayena, una partida pendiente; si me encuentra, querrá volver a entablarla, porque ese señor de Mayena es desenfrenado jugador.

—¡Y bien!

—Jugará tan perfectamente, que recibiré alguna puñalada.

—¡Bah! conozco perfectamente a mi Chicot; nunca recibe sin dar.

—Tienes razón: le daré diez que le harán estallar.

—Tanto mejor, así acabará la partida.

—Tanto peor, ¡voto a mil demonios! tanto peor: su familia armará una infernal gritería, toda la Liga te acosará, y alguna hermosa mañana me dirás: "Chicot, amigo mío, perdona, pero me veo precisado a mandarte enrodar."

—¿Había yo de decir eso?

—Lo dirás, y lo que es aún peor, lo harás, gran rey. Prefiero, pues, que esto lleve otro giro, ¿me comprendes? No me hallo mal como estoy, y deseo conservarme así. Además, que todas esas progresiones aritméticas aplicadas al rencor me parecen peligrosas; por consiguiente, iré a Navarra, si te place enviarme.

—Y tanto si quiero.

—Príncipe magnánimo, aguardo tus órdenes.

Y Chicot, adoptando la misma actitud que Joyeuse se puso en expectación.

—Pero no sabes si te convendrá la misión.

—Cuando la pido, basta.

—Es que... hablemos claro, Chicot, abrigo ciertos proyectos de enzarzar a Margarita y su marido.

—Dividir para reinar —dijo Chicot—; hace cien años que ése era el A B C de la política.

—¿De modo que no te repugna?

—¿Por ventura es eso de mi incumbencia? Tú harás lo que quieras, gran príncipe. Soy embajador y nada más; no tienes que darme cuentas, y con tal que sea inviolable... ¡Oh! respecto a eso soy inexorable.

—Pero falta aún que sepas lo que has de decir a mi cuñado Enrique.

—¡Yo decir algo de palabra! No, no y no.

—¿Cómo no, no y no?

—Iré adonde te plazca, pero no hablaré una palabra. Hay cierto adagio que dice: "Por la boca muere el pez."

—Entonces, ¿rehúsas?

—Rehúso la palabra, mas acepto la carta. El que lleva la palabra tiene siempre alguna responsabilidad, el que presenta una carta jamás es atropellado como autor sino como

portador.

—Pues bien, te daré una carta; eso es muy propio de mi política.

—Mírate un poco en ello, y dámela.

—¿Qué dices?

—Te digo dámela.

Y Chicot extendió la mano.

—¿Te figuras que una carta como ésa puede escribirse de repente? Es preciso combinar, reflexionar, medir las expresiones.

—Pues bien, mide, medita y combina. Mañana al amanecer volveré o enviaré a buscarla.

—¿Por qué no te acuestas aquí?

—¿Aquí?

—Sí, en tu sitial.

—¡Peste! Eso ya terminó. Ya no dormiré más en el Louvre. Ver a un fantasma dormir en un sillón sería un absurdo.

—Pero, concluyamos —exclamó el rey—: quiero, a pesar de todo, que conozcas mis intenciones respecto a Margarita y su esposo. Tú eres gascón: mi carta va a hacer ruido en la corte de Navarra. Te harán preguntas, y es preciso que puedas responder. ¡Qué diablo! Vas a ser mi representante y no quiero que tengas el aire de un imbécil.

—¡Válgame Dios —dijo Chicot encogiendo los hombros—, qué obtusa tienes la comprensión, gran rey! ¿Conque te figuras que voy a llevar una carta a doscientas cincuenta leguas sin conocer lo que contiene? Tranquilízate con mil diablos: a la primera revuelta, y bajo el primer árbol a cuya sombra me detenga» abriré tu carta. Increíble parece que de diez años a esta parte estés mandando embajadores a todos los puntos del globo, y que todavía no los conozcas mejor. Vaya, da descanso al alma y al cuerpo: yo me vuelvo a mi soledad.

—¿Y dónde se halla tu soledad?

—En el cementerio de los Inocentes, gran príncipe.

Enrique miró a Chicot con el asombro que no había podido desechar durante su conversación de dos horas.

—No te esperabas esto, ¿no es cierto? —continuó Chicot al tomar su capa y sombrero—; ahí tienes el resultado de tratar con gente del otro mundo. Conque, hasta mañana: vendré yo o mi mensajero.

—Bien, mas es preciso que tu mensajero tenga una contraseña a fin de que se sepa que viene de tu parte y para que tenga expedita la entrada.

—Perfecta. Si soy yo vendré de mi parte, si es mi mensajero vendrá de parte de la sombra.

Y al terminar estas palabras desapareció tan ligeramente, que el supersticioso Enrique dudó si era realmente un cuerpo o una sombra lo que había pasado por la puerta sin hacer rechinar los goznes, bajo aquella tapicería sin mover siquiera uno de sus pliegues.

XVI

CÓMO Y POR QUÉ CAUSA HABÍA MUERTO CHICOT

Chicot, verdadero cuerpo animado, aun cuándo con sentimiento nuestro desagrade esto a aquellos lectores que, demasiado aficionados a lo maravilloso, hayan creído que hemos tenido la audacia de introducir una sombra en esta historia, Chicot, pues, había salido, después de haber dicho al rey, como acostumbraba, en tono de burla, todas las verdades que tenía que decirle.

He aquí lo que había pasado:

Después de la muerte de los amigos del rey, a consecuencia de las revueltas y conspiraciones fomentadas por lós Guisas, Chicot había meditado. Valiente, como es sabido, y escéptico, hacía, sin embargo, gran caso de la vida, que le divertía, como sucede a todos los hombres privilegiados. Sólo los tontos se aburren en este mundo y van a buscar la distracción en el otro.

El resultado de esta meditación que hemos indicado fue que le pareció más terrible la venganza del señor de Mayena que la protección del rey, y decía para su capote con esa filosofía práctica que le distinguía, que nada hay en este mundo que pueda deshacer lo que está completamente hecho, y que en este supuesto todas las alabardas y todos los tribunales de justicia del rey de Francia no compondrían, por poco visible que fuese, cierta abertura que el puñal del señor de Mayena hubiese abierto en el jubón de Chicot.

Este argumento poderoso le había obligado a tomar su partido, cansado además, por otra parte, del papel de bufón, que a cada momento deseaba vivamente trocar en papel serio, y de las regias familiaridades que para los tiempos que corrían le conducían rectamente a su perdición.

Así, pues, Chicot había comenzado por poner entre la espada del señor de Mayena y el cuero de Chicot la mayor distancia posible, y al efecto había marchado a Beaune con el triple objeto de abandonar París, abrazar a su amigo Gorenflot y probar el famoso vino de 1550, de que con tanto encomio se había tratado en aquella célebre carta que termina nuestra narración de *La dama de Monsoreau*. Debemos decir que el consuelo había sido eficaz; al cabo de dos meses advirtió Chicot que engordaba visiblemente y que esto le serviría a las mil maravillas para disfrazarse; pero advirtió también que engordando se aproximaba a Gorenflot más de lo que a un hombre de talento convenía.

Venció, pues, el espíritu a la materia; mas luego que Chicot bebió algunos centenares de botellas del famoso vino de 1550, y devoró los veintidós volúmenes que constituían la biblioteca del priorato, y en los cuales había leído el prior aquel axioma latino: *bonum vinum laetificat cor hominis*, sintió Chicot un gran peso en el estómago y un gran vacío en el cerebro.

—De buen grado me haría fraile —dijo para sí—; pero en compañía de Gorenflot sería demasiado libre, y en otro monasterio no lo sería bastante. Cierto que la cogulla me disfrazaría para siempre a los ojos del señor de Mayena, pero ¡qué diantre! existen otros medios además de los vulgares: busquemos. He leído en otro libro, verdad es que esto no se halla en la biblioteca de Gorenflot: *Quoere et inventes*.

Buscó, pues, Chicot, y he aquí lo que encontró. Para la época no deja de tener bastante

novedad.

Franqueándose con Gorenflot, le suplicó que escribiese al rey lo que él le dictase.

Gorenflot escribió, difícilmente, es verdad, pero al fin escribió, que Chicot se había retirado al priorato, que el sentimiento de haberse visto obligado a separarse de su amo y señor, al reconciliarse éste con el señor de Mayena, había alterado su salud, que había intentado luchar distrayéndose, pero que el dolor había sido más fuerte y al fin había sucumbido.

Por su parte Chicot había escrito de su puño y letra una carta al rey. Esta carta, fechada el año 1580, se hallaba dividida en cinco párrafos, cada uno de los cuales se conocía haber escrito con un día de intermedio, y según los progresos que la enfermedad hacía.

El primer párrafo estaba escrito y firmado con mano harto firme.

El segundo estaba trazado con mano segura; pero se conocía que la firma, aunque legible todavía, se había hecho con mano algo temblorosa.

Al fin del tercero había escrito Chi...

Al fin del cuarto Ch...

Por último, había hecho una C con un borrón al fin del quinto.

Este borrón de un moribundo había causado en el rey el más doloroso efecto, y he aquí explicado suficientemente por qué había tenido a Chicot por fantasma y sombra.

De buena gana citaríamos aquí la carta de Chicot; era, como se diría hoy, un hombre muy excéntrico, y como el estilo es el hombre, su estilo epistolar sobre todo era tan excéntrico, que no osamos reproducir aquí esta carta, cualquiera que sea el efecto que debemos esperar de ella; pero el curioso lector podrá hallarla en las Memorias de la Estrella.

Como ya dijimos, tiene la fecha de 1580, año en que se dejó sentir bastante la influencia de Capricornio —añade Chicot.

Al pie de esta carta, y para no dejar resfriar el interés de Enrique, añadió Gorenflot que después de la muerte de su amigo se le hacía aborrecible e insoportable el priorato de Beaune y que le gustaba más París.

Mucho trabajo costó a Chicot que su amigo escribiese esta postdata, porque Gorenflot se encontraba muy bien en Beaune y Panurgo también, haciendo observar al ex bufón que el vino pierde mucho con la distancia. Chicot, sin embargo, ofreció al digno prior ir en persona todos los años a hacer su provisión a guisa de néctar de la Romanía, de Voinay y de Chambertin, y como en este punto y en otros varios reconocía Gorenflot su superioridad, acabó por acceder a los deseos de su amigo.

El rey, por su parte, contestó a la carta de Chicot y a los deseos de Gorenflot de este modo:

"Estimado prior: Daréis a los restos mortales del pobre Chicot santa y poética sepultura: siento mucho su muerte, no sólo porque era un fiel amigo mío, sino un hidalgo muy regular por más que no haya podido investigar en su genealogía más allá de su tercer abuelo. Cercaréis, pues, su sepulcro de flores, y gobernados de modo que descanse de cara al sol, que tanto amaba, como hijo del Mediodía. En cuanto a vos, cuya tristeza respeto, por lo mismo que participo de ella, podéis dejar, conforme a vuestro deseo, el priorato de Beaune, pues tengo demasiada necesidad de hombres adictos a mi persona y de buenos clérigos para teneros alejado de la corte. Os nombro desde ahora prior de los

benedictinos, y tendréis vuestra residencia próxima a la puerta de San Antonio, barrio que nuestro pobre amigo prefería a todos los demás.

"Vuestro afectísimo Enrique que os ruega no le olvidéis en vuestras santas oraciones."

Júzguese si semejante carta, autógrafa toda de la mano del rey, hizo abrir al prior sus asustados ojos, admirando el ingenio de Chicot, y se apresuró a dirigirse a tomar posesión de los honores que le aguardaban. Porque es preciso recordar que la ambición había echado hondas raíces en otra época en el corazón de Gorenflot, cuyo nombre había sido siempre "Modesto", y desde que era prior de Beaune se hacía llamar don Modesto Gorenflot.

Todo se había hecho conforme a los deseos del rey y de Chicot. Un gran muñeco de paja destinado a representar física y alegóricamente el cadáver del último, recibió sepultura de cara al sol en medio de un cuadro de flores bajo las cepas de una viña y luego de muerto y enterrado en efigie, el mismo Chicot ayudó a Gorenflot a mudar de domicilio.

Don Modesto se instaló con gran pompa en el priorato de los benedictinos, en tanto que Chicot utilizaba la noche para instalarse en París. Había comprado muy cerca de la puerta Bussy una casita por trescientos escudos, y así, cuando quería ver a Gorenflot, tenía tres caminos: el de la ciudad, que era también el más corto; el de la orilla del río, que era el más poético, y el que rodeaba los muros de París, que era el más seguro.

Chicot, a fuer de hombre pensador, elegía siempre el del Sena, y como en aquella época no estaba el río encajonado como hoy entre cercas de piedras, el agua, según dicen los poetas, lamía dulcemente sus anchas riberas, en las cuales pudieron divisar más de una vez los habitantes de la ciudad la sombra de Chicot, que se dibujaba a los rayos de la luna.

Instalado ya y habiendo cambiado de nombre, ocupóse Chicot en desfigurarse; hacía, pues, llamar Roberto Briquet, según sabemos, y caminaba algo inclinado hacia adelante; por otra parte, la inquietud y el transcurso de cinco o seis años le habían puesto casi calvo, porque sus negros y crespos cabellos se habían retirado de su frente hacia la nuca, como se retiran las ondas de la arena al reflujó del mar.

También había estudiado, como ya dijimos, el arte predilecto de los antiguos mímicos, que consiste en dar tortura al cuerpo por medio de sabias contorsiones, desfigurando el juego natural de los músculos y la costumbre habitual del semblante. Resultó de tan asidua aplicación que Chicot era un Roberto Briquet verdadero, esto es, un hombre cuya boca se extendía de oreja a oreja, cuya barba hacía amigable consorcio con la nariz, y cuyos ojos bizcos dirigían hacia todas partes miradas horribles. Total; aquella cara no hacía muecas, pero era graciosa para los aficionados a novedades, porque de enjuto, largo y anguloso, se había convertido en ancho, despejado, obtuso y almibarado.

Chicot, no obstante, no pudo recortar sus largos brazos y sus inmensos pies; pero como era tan industrioso, se había acostumbrado a andar torcido, de modo que por su postura parecían sus brazos de tanta longitud como sus piernas.

A estos ejercicios fisonómicos unió la sabia precaución de no anudar relaciones con alma viviente. En efecto, por dislocado que estuviese Chicot, no podía conservar por completo la misma postura. ¿Cómo, pues, se había de presentar jorobado a las doce, cuando a las diez le habían visto recto y estirado como un huso? ¿Qué pretexto podría alegar a un amigo que le viese cambiar repentinamente de actitud, por haber hallado en su paseo a un hombre sospechoso?

Roberto Briquet se condenó a rigurosa reclusión, que se hermanaba con su carácter a las mil maravillas: su única distracción consistía en visitar a Gorenflot y en beber en su compañía aquel famoso vino de 1550, que el digno prior se había guardado mucho de dejar olvidado en la bodega de Beaune.

Mas los hombres vulgares están sujetos a mudanzas lo mismo que los hombres grandes, y así Gorenflot sucumbió a esta ley general, no digamos, a Dios gracias, física, pero sí moralmente.

Al ver bajo su férula y a su discreción al que hasta entonces había dispuesto de su suerte, pues Chicot, que iba a comer al priorato, le pareció un esclavo, él, Gorenflot, pensó desde entonces demasiado en provecho propio, y no lo que debía en favor de Chicot.

Este vio sin ofenderse el cambio de su amigo, pues los muchos que había observado en el rey Enrique le habían curado de espanto, acostumbrándolo a la filosofía. Arregló su conducta para lo sucesivo y no trató de inquietarse: por consiguiente, en lugar de ir al priorato, un día sí y otro no, sólo fue una vez por semana, luego cada quince días, y por último mensualmente. Gorenflot estaba tan satisfecho de sí mismo que no lo notó.

Chicot era ya demasiado filósofo para sentirlo; rióse de la ingratitud de Gorenflot, y se rascó la nariz y la barba, como tenía de costumbre.

—El agua y el tiempo son los dos mayores disolventes que conozco: la primera gasta la piedra y el segundo acaba con el amor propio.

Así las cosas, llegaron los sucesos que acabamos de referir, entre los cuales vio surgir algunos elementos nuevos que anuncian las grandes catástrofes políticas; y como al mismo tiempo le pareció que el rey, a quien siempre amaba, a pesar de estar muerto, corría en medio de los sucesos que se anunciaban algún peligro análogo a otros, de que ya le había librado, imaginó presentarse a él como una sombra, a fin de descubrirle el porvenir que le aguardaba.

Ya hemos visto que la noticia de la próxima llegada del señor de Mayena, noticia revelada por rigores de la querida de Joyeuse y descubierta por la maliciosa inteligencia de Chicot, hizo pasar a éste del estado de fantasma a la condición de hombre vivo, y del estado u oficio de profeta al de embajador.

Y ahora que ya queda explicado todo lo que pudiera parecer algo obscuro en nuestra historia, vamos a ocuparnos nuevamente del mismo Chicot, desde su salida del Louvre, si el lector lo tiene a bien, y le seguiremos a su casita.

XVII

LA SERENATA

No necesitaba Chicot andar mucho para ir desde el Louvre a su casa.

Descendió, pues, por el ribazo hasta el Sena, que empezó a cruzar en una pequeña barca que él mismo dirigía, y que desde Nesle había traído amarrándola en el desierto muelle del Louvre.

—Es extraño —decía, remando y contemplando al mismo tiempo las ventanas del palacio, de las que sólo una, la de la estancia del rey, se veía iluminada a pesar de lo avanzado de la hora—, es extraño que después de algunos años sea Enrique siempre el mismo: unos han engrandecido, anonadándose otros; y no faltan muchos que han muerto, al paso que él tan solamente cuenta algunas arrugas más en su rostro. En él se nota constantemente ese espíritu débil y distinguido, fantástico y poético, esa alma egoísta que pide a toda hora más que lo que puede dársele, que exige amistad para la indiferencia, amor para la amistad, adhesión ilimitada para el amor, y al mismo tiempo es un rey desgraciado, un pobre rey, triste, más triste y melancólico que todos los hombres melancólicos y tristes de su reino. Me parece que soy el único que ha llegado a sondear esa amalgama extraña de desorden y arrepentimiento, de impiedad y de superstición, así como creo que nadie como yo conoce el Louvre y sus corredores, desde los cuales han pasado tantos favoritos a la tumba, al destierro o al olvido, así como nadie maneja como yo sin peligro esa corona que abrasa el pensamiento de tantos hombres en tanto que esperan a que les queme los dedos.

Chicot dio un suspiro más filosófico que triste, y apoyó los puños con fuerza en el virador del bote.

—Ahora me acuerdo —añadió de pronto— que el rey no me ha hablado de dinero para el viaje, confianza que me honra sobremanera, pues me prueba claramente que siempre soy su amigo.

Y Chicot se rió silenciosamente, según acostumbraba; en seguida dio un fuerte empuje al virador e hizo encallar el bote en la fina arena.

Amarrando en seguida la proa a una estaca por medio de una *media llave*¹⁵ y que en aquella época de ignorancia (hablamos comparativamente) le parecía bastante segura, dirigióse a su vivienda, situada, como ya sabemos, a dos tiros escasos de fusil de la orilla del río.

Al penetrar en la calle de los Agustinos no pudo menos de sorprenderse, pues oyó resonar distintamente instrumentos y voces que llenaban de armonía aquel arrabal, por lo común pacífico en horas tan avanzadas de la noche.

—¡Ah, demonio! —se dijo para sí—; alguno se casa por aquí, ¡jira de Dios!; tengo que velar, aunque sólo puedo disponer de cinco horas para dormir.

Fuese aproximando poco a poco y vio una gran claridad entre los cristales de las pocas casas que componían la calle, claridad producida por una docena de hachas de viento que sostenían otros tantos pajes y criados, mientras que veinticuatro músicos dirigidos por un

¹⁵ Nudo con que aseguran los marinos dos cabos.

energúmeno italiano, promovían un diabólico estruendo de violas, salterios, rabeles, violines, trompetas y tambores.

Aquel ejército de alborotadores se hallaba colocado en buen orden enfrente de una casa que Chicot, con la mayor extrañeza, reconoció ser la suya.

El general invisible de tan atronadoras fuerzas había dispuesto sus músicos y pajes de manera que, fijos sus ojos en el edificio que habitaba Roberto Briquet, parecía que no respiraban, no vivían, no se animaban sino contemplándola.

Chicot permaneció un instante estupefacto contemplando aquella evolución y oyendo tan extraordinaria batahola.

Dándose después un golpe en las piernas con sus huesosas manos, dijo:

—Necesariamente hay aquí alguna equivocación, pues es imposible que se me dedique semejante alboroto.

Acercándose poco a poco en seguida, se mezcló con los curiosos que la serenata había atraído, y observando con atención en torno suyo, llegó a convencerse de que la claridad de las hachas de viento se reflejaba en su propia casa, así como sus aposentos daban muestras de repetir los ecos de la nocturna armonía: lo cierto era que la muchedumbre agrupada ni se ocupaba de la casa de enfrente ni de los edificios vecinos.

—Pues, señor —dijo Chicot—, esta música es por mí. ¿Si habrá de por medio alguna princesa que por azar se haya enamorado de mi catadura?

Por lisonjera que fuese esta suposición, no convenció a Chicot enteramente.

Entonces púsose a examinar la casa situada enfrente de la suya.

Las dos únicas ventanas de ella, correspondían al segundo piso, que no tenían postigos y absorbían por intervalos algunos resplandores de luz, mas aquello parecía ser por puro consuelo de la casa, privada de vida, inanimada, supuesto que no descubría la existencia de criatura humana. —Es necesario que duerman ahí como obispos —dijo Chicot—, porque esta horrible bacanal es capaz de resucitar los muertos.

Durante estas preguntas y respuestas que Chicot se dirigía a sí mismo, seguía la orquesta su sinfonía infernal con el mismo ardor que si la presenciase un conciliábulo de reyes o emperadores.

—Perdonad, amigo —exclamó al fin Chicot, no pudiendo contenerse y dirigiéndose a uno de la comitiva de las hachas—, ¿queréis decirme a quién se dedica este obsequio musical?

—Al ciudadano que vive ahí —repuso el preguntado, señalando a Chicot la casa de Roberto Briquet.

—No hay duda —exclamó al oírlo—; decididamente soy yo el favorecido.

Y diciendo y haciendo cruzó por medio de la multitud para leer la explicación del enigma en las mangas o en los pechos de los pajes, pero los escudos de armas habían desaparecido bajo una especie de talabartes de color de arcilla. —¿A quién pertenecéis, amigo mío? —preguntó Chicot a un redoblante que se soplaba los dedos para calentarlos, aprovechando varios descansos que tenía en su parte.

—Al ciudadano que vive ahí —respondió el artista designando con su baqueta la habitación de Roberto Briquet.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó Chicot!, no sólo se hallan aquí en obsequio mío, sino a mis

órdenes: tanto mejor... En fin, vamos a salir de dudas.

Y dando a su rostro la expresión más cómica que pudo, empujó a derecha e izquierda a pajes, lacayos y músicos, con objeto de acercarse a la puerta, maniobra que llevó a efecto no sin algunas dificultades; una vez conseguido su objeto y encontrándose visible entre el círculo iluminado de las hachas de viento, sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta, entró, la cerró de nuevo y corrió los cerrojos.

Apareciendo después en el balcón arrastró hacia la parte saliente de él una butaca con asiento de cuero, instalóse en ella cómodamente apoyándose en la balaustrada y sin hacer caso de la hilaridad que causaba su aparición, dijo a los músicos:

—¿No os equivocáis, señores? ¿Me dedicáis efectivamente esos trinos, esas escalas y esas cadencias?

—¿Os llamáis Roberto Briquet? —le interrogó el director de orquesta.

—Sí, por cierto, soy el mismo en persona.

—Pues bien, estamos aquí para servirlos, caballero —contestó el italiano con un movimiento de "batuta" que levantó una nueva tempestad de melodías.

—Esto es incomprendible —murmuró Chicot paseando sus inquietas miradas por la multitud y dirigiéndolas en seguida a los cercanos edificios.

Todos cuantos los habitaban estaban en las ventanas, en los umbrales de las puertas o entre los grupos estacionados en la calle.

Maese Fournichon, su mujer, y todo el acompañamiento de los cuarenta y cinco, mujeres, niños y criados, poblaban las habitaciones y avenidas de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero".

La casa del frente era la única sombría, la única que aparecía muda como un sepulcro.

Chicot continuaba buscando con los ojos la solución de aquel indescifrable enigma, cuando divisó bajo el cobertizo de su casa y a través del piso de su balcón, un hombre embozado de pies a cabeza en una capa de color obscuro, con sombrero negro, pluma encarnada y larga espada, el cual, creyendo indudablemente que nadie le observaba, contemplaba con sus cinco sentidos la casa de enfrente, aquella casa solitaria, muda, muerta.

De vez en cuando abandonaba su puesto el director de orquesta para conversar en voz baja con aquel hombre.

Chicot adivinó al punto que en él se reasumía todo el interés de la escena, y que aquel sombrero negro ocultaba a un caballero.

Desde entonces fijó su atención en tan singular personaje y el papel de observador le era sumamente fácil, porque la posición que ocupaba en el balcón le permitía distinguir todo cuanto sucedía en la calle: pudo, pues, seguir todos los ademanes del misterioso desconocido, cuya primera imprudencia le daba esperanzas de que al fin descubriría sus facciones.

Casi al mismo tiempo y al paso que Chicot se hallaba absorto en sus meditaciones, un caballero seguido de dos escuderos apareció en la esquina de la calle y ahuyentó enérgicamente a linternazos a todos los curiosos que persistían en hacer la corte a los músicos.

—¡Oh! Es el señor de Joyeuse —murmuró Chicot, que reconoció al gran almirante de

Francia, calzado ya y con espuelas con arreglo a las órdenes del rey.

Apenas se dispersaron los holgazanes, cuando cesó la música, a la que tal vez impuso silencio una señal del director.

El caballero de la esquina se acercó entonces al que se ocultaba bajo el cobertizo, diciéndole:

—¿Qué sucede de nuevo, Enrique?

—Nada, hermano, nada.

—¡Nada!

—Ni aun se ha asomado.

—¡Pues qué! ¿Por desgracia habrán armado poco estruendo esos pillos?

—¡Oh! han vuelto sordo a todo el barrio.

—¿Y no han dicho en alta voz, como se les ha mandado, que tocaban por obsequiar al ciudadano que vive aquí arriba?

—Lo han hecho con tal fuerza que el mismo ciudadano se halla en el balcón saboreando la serenata.

—¿Y no ha salido ella?

—Ni ella, ni alma viviente en su casa.

—Con todo, la idea era ingeniosa —dijo Joyeuse picado—, porque al fin podía sin comprometerse imitar a los demás del barrio y disfrutar de la música dedicada a su vecino.

Enrique movió la cabeza.

—¿Cómo se echa de ver que no la conoces, hermano! —dijo suspirando.

—Sí, sí, la conozco bien, es decir, conozco admirablemente a las mujeres, y como está comprendida en este número... ¡Vamos! No desmayemos.

—¡Me dices eso con un tono de desilusión!...

—No lo creas; lo que digo es que todas las noches debes dar tu serenata al ciudadano.

—Y ella mudará de barrio.

—¿Con qué objeto? Si nada la dices, si no la señalas con el dedo, si permaneces siempre oculto. ¿Ha hablado algo el ciudadano al saber que él era objeto de esta galantería?

—Ha arengado a la orquesta. ¡Calla! Creo que va a volver a perorar.

En efecto, decidido Briquet a salir de dudas, se levantaba para interrogar por segunda vez al director de orquesta.

—¡Eh! Callad y marchaos —le gritó Ana incomodado—. ¡Con mil diablos! ¿qué queréis hacer? ¿No os han dado una serenata? Pues básteos eso y dormid tranquilo.

—¡Una serenata! ¡Una serenata! —contestó Chicot—: lo que yo quiero saber es a quién se dirige ese obsequio.

—A vuestra hija, imbécil.

—¡Oh! Habéis de dispensarme, porque no tengo hija.

—Pues bien, a vuestra esposa.

—No soy casado por la misericordia de Dios.

—Ea, no haya disputas, a vos en persona.

—A ti, a ti, y si no te retiras...

Uniendo Joyeuse el afecto a la amenaza, dirigió su caballo hacia la morada de Chicot, por medio de la orquesta.

—¡Ira de Dios! —repuso éste—; si la música es para mí, ¿quién se atreve a desbaratarla de ese modo?

—Viejo loco —murmuró Joyeuse irguiendo la frente—, si no empotras tu fea catadura en tu nido de cuervos, los músicos harán pedazos sus instrumentos en tu cabeza.

—Deja a ese pobre diablo, hermano mío —dijo Enrique—: el hecho es que debe estar medio aturdido con estas cosas.

—¿Y por qué ha de aturdirse? Además, ¿no conoces que armando aquí una disputa podemos hacer que alguna persona se asome a la ventana? Ea, pues, sacudamos al ciudadano, quememos su casa, si es necesario, pero de todos modos movámonos, hagamos algo.

—Por compasión, hermano; no tratemos de llamar forzosamente la atención de esa mujer: nos ha vencido, resignémonos.

Briquet no había perdido una palabra de este diálogo que aclaraba sus ideas un tanto confusas; al mismo tiempo hacía sus preparativos de defensa, pues no desconocía el carácter de su adversario.

Joyeuse, no obstante, aplacado por las razones de Enrique, no insistió en el ataque, antes bien despidió a los pajes, a los músicos y al maestro director.

Luego llevó aparte a su hermano y le dijo:

—Estoy desesperado; todo conspira contra nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Que me falta tiempo para ayudarte.

—Efectivamente, te veo en traje de camino y hasta ahora no había reparado en ello.

—Esta misma noche salgo para Amberes con una comisión del rey.

—¿Cuándo la has recibido?

—Hace poco.

—¡Dios mío!

—Vamos, haz un esfuerzo y acompáñame.

Enrique extendió los brazos diciéndole:

—¿Me lo ordenas, Ana?

Y al decir esto se puso pálido.

—Porque —añadió—, si me mandas, te obedeceré.

—No; te lo suplico.

—Gracias, hermano.

Joyeuse se encogió de hombros.

—Haré lo que quieras, Ana: pero, si me es necesario renunciar al placer de pasar las noches en esta calle, si no he de contemplar esa ventana...

—¿Qué?

—Me moriré de dolor.

—¡Pobre loco!

—Mi corazón está allí, Joyeuse —exclamó Enrique señalando la casa—; allí está mi vida: no quieras, pues, que viva, si me arrancas el corazón del pecho.

El duque se cruzó de brazos reflejándose en sus ojos cólera y piedad; mordióse el bigote y dijo después de algunos minutos de meditación:

—Si tu padre te encargara, Enrique, que te dejases cuidar por Mirón, que es filósofo y médico...

—Le contestaría que no estoy enfermo, que mi cabeza no padece y que Mirón no sabe curar males de amor.

—Bien; es necesario mirar las cosas como tú. Y al fin, ¿por qué he de preocuparme? Esa mujer es... una mujer; tú eres perseverante, y por lo tanto nada se ha perdido todavía; te veré, pues, a mi regreso más alegre, más jovial y más filarmónico que yo mismo.

—Sí, sí —exclamó el joven estrechando las manos de su hermano—; sí, me curaré, o seré dichoso, te doy las gracias por esa amistad que es el bien más precioso que poseo.

—Después de tu amor.

—Antes que mi vida.

Conmoverse profundamente Joyeuse, a pesar de su aparente frivolidad, dijo de pronto a su hermano:

—¿Nos vamos ya de aquí? Ya se han apagado las hachas, y los pajes y los músicos se retiran.

—Anda, anda, Joyeuse, ya te sigo —contestóle Enrique suspirando porque iba a abandonar la calle.

—Ya te entiendo; el último adiós a la ventana solitaria: es muy justo. Adiós también te digo yo, Enrique.

Este abrazó a su hermano, diciéndole:

—Deseo acompañarte hasta la puerta de la ciudad, y sólo te pido que me esperes a cien pasos de aquí. Tal vez figurándose que la calle está solitaria, se asomará...

Ana lanzó su caballo hacia el sitio en que le aguardaban todos los que habían tomado parte en la serenata.

—Retiraos —les dijo—; ya no os necesito por ahora.

Desaparecieron las luces, y apagáronse las conversaciones de los músicos y de los pajes, como los últimos suspiros arrancados a las violas y a los laúdes por el roce del arco.

Enrique dirigió su última mirada a la casa, su último ruego a las ventanas, y lentamente y volviéndose a cada momento, se reunió con su hermano, a quien precedían dos escuderos.

Viendo Roberto Briquet alejarse a los dos jóvenes en compañía de los músicos, creyó que se aproximaba el momento del desenlace de aquella escena, si es que debía tenerlo.

Por lo mismo se retiró del balcón haciendo ruido, y lo cerró con estrépito.

Algunos curiosos obstinados continuaron aún en sus puestos; pero pasados diez minutos habían desaparecido los más pertinaces.

Durante el mismo tiempo, Roberto Briquet subió al tejado de su casa, construido por el estilo que se echa de ver en los edificios flamencos, y ocultándose detrás de una cornisa observaba las ventanas del frente.

No bien hubo cesado en la calle el ruido, no bien dejaron de oírse los instrumentos, los pasos y las voces, no bien volvió todo al silencio acostumbrado, abrióse misteriosamente una de las ventanas de aquella casa extraordinaria, y se asomó a ella una cabeza con precaución calculada.

—Nadie hay —murmuró una voz de hombre—; por lo tanto no existe peligro alguno: sin duda algún bromista ha querido mortificar a nuestro vecino. Podéis, pues, dejar ese retiro, señora, y volver a vuestro aposento.

Diciendo esto, el hombre cerró la ventana, hizo fuego con chismes de encender, y poco después entregó una lámpara a otra persona que alargó el brazo para recibirla.

Chicot lo observaba todo de hito en hito.

Pero apenas hubo divisado el pálido y sublime rostro de la mujer que recibía la lámpara, apenas vio la mirada dulce y triste que se dirigieron el ama y el criado, cuando él también se puso pálido y sintió helarse la sangre en las venas.

La joven, que apenas aparentaba tener veinticuatro años, bajó la escalera seguida por su criado.

—¡Ah! —murmuró Chicot, limpiándose con la mano el sudor de la frente, como si con el mismo ademán hubiese querido desvanecer una terrible visión—; ¡ay! conde Bouchage, joven bizarro y gallardo, amante insensato, que hace poco hablabas de recobrar la alegría y volverte jovial y bromista, traslada tu divisa a tu hermano, porque jamás dirás ya *hilariter*¹⁶.

Después descendió a su vez a su cuarto, triste y meditabundo, cual si evocando el recuerdo de algún terrible pasado, se hubiese sumergido en algún abismo sangriento, y se sentó en la obscuridad, subyugado a su vez, más que otro alguno, aunque el último, por la tristeza que irradiaba de la misteriosa casa.

¹⁶ «Alegremente»: la divisa de Enrique de Joyeuse según ya hemos dicho, era la palabra latina «hilariter».

XVIII

EL BOLSILLO DE CHICOT

Chicot pasó toda la noche soñando en su sillón, y decimos soñando, porque sueños más que pensamientos fueron los que ocuparon su mente.

Volver a lo pasado, ver alumbrarse al fuego de una sola mirada, toda una época casi borrada ya de la memoria, no es pensar. Chicot habitó durante toda la noche un mundo que ya se había dejado muy atrás y habitado de sombras ilustres o graciosas que la mirada de la mujer pálida, semejante a una lámpara fiel, le mostraba desfilando una a una delante de él con su acompañamiento de recuerdos felices y terribles.

Chicot, que tanto echaba de menos su sueño al volver del Louvre, no pensó siquiera en acostarse. Así es que cuando vino el alba a platear los cristales de su ventana, exclamó: —La hora de los fantasmas ha pasado; pensemos un poco en los vivos.

Diciendo así se levantó, ciñóse su larga espada, echóse sobre los hombros un sobretodo de lana de color castaño, de un tejido impermeable a los más fuertes aguaceros, y con la estoica firmeza de un sabio examinó de una ojeada al fondo de su bolsa y las suelas de sus zapatos.

Estos parecieron a Chicot dignos de empezar una campaña; aquélla merecía una atención particular.

Haremos, pues, punto por un momento a nuestra narración, para tomarnos el tiempo suficiente de escribirla a nuestros lectores.

Chicot, hombre de ingeniosa imaginación, como ya sabemos, había horadado la viga maestra que atravesaba su casa de un extremo a otro, concurriendo así a la vez al adorno, pues se hallaba pintada de varios colores, y a la solidez, puesto que tenía diez y ocho pulgadas a lo menos de diámetro.

En esta viga, y mediante una concavidad de pie y medio de largo, sobre seis pulgadas de ancho, había improvisado un arca que contenía mil escudos de oro.

He aquí el cálculo que había hecho Chicot: —Yo gasto todos los días —se dijo— la vigésima parte de uno de estos escudos; luego tengo con qué vivir por espacio de veinte mil días. No los viviré seguramente; pero puedo llegar hasta la mitad, y luego, a medida que envejezca, se aumentarán mis necesidades, y por consecuencia mis gastos, porque es necesario que el bienestar progresa en proporción de la disminución de la vida. De aquí deduzco que podré vivir veinticinco o treinta años; gracias a Dios, no va mal.

Chicot se encontraba, gracias al cálculo que acabamos de hacer, con que era uno de los más opulentos rentistas de la ciudad de París y la tranquilidad de su porvenir le inspiraba cierto orgullo.

No era Chicot avaro, al contrario, había sido pródigo mucho tiempo, mas inspirábale horror la miseria, porque sabía que ésta cae como un plomo sobre los mortales y que agobia a los más fuertes.

Aquel día al abrir su caja para arreglar sus cuentas con su caudal, se dijo:

—¡Con dos mil pares de demonios! este siglo es muy egoísta, porque en él no hay un hombre generoso. No estoy en obligación de tener con Enrique la menor consideración,

porque estos mil escudos de oro no provienen de él sino de un tío que me había ofrecido seis veces más. Lo peor es que el tal tío ha permanecido soltero; si fuese de noche iría a sacar cien escudos del bolsillo del rey, pero no tengo más recursos que los míos y los de Gorenflot.

La idea de sacar dinero a este último, llenó de placer el corazón de su amigo.

—Sería de ver —exclamó— que maese Gorenflot, que me debe su fortuna, se atreviese a rehusar cien escudos a su amigo para servicio del rey que le ha nombrado prior de los benedictinos.

—¡Ah! ya no es Gorenflot —continuó diciendo—; pero Roberto Briquet es siempre Chicot. Sí; ¡pero esa carta del rey, esa famosa misiva destinada a producir un conflicto en la corte de Navarra debiera haber ido a buscarla antes de amanecer, y he aquí que ya es día claro! ¡Bah! No será éste mal expediente para que haga efecto en el entendimiento de Gorenflot si se resiste a la persuasión: vamos, pues.

Chicot acomodó la tabla que ocultaba su tesoro, la aseguró con cuatro clavos, puso después la piedra, llenándola de tierra para disimular las juntas, y dispuesto a salir miró por última vez aquella habitación, en que después de haber pasado muchos días felices guardaba su caudal tan bien como el pecho oculta el corazón.

En seguida echó una ojeada a la casa del frente.

—En definitiva —dijo—, estos demonios de Joyeuse son capaces de dar fuego a mi casa por hacer que salga a la ventana la dama invisible. Ya, ya; y si queman mis cuatro paredes, se derretirán a la par mis queridos mil escudos, por lo que creo obraría con más prudencia llevándome la suma. ¡Oh! no, no; si los de Joyeuse se divierten en eso, el rey me indemnizará.

Asegurado por este raciocinio cerró la puerta, de la que quitó la llave, y al encaminarse a la orilla del río no pudo menos de hacer una observación:

—Nicolás Poulain —murmuró— puede venir hacia este lado y sospechar de mi ausencia... ¡Bah! ¡Me acuden unas ideas tan extravagantes!... Adelante, marchen.

Al cerrar Chicot la puerta de la calle con no menos cuidado que la de la escalera, vio al criado de la dama desconocida tomando el fresco en la ventana, esperando que nadie repararía en él por la hora que era.

Aquel hombre, como en otro lugar hemos dicho, estaba completamente desfigurado por la cicatriz de una herida que había recibido en la sien izquierda, y que se extendía hasta la mejilla: separada además una de sus cejas por la violencia del golpe, cubría la mayor parte del ojo izquierdo que aparecía como escondido en su órbita.

¡Cosa extraña! A pesar de aquella frente calva y de su barba gris, sus miradas eran vivas, y un tinte de juventud se esparcía en la misma mejilla que tan maltratada había sido.

Al divisar a Roberto Briquet, que traspasaba el umbral de su puerta, se cubrió la cabeza con la capucha.

Hizo al mismo tiempo un movimiento para retirarse, mas Chicot, con una señal le manifestó que se detuviese.

—Vecino —le gritó—, el estrépito de la noche pasada me ha disgustado con mi vivienda y voy a ausentarme por unas cuantas semanas. ¿Tendréis la bondad de echar de vez en cuando una ojeada hacia este lado?

—Sí, señor, con mucho gusto —repuso el desconocido.

—Y si por acaso veis ladrones...

—Tengo un buen arcabuz, caballero, podéis ir tranquilo.

—Gracias, aún tengo otro favor que pedir.

—Hablad, que ya os escucho.

Chicot midió con la vista la distancia que le separaba de su interlocutor.

—¿Sabéis que estoy abusando de vuestra amabilidad —le dijo—, haciéndoos gritar desde la ventana?...

—Pues bien, voy a bajar —replicó el desconocido.

En efecto, Chicot le vio desaparecer, y como entretanto se había aproximado a la casa, oyó resonar sus pasos, acto continuo se abrió la puerta y se encontraron ambos frente a frente.

El criado estaba enteramente cubierto con el capuchón.

—Hace un frío insufrible hoy —dijo, evidentemente por disimular las precauciones que tomaba.

—Un vientecillo glacial, vecino —le respondió Chicot afectando no mirar al criado para inspirarle mayor confianza.

—Ya os escucho, caballero.

—Bien; la cuestión es que me marcho.

—Ya he tenido el honor de habérselo oído.

—Me acuerdo perfectamente, mas debo deciros que dejó dinero en mi casa.

—Tanto peor, tanto peor; lleváoslo.

—No, porque el hombre es más pesado, y por lo mismo menos ligero, cuando quiere salvar la bolsa a la par que la vida. Dejo, pues, dinero en mi casa aunque bien guardado, tan bien, vecino, que sólo temo por él la casualidad de un incendio. Si esto llegase a suceder, velad, buen amigo, velad sobre la combustión de cierta viga gruesa, cuya punta veis allí hacia la derecha; vigilad, pues, cuidadosamente, y en caso de desgracia buscad entre las cenizas.

—En verdad, caballero —repuso el desconocido—, que me ponéis en un aprieto, porque deberíais hacer esa confianza a un amigo, y no a un hombre a quien no conocéis, a quien no podéis conocer.

Al decir estas palabras, su mirada brillante y profunda examinaba la bondadosa catadura de Chicot.

—Cierto es —contestó éste—: no os conozco, pero entiendo algo de fisonomías, y la vuestra me ha parecido la de un hombre honrado.

—Considerad, sin embargo, la responsabilidad que echáis sobre mis hombros. ¿No puede suceder, por ejemplo, que la serenata de anoche disguste a mi señora, como os ha disgustado a vos y que igualmente abandonemos el barrio?

—Dicho y hecho —respondió Chicot—; buscaré algún otro a quien dirigirme.

—Os doy las gracias por la confianza que otorgáis a un pobre desconocido —agregó el criado inclinándose— y procuraré merecerla.

Y saludando a Chicot volvió a entrar en su casa.

Chicot también le saludó con afecto, y viendo que cerraba la puerta, murmuró:

—¡Pobre joven! hele ahí convertido en verdadero fantasma. Y con todo ¡le he conocido tan animado, tan alegre y tan encantador!

XIX

EL PRIORATO DE LOS BENEDICTINOS

El priorato con que el rey había tenido a bien recompensar los leales servicios, y sobre todo la brillante facundia de Gorenflot, estaba situado como a dos tiros de mosquete de la puerta de San Antonio.

El barrio o arrabal de este nombre era en aquel tiempo muy frecuentado por la nobleza, pues el rey hacía numerosas visitas al castillo de Vincennes, llamado entonces "bosque de Vincennes".

Algunas casas de campo pertenecientes a personajes de la corte, con deliciosos jardines y magníficos patios, rodeaban por todas partes aquel castillejo, sirviendo de citas campestres, de las cuales estaba cuidadosamente excluida la política, no obstante la manía de discutir los asuntos públicos, que aquejaba a todos los ciudadanos.

De aquellas idas y venidas de la corte resultaba que el camino, proporcionalmente hablando, tenía la importancia que ha alcanzado en nuestros días el paseo de los Campos Elíseos.

Aquella posición, como puede presumirse, convenía perfectamente al priorato, que se levantaba soberbio a la derecha del camino de Vincennes.

Dicho priorato era un cuadrilátero de edificios, que contenía un extenso patio, en el cual crecían muchos árboles; una huerta detrás de las obras y un sinnúmero de dependencias que le daban el aspecto de un pueblo de provincia.

Doscientos religiosos ocupaban las celdas de la santa casa, situadas en la extremidad del patio paralelo a la calle.

A su frente, cuatro grandes ventanas y un balcón, de hierro que las abrazaba por completo, difundía en todas las habitaciones del priorato el aire, la luz y la vida.

Semejante a una ciudad que teme ser sitiada, reunía en sí mismo el priorato todos los recursos que podía necesitar por medio de los territorios tributarios de Charonne, de Montreuil y de Saint-Mandé. Sus pastos alimentaban un rebaño que nunca bajaba de cincuenta bueyes y de noventa y nueve carneros, pues las órdenes religiosas, ya fuese por tradición o por alguna ley escrita, nada podían poseer en cantidad que llegase al número de ciento.

En otro edificio separado se criaban igualmente noventa y nueve cerdos de una especie particular, que con especial cuidado y no con poco amor propio cebaba un choricero elegido por el mismo don Modesto.

El tal choricero había merecido aquel alto honor, merced a las exquisitas salchichas, a las orejas rellenas y a las morcillas encebolladas que en otro tiempo trabajaba para la hostería de "El Cuerno de la Abundancia", porque reconocido don Modesto a los buenos ratos que le proporcionaran aquellos manjares en casa de maese Bonhomme pagaba de aquella manera las deudas del hermano Gorenflot.

Es inútil hablar de la repostería y de la bodega: la espaldera del jardín expuesta al aire de levante y al sol del Mediodía proporcionaba albérchigos, melocotones y uvas incomparables: además de esto un hermano llamado Eusebio, autor de la célebre montaña

de dulces que el Ayuntamiento de París había ofrecido a las dos reinas en el último banquete de ceremonia celebrado, preparaba deliciosas conservas de aquellas frutas y pastas azucaradas de un mérito indisputable.

Respecto a la cueva, el mismo Gorenflot se había tomado el trabajo de proveerla, porque entre todos los verdaderos bebedores pasaba por axioma el principio de que solamente el néctar de aquel departamento podía llamarse vino con toda propiedad.

Ea, pues; en aquel priorato, verdadero paraíso de perezosos y glotones, en aquella habitación suntuosa del primer piso, cuyo balcón daba al camino real, vamos a hallar a Gorenflot, adornado con su correspondiente sobrebarba y con esa especie de venerable gravedad, que el hábito constante de la quietud y del bienestar comunica a las fisonomías más vulgares.

Ataviado con su manto blanco como la nieve y con su collarín negro, Gorenflot no tenía tanta libertad en sus ademanes como cuando usaba el hábito gris de simple monje, pero parecía mucho más majestuoso.

Su mano, semejante a una pierna de carnero, se apoyaba sobre un "incuarto" cubriéndole por completo; sus pies descansaban en una hornilla¹⁷ y sus brazos parecían demasiado cortos para abarcar su vientre.

Acaban de dar las siete y media de la mañana: el prior es el último que ha dejado el lecho, aprovechándose de la regla que concede al jefe una hora más de sueño que a los demás monjes, pero continúa haciendo del día noche, repantigado en un gran sillón con orejeras y tan blando y muelle como un colchón de plumas.

El ajuar de la estancia en que nuestro digno prior bosteza, es más mundano que religioso: una mesa de pies circulares y cubierta con un rico tapete, cuadros galantes de religión, mezcla singular de pinturas amorosas y devotas, que sólo dio a luz aquel tiempo, vasos preciosísimos de altar o de mesas en bellos aparadores, magníficas cortinas de brocado veneciano, más vistosas no obstante su vejez que las más preciosas telas modernas; he aquí el detalle de las riquezas que posee don Modesto Gorenflot, por la gracia de Dios, del rey, y sobre todo de Chicot.

Dormía, como hemos dicho, el prior en su cómoda poltrona, en tanto que el sol se presentaba a hacerle su visita diaria acariciando con sus dorados resplandores los rasgos purpurinos y anacarados del rostro de aquel ser privilegiado.

Abrióse la puerta de la estancia con la mayor suavidad y entraron dos monjes sin despertar a su superior.

Era el primero un hombre como de treinta a treinta y cinco años, flaco, pálido y encorvado bajo la flotante túnica de Lousinico; erguía no obstante su altiva frente; su mirada, desprendida como un rayo de sus ojos de halcón, daba órdenes antes de que su lengua produjese un sonido, y con todo se dulcificaba notablemente, por medio de sus largas pestañas blancas que al juntarse hacían resaltar las anchas ojeras que las cercaban.

Pero cuando sus pupilas negras brillaban entre aquellas espesas pestañas y el marco salvaje de sus órbitas, semejaban al relámpago que estalla rasgando los pliegues de dos nubes plateadas.

Aquel religioso se llamaba el hermano Borromeo, y hacía tres semanas que era tesorero

¹⁷ Hueco hecho en el macizo de los hogares, con una rejuela horizontal en medio de la altura para sostener la lumbre y dejar caer la ceniza, y un respiradero inferior para dar entrada al aire.

del convento.

Su compañero podía tener diez y siete o diez y ocho años: sus ojos eran negros y vivaces, su fisonomía osada y valiente, puntiaguda su barba y su estatura pequeña aunque proporcionada: iba con las anchas mangas del hábito levantadas y dejaba ver con orgullo dos brazos nervudos, siempre prontos a accionar.

—El prior duerme todavía, hermano Borrromeo —dijo el más joven de los monjes al otro—. ¿Le despertamos?

—Guardémonos de ello, hermano Santiago —respondióle el tesorero.

—Lástima es —repuso el primero— que tengamos un prior tan dormilón, porque hubiéramos podido ejercitarnos esta mañana en el manejo de las armas. ¿Habéis reparado qué hermosas corazas y soberbios arcabuces tenemos?

—Silencio, hermano, que pueden oíros.

—¡Qué desgracia! —exclamó el joven religioso dando una patada, cuyo ruido ahogó el tapiz—. Sí, es una verdadera desgracia, porque hace un tiempo tan hermoso, está tan seco el patio y nos ejercitaríamos en él con tanto gusto, hermano tesorero...

—Es preciso aguardar, hijo mío —dijo el hermano Borrromeo con hipócrita humildad que desmentía el fuego de sus miradas.

—Pero, ¿por qué no mandáis que se distribuyan las armas? —replicó impetuosamente Santiago, alzando las mangas que habían vuelto a cubrir sus brazos.

—¡Mandar yo!

—Sí, vos.

—Ya sabéis, hermano mío, que yo no mando aquí —repuso Borrromeo compungido—. ¿No estáis viendo a nuestro jefe?

—Sí, en efecto; le veo dormido en su poltrona en tanto que todo el mundo vela —dijo Santiago con voz menos respetuosa que impaciente—. ¡Vaya un jefe!

Y una mirada de soberbia inteligencia intentó penetrar hasta el fondo del corazón del hermano Borrromeo.

—Respetemos su rango y su sueño —añadió éste adelantándose hacia el centro de la estancia, aunque con tan poca precaución que al pasar echó abajo un taburete.

Aunque el tapiz amortiguó algún tanto el estrépito causado por la caída de este mueble, como había evitado que se percibiese el ruido de la patada del hermano Santiago, don Modesto hizo un movimiento y se despertó.

—¿Quién está ahí? —exclamó con el tono asustadizo de un centinela medio dormido.

—Padre prior —contestó el hermano Borrromeo—, perdonadnos si hemos turbado vuestra devota meditación; vengo a recibir vuestras órdenes.

—¡Ah! Buenos días, hermano Borrromeo —dijo Gorenflot inclinando levemente la cabeza.

Y después de un momento de reflexión durante el cual era evidente que acababa de poner a tormento su memoria, agregó abriendo y cerrando tres o cuatro veces los ojos: —¿Qué órdenes?

—Las que tengáis a bien respecto a las armas y a las armaduras.

—¡A las armas y a las armaduras! —repitió Gorenflot. —Sin duda: vuestra señoría

mandó que se trajesen al convento...

—¿Y a quién se lo he mandado?

—A mí.

—¿A vos? ¿Yo he pedido armas?... ¿Yo?

—Justamente, señor prior —insistió Borromeo con firmeza.

—¡Yo! ¡Yo! —gritaba don Modesto con un asombro imposible de describir—. ¿Y cuándo he mandado eso?

—Hace ocho días.

—¡Ah! Sí, hace ocho días; mas, ¿con qué objeto he prevenido que se traigan armas?

—Me dijisteis, señor... y éstas fueron vuestras palabras: "hermano Borromeo, será muy conveniente que nos procuremos los medios precisos para armar a nuestros hermanos los monjes, porque los ejercicios gimnásticos desarrollan las fuerzas del cuerpo, así como las exhortaciones piadosas las del alma."

—¿Dije eso?

—Sí, reverendo padre prior, y yo, hermano obediente aunque indigno, me he apresurado a ejecutar vuestras órdenes haciéndome con las armas necesarias.

—¡Vaya una cosa extraña! —murmuró Gorenflot—: pues no me acuerdo absolutamente de semejante cosa.

—También agregasteis, reverendo padre, este texto latino: "militat spiritu, militat gladio."

—¡Oh, oh! —exclamó don Modesto abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Conque es cierto que añadí este texto?

—Mi memoria es fiel, reverendo padre —contestó Borromeo bajando los ojos con modestia.

—Si he dicho eso —repuso Gorenflot moviendo suavemente la cabeza—, consiste, hermano Borromeo, en que he tenido mis motivos particulares para obrar así. En efecto, siempre he opinado que es preciso proporcionar ejercicio al cuerpo, y cuando era simple monje también combatía con la palabra y la espada. "Militat... spiritu..." Perfectamente, hermano Borromeo; ésa ha sido una inspiración del Señor.

—Voy, pues, a acabar de cumplir vuestras órdenes, reverendo padre —exclamó Borromeo retirándose con el hermano Santiago, que temblando de alegría le tiraba por la punta del hábito.

—Id —pronunció majestuosamente Gorenflot.

—¡Ah! —agregó el hermano Borromeo volviendo a entrar poco después de haber salido—: se me olvidaba...

—¿Qué?

—Que en el locutorio está un amigo de vuestra señoría que quiere hablaros.

—¿Cómo se llama?

—Maese Roberto Briquet.

—Maese Roberto Briquet no es amigo mío, hermano Borromeo, sino un simple conocido.

—Es decir que vuestra reverencia se niega a recibirle.

—No, por cierto —contestó Gorenflot con abandono—; ese hombre me distrae, y así, haced de modo que suba.

—El hermano Borromeo saludó por segunda vez y salió. Respecto al hermano Santiago, no había hecho más que precipitarse desde la estancia del prior hasta la habitación en que se hallaban depositadas las armas.

Cinco minutos después volvió a abrirse la puerta de la primera y apareció Chicot en el umbral.

XX

LOS DOS AMIGOS

Don Modesto no abandonó la postura devotamente inclinada que había tomado.

Chicot atravesó la estancia para aproximarse a él.

El prior se contentó con ladear negligentemente la cabeza para indicar al recién llegado que le veía.

Chicot no aparentó extrañar ni un solo momento la indiferencia del prior, y continuó adelantándose, hasta que, encontrándose a una distancia respetuosamente estudiada, le saludó.

—Buenos días, padre prior —le dijo.

—¡Hola! ya estáis aquí, ¿eh? —contestó Gorenflot—. Parece que habéis vuelto a resucitar...

—Eso es decir que me habéis dado por muerto.

—Como no os he visto en tanto tiempo...

—He estado muy ocupado.

—¡Ah!

Chicot sabía muy bien que Gorenflot era muy sobrio de palabras cuando no tenía depositadas en el estómago dos o tres botellas de añejo Borgoña: y como según todas las probabilidades, en atención a la hora que con él conversaba, se hallaba todavía en ayunas, eligió un cómodo sillón en el cual se instaló silenciosamente al lado de la chimenea, extendiendo sus pies sobre los morillos y recostándose en el blando respaldo de la poltrona.

—¿Pensáis almorzar conmigo, señor Briquet? —le interrogó don Modesto.

—Creo que sí, reverendo prior.

—Es preciso que no os incomodéis conmigo, si no me es posible acompañaros todo el tiempo que quisiera.

—¿Y quién diablos os exige vuestro tiempo? Tampoco os he pedido de almorzar, por el alma de Caín, y al contrario vos me habéis hecho esa oferta.

—Efectivamente, señor Briquet —repuso don Modesto con una inquietud que justificaba la energía de Chicot—; sí, sin duda os he ofrecido, pero...

—Pero habéis creído que no aceptaría.

—De ningún modo. ¿Acostumbro acaso a ser cumplimentero, señor Briquet?

—¡Oh! se acostumbra uno a todo lo que quiere en este mundo, si se tiene vuestra superioridad, reverendo prior —repuso Chicot con aquella sonrisa que le era peculiar.

Don Modesto le miró arrugando el entrecejo, porque le era imposible adivinar si Chicot quería divertirse a su costa o si hablaba con seriedad.

Chicot estaba ya en pie.

—¿Por qué os levantáis, señor Briquet? —le preguntó Gorenflot.

—Porque me marchó.

—¿Y por qué os marcháis luego de haber dicho que almorzaríais conmigo?

—En primer lugar no he afirmado semejante cosa.

—Es verdad, os lo he ofrecido.

—Y he contestado, creo que sí; y esto no es decir sí positivamente.

—¿Ya os enfadáis?

Chicot se echó a reír.

—¡Enfadarme yo! —dijo—. ¿Y de qué? ¿De que sois imprudente, ignorante y grosero? ¡Ah, reverendo y querido prior! Hace mucho tiempo que os conozco para enfadarme contra vuestros pequeños defectos.

Herido Gorenflot por esta sencilla observación de su huésped, permaneció con la boca abierta y los brazos abiertos.

—Adiós, señor prior —agregó Chicot.

—Vamos, quedaos.

—No puedo detener mi viaje.

—¡Ah! ¿Viajáis?

—Estoy encargado de una comisión.

—¿De quién?

—Del rey.

Gorenflot se abismaba de una reflexión en otra.

—¡Una comisión! —agregó—. ¡Una comisión del rey! ¿Luego habéis vuelto a verle?

—Sin duda.

—¿Y cómo os ha recibido?

—Con entusiasmo, porque, a pesar de ser rey, tiene buena memoria.

—¡Una comisión del rey! —murmuraba el prior—. ¡Y me llama imprudente, ignorante y grosero!

Su corazón se deshinchaba poco a poco, como un globo que deja escapar el viento que le sostiene, cuando se llena de agujeros.

—Adiós —replicó Chicot.

Gorenflot se incorporó y detuvo al fugitivo, quien, sea dicho en honor de la verdad, se dejó contener sin mucha violencia.

—Ea —dijo el prior—, expliquémonos francamente.

—¿Sobre qué?

—Sobre esta susceptibilidad que hoy demostráis.

—El mismo soy ahora que siempre.

—No.

—Un espejo sencillo y fiel de los hombres con quienes estoy.

—No.

—Si os reís, me río; si me miráis con mal gesto, pongo una cara de diablo.

—No, no, mil veces no.

—Sí, sí, mil veces sí.

—Pues bien, lo confieso, me habéis encontrado distraído.

—¿De veras?

—¿No seréis indulgente con un hombre que se entrega a los más fatigosos trabajos? ¿Tengo por ventura cabeza para tanto, Dios mío? ¿No es este priorato semejante al gobierno de una provincia? Pensad que mando aquí doscientos hombres, que soy a la par ecónomo, arquitecto, intendente, y todo esto sin tomar en cuenta mis demás funciones espirituales.

—¡Oh! es efectivamente demasiado para un indigno siervo de Dios.

—¡Hola! ¿os venís ahora con ironías, señor Briquet? ¿Habéis perdido vuestra caridad cristiana?

—¿Pues por ventura la tenía?

—Creo también que hay parte de envidia en vuestro proceder. ¡Cuidado! la envidia es un pecado capital.

—¿Envidia en mi conducta? Y decidme, ¿qué puedo yo envidiar?

—¡Hum! sin duda os decís: "el prior don Modesto Gorenflot va subiendo progresivamente: está en línea ascendente..."

—Al paso que yo estoy en la descendente, ¿no es así? —dijo irónicamente Chicot.

—La culpa estriba en vuestra falsa posición, señor Briquet.

—Señor prior, recordad el texto del Evangelio.

—¿Qué texto?

—"El que se eleve será humillado, y el que se humille será ensalzado."

—¡Puf! ¡Quia!

—¡Calla! he aquí a un prior que duda de los santos textos: ¡hereje! —exclamó Chicot juntando las manos.

—¡Hereje! —replicó Gorenflot—; los herejes son los hugonotes.

—Entonces seréis cismático.

—Pero, en fin, ¿qué queréis decir, señor Briquet? Porque verdaderamente me estáis volviendo el juicio.

—Nada más sino que voy a emprender un viaje y que venía a despedirme. Conque abur, señor don Modesto.

—No me abandonéis así.

—¡Pardiez! ¿y por qué no?

—¿Vos?

—Sí, yo mismo.

—¿Un amigo?

—En la grandeza no se tienen amigos.

—Mas, ¿y vos, Chicot?

—Yo no soy Chicot: acabáis de reprochármelo ahora mismo.

—¡Yo! ¿cuándo?

—Cuando habéis hablado de mi falsa posición.

—¡Reprocharos! Vaya unas palabras que empleáis hoy.

Y el prior inclinó la cabeza, quedando confundidos en uno solo los tres pliegues de su sobrebarba bajo su pescuezo de toro.

Chicot le observaba a hurtadillas y vio que palidecía.

—Adiós —le dijo—, y no me guardéis rencor por las verdades que os he dicho.

Al mismo tiempo hizo un movimiento para alejarse.

—Decidme cuanto os plazca, señor Chicot —replicó don Modesto—, pero no me miréis de ese modo.

—¡Ah, ah! Es algo tarde.

—Nunca es tarde, y nadie emprende la marcha sin alimentarse, porque no es saludable, según os lo he dicho veinte veces; por lo tanto, almorcemos.

Chicot estaba resuelto a recobrar de una sola vez todas sus ventajas, y así le contestó:

—No; a fe mía, pues aquí se come muy mal.

Gorenflot había sufrido con algún valor las anteriores embestidas; pero la última le desconcertó por completo.

—¿Conque se come mal aquí? —preguntó fuera de sí.

—Así me parece al menos —dijo Chicot.

—¿Habéis tenido quejas de vuestra última comida en el priorato?

—¡Puf! aún conservo en el paladar ese maldito sabor.

—Habéis dicho ¡puf! —exclamó Gorenflot alzando las manos al cielo.

—Sí, por cierto, he dicho ¡puf! —respondió Chicot resueltamente.

—Pero, ¿por qué? Explicaos.

—Porque las chuletas de cerdo estaban completamente quemadas.

—¡Oh!

—Porque las orejas rellenas no crujían entre los dientes.

—¡Oh!

—Porque el capón con arroz no tenía sustancia.

—¡Justo Cielo!

—Porque en la pepitoria había mucha grasa.

—¡Misericordia!

—Veíase en el caldo sobrenadar una especie de aceite que todavía me revuelve el estómago.

—¡Chicot! ¡Chicot! —suspiró don Modesto como César cuando al morir decía a su asesino—: ¡Bruto! ¡Bruto!

—Por otra parte, tampoco podéis estar conmigo mucho tiempo.

—¿Yo?

—Me habéis dicho que estabais ocupado. ¿Es verdad o no? Lo único que os faltaba era

ser embustero.

—Es que puedo dejar para otra hora esa ocupación, supuesto que sólo se trata de recibir una persona que viene a pedir.

—Pues bien, recibidla.

—No, no, mi querido señor Chicot, y eso que me ha mandado cien botellas de vino de Sicilia.

—¿Cien botellas de vino de Sicilia?

—A pesar de todo, no quiero recibirla, aun cuando probablemente es una gran señora, porque no quiero recibir hoy más que a mi querido señor Chicot. Esa dama quiere ser mí penitente, mas si lo exigís, le negaré mis auxilios espirituales aconsejándola que busque otro director.

—¿Sois capaz de hacer eso?

—Sí, por almorzar en vuestra compañía, mi querido señor Chicot, para borrar los agravios que os he hecho.

—Esos agravios provienen de vuestro necio orgullo, don Modesto.

—Me humillaré, amigo mío.

—De vuestra insolente pereza.

—Chicot, Chicot, desde mañana voy a mortificarme enseñando el ejercicio a mis religiosos.

—¿El ejercicio a los frailes? —preguntó Chicot con asombro—. Y qué ejercicio, ¿el del tenedor?

—No, el de las armas.

—¿El ejercicio de las armas?

—Sí, a pesar de que es bien fatigoso el dar las voces de mando.

—¿Vos mandando el ejercicio a frailes?

—Al menos trataré de mandarlo.

—¿Desde mañana?

—Desde hoy si lo queréis.

—¿Y de quién ha salido la idea de mandar hacer el ejercicio a los frailes?

—De mi caletre, según parece —contestó Gorenflot.

—¿Vos? no es posible.

—Sí, tal, yo he dado la orden al hermano Borromeo.

—¿Y quién diablos es ese hermano Borromeo?

—¡Ay, es cierto que no le conocéis!

—¿Quién es?

—Mi tesorero.

—¡So pícaro! ¿Y quién te autoriza para tener un tesorero que no conozco?

—Ha venido después de vuestra última visita.

—¿Y de dónde?

—Me lo recomendó el cardenal de Guisa.

—¿En persona?

—No, mi querido Chicot, por medio de una carta.

—¿Será tal vez esa figura de milano que he encontrado abajo?

—El mismo.

—¿El que me ha anunciado?

—Sí.

—¡Oh! ¡oh! ¿y qué méritos tiene el tal tesorero para que el cardenal de Guisa te lo haya recomendado de ese modo?

—Es más aritmético que Pitágoras.

—¿Y con él habéis acordado los ejercicios de armas?

—Sí, amigo mío.

—Es decir, que él es quien os ha propuesto armar a los frailes, ¿no es así?

—No, no, querido señor Chicot, la idea es mía, enteramente mía.

—Mas, ¿con qué objeto?

—Con el objeto de armarlos.

—Nada de orgullo, pecador endurecido; el orgullo es un pecado capital; semejante idea no es vuestra.

—Mía o suya: no sé justamente si se le ocurrió a él o a mí. Pero no, ahora lo recuerdo, fue a mí, porque hasta creo que con ese motivo pronuncié un texto latino muy oportuno y brillante.

Chicot se aproximó al prior, y le dijo:

—¿Un texto latino vos, mi querido prior? ¿Y os acordáis de él?

—Militat spiritu.

—Militat spiritu, militat gladio.

—Eso, eso precisamente —replicó don Modesto con entusiasmo.

—Vaya, vaya, es imposible disculparse con más acierto que vos, don Modesto; os perdono.

—¡Oh! —murmuró Gorenflot enternecido.

—Sois siempre mi amigo, mi verdadero amigo.

Gorenflot se enjugó una lágrima,

—Mas almorcemos, y seré indulgente para el desayuno.

—Esperad —repuso Gorenflot entusiasmado—: voy a decir al hermano cocinero que si no os trata como cuerpo de rey, le meto en el calabozo.

—Haced lo que os plazca, sois el amo, mi querido prior.

—Y vaciaremos algunas botellas de la penitente.

—Os ayudaré con mis luces, amigo mío.

—Permitidme abrazaros, Chicot.

—Sí, pero no me estranguléis, y hablaremos.

XXI

LOS INVITADOS

Gorenflot no tardó en dar sus órdenes, porque si el digno prior estaba en escala ascendente, era en todo cuanto concernía a los detalles de la mesa y a los progresos del arte culinario.

Don Modesto llamó al hermano Eusebio, que al punto compareció, no delante de su jefe, sino ante su juez. En el modo con que fue requerido, había sospechado desde luego que alguna cosa extraordinaria acaecía respecto a él, en el aposento del prior.

—Hermano Eusebio —le dijo éste con severidad—, oíd bien lo que va a deciros mi amigo Roberto Briquet. Me parece que os vais descuidando, según parece, pues he oído hablar de incorrecciones gravísimas en vuestras pepitorias y de una torpe negligencia en el crujido que deben hacer entre los dientes las orejas fritas. Cuidado, hermano Eusebio, cuidado, porque un paso en el mal camino arrastra a todo el cuerpo hasta el abismo.

El hermano repostero se puso como la grana y casi a la par palideció balbuciendo una excusa que no fue admitida.

—Basta —dijo Gorenflot.

Eusebio quedó silencioso.

—¿Qué tenéis hoy para almorzar?

—Huevos revueltos con cresta de gallo.

—¿Qué más?

—Hongos rellenos.

—¿Y después?

—Cangrejos compuestos con vino de Madera.

—Todo eso es bueno para limpiar los dientes; mas necesitamos algo de sustancia, algún plato fuerte: vamos, hablad.

—Si queréis un buen jamón con alfónsigos¹⁸...

—¡puf! —dijo Chicot.

—Perdonadme —añadió Eusebio con timidez—: está cocido en vino seco de Jerez; por otra parte he tenido el cuidado de mecharlo con adobo de vaca conservado en aceite de Aix, de modo que con la grasa de dicha vaca se come la parte magra del jamón y con la gorda de éste la del adobo.

Gorenflot arriesgó una mirada dirigida a Chicot, acompañándola con un gesto de aprobación.

—No me parece mal —dijo—. ¿Y a vos, señor Roberto?

Chicot hizo una mueca medio satisfactoria.

—¿Y después? —interrogó de nuevo el prior—. ¿Qué más podéis presentarnos?

¹⁸ Pistachos.

—Una famosa anguila con salsa verde.

—Dios me libre de ella —observó Chicot.

—Creo, señor Briquet —repuso el hermano Eusebio animándose poco a poco—, que podéis probarla, sin que os pese luego.

—¿Pues qué tiene de particular?

—¡Oh! Crío yo las anguilas de una manera bastante rara.

—¡Oh! ¡oh!

—En efecto —añadió Gorenflot—, parece que los romanos o los griegos, pues no recuerdo bien, en fin, un pueblo de Italia era el que criaba las lampreas del mismo modo que Eusebio: éste lo ha leído en un autor antiguo llamado Suetonio, que escribió mucho de cocina.

—¿Qué es eso, hermano Eusebio? —preguntó Chicot—. ¿Conque dais a vuestras anguilas cadáveres por alimento?

—Nada de eso: pico en trozos sumamente menudos los intestinos y los hígados de gallina y de la caza de pluma, agrego un poco de lomo de cerdo, hago con todo una mezcla semejante a la de un relleno y se la echo a las anguilas, que en el fondo de una agua dulce y renovada, y de arena y casquija, se ponen gordas en un mes, y a la vez se estiran prodigiosamente. La que hoy tendré el honor de servir al reverendo padre prior, pesa, por ejemplo, unas nueve libras.

—De modo que es un culebrón —repuso Chicot.

—Figuraos que se tragaba de una embestida un pollo de seis días.

—¿Y cómo la habéis compuesto?

—Es cierto, ¿cómo, cómo? —repitió el prior.

—Después de bien dorada con manteca de anchoas y envuelta en una capa fina de pan rallado, la colocaré con cuidado y delicadeza en las parrillas por espacio de diez segundos, y en seguida os la presentaré con una salsa de aceite, ajo, perejil y pimienta negra.

—Sí, mas esa salsa...

—¡Oh! será de aceite de Aix batido con jugo de limón y mostaza.

—Exquisito —exclamó Chicot.

El hermano Eusebio respiró.

—Ahora faltan los postres —observó oportunamente Gorenflot.

—Ya inventaré algún manjar que sea de vuestro gusto, reverendo padre prior.

—Bien, bien, allá lo veremos; pero haceos digno de nuestra confianza.

—¿Puedo ya retirarme? —preguntó Eusebio haciendo un saludo.

El prior consultó a Chicot.

—Que se retire —dijo éste.

—Pues bien, retiraos y enviadme al padre despensero.

Eusebio saludó de nuevo y salió de la estancia.

El hermano despensero ocupó su lugar y recibió órdenes no menos precisas para el

almuerzo.

Dos minutos después los dos amigos arrellanados en cómodas butacas frente a una mesa cubierta con un mantel finísimo de blanco lino, parecían amenazarse como dos duelistas, con los tenedores y cuchillos de que estaban armados.

Aquella mesa, capaz para seis personas, se hallaba llena con el servicio, porque el dispensero había amontonado en ella botellas de formas y categorías diferentes.

Fiel Eusebio a su programa, acababa de enviar los huevos revueltos, los cangrejos y los hongos que perfumaban el aposento con un delicioso perfume de criadillas de tierra y de manteca fresca como la crema de Thym y el vino de Madera.

Chicot se lanzó al almuerzo como un hambriento: y el prior, por el contrario, como hombre que desconfía de sí mismo, de su convidado y del cocinero.

Al cabo de algunos segundos devoraba Gorenflot al paso que Chicot no hacía más que observar.

Dieron principio por el vino del Rin; en seguida pasaron al de Borgoña de 1550, hicieron luego una excursión a las botellas de otro, cuya fecha parecía antediluviana, vaciaron algunas copas de Saint-Percy, y finalmente saborearon el néctar de la nueva hija de confesión.

—¿Qué decís de éste? —preguntó Gorenflot después de haber tragado tres sorbos antes de pronunciarse.

—Obscurillo es, mas también ligero —contestó Chicot—. ¿Y cómo se llama vuestra penitente?

—No la conozco.

—¿Cómo! ¿Ignoráis su nombre?

—Sí; nos tratamos por medio de plenipotenciarios.

Chicot cerró los ojos, como para saborear una copa de vino entre la lengua y el paladar antes de tragarlo, aunque en realidad para meditar.

—¿Conque es decir —exclamó en seguida— que tengo el honor de almorzar en compañía del general en jefe de un ejército?

—¡Oh! sí, sí.

—¿Y suspiráis al convenir en ello?

—Es cargo muy fatigoso.

—Cierto, pero también noble y distinguido.

—¡Oh! soberbio, mas no puedo conseguir que se guarde silencio en el coro. Como que anteayer me vi obligado a suprimir un plato en el refectorio.

—¡Un plato! ¿Y por qué?

—Porque muchos de mis mejores soldados, pues debo hacerles esta justicia, tuvieron la osadía de creer que no les bastaba el postre de arrope de Borgoña que se les daba todos los viernes.

—¡Válgame Dios! ¿Y en qué se fundaban?

—En que a despecho del postre tenían hambre, por lo cual pedían tajadas de carne o de pescado, como cercetas, cangrejos o salmones. ¿Qué os parece de esos antropófagos?

—Nada de extraño tiene que están hambrientos, si se entregan a ejercicios violentos.

—¿Y en qué estriba el mérito? Comer bien y trabajar mucho son cosas que todo el mundo puede hacer. ¡Qué demonio! Es necesario que los hombres sepamos ofrecer al Señor nuestras privaciones —continuó el digno prior ensartando una enorme lonja de jamón y sepultándola en una fuente llena de gelatina, de la cual no había hablado el hermano Eusebio, por no creerla digna de figurar en el programa del almuerzo.

—Bebed, Modesto, bebed —exclamó Chicot—, pues de lo contrario vais a atragantaros; casi, casi tenéis un color de púrpura que...

—De indignación, amigo mío —le interrumpió el prior apurando un vaso que contenía cerca de medio azumbre de néctar.

Chicot esperó a que diera fin a su enorme libación y, al verle dejar el vaso en la mesa, le dijo:

—Terminemos vuestra historia, porque me interesa sobremanera. ¿Conque les privasteis de un plato, porque dijeron que no tenían bastante?

—Por supuesto.

—No deja de ser ingenioso el castigo.

—Y sobre todo hizo su efecto, y tanto, que creí que se amotinaban; sus ojos despedían chispas y castañeaban sus dientes.

—Tenían hambre los pobres diablos —dijo Chicot—. ¿Qué debían de hacer?

—¿Conque tenían hambre?

—Claro que sí.

—¿Lo creéis así?

—Con toda seguridad.

—Pues bien; yo observé por el contrario un hecho singular que recomendaré al análisis de la ciencia. Ante todo di al hermano Borromeo las órdenes convenientes acerca de la supresión del referido plato, y al notar los síntomas de rebelión, prohibí asimismo el vino.

—¿Y qué más?

—Para coronar la obra hice hacer por segunda vez el ejercicio, pues quería destruir a todo trance la hidra revolucionaria, como lo ordenan los salmos: no ignoráis aquello de "Cabis poriabis diagonem." ¡Eh! ¿Qué tal? Creo que no lo habréis olvidado.

—"Proculcabis draconem" —observó Chicot echando de beber al prior.

—"Draconem"... eso es, eso mismo... ¡Bravo! Y a propósito de dragones, probad esta anguila que está diciendo: "comedme." ¡Oh! Es bocado exquisito.

—Gracias; apenas puedo respirar; proseguid, seguid adelante.

—¿Qué he de seguir?

—Vuestro hecho singular.

—¿Qué hecho? Ya no recuerdo.

—El que queréis recomendar al examen de los sabios.

—¡Ah! Ya caigo.

—Y yo escucho.

—Prescribí, como dije, segundo ejercicio para la tarde, y ¡por Dios vivo! que esperaba encontrar extenuados, medio muertos a esos tunos; por lo mismo había dispuesto un sermón magnífico sobre este texto: "El que coma mi pan..."

—Pan seco —dijo Chicot.

—Precisamente, pan seco —exclamó Gorenflot, dilatando por una risa de cíclope sus robustas mandíbulas—. Yo había ensayado el efecto de la palabra y de antemano me había reído solo una hora, cuando me hallo en medio del patio en presencia de una tropa de bigardos animados, nerviosos, retozones como langostas, y ésta es la ilusión sobre la que deseo consultar a los sabios.

—Veamos la ilusión.

—Y oliendo a vino desde una legua.

—¿El vino? ¿Os habría, pues, vendido el hermano Borromeo?

—¡Oh! estoy seguro de él —repuso Gorenflot—, es la obediencia pasiva en persona: si yo le dijese que se quemara a fuego lento, iría a buscar las parrillas y se asaría.

—He ahí lo que tiene el ser mal fisonomista —exclamó Chicot rascándose las narices—; a mí no me hace ese efecto.

—Es posible; pero yo conozco a mi Borromeo como a ti mismo, mi querido Chicot —repuso don Modesto que se volvía tierno al paso que aumentaba su borrachera.

—¿Y dices que olían a vino?

—¿Borromeo?

—No, tus frailes.

—Como barriles, sin contar que se hallaban colorados como cangrejos: así se lo hice observar a Borromeo.

—¡Bravo!

—¡Ah! es que yo no me duermo.

—¿Y qué te respondió?

—Oye, era muy sutil.

—Lo creo.

—Respondió que la apetencia muy viva produce efectos semejantes a los de la satisfacción.

—¡Oh, oh! —dijo Chicot—; en efecto, es muy sutil como dices, ¡diantre! Es un hombre muy ingenioso tu Borromeo, y ya no me admira que tenga los labios y la nariz tan delgados: ¿y te convenció eso?

—En el acto, y tú mismo vas a convencerte; pero mira, acércate un poco a mí, porque no puedo moverme sin aturdimiento.

Chicot se aproximó, e hizo Gorenflot con su ancha mano una trompetilla postiza que aplicó al oído de su amigo.

—¿Qué? —interrogó Chicot.

—Oye bien, me resumiré. ¿Os acordáis del tiempo de nuestra juventud, Chicot?

—Me acuerdo.

—Cuando la sangre ardía... cuando los deseos inmodestos...

—¡Prior, prior! —exclamó el casto Chicot.

—Es Borromeo el que habla, y yo sostengo que tiene razón: ¿no producía a veces la apetencia ilusiones de realidad?

Tan fuertemente se puso a reír Chicot, que la mesa con todas las botellas tembló como un piso de navío.

—Perfectamente —exclamó al mismo tiempo—, voy a ponerme bajo la dirección del hermano Borromeo, y luego que me entere bien de sus teorías, os pediré un favor, reverendo padre.

—Y yo te lo concederé, Chicot, así como todo cuanto quieras y yo pueda. Dime por lo mismo qué favor será ése.

—Que me concedáis solamente por ocho días el cargo de ecónomo del convento.

—¿Y qué harás con eso?

—Alimentaré al hermano Borromeo con sus teorías y le ofreceré un plato y un vaso vacíos, diciéndole: podéis apetecer con toda la fuerza de vuestra hambre y de vuestra sed un pavo relleno con setas y una botella de vino de Chambertin; mas cuidado con emborracharos, cuidado con tomar una indigestión, hermano filósofo.

—¿Conque no crees en los milagros que hace el apetito?

—¡Bah! ¡Bah! Yo creo lo que creo; pero dejemos a un lado las teorías.

—Corriente —dijo Gorenflot—; vayan al demonio y hablemos de lo que tocamos.

Y Gorenflot colmó su vaso.

—Brindo —añadió— por aquel tiempo que antes me has recordado, y por nuestros festines en la hostería de "El Cuerno de la Abundancia".

—Ya creía que habías olvidado todo eso, reverendo amigo.

—Profano, todo eso se oculta bajo la majestad de mi posición; mas a solas... ¡oh! ¡con dos mil de a caballo! yo soy siempre el mismo.

Y Gorenflot comenzó a entonar su canción favorita, no obstante las señas que le hacía Chicot.

—Calla, condenado —le decía Chicot—; si viniese por ahí el hermano Borromeo, pensaría que hace un mes que no comes ni bebes.

—Si viniese el hermano Borromeo, cantaré conmigo.

—No lo creo.

—Y yo te digo...

—Que te calles y respondas a mis preguntas.

—Habla, pues.

—No me das tiempo para ello, borracho.

—¡Oh! ¡borracho yo!

—Vamos, resulta del ejercicio de las armas que tu convento se ha convertido en un verdadero cuartel.

—Sí, amigo mío, tienes razón, en un verdadero cuartel; el jueves último, ¿fue jueves? sí, jueves; espera, no me acuerdo si fue jueves.

—Jueves o viernes, la fecha nada importa.

—Es verdad, lo que interesa es el hecho. Pues bien, el jueves o viernes encontré en el corredor a dos novicios que se batían al sable con otros dos que por su parte se preparaban a echar mano de los suyos.

—¿Y qué hiciste tú?

—Mandé que me trajeran un látigo para sacudir a los novicios, que al punto echaron a correr; pero Borromeo...

—¡Ah, ah! Borromeo, otra vez Borromeo.

—Siempre.

—Mas Borromeo...

—Borromeo los atrapó y les dio tal tollina¹⁹, que aún están los infelices en cama.

—Quisiera ver sus espaldas —dijo Chicot—, para apreciar el vigor del brazo del hermano Borromeo.

—¡Molestaros por ver otras espaldas que no sean las de carnero, nunca! Comed, pues, de este exquisito pastel de albaricoque.

—No por cierto, me ahogaría.

—Pues bebed.

—Tampoco; tengo que ausentarme.

—¿Crees tú que yo no tengo que marcharme también? y sin embargo, bebo.

—¡Oh! vos es diferente, y luego, para dar las voces de mando, necesitáis tener pulmones.

—Un vaso, nada más que un vaso de este licor digestivo, cuyo secreto posee únicamente Eusebio.

—Corriente.

—Es tan eficaz, que aun cuando se coma con glotonería, se tiene irremisiblemente hambre a las dos horas de haber comido.

—¡Buena receta para los pobres! ¿Sabéis que si fuese yo rey haría cortar la cabeza a Eusebio? Su licor es capaz de poner hambriento a un reino. ¡Oh! ¡oh! ¿qué es eso?

—Es el ejercicio que empieza —dijo Gorenflot.

En efecto, se acababa de oír un gran ruido de voces y de armas procedentes del patio.

—¿Sin el jefe? —preguntó Chicot—; ¡oh! ¡oh! me parece que son unos soldados muy mal disciplinados.

—¿Sin mí? nunca —dijo Gorenflot—; por otra parte, eso no puede suceder, ¿lo entiendes? puesto que yo soy el que manda y el instructor; y la prueba es que oigo al hermano Borromeo que viene a tomar mis órdenes.

En efecto, en aquel instante entró Borromeo, lanzando a Chicot una mirada oblicua y pronta como una flecha traidora del Parto.

—¡Oh! ¡oh! —dijo para sí Chicot—, has hecho mal en dirigirme esa mirada, porque te ha vendido.

—Señor prior —dijo Borromeo—, sólo se espera a vuestra paternidad para la inspección

¹⁹ Zurra, paliza.

de armas y corazas.

—¡Corazas! ¡oh! ¡oh! —dijo en voz baja Chicot, y se levantó apresuradamente.

—Asistiréis a mis maniobras —dijo Gorenflot levantándose también, como haría un pedazo de mármol que tuviese piernas—. Vuestro brazo, amigo mío: vais a ver qué instrucción tan soberbia.

—El hecho es que el señor prior es un táctico consumado —dijo Borromeo examinando la imperturbable fisonomía de Chicot.

—Don Modesto es un hombre superior en todo —contestó Chicot haciendo una reverencia, y después añadió en voz baja—: ¡Oh! ¡oh! no te descuides, aguilucho mío, porque no faltará milano que te arranque las plumas.

XXII

EL HERMANO BORROMEIO

Al llegar Chicot, sosteniendo al reverendo padre, al patio del priorato, contempló efectivamente un espectáculo semejante al que presenta un cuartel en toda su actividad.

Formados en dos mitades, de cien hombres cada una, y armados de alabardas, de picas o de mosquetes, aguardaban los frailes, como si fuesen soldados, la llegada del comandante.

Cincuenta de los más robustos y celosos habían acomodado a sus cabezas cascos o yelmos, y cinturones, de que pendían largos montantes, a sus cuerpos: únicamente les faltaban las rodelas para asemejarse a los antiguos medos, o los párpados arremangados para asemejarse a los modernos chinos.

Algunos de ellos ostentaban con orgullo corazas combadas sobre las cuales se complacían en hacer resonar sus guanteletes de hierro.

Otros, por último, encajonados entre los brazaletes y las corazas, se ejercitaban en mover las junturas de su cuerpo, privadas de elasticidad, merced a tan incómodos arreos.

El hermano Borromeo tomó el casco que le presentaba un novicio, y lo colocó en su cabeza con un movimiento tan vivo y regular como un veterano.

En tanto que se ocupaba en esta operación, Chicot no separaba los ojos del casco, sonriéndose al mismo tiempo y dando vueltas en torno de Borromeo como para admirar su apostura.

Hizo más; pues se aproximó al tesorero y le ayudó a encasquetarse bien el yelmo.

—Tenéis —le dijo— una magnífica celada, hermano Borromeo. ¿En dónde la habéis comprado, mi querido prior? Gorenflot no podía responderle, porque al mismo tiempo le embanastaban en una coraza resplandeciente, que aunque bastante espaciosa para dar cabida al Hércules Farnesio, apretaba dolorosamente la carne del digno prior.

—No me apretéis así, ¡con mil diablos! —exclamaba éste—; no me reventéis de ese modo, hijos de Lucifer, porque voy a arrojar el alma... Basta, basta, ¡por Dios!

—Creo —dijo Borromeo a Chicot— que preguntabais al reverendo prior en dónde ha comprado mi casco.

—Se lo preguntaba en efecto y no a vos —replicó el segundo—, porque creo que en este convento, como en los demás, nada se hará sin orden del superior.

—Decís muy bien, amigo mío —replicó Gorenflot—; nada se hace aquí sin mi orden. ¿Qué es lo que preguntabais, señor Briquet?

—¡Bah! Preguntaba al hermano Borromeo si conoce la procedencia de ese casco.

—Forma parte de un cargamento de armaduras que el reverendo padre prior compró ayer para uso del convento.

—¡Yo! —replicó Gorenflot.

—Vuestra señoría mandó que se trajesen cascos y corazas, por lo que no hemos vacilado en cumplir las órdenes de vuestra señoría.

—Es verdad, es verdad.

—¡Ira de Dios! —murmuró Chicot—. ¿Conque mi casco tiene tanta afición a su amo que luego de haberlo dejado yo mismo en el palacio de Guisa, viene como un perro perdido a encontrarme en el priorato de los benedictinos?

Acto seguido y a una señal del hermano Borrromeo, los monjes se alinearon y todos guardaron silencio.

Chicot se sentó en un banco para presenciar con comodidad las maniobras.

Gorenflot, por el contrario, continuó tieso y sostenido a plomo sobre sus piernas, como sobre dos postes.

—¡Atención! —dijo en voz baja el hermano Borrromeo.

Don Modesto desenvainó un sable de colosales proporciones, y agitándolo con fuerza, repitió con voz de trueno:

—¡Atención!

—Vuestra reverencia puede cansarse mucho si manda el ejercicio —le observó el hermano Borrromeo con afable cumplido—: esta mañana no os sentáis bueno, y si consentís en cuidar algo más de vuestra preciosa salud, mandaré yo el ejercicio.

—Con mucho gusto —repuso don Modesto—, pero efectivamente me siento malo... sí... sí... me ahogo... haced lo que queráis.

Borrromeo saludó, y como hombre acostumbrado a aquel género de consentimiento, fue a situarse frente a los frailes.

—¡Qué servidor tan complaciente! —dijo Chicot—: ese tuno es una alhaja.

—¡Cuando yo te aseguraba que merece toda mi confianza! —replicó don Modesto.

—Estoy seguro de que todos los días te hace el mismo servicio.

—Por supuesto; todos los días, porque es obediente como un esclavo, y tanto, que tengo a veces que contener su empeño en servirme. La humildad no es baja servidumbre —agregó Gorenflot sentenciosamente.

—De modo que nada tienes que hacer aquí en resumidas cuentas, y puedes dormir a pierna suelta, toda vez que el hermano Borrromeo vela por ti.

—Acabas de hablar como el Evangelio.

—Pues eso es justamente lo que yo deseaba saber —dijo a Gorenflot, cuya atención se fijó únicamente en el hermano Borrromeo.

Y era cosa extraordinaria el ver cómo enderezaba su talla el tesorero, aunque agobiado por el peso de la armadura, pareciéndose a un fogoso caballo.

Sus dilatadas pupilas despedían llamas abrasadoras, y su brazo vigoroso comunicaba a la tizona movimientos tan acertados, que cualquiera le hubiera confundido con un guerrero experimentado al frente de un pelotón de soldados. A cada nueva demostración de Borrromeo, la repetía Gorenflot, agregando:

—Tiene razón Borrromeo. Ya os he dicho esto mismo otras veces. No olvidéis la lección de ayer. Esa arma, pasadla de una a otra mano. Firme esa lanza, sostenedla bien. El hierro a la altura del ojo. Firmeza, ¡por San Jorge! Media vuelta a la izquierda es exactamente lo mismo que media vuelta a la derecha, excepto que es todo lo contrario.

—¡Diantre! —exclamó Chicot—, ¿sabes que explicas admirablemente ?

—¡Oh, oh! —contestó Gorenflot acariciando su triple barba— es que yo entiendo mucho

de táctica.

—Y tienes en Borromeo un excelente discípulo.

—Me ha comprendido a la perfección: no puede hallarse otro más inteligente.

Los monjes ejecutaron la carrera militar, evolución que se hallaba en boga en aquel tiempo, el manejo de las armas, de la espada, de la lanza y el ejercicio de fuego.

Cuando estaban ejecutando este último:

—Vais a ver mi Santiaguito —exclamó el prior a Chicot.

—¿Y quién es tu Santiaguito?

—Un guapo mozo a quien he colocado a mi intermediación, porque me ha gustado su aspecto candido, su mano vigorosa, y, sobre todo, su viveza, pues es como la pólvora.

—¿De veras? ¿Y dónde está ese apreciable muchacho?

—Espera: voy a presentártelo: mira allá adelante, aquel que se prepara para hacer fuego.

—¿Y tira bien?

—A cien pasos no deja nunca de dar en el blanco.

—He ahí un muchacho que debe ayudar una misa lindamente; mas aguarda, aguarda...

—¿Qué?

—Parece por un lado y por otro no...

—¿Qué! ¿Tú conoces a mi Santiaguito?

—¿Yo? En mi vida le he visto.

—¿Mas tú creíste conocerle al pronto?

—Sí, me pareció haberle visto en cierta iglesia un día, o por mejor decir, una noche, estando yo metido en un confesonario. Pero me engañé: no era él.

Debemos declarar que en la presente ocasión, las palabras de Chicot no estaban muy conformes con la verdad. Chicot era demasiado buen fisonomista para olvidar una figura que hubiese él visto una vez tan sólo.

Mientras que Santiaguito, como lo llamaba Gorenflot, ocupaba toda la atención del prior y de su amigo sin advertirlo, se entretenía en cargar su pesado mosquete, que abultaba más que él: acabada esta operación se colocó muy decididamente a cien pasos del blanco, y echando atrás la pierna derecha con aire militar, hizo su puntería.

Disparó efectivamente, poniendo su bala en el mismo centro del blanco, lo que le valió grandes aplausos.

—¡Diantre! —dijo Chicot—, magnífica puntería: a fe mía que eres un muchacho de provecho.

—Mil gracias, señor —repuso Santiago ruborizándose y lleno de gozo.

—Manejas perfectamente las armas, hijo mío —repuso Chicot.

—Señor, estoy aprendiendo —replicó Santiago. Y diciendo así, dejó su mosquete descargado y tomando una lanza del que estaba más inmediato, hizo con ella un molinete que dejó a Chicot completamente admirado, el cual le repitió sus felicitaciones.

—Pues en el manejo del sable es donde más sobresale —dijo don Modesto—. Los que lo entienden aseguran que no puede hacerse mejor; es verdad que el picaruelo tiene piernas

de hierro y muñecas de acero, y sobre todo no deja ni un instante la espada de la mano desde por la mañana hasta la noche.

—¡Hola, hola! veamos, veamos —replicó Chicot.

—¿Queréis probar sus fuerzas? —dijo Borromeo.

—Quisiera experimentarlas —contestó Chicot.

—Es que aquí —prosiguió el tesorero—, no hay nadie, ni yo mismo quizá, que se atreva a tirar con él: ¿os consideraréis con fuerzas suficientes?

—Así, así —dijo Chicot moviendo la cabeza—; en otro tiempo manejaba mi espada como otro cualquiera, mas ahora ya flaquean mis piernas, mi brazo vacila y la cabeza no está tampoco muy firme.

—Pero a pesar de eso, seguís tirando siempre —replicó Borromeo.

—Un poco —contestó Chicot cambiando una mirada con Gorenflot, el cual, sonriéndose, dejó escapar de sus labios el nombre de Nicolás David.

Borromeo, no obstante, no percibió esta sonrisa ni pudo oír aquel nombre, y sonriéndose también con la mayor tranquilidad, pidió los floretes y las caretas.

Santiago, loco de alegría, a pesar de su exterior frío y sombrío, alzó los hábitos hasta la cintura y se aseguró su sandalia en la arena dando un golpe con el pie.

—Yo, a la verdad —dijo Chicot—, como no soy ni monje ni soldado, hace ya mucho tiempo que no manejo las armas; ¿si tuvieseis a bien, hermano Borromeo, vos, que todo sois músculos y tendones, de dar la lección al hermano Santiago? ¿Consentís en ello, mi querido prior? —preguntó Chicot a don Modesto.

—¡Lo mando! —repuso éste, muy satisfecho de tener ocasión de pronunciar esta palabra.

Quitóse, pues, Borromeo su casco. Chicot se apresuró a tomarlo en sus manos, y de esta manera pudo cerciorarse completamente de que era el suyo; en seguida, y mientras nuestro hombre hacía dicho examen, el tesorero alzaba su hábito hasta la cintura y se preparaba.

Los monjes todos se aproximaron, formando círculo alrededor del maestro y del discípulo.

Gorenflot, llegándose al oído de su amigo, le interrogó con la mayor candidez:

—Esto es tan divertido como cantar vísperas, ¿no es verdad?

—Así dicen los soldados de caballería —repuso con igual candidez Chicot.

Ambos combatientes se pusieron en guardia: Borromeo, enjuto y nervudo, tenía la ventaja de la estatura, sin contar la que da el aplomo y la práctica.

Los ojos de Santiago lanzaban fuego y sus mejillas se ponían encendidas.

Veíase desaparecer poco a poco la austera, máscara de Borromeo, el cual, florete en mano, y entusiasmado con aquella lucha de habilidad, se había transformado en un guerrero; a cada golpe añadía un consejo, una exhortación, una reprensión; pero a veces la fuerza, la ligereza, el arrojo de Santiago, lograban triunfar del arte de su maestro, recibiendo el hermano Borromeo varios golpes bien de lleno.

Chicot devoraba con los ojos esta lucha y contaba los botonazos.

Cuando terminó el asalto, o mejor dicho, cuando hubieron tirado unos cuantos golpes, exclamó Chicot:

—Santiago ha dado seis botonazos, el hermano Borromeo nueve; esto podrá honrar al aprendiz, mas no ciertamente al maestro.

Un rayo, inadvertido por todos, menos por Chicot, brilló en los ojos de Borromeo, acusando un nuevo rasgo de su carácter.

—Bueno —dijo para sí Chicot—, es orgulloso.

—Señor —replicó Borromeo en un tono que inútilmente se esforzaba en hacer amable—, el manejo de las armas es un trabajo muy duro para cualquiera, y particularmente para unos pobres monjes como nosotros.

—No importa —dijo Chicot resuelto a atacarle hasta no poder más—: el maestro no debe llevar menos de la mitad a su discípulo.

—¡Ah, señor Briquet! —repuso Borromeo pálido y mordiéndose los labios de ira—, me parece que sois bien poco tolerante.

—Bueno —pensó Chicot, también colérico—: ya son dos pecados mortales, y según dicen, basta uno solo para condenarse un hombre: conque vamos perfectamente.

Luego añadió en alta voz:

—Pues yo estoy seguro de que, si Santiago hubiera tenido más serenidad, os iguala en la partida.

—No lo creo yo así —replicó Borromeo.

—Estoy segurísimo.

—El señor Briquet, como práctico que es en las armas —dijo Borromeo—, debería poner a prueba por sí propio la fuerza y el poder de Santiago, y esto le convencería.

—¡Oh! yo soy ya viejo —repuso Chicot.

—Sí, pero muy diestro —agregó Borromeo.

—¡Cómo te estás burlando! —dijo para sí Briquet—; pero aguarda un poco.

Y agregó en voz alta:

—Hay una circunstancia que destruye la observación que os acabo de hacer.

—¿Y cuál es?

—Que el hermano Borromeo, como digno maestro, ha permitido que Santiago le diese unos cuantos botonazos por complacencia.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó a su vez Santiago frunciendo el entrecejo.

—No por cierto —dijo Borromeo haciendo por contenerse, pero en realidad exasperado—; en verdad, mucho quiero a Santiago, mas no trato de echarle a perder con tales complacencias.

—Es chocante —replicó Chicot como hablando consigo mismo; dispensad, sin embargo, pues así lo había creído.

—Mas sea lo que se quiera —dijo Borromeo—, vos que tanto habláis, señor Briquet, probad, probad.

—¡Oh! no me atemoriceís —repuso Chicot.

—Tranquilizaos, señor —prosiguió Borromeo—: seremos indulgentes. Conocemos las leyes de la Iglesia.

—¡Tunante! —murmuró Chicot.

—Veamos, señor Briquet, un pasecito tan sólo.

—Anímate —dijo Gorenflot—: haz la prueba.

—No os haré daño, caballero —exclamó Santiago adoptando también echar su cuarto a espadas—: tengo una mano muy suave.

—¡Apreciable joven! —murmuró Chicot dirigiendo al monjecillo una inexplicable mirada que terminó en una muda sonrisa.

—¡Ea! Vamos allá —prosiguió—, ya que todos se empeñan.

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamaron los interesados con el ansia del triunfo.

—Sólo os haré presente que no daré más que tres pases.

—Como os plazca, señor —dijo Santiago.

Y levantándose muy despacio del banco en que había vuelto a tomar asiento, púsose Chicot su jubón, metióse la manopla, y se sujetó la careta con la rapidez de una tortuga que anda a caza de moscas.

—Si éste acierta a parar tus estocadas rectas —dijo al oído Borromeo a Santiago—, te aviso que no vuelvo a tirar contigo.

Santiago hizo un gesto acompañado de una sonrisa que quería decir:

—Descuidad, maestro.

Chicot, siempre con la misma calma y con la misma circunspección, se puso en guardia, extendiendo sus descomunales brazos y dilatadas piernas, las cuales colocó con la mayor exactitud, de manera que disimulase su grande extensión e incalculable desarrollo.

XXIII

LA LECCIÓN

En la época a que se refieren los sucesos que vamos refiriendo, y cuyos usos y costumbres tratamos también de describir, no era la esgrima lo que es hoy. Las espadas de dos filos, obligaban a esgrimir tan pronto de corte como de punta; además, armada la mano izquierda de una daga, era a la vez defensiva y ofensiva; así resultaban multitud de heridas, o más bien de rasguños, que en una verdadera lucha servían para enardecer más a los combatientes. Quelus, desangrándose por diez y ocho heridas, se mantenía aún en pie, continuaba peleando, y no hubiese caído si otra nueva herida no le hubiese relegado al lecho que abandonó solamente por el sepulcro.

La esgrima, importada de Italia, pero aún en la infancia del arte, consistía en esta época en una serie de evoluciones que sacaban de la línea al tirador y debían por lo tanto ofrecer muchos inconvenientes en los diversos accidentes del terreno escogido al acaso.

No era por lo tanto extraño ver al tirador estirarse, encogerse, saltar a derecha e izquierda, apoyarse con una mano en el suelo, requiriéndose como una de las primeras condiciones del arte, no tan sólo la agilidad de mano, sino también la de las piernas y de todo el cuerpo.

Parecía, sin embargo, que Chicot no había aprendido la esgrima en esta escuela, y hubiérase dicho, por el contrario, que había adivinado el arte moderno, cuya mayor superioridad y gracia estriban principalmente en la agilidad de las manos y en la inmovilidad casi perfecta del cuerpo. Situóse, por consiguiente, recto y firme, haciendo gravitar el peso del cuerpo sobre ambas piernas, y mostrando un puño flexible y nervioso a la par que empuñaba la espada como si fuese un junco, espada obediente y a propósito para plegarse a todos los movimientos desde la punta hasta la mitad de la hoja, y fuerte e incontrastable desde dicha mitad hasta la empuñadura.

Al habérselas con aquel hombre de hierro, cuyo puño era la única parte de su cuerpo que parecía animada, Santiago experimentó desde los primeros pasos una impaciencia en los botes, que no hizo en Chicot otro efecto que hacerle dirigir su brazo y su pierna hacia el menor intersticio que le dejaba descubierto el manejo de su adversario, cuyas ocasiones no podían menos de ser muy frecuentes, teniendo en cuenta la costumbre general de atacar y de defenderse tanto de corte como de punta. No bien descubría uno de sus flancos, cuando su brazo se prolongaba tres pies para imprimir rectamente en el pecho del monje un botonazo tan matemático, como si una máquina y no un cuerpo animado, incierto y desigual le hubiesen dirigido.

Santiago, al recibir cada uno de estos botonazos, daba un salto hacia atrás con los ojos chispeantes de cólera y de emulación.

Por espacio de diez minutos desplegó todos los recursos de su agilidad prodigiosa; lanzábase a su contrario como un gato montes, se deslizaba bajo el pecho de Chicot, saltaba a derecha e izquierda; mas este último, fiado en su propia calma y en la extensión de su brazo, elegía las ocasiones favorables, y al mismo tiempo que separaba de su cuerpo el florete de su adversario, aplicaba el terrible botonazo²⁰ en el punto que deseaba.

²⁰ Golpe dado con el botón de la espada o del florete.

El hermano Borromeo palidecía y sentía hervir en su pecho todas las pasiones que poco antes le habían enardecido.

En fin, Santiago se abalanzó por última vez sobre Chicot, que al verle desviado de la guardia y sin mantener el aplomo debido, se presentó al descubierto para obligarle a partir a rondo. Santiago cayó en el lazo, atacó con furor, y defendiendo Chicot la estocada vigorosamente, separó al pobre discípulo de la línea de equilibrio de tal manera, que no pudo sostenerse y cayó.

Inmóvil Chicot como una roca, permaneció en su puesto.

El hermano Borromeo se mordió los dedos y le dijo:

—En verdad, caballero, que no nos habíais dicho que erais un poste de sala de armas.

—¡Ese, eh! —exclamó Gorenflot desvanecido, pero triunfante por un sentimiento de amistad fácil de comprender—, ése jamás sale de la línea.

—Soy un pobre diablo —añadió Chicot—. ¿Cómo queréis que el oscuro Roberto Briquet merezca la calificación que le habéis dado? Me confundís, señor tesorero.

—Pero no hay duda —repuso éste—, que es necesario haberse ejercitado mucho para manejar la espada como vos.

—En efecto —dijo Chicot con la mayor naturalidad—, he empuñado la espada algunas veces, y al empuñarla siempre he notado una cosa.

—¿Cuál?

—Que para el que tiene el arma en la mano, el orgullo es muy mal consejero y la cólera un auxiliar sumamente perjudicial. Ahora oídmme, hermano Santiago; vuestro puño es bueno, pero os faltan piernas y cabeza, sois ligero, pero no calculáis: en el manejo de armas deben considerarse tres cosas esenciales; en primer lugar la cabeza, después la mano y por último las piernas; con la primera puede un hombre defenderse, con la primera y la segunda puede vencer, y si reúne las tres condiciones, vencerá siempre.

—¡Ah, caballero! —exclamó Santiago—; dad un asalto con el hermano Borromeo, porque nos haréis pasar un rato delicioso.

Chicot iba a rehusar con desdén aquella proposición, pero meditó que esto sería conceder al orgulloso tesorero una ventaja sobre él.

—Con mucho gusto —respondió—, si el hermano Borromeo consiente en ello, estoy a sus órdenes.

—De ningún modo —replicó el tesorero—, porque me venceríais, y más quiero confesarlo que hacer la prueba.

—¡Oh! ¡Qué modesto! ¡Qué amable! —exclamó Gorenflot.

—Te equivocas —le dijo al oído el implacable Chicot—; es un loco vanidoso; si a mí en su edad se me hubiese presentado una ocasión semejante, hubiera pedido de rodillas la lección que Santiago acaba de recibir.

Y diciendo y haciendo dobló nuevamente el espinazo, volvió a aparecer con sus piernas torcidas y su eterno gesto y se sentó de nuevo en el banco.

Santiago le siguió, pues la admiración podía más en él que la vergüenza de la derrota.

—Os ruego que me deis lecciones, señor Roberto —le dijo—, pues me figuro que el reverendo padre prior lo permitirá. ¿Es cierto?

—Sí, hijo mío, con mucho gusto —le respondió Gorenflot.

—Yo no puedo enmendar a vuestro profesor, amigo mío —repuso Chicot saludando a Borromeo.

—¡Oh! No soy el único maestro de Santiago —dijo el tesorero—, porque hay otro que enseña asimismo en el convento el manejo del arma; por consiguiente, no habiendo sido el honor exclusivamente mío, tampoco puede serlo su vencimiento.

—¿Y quién es el otro profesor? —se apresuró a interrogar Chicot, conociendo por el semblante de Borromeo que éste acababa de cometer una imprudencia.

—Ninguno, ninguno —replicó Borromeo.

—Sí, tal, sí, tal —insistió Chicot—; lo he oído perfectamente. ¿Quién es el otro maestro, Santiago?

—¡Ah! Ya me acuerdo —añadió Gorenflot—; aquel hombrecillo grueso que me habéis presentado, hermano Borromeo, y que acostumbra venir algunas veces; buena catadura tiene por cierto, y bebe regularmente.

—No recuerdo ya su nombre —murmuró Borromeo.

Al oír esto el hermano Eusebio se aproximó con sencillez con su cuchillo pendiente del cinturón y la risa en los labios, diciendo:

—Yo lo sé, yo lo sé perfectamente.

Borromeo le hizo multiplicadas señas, mas no reparó en ellas, y añadió:

—Se llama maese Bussy-Leclerc, y ha sido profesor de armas en Bruselas.

—¡Hola! ¡Hola! —repuso Chicot— ¡Maese Bussy-Leclerc! ¡Buena espada a fe mía!

Y al hablar de este modo con toda la naturalidad de que era capaz no perdía de vista las furiosas miradas que el hermano Borromeo dirigía al malaventurado charlatán.

—¡Toma! —observó Gorenflot—; pues tampoco sabía yo que se llamase Bussy-Leclerc; indudablemente se han olvidado de informarme de esta circunstancia.

—Se me figuraba que su nombre no podía interesar a vuestra reverencia —dijo Borromeo.

—En efecto —añadió Chicot—. ¿Qué importa que se llame Juan o Pedro? Lo que interesa es que instruya bien a sus discípulos.

—Es verdad, es verdad —refunfuñó Gorenflot—; lo esencial es que sepa su obligación.

Dicho esto, se dirigió a la escalera que conducía a su cuarto acompañado de la admiración general de sus monjes.

Al pie de la escalera reiteró Santiago su demanda a Chicot con notable disgusto de Borromeo, pero Chicot le dijo:

—No sé enseñar, amigo mío, pues me he formado yo solo por medio de la reflexión y de la práctica: haced como yo, pues quien en buen terreno siembra recoge larga cosecha.

Borromeo ordenó un movimiento que hizo girar a todos los frailes hacia sus celdas. Gorenflot se apoyó en el brazo de Chicot y subió majestuosamente la escalera.

—Me parece —dijo con orgullo— que tenemos un convento completamente adicto al servicio del rey y útil para algo, ¿eh?

—¡Ira de Dios! Ya lo creo —contestó Chicot—: se ven buenas cosas en esta santa casa.

—Pues todo se ha llevado a cabo en un mes... ¿Qué digo? En menos de un mes.

—¿Y lo has hecho tú?

—Yo, yo solo, como lo ves.

—Es mucho más que lo que yo esperaba, amigo mío; y cuando regrese de mi comisión...

—Es verdad, querido amigo: hablemos de eso.

—Con tanto mayor gusto, cuanto que debo enviar al rey un mensaje, o mejor dicho, un mensajero, antes de mi partida.

—¡Al rey! ¡Un mensajero al rey! ¡De modo que estás en correspondencia con el rey!

—Directamente.

—¿Y dices que necesitas un mensajero?

—Sí.

—¿Quieres mandar a alguno de nuestros hermanos? ¡Oh! Sería grande honor para el convento el que uno de nuestros hermanos viese al rey.

—Seguramente.

—Pues bien: voy a poner a tu disposición las mejores piernas del priorato; pero cuéntame, Chicot, cómo ha sido que el rey que te creía muerto...

—Ya te dije que me proponía resucitar cuando fuese preciso.

—¿Y para entrar en favor?

—¡Oh! Mucho mayor que antes.

—Es decir, que podrás informar al rey de todo cuanto hacemos aquí por su propio interés.

—No dejaré de hacerlo, amigo mío, está seguro de ello.

—¡Querido Chicot! —exclamó el buen prior creyéndose ya obispo.

—Pero antes tengo que pedirte dos cosas.

—¿Cuáles?

—En primer término algún dinero, que el rey te devolverá.

—¿Dinero? —dijo Gorenflot levantándose con precipitación—: afortunadamente tengo atestados los cofres...

—¡Eres dichoso, a fe mía!

—¿Quieres mil escudos?

—No, no, querido amigo; eso es demasiado, ¡yo soy modesto en mis gastos y humilde en mis deseos!, el título de embajador no me ensoberbece, y mejor lo oculto que hago ostentación de él. Cien escudos me bastarán.

—Aquí están. ¿Qué más?

—Un escudero.

—¿Un escudero?

—Sí, para que me acompañe, pues soy muy aficionado a la sociedad.

—¡Ay, amigo mío, si estuviese todavía libre como en otros tiempos! —dijo Gorenflot dando un suspiro.

—Sí, pero no lo estás.

—La grandeza me tiene encadenado.

—No puede tenerse todo a la vez, y ya que no puedo contar con tu compañía, mi muy querido prior, me contentaré con la del hermano Santiago.

—¡Santiaguillo!

—El mismo; me agrada bastante ese muchacho.

—Y tienes razón, Chicot: es joven de provecho y creo que hará fortuna.

—Por de pronto voy a llevarle a doscientas cincuenta leguas de aquí, si accedes a ello.

—Dispón de él a tu gusto.

El prior golpeó sobre una campana y al punto apareció un lego.

—Que suban el hermano Santiago y el encargado de las comisiones del convento en la ciudad.

Diez minutos después entraban los dos en el aposento del prior.

—Santiago —dijo éste—, voy a daros una comisión extraordinaria.

—¿A mí, reverendo padre? —preguntó el joven extrañado.

—Sí, debéis acompañar en un largo viaje al señor Roberto Briquet.

—¡Oh! —exclamó el hermano con un entusiasmo indescriptible—. ¡Viajar yo con el señor Briquet! ¡Yo al aire libre por ese mundo! Señor Roberto Briquet, tiraremos todos los días al florete, ¿no es cierto?

—Sí, hijo mío.

—¿Y podré llevar mi arcabuz?

—Lo llevarás.

Santiago dio un salto y desapareció de la estancia dando gritos de alegría.

—En cuanto a la comisión para la ciudad —dijo Gorenflot a Chicot—, puedes dar tus órdenes a ese otro monje: acercaos, hermano Panurgo.

—¡Panurgo! —repitió Chicot, a quien este nombre despertó recuerdos que no estaban exentos de dolor—. ¡Panurgo!...

—¡Ah!... —dijo Gorenflot—, he elegido a este hermano, que se llama igual que el otro, para que haga exactamente lo mismo que aquél hacía.

—Luego nuestro antiguo amigo se encuentra fuera de servicio...

—Ha muerto... ha muerto.

—¡Ah! —exclamó Chicot compadecido—, el hecho es que debía hacerse viejo.

—Diez y nueve años, amigo... solamente tenía diez y nueve años.

—Es un caso de longevidad sorprendente —observó Chicot—; sólo un convento puede ofrecer ejemplos semejantes.

XXIV

LA PENITENTE

Panurgo, a quien el prior acababa de anunciar, se presentó al momento.

En realidad no había sido elegido para reemplazar a su difunto homónimo por su configuración moral o física, porque nunca deshonró la aplicación de un nombre de asno figura más inteligente.

El hermano Panurgo se parecía a un zorro en sus ojillos, en su nariz puntiaguda y en sus quijadas salientes.

Miróle Chicot un instante, y durante él, aunque de corta duración, pareció haber apreciado en su justo valor al mensajero del convento.

Panurgo permaneció humildemente junto a la puerta.

—Aproximaos, señor correo —le dijo Chicot—: ¿conocéis el Louvre?

—Sí, señor —contestó Panurgo.

—¿Y conocéis en el Louvre a un tal Enrique de Valois?

—¿Al rey?

—No estoy muy seguro de si es el rey —dijo Chicot—, pero, en resumen, así le llaman por costumbre.

—¿Tendré que entenderme con el rey?

—Precisamente, pero, ¿le conocéis o no?

—Muchísimo, señor Briquet.

—Pues bien; diréis que deseáis hablarle.

—¿Y me dejarán subir?

—Hasta el aposento del ayuda de cámara sí, porque vuestro hábito es un pasaporte. Su Majestad es muy religioso, según sabéis.

—¿Y qué he de decir al ayuda de cámara de Su Majestad?

—Que os manda la sombra.

—¿Qué sombra?

—La curiosidad, hermano mío, es un ruin defecto.

—Perdonad.

—Le diréis, pues, que os manda la sombra.

—Bien.

—Y que vais a buscar la carta.

—¿Qué carta?

—¿Otra vez?

—¡Ah! No recordaba.

—Reverendo padre —observó Chicot dirigiéndose hacia Gorenflot—, te aseguro que me agradaba más el antiguo Panurgo.

—¿Es eso todo lo que hay que hacer? —preguntó el mensajero.

—Añadiréis que la sombra sigue despacio el camino de Charenton.

—¿Quiere decir que a él debo ir a encontraros?

—Perfectamente.

Panurgo se dirigió hacia la puerta y levantó la mampara para salir, pero le pareció a Chicot que al ejecutar este movimiento había dejado en descubierto a un espía.

Por lo demás, la mampara se cerró tan ligeramente, que no tuvo tiempo el amigo del rey para fijarse en si era una realidad o una visión lo que acababa de entrever.

La sutil penetración de Chicot le condujo a la convicción de que el que escuchaba era precisamente el hermano Borromeo.

—¡Ah! ¿Me estás oyendo? —pensó interiormente—; tanto mejor, porque en tal caso habrá también para ti.

—Conque al fin —exclamó Gorenflot—, el rey te ha honrado con una comisión, querido amigo.

—Sí, con una comisión confidencial.

—Se me ocurre que debe tener relación con la política.

—A mí también.

—¡Pues qué! ¿No sabes la misión que llevas?

—Sé que llevo una carta y nada más.

—¿Algún secreto de Estado?

—Me parece que sí.

—¿Y no sospechas cuál sea?

—¿Estamos bastante solos para que te diga lo que pienso?

—Puedes hablar lo que te plazca; además, soy una tumba para guardar un secreto.

—Pues bien, el rey se ha decidido a socorrer al duque de Anjou.

—¿Es verdad?

—Como que el señor de Joyeuse ha debido marchar ya de París con ese objeto.

—¿Y tú, amigo mío?

—Yo me encamino a la frontera de España.

—¿Y cómo piensas viajar?

—¡Toma! Como otras veces; a pie, a caballo, en carreta, según se me proporcione.

—Santiago te será muy útil en el camino, y has hecho muy bien en elegirlo. ¡Oh! ya entiende bien el negocio el tunantuelo.

—El resultado es que me agrada mucho.

—Y eso habría bastado para que yo te le cediese, amigo mío; pero, por otra parte, creo que te guardará perfectamente las espaldas en caso de ataque.

—Por todo te doy gracias, y ya solamente me resta decirte adiós.

—¡Adiós!... ¡Adiós!...

—Pero, ¿qué demonios haces?

—Voy a echarle la bendición.

—¡Bah! Entre amigos es ceremonia inútil.

—Tienes razón; esto se queda para las personas extrañas.

Y los dos amigos se abrazaron con cariño.

—¡Santiago —gritó el prior—, Santiago!

Panurgo asomó entre la puerta y la mampara su semblante de garduña.

—¡Cómo! ¿Todavía estáis aquí? —exclamó Chicot.

—¡Ah! Perdonad.

—Partid al instante, porque el señor Briquet tiene mucha prisa —dijo Gorenflot—. ¿En dónde está Santiago?

El hermano Borromeo se presentó a su vez con el rostro tranquilo y la sonrisa en los labios.

—¿Y el hermano Santiago? —repitió el prior.

—El hermano Santiago ha partido —repuso el tesorero.

—¡Cómo es eso! —repuso Chicot.

—¿Pues no habéis manifestado deseos de que fuese de mensajero al Louvre?

—Pero era el hermano Panurgo —repuso Gorenflot.

—¡Ah! ¡Qué torpe soy! —dijo Borromeo dándose un golpe en la frente—: había creído que era Santiago el encargado de esa comisión.

Chicot arrugó el ceño: pero el pesar de Borromeo era al parecer tan sincero y natural que le pareció cruel reprenderle.

—Esperaré —dijo—, hasta la vuelta de Santiago.

Borromeo se inclinó frunciendo el entrecejo.

—A propósito —dijo—, se me olvidaba anunciar al reverendo padre prior, y aun para eso he subido, que la dama desconocida acaba de llegar, y que pide le concedáis audiencia.

Chicot aguzó el oído.

—¿Está sola? —interrogó Gorenflot.

—Con un escudero.

—¿Es joven?

Borromeo bajó púdicamente los ojos.

—Bueno, también hipócrita —se dijo Chicot.

—En efecto, aún parece joven —murmuró el tesorero.

—Amigo mío —observó Gorenflot aproximándose al falso Roberto Briquet—, ya comprendes...

—Sí, sí, comprendo bien y te dejo —replicó Chicot—; quiere decir que aguardaré en otro aposento o en el claustro.

—Gracias, gracias, querido amigo.

—De aquí al Louvre hay mucha distancia, caballero —observó el hermano Borromeo—, y el hermano Santiago puede acaso tardar mucho, y más si atendemos a que la persona a

cuyo lado le enviáis no se determinará tal vez a dar una carta de tanta importancia a un joven.

—Esa reflexión viene demasiado tarde, hermano Borrromeo.

—¡Oh! como nada sabía... Si me hubieseis dicho...

—Basta, basta: iré poco a poco hacia Charenton, y el mensajero, sea quien fuere, me encontrará en el camino.

Y se dirigió hacia la escalera.

—Por ahí no, caballero —dijo vivamente Borrromeo—: la dama desconocida sube por ese lado y no quiere que la vean.

—Tenéis razón — dijo Chicot sonriéndose—: me iré por la otra escalera.

Y se encaminó hacia una puerta de escape que conducía a un gabinetito.

—Y yo voy a tener el honor de introducir a la penitente ante la presencia del reverendo padre prior.

—Está bien —repuso Gorenflot.

—¿Sabéis el camino? —preguntó Borrromeo con inquietud.

—Perfectamente.

Y Chicot salió por el gabinete.

Detrás de este gabinete había un aposento, en uno de cuyos extremos desembocaba la escalera secreta.

Chicot, al contestar que sabía el camino, había dicho la verdad; mas no reconocía ya la habitación tal como se hallaba, pues desde su última visita se había operado en ella una completa transformación.

De tranquila y solitaria se había convertido en belicosa: las paredes estaban cubiertas de armas, las mesas y consolas de sables, espadas y pistolas; en todos los ángulos se veían montones de mosquetes y de arcabuces.

Chicot se detuvo un instante en el aposento, porque necesitaba reflexionar.

—Me ocultan a Santiago, me ocultan a la dama, me hacen salir por escaleras secretas para que quede expedita la principal; todo esto quiere decir que quieren alejarme de esas dos personas. Ahora bien; en buena estrategia, debo hacer precisamente lo contrario de lo que quieren que haga. En consecuencia, aguardaré a que llegue Santiago, y me situaré de modo que pueda ver la dama misteriosa. ¡Hola! ¡hola! He aquí una cota de malla, flexible, fina y de un temple soberbio.

Y alzó la cota para examinarla.

—Precisamente —prosiguió diciendo— buscaba yo una que fuese tan fina como una seda; ésta es demasiado estrecha para el prior, y cualquiera diría que ha sido hecha para mí: la tomaré por lo tanto prestada a don Modesto, y se la devolveré cuando concluya mi viaje.

Chicot la dobló y escondió al punto debajo de la ropilla, y apenas había ajustado la última agujeta, cuando se presentó Borrromeo en el umbral de la puerta.

—¡Oh! ¡oh! Ya vuelves otra vez... —murmuró Chicot—, pero llegas un poco tarde.

Y cruzando sus largos brazos y echándose hacia atrás, hizo como que admiraba los

trofeos de la habitación.

—¿Busca el señor Roberto Briquet alguna arma que pueda convenirle? —preguntó Borrromeo.

—¡Yo, amigo mío! —repuso Chicot—. ¿Y para qué quiero armas?

—¡Oh! cuando uno sabe servirse de ellas con tanto acierto...

—Pura teoría, querido hermano; teoría y nada más: un pobre paisano como yo puede conservar alguna firmeza en sus brazos y piernas; mas lo que le falta, lo que le faltará siempre, es el corazón de un soldado: el florete no se encuentra del todo mal en mi mano; mas podéis creer que Santiago me haría huir desde aquí a Charenton con la punta de su espada.

—Puede ser —contestó Borrromeo, medio convencido por el tono natural y candido de Chicot, quien, en honor de la verdad, debe decirse que se manifestó al punto más jorobado, más torcido y más bizco que nunca.

—Además —agregó Chicot—, me suele faltar la respiración, y habréis reparado que apenas puedo atacar a mi contrario, porque mis piernas son execrables, lo cual constituye mi mayor defecto.

—¿Me permitiréis, no obstante, que os diga que ese defecto es mucho mayor para viajar que para batirse?

—¡Ah! ¿conque sabéis que viajo? —replicó Chicot con indiferencia.

—Panurgo me lo había dicho —repuso Borrromeo poniéndose encarnado como la grana.

—Pues no deja de ser graciosa la ocurrencia, porque no me acuerdo haber hablado de tal cosa con Panurgo; pero, en fin, eso importa poco, y no tengo necesidad de ocultarlo. Sí, hermano mío; voy a emprender un viajecillo hacia mi país, en el cual tengo algunos bienes.

—¿Sabéis, señor Briquet, que vais a honrar mucho al hermano Santiago?

—¿Haciendo que viaje conmigo?

—Sí, y haciendo que vea al rey.

—O a su ayuda de cámara, porque es probable que Santiago no llegue a la estancia del primero.

—¿Conque tenéis relaciones en el Louvre?

—¡Oh! muchísimas; como que soy el que abastecía al rey y a los jóvenes señores de la corte de medias negras.

—¿Al rey?

—Ya era parroquiano mío cuando sólo se llamaba duque de Anjou. A su regreso de Polonia, se acordó de mí, nombrándome abastecedor de la corte.

—Tenéis un magnífico conocimiento, señor Briquet.

—Cuál, ¿el de Su Majestad?

—Sí.

—No piensan todos como vos, hermano Borrromeo.

—Ya; los de la Liga.

—Casi todos pertenecen hoy poco o mucho a ella.

—Vos no debéis ser muy adicto, a lo que sospecho.

—¿Yo? ¿Y por qué?

—Cuando se conoce personalmente al rey...

—¡Bah! ¡Bah! Yo tengo mi política como los demás hombres.

—Mas vuestra política está en armonía con la del rey.

—No os guiéis por eso; casi siempre estamos disputando.

—Siendo así, ¿cómo os confía una misión?

—Una comisión querréis decir.

—Misión o comisión, ¿qué más da? Ambas revelan confianza.

—¡Oh! Todo lo que interesa al rey estriba en que yo sepa tomar bien mis medidas.

—¿Vuestras medidas?

—Es claro.

—¿Medidas políticas o financieras?

—¡Ca! Medidas artísticas, medidas de telas.

—¿Cómo! —replicó Borromeo estupefacto.

—Sin duda: ahora vais a comprenderme.

—Ya os escucho.

—El rey fue hace poco en peregrinación a Nuestra Señora de Chartres.

—En efecto; para obtener un heredero.

—Precisamente. ¿Y sabéis que hay un medio para obtener el resultado que el rey desea?

—En todo caso, parece que él no emplea ese medio.

—¡Hermano Borromeo! —repuso Chicot.

—¿Qué?

—No ignoráis que se trata de obtener por medio de un milagro, y no de otro modo, un heredero de la corona.

—¿Y de quién se aguarda ese milagro?

—De nuestra Señora de Chartres.

—¡Ah! ¡Ah! Ya recuerdo la historia de la camisa.

—Bien, bien, eso es: el rey se ha apoderado de la camisa de la Virgen y se la ha dado a la reina, y ahora quiere devolverle en cambio un vestido semejante al de Nuestra Señora de Toledo, que, según dicen, es el más rico que existe en el mundo.

—De manera que vos os dirigís...

—A Toledo, querido Borromeo, a Toledo para tomar las medidas del mencionado vestido y encargar otro igual.

Borromeo quedó meditabundo, no sabiendo si debía prestar fe a las palabras de Chicot. Debemos presumir que nada creyó de cuanto acababa de oír, después de haber reflexionado sobre su conversación.

—Ya podéis juzgar —agregó Chicot haciendo como que no conocía lo que pasaba en el interior del hermano tesorero—, ya podéis juzgar cuan agradable debe ser para mí en

estas circunstancias la compañía de un ministro del altar. Mas el tiempo urge, y el hermano Santiago no puede tardar mucho; por otra parte, voy a esperarle afuera, por ejemplo, en la Cruz Faubin.

—Opino que haréis bien —observó Borromeo.

—Espero que tengáis la bondad de advertírselo cuando llegue.

—Con mucho gusto.

—¿Y me lo enviaréis?

—Sin la menor demora.

—Mil gracias, hermano Borromeo; no sabéis cuánto celebro el haberos conocido.

Los dos se saludaron, y Chicot bajó por la escalera secreta: Borromeo echó en seguida los cerrojos a la puerta.

—Vamos, vamos —dijo el primero—, ya conozco que, según parece, es de gran importancia que yo no vea a la dama: por consiguiente, es preciso verla.

Y a fin de ejecutar su proyecto, salió del priorato de los benedictinos a vista de todos, y habló un instante con el hermano portero, dirigiéndose en seguida hacia la Cruz Faubin por medio del camino.

Pero una vez llegado a ella desapareció entre el ángulo de la pared de una granja, y viendo que desde allí podía desafiar a todos los Argos del prior, aun cuando tuviesen, como Borromeo, ojos de halcón, se deslizó poco a poco arrimado a la fábrica, continuó por el foso un vallado de forma circular, y llegó sin ser sentido hasta un seto inmediato que se extendía precisamente enfrente del convento.

Llegado a este sitio, que le presentaba un centro de observación tan seguro como podía desear, se sentó, o más bien, se tendió a la larga, esperando a que el hermano Santiago volviese al convento y a que de él saliese la dama misteriosa.

XXV

LA EMBOSCADA

Ya sabemos que Chicot no era hombre que tardaba en tomar un partido: eligió el de aguardar con la mayor comodidad posible.

Al través de la espesura del seto abrió una especie de ventana con el objeto de no dejar pasar inadvertido a individuo alguno que saliese o entrase en el convento.

El camino aparecía desierto y en toda la extensión a que podía extenderse la vista de Chicot, no se veía caballero ni campesino alguno. Toda la muchedumbre que había acudido el día antes a la ciudad se había dispersado después de haber visto el término del espectáculo que llamara su atención.

Lo único que Chicot divisó fue un hombre pobremente vestido, que se paseaba transversalmente en el camino y medía con un largo y puntiagudo bastón el terreno de Su Majestad el rey de Francia.

Chicot nada tenía que hacer y se regocijó de descubrir un bulto que le sirviese de punto de observación.

¿Pero qué medía? ¿Por qué medía? He aquí las dos preguntas que durante algunos segundos atrajeron seriamente la atención de maese Roberto Briquet.

Se resolvió por lo tanto a no perderle de vista.

Pero por desgracia al mismo tiempo en que el nuevo personaje acababa sus medidas y se disponía a levantar la cabeza, otro descubrimiento absorbió el cuidado de Chicot obligándole a dirigir sus miradas a otro punto.

Abrióse de par en par el balcón de Gorenflot y apareció en él el respetable bulto de don Modesto, quien frunciendo sus retozones ojillos, con la sonrisa del placer y sus más distinguidas maneras, acompañaba a una dama casi del todo cubierta con un manto de terciopelo forrado de pieles.

—¡Oh! ¡oh! —dijo Chicot—, he ahí la penitente; parece joven; pero examinemos su cabeza... Bien, bien, ahora sólo falta el otro lado... perfectamente. ¡Válgame Dios! Es muy extraño que todo lo que veo excite en mí recuerdos... Es una manía de mi temperamento. ¡Hola! Ya aparece el escudero, y lo que es éste no se me despinta; es Mayneville en cuerpo y alma. Sí, sí, el bigote retorcido y la espada con puño de concha... Vamos, el mismo... ¡Cuerpo de Cristo! ¿Y por qué me he de engañar respecto a la señora de Montpensier? No hay duda, esa mujer es la duquesa.

Chicot no necesitó más para abandonar a su suerte al hombre de las medidas con objeto de no perder de vista a los dos ilustres personajes que acababa de descubrir.

Poco después distinguió detrás de ellos el pálido semblante de Borromeo, a quien Mayneville dirigió la palabra muchas veces.

—Ya, ya, todos se han reunido —dijo el emboscado—: conspiremos, pues, ya que esto está en moda. Mas, ¡qué demonios! ¿Querrá por ventura la duquesa entrar de pensionista en el priorato de los benedictinos, teniendo a cien pasos de distancia su residencia de Belesbat?

Apenas acababa de decir esto cuando un nuevo incidente atrajo poderosamente su

atención. Mientras que la duquesa hablaba con Gorenflot, o más bien le hacía hablar, el señor de Mayneville hizo una seña a alguna persona que sin duda estaba en la parte exterior del convento.

No obstante, Chicot solo había visto hasta entonces el hombre de las medidas.

A él en efecto se dirigía la señal, dando por resultado el haber interrumpido su operación matemática.

En seguida se paró delante del balcón, medio de perfil, y dando frente al camino de París. Gorenflot entretanto seguía conversando amistosamente con la dama.

El señor de Mayneville dijo algunas palabras al oído de Borromeo, y éste comenzó al punto a gesticular detrás del prior de una manera que no podía comprender Chicot; mas por la cuenta bastante clara para el hombre de las medidas, porque éste se alejó situándose en otro punto designado por nuevas señas de Borromeo y de Mayneville.

Al cabo de algunos segundos de inmovilidad y obedeciendo a otra señal de Borromeo, comenzó un ejercicio, que sorprendió a Chicot tanto más, cuanto que le era de todo punto imposible adivinar el objeto que se proponía. Aquel hombre dio en correr a todo escape desde el sitio en que estaba hasta la puerta del convento, en tanto que el señor de Mayneville permanecía en el balcón con el reloj en la mano.

—Pues, señor —murmuró Chicot—, todo esto me parece sospechoso: el enigma está bien propuesto, mas aunque difícil, con tal que yo distinga el rostro del hombre de las medidas, puede suceder que llegue a acertarlo.

Al mismo tiempo, como si el demonio familiar de Chicot se hubiese propuesto servirle, volvió la cara el hombre en cuestión, y el amigo del rey reconoció en él a Nicolás Poulain, teniente del prebostazgo, el mismo a quien el día antes había vendido su armadura.

—Bien, bien —murmuró—; y sobre todo, viva la Liga: bastante he visto ya para adivinar el resto, aunque me cueste algún trabajo. Sí, sí, es cosa hecha; trabajaré y nos veremos.

Después de algunas palabras cruzadas entre la duquesita, Gorenflot y Mayneville, el hermano Borromeo cerró el balcón y desaparecieron los cuatro personajes.

Poco después salieron del priorato la duquesa y su escudero subiendo a la litera que les aguardaba. Don Modesto, que les acompañó hasta la puerta, sudaba a todo trapo haciéndoles cortesías.

Todavía sujetaba la duquesa abiertas las cortinas de la litera para responder a los cumplimientos del prior, cuando un monje benedictino que llegaba de París por la puerta de San Antonio se acercó a los caballos examinándolos con curiosidad, y poco después a la litera, a cuyo interior dirigió ansiosas miradas. Chicot reconoció en aquel monje al hermano Santiaguillo que volvía apresurado del Louvre y que se había extasiado al ver a la duquesita de Montpensier.

—Vamos, vamos —dijo entre dientes—; eso no se prepara mal: si hubiese llegado Santiago antes de encontrar yo a la duquesa, me hubiera sido necesario acudir a la cita de la Cruz Faubin. Ahora veo más claro: la duquesa ha arreglado su conspiración y se marcha dejando el campo a Nicolás Poulain, a quien me propongo despachar en diez minutos.

Efectivamente, después de pasar la duquesa delante de Chicot, aunque sin verle, se dirigía a París a todo escape, y Nicolás Poulain se preparaba a seguir sus pasos.

Érale no obstante preciso pasar, lo mismo que la duquesa, al inmediato seto que ocultaba a Chicot: éste le vio acercarse, como el cazador ve acercarse la pieza, y se preparaba a disparar cuando estuviese a tiro.

Y disparó cuando Poulain estuvo a su alcance.

—¡Hola, eh! —le gritó desde su escondite—; mirad hacia esta parte, si no tenéis inconveniente, señor hombre de bien.

Poulain se estremeció dirigiendo al mismo tiempo la vista hacia el foso.

—Ya me habéis visto —agregó Chicot—, perfectamente: ahora... figuraos que en nada habéis reparado, maese Nicolás... Poulain.

El teniente del prebostazgo dio un salto como un gamo herido.

—¿Quién sois? —interrogó azorado—. ¿Qué es lo que deseáis?

—¿Quién soy?

—Sí.

—Un amigo vuestro y bastante íntimo, aunque de fecha reciente: en cuanto a lo que quiero, es cosa algo más larga de explicar.

—Pero, en fin, explicadlo. ¿Qué queréis?

—Que os aproximéis a mí.

—¿A vos?

—Es claro, que bajéis al foso.

—¿Para qué?

—Ya lo sabréis; bajad en primer lugar.

—Mas...

—Y colocaos de modo que vuestras espaldas descansen en esta cerca.

—No entiendo...

—Sin mirar hacia donde estoy, sin dar a entender que sabéis que estoy aquí.

—¿Qué decís?

—Ya conozco que es exigir mucho, pero, ¿qué hemos de hacer? Maese Roberto Briquet tiene derecho de ser exigente.

—¡Roberto Briquet! —repitió Poulain haciendo al punto todo cuanto se le había prevenido.

—Así, así... sentaos ahora... Conque, según parece, os ocupabais poco hace en tomar las dimensiones del camino de Vincennes.

—¿Yo?

—Seguramente. ¿Y qué tiene de extraño que un teniente del prebostazgo haga veces de director de caminos cuando la ocasión se presenta?

—En efecto —contestó Poulain algo más tranquilo—, estaba midiendo.

—Y con gran cuidado, pues teníais por inspectores a muy ilustres personajes.

—¡Muy ilustres personajes! No os entiendo.

—¡Pues qué! ¿No sabéis?...

—Ignoro lo que queréis decir.

—¿Ignoráis también quiénes son esa dama y ese caballero que hace poco se hallaban en el balcón del priorato y que acaban de tomar la dirección de París?

—Os juro por mi honor...

—¡Ah! ¡Qué satisfacción experimento al comunicaros tan gran noticia! Figuraos, señor Poulain, que tenéis por espectadores de vuestros trabajos de agrimensura nada menos que a la señorita duquesa de Montpensier y al señor conde de Mayneville. Estaos quieto, por vida vuestra.

—Caballero... —contestó Nicolás Poulain, tratando de disputar—, esas palabras... el tono con que las pronunciáis...

—Si hacéis un solo ademán, mi querido maese Nicolás Poulain, vais a obligarme a cometer algún disparate; por consiguiente, estaos quedo.

Poulain lanzó un suspiro.

—Así me gusta —continuó Chicot—: decía, pues, que, supuesto que habéis venido a trabajar en presencia de tan ilustres personajes, los cuales, según aseguráis, no han reparado en ello, serviría de mucho el que otro personaje ilustre, el rey por ejemplo, os viese trabajar.

—¿El rey?

—Sí, en verdad, maese Poulain; Su Majestad en persona; pues sabe admirar el mérito y también recompensarlo.

—¡Ah, señor Briquet! Compadeceos.

—Os repito, maese Poulain, que si hacéis un movimiento, sois hombre muerto; evitad, pues, esta desgracia permaneciendo quieto y tranquilo.

—Mas en nombre del Cielo, ¿qué queréis de mí?

—Vuestro bien, nada más. ¿No os he dicho que somos amigos?

—Caballero —replicó Nicolás Poulain desesperado—; ignoro el perjuicio que puedo haber hecho a Su Majestad, a vos, ni a nadie en el mundo.

—Mi querido maese Poulain, eso se lo explicaréis a quien corresponda, pues no es negocio que me incumbe: yo tengo acá ciertas ideas, y me aferró a ellas como un diablo: ahora bien, una de ellas es que el rey no ha de aprobar que el teniente de su prebostazgo obedezca, cuando desempeña las funciones de agrimensor, las indicaciones del conde de Mayneville. ¿Y quién sabe si el rey habrá notado ya la omisión cometida por el mismo teniente de su prebostazgo, respecto a haber dejado de consignar en su parte diario la llegada ayer a París de la señora duquesa de Montpensier y del caballero Mayneville? Motivos son ambos, amigo maese Poulain, para enfriar vuestras relaciones con Su Majestad.

—Señor Briquet, una omisión no es un crimen, y el rey es muy ilustrado.

—Mi querido maese Poulain, creo que estáis forjando castillos en el aire: yo veo más claro que vos en este negocio.

—¿Qué veis?

—Una horca magnífica.

—¡Señor Briquet!

—Aguardad con mil diablos. Sí, una horca, una cuerda nueva con un gran nudo corredizo, un piquete de soldados, cuatro centinelas en los cuatro puntos cardinales, multitud de ciudadanos de París en torno al suplicio, y cierto teniente del prebostazgo, a quien conozco, bailando en la punta de la cuerda.

Nicolás Poulain temblaba tan violentamente, que sus movimientos se comunicaban al ramaje de la cerca.

—¡Caballero! —exclamó juntando las manos.

—Os he dicho que soy amigo vuestro, querido maese Poulain —agregó Chicot—, y en tal concepto, voy a daros un consejo saludable.

—¡Un consejo!

Y gracias a Dios muy fácil de seguir. Es necesario que vayáis a buen paso... ¿habéis entendido bien? a buen paso... a encontrar...

—¿A quién? —preguntó Nicolás lleno de angustia—. ¿A quién?

—Dejadme reflexionar un momento... Eso es... bien pensado... al duque d'Epernon.

—¡Al duque d'Epernon! ¡Al amigo del rey!

—Precisamente; le llamaréis aparte...

—¿Y qué?

—Le referiréis todo el asunto de la medición del camino.

—¿Os burláis, caballero?

—No, en verdad: hablo seriamente; muy seriamente.

—No os entiendo.

—Pues el negocio es clarísimo. Si yo os denuncio pura y simplemente como hombre de medidas y mercader de corazas, os colgarán de un árbol por parte más corta: pero si, por el contrario, os entregáis vos mismo, obtendréis recompensas y honores. Se me figura que no estáis convencido, en cuyo caso me tomaré el trabajo de volver al Louvre, lo cual no dejaré de hacer, suceda lo que quiera, porque a todo estoy pronto por servirlos.

Y Nicolás Poulain oyó el ruido que hacía Chicot al separar las ramas del seto para levantarse.

—No, no —exclamó—: iré, iré.

—Sea en buena hora; mas ya comprendéis, maese Poulain, que no admito subterfugios, porque mañana sin falta dirigiré una carta al rey, de quien tengo el honor, tal como veis, de ser íntimo amigo; de manera que por empeñaros en que no os ahorquen hasta pasado mañana, no por eso dejarán de colgaros muy bonitamente.

—Voy a ir, caballero —repuso Poulain aterrado—; pero abusáis terriblemente de mi situación.

—¿Yo?

—¡Oh!

—Vamos, maese Poulain; debéis estarme agradecido: hace cinco minutos que erais un traidor, y os he transformado en hombre honrado, en salvador de la patria. Pero... corred, maese Poulain, corred, porque yo también me veo precisado a salir de aquí, y no puedo hacerlo antes que vos. A propósito: no olvidéis que os dirigís al palacio del duque

d'Epernon.

Nicolás Poulain se levantó lanzándose como una flecha y desesperado en la dirección de la puerta de San Antonio.

—Ya era tiempo —murmuró Chicot—, porque he ahí que salen del priorato: pero no es el hermano Santiaguillo, por vida mía. ¡Demonio! ¿Quién será ese tuno tan alto como quería hacer al monte Athos el arquitecto de Alejandro? A fe, a fe, que no es mal perrazo para que haga compañía a un pobre diablo como yo.

Al ver de cerca al nuevo emisario del convento se apresuró Chicot a dirigirse hacia la Cruz Faubin, lugar de la cita que tenía.

Pero como se veía obligado a seguir un camino circular, la línea recta debía servir al otro con más rapidez que a él la curva, de modo que el fraile gigante, que no se descuidaba en dar enormes zancadas, fue el primero que llegó a la Cruz.

Chicot, por otra parte, al paso que caminaba, perdía no poco tiempo en examinar a aquel nombre, de cuya fisonomía nada recordaba.

Efectivamente, el tal fraile era un verdadero filisteo; con la precipitación de su marcha por alcanzar a Chicot llevaba el hábito entreabierto, y éste permitía divisar unas piernas musculosas cubiertas de calzones profanos.

Al mismo tiempo su capucha, echada hacia la espalda dejaba entrever una cabellera, que de seguro nunca se había visto amenazada por las tijeras del priorato.

Crispaba además las extremidades de su boca cierta expresión nada religiosa, y cuando esta sonrisa se convertía en risa verdadera, mostraba aquel gran tuno tres dientes semejantes a tres estacas fijas detrás de la muralla, formada por sus gruesos labios.

Brazos largos como los de Chicot, aunque más fornidos, espaldas capaces de sustentar las puertas de la ciudad de Gaza, y un gran cuchillo de cocina, atravesado en el cordón del hábito; tales eran, con un saco arrollado como un escudo sobre su pecho, las armas ofensivas y defensivas del Goliat de los jacobinos.

—No hay duda —murmuró Chicot—: es muy feo, y si no me trae buenas y frescas noticias en esa cabeza tan extravagante, será preciso convenir en que es la criatura más inútil que alienta en el mundo.

Al ver el fraile que Chicot se le acercaba, le saludó casi militarmente.

—¿Qué me queréis, amigo? —le preguntó el bufón del rey.

—¿Sois el señor Roberto Briquet?

—En persona.

—Traigo para vos una carta del reverendo padre prior.

—Dádmela.

Chicot abrió la carta, que estaba concebida en los términos que siguen:

"Mi querido amigo: Desde nuestra separación he reflexionado mucho, y en verdad me es imposible exponer a la voracidad de los lobos humanos la oveja que el Señor me ha confiado. Esto alude, como ya podréis figuraos, a nuestro hermano Santiaguillo Clemente, que acaba de ser recibido por el rey y ha desempeñado perfectamente vuestra comisión.

"En vez de Santiaguillo, que es aún demasiado joven, y que debe sus servicios al priorato,

os mando un excelente y digno hermano de nuestra comunidad: sus costumbres son apacibles y su carácter inocente. Creo, pues, que con gusto le agregaréis a vuestro servicio, como compañero de viaje."

—Sí, sí —pensó Chicot mirando a hurtadillas al frailuco—; cuenta con ello.

Y prosiguió leyendo:

"Uno a esta carta mi bendición, y siento mucho no haber podido dárosla de viva voz.

"Adiós, mi querido amigo."

—Hermosa forma de letra es ésta —dijo Chicot después de terminada la lectura—; apuesto a que la carta ha sido escrita por el hermano tesorero, que tiene muy buena mano.

—Habéis acertado —contestó el Goliat—; ha sido obra del hermano Borromeo.

—Por lo cual, amigo mío —agregó Chicot dirigiendo una agradable sonrisa al fraile—, tenéis que volver al convento.

—¿Yo?

—Sí, para decir a su reverencia que he cambiado de parecer y deseo viajar solo.

—¿Cómo! —repuso el fraile con una especie de asombro que podía confundirse muy bien con una amenaza—. ¿No me lleváis en vuestra compañía?

—No, amigo mío, no.

—¿Por qué causa?

—Porque necesito economizar mis fondos; los tiempos están muy malos, y debéis comer como un antropófago.

El gigante mostró sus tres enormes dientes.

—Pues a fe que Santiaguillo come tanto como yo —contestó en seguida.

—Ya, pero Santiaguillo es fraile.

—¿Y yo qué soy?

—Vos, amigo mío, sois un lansquenete o un gendarme, lo cual, aquí para los dos, puede escandalizar a la Virgen que tengo encargo de visitar.

—¿Qué habláis de gendarme y de lansquenete? Yo soy un fraile dominico. ¿No conocéis acaso el hábito?

—El hábito no hace al fraile, amigo mío, pero el arma constituye el soldado. Decid esto de mi parte al hermano Borromeo, si no tenéis reparo en ello.

Y Chicot saludó cortésmente al gigante, que tomó el camino del priorato gruñendo como un perro a quien se echa de casa.

En cuanto a nuestro viajero, dejó que se alejase el hombre que debía acompañarle, y apenas le vio desaparecer por la puerta principal del convento, cuando ocultándose detrás del vallado inmediato, se quitó la ropilla, y se puso la cota de malla que ya conocemos sobre su camisa de lienzo.

Terminada esta operación indispensable, se dirigió a través de los campos al camino de Charenton.

XXVI LOS GUISA

Es indispensable que el lector nos acompañe al gran salón del palacio de Guisa, al cual le hemos llevado más de una vez antes de ahora.

Era la tarde del mismo día en que Chicot se ponía en camino con dirección a Navarra: en dicho salón se encontraba aquel joven de ojos vivos, a quien ya vimos entrar en París a la grupa del caballo de Carmaignes, a quien ya conocemos por la hermosa penitente de don Modesto Gorenflot.

A la sazón no había adoptado precauciones para disimular su sexo ni la identidad de su persona. La duquesa de Montpensier, vestida con elegancia, mostrando una garganta bellísima y adornados sus cabellos con estrellas de fina pedrería, con arreglo a la moda de la época, esperaba impaciente y arrimada al hueco de una ventana a alguno que tardaba en llegar.

Comenzaba a oscurecer y la duquesa apenas distinguía ya con mucho trabajo la puerta principal del palacio, en la que tenía incesantemente fijos los ojos.

Por fin se oyeron los pasos de un caballo, y diez minutos después anunció el ujier con misterio a la señora de Montpensier y al duque de Mayena.

La duquesa avanzó al encuentro de su hermano con tal precipitación, que se olvidó de apoyar el peso de su cuerpo sobre la punta del pie derecho, según acostumbraba cuando quería disimular su cojera.

—¡Solo, hermano mío! —exclamó—. ¿Vienes solo?

—Sí, querida —respondió el duque sentándose luego de haberle besado la mano.

—¿Y Enrique? ¿En dónde está Enrique? ¿Sabes que todos le aguardan aquí?

—Enrique nada tiene que hacer al presente en París, al paso que reclaman su persona las ciudades del Flandes y de Picardía. Nuestro trabajo es lento y debe continuar secreto, y no nos falta ocupación allá abajo. ¿Por qué, pues, la hemos de abandonar para venir a París, en donde todo marcha bien?

—Pero todo se descompondrá si no te apresuras.

—¡Bah!

—Eso es; con decir ¡bah! sales siempre del paso... Pues bien, yo te aseguro que los ciudadanos no se satisfacen con esas razones, que quieren ver a su duque y que con esto sueñan y deliran.

—No tardarán en tenerle a su lado. ¿Por ventura no te lo ha explicado todo Mayneville?

—Sí, en verdad, pero no es lo mismo oírlo de su boca que de la tuya.

—Hermana mía, hablemos de lo principal. ¿Y Salcedo?

—En el otro mundo.

—¿Sin hablar?...

—Ni una palabra.

—Bueno. ¿Y el armamento?

—Asunto concluido.

—¿Y París?

—Está dividido en diez y seis cuarteles.

—¿Tiene cada uno de ellos el jefe señalado?

—Sí.

—Pues vivamos tranquilos, por el Cielo: he aquí lo que debo decir a nuestros fieles ciudadanos.

—No te escucharán.

—¡Bah!

—Te digo que es gente endiablada.

—Querida hermana, estás muy acostumbrada a juzgar de la precipitación de los demás por tu propia impaciencia.

—¿Me lo dices formalmente?

—No lo permita Dios, pero la verdad es que debe hacerse lo que ha prevenido nuestro hermano Enrique. Me ha encargado que en manera alguna se precipiten los acontecimientos por culpa nuestra.

—¿Y qué hemos de hacer? —interrogó impaciente la duquesa.

—¿Tenemos prisa de hacer algo, hermana?

—Sí, es necesario empezar.

—¿Por dónde?

—Por apoderarnos del rey.

—Esa es tu idea fija, y a fe que no la considero mala, si pudiera ejecutarse; mas una cosa es pensarlo y otra ponerlo por obra: acuérdate de las veces que ese mismo proyecto ha fracasado en nuestras manos.

—El tiempo ha cambiado mucho, y el rey no cuenta hoy con quien le defienda.

—No, si se exceptúan los suizos, los escoceses y la guardia francesa.

—Hermano mío, cuando tú quieras me comprometo a presentártelo en un camino y fuera de París acompañado solamente de dos lacayos.

—Se me ha ofrecido eso mismo cien veces, pero nunca se ha realizado.

—Se realizará, con tal que continúes en París tres días.

—¿Conque tienes un proyecto?

—Di más bien un plan.

—Espero que me lo comuniques.

—¡Oh! Es una idea que sólo se le puede ocurrir a una mujer, y que quizás excitará tu risa.

—No lo quiera Dios que sea yo quien hiera tu amor propio. Ea, veamos el plan.

—Te burlas, Mayena.

—Nada de eso: te escucho.

—Pues bien: voy a explicarme en dos palabras...

Al mismo tiempo abrió el ujier la mampara, y dijo:

—¿Desean Vuestras Altezas recibir al caballero de Mayneville?

—Es mi cómplice —repuso la duquesa—: que entre.

El señor de Mayneville fue introducido en efecto y besó la mano del duque de Mayena.

—Escuchadme, monseñor —exclamó—: vengo del Louvre.

—¿Y qué hay? —preguntaron a un tiempo Mayena y la duquesa.

—Se sospecha vuestra llegada.

—¿Cómo así?

—Estando hablando yo con el comandante del puesto de Saint-Germain-l'Auxerrois, pasaban por casualidad dos gascones.

—¿Los conocéis?

—No; llevaban trajes nuevos. "¡Ira de Dios!" decía uno de ellos a su compañero: "tienes una magnífica ropilla, mas en un apuro no te prestará el servicio de la coraza que ostentabas ayer." "No importa" contestó el otro; "por sólida que sea la espada del duque de Mayena, te apuesto a que no atraviesa ni más ni menos esta seda que el hierro de esa armadura a que aludes." El gascón añadió otras fanfarronadas, indicando que tenía noticias de vuestro arribo.

—¿A quién pertenecen esos gascones?

—No lo sé.

—¿Se han retirado en seguida?

—Lo que puedo decir es que hablaban en alta voz, que pronunciaron el nombre de Vuestra Alteza, y que algunos curiosos se les acercaron para preguntarles si en efecto habíais llegado a París. Ya iban a contestar, cuando un hombre se acercó a ellos y les tocó en los hombros; o me equivoco mucho, monseñor, o aquel sujeto era Loignac.

—¿Qué más? —interrogó la duquesa.

—Hablaron los tres en voz baja, y los gascones, después de dar señales de obediencia, siguieron al que había llegado a interrumpirlos.

—¿De manera que...?

—Nada más he podido averiguar; pero entretanto guardaos.

—¿No los habéis seguido?

—Sí, por cierto, aunque de lejos, porque temía ser reconocido como gentilhombre de Vuestra Alteza. Tomaron la dirección del Louvre y desaparecieron detrás del Guardamuebles: no obstante, muchas voces repetían después: "¡Mayena! ¡Mayena!"

—Tengo un medio muy sencillo de contestarles —dijo el duque.

—¿Cuál? —interrogó su hermana.

—El de ir a saludar al rey esta noche.

—¡A saludar al rey!

—Sin duda; acabo de llegar a París, y le traigo nuevas de sus leales ciudades de Picardía. Nada puede decirse contra este paso.

—No es malo el medio —repuso Mayneville.

—Pero es muy imprudente —añadió la duquesa.

—Es indispensable, hermana mía —dijo el duque—, si efectivamente se sospecha mi entrada en París. Además, mi hermano Enrique ha creído que yo debía apear me en el Louvre para ofrecer al rey el homenaje de toda nuestra familia. Después de cumplir este deber, podré obrar con toda libertad y recibir a quien me parezca.

—Por ejemplo, a los individuos de la Liga que te esperan.

—Sí, los veré en el palacio de San Dionisio cuando salga del Louvre. Haced, pues, Mayneville, que me traigan el caballo como está y sin limpiarlo; me acompañaréis al Louvre. Tú, hermana mía, me esperarás.

—¿Aquí?

—No, en el palacio de San Dionisio, donde he dejado mis efectos, y donde piensan que debo pasar la noche. Dentro de dos horas iremos a reunirnos contigo.

XXVII

EN EL PALACIO DEL LOUVRE

El mismo día, que parecía destinado a grandes aventuras, salió el rey de su gabinete e hizo llamar al señor d'Epernon.

Las doce serían poco más o menos.

El duque se apresuró a obedecer, y pasando a palacio, halló a Su Majestad de pie examinando con fijeza a un fraile que, avergonzado visiblemente a presencia del rey, tenía la vista clavada en el suelo.

Llamando el rey aparte al señor d'Epernon, le dijo indicando al joven:

—Mira, duque, mira qué cara tiene ese fraile.

—No sé de qué se admira Vuestra Majestad —dijo d'Epernon—, esa cara me parece muy común.

—¿De veras?

Y el rey se puso a reflexionar.

—¿Cómo te llamas? —le dijo.

—El hermano Santiago, señor.

—¿No tienes otro nombre?

—Mi nombre de familia: Clemente.

—¡El hermano Santiago! —repitió el rey.

—¿Y no halla igualmente Vuestra Majestad algo de extraordinario en el nombre? —dijo el duque riéndose.

El rey no le contestó.

—Has desempeñado perfectamente la comisión —dijo al fraile sin dejar de mirarle.

—¿Qué comisión, señor? —preguntó el duque con ese atrevimiento que todos le censuraban, y que era debido a la familiaridad con que el rey le trataba.

—Nada —respondió Enrique—: es un secreto entre mi persona y otra que no conoces, o más bien, que ya no conoces.

—En verdad, señor —dijo d'Epernon—, que miráis a ese joven de una manera tan extraña que le abochornáis.

—Es cierto; pero no sé el motivo de que no puedan separarse de él mis miradas: se me figura que le he visto antes de ahora, o que volveré a verle. Creo que se me ha aparecido en sueños... Vamos, yo estoy delirando, puedes retirarte, joven hermano, toda vez que has cumplido tu comisión: se enviará la carta a la persona que la solicita; tranquilízate, d'Epernon.

—¡Señor!

—Que se le den diez escudos.

—Gracias —dijo el fraile.

—Cualquiera diría que has dado a Su Majestad las gracias de muy mala gana —replicó

d'Epernon, que no podía figurarse que un monje despreciase diez escudos.

—He agradecido de esa manera la bondad de Su Majestad —contestó el hermano Santiago—, porque mejor quisiera una de esas espadas españolas que veo colgadas en la pared.

—¡Cómo! ¿No quieres mejor el dinero para gozar de las farsas de los juglares en el bosque de San Lorenzo, o para seguir a los conejos en las madrigueras de la calle de Santa Margarita? —le interrogó el duque d'Epernon.

—He hecho voto de pobreza y castidad.

—Lavalette —dijo el rey—, dale una de esas hojas españolas, y que se vaya con Dios.

El duque, con toda la parsimonia que le era peculiar, escogió entre las espadas la que le pareció menos magnífica, y la entregó al joven religioso.

Era una especie de estoque catalán, de larga y afilada hoja, que encajaba admirablemente en un pedazo de asta cincelada.

Santiago lo recibió entusiasmado de poseer tan magnífica arma. Apenas salió, se propuso el duque hacer algunas preguntas al rey, mas éste se le adelantó diciendo:

—¿Tienes, duque, entre tus Cuarenta y Cinco dos o tres hombres que sepan cabalgar?

—Lo menos hay doce, señor, y os aseguro que dentro de un mes serán unos jinetes consumados.

—Elige tú mismo dos, y haz de modo que vengan aquí al momento.

El duque salió, y retirándose de la estancia, llamó desde la antecámara a Loignac, el cual acudió al instante.

—Enviadme —le dijo el duque— dos buenos jinetes que sean a propósito para llevar a cabo una comisión directa de Su Majestad.

Loignac atravesó al punto la galería, y llegó a aquella parte del Louvre, que ya podemos denominar Cuartel de los Cuarenta y Cinco.

Abrió la puerta y gritó en tono de amo:

—¡Señor de Carmaignes!

—¡Señor de Biran!

—El señor de Biran ha salido —respondió el centinela.

—¡Cómo es eso! ¿Sin permiso?

—Está observando lo que pasa en el barrio que monseñor el duque d'Epernon le ha designado esta mañana.

—Perfectamente; llamad en su lugar al señor de Sainte-Maline.

Los dos nombres resonaron bajo aquellas bóvedas, y al punto comparecieron los dos elegidos.

—Señores —les dijo Loignac—, seguidme; os llama el duque d'Epernon.

Llevóles, en efecto, a su presencia, y el duque, después de despedir a Loignac, los introdujo en la cámara del rey.

Era la primera vez que se veían delante del rey, y Enrique tenía un aspecto imponente, de modo que ambos estaban conmovidos, aunque su turbación presentaba síntomas diversos.

Los ojos de Sainte-Maline brillaban, tenía una pierna extendida y el bigote erizado.

En cuanto a Carmaignes, pálido, pero resuelto, aunque menos arrogante, no osaba fijar sus miradas en el semblante del rey.

—¿Sois del número de mis Cuarenta y Cinco, señores? —les preguntó éste.

—Tengo ese honor —repuso Sainte-Maline.

—¿Y vos, caballero?

—He creído que mi compañero respondía por los dos, señor, y por eso no he despegado los labios: respecto a servir a Vuestra Majestad, estoy dispuesto como el que se tenga por primero en el mundo.

—Perfectamente. Vais a montar a caballo y a seguir el camino de Tours. ¿Lo conocéis?

—Preguntaré —repuso Sainte-Maline.

—Me orientaré —añadió Carmaignes.

—Para que acertéis mejor, pasad por Charenton.

—Así lo haremos.

—Seguid adelante hasta que halléis un hombre que viaja solo.

—Si vuestra Majestad tiene a bien darnos las señas de esa persona —dijo Sainte-Maline.

—Lleva una espada muy larga, es hombre de largos brazos y colosales piernas.

—¿Podemos saber su nombre, señor? —añadió Ernanton de Carmaignes, a quien el ejemplo de su compañero impulsaba a preguntar al rey faltando a las reglas de la etiqueta.

—Se llama La Sombra —contestó Enrique.

—Preguntaremos su nombre a cuantos viajeros hallemos.

—Registraremos todas las posadas del camino.

—Y cuando encontréis al hombre y le reconozcáis bien, le entregaremos esta carta.

Los dos jóvenes alargaron la mano a un mismo tiempo, y el rey quedó un instante dudoso.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó a uno de ellos.

—Ernanton de Carmaignes —repuso.

—¿Y vos?

—Renato de Sainte-Maline.

—Señor de Carmaignes, vos llevaréis la carta, y el señor de Sainte-Maline la entregará.

Ernanton recibió el precioso depósito.

Sainte-Maline le cogió el brazo cuando la carta iba a desaparecer de su vista y besó con respeto el sello real.

Aquella adulación hizo sonreír a Enrique III.

—Veo, caballeros —les dijo—, que seré lealmente servido.

—¿Tiene algo más que mandarnos Vuestra Majestad? —preguntó Ernanton.

—Nada más, pero debo recomendaros por último una cosa.

Los jóvenes se inclinaron preparándose a escuchar atentamente.

—Esa carta, señores —prosiguió Enrique—, es mucho más preciosa que la vida de un hombre: me respondéis de ella con vuestras cabezas, así como de que la entregaréis a La

Sombra en secreto, que os dará recibo y me lo traeréis: sobre todo, viajad como si os obligasen a ello vuestros propios negocios. Podéis partir.

Los dos jóvenes salieron de la real cámara, Ernanton enajenado de gozo, Sainte-Maline lleno de envidia; el primero con los ojos chispeantes de placer, el segundo dirigiendo ávidas miradas a su compañero.

El señor d'Epernon les aguardaba e iba a preguntarles, cuando Ernanton le interrumpió diciendo:

—Señor duque, el rey no nos ha autorizado para hablar.

Acto seguido pasaron a las caballerizas, y el picador del rey les entregó dos caballos de fatiga, vigorosos y perfectamente enjaezados.

De buena gana les hubiera seguido por algún trecho el duque d'Epernon a fin de satisfacer su curiosidad, a no habersele prevenido, no bien se separó de ellos, que un hombre quería hablarle sin perder instante, a toda costa y a cualquier precio.

—¿Quién es? —preguntó el señor d'Epernon impaciente.

—El subpreboste de la isla de Francia.

—¡Por vida de Dios! ¿Soy por ventura verdugo, escribano, preboste o espía?

—No, monseñor, pero sois amigo del rey —le respondió humildemente una voz a su izquierda—. Tened, pues, a bien escucharme, merced al título que invoco.

El duque volvió el rostro y vio a su lado a un hombre que con sombrero en mano y orejas gachas experimentaba en el rostro más variaciones que el arco iris.

—¿Quién sois? —le preguntó el duque con muy mal humor.

—Nicolás Poulain, para serviros, monseñor.

—¿Y deseáis hablarme?

—Os pido esa gracia.

—Pues bien: no tengo tiempo para escucharos.

—¿Ni para saber un secreto, monseñor?

—Más de cien se me descubren todos los días: con el vuestro serán hoy ciento uno, y por lo tanto sobraré el último.

—¿Y aun cuando ese secreto interese a la vida de Su Majestad? —añadió Nicolás Poulain al oído del duque.

—¡Cómo!... Sí; os oiré —repuso éste—; venid, venid a mi gabinete.

Nicolás Poulain se enjugó la frente cubierta de frío sudor y siguió al duque.

XXVIII

LA REVELACIÓN

Al atravesar el señor d'Epernon su antecámara, se dirigió a uno de los gentileshombres que se hallaban allí en cumplimiento de su deber.

—¿Cómo os llamáis? —le preguntó.

—Pertinax de Monterabeau, monseñor —contestó el gentilhomme.

—Pues bien, señor de Monterabeau, situaos a la puerta de mi habitación, y que nadie entre.

—Muy bien, señor duque.

—Nadie, ¿lo entendéis?

—Perfectamente —contestó el señor Pertinax.

Y obedeciendo al punto la orden del señor d'Epernon, se recostó contra la pared y tomó posesión con los brazos cruzados junto al tapiz de la puerta.

Nicolás Poulain siguió al duque hasta el gabinete, y al ver abrirse y cerrarse la puerta comenzó seriamente a temblar.

—Veamos ya vuestra conspiración, señor mío —le dijo el duque con sequedad—, pero haced de modo que sea cosa buena, porque justamente tengo hoy mil cosas que hacer a cual más agradable, y si pierdo el tiempo en escucharos, pobre de vos.

—Señor duque —contestó Nicolás Poulain—, se trata de un crimen más horrible que...

—Bien; veamos ese crimen.

—Señor duque...

—Me quieren matar, ¿no es así? —observó el señor d'Epernon estirándose como un espartano—. Enhorabuena; mi vida pertenece al rey, y pueden quitármela cuando quieran.

—No se trata de vos, monseñor.

—¡Cómo! me extraña eso...

—Se trata del rey, a quien quieren arrebatar, señor duque...

—¡Ah! ¡Todavía estamos en ese antiguo y maldito negocio de rapto! —replicó desdeñosamente el señor d'Epernon.

—Ahora va la cosa muy seria, si hemos de atenernos a las apariencias.

—¿Qué día es el que tienen destinado para apoderarse de Su Majestad?

—El primero en que Su Majestad salga para Vincennes en su litera.

—¿De qué modo?

—Matando a sus dos batidores.

—¿Y quién ha de dar el golpe?

—La señora de Montpensier.

—El duque soltó una carcajada, y repuso:

—¡Pobre duquesa, qué cosas le atribuyen!

—Menos de las que proyecta, monseñor.

—¿Y se ocupan en eso en Soissons?

—La señora duquesa se halla en París.

—¿En París?

—Puedo responder de ello a monseñor.

—¿La habéis visto?

—Sí.

—Es decir que habéis creído verla

—He tenido la honra de hablarle.

—¿La honra?

—Me he equivocado, señor duque; he querido decir la desgracia.

—Pero supongo, señor subpreboste, que no será la duquesa precisamente la que coja al rey.

—Perdonad, monseñor.

—¿Ella misma?

—En persona, mas se entiende que acompañada de sus parciales.

—¿Y desde dónde ha de presidir este rapto?

—Desde una ventana del priorato de los benedictinos, situado, según sabéis, en el camino de Vincennes.

—¿Qué diablos me estáis contando?

—La verdad, monseñor: están tomadas todas las medidas para detener la litera apenas se encuentre junto a la fachada del convento.

—¿Y quién ha tomado esas medidas?

—¡Ay!

—¡Acabad con mil diablos!

—Yo, monseñor.

El señor d'Epernon dio un salto hacia atrás y exclamó:

—¿Vos? , Poulain lanzó un suspiro,

—¿Vos, que venís a denunciar la conspiración? —siguió preguntando el duque.

—Monseñor —contestó el subpreboste—, un buen servidor del rey debe arriesgarlo todo por él.

—En efecto, arriesgáis el pescuezo.

—Prefiero morir a envilecerme o ser causa de la muerte del rey; por eso he venido a hablaros.

—Esos son muy buenos sentimientos, señor mío, y sin duda tenéis excelentes y poderosas razones para abrigarlos.

—He reflexionado, monseñor, que sois amigo del rey, que no me haréis traición, y que a todos nos aprovechará la revelación que acabo de hacer.

El duque examinó a Nicolás Poulain y se puso a mirar largo rato detenidamente todas las líneas de su pálido semblante.

—Algo más debe haber —dijo en seguida—, porque, por atrevida que sea la duquesa, no osaría intentar sola empresa semejante.

—Espera a su hermano —repuso Nicolás Poulain.

—¡Al duque Enrique! —exclamó el señor d'Epernon con el mismo terror que hubiera experimentado al acercársele un león.

—No al duque Enrique, monseñor, sino al duque de Mayena tan sólo.

—¡Ah! —murmuró d'Epernon respirando—: mas no importa: es preciso no perder de vista esos proyectos.

—Sin duda, monseñor, y por eso me he apresurado a avisaros.

—Si habéis dicho la verdad, señor subpreboste, seréis recompensado.

—¿Y por qué había de mentir, monseñor? ¿No como el pan del rey? ¿No le debo mis servicios? Iré, pues, a su presencia, si vos no me creéis, os lo prevengo, y moriré también, si es preciso, en testimonio de mis palabras.

—No, ¡por todos los diablos del infierno! no iréis vos a la presencia del rey. ¿Me habéis comprendido, maese Nicolás? Conmigo debéis entenderos.

—Sea así, monseñor; solamente he dicho eso por haberme parecido que dudabais.

—No, no dudo, y desde luego os debo mil escudos.

—¿Quiere monseñor saber solo el secreto?

—Sí; tengo emulación, tengo celo y quiero el secreto para mí solo. Me lo cedéis, ¿no es cierto?

—Sí, monseñor.

—¿Con la seguridad de que es un secreto verdadero?

—¡Oh! con toda seguridad.

—¿Y os convienen mil escudos, sin contar otras ventajas que mañana podéis alcanzar?

—Tengo familia, monseñor.

—Ya, ya; pero, al cabo, ¡con mil demonios! mil escudos...

—Y si en Lorena llegan a saber que he hecho esta revelación, estoy seguro de que cada palabra que he pronunciado me costará un azumbre de sangre.

—¡Pobrecillo!

—Es, pues, preciso que, si llega a sucederme una desgracia, pueda vivir mi familia.

—¿Y qué?

—Que ésa es la razón que me impele a aceptar los mil escudos.

—¡Al demonio la explicación! ¿Y qué me importa a mí el motivo por que lo aceptáis, desde el momento en que no los rehusáis? Conque son vuestros los mil escudos.

—Gracias, monseñor.

Y al ver que el duque se aproximaba a un cofre, en el cual metió la mano, Poulain se adelantó detrás de él.

Pero el duque se contentó con sacar del cofre un librito, en el cual escribió con

descomunal y endiablada letra:

Tres mil libras a maese Nicolás Poulain.

De modo que era difícil averiguar si había dado efectivamente las tres mil libras o si las debía, pues la nota era susceptible de dos interpretaciones.

—Esto es igual que si las tuvieseis en vuestro poder —dijo a Poulain.

Este, que había alargado la mano y la pierna, retiró ambos miembros, lo cual equivalía a un saludo.

—¿De modo que es cosa convenida?—le preguntó el duque.

—¿En qué hemos convenido, monseñor?

—En que seguiréis instruyéndome de todo.

Poulain titubeó, porque se le encargaba el oficio de espía.

—¿Qué es eso? —añadió d'Epéron—. ¿Se ha desvanecido ya esa adhesión sin límites?

—No, monseñor.

—Entonces, ¿puedo contar con vos?

Poulain hizo un esfuerzo y contestó:

—Podéis contar conmigo.

—Bajo el supuesto de que soy el único que lo sabe.

—El único, monseñor.

—Muy bien; retiraos ya. ¡Ah! ¡Mire bien lo que hace el señor de Mayena con mil millones de demonios!

Pronunció estas últimas palabras al mismo tiempo que alzaba la mampara para que saliese Poulain: cuando vio a éste atravesar la antecámara y desaparecer se dirigió a los aposentos del rey.

Cansado Enrique III de entretenerse con sus perros, jugaba a la sazón al boliche.

El duque d'Epéron apareció con aire sombrío e inquieto; pero, preocupado el monarca con su importante diversión, no hizo alto en el semblante del favorito.

Sin embargo, al notar que éste guardaba obstinado silencio, levantó la cabeza y fijó en él una mirada investigadora.

—¿Qué tenemos de nuevo, Lavalette? —le preguntó—. ¿Has muerto por ventura?

—¡Ojalá, señor! —repuso d'Epéron—, pues no vería lo que estoy viendo.

—¿Qué? ¿mi boliche?

—Señor, cuando amenazan grandes peligros, un súbdito leal puede alarmarse hasta de la seguridad de su amo.

—¿Todavía peligros? ¡Llévete, duque, el diablo más negro del infierno!

Y al decir esto ensartó con singular destreza la punta del boliche en el agujero de la bola de marfil.

—¿Conque ignoráis lo que pasa, señor? —le preguntó el duque.

—Puede suceder que no lo sepa —repuso el rey.

—Señor, señor, en este instante os halláis cercado de vuestros más crueles enemigos.

—¡Bah! ¿Quiénes son?

—En primer término la duquesa de Montpensier.

—¡Ah! sí; es verdad; ayer estaba en la plaza, cuando descuartizaban a Salcedo.

—Vuestra Majestad dice eso de un modo...

—¿Y qué me importa?

—¿Conque lo sabíais?

—Si no lo supiera, no te lo diría.

—¿Y estáis informado que debe llegar el señor de Mayena?

—Desde anoche.

—¡Cómo! ¡Ese secreto! —exclamó el duque con desagradable sorpresa.

—¿Hay tal vez secretos para el rey? —replicó Enrique.

—Pero, ¿quién ha podido instruiros?

—¿Ignoráis que nosotros los príncipes tenemos revelaciones?

—O mejor dicho, una policía.

—Tanto monta.

—¡Ah! ¡Conque Vuestra Majestad tiene su policía y nada nos dice! —añadió picado d'Epernon.

—¡Ira de Dios! ¿Quién me amará si yo no me amo?

—Me injuriáis, señor.

—Si en efecto abrigas ese celo, mi querido Lavalette, lo cual constituye una gran cualidad, eres perezoso, lo cual constituye un gran defecto. Tu noticia hubiera sido muy buena ayer a las cuatro de la tarde, mas hoy...

—Pero hoy... ¿Qué?

—Debes convenir en que llega algo tarde.

—Creo, por el contrario, que llega muy a tiempo, señor, pues veo que no estáis aún dispuesto a escucharme.

—Hace una hora que no hago otra cosa.

—¡Y qué! ¿Os veis amenazado, combatido, os arman emboscadas, y no os movéis?

—¿Con qué objeto? ¿No me has puesto una guardia respetable? ¿No pretendías ayer que estaba asegurada mi inmortalidad? Frunces el ceño. ¡Vaya! ¿Se han retirado ya a Gascuña tus Cuarenta y Cinco, o no sirven para maldita la cosa? ¿Sucede con ellos lo que con los mulos? Ya sabes que cuando éstos se presentan en la feria son como centellas, mas una vez comprados reculan en vez de andar.

—Vuestra Majestad sabrá pronto lo que dan de sí.

—No me disgustará la prueba. Conque pronto, ¿eh?

—Señor, antes quizás que imaginéis.

—Vamos, eres capaz de amedrentarme.

—Lo veréis, lo veréis, señor. ¡Ah! A propósito, ¿cuándo pensáis salir al campo?

—¿Al bosque?

—Sí.

—El sábado.

—¿Dentro de tres días?

—Justamente.

—Basta, señor.

El señor d'Epéron saludó al rey y se retiró. Cuando llegó a la antecámara se acordó de que había olvidado relevar al caballero Pertinax de su centinela, mas el caballero Pertinax se había relevado a sí mismo.

XXIX

LOS DOS AMIGOS

Si el lector no se disgusta, seguiremos ahora a los dos jóvenes caballeros, a quienes el rey, satisfecho de saborear secretos propios, enviaba por su parte al mensajero Chicot. Apenas se vieron a caballo Ernanton y Sainte-Maline, cuando por el empeño de no ceder el paso estuvieron expuestos a quedar aplastados al atravesar el postigo.

Efectivamente, habiendo arrancado de frente los dos caballos, hicieron chocar fuertemente una contra otra las rodillas de ambos caballeros.

El semblante de Sainte-Maline se tiñó de púrpura, cubriendo mortal palidez el de Ernanton.

—Me lastimáis, caballero —dijo aquél después que pasaron la puerta—. ¿Queréis hacerme añicos?

—También vos me oprimís terriblemente —contestó Ernanton—, pero ya veis que no me quejo.

—¿Tratáis por ventura de darme una lección?

—Nada quiero daros absolutamente.

—¿Qué es eso? —dijo Sainte-Maline arrimando más su caballo al del compañero para poder hablarle de cerca—: repetidme esas palabras.

—¿Con qué objeto?

—Para que yo las comprenda.

—Buscáis jarana, ¿eh? —repuso con calma Ernanton—. Tanto peor para vos.

—¿Y con qué objeto he de buscar jarana? ¿Os conozco acaso? —replicó Sainte-Maline desdeñosamente.

—Sí, me conocéis muy bien; en primer lugar porque allá en la provincia mi casa dista dos leguas de la vuestra, y no hay uno en el país que ignore mi antiguo origen; en segundo lugar, porque estáis dado a Satanás por haberme encontrado en París, pues os creáis llamado exclusivamente; en tercer lugar porque el rey me ha elegido para que lleve su carta.

—Pues bien —replicó Sainte-Maline pálido de rabia—; acepto como verdadero cuanto acabáis de decir; pero resulta una cosa.

—¿Cuál?

—Que no me encuentro bien junto a vos.

—Retiraos, si queréis; no tengo el menor empeño en que me sigáis.

—Me parece que no queréis comprender lo que digo.

—Al contrario, caballero; se me figura que os comprendo admirablemente. Querríais, por ejemplo, pescarme la carta para llevarla, ¿no es eso? Por desgracia necesitáis matarme para conseguirlo.

—¿Y quién os dice que no tengo ganas de hacerlo?

—Del dicho al hecho hay un gran trecho.

—Bajad conmigo a orillas del río y nos veremos las caras.

—Señor mío, cuando el rey me ordena que lleve una carta...

—¿Qué hacéis?

—La llevo.

—Yo os la arrancaré a la fuerza, por mucho que presumáis.

—Creo que no me obligaréis a que os rompa la cabeza como a un perro rabioso...

—¡Vos a mí!

—Sin duda; tengo aquí una pistola enorme, y vos no.

—¡Ah! me la pagaréis —dijo Sainte-Maline apartando su caballo.

—Ya lo creo; después que se concluya mi comisión.

—¡Voto a mil demonios!

—En cuanto al presente, moderaos, señor de Sainte-Maline, porque tenemos la honra de pertenecer al rey y daríamos muy mala opinión de nosotros mismos, si tratásemos de llamar la atención del pueblo. Pensad también que la discordia entre los defensores de Su Majestad sería una victoria para los enemigos del Trono.

Sainte-Maline mordía sus guantes y mostraba los dientes ensangrentados.

—Vamos, vamos —le dijo Ernanton—, conservad esos puños para sostener bien la espada cuando llegue el caso.

—¡Ah! voy a reventar de furor —exclamó Sainte-Maline.

—Si así sucede —replicó el otro—, me daréis hecho todo el trabajo.

Nadie es capaz de comprender hasta qué extremo hubiera conducido la rabia siempre en aumento a Sainte-Maline; pero al atravesar la calle de San Antonio por las inmediaciones de San Pablo, reparó Ernanton en una litera, lanzó un grito de sorpresa y detuvo su caballo para mirar a una dama medio tapada.

—¡Mi paje de ayer! —exclamó al fin.

La dama no hizo ademán de haberle reconocido, y pasó sin arquear las cejas aunque ocultándose en el fondo de la litera.

—¡Ira de Dios! —dijo Sainte-Maline—, creo que me obligáis a detenerme por el gusto de ver a una mujer.

—Os pido que me perdonéis, caballero —contestó Ernanton prosiguiendo su camino.

Desde aquel instante continuaron al trote largo, pasando por la calle del arrabal de San Marcelo sin dirigirse la palabra, ni aun para disputar.

Sainte-Maline parecía exteriormente tranquilo, mas lo cierto era que todos los músculos de su cuerpo se estremecían de cólera.

Había reconocido por otra parte que a pesar de ser buen jinete, no le sería fácil seguir en un caso dado a Ernanton, pues su caballo era muy inferior al de éste y sudaba a mares sin haber corrido, descubrimiento que como puede presumirse contribuía poderosamente a exaltar su bilis.

Esta circunstancia le hacía cavilar muchísimo, y para probar con exactitud lo que podía prometerse de su corcel, le hostigaba sin cesar con el látigo y la espuela.

Pero aquella insistencia en el castigo produjo un altercado entre su caballo y él cuando ya

se encontraban cercanos a la Bievre: el alazán no se expresó en términos retóricos como lo había hecho Ernanton, sino que acordándose de su origen (era normando) puso al caballero un pleito y el caballero lo perdió.

Comenzó por asustarse, luego se encabritó, dio en seguida un salto de carnero y arrancó a escape hasta la Bievre, en donde se desembarazó de su carga rodando con ella hasta el río, en el cual se separaron los dos bultos.

De una legua podían oírse los gritos de Sainte-Maline, aunque medio ahogados por el líquido elemento: cuando después de mil esfuerzos consiguió levantarse, los ojos parecían saltarle de sus órbitas, y algunas gotas de sangre que resbalaban de su arañada frente le desfiguraban el rostro.

Sainte-Maline dirigió miradas atónitas en torno suyo: el caballo había tocado ya la orilla, aunque no se le veía más que la grupa, lo cual demostraba que debía tener la cabeza vuelta hacia el río.

Molido, lleno de barro, calado hasta los huesos, cubierto de sangre y de contusiones, el caballero se convenció de que no podría apoderarse de su corcel, y que el intentarlo sería una tentativa ridícula.

Entonces se acordó de las palabras que había dirigido a Ernanton. En efecto, supuesto que no había querido esperar un instante a su compañero en la calle de San Antonio, ¿cómo había de exigir que éste le aguardase una o dos horas en medio del camino?

Esta reflexión convirtió su cólera en desesperación violenta y mucho más cuando notó desde el sitio en que se encontraba encajonado, que Ernanton, silencioso, picaba a su caballo oblicuando la marcha por otro camino, que sin duda tenía por más corto.

Los hombres verdaderamente irascibles revelan el punto culminante de su cólera por medio de un relámpago de locura: algunos solamente alcanzan hasta el delirio; otros llegan hasta la postración total de sus fuerzas y de su inteligencia.

Sainte-Maline desenvainó maquinalmente el puñal y por un momento concibió el designio de sepultarlo en su pecho hasta el mango. Nadie, ni aun él mismo, hubiera sido capaz de decir lo que sufrió en aquel corto espacio. Fue una crisis de esas que matan a un hombre o le hacen diez años más viejo.

Subió por fin el declive del río ayudándose con manos y rodillas hasta que llegó al punto más alto; una vez allí, examinó el camino, mas nada se veía. Ernanton había desaparecido por la derecha, sin duda avanzando a toda brida, y en el fondo también se había eclipsado su corcel.

Mientras que Sainte-Maline daba cabida en su imaginación exasperada a mil pensamientos siniestros contra todo el mundo y contra sí mismo, resonó en sus oídos el galope de un caballo y simultáneamente vio desembocar por la parte de la derecha del camino, que había seguido Ernanton, a un caballero montado.

El caballero conducía otro alazán por la brida.

Era justamente el resultado de la carrera del señor de Carmaignes, quien se había dirigido hacia la derecha del río, porque no ignoraba que perseguir a un caballo por detrás es infundirle aliento para huir con la velocidad que comunica el miedo.

Había por lo tanto cortado al cuadrúpedo normando por medio de un rodeo, esperándole en una estrecha callejuela.

Al reparar en él se llenó de contento el corazón de Sainte-Maline y experimentó al mismo

tiempo éste un movimiento de efusión y de gratitud que prestó nuevo brillo a sus miradas, mas no tardó en nublarse su semblante, porque acababa de reconocer la superioridad que Ernanton tenía sobre él, que se creía incapaz de haber obrado del mismo modo en iguales circunstancias.

La nobleza de su honrada conducta le anonadaba, y cuanto más pensaba en ella más tormentos sufría.

Murmuró, sin embargo, algunas frases en acción de gracias, a las que no respondió Ernanton, empuñó las riendas con ira, y a pesar de los dolores que le atormentaban, se plantó en la silla.

Ernanton, siempre silencioso, tomó la delantera acariciando a su caballo.

Ya dijimos que Sainte-Maline era muy buen jinete; por lo tanto, el accidente de que había sido víctima sólo podía considerarse como una sorpresa; así que, después de una pequeña lucha en la cual estuvo de su parte la ventaja, dominó por último a su corcel y le hizo tomar el trote.

—Os doy las gracias, caballero —dijo por segunda vez a Ernanton, luego de haber consultado con su orgullo y con las convicciones sociales.

Ernanton se limitó a inclinarse hacia él llevando la mano al ala de su sombrero.

El camino pareció demasiado largo a Sainte-Maline.

A eso de las dos y media de la tarde alcanzaron a un hombre que caminaba acompañado por un perro; era de alta estatura y colgaba de su cinturón una larga espada; no era Chicot, aunque tenía brazos y piernas como las suyas.

Sainte-Maline, aunque todavía cubierto de fango, no pudo contenerse y, al ver que Ernanton pasaba de largo sin hacer caso de aquel hombre, concibió la idea de que su compañero se viese en descubierto por su falta de precaución; así, pues, se aproximó al caminante preguntándole:

—¿Esperáis alguna cosa?

El viajero miró a Sainte-Maline, cuyo aspecto a la sazón, a decir verdad, nada tenía de agradable. Aquel semblante descompuesto por la reciente cólera, aquel barro aún no seco de su traje, aquella sangre fresca de su frente y mejillas, aquellos ojos fruncidos y ceñudos, aquella mano febril extendida hacia él y el gesto de amenaza que le acompañaba, todo pareció de muy mal agüero al caminante.

—Si espero algo —contestó—, al menos a nadie aguardo, y si en efecto aguardo a alguno, no espero a vos.

—Sois muy poco urbano, señor mío —repuso Sainte-Maline, contento al fin porque se le presentaba una ocasión de desfogar su cólera, y furioso también porque, en el hecho de engañarse, acababa de proporcionar un nuevo triunfo a su adversario.

Al mismo tiempo levantó la mano armada del látigo para sacudir al viajero, mas éste puso en juego el palo que llevaba y asestó un golpe en la espalda a Sainte-Maline; acto continuo silbó a su perro, que se lanzó a los corvejones del caballo y al muslo del caballero, arrancando al primero una tajada y al segundo un jirón de los calzones.

Irritado el caballo por el dolor, partió a escape como si llevase en el cuerpo una legión de diablos, sin que pudiese contenerlo Sainte-Maline, quien a pesar de todo no perdió los estribos.

Pasó, pues, como una flecha disparada por el lado de Ernanton, quien le vio correr a guisa de huracán sin sonreírse de su mala ventura.

Por último, cuando logró detener al normando, cuando notó que el señor de Carmaignes se le reunía, su orgullo empezó, no precisamente a disminuirlo, sino a entrar en composición.

—Vamos, vamos —exclamó procurando sonreírse—; ya veo que éste es el mal día para mí, a lo que parece. Y con todo, el hombre que queda atrás se parece bastante al retrato que nos ha hecho Su Majestad del otro a quien buscamos.

Ernanton guardó silencio.

—Os estoy hablando, caballero —agregó Sainte-Maline, exasperado por aquella sangre fría, que con razón consideraba como una prueba de desprecio, y que se empeñaba en hacer cesar por cualquiera ruptura definitiva; aun cuando le costase la vida—. Os hablo, repito. ¿No me oís?

—El hombre designado por Su Majestad —respondió Ernanton—, no lleva palo ni perro.

—Es verdad, y a haber reparado yo en ello, tendría una contusión menos en la espalda y dos dentelladas menos en el muslo: ya veo que es muy bueno mostrarse bueno y tranquilo.

Ernanton no le contestó, pero alzándose sobre los estribos y poniendo la mano abierta encima de los ojos, a guisa de pantalla, exclamó:

—Allá abajo está aguardándonos el hombre que buscamos.

—¡Con mil diablos! —murmuró Sainte-Maline molesto por la nueva ventaja de su compañero—, tenéis excelente vista: yo sólo distingo un punto negro y aun eso con poca claridad.

Ernanton, sin responder, continuó avanzando y no tardó Sainte-Maline en ver y reconocer al hombre que el rey les había indicado. Dominado por su envidia picó su caballo para llegar el primero.

Ernanton esperaba aquel movimiento y le miró sin disgusto y sin intención aparente: aquella mirada contuvo a Sainte-Maline, que puso su caballo al paso.

XXX
SAINTE-MALINE

Ernanton no se había engañado, pues aquel hombre era el mismo Chicot en cuerpo y alma. Éste, por su parte, también tenía buenos ojos y excelente oído y había visto y sentido a distancia a los jinetes gascones; y suponiendo desde luego que a él era a quien buscaban, les estaba esperando.

Apenas conoció que sus sospechas se convertían en realidad, porque los dos caballeros se aproximaban a él, colocó sin afectación la mano sobre el pomo de la espada, a fin de presentarse en una actitud conveniente.

Ernanton y Sainte-Maline se miraron silenciosamente por espacio de algunos segundos.

—Ahora os toca a vos, si no lo habéis por enojo —dijo Ernanton inclinándose a su adversario; porque en aquellas circunstancias, la palabra adversario era mucho más propia que la de compañero.

Sainte-Maline se hallaba sofocado, pues la sorpresa que le había causado aquella invitación cortés, ahogaba su voz anudándole la garganta: así que sólo contestó con un movimiento de cabeza.

Ernanton, al ver que no abría los labios, tomó la palabra.

—Caballero —dijo a Chicot—, nos hallamos a vuestras órdenes.

Chicot saludó a ambos con graciosa sonrisa.

—¿Será indiscreción —agregó el joven jinete— preguntaros vuestro nombre?

—Me llamo LA SOMBRA, caballero —respondió Chicot.

—¿Esperáis alguna cosa?

—Sí, señor.

—¿Y tendréis a bien decirnos qué cosa esperáis?

—Una carta.

—No debéis extrañar nuestra curiosidad, caballero, pues nada tiene de ofensiva para vos.

Chicot se inclinó nuevamente, mostrando una sonrisa mucho más graciosa que la primera.

—¿De dónde esperáis dicha carta? —replicó Ernanton.

—Del Louvre.

—¿Con qué sello?

—Con el sello real.

Ernanton metió la mano en el pecho.

—Seguramente es ésta —dijo al mismo tiempo—. ¿Sois capaz de conocerla?

—Al momento, si me la enseñáis. Ernanton sacó la carta.

—Esa es —exclamó Chicot; mas supongo que para seguridad vuestra, debo daros yo en cambio alguna otra cosa. ¿No es verdad?

—Sí; un recibo.

—Muy bien.

—Caballero, el rey me ha encargado de la carta hasta el momento en que os encontrase, pero el señor es quien debe entregáosla.

Diciendo y haciendo, ofreció la misiva a Sainte-Maline la tomó y puso en manos de Chicot.

—Gracias, caballeros —dijo éste.

—Ya veis —observó Ernanton—, que hemos cumplido puntualmente las órdenes que se nos han dado: en este camino no se divisa alma nacida, y por lo tanto nadie nos ha visto hablar con vos ni entregaros ese pliego.

—Es muy cierto, caballero; reconozco la verdad de vuestras palabras y en caso preciso daré testimonio de ellas. Ahora debo cumplir por mi parte.

—En efecto... el recibo... —murmuraron a un mismo tiempo los gascones.

—¿A cuál de los dos debo darlo?

—No lo ha dicho el rey —respondió Sainte-Maline mirando a su compañero con un gesto amenazador.

—Extendedlo por duplicado —replicó Ernanton—, y llevaremos cada uno una copia; hay una distancia regular desde aquí al Louvre, y el señor o yo podemos sufrir algún contratiempo.

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Ernanton brillaron como relámpagos.

—Sois hombre prudente —le dijo Chicot.

Sacó acto seguido un librito de memorias, arrancó de él dos hojas y escribió en ellas lo siguiente:

"He recibido de manos del señor Renato de Sainte-Maline la carta que ha traído el señor Ernanton de Carmaignes.

"LA SOMBRA."

—Adiós, caballero —exclamó Sainte-Maline apoderándose de su recibo.

—Adiós, caballero y buen viaje —repitió Ernanton—. ¿Se os ofrece alguna otra cosa para el Louvre?

—Nada en absoluto, señores, vuelvo a daros infinitas gracias.

Ernanton y Sainte-Maline volvieron bridas hacia París, y Chicot, por su parte, se alejó con un paso que habría podido envidiar la mejor cabalgadura.

Apenas hubo desaparecido, cuando Ernanton, que casi no había caminado cien pasos, detuvo su caballo, y dirigiéndose a Sainte-Maline, le dijo:

—Ahora, caballero, pies a tierra, si os place.

—¿Con qué objeto? —le preguntó aquél con asombro.

—Hemos cumplido nuestra comisión y tenemos que hablar: por otra parte, este sitio me parece muy a propósito para una conversación de la índole de la nuestra.

—Como gustéis, caballero —repuso Sainte-Maline desmontando al ver que lo había hecho ya su compañero de viaje.

No bien echó pie a tierra, cuando Ernanton le dijo aproximándose a él:

—Bien sabéis, caballero, que sin otro motivo por mi parte y sin límites por la vuestra; en

una palabra, sin el menor motivo me habéis ofendido durante todo el día gravemente. No es esto todo: habéis intentado provocarme en un momento inoportuno, y me he negado a batirme; pero al presente ya es otra cosa, y estoy a vuestras órdenes.

Sainte-Maline escuchó estas palabras con gesto sombrío; mas, ¡cosa extraña! no experimentaba ya la misma cólera que en sus anteriores provocaciones, y por lo tanto, no quería batirse: la reflexión había podido más en él que el orgullo, y juzgaba ya desapasionadamente la inferioridad de su posición.

—Caballero —respondió al cabo—, cuando os insulté me hicisteis un gran servicio: he aquí por qué no soy capaz de sostener las mismas palabras que antes os he dirigido. Ernanton cerró los ojos disgustado.

—Necesito saber —respondió— si pensáis todavía lo mismo que antes dijisteis.

—¿Quién os asegura semejante cosa?

—Todas vuestras palabras respiraban odio y envidia, y al cabo de dos horas que hace que las habéis dicho, no creo que esos dos sentimientos hayan desaparecido completamente de vuestro corazón.

Sainte-Maline avanzó, pero no replicó una palabra. Ernanton se detuvo un instante, y luego prosiguió diciendo:

—Si el rey me ha preferido a vos, consiste en que he llegado a agradarle más; si no he rodado como vos en la Bievre, consiste en que soy mejor jinete; si no he aceptado vuestro desafío cuando creísteis oportuno proponérmelo, consiste en que tengo más prudencia; si no me ha mordido un perro y apaleado un hombre, consiste en que tengo mayor sagacidad; finalmente, si ahora mismo os pido satisfacción de vuestras ofensas, obligándoos a desenvainar la espada, consiste en que tengo más honor, y... no me obliguéis a decirlo... mayor bravura.

Sainte-Maline temblaba de ira, y sus ojos despedían llamas: todas las malas pasiones que Ernanton había adivinado se revelaban en el rostro de su contrario, pálido de furor: no bien Carmaignes pronunció las últimas palabras, cuando desenvainó la espada como un loco. Ernanton empuñaba ya la suya.

—Vamos, caballero —dijo Sainte-Maline—, retirad la última palabra que habéis pronunciado, porque está de más como debéis comprenderlo, ya que sabéis quién soy, pues como habéis dicho vivimos separados por dos leguas de distancia: retiradla, porque bastante me habéis humillado; no me deshonréis.

—Caballero —repuso Ernanton—, como nunca me encolerizo, nunca digo tampoco más que lo que quiero decir, y por consiguiente nada tengo que retirar. También soy sensible a los insultos, y como nuevo en la corte, no quiero avergonzarme cuando os halle al paso. Crucemos, pues, las espadas si os agrada, porque esto valdrá tanto para mi satisfacción como para la vuestra.

—¡Oh! me he batido once veces —dijo Sainte-Maline—, y de mis once adversarios quedaron dos en el campo. Creo que lo sabéis.

—Pues yo, caballero, nunca he hecho otro tanto —replicó Ernanton—, porque la ocasión no se me ha presentado; ahora viene a buscarme cuando no la esperaba y la acojo con placer. Cuando os plazca, caballero.

—Esperad —dijo Sainte-Maline meneando la cabeza—; somos compatriotas, ambos estamos al servicio del rey, por consiguiente soy de parecer de que no debemos batirnos,

toda vez que os reconozco por un valiente: si me fuera posible, también os ofrecería mi mano. ¿Qué más queréis? Me manifiesto a vos tal como soy, ulcerado en el corazón y no por mi culpa. Soy envidioso sin poderlo remediar, porque la Naturaleza me ha arrojado al mundo en hora fatal. El señor de Chalabre, el señor de Monterabeau, o el señor de Pincorney no hubieran excitado mi cólera, porque esta ventaja sólo la debéis a vuestro mérito; consolaos, pues, ya que mi envidia nada puede contra vos. Esto quiere decir que quedamos como antes. ¿No es esto, caballero? Demasiado padeceré cuando digáis a alguno el motivo de nuestra disputa.

—Nadie la sabrá.

—¿Nadie?

—No, caballero, porque si nos batimos os mataré o me mataréis: no creáis por eso que hago poco caso de la vida; al contrario, procuro conservar el pellejo porque tengo veintitrés años, buen nombre, y no soy enteramente pobre: espero en el porvenir, y por lo tanto debéis creer que me defenderé como un león.

—A mí me sucede todo lo contrario, caballero; tengo ya treinta años y estoy cansado de vivir, porque en nada espero; mas a pesar de todo y, aunque nunca seré feliz, deseo no batirme con vos.

—Es decir que vais a darme una satisfacción.

—No; bastante he hecho y he dicho: si no os dais por contento, tanto peor para vos, porque dejaréis de ser superior a mí.

—Debo recordaros, caballero, que no puede quedar terminado este asunto de tal modo, sin que los contendientes sean silbados, y mucho más si se atiende a que son gascones.

—Eso es precisamente lo que espero.

—¡Cómo!

—Lo que os digo, me hace falta un hombre que me silbe.

—¡Qué feliz momento para mí!

—¿Rehusáis el combate?

—Deseo no batirme... con vos; se entiende.

—¿Luego de haberme provocado?

—Convenido.

—Pero, ¿y si me falta la paciencia y la emprendo con vos a cintarazos?

Sainte-Maline apretó convulsivamente los puños.

—En ese caso —dijo—, lanzaré mi espada a cuarenta pasos.

—Mirad lo que decís, caballero, porque en ese caso no os daré de punta.

—Corriente, eso será una razón más para aborreceros y os aborreceré mortalmente; algún día os hallaré débil, como hoy me veis, y os mataré desesperado.

Ernanton envainó su espada.

—Sois un hombre singular —le dijo—, y os compadezco con todo mi corazón.

—¿Me compadeceís?

—Sí, porque debéis padecer mucho.

—Horriblemente.

—Porque nunca podéis amar.

—Nunca.

—¿Y no tenéis pasiones?

—Una sola.

—La envidia, ya me lo habéis dicho.

—Sí, y por esta razón tengo mil a un tiempo que me hacen muy desventurado: adoro a una mujer desde el momento en que ama a otro; deseo el oro cuando le veo en otras manos; soy siempre orgulloso por comparación; bebo para que mi cólera estalle, es decir, para transformarla en enfermedad aguda cuando es crónica, para que hierva como un volcán. Sí, sí; ya lo habéis dicho, señor Carmaignes, soy muy desgraciado.

—¿Nunca habéis tratado de corregiros?

—Ha sido trabajo inútil.

—¿Qué esperáis? ¿Qué pensáis hacer?

—¿Qué hace la planta venenosa? Tiene flores como las demás y nuestros hombres saben aprovechar su jugo. ¿Qué hacen el oso y el ave de rapiña? Muchos hombres de experiencia conocen el medio de dirigir sus instintos. He aquí lo que soy y lo que seré probablemente en poder del duque d'Epéron y del señor de Loignac, hasta el día en que digan: esta planta es muy dañina, arranquémosla: este animal está rabioso, matémosle.

Ernanton se había tranquilizado poco a poco, porque Sainte-Maline no era ya para él un objeto de cólera, sino de estudio, y casi sentía compasión hacia un hombre a quien las circunstancias obligaban a tan singulares declaraciones.

—Una gran fortuna —le dijo—, y podéis conseguirla porque tenéis disposición, os curará completamente; dirigíos por vuestros propios instintos, y sobresaldréis en la guerra o en la intriga: cuando dominéis a los demás les odiaréis menos.

—Por mucho que me eleve, por muy alto que me coloque la fortuna, siempre habrá sobre mí categorías superiores que herirán mi orgullo y risas sardónicas que me desgarrarán los oídos.

—Os compadezco —repitió Ernanton. Y cogiendo la brida de su caballo que había atado a un árbol, volvió a montar. Los dos gascones se dirigieron a París, mudo y sombrío el uno por lo que había oído, y el otro por lo que había dicho.

De pronto alargó Ernanton la mano a Sainte-Maline.

—¿Queréis que trate de curaros? —le dijo.

—Ni una palabra más, caballero —respondió el último—, no intentéis semejante cosa, porque os llevaréis chasco: aborrecedme por el contrario y así os admiraré.

—Os compadezco —volvió a repetir Ernanton.

Una hora más tarde entraban los dos caballeros en el Louvre y se dirigían al Cuartel de los Cuarenta y Cinco.

El rey había salido y no debía regresar hasta la noche.

XXXI
LA ALOCUCIÓN DEL SEÑOR DE LOIGNAC
A LOS CUARENTA Y CINCO

Los dos jóvenes se asomaron a la ventana de sus respectivos aposentos para atisbar la llegada del rey, aunque con pensamientos muy diversos.

Sainte-Maline, con el entrecejo fruncido y el corazón abrasado, se entregaba completamente a su odio, a su vergüenza y a sus ambiciosos proyectos.

Ernanton, sin acordarse ya de las escenas que habían mediado entre él y su compañero, sólo se sentía inquieto por la curiosidad de saber quién era aquella mujer que él mismo había hecho entrar en París disfrazada de paje y que hacía algunas horas había vuelto a ver en magnífica litera.

Amplia materia de reflexión suministraban los dos encuentros del paje-mujer a un corazón más preparado para correr galantes aventuras que a soñar en cálculos de ambición.

Por eso el caballero Carmaignes fue ensimismándose poco a poco entre la confusión de sus propios pensamientos, hasta que habiendo levantado por casualidad la cabeza, observó que Sainte-Maline había abandonado su puesto.

Una idea se presentó a su imaginación. Sainte-Maline, menos distraído que él, había acechado mejor el momento en que Su Majestad volvía al Louvre: el rey, en efecto, había entrado ya en palacio, y Sainte-Maline no perdió un instante en presentarse a él.

Ernanton se separó de la ventana, cruzó la galería y llegó a la puerta de la real cámara, precisamente cuando su compañero salía de ella.

—Mirad, mirad —le dijo Sainte-Maline—; he ahí lo que el rey me ha regalado.

Y le mostró una cadena de oro.

—Os doy mil enhorabuenas, caballero —le respondió Ernanton sin que su voz revelase la menor emoción.

Y al mismo tiempo entró en la estancia de Su Majestad. Sainte-Maline aguardaba alguna manifestación de celos por parte del señor de Carmaignes: por consiguiente extrañó mucho aquella calma y esperó a que Ernanton saliese.

Este sólo estuvo diez minutos en la cámara del rey, pero aquellos diez minutos fueron siglos para Sainte-Maline.

Salió por fin, y el último permanecía en el mismo sitio; su maligna mirada examinó a Carmaignes, y acto seguido respiró de placer porque Ernanton ningún regalo traía que fuese al menos visible.

—¿Qué es lo que el rey os ha dado, caballero? —le preguntó.

—Su mano a besar —repuso Ernanton sonriéndose.

Sainte-Maline estrujó la cadena entre sus manos con tal fuerza, que rompió un anillo, y ambos se dirigieron hacia el Cuartel sin pronunciar más palabras.

Apenas entraron en el salón, cuando llegaron a sus oídos los ecos del clarín; a aquella

señal los Cuarenta y Cinco salieron de sus respectivos aposentos como salen las abejas de las colmenas para libar el jugo de las flores.

Todos se interrogaban unos a otros qué era lo que sucedía, al mismo tiempo que aprovechaban aquel instante de reunión general para admirar el cambio que se había efectuado en la limpieza y traje de todos los gascones.

Casi todos ostentaban gran lujo, de mal gusto si se quiere, pero en el cual el esplendor hacía veces de elegancia.

Por lo demás, tenían lo que el duque d'Epéron deseaba de ellos, a fuer de hábil político, ya que era mal soldado: juventud, vigor y experiencia: estas ventajas inducían a olvidar sus demás defectos.

En una palabra, los Cuarenta y Cinco, se asemejaban a un cuerpo de oficiales vestidos de gala.

Largas tizonas, espuelas colosales, retorcidos mostachos, botas y guantes de búfalo, todo cubierto de oro por el bien parecer, como entonces se decía; he aquí el uniforme que el instinto había inspirado a aquellos caballeros.

Los más discretos dábanse a conocer en el color severo del traje, los más avaros en la solidez del paño, los petimetres en las joyas y aderezos con que se adornaban.

Perducas de Pincorney había hallado en casa de algún judío una cadena de cobre dorado sumamente gruesa y pesada.

Pertinax de Monterabeau se reasumía en rizos y bordados; había comprado su uniforme a un mercader, que había dado abrigo a un caballero herido por varios ladrones. Dicho caballero, agradecido a tan generosa hospitalidad, dejó a su huésped el uniforme, que era bastante decente: es verdad que tenía dos agujeros que en él habían hecho dos puñaladas, pero Pertinax los hizo bordar en oro, convirtiendo así una falta en un adorno.

Eustaquio de Miradoux no brillaba porque había tenido que vestir a Lardille, Militar y los dos niños. La primera había elegido un traje tan rico como lo permitían las leyes de la época; Militar se hallaba cubierto de terciopelo desde la cabeza a los pies, ostentando una toquilla con plumas y medias de seda bordadas, de modo que sólo quedó al pobre Eustaquio la cantidad necesaria para cubrir sus carnes.

En cuanto al señor de Chalabre, conservaba todavía su ropilla, color gris, que un sastre acababa de componer y forrar de nuevo; algunas tiras de terciopelo hábilmente puestas en las costuras más deterioradas hacían disimulable la vejez de la prenda: el señor de Chalabre decía a todas horas que su único deseo era el proveerse de una ropilla nueva; pero a pesar de sus diligencias, le había sido imposible encontrar mejor paño que el de la suya.

Por lo demás, se había comprado calzones, botas, capa y sombrero, de modo que ofrecía a la vista una apariencia decente, por más que fuese pobre.

Respecto a sus armas, nada había que decir, pues como antiguo guerrero había sabido procurarse una soberbia espada toledana, una daga turca, y una gola a toda prueba.

Aquellos caballeros examinaban mutuamente sus trajes, cuando el señor de Loignac entró en el cuartel haciendo alarde de su mala catadura: mandó formar círculo, y se situó en medio de él con una arrogancia que nada tenía de satisfactoria para los Cuarenta y Cinco.

Inútil creemos asegurar que todas las miradas se fijaron en el jefe.

—Señores —dijo con voz de trueno—, ¿estamos todos aquí?

—Todos —respondieron cuarenta y cinco voces en coro perfecto que prometían mucho para la disciplina.

—Caballeros —prosiguió Loignac—, se os ha traído aquí para que forméis la guardia particular del rey, guardia distinguida, pero que ofrece muchos compromisos.

Loignac hizo una pausa y sus primeras palabras fueron acogidas con murmullos de satisfacción.

—Se me figura, sin embargo —añadió—, que no todos habéis comprendido exactamente la extensión de vuestros deberes, y por lo mismo os los voy a explicar.

Todos escucharon con atención, y era evidente que ansiaban conocer sus obligaciones, aun cuando estuviesen poco dispuestos para cumplirlas.

—No debéis figuraros, caballeros, que el rey os paga y os mantiene para que os deis a los diablos y repartáis arañazos y estocadas cada y cuando se os antoje; la disciplina es una cosa indispensable entre vosotros, porque sois unos verdaderos diablos, pero esa disciplina ha de ser secreta: además, componéis una reunión brillante de espadachines, y debéis, por consiguiente, ser los primeros en acatar las leyes del reino.

Los Cuarenta y Cinco no respiraban, y parecía indudable que las consecuencias de la perorata iban a ser muy serias. —Desde hoy vivís en lo interior del palacio del Louvre, es decir, en el mismo laboratorio del Gobierno; de modo que, si no asistís a todas las deliberaciones, seréis casi siempre llamados para ejecutar lo que se os mande: por lo tanto, os halláis en el caso de los oficiales que no sólo aceptan la responsabilidad de un secreto, sino que obtienen la autoridad del Poder Ejecutivo.

Otro murmullo de satisfacción recorrió las filas de los gascones, y sus cabezas se alzaron con orgullo como si la vanidad las hubiese hecho crecer.

—Pues bien, supongamos ahora —prosiguió Loignac— que uno de dichos oficiales, en cuyo celo descansa muchas veces la seguridad del Estado o la tranquilidad de la Corona, supongamos, repito, que uno de esos oficiales haga traición al secreto que se le confía, o que un soldado, a quien se da una consigna, no la ejecute: ¿sabéis lo que le sucede? Se le condena a muerte.

—En eso no hay duda —respondieron muchas voces.

—Pues bien, caballeros —exclamó con acento terrible Loignac—; aquí mismo, hoy mismo, se ha hecho traición a una orden del rey, haciendo quizás imposible una medida que Su Majestad quería tomar.

El terror comenzó a reemplazar al orgullo y a la admiración: los Cuarenta y Cinco se contemplaron unos a otros con desconfianza e inquietud.

—Dos de vosotros, caballeros, han sido sorprendidos en la calle disputando como dos viejas y dirigiéndose con encarnizamiento palabras tan graves, que cada una de ellas puede herir a un hombre y hasta asesinarlo.

Sainte-Maline se adelantó al punto hacia el señor de Loignac y le dijo:

—Creo que tengo el honor de hablaros en nombre de mis camaradas; importa mucho por lo mismo, que vuestras sospechas no recaigan sobre todos los servidores del rey; hablad pronto, si lo tenéis a bien, y sepamos a qué atenernos, a fin de que no se confundan los buenos con los malos.

—Eso es muy fácil —contestó Loignac.

Todos prestaron atención.

—El rey ha recibido hoy aviso de que uno de sus enemigos, justamente de aquellos a quienes debéis combatir, llegaba a París para desafiar su poder y conspirar contra él. Aunque se ha pronunciado secretamente el nombre de este enemigo, lo ha oído un centinela, es decir, un hombre que habría debido considerarse como una pared, y que, como ella, debía haber sido sordo, mudo e inmóvil; sin embargo, este mismo, apenas se halló en medio de la calle, ha repetido el nombre de ese enemigo del rey con tales fanfarronadas, que atrajeron la atención de los transeúntes y promovieron una especie de conmoción; yo lo sé, yo, que seguía el mismo camino que ese hombre, y que lo escuché todo con mis propios oídos; yo, que le puse la mano sobre el hombro para impedir que prosiguiera, porque según las trazas que llevaba, con pocas palabras más, habría comprometido tantos intereses sagrados, que me hubiera visto obligado a dejarle en el sitio cosido a puñaladas, si a mi primer aviso no se hubiese quedado mudo.

En aquel instante se vio a Pertinax de Monterabeau y a Perducas de Pincorney ponerse pálidos y apoyarse uno contra otro medio desfallecidos.

Monterabeau, sin embargo, trató de balbucear algunas palabras de excusa; pero apenas los dos culpables se delataron con su propia turbación, todas las miradas se fijaron en ellos.

—Nada puede justificaros, señor —dijo Loignac a Monterabeau—; si os hallabais borracho, debéis ser castigado por haber bebido; si obrasteis sólo por jactancia y orgullo, también merecéis castigo.

A estas palabras sucedió un silencio profundo y terrible; como recordará el lector, el señor de Loignac anunció al empezar una severidad que prometía siniestros resultados.

—En su consecuencia —continuó Loignac—, señor de Monterabeau, y vos también, señor de Pincorney, seréis castigados.

—Perdón, señor —repuso Pertinax—: reparad en que venimos de provincia, que somos nuevos en la corte, y que ignoramos el arte de vivir conforme a la política.

—No se debe aceptar la honra de servir a Su Majestad sin pesar las cargas y obligaciones de ese servicio.

—En lo sucesivo seremos mudos como tumbas: os lo juramos.

—Todo eso es muy bueno, señores: pero, ¿repararéis mañana el mal que hoy habéis hecho?

—Trataremos de hacerlo así.

—Imposible, os digo que es imposible.

—Pues bien, perdonadnos por esta vez, señor.

—Vivís, señores —replicó Loignac sin contestar directamente a la súplica de los dos culpables—, en una evidente insubordinación y licencia que quiero reprimir por medio de una estricta disciplina: ¿lo entendéis bien? Los que juzguen duro el servicio, que lo dejen; no faltarán voluntarios que los reemplacen.

Nadie respondió, pero muchas frentes se arrugaron.

—Ea, pues —prosiguió el jefe—, importa mucho que os enteréis bien de esto: la justicia se llevará a cabo entre nosotros de un modo secreto y expedito, sin pergaminos ni

procesos, y los traidores sufrirán en el acto la pena de muerte. Para el efecto hay mil pretextos, y nadie podrá sospechar la menor cosa. Admitamos, por ejemplo, que los señores Monterabeau y Pincorney, en vez de hablar en la calle de cosas que debieron haber olvidado, se hubieran entretenido en sacar a colación otras de que pudieran acordarse. ¿Quién ha dicho que una disputa no puede suscitar un duelo entre estos señores? En un duelo sucede muchas veces que sucumben los dos adversarios, y por lo tanto al día siguiente de la disputa pueden encontrarse muertos los caballeros Pincorney y Monterabeau, del mismo modo que se hallaron los caballeros de Quelus, de Schomberg y de Maugiron: el asunto tendrá todas las apariencias de un duelo y negocio concluido. Por consiguiente haré matar en desafío o de otro modo cualquiera al que traicione los secretos del rey.

Monterabeau, casi sin aliento, se apoyó en su compañero, cuya palidez aparecía más lívida a la sazón, y cuyos dientes chocaban con tal fuerza que parecía iban a romperse.

—Para las faltas menos graves —agregó el señor de Loignac—, reservo menores castigos, como por ejemplo, el arresto que sin privar al rey de un servidor, contendrá a éste en los límites de la subordinación. Por hoy perdono la vida a los señores Monterabeau que ha hablado, y Pincorney que ha oído sus palabras; les perdono, repito, porque tal vez han podido engañarse o ignoraban las reglas de la disciplina, y no les mando arrestados porque acaso tenga necesidad de sus servicios hoy o mañana: sin embargo, por mi autoridad discrecional les declaro comprendidos en la tercera pena que tengo a bien aplicar a los delincuentes; esta pena consiste en una multa.

A la palabra multa el señor de Chalabre estiró el hocico como un zorro.

—Señores —dijo Loignac a los culpables—, habéis recibido mil libras y devolveréis cien, cantidad que destino desde ahora para recompensar el mérito de los obedientes y subordinados.

—¡Cien libras! —exclamó Pincorney—, con mil carretas de demonios... ¿En dónde tengo yo esas cien libras, si he gastado para vestirme hasta el último escudo?

—Venderéis vuestra cadena de oro —replicó el señor de Loignac.

—La abandono —repuso Pincorney— al servicio de Su Majestad.

—No, señor; el rey no compra las alhajas de sus súbditos para pagar sus multas; vendedla vos mismo y pagad. Ahora voy a añadir dos palabras.

"He observado algunos principios de irritación entre los individuos de esta compañía: siempre que se susciten disputas quiero que se sometan a mi autoridad, y me reservo el derecho de juzgar acerca de la gravedad de las ofensas y de disponer lo conveniente para los desafíos siempre que los crea necesarios; es decir, que todos podrán romperse el alma con las condiciones que yo establezca. El primer duelo, la primera provocación que se verifique sin mi noticia, será castigada con muy crecida incomunicación, con multa o con pena mucho más severa, si sufriese perjuicio el servicio de Su Majestad.

"Aplíquense estas disposiciones a todos cuantos deban picárselas: retiraos caballeros.

"No: aguardad un momento: quince de vosotros estarán esta noche al pie de la escalera de Su Majestad en el momento de recibir la corte, y a la primera señal se dispersarán en las antecámaras. Otros quince se situarán en la parte exterior mezclados entre la gente que se acerque al palacio, y los otros quince permanecerán armados en el cuartel para hacer que, en caso de ataque, todo se lo lleven los diablos.

—Caballero —dijo Sainte-Maline acercándose a Loignac—, me ocurre una dificultad; todo cuerpo de tropas necesita estar bien mandado. ¿Cómo nos hemos de gobernar cuando nos encontramos juntos si no tenemos jefe?

—¡Ira de Dios! —gritó Loignac—. ¿Y yo quién soy?

—¡Sois vos nuestro general!

—Os equivocáis; vuestro general es el duque d'Epéron.

—Pues entonces sois nuestro brigadier, lo cual no es suficiente, porque ya conocéis que hace falta un subalterno para cada una de las tres porciones de demonios en que nos habéis dividido.

—Eso es muy justo, ya que no puedo dividirme en tres partes; no obstante, no quiero reconocer entre vosotros más superioridad que la del mérito.

—¡Oh! en cuanto a eso no tengáis cuidado, porque en el mundo hay tajos y mandobles diferentes; mostradnos el enemigo, ya sea judío o cristiano, y veremos cuál de nosotros se explica mejor.

—Nombraré jefes provisionales —replicó Loignac después de meditar las palabras de Sainte-Maline—, y con la orden del día se os leerán los nombres de los que deban mandar por veinticuatro horas. De esta manera todos sabréis mandar y obedecer; pero como no conozco todavía las capacidades que se ocultan entre vosotros, haré la elección definitiva cuando se me manifiesten.

Sainte-Maline hizo el saludo de ordenanza y se volvió a la fila.

—Creo que me habéis entendido —dijo Loignac—; os he dividido en tres escuadras de quince individuos, y ya sabéis vuestros números: la primera a la escalera, la segunda a la parte exterior, y la tercera en el cuartel; esta última casi preparada y con las armas dispuestas, es decir, pronta para marchar al primer aviso. Ahora, caballeros, retiraos.

—Señor de Monterabeau, señor de Pincorney, el pago de vuestras multas para mañana; ya sabéis que soy el tesorero. Id con Dios.

Todos abandonaron el salón dejando solo a Ernanton de Carmaignes.

—¿Deseáis alguna cosa, caballero? —le preguntó Loignac.

—Sí, por cierto —contestó aquél inclinándose—; me parece que habéis olvidado informarnos de lo que debemos hacer. Pertenecer al servicio del rey proporciona sin duda grandes ventajas, pero yo desearía saber hasta qué punto se extienden los deberes que el mismo impone.

—Eso, caballero —repuso Loignac—, constituye una pregunta delicada, a la cual me es imposible responder categóricamente.

—¿Me será permitido preguntaros por qué?

Estas palabras iban dirigidas al señor de Loignac con tanta cortesía y miramientos, que aquel jefe, contra su costumbre, en vano procuraba contestar con severidad.

—Porque yo mismo ignoro por la mañana lo que haré a la noche.

—Caballero —dijo Carmaignes—, os encontráis en una posición tan alta respecto a nosotros, que debéis saber muchas cosas que nosotros ignoramos.

—Haced lo que yo he hecho, señor de Carmaignes, aprended esas cosas sin que nadie os las enseñe, toda vez que no lo impido.

—Apelo a vuestras luces —dijo Ernanton—, porque habiendo llegado a la corte sin odios, ni amistades, y no guiándome pasión alguna, puedo, aunque sin valer más, seros de más utilidad que ningún otro.

—¿Ni amáis ni aborrecéis?

—No, por cierto.

—Creo, sin embargo, que amáis al rey, o al menos lo supongo.

—Debo y quiero hacerlo, señor de Loignac, como servidor, como súbdito y como caballero gascón.

—Pues bien, ése es uno de los puntos cardinales que deben guiaros, y si sois hombre hábil él os servirá para guiar el opuesto.

—Muy bien, caballero —replicó Ernanton inclinándose—: ya me he fijado, y sólo me resta otro punto que me inquieta mucho.

—¿Cuál?

—El que se refiere a la obediencia pasiva.

—Es la primera condición.

—Lo he oído perfectamente; pero la obediencia pasiva es en ocasiones difícil para hombres delicados en materia de honor.

—Eso no me corresponde dilucidarlo, señor de Carmaignes.

—Y no obstante, cuando os desagrade una orden...

—Leo la firma del duque d'Epernon, y esto me consuela.

—¿Y el señor d'Epernon?

—Lee la firma de Su Majestad, y se consuela igual que yo.

—Tenéis razón, caballero; contadme en el número de vuestros servidores.

Ernanton se dirigió a la puerta; mas Loignac le detuvo.

—Acabáis —le dijo— de despertar en mí ciertas ideas, y os diré a vos solo cosas que a nadie diría, porque esos pobres diablos no han tenido el atrevimiento ni la política de hablarme como vos.

Ernanton le saludó.

—Caballero —añadió Loignac acercándose al joven—, quizás esta noche vendrá a palacio algún gran personaje: no le perdáis de vista y seguidle a todas partes cuando salga del Louvre.

—Permitidme una observación; eso tiene visos de espionaje.

—¿De espionaje! ¿Lo suponéis así? —repuso fríamente Loignac—, acaso tengáis razón, pero ved...

Al mismo tiempo sacó de su ropilla un papel y lo presentó a Carmaignes; éste lo desdobló y leyó lo que sigue: "Haced que sigan esta noche al señor de Mayena, si por casualidad se atreve a presentarse en el Louvre."

—¿Está firmado? —interrogó Loignac.

—Epernon —leyó Carmaignes.

—¿Y qué decís, señor?

—Que es muy justo —contestó Ernanton saludando con respeto—; seguiré al señor de Mayena. Diciendo así, se retiró.

XXXII

LOS VECINOS DE PARÍS

El señor de Mayena, de quien tanto se ocupaban en el palacio del Louvre, y que se preocupaba bien poco de ello, salió del palacio de Guisa por una puerta falsa, y calzado de botas y espuelas y a caballo, como si acabara de llegar de un viaje, se encaminó al Louvre acompañado de tres hombres, también a caballo.

Advertido de su venida el señor d'Epemon, mandó anunciar al rey su visita.

Enterado también por su parte el señor de Loignac, había pasado segundo aviso a los Cuarenta y Cinco. Y como se había convenido, quince de ellos se hallaban en las antecámaras, quince en el zaguán y catorce en el cuartel. Decimos catorce, porque habiendo recibido Ernanton, como ya se sabe, una comisión especial, no se hallaba incluido en el número de sus compañeros.

A pesar de estas disposiciones, como el acompañamiento del señor de Mayena no inspirara temor alguno, la segunda escuadra de los Cuarenta y Cinco obtuvo la autorización precisa para entrar en el cuartel.

El señor de Mayena, introducido en la cámara de Su Majestad, se presentó con respeto, y el rey le recibió afectuosamente.

—¡Hola! ¡hola! primo mío —le dijo Enrique—, ¿conque habéis venido a visitar a París?

—Sí, señor —repuso Mayena—; he creído que en nombre de mis hermanos y en el mío debía recordar a Vuestra Majestad que somos sus más fieles súbditos.

—Eso se sabe tanto —repuso el rey—, que dejando aparte el placer que me causa vuestra visita, podíais haberos ahorrado la molestia del viaje. Por lo tanto, se me figura que otra es la causa de vuestra venida.

—Señor, temía que se hubiese alterado vuestra benevolencia respecto a la casa de Guisa a consecuencia de los extraños rumores que nuestros enemigos hacen correr de un tiempo a esta parte.

—¿Qué rumores? —preguntó el rey con aquella especie de candor que le hacía tan temible para sus mayores amigos.

—¡Cómo! —agregó Mayena desconcertado—; ¿nada ha llegado a los oídos de Vuestra Majestad desfavorable para nosotros?

—Primo mío —repuso el rey—, sabed de una vez para siempre que a nadie permitiría yo que hablase mal de los Guisa; y como todos saben esto mismo, al parecer mucho mejor que vos, resulta que nadie se atreve a desplegar sus labios, señor duque.

—En ese caso, señor —replicó Mayena—, no me pesa haber venido, ya que he tenido el honor de ver a mi rey y de conocer sus favorables disposiciones, aunque confieso que quizás ha podido ser inútil mi precipitación.

—¡Oh duque! París es muy buena ciudad, de la cual se saca provecho en toda época.

—Es verdad, señor, pero mi obligación me llama a Soissons.

—¿Qué obligación, duque?

—La del servicio de Vuestra Majestad.

—Bien, bien, Mayena; continuad como habéis comenzado, porque yo sé apreciar y reconocer como debo la conducta de mis servidores.

El duque se marchó sonriéndose, y el rey volvió a entrar en su gabinete frotándose las manos.

Loignac hizo una seña a Ernanton, quien habló al oído de su criado, y acto seguido siguió a los cuatro caballeros.

El criado fue a las caballerizas, mientras Carnaignes continuaba a pie su ronda.

No podía perderse la pista del señor de Mayena, toda vez que la indiscreción de Perducas de Pincorney había hecho conocer en París la llegada de un príncipe de la casa de Guisa. Al esparcirse esta noticia, los buenos ciudadanos de la Liga habían comenzado a salir de sus casas y a presentarse en público para seguir las huellas de su jefe.

Fácil era conocer a Mayena por sus anchas espaldas, su redondeado talle y espesa barba.

—Habíanle, pues, seguido hasta las puertas del palacio del Louvre, y en ellas le esperaban los buenos ciudadanos para acompañarle hasta su morada.

En vano Mayneville procuraba separar a los más celosos diciéndoles:

—No tanto entusiasmo, amigos míos, no tanto entusiasmo. ¡Voto al chápíro! ¿No veis que vais a comprometernos?

El duque llevaba un séquito de doscientos o trescientos hombres por lo menos cuando llegó al palacio de San Dionisio, en el cual había fijado su domicilio.

Ernanton, por lo tanto, pudo enterarse de todos los movimientos del duque, sin que nadie pudiese abrigar la menor sospecha.

En el instante en que el duque volvía el rostro para saludar a su comitiva, creyó reconocer en uno de los caballeros que saludaban al mismo tiempo que él al que acompañaba o servía de protector al paje que había entrado por la puerta de San Antonio, y que tanta curiosidad había demostrado respecto al suplicio de Salcedo.

Casi al mismo tiempo, y no bien hubo desaparecido el señor de Mayena, atravesó una litera por medio de la multitud: Mayneville se acercó a ella, separóse una de sus cortinas, y, a favor de un rayo de luna, Ernanton reconoció al paje y a la dama de la puerta de San Antonio.

Mayneville y la dama cambiaron cuatro palabras, la litera desapareció bajo los arcos del palacio de San Dionisio, seguida del primero, y cerráronse las puertas.

Un momento después apareció Mayneville en el balcón principal, dio las gracias en nombre del duque a los ciudadanos de París, y como era ya tarde, les invitó a que se retirasen, con objeto de que la maledicencia no pudiese sacar el menor partido de aquella reunión.

Todos se alejaron al escuchar sus palabras, exceptuando diez hombres, que siguieron al duque hasta el interior de palacio.

Ernanton separóse también, o mejor, fingió separarse, mientras los otros se dispersaban.

Los diez elegidos que habían quedado eran los diputados de la Liga enviados al duque de Mayena para felicitarle por su llegada, y también para que se resolviera a hacer que su hermano se presentase en París.

En efecto, aquellos dignos vecinos de la ciudad a quienes anteriormente vimos reunidos

en el palacio de Guisa, aquellos excelentes conspiradores que no carecían de imaginación, habían combinado en sus asambleas preparatorias multitud de planes, a los cuales solamente faltaban la sanción y el apoyo de un jefe con quien pudiesen contar.

Bussy-Leclerc acababa de manifestar que tenía ya adiestrados a los frailes de tres conventos en el manejo del arma, y que había alistado además quinientos ciudadanos; en resumen, que podía contarse con un efectivo disponible de mil hombres.

Lachapelle-Marteau se había entendido con los magistrados, con los clérigos y con el populacho de París: podía, pues, ofrecer a la Liga consejos y brazos; los primeros representados por doscientas golillas, y los segundos por doscientas cotas de arqueros.

Brigard contaba con los mercaderes de la calle de los Lombardos, con los pillos de los mercados, y con todos los vecinos del barrio de San Dionisio.

Crucé dividía con Lachapelle-Marteau la adhesión de los procuradores, y a más de esto, representaba a la Universidad de París.

Debar ofrecía todos los marineros y empleados del Sena, refuerzo peligroso que formaba un contingente de quinientos hombres.

Louchar se encontraba a la cabeza de quinientos chalanes de caballos, que eran católicos furiosos.

Un peltretero que se llamaba Pollard, y un salchichero, cuyo nombre era Gilberto, ofrecían quinientos carniceros y tocineros de la ciudad y de los arrabales.

Maese Nicolás Poulain, el amigo de Chicot, ofrecía todo, y a todo el mundo.

Considerándose el duque ya seguro en su estancia, oyó con paciencia estas revelaciones y dijo:

—Admiro verdaderamente las fuerzas de la Liga, pero no veo el objeto que sin duda venís a proponerme.

Maese Lachapelle-Marteau se dispuso al instante a pronunciar un discurso en tres partes; era hombre prolijo, y nadie ignoraba esta circunstancia; de modo que Mayena se estremeció.

—Concluid pronto —le dijo.

Bussy-Leclerc cortó la palabra a Marteau y exclamó: —Deseamos un cambio de cosas; somos los más fuertes, y, por lo tanto, queremos obtenerlo: esto es corto, claro y preciso.

—Pero, ¿cómo esperáis conseguir ese cambio? —le interrogó el duque.

—Páreceme —repuso Bussy-Leclerc con una franqueza que podía pasar por audacia en hombre de tan baja condición— que sabiendo nuestros jefes el proyecto de la *unión*, a ellos y no a nosotros corresponde indicar el plan.

—Señores —exclamó Mayena—, decís muy bien: el objeto y el ataque deben ser indicados por los que tienen el honor de ser vuestros jefes; pero me encuentro en el caso de repetiros que el general es el único juez del instante en que debe empeñarse la batalla, y que, aunque vea a sus tropas armadas y decididas, no dará la señal mientras crea que no debe hacerlo.

—Mas es el caso, monseñor —replicó Crucé—, que la Liga tiene prisa, como ya lo hemos manifestado.

—¡Prisa! ¿Y de qué? —replicó el duque.

—De llegar.

—¿Adonde?

—A su objeto, porque nosotros también hemos concebido nuestro plan.

—Eso es otra cosa —replicó Mayena—; si tenéis vuestro plan, nada debo añadir.

—Suponemos, sin embargo, que nos daréis vuestra ayuda.

—Sin duda alguna, con tal que ese plan nos agrade a mi hermano y a mí.

—Probablemente os agradará.

—Veamos, pues, en qué consiste.

Los de la Liga se miraron unos a otros, y dos o tres de ellos hicieron señas a Lachapelle-Marteau para que hablase.

Este avanzó como si solicitase del duque el permiso necesario para explicarse.

—Hablad —le dijo Mayena.

—He aquí el plan, monseñor —repuso Marteau—: se nos ha ocurrido a Leclerc, a Crucé y a mí; lo hemos meditado detenidamente, y su resultado no puede menos de ser seguro.

—Al hecho, caballero Marteau, al hecho.

—Existen muchos puntos en la ciudad en los cuales estriba, por decirlo así, toda la defensa de la misma; por ejemplo, el grande y el pequeño Chatelet, el palacio del Temple, la municipalidad, el Arsenal y el Louvre.

—Es cierto —dijo el duque.

—Todos esos puntos están cubiertos por guardias fijas, muy fáciles de sorprender, por lo mismo que no pueden sospechar el peligro de un ataque brusco.

—Tampoco niego eso —añadió el duque—. Con todo, la ciudad se encuentra defendida asimismo por el comandante de las rondas con sus arqueros que se pasean por todas partes.

—He aquí, pues, lo que hemos proyectado. En primer lugar debemos apoderarnos de dicho jefe, que vive en el callejón de Santa Catalina: este golpe puede ejecutarse sin ruido, porque aquel sitio es muy solitario y está separado del centro de la ciudad.

El duque movió la cabeza y dijo:

—Por desierto y distante que esté, no es fácil como se os figura forzar una buena puerta, ni tampoco se disparan veinte arcabuzazos sin que se oigan.

—Ya hemos tenido en cuenta esa dificultad, monseñor —dijo Marteau—; uno de los arqueros de la ronda es de los nuestros, y por consiguiente iremos dos o tres a eso de medianoche a llamar a su puerta: el criado la abrirá y avisará a su amo que Su Majestad desea hablarle. Esto nada tiene de particular, supuesto que una vez al mes, poco más o menos, llama el rey a dicho jefe para pedirle informes o para encargarle expediciones nocturnas. Una vez abierta la puerta, entrarán diez marineros de los que habitan el barrio de San Pablo, y despacharán al comandante de la ronda.

—Es decir que lo degollarán.

—Justamente, monseñor: he aquí, pues, interceptadas las primeras órdenes para la defensa. Verdad es que los vecinos tímidos y los hombres políticos pueden llamar la atención de otros magistrados, de otros funcionarios públicos; tenemos, por ejemplo, al

señor presidente, al señor de O, al señor de Chiverny y al señor procurador Leguesle; mas, ¿qué importa? Penetraremos en sus casas al mismo tiempo, porque la noche de San Bartolomé nos ha enseñado cómo se hace esto, y les trataremos igual que al jefe de la ronda.

—¡Oh! —exclamó el duque, a quien el proyecto parecía ya demasiado grave.

—Entonces será ocasión de recurrir a nuestras fuerzas, debiendo encontrarnos disfrazados en todos los barrios, a fin de acabar con los herejes religiosos y con los herejes políticos.

—Todo eso está perfectamente amasado, señores míos —repuso Mayena—, pero todavía no me habéis explicado si tomaréis del mismo modo y en un momento el Louvre, verdadera plaza fuerte, en la que velan constantemente guardias y caballeros. El rey, por muy tímido que le supongamos, no se dejará degollar como el jefe de la ronda; empuñará la espada y... al cabo es el rey: su presencia causará mucho efecto entre los ciudadanos, de modo que tendréis que batiros.

—Hemos llegado cuatro mil hombres para la expedición del Louvre, gente toda que no quiere lo suficiente al Valois para que su presencia produzca en ellos el efecto que decís.

—¿Y creéis que con eso habrá bastante?

—Indudablemente, porque seremos diez contra uno.

—¿Y los suizos? Hay cuatro mil, señores.

—Ciertamente, pero están en Lagny, y Lagny dista ocho leguas de París; por lo tanto, aun suponiendo que el rey pueda avisarles, dos horas para los mensajeros, que sin duda irán a caballo, y ocho para los suizos, que tendrán que hacer el viaje a pie, son diez horas, de manera que llegarán a tiempo para que se les detenga en las barreras, porque durante esas diez horas nos haremos dueños de la ciudad.

—Muy bien, sea como decís, admito todo eso, supongo que degolláis al jefe de la ronda, que destruíis a los herejes políticos, que desaparecen las autoridades de la ciudad, que no halláis el menor obstáculo a vuestros designios: decidme ahora lo que pensáis hacer.

—Formaremos un gobierno de hombres honrados como nosotros —dijo Brigard—, y con tal que nos vaya bien en el comercio, que tengamos seguro el pan para nuestras mujeres y para nuestros hijos, no desearemos otra cosa. La ambición hará tal vez que algunos pretendan ser nombrados comisarios de barrio, alcaldes o comandantes de alguna compañía de la milicia. Pues bien, monseñor, seremos todo eso, si es preciso, pero nada más, porque no servimos para otra cosa; ya veis, por lo tanto, que no somos muy exigentes.

—Señor Brigard —dijo el duque—, habláis discretamente: veo que sois hombres honrados y que no consentiréis mezcla alguna en vuestras filas.

—¡Oh! no, no —exclamaron muchas voces—: el buen vino ha de ser puro.

—Perfectamente: eso se llama hablar; vamos a ver ahora. Decidme, señor subpreboste, ¿hay muchos haraganes y pueblo malo en la isla de Francia?

Nicolás Poulain, que hasta entonces no se había puesto en evidencia, dio un paso adelante.

—Ciertamente, monseñor, los hay de sobra.

—¿Podéis decirnos aproximadamente a qué número asciende ese populacho?

—Aproximadamente, sí.

—Veamos, pues.

Poulain comenzó a calcular por los dedos.

—Ladrones, de tres a cuatro mil; ociosos y mendigos, de dos mil a dos mil quinientos; rateros, de mil quinientos a dos mil; asesinos, de cuatrocientos a quinientos.

—De manera que tenemos de seis mil a seis mil quinientos tunantes destinados a la horca, ¿A qué religión pertenecen?

—¿Qué decís, monseñor? —le interrogó Poulain.

—Deseo saber si son católicos o hugonotes.

Poulain se echó a reír.

—Pertenecen a todas las religiones, monseñor, o por mejor decir, a una sola: su dios es el oro, y la sangre su profeta.

—Todo eso está muy bien en cuanto a materia de religión; mas, ¿qué diremos en cuanto a política? ¿Son de la Liga o partidarios del navarro?

—Son bandidos y pillos.

—No supongáis, monseñor —replicó Crucé—, que seamos capaces de aliarnos con esa gente.

—De ningún modo lo supongo, y eso es lo único que siento.

—¿Y por qué lo sentís, monseñor? —preguntaron sorprendidos algunos individuos de la diputación.

—Porque es preciso que comprendáis, señores, que esos tunantes sin religión, sin opiniones fijas, y que por lo tanto fraternizan con vosotros, al ver que en París no hay magistrados, ni fuerza pública, ni autoridad real, ni freno alguno que los contenga, se darán al saqueo de vuestros almacenes mientras os estéis batiendo, y al de vuestras casas en tanto que os encontréis en el Louvre: unas veces se reunirán a los suizos contra vosotros, otras estarán con vosotros contra los suizos, de modo que siempre serán los más fuertes.

—¡Cáspita! —replicaron los diputados mirándose unos a otros.

—Se me figura que esto es bastante grave para que pensemos en ello. ¿No os parece así, señores? —dijo el duque—. En cuanto a mí, es cosa que me llama la atención, y procuraré buscar un medio de evitar tan grande inconveniente; porque vuestro interés es antes que el mío; ésta es la divisa de mi hermano y la mía.

Los diputados le respondieron con un murmullo de aprobación.

—Ahora, señores, permitid que un hombre que ha corrido veinticuatro leguas a caballo sin descansar ni de día ni de noche se retire a dormir algunas horas: aquí no existe el menor peligro, al menos por ahora; pero lo habría de seguro si vosotros comenzaseis el ataque: creo que no pensáis en ello.

—De ningún modo, señor duque. —contestó Brigard.

—Está muy bien.

—Sólo nos resta, monseñor, despedirnos humildemente de vos, hasta que tengáis a bien citarnos para una nueva reunión.

—Se verificará lo más pronto posible, caballeros —dijo Mayena—, retiraos tranquilos, pues os llamaré mañana o pasado mañana lo más tarde.

Y separándose de ellos, les dejó admirados de su singular previsión, que había descubierto un peligro, en el cual ninguno había pensado.

Pero no bien hubo desaparecido, cuando se abrió una puerta secreta, y una mujer se presentó en la sala.

—¡La duquesa! —exclamaron todos.

—Sí, señores, yo soy en persona, y vengo a sacaros de apuros.

Los diputados, que conocían su resolución, pero que al mismo tiempo temían su entusiasmo, se acercaron a ella.

—Señores —agregó la duquesa sonriéndose—, Judith sola hizo lo que no pudieron hacer los hebreos: yo también tengo mi plan.

Y presentando a los de la Liga dos blancas manos, que los más galantes se apresuraron a besar, salió por la misma puerta que había dado paso al señor de Mayena.

—¡Vive Dios!—exclamó Bussy-Leclerc, retorciéndose el bigote y siguiendo a la duquesa—; esta mujer es el verdadero jefe de la familia.

¡Dios mío! —balbuceó Nicolás Poulain enjugándose el sudor que le empezó a correr por la frente en cuanto vio a la de Montpensier—; quisiera estar completamente ajeno a todas estas intrigas.

XXXIII

REAPARECE EL HERMANO BORROMEO

Serían las diez de la noche poco más o menos, cuando los diputados se retiraban bastante contritos, separándose unos de otros según iban aproximándose a las calles en que respectivamente vivían, y despidiéndose con toda política.

Nicolás Poulain, que habitaba en el barrio más distante, se dirigió a él solo, por haber quedado el último, y meditando en la situación dudosa que le había obligado a lanzar la exclamación que da principio al último párrafo de nuestro capítulo anterior.

En efecto, aquel día había sido para todos, y sobre todo para él, muy fecundo en acontecimientos.

Entraba, pues, en su casa temblando por lo que acababa de oír, y diciéndose a sí mismo que si LA SOMBRA había tenido por conveniente comprometerle a denunciar el complot de Vincennes, Roberto Briquet jamás le perdonaría el no haber revelado el plan de campaña tan sencillamente desarrollado por Lachapelle-Marteau delante de Mayena.

Cuando más absorto se encontraba en sus pensamientos en medio de la calle de la Pierre-au-Real, especie de callejón angosto que daba paso a la calle Nueva de Sainte-Medy, vio correr Nicolás Poulain en sentido contrario al que él caminaba a un hombre con hábito de fraile benedictino, que llevaba arremangado hasta las rodillas.

Le era, pues, preciso hacerse a un lado, porque de ninguna manera podían pasar por el callejón dos personas de frente.

Nicolás Poulain esperaba que la humildad monástica le cedería la derecha, porque al fin era hombre de armas tomar; pero nada de esto ocurrió: el fraile corría como un ciervo herido, y con tal arranque, que hubiera derribado una pared si se le hubiese opuesto al paso; de modo que Nicolás Poulain, aunque de mala gana, no pudo hacer otra cosa que rehuir su encuentro para no sufrir un violento choque.

Entonces comenzó entre ambos, en aquel estrecho paso encajonado entre altos edificios, la fastidiosa evolución de dos hombres indecisos que quieren avanzar a un tiempo, que tratan de evitarse y que a pesar de sus esfuerzos se encuentran siempre de cara.

Poulain empezó a jurar, el monje a maldecir, hasta que éste, menos sufrido al parecer que aquél, le asió por medio del cuerpo para arrimarlo a la pared.

En aquel conflicto, y cuando ya iban a llegar a las manos, se reconocieron.

—¡Hermano Borromeo! —exclamó Poulain.

—¡Maese Poulain! —gritó el fraile.

—¿Cómo va? —interrogó el primero, con la cordialidad y admirable mansedumbre tan propia de los ciudadanos de París.

—Muy mal, muy mal —contestó el segundo que no se calmaba tan pronto—, porque por vos me he detenido demasiado y llevo mucha prisa.

—¡Qué demonio de hombre sois! —observó Poulain—. ¡Siempre belicoso como un romano! Pero, ¿adonde demonios os dirigís corriendo a estas horas? ¿Qué ha sucedido? ¿Arde el priorato de los benedictinos?

—No en verdad; he ido a casa de la duquesa para hablar a Mayneville.

—¿Qué duquesa?

—Se me figura que sólo hay una en cuya casa pueda hablarse a Mayneville —repuso Borromeo, quien desde luego había creído poder contestar categóricamente al subreoste; porque éste podía en todo evento espiar sus pasos, pero que a pesar de todo no quería ser demasiado comunicativo con el curioso.

—Conforme —replicó Nicolás Poulain—. ¿Qué ibais a hacer en casa de la duquesa de Montpensier?

—Esto es muy sencillo —replicó Borromeo buscando una respuesta especiosa en su imaginación—: la duquesa ha manifestado deseos de que nuestro reverendo prior dirija su conciencia en el confesonario: el prior ha aceptado desde luego; mas un escrúpulo de conciencia le obliga a negarse. La entrevista debía verificarse mañana, y debo advertir a la duquesa, de parte de don Modesto Gorenflot, que no cuente con él.

—Perfectamente, mi querido hermano, pero se me figura que por aquí no vais muy derecho que digamos al palacio de Guisa; al contrario, creo que os dirigís justamente en sentido opuesto.

—Ciertamente —repuso Borromeo—, supuesto que vengo de él ahora mismo.

—¿Y adonde os dirigís?

—Me han dicho que la duquesa ha ido a visitar al duque de Mayena, que ha llegado esta noche y reside en el palacio de San Dionisio.

—Es verdad —dijo Poulain—; el duque y la duquesa se encuentran en el palacio de San Dionisio; pero, compadre, ¿con qué objeto os hacéis conmigo el disimulado? Por lo regular nunca se encargan al tesorero las comisiones del convento.

—¿Y por qué no, cuando se trata de una princesa?

—Supongo que vos, confidente de Mayneville, no creéis mucho en esas confesiones de la joven duquesa de Montpensier.

—¿Y en qué ha de creerse según eso?

—¿Qué diablo! Vos conocéis la distancia que media desde el priorato hasta el centro del camino, pues me la habéis hecho medir. Cuidado, hermano, porque me decís tan poco que me obligaréis a creer demasiado.

—Y haréis muy mal, maese Poulain, porque os digo todo lo que sé. Lo único que ahora deseo es que no me detengáis más, porque quizá no encuentre ya a la duquesa.

—La veréis en su palacio cuando vaya a él, y allí deberíais haberla aguardado.

—¡Oh! También me alegraré de ver al paso al duque de Mayena.

—Id, pues.

—Porque ya lo conocéis; si llega a entrar en casa de su querida no me será posible atraparle.

—Eso es hablar, y ahora que sé la persona que buscáis, os dejo en paz: adiós, pues, y buena suerte.

Borromeo, al ver el paso libre, dio las buenas noches a Nicolás Poulain y emprendió de nuevo su carrera.

—Vamos, vamos, parece que aún hay algo de nuevo —murmuró Nicolás Poulain viendo

desaparecer entre las sombras el hábito del benedictino—; pero, ¿qué necesidad tengo yo de saber lo que pasa? ¿Voy tomando gusto tal vez al oficio que sigo por fuerza? No lo permita Dios.

Y sin más fuese a dormir, no con la conciencia muy tranquila, sino con la calma que nos presta en todas las situaciones el auxilio de un hombre más fuerte que nosotros.

Durante este tiempo, Borromeo proseguía su camino con una celeridad que le daba esperanzas de recobrar el tiempo perdido.

Conocía, efectivamente, las costumbres del duque de Mayena, para lo cual tenía sus razones, que no había querido manifestar a maese Nicolás Poulain.

Lo cierto es que llegó sudando y sin aliento al palacio de San Dionisio en el instante en que, después de haber hablado el duque con su hermana de los grandes negocios que les ocupaban, iba a separarse de ella para visitar a aquella dama de la Cité que tan mala pasada había jugado a Joyeuse.

Ambos hermanos, luego de muchos comentarios respecto a la acogida del rey y al plan de los diez, se habían convenido en los hechos siguientes:

El rey no concebía sospechas, y por consiguiente cada día era más fácil combatir su poder.

Era indispensable organizar la Liga de las provincias del Norte, en tanto que el rey abandonaba a su hermano y no hacía caso del rey de Navarra.

Entre estos dos últimos enemigos, el duque de Anjou era el único temible por su ambición; respecto a Enrique de Navarra, se sabía por buenos espías que sólo se ocupaba en galantear a sus tres o cuatro queridas.

—París está preparado —decía en alta voz el duque de Mayena.

Mas su alianza con la familia real daba mucha fuerza a los hombres políticos y a los verdaderos realistas; era, pues, preciso esperar una ruptura entre el rey y dichos aliados, ruptura que el carácter inconstante de Enrique debía provocar muy pronto.

—Así, pues —añadía Mayena—, ya que nada nos apura, esperemos.

—Por mi parte —decía la duquesa—, necesitaba diez hombres esparcidos en todos los barrios de París para sublevar la ciudad luego del golpe que medito; he encontrado esos diez hombres y no pido más.

En esto se ocupaba, cuando Mayneville entró de pronto anunciando que Borromeo quería hablar al duque.

—¡Borromeo! —exclamó el duque sorprendido—. ¿Qué significa eso?

—Monseñor, es aquel sujeto que me mandasteis de Nancy cuando pedí a Vuestra Alteza un hombre de acción y de ingenio.

—Ya me acuerdo, os contesté que un hombre reunía ambas cualidades, y sin detención os envié al capitán Borroville. ¿Ha cambiado tal vez de nombre y se llama ahora Borromeo?

—Sí, monseñor, ha cambiado de nombre y de uniforme; se llama Borromeo, y es fraile benedictino.

—¡Borroville, fraile!

—Sí, monseñor.

—¿Y para qué ha hecho esa locura? El diablo debe alegrarse mucho si llega a conocerle

bajo la capucha.

—¿Me preguntáis por qué ha sentado plaza de fraile? —La duquesa hizo una seña a Mayneville—. Ya lo sabréis más tarde, monseñor, porque ese es un secreto; mientras tanto escuchad al capitán Borroville, o al hermano Borromeo si os parece mejor.

—Sí, si —dijo la duquesa de Montpensier—, porque esta visita me causa algún cuidado.

—También a mí, si he de decir la verdad —añadió Mayneville.

—Ea, pues, hacedle entrar sin perder tiempo.

En cuanto al duque, vacilaba entre el deseo de escuchar al mensajero y el temor de faltar a una cita de su querida.

Miraba, por lo tanto, a la puerta y al reloj.

La primera se abrió, y dieron las once en el segundo.

—¡Hola, Borroville! —exclamó el duque sin poder reprimir la risa, a pesar de su mal humor—. Bien disfrazado estáis, amigo mío.

—Monseñor —dijo el capitán—, creed que no estoy a gusto con este hábito endemoniado; pero, en fin, lo que es preciso, es preciso, como decía vuestro padre el duque de Guisa.

—Tened en cuenta, Borroville —dijo el señor de Mayena—, que no he sido yo quien os ha metido en él; por consiguiente no os quejéis de mí.

—No, monseñor, todo ha sido obra de la señora duquesa; mas tampoco me quejo de ella, ya que estoy aquí para servirla.

—Gracias, capitán; veamos lo que tenéis que decirnos a estas horas.

—Lo que por desgracia no he podido decirnos antes, monseñor, porque tenía a todo el priorato espionando mis pasos.

—Pues bien, hablad.

—Señor duque —dijo Borroville—, el rey envía refuerzos al duque de Anjou.

—¡Bah! —replicó Mayena—, ya sabemos este estribillo, pues hace tres años que nos lo están cantando.

—Lo que es ahora podéis creer en absoluto la noticia.

—¡Cómo es eso! —dijo Mayena moviendo la cabeza como un corcel que se encabrita.

—El señor de Joyeuse ha salido para Rouen hoy mismo, mejor dicho, anoche a las dos de la mañana; debe embarcarse en Dieppe y lleva tres mil hombres a Amberes.

—¿Y quién os ha dicho eso, Borroville?

—Un hombre que ha salido para Navarra.

—¡Para Navarra! ¿Tal vez con alguna comisión para Enrique?

—Sí, monseñor.

—¿Y quién le manda?

—El rey; y con una carta.

—¿Qué clase de hombre es?

—Se llama Roberto Briquet.

—¿Qué más?

—Es grande amigo de don Modesto Gorenflot.
—¿Es verdad eso?
—Como que se tutean.
—¿Y decís que va de embajador del rey?
—Estoy convencido de ello, pues desde el priorato ha enviado a buscar al Louvre sus credenciales, y un fraile ha sido el encargado de esta comisión.
—¿Quién es ese fraile?
—Nuestro valiente Santiaguillo Clemente, el mismo que habéis visto en el priorato, señora duquesa.
—¿Y no os ha enseñado las credenciales? —interrogó el señor de Mayena.
—Monseñor, no se las ha entregado el rey, pues las ha remitido al mensajero en una carta por conducto seguro.
—Es preciso apoderarnos de esa carta.
—Sí, sí, es preciso —repitió la duquesa.
—¿Cómo no habéis pensado en ello? —agrego Mayneville.
—Y tanto como he pensado, pues he querido que acompañase al mensajero un hombre de mi devoción, una especie de Hércules, mas Roberto Briquet ha desconfiado de él, y no ha querido admitirlo.
—Debíais haber ido vos mismo.
—No es posible.
—¿Por qué?
—Porque me conoce.
—Como fraile sí, mas no como capitán.
—Eso es lo que no sabemos, pues el tal Roberto Briquet tiene el ojo muy listo.
—Dadme sus señas.
—Alto, seco, todo su cuerpo se compone de nervios, músculos y de huesos; es sagaz, burlón y taciturno.
—¡Ah! ¡ah! ¿Qué tal maneja la espada?
—Como el que la ha inventado, monseñor.
—¿Y su rostro?
—Se parece a todos los rostros cuando así le place.
—¿Decís que es amigo del prior?
—Desde que éste era simple monje.
—Me asalta una sospecha —murmuró Mayena frunciendo el ceño—: yo la aclararé.
—Obrad con presteza, monseñor, porque ese tuno debe caminar de prisa.
—Borroville —dijo Mayena—, vais a marchar a Soissons, donde se halla mi hermano.
—¿Y el priorato, monseñor?
—Se me figura —contestó Mayneville— que bien sabréis forjar un cuento a don Modesto, ya que éste cree cuanto le decís.

—Pondréis en conocimiento del señor de Guisa —prosiguió Mayena— todo cuanto sabéis respecto a la comisión del señor de Joyeuse.

—Está bien, monseñor.

—Te olvidas de Navarra, hermano —observó la duquesa.

—No por cierto, supuesto que me encargo de ella —replicó Mayena—. Mayneville, mandad que me ensillen un caballo.

Y agregó en voz baja:

—¿Vivirá todavía? Sí, sí, debe vivir.

XXXIV

CHICOT, LADINO

Según recordarán nuestros lectores, luego que marcharon los dos jóvenes mensajeros del rey, Chicot prosiguió su camino con paso rápido; mas no bien hubieron desaparecido aquéllos en el valle que forma el costado del puente de Jubisy sobre el Orge, cuando Chicot, que tenía, al parecer, como Argos, el privilegio de ver por la espalda, y que no divisaba ya a Ernanton ni a Sainte-Maline, se detuvo en el punto culminante de un cerro, examinó el horizonte, los fosos, el llano, los matorrales, el río, todo, en fin, hasta las nubes que resbalaban oblicuamente por detrás de los grandes olmos del camino, y seguro de que nadie podría estorbarle ni espiarle, se sentó junto a un foso con la espalda apoyada contra un árbol, y principió lo que él llamaba su examen de conciencia.

Tenía dos bolsas de dinero, porque ya había notado que la bolsita que le había entregado Sainte-Maline contenía, además de la carta real, ciertos objetos redondos y suaves que se parecían mucho al oro o plata acuñado.

Aquella bolsita era un regalo verdaderamente regio, pues tenía dos EE bordadas primorosamente por ambos lados.

—Es linda —exclamó Chicot mirándola atentamente—, y no puedo menos de confesar que el rey se ha portado conmigo de la manera más espléndida. ¡Su nombre, sus armas! Nadie hay más generoso ni más imbécil tampoco. Decididamente no puede hacerse carrera de él.

—¡Pardiez! —continuó Chicot—, si de algo me admiro es de que ese rey excelente y bondadoso no haya hecho bordar también en la bolsa la carta que me ha mandado llevar a su cuñado y mi recibo. ¿Para qué nos hemos de incomodar? Todos hacen hoy alarde de ser políticos; pues politiquemos, como todo el mundo. ¡Bah! Aun cuando asesinen a ese pobre Chicot, como hicieron con el correo que ese mismo Enrique enviaba a Roma para el señor de Joyeuse, sería un amigo menos y nada más, y los amigos son tan comunes en los tiempos por que atravesamos, que bien podemos prodigarlos. Es necesario confesar que Dios elige mal cuando elige. Veamos ahora el dinero que hay en el bolsillo, y luego nos ocuparemos de la carta. Cien escudos... Justamente la misma suma que he pedido prestada a Gorenflot... ¡Magnificencia y munificencia de Enrique! Poco a poco, no le calumniemos; pues aquí sale un paquetito... Oro español... Cinco piezas de a ocho, a saber: veinte luisas... Vamos, vamos; he aquí un proceder delicado que demuestra que el rey sabe hacer bien las cosas, y a no ser por su cifra, y las flores de lis bordadas, que me parecen superfluas, le enviaría un beso en alas del vienteillo que sopla. Por otra parte, este bolsillo me molesta mucho, porque los mismos pájaros que pasan por encima de mi cabeza son capaces de figurarse que soy un emisario real y burlarse de mí o denunciarme a los demás viajeros, cosa que no me agradaría mucho.

Chicot vació el bolsillo en el hueco de la mano, sacó del suyo el saquillo de tela de Gorenflot, e introduciendo en él todo el dinero junto, dijo a los escudos:

—Bien podéis estar juntos, hijos míos, porque al fin todos sois de la misma tierra.

Sacando en seguida la carta, metió en el bolsillo una piedra, apretó los cordones y lo lanzó, como si lo disparase como una honda, al medio del río, que serpenteaba bajo el

puente.

El agua brilló: dos o tres círculos rompieron su tranquila superficie, y el bolsillo fue a hundirse en los abismos.

—Esto ha sido para mí —dijo Chicot—; trabajemos ahora para Enrique.

Entonces cogió la carta que había dejado en el suelo para lanzar la bolsa al río con más violencia.

Mas al mismo tiempo vio que se acercaba por el camino un asno cargado de leña.

Conducíanlo dos mujeres, y el animalejo marchaba con paso tan firme, como si en vez de leña estuviese cargado de reliquias.

Chicot ocultó la carta bajo su ancha mano y les dejó pasar.

Viéndose ya solo, rompió el sello de la carta con imperturbable calma, como si sólo se tratase de un pliego de procurador. Cogió en seguida el sobre, que estrujó entre las manos, así como el sello, y todo corrió la misma suerte que el bolsillo.

—Ahora —murmuró Chicot—, examinemos el estilo.

Desdobló la carta y leyó lo siguiente:

"Mi muy querido hermano: Aquel profundo cariño que os profesaba nuestro muy querido hermano y rey difunto Carlos IX, habita aún bajo las bóvedas del Louvre y ocupa por entero mi corazón."

Chicot hizo un saludo.

"Por eso me repugna ocuparme en asuntos tristes y desgraciados; pero hoy os persigue la suerte, y así no titubeo al comunicaros ciertas cosas que sólo se dicen a los amigos valientes y experimentados."

Chicot saludó de nuevo.

"Además, tengo gran empeño en convenceros del interés que me tomo, porque en ello va el honor de mi nombre y del vuestro, hermano mío.

"Nos parecemos tanto en este punto, que ambos nos hallamos rodeados de enemigos. Chicot os lo explicará."

—CHICOTUS ESPLICABIT —dijo Chicot—, o más bien EVOLVET, lo cual es infinitamente más elegante.

"Vuestro servidor el señor vizconde de Turena escandaliza diariamente a vuestra corte; no quiera Dios que yo me meta en vuestros asuntos privados, a no ser que lo requieran vuestro bien y vuestro honor; mas vuestra esposa, a quien con gran sentimiento llamo mi hermana, debía tomarse este cuidado por vos y en mi lugar, y ya sabéis que no lo hace."

—¡Oh, oh! —exclamó Chicot continuando sus traducciones latinas—: QUAEQUE OMITTIT FACERE. Esto es muy duro.

"Os encargo, pues, hermano mío, que las inteligencias de Margarita con el vizconde de Turena, tan estrechamente ligado con nuestros comunes amigos, no den resultados bochornosos ni perjudiciales a la casa de Borbón. Dad un buen ejemplo en cuanto os aseguréis del hecho, y aseguraos del hecho en cuanto Chicot os explique mi carta."

—STATIM ATOUE AUDIVERIS CHICOTUM LITTERAS ESPLICANTEM. Continuemos —dijo Chicot.

"No sería conveniente que se concibiese la menor sospecha respecto a la legitimidad de

vuestra herencia, punto precioso en que Dios no me permite pensar porque estoy condenado hace mucho tiempo a no revivir en mi posteridad.

"Los dos cómplices, que como rey y como hermano os denuncio, se reúnen por lo común en un castillejo cuyo nombre es Loignac: su pretexto es la caza, y dicho castillo es además un foco de intrigas, a que no son extraños los Guisa, pues no ignoráis, mi querido Enrique, con qué extraño amor persiguió mi hermana al de Guisa y a mi mismo hermano el duque de Anjou, cuando yo ostentaba este título y él era duque de Alençon."

—QUO ET QUAM IRREGULARI AMORE SIT PROSECUTA ET HENRICUM GNISIUM ET GERMANU MEUM, ETC... —dijo Chicot.

"Os abrazo, querido hermano mío, con todo mi corazón, os recomiendo que sigáis puntualmente mis consejos, y os aseguro de que siempre me tendréis pronto para ayudaros en todo y para todo. Entretanto, os envió por consejero a Chicot, que es hombre que lo entiende."

—AGE, AUCTORE CHICOTO. Muy bien; ya soy consejero del reino de Navarra. ¿Qué es lo que ahora sucederá? Allá lo veremos.

"Vuestro afectísimo, etc., etc."

Acabada la lectura de la carta, Chicot ocultó la frente entre las manos murmurando:

—He aquí, según creo, una perversa comisión, que prueba evidentemente que, como dice Horacio Flaco, por huir de un peligro se cae en otro mayor.

"Pues, señor, más quiero que me persiga el duque de Mayena.

"Y con todo, si exceptuamos ese maldito bolsillo bordado, cuya invención no puedo perdonar, la carta revela no poca astucia. Efectivamente, aun cuando Enrique estuviese formado de la pasta con que se elaboran los mejores maridos, la tal carta sería suficiente para malquistarle con su mujer, con Turena, con Anjou, con los Guisa y con España. En efecto, para que Enrique de Valois se halle tan bien informado en el Louvre de lo que pasa en Pau, en la corte de Enrique de Navarra, es preciso que tenga allí algún espía, y este espía intrigará mucho contra mí.

"Por otra parte, esta carta va a proporcionarme grandes disgustos si por casualidad encuentro a un español, a un lorenés, a un bearnés o a un flamenco bastante curioso para preguntarme qué es lo que voy a hacer en Bearne.

"Sería yo poco previsor si no me preparase desde ahora a evitar el encuentro de alguno de esos curiosos.

"Sobre todo, o yo me engaño mucho, o es imposible que el nunca bien ponderado hermano Borromeo deje de armarme alguna emboscada.

"Segundo punto: ¿qué es lo que ha pretendido Chicot cuando ha solicitado una comisión cerca del rey Enrique?

"Su objeto era vivir tranquilo.

"Pues bien, Chicot va a malquistar al rey de Navarra con su esposa.

"No es ésta la misión verdadera de Chicot, quien al introducir la guerra doméstica entre tan poderosos personajes, van a hacerse enemigos mortales que le impedirán llegar a la edad venturosa de ochenta años.

"Pues bien, tanto mejor; nadie puede vivir a gusto sin ser joven.

"En cuyo caso más vale aguardar una puñalada del duque de Mayena.

"No, no; todas las cosas son relativas en este mundo, según la divisa de Chicot.

"Chicot, pues, continuará su viaje.

"Pero Chicot es hombre agudo y tomará sus precauciones. En consecuencia, sólo llevará consigo dinero, a fin de que si matan a Chicot, sólo lo pague su pellejo.

"Chicot va a dar la última mano a lo que ha empezado, es decir, que va a traducir desde la cruz a la fecha esa hermosa epístola en latín y a aprenderla de memoria, aunque ya sabe las dos terceras partes; en seguida comprará un caballo: porque, verdaderamente, desde Jubisy hasta Pau es preciso echar muchas veces el pie derecho delante del izquierdo.

"Pero antes de hacer esto, Chicot romperá la carta de su amigo Enrique de Valois en muchísimos y menudos pedazos y tendrá especial cuidado de que éstos, convertidos en átomos, se esparzan en el río y en el aire, así como en la tierra, nuestra madre común, a cuyo seno vuelven también los disparates de los reyes.

"Cuando Chicot acabe lo que ha principiado...

Y al decir esto se interrumpió para ejecutar su proyecto. Una tercera parte de la carta fue a parar al río Orge, el aire se llevó otra, y la tercera desapareció en un agujero abierto con un instrumento, que ni era daga ni cuchillo, pero que en caso de necesidad podía reemplazar a la una y al otro, y que Chicot llevaba metido en su cinturón.

—Chicot se pondrá en camino con todas las precauciones imaginables y comerá en la ciudad de Corbeil a fin de confortar su excelente estómago. Mientras tanto ocupémonos del tema latino que nos hemos propuesto, porque se me figura que vamos a componer un magnífico discurso.

Chicot se detuvo aquí, pues acababa de ocurrirle una idea de que le sería imposible traducir en latín la palabra *Louvre*, y eso le puso de mal humor.

También se veía obligado a expresar en latín macarrónico la palabra *Margarita*, llamándola *Margóla*, así como de *Chicot* había hecho *Chicotus*, pues de otro modo ninguno de estos nombres hubiera quedado en latín, sino en griego. Ocupado Chicot en buscar para sus frases latinas el purismo y giro ciceroniano, llegó hasta Corbeil, ciudad agradable, en que el audaz mensajero se entretuvo en admirar las maravillas de San Spiro, y muy particularmente las de un pastelero, posadero y fondista que perfumaba con los deliciosos vapores de sus manjares los alrededores de la catedral.

No describiremos la comida de Chicot, ni el caballo que compró al mesonero, porque esto sería grande para nuestras fuerzas; diremos solamente que la primera se prolongó muchísimo y que el segundo tenía todos los defectos necesarios que pudiéramos desear, si no nos lo impidiese la conciencia, para escribir cerca de un tomo.

XXXV

LOS CUATRO VIENTOS

Chicot y su caballejo, que debía tener muy buenas fuerzas para sostener el peso de tan gran personaje como el que conducía, pernoctaron en Fontainebleau, tomaron por la mañana el camino de la derecha, y llegaron a un pueblecillo llamado Orgeval. Chicot hubiera caminado aquel día algunas leguas más, porque anhelaba alejarse de París a todo trance; pero su cabalgadura empezaba ya a dar tantos tropezones, que conoció le era muy necesario detenerse.

Por otra parte, acostumbrado a ver los objetos a larga distancia, nada que pudiese preocuparle había divisado hasta entonces en el camino, pues hombres, carretas y barreras eran hasta allí para sus ojos sombras inofensivas que no turbaban su tranquilidad.

Pero, aunque en perfecta seguridad, al menos en apariencia, no por eso se juzgaba completamente seguro; porque ya saben nuestros lectores que Chicot era hombre que no se fiaba en apariencias.

Así, pues, antes de acomodar su caballo, antes de recogerse él mismo, observó con escrupulosa atención toda la casa.

Enseñáronle desde luego varios aposentos con tres o cuatro puertas de entrada; pero, según su parecer, que no dejaba de ser exacto, no solamente eran demasiadas puertas para una habitación, sino que tampoco se cerraban bien por dentro.

Al fin el mesonero le indicó un espacioso gabinete sin más salida que una puerta de comunicación con la escalera; esta puerta tenía fuertes cerrojos por la parte de adentro.

Chicot ordenó que le dispusiesen en él una cama, prefiriéndolo a los otros cuartos que había visto, y que, aunque mejor amueblados, estaban mucho peor defendidos.

Examinó cuidadosamente los cerrojos, y satisfecho de su solidez, así como de la facilidad con que corrían, cenó en el mismo gabinete, no quiso que quitaran la mesa, se desnudó, colocó su ropa en una silla y se metió en el lecho.

Pero antes de esta última operación sacó de su ropilla, como hombre precavido, el saquillo que contenía sus escudos, y lo puso con su espada debajo de la almohada.

Luego repasó mentalmente tres veces seguidas el contenido de la carta del rey.

La mesa le servía de segundo baluarte, y con todo, no le pareció suficiente aquella defensa: se levantó, pues, tomó un pesado armario del gabinete entre sus brazos, y lo arrastró hasta colocarlo delante de la puerta de entrada, tapiándola así herméticamente.

Tenía, pues, entre su persona y cualquiera agresión posible una puerta, un armario, y una mesa.

La hostería había parecido a Chicot casi deshabitada, el mesonero tenía un semblante candido, soplabla el viento furiosamente y rechinaban las ramas de los árboles con aquel ruido infernal que, al decir de Lucrecia, se transforma en un suave y hospitalario murmullo para el viajero encerrado bajo llave y repantigado entre sábanas en blando y magnífico lecho.

Chicot se tendió muellemente en el suyo después de haber acabado todos sus preparativos

de defensa. Es preciso convenir en que aquella cama era deliciosa y que estaba preparada de tal modo, que podía garantizar a un hombre contra cualquiera inquietud que le proporcionasen sus semejantes o los sucesos que le sobreviniesen.

En efecto, aparecía como escondida entre largas y anchas cortinas de sarga verde y un cobertor de plumas comunicaba un calor saludable a los miembros del dormido viajero.

Chicot cenó como aconseja Hipócrates, es decir, parcamente; sólo había bebido una botella de vino, y su estómago, dilatado convenientemente, repartía en todo el organismo del cuerpo aquella sensación del bienestar que comunica sin interrupción ese órgano complaciente que sule al corazón de muchos hombres que pasan por honrados.

Un velón que Chicot había puesto en la orilla de la mesa inmediata a la cama alumbraba el gabinete, y nuestro hombre leía antes de dormirse, y quizás por llamar el sueño, un libro curioso y nuevo que acababa de salir a luz, escrito por un corregidor de Burdeos, llamado Montagne o Montaigne.

El tal libro se había impreso en dicha ciudad el mismo año de 1581, y contenía las dos primeras partes de una obra que se hizo más tarde muy conocida, intitulada los *Ensayos*, bastante agradable y divertida para que un hombre se arriesgase a leerla dos veces al día; pero tenía al mismo tiempo la ventaja de ser eminentemente pesado para no impedir el sueño a un hombre que había recorrido quince leguas sin echar pie a tierra, y bebido su correspondiente botella de vino generoso después de la cena.

Chicot estimaba en mucho aquel libro que al salir de París había puesto en el bolsillo de su ropilla, y a cuyo autor conocía personalmente. El cardenal de Perrón le llamaba *breviario de los hombres honrados*, y Chicot, que sabía apreciar el talento y el buen gusto del cardenal, no había tenido inconveniente en aceptar por breviario los *Ensayos* del corregidor de Burdeos.

Pero sucedió que estando leyendo el *capítulo octavo* se quedó profundamente dormido.

El velón continuaba iluminando la estancia, la puerta estaba cerrada, y el armario, la mesa, la espada y el saquete de los escudos se mantenían en sus puestos sin la menor novedad. El mismo San Miguel Arcángel hubiera dormido como Chicot, sin acordarse de Satanás, aun cuando le hubiese oído rugir en la parte exterior de aquella puerta, y a través de sus formidables cerrojos.

Ya hemos dicho que hacía mucho viento: los silbidos de esa serpiente gigantesca se deslizaban entre espantosas melodías por los intersticios de la puerta, y movían las tablas de un modo extraño y singular. El viento es la más perfecta imitación, o por mejor decir, la más completa parodia de la voz humana, pues unas veces chilla remedando a una criatura que llora, y otras imita con sus sordos rugidos la cólera de un marido irritado con su mujer.

Chicot comprendió que se había levantado una terrible tempestad, y una hora después toda aquella baraúnda se había convertido para él en un elemento de tranquilidad, supuesto que luchaba animoso contra el frío con su edredón de plumas y contra el viento con sus ronquidos.

Pero, a pesar de su sueño, figurábase que la tempestad iba en aumento y aun que se acercaba de una manera horrorosa.

De repente hace estremecer la puerta del gabinete una terrible ráfaga de viento, saltan las chapas, los anillos y los cerrojos, y el armario, perdiendo su equilibrio, se desploma sobre

el velón, en que queda apagado y roto, y sobre la mesa, que cae a su vez con estruendo, Chicot, por muy dormido que estuviese, poseía la ventaja de despertarse pronto y con toda su presencia de espíritu; esta presencia le indicó que era mucho más conveniente para él dejarse deslizar por el espacio vacío entre la cama y la pared, que bajar de la cama para delante. En efecto, al hallarse entre la cama y la pared, sus dos manos expertas y aguerridas se dirigieron rápidamente hacia el lado izquierdo de la cabecera, en que se hallaba el saquillo de escudos, y hacia el derecho para empuñar la espada.

Chicot abrió tamaños ojos, pero nada vio; continuaba reinando profundísima noche.

Aplicó entonces el oído, y le pareció que aquella noche fatal se habían propuesto los cuatro vientos disputarse en singular combate la posesión de su gabinete, desde el armario, que seguía aplastando la mesa, hasta las sillas, que rodaban chocando unas con otras y enganchándose a los demás muebles.

En medio de tan infernal bataola, creyó Chicot que los cuatro vientos acababan de entrar en carne y hueso en su gabinete, y que por lo tanto eran sus enemigos Euro, Noto, Aquilón y Bóreas, con sus mofletudos carrillos y sus enormes patas.

Resignado, porque estaba seguro de que nada podía hacer contra las divinidades del Olimpo, se agazapó en el rincón de la cama, semejante al hijo de Oileo después de uno de aquellos terribles arrebatos de furor que nos describe Homero.

Lo único que hizo fue presentar la punta de su larga tizona al viento, o mejor dicho, a los vientos, con el objeto de que, en caso de aproximarse a él demasiado los mitológicos personajes, se atravesasen a sí mismos sin consideración alguna, aun cuando resultase lo que resultó de la herida hecha por Diomedes a Venus.

Por último, después de algunos minutos de una zambra²¹ abominable, tal como nunca atormentó humanos oídos, aprovechó Chicot de un momento de respiro que le otorgó la tempestad para dominar con su voz la furia del desencadenado elemento y la terquedad de los muebles, obstinados en coloquios demasiado estrepitosos para ser naturales.

Chicot pidió a grandes voces: ¡socorro!

Hizo al cabo él solo tanto ruido, que los cuatro vientos se calmaron, como si el mismo Neptuno hubiera pronunciado el célebre *Quos ego*; seis u ocho minutos después de haberse retirado, al parecer, Euro, Noto, Aquilón y Bóreas, apareció el mesonero con una linterna en la mano para iluminar el drama.

El teatro en que acababa de representarse ofrecía un aspecto deplorable, muy parecido al de un campo de batalla. El grande armario tendido sobre la desquiciada mesa dejaba descubierta la entrada de par en par, y la puerta, solamente sostenida por un cerrojo, oscilaba a derecha e izquierda como la gavia de un buque; las tres o cuatro sillas que completaban el ajuar estaban patas arriba; y por último, la vajilla que había exornado la mesa se veía amontonada y hecha mil pedazos en el suelo.

—Este es un verdadero infierno —dijo Chicot reconociendo al mesonero a la luz de la linterna.

—¡Oh, Dios mío! —gritó éste al ver el horroroso estrago que acababa de suceder—. ¿Qué ha habido aquí, caballero?

Y levantó ambas manos, y por lo tanto su linterna, al cielo.

²¹ Fiesta que usaban los moriscos, con bulla, regocijo y baile.

—¿Cuántos demonios tenéis alojados en esta casa, amigo mío? —le preguntó Chicot.

—¡Válgame Dios! ¡Qué tiempo! —contestó el posadero con el mismo ademán patético.

—Pero, ¿no son seguros estos malditos cerrojos? ¿Es de cartón la casa por ventura? Voy a salir de ella ahora mismo, porque prefiero encontrarme en medio del campo.

Y Chicot, saliendo de su escondite, apareció espada en mano en el espacio que había quedado libre entre el pie de la cama y la pared.

—¡Pobres muebles míos! —exclamó suspirando el mesonero.

—Y mis vestidos —exclamó Chicot—, ¿en dónde están?

Yo los he dejado en la silla.

—¡Vuestros vestidos, caballero! —contestó aquél sencillamente—. Si ahí los habéis dejado, ahí deben estar todavía.

—¿Cómo si los he dejado! ¡Creéis acaso que he llegado aquí ayer en este traje!

Y Chicot procuró, aunque en vano, cubrir sus carnes con su ligera camisa.

—¡Oh, señor! —repuso el huésped muy apurado para desenredarse de tan apremiante argumento—; bien sé que llegasteis vestido.

—Me alegro de que convengáis en ello.

—Mas...

—¿Mas qué?

—El viento ha abierto la puerta y todo lo ha dispersado.

—No es ésa mala razón.

—Ya lo estáis viendo.

—No obstante —replicó Chicot—, vamos a discurrir un poco. Cuando el viento entra en alguna parte, y... precisamente ha debido entrar aquí para ocasionar este desorden que veo, ¿no es verdad? —No hay duda en ello.

—Pues bien; cuando el viento entra en alguna parte, es porque llega de afuera.

—Indudablemente.

—¿No lo negáis?

—No, pues sería una locura.

—Ahora bien; el viento, al entrar en este gabinete, debía traer a él los vestidos de los que duermen en otros cuartos, en vez de llevar los míos, no sé adonde.

—¡Ah! Con efecto; eso es indudable, y así debía suceder. Y sin embargo, existe, o parece existir, la prueba de lo contrario.

—Compadre —dijo Chicot, que acababa de explorar el piso del aposento con sus escrutadoras miradas—, ¿qué camino ha traído el viento para visitarme?

—No os entiendo, caballero.

—Os pregunto de qué lado sopla el viento.

—Del Norte, caballero, del Norte.

—Pues entonces ha caminado por el lodo, porque he aquí las señales de sus zapatos.

Y Chicot mostraba al mismo tiempo a su huésped las huellas de un calzado lleno de barro, marcadas en el piso del aposento.

El mesonero se puso pálido.

—Ahora, querido mío —continuó Chicot—, sólo debo daros un consejo, y es que vigiléis bien a esta especie de vientos que se dirigen a las posadas, penetran en los dormitorios luego de forzar las puertas, y se retiran después de robar los vestidos de los viajeros.

El mesonero dio dos pasos atrás para desembarazarse de los muebles que yacían por el suelo y aproximarse a la entrada del corredor.

No bien tuvo segura la retirada, cuando preguntó a Chicot:

—¿Por qué me llamáis ladrón?

—¡Toma! ¿Qué habéis hecho de vuestra cara de hombre honrado? —le interrogó Chicot—. Habéis cambiado mucho en poco tiempo.

—He cambiado porque me insultáis.

—¡Yo!

—Sí por cierto, me llamáis ladrón —repitió el posadero en tono más alto y parecido al de una amenaza.

—Os llamo ladrón, porque sois responsable de mis efectos, y porque mis efectos han sido robados en vuestra casa. Me parece que no negaréis esto.

Y Chicot a su vez, como un espadachín que trata de probar a su adversario, hizo un gesto amenazador.

—¡Eh! ¡eh! ¡a mí vosotros! —gritó el huésped.

A estas voces se presentaron en lo alto de la escalera cuatro hombres armados de sendos garrotes.

—¡Pardiez! —dijo Chicot—; he aquí a Noto, Euro, Aquilón y Bóreas. Pues bien, ya que la ocasión se presenta, voy a desterrar de la tierra el viento Norte, en obsequio de la humanidad, con objeto de que tengamos una primavera eterna.

Y diciendo y haciendo sacudió un mandoble tan terrible en la dirección del viento más inmediato, que si éste no hubiese dado un salto hacia atrás con la rapidez de un verdadero hijo de Eolo, hubiera quedado dividido de arriba abajo.

Pero como desgraciadamente al ejecutar aquel movimiento retrógrado miraba de hito en hito a Chicot, y por consiguiente no veía los objetos que tenía a la espalda, fue a caer en la orilla del primer escalón, y no pudiendo conservar el centro de gravedad, rodó estrepitosamente todas las escaleras.

Esta retirada fue una señal para sus compañeros, que desaparecieron asimismo con la misma precipitación que si fueran fantasmas salidos del Averno.

El último de ellos, sin embargo, tuvo el tiempo suficiente para dirigir en voz baja algunas palabras al mesonero, mientras que sus amigos se abismaban en las entrañas de la tierra.

—Bien, bien —murmuró el huésped—, aparecerán vuestros vestidos.

—Es lo único que deseo.

—Ahora os los traerán.

—Corriente: creo que bien puedo desear no salir desnudo de aquí.

Llevaronle, en efecto, los vestidos, pero visiblemente deteriorados.

—¡Dios mío, Dios mío! —replicó Chicot—. Muchos clavos debe haber en vuestra

escalera. ¡Malditos vientos! Pero, en fin, os debo una reparación. ¿Cómo había yo de sospechar de vos? Tenéis una fisonomía de hombre honrado que...

El mesonero se sonrió con afabilidad.

—Y ahora supongo —dijo— que volveréis a dormir.

—No, no, muchas gracias; he dormido bastante.

—¿Qué vais a hacer?

—Vais a prestarme vuestra linterna y seguiré mi lectura interrumpida por el sueño.

Nada replicó el mesonero; entregó a Chicot la linterna y se retiró.

Chicot levantó el armario apoyándolo contra la puerta, y se tendió en el lecho.

El resto de la noche transcurrió tranquilamente, y el viento cesó del todo, como si la espada de nuestro viajero hubiese penetrado el odre que los encerraba.

Al amanecer pidió su caballo el emisario del rey, pagó el gasto hecho, y prosiguió su camino, diciendo:

—Veremos esta noche.

XXXVI

CHICOT CONTINÚA SU VIAJE

Chicot no pudo menos de felicitarse durante toda la mañana por haber conservado la paciencia y la sangre fría, de que hemos sido testigos durante aquella noche de pruebas.

—Mas no se coge dos veces a un lobo experimentado en el mismo cepo —se decía a sí mismo—; por lo cual es casi indudable que hoy se inventará alguna otra emboscada contra mí; es necesario, pues, vivir alerta.

El resultado de este raciocinio fue que Chicot, prudente como el que más, hizo una marcha tan estratégica aquel día, que Xenofonte no hubiera tenido inconveniente en inmortalizarla, pues podía compararse a la retirada de los diez mil.

Todos los árboles, todos los accidentes del terreno, todas las cercas del camino le servían de puntos de observación o de fortificaciones naturales.

También negoció sin detenerse, sus alianzas, ya que no ofensivas, al menos defensivas.

Efectivamente, cuatro especieros por mayor, de París, que iban a Orleáns a proveerse de pastas de Cotignac, y a Limoges a comprar frutas secas, se dignaron reunirse a Chicot, quien se presentó a ellos como un fabricante de medias de Burdeos, que volvía a su comercio luego de haber despachado algunos negocios. Y como Chicot, gascón de origen, no ocultaba el acento de su voz, sino cuando esta precaución le parecía indispensable, no inspiró la más ligera sospecha a sus compañeros de viaje.

La partida se componía, pues, de cinco mercaderes y de cuatro mozos especieros, gente que nada tenía de despreciable en cuanto al número y al valor, si tenemos en cuenta las costumbres belicosas introducidas desde el tiempo de la Liga entre los tenderos de París.

No podemos asegurar que Chicot confiase mucho en la bravura de sus nuevos amigos, pero al menos era evidente que con ellos podía acreditarse aquel dicho de que tres cobardes reunidos tienen menos miedo que un valiente solo.

Chicot, por lo tanto, desterró todo temor, desde el punto en que se vio entre cuatro cobardes, como que renunció a la tarea de examinar, como antes, de vez en cuando, el camino que iba dejando, sin preocuparse de los que podían seguir su pista.

Así, pues, hablando mucho de política y haciendo no poco alarde de un valor que no se había puesto a prueba, llegó la reducida caravana a la población designada para cenar y pasar la noche.

Cenaron todos con buen apetito, bebieron a satisfacción y se retiraron a sus respectivos aposentos.

Chicot no había escaseado, mientras estuvo en la mesa, su elocuencia burlona, que divertía infinito a sus compañeros, ni las libaciones de moscatel y de Borgoña que le inspiraban; y no fue despreciable el gasto que hicieron nuestros buenos comerciantes, aquellos hombres libres, de Su Majestad el rey de Francia y de todas las demás majestades, ya fuesen de Lorena, ya de Navarra, ya de Flandes, o de cualquiera otra parte.

Chicot se fue a su dormitorio, luego de haber citado para el siguiente día a sus cuatro compañeros que acababan de conducirle casi en triunfo desde la mesa hasta su aposento.

Maese Chicot, por lo tanto, se encontraba custodiado en su corredor como un príncipe

por los cuatro viajeros, cuyos dormitorios precedían al suyo, que se hallaba situado al extremo, y que era, por consiguiente, inexpugnable, merced a las alianzas intermedias.

Como en aquella época había poca seguridad de los caminos públicos, aun para aquellos caminantes que solamente atendían a sus propios negocios, todos procuraban asegurarse el apoyo de los viajeros que iban en su compañía; y Chicot, que nada había contado respecto a su mala aventura de la noche anterior, hizo muchos esfuerzos, como puede concebirse, tocante a la redacción de aquel artículo del tratado que todos adoptaron sin la menor dificultad.

Esto quiere decir que Chicot, sin faltar a las reglas de su prudencia acostumbrada, podía acostarse y dormir. Y tanto más debía hacerlo, cuanto que acababa de examinar con el mayor cuidado todos los rincones del aposento, corriendo los cerrojos y cerrando de firme la única ventana del mismo. Ya se sospechará que había asimismo golpeado la pared por varias partes y que en todas fue satisfactorio el sonido causado por sus puños.

Pero durante su primer sueño acaeció un suceso que la misma Esfinge, cuyos enigmas nadie acierta, no hubiera podido prever: no parecía sino que el diablo tenía empeño en dar al traste con los planes de Chicot, y ya se sabe que el diablo es más ladino que todas las esfinges del mundo.

A eso de las nueve y media llamaron suavemente a la puerta del cuarto que los mozos especieros ocuparon juntos, en una especie de zaquizamí²², situado justamente sobre el corredor de la posada. Uno de ellos abrió aunque de malísimo humor y se encontró frente a frente con el posadero.

—¡Cuánto celebro —dijo éste— el ver que os habéis acostado vestidos! Como que voy a haceros un gran favor. Ya sabéis que vuestros amos se han enzarzado mucho en la mesa hablando de política: pues bien, un regidor del ayuntamiento ha oído sus discursos y dado parte al señor alcalde, y como éste se precia de ser en extremo fiel, ha enviado al punto la ronda, que acaba de conducir a vuestros amos a la Municipalidad, para que den su descargo. La cárcel está inmediata a la Municipalidad, y así no seáis tontos, poneos en salvo con las mulas; y vuestros amos, que se os reunirán cuando puedan, no podrán menos de agradecer vuestra previsión.

Los mozos, al oír esto, se pusieron en pie, bajaron sin detenerse a la cuadra, montaron temblando en las mulas y emprendieron el camino de París, encargando al posadero que enterase a sus amos de la ruta que seguían, si volvían por casualidad sanos y salvos al mesón.

Una vez hecho esto y habiendo visto desaparecer a los cuatro mozos por la esquina de la calle, fue a llamar el posadero con las mismas precauciones a la primera puerta del corredor.

El mercader que en aquel aposento dormía, se despertó gritando con voz de trueno:

—¿Quién va allá?

—¡Silencio, desgraciado! —le respondió el mesonero—; acercaos de puntillas a la puerta.

Obedeció el especiero, pero a guisa de hombre prudente, arrimó el oído a la puerta sin abrirla e interrogó:

—¿Quién sois?

²² Casilla o cuarto pequeño, desacomodado y poco limpio.

—¿No conocéis la voz del amo de la posada?

—Sí; ahora sí, por Cristo. Mas, ¿qué ocurre?

—Ocurre que en la mesa habéis hablado del rey con demasiada libertad, que el alcade ha sido avisado por algún espía, y que ha venido la ronda. Afortunadamente he indicado a los empleados el desván que ocupan vuestros criados, y en este momento los están prendiendo arriba, en lugar de prenderos aquí.

—¿Qué es lo que me decís! —dijo el mercader dando diente con diente.

—La pura verdad; daos prisa, si queréis salvaros, mientras se halla libre la escalera.

—¿Y mis compañeros?

—No tenéis tiempo para avisarles.

—¡Pobres amigos!

Y el especiero se vistió apresuradamente.

Durante este tiempo, el mesonero, como cediendo a una inspiración repentina, golpeó en el tabique que separaba al primer mercader del segundo.

Enterado éste de lo que pasaba, abrió suavemente su puerta; el tercero, avisado del mismo modo, llamó al cuarto, y viéndose ya reunidos desaparecen escalera abajo como una bandada de golondrinas, con las manos en la cabeza y sin tocar apenas los escalones con las puntas de los pies, con objeto de no ser sentidos.

—¡Pobre mediero! —decían—: toda la culpa va a recaer sobre él, aunque ciertamente ha sido quien más ha hablado. En fin, mire bien cómo sale del apuro, pues el posadero no ha podido avisarle como a nosotros.

En efecto, maese Chicot, como debe presumirse, ignoraba todo cuanto acababa de suceder, pues al mismo tiempo que los especieros escapaban encomendándole a Dios, dormía profundamente lo que se llama el primer sueño.

El mesonero se aseguró de esto poniéndose a escuchar a la puerta; luego, bajó hasta una sala baja, cuya puerta, cuidadosamente cerrada hasta entonces, se abrió a una señal suya.

Acto seguido se quitó el gorro y entró.

En la sala había seis hombres armados y uno de ellos parecía el jefe de los demás.

—¿Qué hay? —interrogó éste.

—He obedecido vuestras órdenes, señor oficial.

—Es decir, que ya no hay nadie en el mesón.

—Nadie.

—La persona designada no sabe nada... se ha despertado... ¿eh?

—Como decís, señor oficial.

—Señor mesonero, ya sabéis en nombre de quién obramos, ya sabéis a qué causa servimos, toda vez que sois uno de sus defensores.

—Sí por cierto, y ya veis que he sacrificado, por ser fiel a mi juramento, la ganancia que debían haberme dejado mis huéspedes; mas recuerdo que en el juramento se dice: "Sacrificaré mis bienes a la defensa de la santa religión católica."

—Y también mi vida... Indudablemente olvidáis esto —repuso el oficial.

—¡Dios mío! —exclamó el posadero juntando las manos—. ¿También se me pide la

vida? Tengo mujer e hijos.

—Sólo os la pedirán si no ejecutáis ciegamente lo que se os mande.

—Obedeceré, obedeceré.

—En ese caso, retiraos; cerrad bien todas las puertas, y suceda lo que quiera, aun cuando veáis arder el mesón, o lo sintáis desplomarse sobre vuestros huesos, no os mováis de vuestro aposento. Ya veis que el encargo es fácil de cumplir.

—¡Jesús! ¡Jesús! Estoy arruinado —murmuró el pobre hombre.

—Tengo orden de indemnizaros —replicó el oficial—; aquí tenéis treinta escudos.

—¡Mi casa tasada en treinta escudos!

—Ea, callad con mil diablos, lloricón, que no se os romperá un solo vidrio. ¡Vaya unos campeones repugnantes de la Liga que tenemos en esta tierra!

El mesonero fue a encerrarse como un cónsul a quien se previene que va a ser saqueada la ciudad en que reside.

El oficial, sin perder tiempo, situó a los dos hombres mejor armados debajo de la ventana del aposento de Chicot, y él mismo, acompañado de otros tres, subió al dormitorio, del pobre mediero, como le llamaban sus compañeros de viaje, que se encontraban ya lejos de la población.

—Ya sabéis lo que ha de hacerse —dijo el oficial—; si abre la puerta, si se deja registrar, si encontramos en su cuerpo lo que buscamos, nada tiene que temer de nosotros; pero si acontece lo contrario... un buen golpe de daga... de daga... ¿estáis? Nada de pistola, ni de arcabuz, porque al fin somos cuatro contra uno y no quiero bulla.

Llegaron a la puerta y el oficial llamó:

—¿Quién va? —preguntó Chicot despertándose sobresaltado.

—Conviene fingir —murmuró el oficial.

Y agregó en voz alta:

—Somos vuestros compañeros de viaje, que queremos comunicaros un asunto importante.

—¡Oh! ¡oh! —repuso Chicot—; sin duda el vino de la cena os ha enronquecido la voz.

El oficial suavizó la suya y repuso con el tono más insignificante que le fue posible:

—Vamos, abrid, mi querido compañero y amigo.

—¡Ira de Dios! —replicó Chicot—. ¡Cómo apestan a hierro vuestras especias!

—¡Qué es eso! —gritó al fin el oficial perdiendo la paciencia—. ¿No queréis abrir?

—Derribad vosotros la puerta.

Chicot corrió a la ventana, la abrió con fuerza y vio en la calle dos espadas desnudas.

—Estoy cercado —murmuró.

—¡Ah! ¡ah! compadre —le gritó el oficial que había oído el ruido de la ventana—; temes dar el salto mortal; ya veo que tienes razón: abre la puerta y nos entenderemos.

—No lo creas —repuso Chicot—; la puerta es muy sólida, y si metéis ruido me vendrán refuerzos.

El oficial se echó a reír y mandó a los soldados que hicieran saltar los cerrojos.

Chicot al mismo tiempo comenzó a gritar pidiendo auxilio a los especieros.

—¡Imbécil! —le dijo el oficial—. ¿Crees que te llegará ese socorro? Desengáñate; estás solo, y por consiguiente perdido. Vamos; haz de tripas corazón. ¡Adelante, muchachos! Derribad la puerta si ese demonio no se da a partido.

Y Chicot oyó el ruido de tres culatazos contra la puerta, tan regulares, como si hubiesen dado con tres arietes.

—Son —dijo entre dientes— tres mosqueteros y un oficial, abajo solamente hay dos soldados armados de tizonas; quince pies de altura... es una miseria: mejor quiero habérmelas con espadas que con mosquetes.

Ató el saquillo a su cintura y subió resueltamente al borde de la ventana empuñando su acero.

Los hombres que le esperaban parecían amenazar sus movimientos con las puntas de los suyos.

Pero Chicot no se engañaba al creer que no hay hombre, aun cuando sea un Goliat, que espere la caída de un hombre sobre su arma, porque este hombre, al morir, puede matar a su contrario.

Los soldados cambiaron de táctica y retrocedieron, resueltos a acometer a Chicot cuando ya estuviese en tierra.

Eso era lo que el gascón quería: saltó por consiguiente, como hombre muy acostumbrado a hacerlo, sobre las puntas de los pies y permaneció por un momento agazapado: al mismo tiempo uno de sus enemigos le tiró una estocada capaz de atravesar un muro de piedra.

Chicot ni aun se tomó la incomodidad de parar el golpe, pero gracias a la cota de malla de Gorenflot, la hoja de la espada del soldado se rompió como un cristal.

—¡Está cubierto de hierro! —dijo el agresor.

—De poco te servirá el tuyo —le contestó Chicot hendiéndole la cabeza de un tajo.

El otro empezó a dar voces sin poder hacer otra cosa que defenderse, porque Chicot atacaba. Pero desgraciadamente para él no llegaba su habilidad en la esgrima a la de Santiaguillo Clemente, y así no tardó en quedar tendido en tierra junto a su compañero.

Al mismo tiempo quedó forzada la puerta del dormitorio de Chicot; mas al asomarse el oficial a la ventana, sólo vio a los dos centinelas bañándose en su sangre.

El objeto de sus pesquisas se retiraba tranquilo y estaba a cincuenta pasos de los moribundos.

—Es el mismo demonio en carne y hueso —dijo el oficial—, pues está hecho a prueba de hierro.

—Pero tal vez no a prueba de plomo —replicó un soldado apuntando al fugitivo.

—¡Pobre de ti! —exclamó el oficial echando mano al mosquete—. ¿Cómo se entiende alborotar la población? ¿No conoces que eso es lo mismo que tocar a rebato entre los vecinos? Deja que ahora se escape; mañana le volveremos a encontrar.

—¡Ah! —observó un soldado filosóficamente—; debieron haberse colocado abajo cuatro hombres y únicamente dos arriba.

—Eres un necio —le respondió el oficial.

—Ya veremos lo que a él le llamará el duque —murmuró el soldado para consolarse.
Y puso en tierra la culata de su mosquete.

XXXVII

TERCER DÍA DE VIAJE

Chicot huía con la calma que hemos visto en el capítulo precedente, porque se encontraba en Etampes, esto es, en una ciudad principal, en medio de una población y bajo la salvaguardia de magistrados que a su primer aviso o reclamación, hubieran hecho poner en juego los fueros de la justicia y arrestado al mismo duque de Guisa.

Sus perseguidores conocieron al punto la falsa posición en que se hallaban, y por eso el oficial, según sabe el lector, prohibió a sus soldados hacer fuego, a riesgo de que Chicot escapase de sus manos.

Por la misma causa se abstuvo de perseguirle, pues sabía que su enemigo hubiera pedido auxilio a las autoridades al verse acosado en las calles de la población.

La partida destinada a perseguir a Chicot, disminuida en su tercera parte, se emboscó como le fue posible ocultándose entre las sombras de la noche, abandonando sus dos muertos por no comprometerse y dejándoles las espadas desnudas, para que se creyese que habían perecido batiéndose uno contra otro.

Chicot dio la vuelta al barrio, pero inútilmente buscó por todas partes a los especieros y a sus mozos.

Y calculando acertadamente que después de haber errado el golpe, sus perseguidores deberían abandonar la población, creyó que la buena estrategia le aconsejaba continuar en ella.

Aún hizo más; porque después de haber recorrido la población y de haber visto que se alejaban sus cuatro enemigos vivos, tuvo bastante atrevimiento para volver a la posada.

En ella encontró al mesonero, que no había salido todavía del susto que le ocasionaran los sucesos de la noche, y que le dejó ensillar su caballo en la cuadra contemplándole absorto, como hubiera podido hacerlo al presentársele una sombra del otro mundo.

Chicot se aprovechó de aquel estupor favorable para no pagar el gasto, que por su parte tampoco se atrevió a reclamar el posadero.

Acto seguido fue nuestro viajero a pasar el resto de la noche en otro mesón entre una multitud de alegres bebedores, quienes al notar el sereno semblante y risueño y gracioso continente del desconocido, estaban muy lejos de sospechar que acababa de librarse de la muerte y de matar a dos hombres.

Al amanecer ya se hallaba Chicot en camino, pero le asaltaban pensamientos de inquietud que iban aumentándose por instantes: en efecto, la cosa no era para menos, pues si habían fallado dos tentativas contra su persona, la tercera podía serle fatal.

De buena gana se hubiera compuesto entonces amigablemente con todos los partidarios del duque de Guisa, aunque luego les hubiese jugado alguna pasada de las muchas que sabía inventar.

La aparición de un bosque le inspiraba temores difíciles de describir; la vista de un foso cubría su cuerpo de sudor frío, la perspectiva de una cerca algo más alta que lo regular le inspiraba tentaciones de retroceder.

También discurría el expediente de enviar al rey un correo desde Orleáns, para pedirle

una escolta respetable.

Mas hasta dicha ciudad el camino era solitario y seguro, conoció Chicot que si hacía lo que había pensado, se le tendría por cobarde, que perdería la buena opinión en que le tenía el rey, y que además la escolta le molestaría mucho; a esto se añadía la consideración de que dejaba a retaguardia cien fosos, cincuenta vallados, veinte cercas y diez sotos, sin que se le hubiese aparecido ningún objeto sospechoso.

Pero después de haber pasado de Orleáns, sintió acrecentarse sus temores. Eran las cuatro de la tarde, es decir, casi el anochecer; el camino estaba ya obscuro como boca de lobo y se presentaba en progresión ascendente como una escala; destacándose el viajero entre la sombra del crepúsculo, aparecía semejante a un blanco expuesto a las balas que cualquiera hubiera podido dirigirle.

De repente oyó Chicot un ruido lejano parecido al que hacen en tierra dura los caballos que corren a escape.

Volvió el rostro, y como hacia el medio de la cuesta que él había ya pasado, vio a varios caballeros que corrían a toda rienda.

Los contó al punto; eran siete.

Cuatro de ellos llevaban mosquetes cruzados a la espalda.

Los caballos de aquellos jinetes se aproximaban por momentos al de Chicot, y éste, por su parte, no trataba de apostárselas a la carrera, pues conocía que el resultado de este empeño solamente hubiera sido disminuir sus recursos en caso de ser atacado.

Lo único que hizo fue dirigir su caballo a derecha e izquierda para evitar la puntería fija de los arcabuceros.

Chicot llevaba a cabo esta maniobra con un perfecto conocimiento de aquella arma y de los que la manejaban, porque al punto en que los jinetes de la retaguardia estuvieron a cincuenta pasos de él, le saludaron con cuatro balazos, que, según la dirección en que fueron disparados, pasaron por encima de su cabeza.

Chicot los aguardaba ya hacía rato, y por eso había tomado sus medidas preventivas de antemano. Al oír silbar las balas, aflojó las riendas y se dejó caer del caballo; mas al mismo tiempo tuvo la precaución de desenvainar la tizona y de preparar una daga cortante como una navaja de afeitar y cuya punta era semejante a la de una aguja.

Cayó, pues, a tierra de tal manera, que sus piernas parecían dos resortes, fuertemente enlazados, aunque dispuestos a separarse con la mayor facilidad: merced a la posición escogida por aquella caída voluntaria, su cabeza se hallaba resguardada, porque el pecho del caballo la defendía.

Un grito de alegría salió del grupo de sus perseguidores, quienes al ver en tierra a Chicot le dieron por muerto.

—Ya os lo decía yo, imbécil —dijo corriendo a todo escape un hombre enmascarado—: habéis errado el golpe anoche por no haber seguido mis órdenes. Ya lo tenéis ahí puesto a buen recaudo. Muerto o vivo, que se le registre, y si respira que acabe de morir.

—¡Oh, señor! —contestó respetuosamente el caballero a quien iban dirigidas las precedentes palabras.

Todos echaron pie a tierra, a excepción de un soldado que se hizo cargo de las bridas de todos los caballos.

Chicot no era precisamente lo que se llama un hombre devoto, pero en aquel trance se acordó de que hay un Dios, de que este Dios le abría los brazos; y que tal vez no transcurrirían cinco minutos sin que el pecador se hallase delante de su juez supremo.

Balbució una melancólica y ferviente oración que llegó sin duda al Cielo.

Dos hombres armados de largas tizonas se aproximaron a Chicot, y al escuchar sus lamentos conocieron perfectamente que aún estaba vivo.

Como no se movía, ni hacía el menor ademán para defenderse, el más osado de los dos hombres tuvo la imprudencia de acercarse al alcance de su mano izquierda; la daga de Chicot, lanzada como por un resorte, entró en el pescuezo del atrevido caballero, y al mismo tiempo desapareció la espada de aquél entre los riñones del otro que se aprestaba a hacerse atrás.

—¡Ira de Dios! —gritó el jefe—: aquí tenemos traición: cargad los arcabuces, porque ese truhán parece que aún respira.

—Ya lo creo —contestó Chicot—: sí, en efecto, todavía respiro.

Diciendo así y despidiendo fuego por los ojos, arremetió pronto como el pensamiento contra el jefe dirigiendo contra su careta la punta de la espada.

Pero dos soldados le tenían ya cercado y no tuvo otro remedio que descargar sobre ellos dos soberbios mandobles que le dejaron libre por aquella parte.

—¡Muchachos! ¡Muchachos! ¡Los arcabuces con mil demonios!

—Antes que se preparen los arcabuces —replicó Chicot—, te abriré las entrañas, grandísimo pícaro, y romperé las cintas de tu careta para conocerte.

—Manteneos firme, señor, que yo os defenderé —se oyó gritar en aquel momento a una voz que pareció a Chicot como bajada del Cielo.

Era la de un joven que cabalgaba en un magnífico caballo negro: tenía dos pistolas en las manos y dijo a Chicot: —Bajaos, con mil carretadas de demonios; bajaos os digo. Chicot obedeció maquinalmente.

Simultáneamente sonó un pistoletazo y un hombre rodó a los pies de Chicot abandonando el acero que empuñaba. Mientras tanto se habían alborotado los caballos; los tres caballeros restantes de la partida querían asegurarse en los estribos, mas no podían conseguirlo; en medio del desorden, el joven disparó su segundo pistoletazo que mató a otro hombre.

—Ahora somos dos para dos —gritó Chicot—; generoso salvador mío, atacad a uno de ellos, mientras yo doy cuenta del otro.

Y diciendo y haciendo se arrojó sobre el caballero enmascarado, que lleno de rabia, o quizás de miedo, le hizo cara como hombre ejercitado en el manejo del arma.

El joven, por su parte, se había abrazado con su adversario, y le había echado a tierra sin desenvainar la espada, y le amarraba con su cinturón como si fuese un cordero.

Chicot, al verse frente a frente de un solo enemigo, iba recobrando toda su sangre fría, es decir, toda su superioridad.

Acometió furiosamente a su enemigo, cuya corpulencia era grande, lo acosó contra una revuelta del camino, y amagándole con una estocada baja, le asestó otra en medio del pecho.

El hombre cayó.

Chicot puso un pie sobre su espada con objeto de que no pudiese apoderarse de ella, y cortó con su daga las cintas de la careta.

—¡El señor de Mayena! —exclamó al mismo tiempo—. ¡Ira de Dios! Ya me lo sospechaba.

El duque no abrió los labios, pues habíase desmayado, tanto por la pérdida de su sangre como por la violencia de la caída.

Chicot, según la costumbre que tenía cuando estaba empeñado en asuntos de mucha gravedad, se rascó la nariz. Después de haber reflexionado un minuto, arremangó las vueltas de la ropilla, empuñó la daga y se aproximó al duque para cortarle pura y simplemente la cabeza.

Pero al mismo tiempo sintió que un brazo de hierro sujetaba al suyo, y vio al joven que le decía:

—Poco a poco, caballero; no se mata a un enemigo que está en tierra.

—Joven —le respondió Chicot—, es una verdad indudable que me habéis salvado la vida y por ello os estoy sumamente reconocido; pero recibid una lección utilísima para estos tiempos de degradación moral en que vivimos. Cuando un hombre ha estado expuesto a tres ataques en tres días, cuando su vida ha estado amenazada tres días, cuando siente hervir su sangre contra unos enemigos que le han disparado de lejos sin la menor provocación cuatro tiros de arcabuz como si tratasen de cazar un lobo rabioso, creo que un valiente (y permitidme que lo diga) puede hacer lo que la voluntad me inspira en este momento.

Y Chicot abarcó la cabeza de su enemigo para realizar la operación que había proyectado.

El joven, sin embargo, volvió a detenerle por segunda vez.

—¡Oh, caballero! No haréis tal cosa, al menos mientras yo esté aquí. Me parece que debe bastar para vuestra venganza esa sangre que ha salido de su herida.

—¡Bah! ¿Conocéis a ese miserable?

—Ese miserable es el duque de Mayena, príncipe que iguala en grandeza a muchos reyes.

—Una razón más para que desaparezca del mundo. Y vos, ¿quién sois?

—Soy quien os ha salvado la vida, caballero —contestó con frialdad el joven.

—Y quien cerca de Charenton, si mal no recuerdo, me entregó hace tres días una carta del rey.

—Es cierto.

—¿Luego estáis al servicio de Su Majestad?

—Tengo ese honor.

—Y estando al servicio del rey, ¿por qué guardáis consideraciones al duque de Mayena? Permitidme, caballero, que os diga que esa conducta no es propia de un buen servidor.

—Se me figura, por el contrario, que aquí soy el buen servidor de Su Majestad.

—Puede ser, caballero, puede ser, mas no es éste el momento de filosofar. ¿Cómo os llamáis, caballero?

—Ernanton de Carmaignes.

—Y bien, señor Ernanton, ¿qué hemos de hacer de esa carroña igual en grandeza a todos los reyes de la tierra? En cuanto a mí, os advierto que voy a seguir mi viaje.

—Yo cuidaré al señor de Mayena.

—¿Y qué haréis de ese otro pobre diablo que nos escucha?

—Nada puede oír, pues le he ligado tan fuertemente que se ha desmayado.

—Vamos, señor de Carmaignes, hoy me habéis salvado la vida, pero la comprometéis para mañana.

—Hoy cumplo con mi deber, y Dios proveerá más tarde.

—Sea, pues, como decís. Por lo demás, también me repugna matar a un hombre que no se defiende, aun cuando ese hombre es mi mayor enemigo. Quedad con Dios, señor Ernanton.

Y Chicot le estrechó la mano.

—Quizás tiene razón —murmuró en seguida, alejándose para buscar su caballo.

Y volviendo después hacia Carmaignes, le dijo:

—El hecho es que aquí hay siete caballos excelentes, de los cuales creo haber ganado cuatro por mi parte. Ayudadme, pues, a recoger uno si es que sois inteligente.

—Tomad el mío —contestó Ernanton—, pues tengo confianza en él.

—Esa es una generosidad excesiva; conservadle para vos.

—Yo no tengo tanta necesidad como vos de caminar aprisa.

Chicot no se hizo de rogar; montó en el caballo de Ernanton y desapareció.

XXXVIII

ERNANTON DE CARMAIGNES

Ernanton permaneció en el campo de batalla bastante apurado sin saber qué hacer de los dos enemigos que iban a abrir los ojos entre sus brazos. Mientras tanto, como no había peligro alguno en que se alejasen, y no era probable que maese Roberto Briquet, ya recordará el lector que bajo este nombre conocía Ernanton a Chicot, y como no era probable, repetimos, que maese Roberto Briquet volviese atrás para acabar de matarlos, el joven se puso a mirar por todas partes por si descubría algún auxiliar, y no tardó en encontrar en el mismo camino lo que buscaba.

Una carreta, que indudablemente debió encontrar Chicot a su paso, apareció en lo alto de la montaña; venía tirada por dos bueyes, y la dirigía un campesino.

Ernanton se aproximó al conductor, quien al verle tuvo tentación de abandonar la carreta y esconderse en el bosque, y le contó que acababa de ocurrir un combate encarnizado entre hugonotes y católicos; que este combate había sido fatal a cuatro de ellos; mas que dos habían sobrevivido.

El campesino, aterrado de la responsabilidad de una buena obra, pero más aterrado todavía, como hemos dicho, del aspecto guerrero de Ernanton, ayudó al joven a trasladar al señor de Mayena a su carreta, y luego al soldado, que desmayado o no, continuaba con los ojos cerrados.

Quedaban los cuatro muertos.

—Señor —interrogó el campesino—, ¿estos cuatro hombres eran católicos o hugonotes?

Ernanton, que había visto al campesino hacer la señal de la cruz en el primer momento de terror, repuso:

—Hugonotes.

—En ese caso —replicó el campesino—, no habrá inconveniente en que registre a estos calvinistas, ¿no es cierto?

—Ninguno —respondió Ernanton, importándole un bledo que el carretero y no otro fuese el heredero de aquellos difuntos.

El campesino no dio lugar a que se lo dijeran dos veces, y vació todos los bolsillos de los muertos, quienes, según la cara risueña que puso aquél al concluir su operación, debieron gozar en vida de muy buenos sueldos y obvenciones, resultando del bienestar que se esparció a la vez por el cuerpo y el alma del rústico que picara más fuerte a sus bueyes con objeto de llegar más pronto a su cabaña.

En el establo de este excelente católico, y sobre una buena cama de paja, recobró el señor de Mayena sus sentidos; el dolor producido por el movimiento del carro no había podido reanimarle; pero cuando el agua derramada sobre la herida hizo correr de ella algunas gotas de sangre bermeja, el duque abrió los ojos y miró a los hombres y a las cosas que le rodeaban con una sorpresa fácil de comprender.

Luego que el señor de Mayena abrió los ojos, Ernanton despidió al carretero.

—¿Quién sois? —preguntó Mayena.

Ernanton se sonrió.

—¿No me reconocéis, señor? —replicó.

—Sí, por cierto —contestó el duque frunciendo el ceño—, vos sois el que acudió al socorro de mi enemigo.

—Sí —dijo Ernanton—, mas también quien impidió que vuestro enemigo os matara.

—Necesario es que sea así —dijo Mayena— puesto que vivo, a no ser que me haya creído muerto.

—Al saber que os hallabais vivo se ha alejado.

—Habrá creído que mi herida era mortal.

—No sé; la verdad es que si no me hubiera opuesto, iba a haceros una que lo hubiera sido.

—Pues en ese caso, señor, ¿por qué habéis ayudado a matar a mi gente para impedir luego a ese hombre que me matase?

—Nada más sencillo, señor, y me admiro de que un caballero, pues tal me parecéis, no comprenda mi conducta. El azar me llevó por el mismo camino que seguíais, y como viese a muchos hombres atacar a uno solo, creí de mi deber defender al hombre solo; después, cuando este valiente, a cuyo socorro acudí, porque cualquiera que sea, señor, ese hombre es valiente; luego, cuando este valiente, quedándose a solas con vos, decidió la victoria por el golpe que os dio, viendo yo que iba a abusar de la victoria matándoos, interpose mi espada.

—¿Conque me conocéis? —preguntó Mayena con una mirada investigadora.

—No necesito conoceros, señor; sé que sois un hombre herido, y esto me basta.

—Sed franco, señor —replicó Mayena—; vos me conocéis.

—Extraño es, señor, que no queráis entenderme: no creo yo que sea más noble matar a un hombre sin defensa que acometer entre seis a un hombre que pasa.

—Admitís, no obstante —replicó Mayena—, que en todas las cosas puede haber razones.

Ernanton hizo una reverencia, pero no respondió.

—¿No habéis visto —prosiguió Mayena— que he peleado cuerpo a cuerpo con ese hombre?

—Lo he visto, es verdad.

—Por lo demás, ese hombre es mi mortal enemigo.

—Lo creo porque lo mismo me ha dicho de vos.

—¿Y si sobrevivo a mi herida?

—Eso ya no me importa, y haréis lo que os plazca, señor.

—¿Creéis que estoy peligrosamente herido?

—He examinado vuestra herida, señor, y creo que, aunque grave, no ofrece peligro de muerte. Según mi opinión, el acero se deslizó a lo largo del costado y no penetró en el pecho. Respirad y veréis cómo no sufrís ningún dolor en el lado del pulmón.

Mayena respiró difícilmente, sin dolor interior.

—Verdad es —dijo—, pero, ¿los hombres que estaban conmigo?

—Han muerto, a excepción de uno solo.

—¿Los han dejado en el camino? —interrogó Mayena.

—Sí.

—¿Los han registrado?

—El campesino que habéis debido ver al abrir los ojos, y que es vuestro huésped, se ha encargado de este cuidado.

—¿Qué encontró en sus bolsillos?

—Algún dinero.

—¿Y papeles?

—No lo sé.

—¡Ah! —exclamó Mayena con evidente satisfacción.

—Por otra parte, podéis pedir informes al que vive.

—Pero el que vive, ¿dónde está?

—En la granja, a dos pasos de aquí.

—Llevadme adonde está, o más bien, traedlo aquí, y si sois hombre de honor, como me parece, juradme no hacerle ninguna pregunta.

—No soy curioso, señor, y además, sé ya de este negocio todo lo que me importa saber.

El duque miró a Ernanton con alguna inquietud.

—Señor —dijo éste—, os agradecería que dieseis a cualquiera otro la comisión que queréis darme.

—Hago mal, señor, y lo confieso —dijo Mayena—; pero os ruego encarecidamente que os dignéis hacerme el favor que os pido.

Cinco minutos después entraba el soldado en el establo. Al ver al duque de Mayena dio un grito, pero éste tuvo fuerza para ponerse el dedo sobre sus labios, y el soldado calló al punto.

—Señor —dijo Mayena a Ernanton—, mi gratitud será eterna, y sin duda llegará día en que nos encontremos en circunstancias mejores; ¿puedo saber a quién tengo el honor de hablar?

—Soy el vizconde Ernanton de Carmaignes, señor.

Mayena esperaba más detalles; pero esta vez tocó al joven ser reservado.

—¿Seguís el camino de Beaugency? —continuó Mayena.

—Sí, señor.

—¿Luego os he molestado, y tal vez no podáis marchar esta noche?

—Nada de eso; pienso ponerme en camino ahora mismo.

—¿Para Beaugency?

Ernanton miró a Mayena de una manera que indicaba claramente cuánto le desagradaba aquella desatentada curiosidad, y contestó:

—Para París.

El duque aparentó quedar sorprendido con esta contestación.

—Perdonadme que os diga —prosiguió Mayena— que es extraño que siendo vuestro ánimo dirigiros a Beaugency, y habiéndoos detenido una circunstancia tan inusitada, renunciéis así al objeto de vuestro viaje sin una causa muy seria.

—Nada más sencillo, señor —respondió Ernanton—: iba a una cita. El inesperado suceso que me ha obligado a detenerme aquí ha hecho que falte a esa cita, y me vuelvo.

En vano intentó Mayena leer en el rostro impassible de Ernanton otro pensamiento que el que sus palabras expresaban.

—¡Oh, señor! —dijo por último—, ¡que no pudierais quedaros conmigo algunos días! Enviaría a mi soldado que está aquí, en busca de un cirujano; porque ya comprendéis que no debo quedarme solo con estos campesinos que no conozco.

—¿Y no sería mejor —replicó Ernanton— que vuestro soldado se quedase haciéndoos compañía, y que yo os enviase el cirujano?

Mayena titubeó un momento y dijo:

—¿Sabéis el nombre de mi enemigo?

—No, señor.

—¡Cómo! ¿Le habéis salvado la vida y no os ha dicho su nombre?

—No se lo pregunté.

—¿No se lo habéis preguntado?

—También salvé vuestra vida; ¿y os he preguntado por eso cómo os llamáis? Pero, en cambio, ambos sabéis mi nombre. ¿Qué importa que el que hace un bien sepa el de la persona a quien se lo hace? Esta es la que debe saber el de su bienhechor.

—Veo, señor —dijo Mayena—, que nada se puede averiguar por vos, y que sois tan discreto como valiente.

—Y yo, señor, veo que decís estas palabras con aire de reconvención, y lo siento; porque, a la verdad, lo que tanto os alarma, debería, por el contrario, tranquilizaros. Nadie es muy discreto con uno, sin serlo algún tanto con los demás.

—Tenéis razón: vuestra mano, señor de Carmaignes.

Ernanton le dio la mano, pero sin que nada indicase en su gesto que sabía daba la mano a un príncipe.

—Habéis culpado mi proceder, señor —continuó Mayena—; no puedo justificarme sin revelar grandes secretos; así que me parece que será mucho mejor no llevar más allá nuestras revelaciones.

—Reparad, señor —repuso Ernanton—, que os defendéis cuando yo no acuso; por tanto, sois muy dueño de hablar o callaros cuando gustéis.

—Gracias, señor, me callo. Sabed tan sólo que soy hidalgo de buena casa, y que puedo haceros todos los favores que quiera.

—No hablemos más de esto —contestó Ernanton—, y creed que seré tan discreto respecto a vuestro crédito como lo he sido respecto a vuestro nombre. Gracias al amo a quien sirvo, no necesito de nadie.

—¿Vuestro amo? —interrogó Mayena con inquietud—: ¿tenéis a bien decirme quién es vuestro amo?

—¡Oh!, basta de revelaciones; vos mismo lo habéis dicho —replicó Ernanton.

—Es cierto.

—Y además, vuestra herida comienza a inflamarse; hablad menos, señor, creedme.

—Tenéis razón. ¡Oh! necesito un cirujano.

—Como he tenido la honra de deciros, yo me vuelvo a París; dadme las señas de su casa.

Mayena hizo una señal al soldado para que se acercara, obedeció éste y se pusieron a hablar en voz baja.

Ernanton, con su discreción habitual, se retiró un poco.

En fin, luego de algunos minutos de consulta, dijo el duque volviéndose hacia Ernanton:

—Señor de Carmaignes, ¿me dais vuestra palabra de honor de que si os confío una carta la entregaréis fielmente a la persona a quien va dirigida?

—Os la doy, señor.

—Y yo la acepto de buen grado; sois demasiado galante para no fiarme de vos ciegamente.

Ernanton saludó.

—Quiero confiaros parte de mi secreto —dijo Mayena—; pertenezco al cuerpo de guardias de la señora duquesa de Montpensier.

—¡Ah! —exclamó con naturalidad Ernanton—. ¿La señora duquesa de Montpensier tiene guardias? Lo ignoraba.

—En estos tiempos de revueltas, señor —añadió Mayena—, todo el mundo se guarda lo mejor que puede, y siendo la casa de Guisa soberana...

—No pido explicaciones, señor; sois guardia de la señora duquesa de Montpensier y esto me es suficiente.

—Vuelvo a tomar el hilo de mi narración; tenía encargo de hacer un viaje a Amboise, cuando en el camino encontré a mi enemigo: ya sabéis lo demás.

—Sí —repuso Ernanton.

—Detenido a causa de esta herida antes de haber desempeñado mi misión, debo dar cuenta a la señora duquesa de las causas de mis tardanzas.

—Es justo.

—Conque, ¿me haréis el obsequio de entregar en mano propia la carta que voy a tener el honor de escribirle?

—Si es que hay aquí tinta y papel —replicó. Ernanton levantándose para buscar estos objetos.

—No es preciso —dijo Mayena—; mi soldado debe tener en su poder mi libro de memorias.

Efectivamente, el soldado sacó de su bolsillo un libro de memorias cuidadosamente cerrado. Mayena se volvió hacia la pared para abrirlo mediante un resorte, escribió algunas líneas con lápiz, y volvió a cerrar el libro con el mismo misterio.

Una vez cerrado, era imposible, no conociendo el secreto, abrirlo, a no ser que se rompiese.

—Señor —dijo el joven—, dentro de tres días será entregado este libro de memorias.

—¿En propia mano?

—A la misma duquesa de Montpensier.

El duque apretó la mano de su noble compañero, y fatigado a la vez por la conversación y por la carta que acababa de escribir, se dejó caer sobre la paja fresca, empapada en sudor la frente.

—Señor —dijo el soldado en un lenguaje que pareció a Ernanton poco conforme con el traje—, verdad es que me habéis atado como un ternero, pero que lo creáis o no, considero este lazo como una cadena de amistad, y os lo demostraré en la primera ocasión que se presente.

Diciendo así le presentó una mano, cuya blancura había ya observado el joven.

—Ea —dijo con una sonrisa Carmaignes—, heme aquí ya con dos amigos más.

—No os burléis, señor —dijo el soldado—, porque nunca sobran los amigos.

—Verdad es, camarada —respondió Ernanton, y se ausentó.

XXXIX

EL PATIO DE LAS CABALLERIZAS

Ernanton partió sin detenerse, y como había montado en el caballo del duque por haber dado el suyo a Roberto Briquet, caminó con tanta velocidad que antes de concluirse el tercer día estaba ya en París.

Las tres de la tarde serían, en efecto, cuando entraba en el cuartel de los Cuarenta y Cinco del Louvre.

Ningún suceso de importancia había señalado su vuelta a la capital, pero los gascones, al verle, arrojaron mil gritos de sorpresa.

Oyólos el señor de Loignac, entró en el cuartel, y al ver a Ernanton adoptó un continente grave, lo cual no impidió a Carmaignes el acercarse a él con desembarazo.

El señor de Loignac le hizo seña de que le siguiese a un gabinete colocado al extremo del dormitorio general, especie de sala de audiencia en que el oficial juzgaba sin apelación.

—¿Así os conducís, caballero? —le dijo—. Si no me equivoco, habéis faltado del cuartel cinco días con sus noches, y cuando yo os creía uno de los más juiciosos, ¿dais un ejemplo tan visible de infracción a las órdenes recibidas?

—Caballero —repuso Ernanton inclinándose—, he hecho lo que se me ha encargado.

—¿Y qué os han encargado?

—Que siguiese al señor de Mayena, y así lo he hecho.

—¿Durante cinco días y cinco noches?

—Como decís, caballero.

—¿Conque el duque ha salido de París?

—La misma noche en que recibí el encargo, y esto me infundió sospechas.

—Y os parece bien. ¿Qué más?

Ernanton refirió entonces sucintamente, pero con el calor y la energía de un hombre intrépido, la aventura del camino y todas sus consecuencias. A medida que iba terminando su relación, el semblante de Loignac reflejaba todas las impresiones que el narrador experimentaba en su alma.

Pero cuando Ernanton habló de la carta confiada a su buen celo por el señor de Mayena, preguntó el oficial:

—¿Tenéis esa carta?

—Sí por cierto —respondió el joven.

—¡Cáspita! Eso ya merece una atención particular; esperadme aquí... No, no, seguidme, pues no hay tiempo que perder.

Ernanton se dejó llevar y poco después se halló con Loignac en el gran patio de las caballerizas del Louvre.

Todo se preparaba en él para la salida de Su Majestad; arreglábanse los equipajes y el señor d'Epéron presenció los botes de dos magníficos caballos recién llegados de Inglaterra como regalo de la reina Isabel a Enrique III. Aquellos caballos perfectamente

iguales en proporciones iban a engancharse aquel día por primera vez al coche de Su Majestad.

Mientras que Ernanton permanecía con respeto a la entrada del patio, se acercó el señor de Loignac al duque y le dijo en voz baja tirándole suavemente de la capa:

—Noticias, señor duque, grandes noticias.

El señor d'Epéron se apartó del grupo que le rodeaba y se acercó a la escalera por la cual debía bajar el rey.

—Vamos, hablad ya, hablad, señor de Loignac.

—El señor Carmaignes acaba de llegar de la parte de Orleáns y ha dejado herido de peligro al señor de Mayena en una aldea.

El duque lanzó una exclamación y replicó:

—¡Herido!

—Aún hay más —prosiguió Loignac—, pues ha escrito a la duquesita de Montpensier una carta que se halla en poder del señor de Carmaignes.

—¡Con mil rayos! Que venga al punto, pues quiero hablarle ahora mismo.

Loignac cogió de la mano a Ernanton, quien, como dijimos, se mantenía separado por respeto, durante el diálogo de sus jefes.

—Señor duque, aquí tenéis a nuestro viajero.

—Os habéis portado bien, según creo —dijo el duque—, y a lo que parece, tenéis una carta del señor duque de Mayena.

—Sí, monseñor.

—Escrita en una aldea en las inmediaciones de Orleáns.

—Sí, monseñor.

—Y dirigida a la señora duquesa de Montpensier.

—Sí, monseñor.

—Hacedme el obsequio de entregármela.

Y el duque alargó la mano con la tranquila negligencia de un hombre que cree que no bien se digne expresar su voluntad, debe ésta obedecerse sin réplica.

—Perdonadme, monseñor —dijo Carmaignes—, pero, ¿acabáis de ordenarme que os entregue la carta que el señor de Mayena ha escrito a su hermana?

—Sin duda.

—Pero quizás ignora monseñor que esa carta me ha sido confiada.

—¿Qué importa?

—Mucho, monseñor, porque he dado al duque palabra de honor de que entregaría esta carta en manos de la señora duquesa.

—¿Perteneceis al rey o al señor de Mayena?

—Al rey, monseñor.

—Pues bien; el rey desea ver esa carta.

—Monseñor, tened presente que no sois el rey.

—Creo que olvidáis con quién estáis hablando, señor de Carmaignes —exclamó

d'Epernon palideciendo de cólera.

—Lo recuerdo muy bien, monseñor, y por eso mismo me es imposible obedeceros.

—¿Decís que os negáis a darme la carta? ¿Lo repetís, señor de Carmaignes?

—Repito que me niego.

—Señor de Carmaignes, estáis olvidando vuestro juramento de fidelidad.

—Monseñor, hasta ahora, que yo sepa, solamente he jurado fidelidad a una persona, y esta persona es Su Majestad. Si el rey me pide la carta, la tendrá, porque el rey es mi dueño y señor, pero nadie más.

—Señor de Carmaignes —dijo el duque que empezaba a impacientarse notablemente, mientras Ernanton, por el contrario, permanecía cada vez más frío, impassible y sereno—; señor de Carmaignes, sois ciego en la prosperidad como todos los de vuestro país; vuestra fortuna os hace delirar, pobre caballero, y la posesión de un secreto de Estado os aturde como un golpe de maza.

—Lo que me aturde, monseñor, es la desgracia en que voy a incurrir para con vuestra señoría, mas no una fortuna que mi negativa a obedeceros hace por lo menos muy problemática. Con todo, monseñor, nada me importa, pues hago lo que debo y lo haré, y nadie, exceptuando el rey, tendrá la carta que me pedís, a no ser la persona a quien está dirigida.

D'Epernon hizo un movimiento terrible y gritó al mismo tiempo:

—Señor de Loignac, llevad ahora mismo al calabozo al señor de Carmaignes.

—Es evidente —dijo éste sonriéndose— que procediendo así no podré dar a la señora duquesa de Montpensier la carta de que soy portador, al menos mientras permanezca en el calabozo; pero cuando salga...

—Si algún día salís —interrumpió d'Epernon.

—Saldré, caballero, si no me hacéis asesinar —dijo Ernanton con una firmeza que a medida que hablaba parecía más helada y terrible—: sí, monseñor, saldré, porque las paredes del calabozo no son más firmes que mi voluntad. Pues bien, monseñor, cuando salga...

—¿Qué haréis?

—Veré al rey, y el rey me hará justicia.

—Al calabozo, al calabozo —gritó d'Epernon sin poderse contener—, al calabozo y que se le arranque la carta.

—Nadie se atreverá a ello —repuso Ernanton haciéndose atrás y sacando del pecho la carta del señor de Mayena—; primero haré añicos la carta ya que no puedo llevarla a su destino; obrando así, aprobará mi proceder el señor de Mayena y me perdonará el rey.

El joven, en efecto, resistiéndose lealmente, iba ya a ejecutar la amenaza que acababa de hacer, cuando una mano contuvo suavemente su brazo.

Si aquella presión hubiese sido violenta, Ernanton de Carmaignes hubiera sin duda redoblado sus esfuerzos para destruir la carta; pero notando que se tenían con él ciertas consideraciones, se detuvo y volvió la cabeza con objeto de conocer al que le impedía llevar a efecto su resolución.

—¡El rey! —exclamó.

En efecto, Enrique III acababa de bajar de sus aposentos, y habiéndose detenido un momento en los últimos escalones, oyó el fin de la discusión anterior y su mano detuvo el brazo de Carmaignes.

—¿Qué es lo que ocurre, señores? —preguntó en seguida con aquel tono de voz que sabía tomar cuando quería ejercer una autoridad positivamente regia.

—Ocurre, señor —exclamó d'Epernon sin tomarse el trabajo de disimular su cólera—, que este hombre, uno de los Cuarenta y Cinco, que en breve, por lo demás, dejará de pertenecer a este número, habiendo recibido la orden de vigilar al señor de Mayena, durante su permanencia en París, le ha seguido hasta cerca de Orleáns y ha recibido de él una carta dirigida a la señora duquesa de Montpensier.

—¿Es cierta la última parte? —replicó el rey.

—Sí, señor —respondió Ernanton—, pero el señor duque d'Epernon no explica las circunstancias en que me fue entregada esa carta.

—¿Y en dónde se encuentra?

—He ahí, señor, la causa principal de este debate: el señor de Carmaignes se niega tenazmente a entregármela y quiere llevarla a la duquesa: esto no es propio de un fiel servidor.

El rey miró a Carmaignes y éste puso una rodilla en tierra diciendo:

—Señor, soy un pobre caballero, un hombre de honor, y todo está explicado: he salvado la vida al mensajero de Vuestra Majestad, a quien iban a asesinar el señor de Mayena y cinco satélites suyos, pues pude llegar a tiempo para inclinar la victoria en favor del primero.

—¿Y nada sucedió al señor de Mayena durante el combate? —preguntó el rey.

—Sí, señor, quedó gravemente herido.

—Bien. ¿Y después?

—El mensajero de Vuestra Majestad, sin duda por motivos particulares que tiene para aborrecer al señor de Mayena...

El rey se sonrió.

—Vuestro emisario, señor, quería acabar de una vez con su enemigo, y tal vez tenía el derecho de hacerlo, pero yo creí que en mi presencia, es decir, que delante de un caballero, cuya espada pertenece a Vuestra Majestad, aquella venganza se transformaba en un asesinato político y...

Ernanton vaciló.

—Acabad —le dijo el rey.

—Salvé al señor de Mayena de la furia del mensajero de Vuestra Majestad, así como antes había salvado a éste de la ira del señor de Mayena.

D'Epernon alzó los hombros, Loignac se mordió los bigotes y el rey permaneció impassible.

—Continuad —dijo al fin.

—Reducido el señor de Mayena a no contar más que con un soldado entre los que le acompañaban, por haber sucumbido los demás, queriendo separarse de él, y no sabiendo que yo pertenezco al servicio de Vuestra Majestad, se ha fiado de mí encargándome la

carta para su hermana. Aquí está, y la presento, señor, a Vuestra Majestad, para que disponga de ella como puede disponer de mí. Mi honor me es muy estimable, señor, pero desde el momento en que la garantía de la palabra real pone a cubierto los escrúpulos de mi conciencia, hago abnegación de ese honor, que es mi único patrimonio, porque sé que lo pongo en buenas manos.

Ernanton, siempre de hinojos, alargó la cartera al rey, que la rechazó suavemente diciendo:

—Os habéis engañado, d'Epernon, pues el señor de Carmaignes es un servidor fiel y un hombre honrado.

—¿Cómo, señor! ¿Sabe Vuestra Majestad lo que yo he dicho sobre este asunto?

—¿Pues qué! ¿No os he oído desde aquella escalera articular la palabra calabozo? ¡Ira de Dios! Todo lo contrario, duque: cuando se encuentran hombres por el estilo del señor de Carmaignes, solamente se debe hablar, como hacían los romanos, de honores y de recompensas. Una carta es siempre del portador de ella o de la persona a quien va dirigida.

D'Epernon se inclinó murmurando.

—Entregaréis vuestra carta, señor de Carmaignes —agregó el rey.

—Pero, señor, atended siquiera a que puede interesar su contenido —exclamó d'Epernon—. No nos hagamos galanes cuando tal vez está expuesta la vida de Vuestra Majestad.

—Entregaréis vuestra carta, señor de Carmaignes —repitió el rey sin responder a su favorito.

—Mil gracias, señor —respondió Ernanton levantándose.

—¿Adonde la lleváis?

—A la señora duquesa de Montpensier; creo haber tenido la honra de decirlo a Vuestra Majestad.

—Me he explicado mal sin duda. ¿Vais al palacio de Guisa, al de San Dionisio, o a Bel... Una mirada de d'Epernon contuvo al rey.

—Ninguna instrucción particular me ha dado el señor de Mayena respecto a este punto: llevaré, pues, la carta al palacio de Guisa, en donde sin duda me informarán del paradero de la señora duquesa de Montpensier.

—¿Es decir que estáis resuelto a seguir la pista a la señora duquesa?

—Sí, señor.

—Y cuando deis con ella...

—Cumpliré la comisión que traigo.

—Perfectamente; pero oídmelo ahora bien, señor de Carmaignes.

Y el rey examinó a Ernanton de pies a cabeza.

—Mandad, señor.

—¿Habéis jurado u ofrecido al señor de Mayena alguna cosa que no sea la puntual entrega de su carta?

—No, señor.

—Por ejemplo, ¿no le habéis ofrecido guardar secreto acerca del asilo en que podéis encontrar a su hermana?

—No, señor, nada de eso.

—Voy a imponeros una condición, caballero.

—Señor, soy un esclavo de Vuestra Majestad.

—Daréis vuestra carta a la duquesa, y en cuanto lo hagáis iréis a reuniros conmigo en Vincennes, en donde pasaré la noche.

—Está bien, señor.

—Y me comunicaréis exactamente el sitio en que hayáis encontrado a la duquesa.

—Haré lo que manda Vuestra Majestad.

—Sin hablar antes a persona alguna del asunto. ¿Estamos?

—Señor, así lo prometo.

—¡Qué imprudencia! —exclamó el duque d'Epernon—. ¡Oh, señor!

—No conocéis a los hombres, duque, o al menos a ciertos hombres. Este es leal al duque de Mayena, y por lo tanto me será fiel.

—Seré más que fiel para Vuestra Majestad —exclamó Ernanton—; seré siempre esclavo vuestro.

—Ahora, d'Epernon —dijo Enrique III—, dejémonos de disputas aquí, y perdonad a este adicto servidor lo que en él os ha parecido falta de lealtad, y que yo miro como una prueba de todo lo contrario.

—Señor —contestó Carmaignes—, el señor duque d'Epernon es hombre demasiado superior para que no haya conocido que a pesar de mi desobediencia a sus órdenes, desobediencia que deploro en el alma, y que le suplico me perdone, le respeto y amo como el que más; lo único que he hecho ha sido obrar con arreglo a lo que el honor me aconsejaba sin consideración de ninguna clase.

—¡Con mil demonios! —exclamó el duque cambiando de fisonomía como si acabase de quitarse la careta—, he aquí una prueba que os hace honor, mi querido Carmaignes: os reconozco por un joven del mayor mérito. ¿No es verdad, Loignac? Con todo, es preciso confesar que le hemos dado un buen susto.

Y el duque, hablando así, soltó una carcajada.

Loignac volvió las espaldas por no verse obligado a contestar, pues no obstante ser gascón, no se creía con fuerzas suficientes para mentir tan descaradamente como su ilustre jefe.

—¡Hola! ¿conque era una prueba? —observó el rey con bastante recelo—: me alegro mucho, d'Epernon, mas no os aconsejo que la repitáis con otros, porque habrá muchos que sucumban a ella.

—Tanto mejor, señor duque —añadió Carmaignes—, tanto mejor si habéis querido probarme, porque eso me ha hecho ver que nada he perdido en vuestro concepto.

Pero el joven, al paso que así se explicaba, parecía tan poco dispuesto a creer en la buena fe del duque, como el mismo rey.

—Ya que todos hemos quedado satisfechos, partamos —dijo Enrique.

D'Epernon se inclinó.

—Iréis conmigo, duque.

—Es decir, que acompañaré a caballo a Vuestra Majestad, pues creo que ésa es la orden que he recibido.

—Sí, pero, ¿quién guardará el otro estribo del coche? —preguntó el rey.

—El señor de Sainte-Maline, que es un fiel servidor de Vuestra Majestad —contestó d'Epernon observando el efecto que producían sus palabras en el semblante de Ernanton.

Pero éste se mostró impasible.

—Señor de Loignac —agregó aquél—, avisad al señor de Sainte-Maline.

—Señor de Carmaignes —dijo el rey, que había conocido la intención del duque d'Epernon—, supongo que vais a llevar la carta a la duquesa y que en breve os volveré a ver en Vincennes.

—Sí, señor.

Y Ernanton, a pesar de toda su filosofía, salió del patio muy satisfecho, pues las últimas palabras de Enrique le evitaban el disgusto de presenciar un triunfo, que indudablemente iba a colmar de júbilo el ambicioso corazón de Sainte-Maline.

XL

LOS SIETE PECADOS DE MAGDALENA

El rey había examinado con una ojeada sus caballos, y, al contemplarlos tan briosos y piafadores, no quiso correr solo el peligro de aquel viaje en coche, por lo cual, después de haber dado la razón enteramente a Carmaignes, como hemos visto, hizo señas al duque para que se sentase a su lado.

Loignac y Sainte-Maline se colocaron a ambos estribos del carruaje y un solo correo galopaba delante.

El duque se instaló junto al vidrio de la maciza máquina y el rey en el fondo con todos sus lebreles y sabuesos.

Entre el perruno acompañamiento había uno preferido, el mismo que hemos visto en brazos del rey el día del suplicio de Salcedo en el balcón de la plaza de Gréve, y tenía un cojín particular sobre el cual dormitaba dulcemente.

A la derecha del rey había una mesa, cuyos pies se fijaban en el piso del carruaje, cubierta de dibujos iluminados que Su Majestad recortaba con maravillosa destreza, a pesar de los vaivenes del colosal vehículo.

Casi todos se reducían a estampas de santos y santas, pero como en aquella época se mezclaban a la religión con admirable tolerancia las ideas paganas, debemos asegurar que no estaba mal representada la mitología en la colección de dibujos devotos del rey.

Enrique, por lo pronto, siempre metódico y arreglado, había escogido un asunto completo en el orden de su entretenimiento y se divertía a la sazón en recortar la vida de Magdalena la pecadora.

El asunto se prestaba mucho por sí solo para un cuadro pintoresco, y la imaginación del pintor había agregado nuevos rasgos a las ventajas naturales de aquél; veáse, pues, a Magdalena, bella, joven y no poco adulada: baños magníficos, bailes y todo género de placeres figuraban en tan hermosa colección.

El artista había tenido la ingeniosa idea como Collot debía tenerla pasado el tiempo al pintar su *Tentación de San Antonio*, de cubrir los caprichos de su pincel con el manto legítimo de la autoridad eclesiástica, de manera que cada dibujo se veía explicado por una leyenda particular con el título correspondiente de uno de los siete pecados capitales.

—Magdalena sucumbe al pecado de la cólera. —Magdalena sucumbe al pecado de la gula. —Magdalena sucumbe al pecado del orgullo. —Magdalena sucumbe al pecado de la lujuria. Y así sucesivamente hasta llegar al séptimo y último pecado capital.

El dibujo que el rey se ocupaba en recortar cuando pasaba el coche por la puerta de San Antonio representaba a Magdalena sucumbiendo al pecado de la ira.

La bellísima pecadora, medio recostada sobre magníficos cojines y sin otro velo que sus hermosos cabellos dorados, con los cuales enjugaría más adelante los perfumados pies de Jesucristo, hacía arrojar por el lado derecho en un vivero lleno de lampreas, cuyas ávidas cabezas salían a la superficie del agua como otros tantos hocicos de serpientes, a un infeliz esclavo que había roto un vaso precioso, al paso que en el izquierdo mandaba azotar a una mujer más desnuda que ella, toda vez que tenía su mata de pelo recogida,

habiéndole impuesto aquel castigo por haber arrancado, al peinar a su ama, algunas hebras de sus preciosos cabellos, cuya profusión debiera haber hecho a Magdalena más indulgente para una falta tan leve.

El fondo del cuadro ofrecía varios perros castigados por haber dejado pasar impunemente a pobres mendigos que pedían limosna, y gallos degollados por el grave delito de haber cantado demasiado claro y muy de madrugada.

Al llegar a la Cruz Faubin el rey había ya recortado todas las figuras de aquel dibujo y se disponía a continuar su tarea con el que tenía por lema:

—Magdalena sucumbe al pecado de la gula. Este representaba a la bella pecadora blandamente acostada en uno de esos lechos de oro y púrpura en que los antiguos descansaban mientras comían: cuanto los gastrónomos romanos conocían de más delicado y exquisito, en carnes, pescados y frutas, desde los lirones con miel y los barbos de Falerno hasta las langostas de Stromboli y las granadas de Sicilia, exornaba aquella mesa. Los perros se disputaban en el suelo un faisán, al paso que hacían sombra a la rica estancia pájaros de mil colores que picaban en aquella abundante mesa higos, fresas y cerezas, que dejaban caer a menudo sobre un enjambre de ratones, que con la boca abierta esperaban aquel maná que llovía del cielo.

Magdalena ostentaba en la mano, colmada de un licor rubio como el topacio, una de aquellas copas de forma extraña que Petronio describe cuando refiere el festín de Trimalción.

Distraído por completo en tan importante tarea, el rey se contentó con alzar la vista al pasar por delante del priorato de los benedictinos, cuya sonora campana tocaba a vísperas.

Todas las puertas y ventanas de aquel convento se hallaban tan perfectamente cerradas, que a no resonar en el interior del monumento antiguo las vibraciones de la campana, nadie lo hubiera creído habitado.

Después de aquella mirada dirigida al priorato, el rey continuó con actividad sus recortes.

Sin embargo, un observador diestro hubiera visto que Enrique, cien pasos más allá, lanzaba otra mirada más atenta y detenida que la primera a una casa de hermosa apariencia construida en la orilla izquierda del camino, y que construida en el centro de un vistoso jardín ostentaba enfrente del primero un gran enverjado de hierro, cuyos remates figuraban lanzas doradas.

Aquella casa de campo se denominaba Belesbat.

Todas sus puertas y ventanas estaban abiertas formando contraste con el convento de los benedictinos, exceptuando una sola de las últimas, cuyo interior ocultaba la persiana.

Al pasar el rey, esta persiana se movió casi imperceptiblemente.

El rey cruzó una mirada y una sonrisa con d'Epernon, y en seguida se puso a recortar otro pecado mortal: el de la lujuria.

El artista había representado el vicio de la pecadora con tan espantosos y vivos colores, había anatematizado las faltas escandalosas de Magdalena con tanta verdad, con tanto atrevimiento, con tanto empeño, que solamente citaremos un rasgo de la pintura, por más que sea episódico.

El ángel custodio de Magdalena volaba hacia el Cielo cubriéndose los ojos con ambas manos.

Este dibujo, lleno de extraños y minuciosos pormenores; absorbía de tal manera la atención del rey, que proseguía contemplándolo, sin reparar en cierta vanidad que se pavoneaba al estribo izquierdo del carruaje.

Lástima grande era para Sainte-Maline, porque éste se consideraba dichoso al verse él, segundo vástago de una familia pobre de Gascuña, a caballo, cerca del rey, y al oír la voz de Su Majestad el rey cristianísimo que decía a su perro favorito:

—Quieto, quieto, Amor, que ya me estás molestando.

O al señor d'Epernon, coronel-general de la infantería del reino:

—Duque, se me figura que estos caballos van a hacernos volcar para que nos rompamos el alma.

De vez en cuando, no obstante, y con objeto de reprimir su propio orgullo, miraba Sainte-Maline a Loignac que marchaba muy serio al otro estribo, y a quien la costumbre de aquel honor le hacía mirarlo con indiferencia: y comprendiendo que su oficial parecía mucho mejor con su tranquilo continente y su aire modesto y verdaderamente militar, que él con todos los humos de matón que descubría, trató de moderarse, mas en vano, pues al punto volvía su vanidad a ser juguete de sus locos pensamientos.

—Todos me ven, todos me miran —murmuraba—, y todos se preguntan: ¿Quién es ese dichoso caballero que acompaña al rey?

Al paso que caminaba el coche y que de ningún modo justificaba los temores del rey, debía durar mucho tiempo la felicidad de Sainte-Maline, porque los caballos de la reina Isabel, rendidos con el peso de sus ricos arneses cuajados de plata y profusamente guarnecidos, y aprisionados por tirantes parecidos a los del arca de David, avanzaban muy poco a poco en la dirección de Vincennes.

Pero cuando más orgulloso se manifestaba nuestro joven, cierta cosa, como un aviso del Cielo, llegó a disminuir su contento y a tornar su dicha en tristeza profunda: acababa de oír al rey pronunciar el nombre de Ernanton.

Por espacio de dos o tres minutos repitió el rey dos o tres veces el mismo nombre, y ciertamente era curioso el ver a Sainte-Maline inclinarse hacia el coche para coger al vuelo la solución de aquel enigma.

Pero, como suele acontecer a todas las cosas interesantes, el enigma quedaba interrumpido por un incidente inesperado o por un ruido cualquiera.

El rey lanzaba una exclamación provocada por el disgusto que le ocasionaba el haber dado en algún sitio del dibujo tal cual tijeretazo poco conveniente, o por alguna orden terminante comunicada con toda la ternura posible al inquieto Amor, para impedir su exagerada pero visible pretensión de armar tanto alboroto como un perro dogo.

El hecho es que desde París a Vincennes el rey pronunció seis veces por la parte más corta el nombre Ernanton, y cuatro lo menos el duque, sin que Sainte-Maline hubiese podido explicarse el objeto de aquellas diez repeticiones.

Se figuró, porque a todos nos gusta engañarnos, que únicamente se trataba de que tal vez querría conocer el rey las razones de la desaparición de Carmaignes, y que sin duda el señor d'Epernon, para distraerle durante el camino, le refería aquellos motivos verdaderos o falsos.

Por último llegaron a Vincennes, pero todavía quedaban al rey tres pecados por recortar, de modo que pretextando que quería proseguir su importante ocupación, se encerró en

su aposento no bien bajó del coche.

Soplaba un viento extremadamente frío, y ya Sainte-Maline trataba de acomodarse al lado de una gran chimenea, junto a la cual pensaba calentarse y dormir, cuando Loignac le tocó en el hombro.

—Hoy estás de servicio —le dijo con el tono imponente que únicamente pertenece al hombre que después de haber obedecido largo tiempo, sabe hacerse obedecer cuando debe mandar—. Dormiréis, por lo tanto, otro día, pero ahora levantaos, señor de Sainte-Maline.

—Velaré quince días consecutivos, si es menester —respondió éste.

—Siento mucho no tener otra persona de quien echar mano por esta noche —agregó Loignac haciendo como que buscaba a su alrededor.

—Caballero —repuso Sainte-Maline—, es inútil que os dirijáis a otro, porque si es preciso no dormiré en un mes.

—No seré tan exigente como todo eso; estad tranquilo.

—¿Qué debo hacer ahora?

—Montar a caballo y volver a París.

—Estoy pronto, pues he metido el caballo ensillado en la cuadra.

—Bien: iréis en línea recta al cuartel de los Cuarenta y Cinco.

—Iré.

—Despertaréis a todos, pero os conduciréis de tal modo, que a excepción de los tres jefes que voy a indicaros, nadie sepa adonde se va, ni de lo que se trata.

—Obedeceré fielmente vuestras primeras instrucciones.

—He aquí las otras: Dejaréis catorce hombres en la puerta de San Antonio. Situaréis otros quince a medio camino. Volveréis a Vincennes con los catorce restantes.

—Dadlo ya por hecho, señor de Loignac; pero, ¿a qué hora saldremos de París?

—Al anochecer.

—¿A pie o a caballo?

—A caballo.

—¿Con qué armas?

—Con todas, es decir, dagas, espadas y pistolas.

—¿También con corazas?

—Sí.

—¿Qué más tenéis que prevenirme?

—Sólo tres órdenes, una para el señor de Chalabre, otra para el señor de Biran y otra para vos. El primero mandará la primera partida, el segundo la segunda y vos la tercera.

—Perfectamente.

—Nadie abrirá esas órdenes antes de hallarse en su respectivo puesto y sin que den las seis. El señor de Chalabre se informará de la suya en la puerta de San Antonio, el señor de Biran en la Cruz Faubin, y vos en la puerta de Donjon.

—¿Será preciso venir pronto?

—A todo escape, pero sin inspirar sospechas, ni hacerse notar: para salir de París, cada partida se encaminará a distinta puerta; la del señor de Chalabre a la de Bourdelle, la del señor de Biran a la del Temple, y la vuestra, como que es la que más tiene que andar, tomará directamente el camino de la puerta de San Antonio.

—Muy bien.

—El resto de las instrucciones lo hallaréis en esos pliegos: marchaos.

Sainte-Maline le saludó dirigiéndose a la puerta.

—A propósito —añadió Loignac—, desde aquí hasta la Cruz Faubin podéis caminar tan aprisa como os plazca; pero desde la Cruz hasta la barrera iréis al paso. Tenéis aún dos horas de día que es más de lo que necesitáis.

—Muy bien, caballero.

—¿Me habéis entendido bien o queréis que os repita las órdenes?

—No es necesario, las conservo bien en la memoria.

—Buen viaje, señor de Sainte-Maline.

Y haciendo ruido con sus espuelas, se encaminó Loignac a los aposentos interiores.

—Catorce en la primera partida, quince en la segunda y quince en la tercera... Es, pues, indudable que no se cuenta con Ernanton, y que éste no pertenece ya a los Cuarenta y Cinco.

Henchido de orgullo Sainte-Maline, cumplió su comisión como hombre importante; mas también con exactitud.

Media hora después de su salida de Vincennes, y habiendo seguido al pie de la letra todas las instrucciones de Loignac, atravesaba la barrera y al cuarto de hora se encontraba ya en el cuartel de los Cuarenta y Cinco.

La mayor parte de éstos saboreaban ya desde sus respectivos aposentos el delicioso vapor de la cena que humeaba en las cocinas de sus amas de gobierno.

La noble Lardille de Chaventrade había dispuesto un plato de excelente carnero con zanahorias bien cargado de especias, esto es, a la moda de Gascuña, plato suculento del que Militar por su parte cuidaba con gran esmero, es decir, trinchaba de vez en cuando con un tenedor de hierro, por medio del cual probaba el grado de cocción de la carne y de las legumbres.

Pertinax de Monterabeau, con el auxilio de aquel criado singular a quien jamás tuteaba y de quien se dejaba tutear, ejercía para una reunión de amigos a escote su propio talento culinario: el rancho arreglado por tan diestro despensero contaba con ocho asociados, cada uno de los cuales escotaba seis sueldos por comida.

El señor de Chalabre nunca comía ostensiblemente; cualquiera le hubiera tenido por ser mitológico puesto por su misma naturaleza fuera de tiro de todas las necesidades. Su falta de carnes era lo único que podía hacer dudar de su naturaleza divina. Miraba almorzar, comer y cenar a sus compañeros, parecido a un gato orgulloso que no quiere mendigar, pero que sin embargo tiene hambre, y que para engañarla se entretiene en lamer sus bigotes. Debemos con todo decir, para ser justos, que cuando le ofrecían algo, lo que no sucedía muchas veces, se negaba a tomarlo, porque siempre estaba, según decía, con el bocado en la boca, consistiendo precisamente aquel bocado en perdices, faisanes, alondras, pasteles de gallos silvestres y pescados finos. Ya se deja suponer que al

mencionar estos manjares sabía sazonarlos con el indispensable acompañamiento de vinos de España y del Archipiélago, todos exquisitos y añejos, como Málaga, Chipre y Siracusa. Por lo que llevamos dicho se conoce que aquella valiente sociedad disponía a su capricho del dinero de Su Majestad el rey Enrique III.

Por lo demás podía juzgarse del carácter de cada uno de ellos por el aspecto respectivo de sus reducidas habitaciones. Unos eran aficionados a flores y cultivaban en varios tiestos de barro esportillados puestos en las ventanas, mezquinos rosales o amarillas escabiosas. Otros, como el rey, gustaban de estampas, sin poseer su habilidad para recortarlas; otros, por último, como verdaderos canónigos, habían introducido en el cuartel amas de gobierno o sobrinas.

El señor d'Epéron había dicho en voz baja a Loignac que toda vez que los Cuarenta y Cinco no ocupaban el interior del Louvre, podía cerrar los ojos sobre todas estas cosas, y en efecto Loignac los cerraba.

No obstante, cuando se oía el toque de corneta, todos se convertían en soldados y en esclavos de una disciplina rigurosa, y al punto montaban a caballo preparándose para cuanto se les mandase.

Durante el invierno se acostaban a las ocho y en el verano a las diez: mas sólo dormían enteramente quince, pues otros quince cerraban únicamente un ojo y los demás ninguno de los dos.

Como no eran más que las cinco y media de la tarde, Sainte-Maline halló a todos en pie y con las disposiciones más gastronómicas del mundo,

Pero una sola palabra suya echó a tierra con todas las esperanzas de cenar.

—¡A caballo, señores! —exclamó.

Y dejando a toda la comunidad de mártires que saliese como acertase de la confusión que había producido, explicó las órdenes que llevaba a los señores de Biran y de Chalabre.

Algunos, al paso que se abrochaban sus cinturones y se ajustaban las corazas, tragaban sendos bocados humedeciéndolos con tal cual trago de vino; pero otros, cuya cena no estaba aún en sazón, se armaron con resignación evangélica.

El señor de Chalabre fue el único que al ponerse el cinturón afirmaba que había cenado hacía más de una hora;

En esto se tocó llamada y sólo contestaron cuarenta y cuatro incluso Sainte-Maline.

—Falta el señor Ernanton de Carmaignes —dijo Chalabre—, y justamente le ha tocado desempeñar las funciones de furriel²³.

Una alegría profunda colmó el corazón de Sainte-Maline y reflejó en sus labios que gesticularon una sonrisa, cosa harto rara en un hombre de carácter sombrío y envidioso.

En efecto, según creía Sainte-Maline, Ernanton quedaba irremisiblemente perdido por tan inmotivada ausencia en el instante preciso de llevarse a cabo una expedición de tanta importancia.

Los Cuarenta y Cinco, o mejor dicho, los cuarenta y cuatro, se pusieron en marcha, cada pelotón por el lugar que se le había, indicado, a saber:

El señor de Chalabre, con trece hombres, por la puerta de Bourdelle.

²³ En las caballerizas reales, oficial que cuidaba de las cobranzas y paga de la gente que servía en ellas, y también de las provisiones de paja y cebada.

El señor de Biran, con catorce, por la del Temple.

Y, finalmente, Sainte-Maline, con otros catorce, por la puerta de San Antonio.

XLI BELESBAT

Inútil nos parece advertir al lector que Ernanton, a quien Sainte-Maline suponía enteramente perdido, seguía por el contrario el curso inesperado de su fortuna ascendente. Desde luego había calculado que la duquesita de Montpensier debía encontrarse naturalmente en el palacio de Guisa, supuesto que no le era dado dudar de que estaba en París.

Por lo tanto se dirigió a dicho palacio. Pero después de haber llamado a la puerta principal que se abrió con las mayores precauciones, y habiendo pedido el honor de una entrevista con la señora duquesa, se le rieron en sus barbas los criados.

Insistió no obstante en su pretensión, y entonces le dijeron que no debía ignorar que Su Alteza residía en Soissons y no en París.

Como Ernanton esperaba este recibimiento u otro parecido, no mostró la menor extrañeza, contentándose con decir:

—Me desespera su ausencia, porque traigo para Su Alteza una comunicación muy importante de parte del señor de Mayena.

—¿De parte del duque de Mayena? —repitió el portero—. ¿Y quién os la ha dado?

—El mismo duque.

—¡El mismo! ¡El duque! —replicó el portero con una admiración perfectamente fingida—. ¿Y en dónde os ha encargado de esa comunicación, si el duque está fuera de París, ni más ni menos que la duquesa?

—Lo sé muy bien —repuso Ernanton—, mas yo también he podido estar fuera de París, y he podido encontrar al duque, no en París, sino en otra parte; por ejemplo en el camino de Blois.

—¿En el camino de Blois? —repitió el portero con menos dureza.

—Es claro, y por consiguiente el señor de Mayena ha podido darme la comisión de que os he hablado para la señora duquesa.

El semblante del portero manifestó alguna inquietud, y temeroso de que no quedase atropellada su consigna permanecía con la puerta entreabierta.

—¿Y el mensaje? —interrogó al fin.

—Lo tengo.

—¿Ahí?

—Aquí —dijo Ernanton tocándose el pecho.

El fiel doméstico clavó en el joven una mirada investigadora.

—¿Decís que traéis ese mensaje? —volvió a repetir.

—Sí.

—¿Y que es importante?

—Muy importante.

—¿Queréis permitirme que lo vea sólo por un instante?

—Con mucho gusto.

Y Ernanton sacó de su pecho la carta del señor de Mayena.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Vaya una tinta particular! —exclamó el portero.

—Es sangre —repuso Ernanton con la mayor tranquilidad.

El criado se puso pálido al oírlo, pues le ocurrió la idea de que aquella sangre podía ser del duque de Mayena.

En aquella época se experimentaba carestía de tinta, mas no de sangre que se derramaba en abundancia, de lo cual resultaba que por lo regular escribían los amantes a sus queridas y a sus familias los parientes con el licor más barato y más en circulación.

—Caballero —dijo por último el portero con manifiesta ansiedad—, ignoro si efectivamente encontraréis en París o en sus cercanías a la señora duquesa de Montpensier, pero en todo caso, dirigíos sin perder tiempo a una casa situada en el arrabal de San Antonio, que se llama Belesbat y pertenece a la señora duquesa. La reconoceréis en que es la primera a mano izquierda del camino de Vincennes, pasado el convento de los benedictinos: en ella hallaréis alguna persona al servicio de la señora duquesa, y bastante enterada para que pueda deciros dónde la podréis hallar en este momento.

—Está bien —replicó Ernanton, comprendiendo que el portero no podía o no quería decirle más—: os doy las gracias.

—En el arrabal de San Antonio —añadió el criado—, cualquiera os indicará la residencia de Belesbat, aun cuando muchos no saben que pertenece a la duquesa de Montpensier, pues hace poco que la ha comprado para vivir retirada del bullicio de París.

Ernanton contestó con una inclinación de cabeza y se encaminó al arrabal de San Antonio.

No tuvo la menor dificultad en reconocer, sin preguntar a nadie, la casa de Belesbat, contigua al convento de los benedictinos; se dirigió, pues, a ella, llamó y la puerta se abrió al punto.

—Entrad —le dijeron.

Y al momento se volvió a cerrar la puerta.

Apenas hubo entrado, cuando un criado le detuvo, esperando al parecer que pronunciase alguna palabra convenida, pero al ver que se contentaba con examinar el local, le preguntó qué era lo que quería.

—Deseo hablar a la señora duquesa —contestó el joven.

—¿Y por qué venís a preguntar por ella a Belesbat? —observó el primero.

—Porque me lo ha dicho el portero del palacio de Guisa.

—La señora duquesa de Montpensier no está en Belesbat ni en París.

—Quiere decir que en ocasión más favorable cumpliré la comisión que para ella me ha dado el señor duque de Mayena.

—¡Cómo! ¿Para la señora duquesa?

—Ya lo habéis oído.

—¿Una comisión del duque?

—Sí.

El criado reflexionó un momento.

—Caballero —dijo—, no puedo aceptar la responsabilidad de contestaros, pues hay aquí un superior mío a quien debo consultar. Tened la bondad de aguardar un momento.

—¡Ira de Dios! He aquí unos amos bien servidos. ¡Qué orden! ¡Qué precisión! ¡Qué exactitud! Precisamente deben ser muy peligrosas las personas que creen tener necesidad de guardarse tanto. No se penetra como en el Louvre en el palacio de los señores de Guisa, por lo cual voy creyendo que no es el verdadero rey de Francia aquel a quien yo sirvo.

Diciendo esto miró en torno suyo: el patio se hallaba desierto, pero se veían abiertas las puertas de las caballerizas, como si se esperase alguna tropa, cuya única faena debiese consistir en acuartelarse.

Ernanton quedó interrumpido en su examen por el criado que regresaba acompañado de otro.

—Confiadme el cuidado de vuestro caballo —dijo al joven—, y seguid a mi camarada, pues encontraréis pronto otra persona que pueda responder a vuestras preguntas mucho mejor que yo.

Ernanton hizo lo que se le prevenía, esperó de nuevo algunos segundos en una antesala, y poco después fue introducido en un saloncito, en el cual se hallaba bordando una mujer sencilla aunque elegantemente ataviada.

Hallábase ocupada de tal modo que volvía la espalda a Ernanton.

—Aquí está, señora —exclamó el criado—, el caballero que se presenta de parte del señor duque de Mayena.

Aquella señora hizo un movimiento y Ernanton lanzó un grito de sorpresa.

—¡Vos, señora! —dijo reconociendo a su vez a su paje y a su desconocida de la litera bajo aquella nueva transformación.

—¡Vos!... —replicó también la dama dejando caer su labor y mirando a Ernanton.

Y haciendo al criado una seña agregó:

—Retiraos.

—¿Perteneceís por ventura a la casa de la señora duquesa de Montpensier? —preguntó Ernanton a la dama.

—Sí —interrogó la desconocida—; pero, ¿cómo es que vos, caballero, traéis una comisión del señor de Mayena?

—Por una sucesión de circunstancias que no he podido prever y que serían muy largas de contar.

—¡Oh! Ya veo que sois discreto —dijo la dama riéndose.

—Siempre que es necesario, señora.

—Pues bien, aquí no hay motivo para que observéis tanta reserva; porque si en efecto traéis un encargo de la persona que habéis nombrado...

Ernanton dio dos pasos atrás.

—¡Oh! no os incomodéis: decía que si esa persona os ha dado una comisión, la cosa merece la pena de que en albricias de nuestras relaciones, por efímeras que sean, me digáis a qué se reduce el encargo.

La dama dijo estas palabras con toda la gracia, con toda la coquetería, con toda la seducción que una joven puede poner en juego para el logro de sus pretensiones.

—Señora —replicó Ernanton—, no me haréis decir lo que ignoro.

—Y mucho menos lo que no queréis confiarme.

—Nada puedo contestar a esa observación, señora —repuso el joven inclinándose.

—Bien, haced lo que gustéis respecto a las comunicaciones verbales, caballero.

—Ninguna traigo de esa índole, señora, pues toda mi comisión se reduce a entregar una carta a Su Alteza.

—Dádmela, pues —dijo la desconocida alargando la mano.

—¡Cómo! ¿La carta? —replicó Ernanton.

—Seguramente.

—Señora, creía haber tenido ya el honor de haceros conocer que la carta viene dirigida a la señora duquesa de Montpensier.

—Pero encontrándose la duquesa ausente —observó la dama con impaciencia—, yo soy quien la represento aquí; podéis por lo tanto...

—No puedo.

—¿Desconfiáis de mí?

—Tal vez debería hacerlo, señora —contestó el joven con una expresión que no permitía la menor duda—; pero, a pesar del misterio de vuestra conducta, confieso que me habéis inspirado sentimientos muy diversos de aquellos de que habláis.

—¡Será posible! —exclamó la dama ruborizándose al notar las ardientes miradas de Ernanton.

Este se inclinó.

—Reparad, señor mensajero —exclamó la dama riéndose—, que me acabáis de dirigir una declaración amorosa.

—Sí, señora, sí; lo sé muy bien: ignoro si volveré a veros, pero esta ocasión es harto preciosa para que la deje escapar.

—Ahora lo comprendo todo.

—Es decir, comprendéis que os amo, señora, cosa que no ofrece gran dificultad.

—No; comprendo cómo habéis venido.

—Dispensadme, señora, ahora sí que no comprendo vuestras palabras.

—Explican sencillamente que aguijoneado por el deseo de verme os habéis valido de un pretexto para llegar hasta aquí.

—¡Yo, señora! ¡De un pretexto! Me juzgáis mal: ignoraba si os volvería a ver algún día, y todo lo esperaba de la casualidad, que me ha hecho encontraros dos veces, mas soy incapaz de inventar un pretexto para nada de este mundo. Soy un hombre algo raro, creedlo, y no en todas materias pienso como los demás.

—¡Hola! ¡hola! ¿Conque estáis enamorado y tendríais escrúpulos respecto a la manera de

ver la persona a quien amáis? Eso es muy heroico, caballero, ya me figuraba que en efecto erais muy mirado.

—¿En qué, señora?

—El otro día me encontrasteis; yo iba en litera, vos me reconocisteis, y, no obstante, no disteis un paso para seguirme.

—Cuidado, señora —replicó Ernanton—, porque eso es confesar que reparasteis en mí.

—Preciosísima confesión por cierto. ¿No nos hemos conocido acaso en circunstancias que me dan derecho, a mí sobre todo, para sacar la cabeza por la portezuela de mi carruaje cuando casualmente os diviso? ¡Pero vos! ¡Oh! es muy distinto: echaseis a correr a todo escape, después de lanzar un ¡ah! que me hizo estremecer en el fondo de la litera.

—Me vi precisado a alejarme, señora.

—¿Por vuestros escrúpulos?

—No, señora; por mis deberes.

—Vamos, vamos —replicó la dama sonriéndose—; ya veo que sois un enamorado razonable, circunspecto y que teméis sobre todo comprometeros.

—Y si me habéis inspirado realmente algunos temores, ¿tendrá esto tal vez algo de particular? Decidme: ¿está admitido el que una mujer se disfrace de hombre, atraviase de incógnito las barreras de la ciudad, y se empeñe en ver cómo descuartizan en la plaza de Gréve a un desventurado, empleando al efecto gesticulaciones y señas incomprensibles?

La dama se puso algo pálida, pero no tardó en ocultar su turbación por medio de una sonrisa.

Ernanton continuó así:

—¿Es natural que aquella mujer, no bien asistió a tan repugnante espectáculo, concibiese serios temores de ser arrestada y apelase a la fuga, como pudiera haberlo hecho una ladrona, no obstante estar al servicio de la señora duquesa de Montpensier, princesa poderosa, aunque bastante malquista²⁴ en la corte?

La dama volvió a sonreírse, pero con una expresión mucho más irónica.

—Demostráis muy poca perspicacia, caballero —respondió a Carmaignes—, no obstante vuestras pretensiones de observador, porque todo lo que os parece obscuro, se os haría comprensible por poco que en ello reparaseis. ¿No era acaso natural que la señora duquesa de Montpensier se interesase en la suerte del pobre Salcedo, en lo que podría decir y en sus revelaciones verdaderas o falsas, que de alguna manera podían comprometer a la casa de Lorena? Y si esto os parece impropio, ¿lo será por ventura el que dicha princesa enviase a una persona segura, íntima, de toda confianza y satisfacción, para que asistiese al suplicio y diese fe de *visu*, según se dice en los tribunales, de los más pequeños pormenores del asunto? Pues bien; esa persona era yo, caballero; yo misma, la confidente íntima de Su Alteza. Y al presente, ¿creéis que yo hubiera podido penetrar fácilmente en París estando cerradas todas sus barreras? ¿Se os figura que me hubiera sido posible presentarme en la plaza de Gréve en traje de mujer? Y ya que conocéis la posición que ocupo cerca de la duquesa, ¿pensáis que me fuese dado permanecer indiferente a los padecimientos del sentenciado y a la veleidad de sus revelaciones?

—Decididamente veo que tenéis razón, señora —contestó Ernanton inclinándose—, y os

²⁴ Mirada con malos ojos.

juro que admiro tanto vuestro talento y vuestra lógica, como hace poco he admirado vuestra hermosura.

—Os doy mil gracias, caballero, y ahora que nos conocemos algo mejor uno a otro, y que todo está explicado entre nosotros, dadme la carta, supuesto que existe y que no es un simple pretexto.

—No es posible, señora.

La desconocida hizo un esfuerzo para no irritarse.

—¿No es posible? —repitió.

—No, señora, no es posible, porque he jurado al señor duque de Mayena entregar la carta a la señora duquesa de Montpensier en persona.

—Decid mejor, caballero —exclamó la dama abandonándose a su enojo—, que semejante carta no existe; decid que a pesar de vuestros pretendidos escrúpulos, sólo os ha servido esa invención para introducirnos aquí; decid que a todo trance queríais verme, y así os creeré. Pues bien, ya estáis satisfecho, porque no sólo habéis entrado, no sólo habéis vuelto a verme, sino que también me habéis dicho que me adoráis.

—En esto como en todo lo demás os he dicho la verdad.

—Bien, bien; me amáis, habéis querido verme, me habéis visto y os he dado este gusto en cambio del servicio que me hicisteis; por lo tanto, estamos en paz.

—Os obedezco, señora, y supuesto que me despedís, me retiro.

La dama no pudo ya contenerse.

—¿Conque, de ese modo? —replicó con despecho—; poco a poco, señor mío, porque si vos me conocéis, por mi parte, no sé quién sois. ¿No os parece que tenéis sobre mí muchas ventajas? ¿Creéis que basta penetrar con un pretexto cualquiera en la residencia de una princesa (porque al fin estáis, caballero, en la de la duquesa de Montpensier) y decir después con orgullo, mi perfidia ha surtido efecto y me retiro? Esta conducta no es ciertamente muy propia de un hombre galante.

—Paréceme, señora —replicó Ernanton—, que calificáis con mucha dureza lo que en todo caso sólo sería un ardid amoroso, si no fuese, como he tenido el honor de decíroslo, un asunto de grande importancia el que os han revelado mis palabras; pero ya que os halláis tan predispuesta contra mí, señora, no puedo hacerme cargo de las poco favorables palabras que me habéis dirigido, así como olvido todo el afecto y ternura que os he demostrado. Con todo, no saldré de aquí abrumado por el peso de las imputaciones que os he merecido. Conservo, en efecto, una carta que debo poner en manos de la señora duquesa de Montpensier; vedla, está escrita de puño y letra del señor duque como podéis conocerlo por el sobre.

Ernanton mostró la carta a la dama, aunque sin dejarla de las manos.

La desconocida la examinó, exclamando al punto:

—¡Es su letra! ¡ah! ¡sangre!

Ernanton, sin responder, volvió a guardar la carta, saludó por última vez con su natural galantería, y pálido, con la muerte en el corazón, se dirigió hacia la puerta.

Mas la dama corrió a él y se vio detenido por la capa como José...

—¿Qué me queréis, señora?

—Por piedad, caballero, por piedad. ¿Ha sufrido el duque alguna desgracia?

—Vos no habéis tenido piedad de mí, señora —repuso Ernanton—: en cuanto a la carta, ya que sólo me detenéis por el empeño de leerla, aun cuando sabéis seguramente que sólo la leerá la señora duquesa de Montpensier...

—¡Insensato! —exclamó al fin ésta con un furor lleno de majestad—: ¿Aún no me has reconocido? ¿No conoces que soy aquí la señora? ¿Brillan acaso mis ojos como los de una criada? Yo soy la duquesa de Montpensier, y así, puedes entregarme esa carta.

—¡Sois la duquesa! —exclamó Ernanton sobrecogido y retrocediendo.

—Ya lo has oído: vamos, venga la carta. ¿No ves que tengo gran deseo de saber lo que ha acontecido a mi hermano?

Pero el joven, en vez de obedecer las órdenes de la duquesa, como ésta esperaba, se cruzó de brazos.

—¿Cómo queréis —replicó— que yo crea vuestras palabras si me habéis engañado dos veces?

Aquellos ojos de que había hablado la duquesita para apoyar sus palabras lanzaron rayos mortales; mas Ernanton sostuvo dignamente su puesto.

—¡Dudáis todavía! ¡Necesitáis pruebas cuando yo afirmo una cosa! —exclamó aquella joven haciendo añicos con las uñas sus puños de encaje.

—Sí, señora —repuso fríamente Ernanton.

La desconocida corrió hacia un timbre metálico de figura convexa y poco faltó para que lo rompiese al herirlo rabiosamente con el martinete que servía para llamar.

La vibración del timbre resonó en todos los aposentos de Belesbat, y antes de que se apagase se presentó un criado en el saloncito.

—¿Qué manda la señora? —preguntó.

La dama dio una fuerte patada en el suelo gritando:

—¡Mayneville! Quiero que venga Mayneville. ¿No se halla aquí?

—Sí, señora.

—Pues bien: que venga al momento.

El criado desapareció, y un minuto después entró Mayneville apresuradamente.

—Estoy a vuestras órdenes, señora —dijo saludando.

—¡Señora! ¿Y de cuándo acá se me trata simplemente de señora, señor de Mayneville?

—dijo la duquesa exasperada.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Alteza —contestó Mayneville sorprendido y volviendo a saludar lleno de asombro.

—Perfectamente —exclamó Ernanton—; ahora tengo ahí enfrente un caballero, y si miente, sabré por el Cielo con quién me he de entender.

—¿Al fin me creéis? —le preguntó la duquesa.

—Sí, por cierto, señora, y he aquí la prueba.

Al decir esto hizo una profunda reverencia a la duquesita de Montpensier y puso en sus manos aquella carta con tanto empeño disputada.

XLII

LA CARTA DEL SEÑOR DE MAYENA

La duquesa cogió la carta, la abrió y la leyó con ansiedad, sin cuidarse de disimular las impresiones que se sucedían en su rostro, como las nubes tempestuosas en el cielo.

Terminada la lectura pasó el escrito a Mayneville, quien parecía tan inquieto como la misma duquesa.

El contenido de la carta era el siguiente:

"Hermana mía: He querido meterme a capitán aventurero y a espadachín y he sido castigado por mi imprudencia.

"El tuno a quien conoces y con quien tengo pendiente una larga cuenta, me ha dado una magnífica estocada. Lo peor de todo ha sido que ha enviado al otro mundo a cinco de los míos y entre ellos a Boularon y a Desnoises, es decir, a los dos mejores; después de todo ha tomado las de Villadiego.

"Es necesario convenir en que le ha servido de poderoso auxiliar para conseguir la victoria el dador de la presente, joven y bien parecido, como verás por tus propios ojos; te lo recomiendo, porque es la misma discreción en persona.

"Creo que el mérito principal que en tu concepto debe tener, mi muy querida hermana, estriba en haberse opuesto a que mi vencedor me cortase la cabeza, de la cual parecía muy ansioso, pues habiéndome arrancado la careta durante mi desmayo, me pudo reconocer.

"Te encargo mucho que trates de descubrir el nombre y profesión de ese discreto caballero, pues me parece sospechoso al mismo tiempo que me interesa. A todas mis ofertas de servirle se ha limitado a responder que el amo a quien sirve no le deja carecer de nada.

"Nada más puedo decirte acerca de él, pues te digo todo lo que sé: ha fingido no conocerme, pero observa bien sus pasos.

"Sufro mucho de la herida, pero me figuro que mi vida no corre peligro. Envíame sin tardanza a mi cirujano, porque estoy tendido sobre paja como un caballo. Mi mensajero te informará del sitio en que me deja.

"Tu afectísimo hermano,

"MAYENA."

La duquesa y Mayneville se miraron atónitos, no bien éste hubo recorrido las anteriores líneas; pero la primera rompió al fin el silencio preguntando a Ernanton:

—¿A quién somos deudores, caballero, del señalado servicio que nos habéis hecho?

—A un hombre, señora, que siempre que puede auxiliar a los débiles contra los fuertes.

—¿Queréis referirme algunos pormenores de ese encuentro? —replicó la duquesa.

Ernanton contó entonces todo cuanto había presenciado, indicando asimismo el establo en que quedara el duque. La hermana de éste y Mayneville le escuchaban con el interés que el lector puede muy bien concebir.

—¿Y debo esperar, caballero —le preguntó la duquesa cuando terminó su relación—, que

continuaréis, como habéis comenzado, adhiriéndoos desde ahora a nuestra casa?

Estas palabras, pronunciadas con aquel tono gracioso que la duquesita de Montpensier sabía emplear cuando lo exigía la ocasión, encerraban sin duda un sentimiento sumamente lisonjero, si se tiene en cuenta la declaración amorosa que Ernanton había creído dirigir a la dama de honor de la princesa; mas nuestro joven, olvidando su amor propio, redujo dichas palabras a su significación que revelaba pura curiosidad.

Demasiado conocía que declarar su nombre y sus cualidades era abrir los ojos de la duquesa sobre las consecuencias de los acontecimientos en que había tomado parte; pues adivinaba que al imponerle el rey la condición de que le revelase el retiro de la duquesa, tenía proyectos que no podían reducirse al simple deseo de saber dónde habitaba su enemiga.

Dos intereses distintos embargaban su ánimo: como enamorado podía sacrificar uno de ellos, mas como hombre de honor no debía abandonar el otro.

La tentación debía ser tanto más fuerte, cuanto que, declarando la posición que ocupaba cerca del rey, ganaba no poca importancia en el ánimo de la duquesa, lo cual era de gran valor para un joven recién venido de Gascuña. Sainte-Maline no hubiera resistido a la tentación el espacio de un segundo. Todas estas reflexiones se agolparon en tropel a la imaginación de Carmaignes, y no ejercieron otra influencia que aumentar algo más su orgullo haciéndole más fuerte contra sí mismo. Y ese orgullo le era permitido, porque era algo a los ojos de los demás y mucho a los suyos propios, precisamente cuando acababan de burlarse de él.

La duquesa aguardaba su contestación a esta pregunta que le había hecho:

—¿Estáis dispuesto a adheriros a nuestra casa?

—Señora, ya he tenido el honor de decir al señor de Mayena que tengo un buen amo, y que me trata tan bien, que no me es permitido buscar otro.

—Mi hermano me advierte en su carta que al parecer no le habéis reconocido. ¿Cómo, pues, habéis pronunciado aquí su nombre para llegar a verme?

—El señor de Mayena, señora, deseaba, al parecer, no ser conocido; por lo mismo creí que debía respetar sus propósitos, pues, en efecto, puede haber algún inconveniente en que los aldeanos que le han dado hospitalidad lleguen a saber quién es el ilustre herido. Aquí no sucede lo mismo, y como el nombre del señor de Mayena debía abrirme las puertas para llegar hasta vos, lo he invocado; en ambos casos he creído proceden convenientemente.

Mayneville miró a la duquesa como diciendo:

—Tiene un talento despejado.

Ella comprendió la idea y contempló a Ernanton sonriéndose.

—Nadie esquivaría la cuestión mejor que vos, caballero —dijo al fin—, y confieso que sois hombre de recursos.

—Me parece que nada tiene de particular lo que acabo de manifestaros —contestó el joven.

—Lo que más claramente se deduce de todo esto —repuso la duquesa impaciente—, es que nada queréis decir. Tal vez no reflexionáis que el reconocimiento es una carga harto pesada para quien lleva mi nombre, que soy mujer y que dos veces me habéis servido; de

manera que si yo quisiese saber vuestro nombre, o más bien, quién sois...

—Perfectamente, señora; ya sé que os es muy fácil informaros de todo, pero no por mí, sino por otro, en cuyo caso nada habré dicho yo.

—Siempre tiene razón —murmuró la duquesita fijando en Ernanton una mirada, que a haber sido entendida por éste, le hubiera halagado más que todas cuantas se le habían dirigido hasta entonces.

Nada más podía exigir; y así, semejante al catador que abandona la mesa después de haber saboreado el mejor vino, Ernanton saludó a la duquesa pidiéndole permiso para ausentarse.

—¿Conque nada más tenéis que decirme, caballero? —le preguntó ésta.

—He cumplido mi comisión, señora, y sólo me resta ofrecer a Vuestra Alteza mi más respetuoso homenaje.

La duquesa le siguió con la vista sin devolverle el saludo; mas apenas salió del saloncito, exclamó:

—Mayneville, haced que se sigan los pasos de ese joven.

—Imposible, señora —respondió Mayneville—; todos nuestros hombres están prontos y yo mismo espero de un instante a otro el desenlace; éste es mal día para emplearlo en cosa que no sea la que nos hemos propuesto.

—Decís bien, Mayneville; soy una loca, mas después del suceso...

—Después del suceso se hará lo que gustéis, señora.

—Sí, sí, ese hombre inspira sospechas a mi hermano.

—Sea o no sospechoso, parece un honrado caballero, y los hombres honrados son muy raros en estos tiempos. Forzoso es convenir también en que nos favorece la fortuna, toda vez que un extraño nos ha caído del Cielo para evitar que sucumbiésemos.

—No importa, no importa, Mayneville, si tenemos que abandonarle en estos momentos, vigiladle al menos después.

—Después, señora, no necesitaremos vigilar a nadie.

—Vamos, ya veo que no sé lo que me digo; tienes razón, Mayneville: he perdido la cabeza.

—A un general como vos, señora, le es permitido que se distraiga un poco la víspera de una batalla.

—Es verdad, pero ya se acerca la noche y debemos estar alerta, porque Valois ha de volver de Vincennes.

—¡Oh! Todavía tenemos tiempo, pues no han dado las ocho y aún no han llegado todos nuestros auxiliares.

—¿Les habéis dado el santo?

—Sí, señora.

—¿Es gente segura?

—A toda prueba.

—¿Cómo vienen?

—Paseándose aislados para no inspirar sospechas.

—¿Cuántos son?

—Cincuenta, es decir, más que los necesarios; podéis añadir a ellos unos doscientos monjes que valen por doscientos soldados, como no valgan más.

—En cuanto llegue el refuerzo, colocad los frailes en el camino.

—Ya saben lo que han de hacer, señora; interceptarán el camino mientras los auxiliares arrearán los caballos del coche y abriéndose la puerta del convento se cerrará detrás de él.

—Cenemos, pues, Mayneville, y de este modo entretendremos el tiempo. Estoy tan impaciente que quisiera poder adelantar las horas.

—Ya llegará la nuestra, señora, tened paciencia.

—¡Y esa gente! ¡Esa gente!

—También estará aquí cuando sea necesario: ahora mismo dan las ocho y no hemos perdido tiempo.

—Mayneville, Mayneville, mi pobre Mayena me pide que le envíe su cirujano, mas yo creo que el mejor facultativo y el mejor tónico para la herida de mi hermano sería un mechón de los cabellos de Valois tonsurado: el hombre que le llevase este presente podría estar seguro de ser bien recibido.

—Dentro de dos horas marchará ese hombre a buscar a nuestro querido duque en su retiro solitario: después de haber salido el señor de Mayena como fugitivo de París, volverá a entrar victorioso.

—Una palabra, Mayneville —añadió la duquesa deteniéndose en el umbral de la puerta.

—Decid, señora.

—¿Están advertidos nuestros amigos de París?

—¿Qué amigos?

—Los de la Liga.

—No lo permita Dios, señora. Avisar a los ciudadanos sería igual que echar a vuelo las campanas de Nuestra Señora. Dado el golpe, y antes que circule la noticia, tenemos que despachar cincuenta correos, para asegurar dentro del claustro a nuestro prisionero: entonces podremos defendernos, si es necesario, con un ejército; entonces, sin arriesgar cosa alguna, podremos gritar desde los tejados del convento: Enrique III es nuestro.

—Ya veo, Mayneville, que sois un hombre hábil y prudente; razón tiene el Bearnés para llamaros el *conductor de la Liga*: algo de lo que habéis dicho pensaba yo hacer, pero mis ideas se confundían. ¿Sabéis que he contraído una responsabilidad inmensa, pues en ningún tiempo ha habido mujer que se haya propuesto una empresa tan ardua como la mía?

—Demasiado lo conozco, señora, y por eso tiemblo siempre que os aconsejo.

—Resumamos —dijo la duquesa en tono de autoridad—. ¿Llevan armas los frailes?

—Sí, ocultas bajo sus hábitos.

—¿Estarán los auxiliares en el camino?

—En él deben encontrarse a estas horas.

—¿Se avisará a los de la Liga después del rapto?

—A los diez minutos lo sabrán por tres correos Lachapelle, Marteau, Brigard y Bussy-

Leclerc, y éstos avisarán a los demás.

—Haréis que mueran esos dos necios que guardan las portezuelas del coche, pues de este modo daremos al acontecimiento el colorido que más convenga a nuestros intereses.

—¡Matar a esos pobres diablos! —replicó Mayneville—. ¿Lo creéis indispensable, señora?

—En cuanto a Loignac... ¡Buena alhaja!

—Es un buen soldado.

—Un truhán aventurero, lo mismo que el otro estafermo²⁵ que cabalgaba a la izquierda del coche, más negro que la pez y con dos carbones encendidos por ojos.

—Ese poco me importa, pues no le conozco: además, soy de vuestro mismo parecer; tiene muy mala facha.

—¿Conque me lo abandonáis? —dijo la duquesa riéndose.

—Con mucho gusto, señora.

—Os doy las gracias.

—Señora, por Dios, no creáis que discuto; hago algunas advertencias que pueden interesar a vuestra fama y a la moralidad del partido que representamos.

—Bien, bien, Mayneville, veo que sois un hombre virtuoso y os daré de ello certificación en caso necesario. Ninguna culpa tendréis, pues, de lo que ocurra; ellos defenderán a Valois y morirán defendiéndole. Lo único que os recomiendo es el joven.

—¿Qué joven?

—El que ha salido de aquí; ved si ha partido o si es algún espía de nuestros contrarios.

—Estoy a vuestras órdenes, señora.

Dirigióse al balcón, abrió los postigos, asomó la cabeza y trató de divisar los objetos en medio de las tinieblas.

—¡Qué noche tan negra! —exclamó.

—La mejor de todas —observó la duquesa—; por lo mismo que es muy sombría, ánimo, pues, mi capitán.

—Pero nada podemos distinguir en las sombras y vos necesitáis ver.

—Dios, cuya causa defendemos, vela por nosotros, Mayneville.

Este, que al parecer no confiaba tanto en la intervención divina como la duquesa de Montpensier, volvió a asomarse, y, con la vista fija en el camino de Vincennes, quedóse inmóvil.

—¿Veis pasar algún bulto? —le preguntó la duquesa apagando las luces por precaución.

—No, señora, pero oigo pisadas de caballos.

—Serán ellos; Mayneville, todo va perfectamente.

Y la duquesa examinó su cintura para ver si de ella pendían las célebres tijeritas de oro que debían desempeñar tan principal papel en la historia.

²⁵ Muñeco giratorio, con un escudo en la mano izquierda y una correa con bolas o saquillos de arena en la derecha, que, al ser herido en el escudo con una lancilla por jugadores que pasaban corriendo, se volvía y golpeaba con las bolas o con los saquillos al jugador que no pasaba ligero.

XLIII

LA BENDICIÓN DE DON MODESTO GORENFLOT

Ernanton salió con el corazón oprimido, pero con la conciencia tranquila, pues había experimentado la singular ventura de declarar su amor a una princesa y hacer olvidar con la conversación importante que se suscitó en seguida aquella declaración, que olvidada a lo menos por el pronto, no podía perjudicarle en lo presente, y tal vez le sería provechosa en lo sucesivo.

No se limitó a esto su fortuna, pues había conseguido no comprometer al rey, ni al señor de Mayena, ni a sí mismo, lo cual era motivo más que suficiente para tranquilizarle, si bien deseaba aún otras muchas cosas, y, entre ellas, volver pronto a Vincennes para cumplir el encargo del rey, y en seguida acostarse y soñar, que es la suprema felicidad de los hombres de acción y el único reposo a que se entregan.

Así, pues, apenas salió de Belesbat metió espuela al caballo; pero aún no había corrido cien pasos al galope de aquel compañero tan experimentado hacía algunos días, cuando se vio interrumpido de pronto en su carrera por un obstáculo que sus ojos, deslumbrados por la luz de la residencia, y todavía mal habituados a la oscuridad, no habían podido percibir y no podían calcular.

Este obstáculo era simplemente un cuerpo de caballería que, extendido en dos alas y cerrándose hacia el medio del camino por ambos lados, le rodeó poniéndole al pecho media docena de espadas y otras tantas pistolas y dagas, lo que era demasiado para un hombre solo.

—¡Oh! ¡oh! —exclamó Ernanton—, ¿qué es esto? ¿Se despoja a los viajeros a una legua de la capital? Reniego de semejante país. Muy mal preboste tiene el rey, y procuraré aconsejarle que tome otro.

—Silencio —dijo una voz que Ernanton creyó reconocer—; vengan al punto vuestra espada y vuestras armas.

Un hombre se apoderó de la brida del caballo y otros desarmaron a Ernanton.

—¡Diablo! Esta gente sabe tomar bien sus precauciones —dijo éste para su sayo.

Y volviéndose luego a los que le detenían, añadió:

—Señores, a lo menos me haréis el favor de decirme...

—¡Pardiez! Es el señor de Carmaignes —replicó el principal, el mismo que acababa de arrebatar la espada a Ernanton, y que aún la tenía en la mano.

—¡Señor de Pincorney! —exclamó Ernanton—. ¿Cómo os habéis dedicado a tan villano oficio?

—He dicho silencio —repitió el jefe que estaba a pocos pasos de distancia—; conducid a ese hombre al depósito.

—Pero, señor de Sainte-Maline —replicó Perducas de Pincorney—, este hombre que acabamos de prender...

—¿Qué?

—Es nuestro compañero Ernanton de Carmaignes.

—¡Ernanton aquí! —replicó Sainte-Maline pálido de rabia.

—Buenas noches, señores —dijo Carmaignes tranquilamente—, confieso que no creía hallarme en tan buena compañía.

Sainte-Maline nada le respondió.

—Parece que se trata de prenderme —continuó Ernanton— pues no presumo que queráis dejarme sin camisa.

—¡Diablo! ¡diablo! —dijo refunfuñando Sainte-Maline—: el hecho es que este suceso no estaba previsto.

—Por mi parte os juro que no —dijo Carmaignes riéndose.

—Es un verdadero apuro... Pero, en fin, veamos qué hacíais en el camino.

—Si os hiciera yo esa pregunta, señor de Sainte-Maline, ¿me contestaríais?

—No.

—Pues bien, permitidme que obre como vos obraríais.

—¿Conque no queréis decir lo que hacíais en el camino?

Ernanton se sonrió, pero sin contestar.

—¿Ni adonde ibais?

El mismo silencio.

—Entonces —dijo Sainte-Maline—, ya que no os explicáis, me veo en la precisión de trataros como a un hombre cualquiera.

—Haced lo que gustéis, sólo os advierto que responderéis de lo que hayáis hecho.

—¿Al señor de Loignac?

—A persona más alta.

—¿Al señor d'Epéron?

—Más alta aún.

—Enhorabuena; pero he recibido órdenes y voy a enviaros a Vincennes.

—Que me place; precisamente me dirigía allí.

—Me alegro mucho que este corto viaje se halle conforme con vuestras intenciones.

Dos hombres, pistola en mano, se apoderaron al punto del prisionero, que fue conducido y entregado a otros dos, situados a quinientos pasos de los primeros. Estos hicieron lo mismo, y Ernanton pudo así, hasta hallarse en el mismo patio del castillo, disfrutar el placer de verse constantemente entre sus camaradas.

En aquel patio encontró Carmaignes cincuenta jinetes desarmados que, pálidos y cabizbajos, rodeados por ciento cincuenta caballos ligeros que habían acudido de Nogent y de Brie, deploraban su mala estrella y aguardaban un desenlace funesto para una empresa tan bien urdida.

Todos aquellos habían sido cogidos por nuestros famosos Cuarenta y Cinco, que con tanto brillo habían inaugurado sus funciones, empleando unas veces la astucia y otras la fuerza, tan pronto uniéndose diez contra dos o tres, tan pronto acercándose amistosamente a los que tenían por temibles y presentándoles a quemarropa la pistola, cuando los otros creían encontrar a sus mismos compañeros y recibir de su parte algunas pruebas de cortesía.

Resultó, pues, que no se había librado ni un combate, ni proferido un grito, y que en un encuentro de ocho contra veinte, un jefe de la Liga que había llevado la mano a su puñal para defenderse, y abierto la boca para gritar, había sido casi ahogado y escamoteado por los Cuarenta y Cinco con la rapidez que emplea la tripulación de un buque en largar un cable entre las manos de una cadena de hombres. Ernanton hubiera celebrado el lance si lo hubiera conocido, mas veía y no comprendía, lo cual no dejó de amargar algún tanto sus ilusiones durante diez minutos. Sin embargo, luego que reconoció a todos los prisioneros a quienes se le agregaba, dijo a Sainte-Maline:

—Ya veo que os habíais dado cuenta de la importancia de mi comisión; y que a fuer de galante compañero, temiendo sin duda que yo tuviese algún mal encuentro, os dignasteis darme escolta; en efecto, puedo ya decíroslo, teníais mucha razón; el rey me aguarda y tengo que decirle cosas de la más alta importancia. Añadiré también cómo sin vos no hubiera llegado sano y salvo y tendré el honor de decir al rey lo que habéis hecho por su mejor servicio.

Sainte-Maline se abochornó como antes había palidecido; pero comprendió como hombre perspicaz que Ernanton decía verdad y que le esperaban; sabiendo, por otra parte, que nadie se burlaba de los señores Loignac y d'Epernon, se limitó a responder:

—Estáis en libertad, señor Ernanton, y me alegro haberos prestado el servicio que decís.

Ernanton se arrojó de la silla y subió la escalera que conducía a la estancia del rey.

Sainte-Maline le había seguido con la vista, y a la mitad de la escalera pudo ver a Loignac que recibía al señor de Carmaignes y le hacía señas para que continuase su camino. Loignac bajó la escalera para examinar los presos. Resultaba, pues, y a Loignac fue a quien ocurrió la idea, que el camino, libre ya, gracias al arresto de los cincuenta hombres, lo estaría hasta el día siguiente, pues había pasado la hora en que aquellos cincuenta hombres debían hallarse reunidos en Belesbat.

Así, pues, el regreso del rey a París no ofrecía el menor peligro, pero Loignac contaba sin la huéspedea, es decir, sin el convento de los benedictinos, sin la artillería y la mosquetería de los reverendos padres, de todo lo cual se hallaba d'Epernon perfectamente informado por Nicolás Poulain, de modo que cuando Loignac dijo al duque:

—Señor, los caminos están libres.

Contestó éste:

—Está bien. La orden del rey es que los Cuarenta y Cinco se dividan en tres pelotones; uno marchará delante y uno a cada lado de las portezuelas, pero teniendo en cuenta que el pelotón ha de ir muy cerrado en masa para que el fuego, si lo hay por casualidad, no llegue al coche.

—Muy bien —respondió Loignac con la sangre fría del soldado—, mas en cuanto al fuego, como no veo mosquetes, no preveo los mosquetazos.

—Al pasar por el convento mandad estrechar las filas —dijo d'Epernon.

Este diálogo fue interrumpido por el movimiento que se advertía en la escalera. Era el rey que bajaba pronto a marchar: seguíanle algunos caballeros, entre los cuales reconoció Sainte-Maline con disgusto a Ernanton de Carmaignes.

—Señores —preguntó el rey—, ¿están ya reunidos mis valientes Cuarenta y Cinco?

—Sí, señor —dijo d'Epernon mostrándole un grupo de soldados que se divisaban confusamente debajo de las bóvedas.

—¿Están dadas las órdenes?

—Y serán ejecutadas, señor.

—Pues partamos —dijo Su Majestad.

Loignac mandó tocar botasilla²⁶, y habiéndose pasado lista en voz baja, se vio que se hallaban reunidos todos los Cuarenta y Cinco; ni uno solo faltaba.

Confióse a los caballos ligeros el cuidado de custodiar a los soldados de Mayneville y de la duquesa, con prohibición expresa, bajo pena de muerte, de dirigirles una sola palabra.

El rey subió al coche y colocó a un lado su espada desenvainada. El duque, luego de echar unos cuantos votos y juramentos, se puso a probar si la suya jugaba bien en la vaina.

En aquel momento dieron las nueve y la tropa se puso en marcha.

Una hora después de la partida de Ernanton, todavía estaba el señor de Mayneville asomado al postigo del balcón, desde donde le hemos visto intentar, aunque inútilmente, seguir los pasos del joven en medio de la obscuridad de la noche; transcurrida aquella hora, se sintió menos tranquilo, y sobre todo algo más inclinado a esperar el socorro de Dios, porque empezaba a creer que le faltaría el de los hombres.

Ni uno solo de sus soldados había acudido; el camino, silencioso y negro, resonaba solamente a grandes intervalos con el ruido de algunos caballos que se dirigían a toda brida a Vincennes. Al oír este ruido, el señor de Mayneville y la duquesa se impacientaban mirando en la obscuridad, queriendo reconocer a su gente, adivinar parte de lo que sucedía, o saber la causa de aquella tardanza; pero, extinguido aquél, todo volvía a quedar en el mismo silencio.

Semejante estado de cosas acabó por causar a Mayneville tal inquietud, que mandó montar a caballo a uno de los criados de la duquesa con orden de informarse del primer pelotón que encontrase.

El mensajero partió, pero no había regresado, y notándolo la impaciente duquesa, envió otro, que tampoco regresó.

—Nuestro oficial —dijo entonces la duquesa, siempre dispuesta a ver las cosas por el lado bueno— habrá temido no tener bastante gente, y detiene a propósito a cuantos le mandamos, medida que, aunque prudente, nos pone en cuidado.

—Sí, señora, en mucho cuidado —respondió Mayneville, que no apartaba la vista del horizonte profundo y oscuro.

—Mayneville, ¿qué puede haber ocurrido?

—Voy a montar a caballo y lo sabremos, señora —dijo Mayneville haciendo un movimiento para salir.

—Os lo prohíbo —exclamó la duquesa deteniéndole—. ¿Quién se quedaría junto a mí? ¿Quién conocería a todos nuestros oficiales, a todos nuestros amigos cuando llegase el momento? No, no, quedaos, Mayneville; cuando se trata de un secreto como el nuestro, la imaginación se pierde en mil quimeras y aprensiones muy naturales; mas, estando tan bien combinado el plan, y sobre todo habiéndose guardado sobre él tan profundo secreto, no debemos dudar de su buen éxito.

²⁶ En los cuerpos de caballería, toque de clarín para ordenar a los soldados que ensillen los caballos.

—Las nueve —dijo Mayneville contestando a su propia impaciencia más bien que a las palabras de la duquesa—: mirad a los frailes que salen ya de su convento y se forman a lo largo de las tapias del patio, tal vez hayan recibido un aviso particular.

—¡Silencio! —exclamó la duquesa alargando la mano hacia el camino.

—¿Qué?

—¡Silencio! ¡Escuchad!

Comenzaba a oírse a lo lejos cierto ruido sordo parecido al del trueno.

—¡Es caballería! —gritó la duquesa—. ¡Nos lo traen, nos lo traen!

Y pasando, según su carácter arrebatado, de la más cruel angustia a la más loca alegría, se puso a palmotear, gritando:

—¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo!

Mayneville siguió escuchando y dijo al cabo de un rato: —Sí, sí, es el ruido de un carruaje y de caballos que viene al galope.

En seguida se puso a mandar en voz alta: —¡Fuera de las tapias, padres, fuera de las tapias! Abrióse en seguida precipitadamente la principal reja del priorato, y salieron en muy buen orden los cien frailes armados, a cuya cabeza marchaba Borromeo.

Luego que se situaron en el camino, se oyó la voz de Gorenflot que gritaba:

—¡Esperadme! ¡Esperadme! Es necesario que me ponga a la cabeza de la orden para recibir dignamente a Su Majestad.

—¡En el balcón, señor prior, en el balcón! —le contestó Borromeo—, toda vez que debéis dominarnos a todos. La Sagrada Escritura dice: "¡Los dominarás como el cedro domina al hisopo!"

—Es cierto —dijo Gorenflot—, es cierto; ya no me acordaba de que había elegido este puesto; pero afortunadamente ahí estáis vos para avisarme, hermano Borromeo.

Este día una orden en voz baja, y al punto cuatro hermanos, con el pretexto de honor y ceremonia, fueron a acompañar al digno prior a su balcón.

El camino, que hacía un recodo a cierta distancia del priorato, se vio iluminado con innumerables antorchas, merced a las cuales la duquesa y Mayneville pudieron ver relucir corazas y espadas.

No pudiendo contenerse la primera, gritó:

—Bajad, Mayneville, y traédmelo atado y con buena escolta, ¿lo entendéis?

—Sí, sí, señora —dijo Mayneville distraído—; pero una cosa me inquieta.

—¿Cuál?

—No oigo la señal convenida.

—¿Qué falta hace la señal si ya le han cogido?

—Es que no debían prenderlo hasta aquí frente al priorato —insistió Mayneville.

—Habrán hallado más lejos mejor ocasión.

—No diviso a nuestro oficial.

—Yo sí.

—¿Dónde?

—Aquel plumero rojo...

—¡Diablo!

—¿Qué?

—¡Aquel plumero!

—¿Y qué?

—¡Es el señor d'Epéron! Es el señor d'Epéron que marcha con espada en mano.

—Le han dejado su espada.

—¡Voto a cribas! Viene mandando.

—¿A los nuestros? ¿Luego ha habido traición?

—¡Ah! señora, no son los nuestros.

—¿Estáis loco, Mayneville?

En aquel instante Loignac, que marchaba al frente del primer pelotón de los Cuarenta y Cinco, gritó agitando su acero:

—¡Viva el rey!

—¡Viva el rey! —contestaron con su formidable acento gascón los Cuarenta y Cinco.

La duquesa palideció, y estuvo a punto de desmayarse.

Mayneville echó mano a la espada creyendo que aquellos hombres invadirían la residencia de Belesbat.

La comitiva seguía avanzando como un torbellino de ruido y de luz. Había ya pasado de Belesbat, e iba a llegar al priorato.

Borromeo dio tres pasos y Loignac dirigió su caballo hacia aquel monje que parecía, con su hábito de furriel, ofrecerle el combate; mas Borromeo, como hombre prudente, vio que todo estaba perdido, y tomó al punto su partido.

—¡Paso, paso —gritó rudamente Loignac—, paso al rey! Borromeo, que había sacado su espada de debajo de su hábito, la envainó de nuevo.

Gorenflot, electrizado por los gritos y por el ruido de las armas, deslumbrado por la luz de las antorchas, extendió su diestra poderosa, y estirando sus dedos índice y cordial, bendijo al rey desde su balcón.

Enrique, asomado a la portezuela, le vio y saludó con una sonrisa.

Aquella sonrisa, prueba auténtica del favor que el digno prior de los benedictinos gozaba en la corte, electrizó a Gorenflot de tal suerte, que entonó también un ¡viva al rey! con una fuerza de pulmones capaz de hacer temblar los arcos de la más soberbia catedral.

Pero el resto de la comunidad permaneció mudo, lo cual no era de extrañar, puesto que aguardaba otra solución a aquellos dos meses de ejercicios y a aquel armamento que había sido su consecuencia; mas Borromeo, como buen veterano, había calculado con una rápida ojeada el número de los defensores del rey y reconocido su continente guerrero. Por otra parte, la ausencia de los partidarios de la duquesa revelaba la suerte fatal de la empresa, y conoció que titubear en someterse sería perderlo todo.

Así, pues, en el momento en que el caballo de Loignac iba a chocar con él, gritó: ¡viva el rey! con voz casi tan sonora como la de Gorenflot.

Entonces la comunidad repuso en coro:

—¡Viva el rey!

—Gracias, reverendos padres, gracias —dijo Enrique III a los frailes.

Luego pasó por delante del convento, que debía ser el término de su carrera, como un torbellino de fuego, de ruido y de gloria, dejando tras sí a Belesbat sumido en obscuridad profunda.

La duquesa, mientras tanto, desde su balcón, y oculta por el escudo de hierro dorado, detrás del cual había caído de rodillas, veía, interrogaba, devoraba cada uno de los rostros en que las antorchas reflejaban su luz centelleante.

—¡Ay! —exclamó indicando a uno de la escolta—, ¡mirad, mirad, Mayneville!

Este gritó a su vez:

—¡El mensajero del duque de Mayena al servicio del rey!

—¡Estamos perdidos! —dijo la duquesa.

—Es necesario huir, y pronto, señora —dijo Mayneville—; vencedor hoy, Valois abusará mañana de su victoria.

—¡Hemos sido vendidos! —exclamó la duquesa—. ¡Y por ese joven! ¡Lo sabía todo!

El rey se encontraba ya lejos: había desaparecido con toda su escolta por la puerta de San Antonio que se abrió al aproximarse y se cerró después.

XLIV

CONTINUACIÓN DEL VIAJE DE CHICOT

Chicot, a quien con el debido permiso de nuestros lectores volvemos a presentar en escena, luego del descubrimiento importante que acababa de hacer al desatar las cintas de la máscara del señor de Mayena, opinó prudentemente que no debía perder un solo instante en ponerse a salvo de las consecuencias de aquella aventura que no tardaría en divulgarse.

Como se comprende perfectamente, el combate que tendría que sostener ya en lo sucesivo con el duque, no podía menos de ser a todo trance, pues herido éste menos dolorosamente en su carne que en su amor propio, y que a los antiguos cintarazos dados con la vaina tenía ya que añadir la reciente estocada, era de todo punto imposible que llegase nunca a perdonar tamaña afrenta.

—¡Ea, ea! —exclamó el buen gascón apresurando su carrera hacia Beaugency—, ésta es la ocasión de hacer correr sobre los caballos de posta el dinero reunido de esos tres ilustres personajes que se llaman Enrique de Valois, don Modesto Gorenflot y Sebastián Chicot.

Hábil como era en fingir con gran arte no solamente todos los sentimientos sino también todas las condiciones, tomó en aquel mismo momento el aire de un gran señor, como había tomado en situaciones menos comprometidas el aire de un honrado ciudadano. Así, nunca príncipe alguno fue servido con mayor celo que maese Chicot cuando vendió el caballo de Ernanton y habló un cuarto de hora con el maestro de postas.

Apenas se vio dentro de la silla, determinó no detenerse hasta encontrarse en lugar seguro, y corrió con toda la velocidad que podían permitirle los treinta caballos que mudó en las sesenta leguas de camino, devoradas en veinte horas, sin que en ellas sintiese la menor fatiga, pues parecía que le habían hecho de acero.

Cuando gracias a esta rapidez, llegó en tres días a Burdeos, parecióle que le era permitido tomar un poco de aliento.

Y como el que galopa puede pensar, aun cuando no le sea posible hacer otra cosa, Chicot pensó mucho.

Su embajada, que tomaba mayor gravedad a medida que se aproximaba al término de su viaje, se le apareció bajo un punto de vista muy distinto, sin que podamos decir exactamente bajo qué punto de vista se le apareció.

¿Qué príncipe iba a encontrar en aquel extravagante Enrique, a quien los unos suponían tonto, los otros cobarde y todos un renegado de primera clase? Mas la opinión de Chicot no era la de todo el mundo.

El carácter de Enrique, como la piel del camaleón que refleja el objeto que cubre, había sufrido algunas variaciones desde que pisó su suelo natal, pues Enrique había sabido poner bastante espacio entre la zarpa real y la preciosa piel que con tanta habilidad había librado hasta entonces de todo cuerpo ofensivo para que pudiese temer el menor rasguño.

Entretanto su política exterior era siempre igual: perdíase en el ruido general, extinguiendo al mismo tiempo algunos nombres ilustres cuyo brillo todos se admiraban

de ver reflejar en una pálida corona de Navarra. De igual manera que en París, hacía continua compañía a su esposa, cuya influencia, no obstante, a doscientas leguas de París parecía completamente inútil. En una palabra, vejetaba y nada más, dándose por contento con la vida sedentaria que había elegido.

Para el vulgo era asunto de hiperbólicas bufonadas y censuras.

Para Chicot era materia de profundas meditaciones, porque por muy poco que al parecer valiese Chicot, sabía naturalmente adivinar el fondo de los corazones debajo de la corteza. Así, pues, Enrique de Navarra era para él un enigma ya descifrado, mas era un enigma, y saber que Enrique de Navarra era un enigma, y no un hecho puro y simple, era ya saber mucho. Chicot, por consiguiente, sabía más que todo el mundo, sabiendo como aquel viejo sabio de Grecia que nada sabía.

Cualquiera se habría presentado allí con la frente erguida, el lenguaje libre y el corazón en los labios; pero Chicot no ignoraba que era preciso entrar con el corazón frío, el lenguaje estudiado y la fisonomía compuesta como la de un cómico.

Inspiróle esta necesidad de disimulo, en primer lugar, su penetración natural, y en segundo, la perspectiva de los mismos lugares que iba recorriendo.

Al pasar Chicot los límites de aquel pequeño principado de Navarra, país cuya pobreza era proverbial en Francia, cesó de ver, no sin grande asombro, estampado en cada semblante, en cada casa y en cada piedra el diente de aquella miseria horrible que roían las provincias más bellas de la soberbia Francia que acababa de dejar.

El leñador que pasaba con el brazo apoyado en el yugo de su buey favorito, la aldeanilla de jubón corto y rápido paso que llevaba el agua sobre la cabeza a la usanza de los coéforos antiguos, el anciano que murmuraba una canción antigua moviendo su nevada cabeza, el pájaro familiar que picoteaba dentro de su jaula, el repleto comedero, el niño atezado de miembros flacos, pero nervudos, que retozaba sobre montones de hojas de maíz, todo hablaba a Chicot un lenguaje vivo, claro y elocuente; todo le hacía gritar a cada paso que daba:

—¡Aquí reina la felicidad!

De vez en cuando, al ruido de las chillonas ruedas de un carro que cruzaba lentamente el camino, sentía Chicot cierto terror involuntario, recordando la pesada artillería que estropeaba los arrecifes de Francia; pero al volver el camino se le presentaba la carreta del vendimiador cargada de cubas y de mozos alegres. Cuando algún cañón de arcabuz le hacía abrir los ojos por detrás de un vallado de higueras o de pámpanos, recordaba Chicot las tres emboscadas de que tan felizmente se había librado, y no obstante, lo que le arredraba no era más que un cazador, que seguido de sus perros, atravesaba el llano cubierto de liebres para pasar a la montaña llena de perdices.

Aunque la estación se hallaba muy avanzada, y Chicot había dejado a París cubierto de nieblas y escarchas, hacía buen tiempo y aun calor. Los árboles, que no habían perdido aún sus hojas, derramaban desde lo alto de sus copas casi amarillas, una sombra azulada sobre la tierra. Los horizontes purísimos reverberaban con los rayos del sol sobre mil aldeas formadas de casas blancas.

El labriego bearnés azuzaba en los prados a esos caballitos de tres escudos que brincan infatigables con sus patas de acero, andan veinte leguas de una tirada, y nunca

almohazados²⁷ ni cubiertos se sacuden al llegar al final del viaje y se ponen a pacer la primera hierba que encuentran, la cual constituye su única y suficiente comida.

—¡Diablo! —exclamaba Chicot—; nunca he visto la Gascuña tan rica. El Bearnés vive como gallo en gallinero. Y supuesto que es tan feliz, razón hay para creer, como dice su hermano el rey de Francia, que es... que es... casi bueno. Es cierto que, aunque traducida en latín, me incomoda todavía la carta; casi tengo tentaciones de traducirla en griego; pero ¡bah!, yo no he oído decir que Honriot, como le llamaba su hermano Carlos IX, supiera latín. Yo le haré de mi traducción latina una traducción francesa, *expurgata*, como dicen los sabios de la Sorbona.

Y Chicot, ínterin hacía estas reflexiones en voz baja, se informaba en voz alta del sitio en que podía encontrar al rey.

Este se encontraba en Nerac. Dijéronle al principio que estaba en Pau, lo cual había obligado a nuestro mensajero a avanzar hasta Mont-de-Marsan; pero al llegar aquí había sido rectificada la topografía de la corte, y Chicot echó por el camino de la izquierda para salir al Nerac, que halló lleno de gente que volvía del mercado de Condom.

Entonces averiguó (pues, como recordarán nuestros lectores, era muy preguntón, y sólo circunspecto cuando se trataba de responder a las preguntas de los demás) que el rey de Navarra se daba una vida muy alegre y que no permitía un momento de tregua a sus perpetuas transiciones de un amor a otro.

Durante el viaje había tenido Chicot el venturoso encuentro de un joven clérigo católico, de un tratante de ganado lanar y de un oficial, que desde Mont-de-Marsan iban en buena compañía y platicaban dulce y sabrosamente entre las repetidas francachelas que tenían en cuantas hosterías descansaban.

Chicot creyó ver en aquella asociación, puramente casual, representada la Navarra ilustrada, la Navarra comercial y la Navarra militante. El clérigo le recitó los sonetos que circulaban sobre los amores del rey y de la bella Fosseuse, hija de Renato Montmorency, barón de de Fosseux.

—Vamos, vamos —le contestó Chicot—, conviene que nos entendamos: en París se cree que Su Majestad el rey de Navarra está loco por la señorita de Le Rebours.

—¡Oh! —dijo el oficial—, eso sucedía en Pau.

—Sí, sí —repuso el clérigo—, en Pau.

—¡Ah!, ¿era en Pau? —repitió el mercader, que en su cualidad de simple ciudadano parecía el menos informado de los tres.

—¡Cómo! —exclamó Chicot—, ¿tiene por ventura el rey una querida en cada pueblo?

—Bien puede ser— dijo el oficial—, pues me consta que era el amante de la señorita Dayelle cuando yo me hallaba de guarnición en Castelnaudary.

—Esperad, esperad un poco —exclamó Chicot—; la señorita Dayelle, ¿una griega?

—La misma —dijo el clérigo—, una chipriota.

—Perdonad, señores —replicó el traficante; que deseaba hallar una coyuntura para tomar parte en aquella conversación—: yo soy de Agen.

—¿Y qué?

²⁷ Almohazar: entregar a las caballerías con la almohaza para limpiarlas.

—Que os respondo de que el rey conoció a la señorita de Tignonville en dicha ciudad.

—¡Cáspita —dijo Chicot—, qué galanteador tan verde! Mas volviendo a la señorita Dayelle, cuya familia he conocido...

—La señorita Dayelle era muy celosa y amenazaba sin cesar: tenía un puñalito muy lindo, corvo, que ponía sobre su costurero, y un día se lo presentó al rey diciendo que quería evitar una desgracia al que le sucediera en el trono.

—¿De modo que a estas horas se dedica Su Majestad exclusivamente a la señorita Le Rebours? —interrogó Chicot.

—Al contrario —contestó el clérigo—; están reñidos; la señorita Le Rebours es hija del presidente, y como tal muy fuerte en achaque de procedimientos. Fue tanto lo que se quejó contra la reina, gracias a las insinuaciones de la reina madre, que la infeliz cayó enferma. Entonces la reina Margarita, que no es tonta, se aprovechó de la ocasión y decidió al rey a dejar a Pau por Nerac; por lo tanto, ése es ya un amor interrumpido.

—¿Conque es decir —preguntó Chicot—, que la nueva pasión del rey es la Fosseuse?

—¡Oh!, sí, tanto más, cuanto que se halla, según dicen, encinta.

—Pero, ¿qué dice la reina? —añadió Chicot.

—¿La reina? —repitió el oficial.

—Sí, la reina.

—Deposita sus dolores a los pies del crucifijo —respondió el clérigo.

—Por otra parte —añadió el oficial—, la reina ignora todas estas cosas.

—¡Cómo! —exclamó Chicot—: ¡eso es imposible!

—¿Por qué? —interrogó el oficial.

—Porque Nerac no es una ciudad tan grande que no se vean las personas de una manera muy clara.

—¡Ah!, respecto a eso —observó el oficial—, hay un parque, y en este parque calles de más de tres mil pasos, todas llenas de cipreses, de plátanos, de sicómoros magníficos; de modo que es tan grande la sombra que dan dichos árboles, que en la mitad del día no se ve a diez pasos de distancia; reflexionad qué ocurrirá cuando llega la noche.

—Y, además, la reina anda muy ocupada —dijo el clérigo.

—¿Ocupada?

—Sí.

—¿Y en qué?

—En Dios —repuso el clérigo con seriedad.

—¡Bah! —exclamó Chicot.

—¿Por qué no?

—¿Conque es devota la reina?

—Muy devota.

—No obstante, según creo, no se dice misa en palacio —dijo Chicot.

—Pues creéis muy mal, ¿que no se dice misa? Sin duda nos tenéis por paganos. Sabed que, si él rey asiste al sermón con sus caballeros, la reina hace que le digan la misa en una

capilla particular.

—¿La reina?

—Sí.

—¿La reina Margarita?

—La reina Margarita; por más señas que yo, aunque indigno sacerdote, he recibido dos escudos por haber oficiado dos veces en esa capilla, y he predicado también un buen sermón sobre aquel sagrado texto:

"Dios ha separado el buen grano de la cizaña."

El Evangelio dice: "Dios separará"; mas como hace mucho tiempo que se escribió el Evangelio, he cambiado un tiempo por otro.

—¿Y el rey, ha tenido noticia de vuestro sermón?

—Lo ha oído.

—¿Sin enfadarse?

—Todo lo contrario; lo ha aplaudido en extremo.

—Me dejáis asombrado —respondió Chicot.

—Es preciso añadir —dijo el oficial—, que una misa y un sermón son cosas muy secundarias en palacio, donde hay muy buenas comidas, sin contar los paseos, pues creo que en ninguna parte se hayan paseado más los bigotes que en las alamedas de Nerac.

Chicot acababa de obtener muchas más noticias que las que necesitaba para formar su plan.

Conocía a Margarita por haberla visto en París, y sabía por lo demás que si era poco disimulada en asuntos de amor, esto sólo acontecía cuando un motivo cualquiera la obligaba a ponerse una venda en los ojos.

—¡Cáspita —dijo—, no puedo olvidar las calles de cipreses y los tres mil pasos de sombra! Y soy yo quien va a decir la verdad en Nerac, yo, que vengo de París, a gentes que poseen alamedas de tres mil pasos y unas sombras en las cuales las mujeres no ven a sus maridos pasearse con sus queridas. ¡Pardiez!, me sajarán aquí para enseñarme a no turbar tantos paseos encantadores. Afortunadamente conozco la filosofía del rey, y confío en ella. Además, soy embajador y por consiguiente inviolable.

Y Chicot prosiguió su marcha, entrando hacia el anochecer en Nerac, precisamente a la hora de esos paseos que tanto ocupaban la atención del rey de Francia y de su flamante embajada.

Chicot pudo convencerse de la sencillez de las costumbres reales por la manera con que fue admitido en una audiencia.

Un simple lacayo le abrió las puertas de un salón rústico, cuyas avenidas se veían esmaltadas de flores; encima de este salón se hallaba la antecámara del rey y la cámara que le gustaba habitar de día para dar audiencias sin resultado, de las cuales era tan pródigo.

Un oficial, y a veces un paje, iba a avisarle cuando se presentaba una visita. Este oficial o este paje corría en busca del rey hasta que le hallaba, en cualquier sitio que fuese. El rey se presentaba al punto y recibía al solicitante.

Chicot no pudo menos de quedar encantado al notar aquella franqueza tan singularmente

benévola, y tuvo al rey por bueno, por cándido y por enamorado, subiendo de punto este buen concepto cuando a la conclusión de una calle sinuosa y bordada de adelfas, no de tres mil pasos, sino de doce o quince, vio llegar con un sencillo sombrero en la cabeza, jubón de color de hoja seca y botas blancas al rey de Navarra, contento y risueño, divirtiéndose con un boliche que traía en su mano derecha, al paso que con la izquierda arrancaba las flores de la orilla del paseo.

—¿Quién desea hablarme? —preguntó a su paje.

—Señor —respondió éste—, un hombre que al parecer es medio caballero y medio militar.

Chicot oyó estas últimas palabras y avanzó con gentil talante, diciendo:

—Soy yo, señor.

—Bueno —exclamó el rey elevando los brazos al cielo—; el señor Chicot en Navarra; el señor Chicot entre nosotros, bien venido seáis, señor Chicot.

—Mil gracias, señor.

—¡Sano y salvo, a Dios gracias!

—Así lo creo, señor —dijo Chicot con entusiasmo.

—¡Voto a cribas! —añadió Enrique—; vamos a beber juntos un poco de vino de Limoux, y, mientras, me daréis noticias. Os juro, señor Chicot, que me colmáis de júbilo; ea, sentaos aquí.

Y le mostró un banco de césped.

—Jamás, señor —dijo Chicot con humildad.

—¿De modo que habéis andado doscientas leguas para venir a verme, y queréis que os deje en pie? No, señor Chicot, sentaos, sentaos; no se habla bien sino sentado.

—Pero, señor, el respeto...

—¿Respeto entre nosotros y en Navarra? Os habéis vuelto loco, mi pobre Chicot: ¿quién piensa en eso?

—No, señor, no estoy loco —respondió Chicot—; soy embajador.

Un ligero pliegue arrugó la frente serena del rey; mas desapareció tan pronto, que Chicot, a pesar de lo observador que era, no percibió siquiera la señal.

—¡Embajador! —repitió Enrique con sorpresa, a la que procuró dar cierto aire de naturalidad—. ¿Embajador de quién?

—Del rey Enrique III. Vengo de París y del Louvre, señor.

—¡Ah! eso es distinto —repuso el rey levantándose de su banco de césped y exhalando un suspiro—. Marchaos, paje, dejadnos; subid vino al piso principal, a mi cámara; no, a mi gabinete. Venid conmigo, señor Chicot, yo os mostraré el camino.

Chicot siguió al rey de Navarra, que andaba entonces más de prisa que cuando volvía de su paseo de adelfas.

—¡Qué miseria! —se dijo Chicot—; ¡venir a turbar a este buen hombre en su paz y en su ignorancia! ¡Bah! ¡Será filósofo!

XLV

EL REY DE NAVARRA ADIVINA QUE *TURENTIUS* QUIERE DECIR *TURENA* Y *MARGOTA*, *MARGOT*

El gabinete del rey de Navarra no era muy suntuoso, como se sospechará. Su Majestad Bearnesa no era rica, y de lo poco que tenía no hacía locuras. Este gabinete ocupaba con el dormitorio toda el ala derecha del palacio, y conducía a él un corredor desde la antecámara o cuarto de guardias.

Desde esta pieza, espaciosa y decentemente amueblada, mas sin que en ella se notase la menor huella de lujo real, se extendía la vista sobre prados magníficos, situados a las orillas del río.

Arboles corpulentos, sauces y plátanos, ocultaban el curso del agua, sin impedir a los ojos deslumbrarse de vez en cuando, cuando al salir el río, como un dios mitológico, de entre su follaje, hacía resplandecer al sol de Mediodía sus escamas de oro, o a la luna de medianoche su ropaje de plata.

Las ventanas daban por un lado sobre este panorama mágico, limitado a lo lejos por una cadena de colinas, algo encendida por el sol durante el día, pero al caer la tarde terminaba el horizonte con tintas violadas de una limpidez admirable, y por el otro el patio del palacio; alumbraba así a Oriente y Poniente por esta doble hilera de ventanas que se correspondían unas con otras, la sala presentaba un aspecto magnífico cuando reflejaba los primeros rayos del sol o el azul nacarado de la luna naciente.

Necesario es decir que estas bellezas naturales llamaban menos la atención de Chicot que la distribución de aquel gabinete, morada habitual de Enrique. En efecto, parecía que en cada mueble se proponía el inteligente embajador buscar una letra, y esto tanto más atentamente, cuanto que el conjunto de estas letras debía darle la explicación del enigma que hacía tanto tiempo buscaba, y que con mucha más particularidad había buscado durante todo su viaje.

El rey se sentó, con su acostumbrada franqueza y su eterna sonrisa, en un gran sillón de cuero de gamo con clavos dorados, pero con franjas de lana; Chicot, para obedecerle, arrastró un taburete cubierto de lo mismo y enriquecido con idénticos adornos, y se sentó enfrente del rey de Navarra.

Enrique contemplaba a Chicot de hito en hito y con la sonrisa en los labios, como ya hemos dicho; pero al mismo tiempo con una atención que a un cortesano hubiera parecido molesta.

—Indudablemente me tendréis por muy curioso, mi querido Chicot —comenzó por decir el rey—, pero hace tanto tiempo que os consideraba como muerto, que a pesar de toda la alegría que me produce vuestra resurrección, no puedo habituarme a la idea de que estáis vivo. ¿Por qué, pues, desaparecisteis de repente de este mundo?

—¡Ah, señor! —exclamó Chicot con su libertad habitual—, ¡también vos habéis desaparecido de Vincennes! Cada uno se eclipsa según sus medios, y, sobre todo, según sus necesidades.

—Tenéis siempre más talento que todo el mundo, querido Chicot —replicó Enrique—, y

en esto más que en nada conozco que no estoy hablando con una sombra.

Tomando después cierto aire de seriedad, agregó:

—¿Pero queréis, amigo Chicot, que dejemos esto a un lado y hablemos de negocios?

—Si no sirve de molestia a Vuestra Majestad, con mucho gusto.

—Nada de eso... Es cierto —añadió— que aquí me enmohezco; pero nunca me canso tanto como cuando no hago nada. Así es que hoy Enrique de Navarra ha traído su cuerpo de aquí para allí hecho un zarandillo, mas el rey no ha hecho trabajar a su espíritu.

—Señor, me alegro mucho de eso —respondió Chicot—; embajador de un rey, pariente y amigo vuestro, tengo que desempeñar cerca de Vuestra Majestad comisiones muy delicadas.

—Hablad pronto, pues despertáis mi curiosidad.

—Señor...

—En primer término vuestras credenciales; sé que es una formalidad inútil, puesto que se trata de vos; pero al fin quiero mostraros que, aunque somos ciudadano bearnés, conocemos nuestros deberes de rey.

—Señor, pido mil perdones a Vuestra Majestad —respondió Chicot—, pero todo cuanto poseía que pudiera servirme de credenciales lo he sepultado en los ríos, lanzado al fuego y esparcido al aire.

—¿Y por qué habéis hecho eso, señor Chicot?

—Porque no se viaja, cuando se encamina uno a Navarra encargado de una embajada, como se viaja para ir a comprar paño a León, y porque el hombre que tiene el peligroso honor de llevar cartas reales, se arriesga a no llevarlas más que a los muertos.

—Verdad es —dijo Enrique con cierta naturalidad—, los caminos no están seguros, y en Navarra nos vemos reducidos, a falta de dinero, a confiarnos a la honradez de los palurdos; por lo demás, no son muy ladrones.

—Lejos de eso —exclamó Chicot—, son unos corderos, unos angelitos, señor, pero solamente en Navarra.

—¡Ah! ¡ah! —dijo Enrique.

—Sí, señor; fuera de Navarra se encuentran lobos y buitres alrededor de cada presa; yo era una presa, señor, de manera que he tenido mis buitres y mis lobos.

—Que, por lo demás, según veo con placer, no os han comido enteramente.

—¡Pardiez, señor! No ha sido por culpa suya, pues hicieron cuanto podían para eso; pero me encontraron demasiado forrado de hierro, y no pudieron cortar mi piel; mas dejemos aquí, si os place, señor, los pormenores de mi viaje, que son cosas ociosas, y volvamos a nuestras cartas credenciales.

—Pero si no las tenéis, querido Chicot —dijo Enrique—, creo inútil volver a ellas.

—Es decir, que no las tengo ya, pero tenía una...

—¡Ah, enhorabuena! Dádmela, señor Chicot.

Y Enrique extendió la mano.

—He ahí la desgracia, señor —replicó Chicot—: yo tenía una carta, como acabo de tener el honor de decir a Vuestra Majestad, y pocas personas la habrán tenido mejor.

—¿La habéis perdido?

—Me apresuré a destruirla, señor, porque el señor de Mayena corría tras de mí para quitármela.

—¿El primo Mayena?

—En persona.

—Pero por fortuna no corre ya mucho. ¿Sigue engordando?

—Supongo que en este momento no.

—¿Y por qué?

—Porque al correr tuvo la desgracia de alcanzarme, y en el encuentro recibió una buena estocada.

—¿Y la carta?

—No quedó ni sombra, gracias a la precaución que había tomado.

—¡Bravo!, hacíais muy mal, señor Chicot, en no querer referirme vuestro viaje; seguid, seguid, que me interesa mucho.

—Vuestra Majestad es muy amable.

—Sólo me inquieta una cosa.

—¿Cuál?

—Que si la carta quedó destruida para el señor de Mayena, también lo ha sido para mí: ¿cómo sabré ahora lo que mi buen hermano Enrique me escribía, no existiendo ya su carta?

—Señor, existe en mi memoria.

—¿Qué decís?

—Antes de romperla la aprendí de memoria.

—Magnífica idea, señor Chicot, excelente, y reconozco en este rasgo todo el talento de un compatriota. Me la recitaréis, ¿no es verdad?

—Con mucho gusto.

—¿Tal como era, sin cambiar nada?

—Sin incurrir en un solo contrasentido.

—¿Qué decís?

—Digo que voy a recitároslo fielmente, pues, aunque ignoro la lengua, poseo buena memoria.

—¿Qué lengua?

—La latina.

—No os comprendo —dijo Enrique—. Habláis de lengua latina, de carta...

—Efectivamente, hablo de todo eso.

—Explicaos; ¿queréis decir que la carta de mi hermano estaba escrita en latín?

—Exactamente: eso mismo quiero decir.

—¿Y por qué estaba escrita en latín?

—Indudablemente porque el latín es una lengua atrevida, lengua que sabe decirlo todo,

lengua que con Persio y Juvenal han eternizado la demencia y los errores de los reyes.

—¿De los reyes?

—Y de las reinas, señor.

El rey frunció el entrecejo.

—Quiero decir, de los emperadores y de las emperatrices —replicó Chicot.

—¿Conque sabéis el latín, señor Chicot? —agregó Enrique con aire de indiferencia.

—Sí y no, señor.

—Sois muy feliz si lo sabéis, porque me lleváis una ventaja inmensa, pues yo no lo sé, así es que nunca he podido oír seriamente una misa. Conque vos sí lo sabéis, ¿eh?

—Me han enseñado a leerlo, señor, como igualmente el griego y el hebreo.

—Eso es muy útil, señor Chicot: sois un libro vivo.

—Esa es la palabra apropiada; ha acertado Vuestra Majestad. En efecto, soy un libro vivo. Imprimen unas cuantas páginas en mi memoria, me despachan adonde quieren, luego, me leen, y me entienden.

—O no os comprenden.

—¿Cómo, señor?

—Si no saben la lengua en que estáis impreso.

—¡Oh!, señor, los reyes lo saben todo.

—Eso es lo que cuentan al pueblo, señor Chicot, y lo que los aduladores dicen a los reyes.

—Entonces, señor, es inútil que recite a Vuestra Majestad esa carta que había aprendido de memoria, toda vez que ninguno de nosotros dos comprenderá nada de ella.

—¿No tiene el latín mucha analogía con el italiano?

—Dicen que sí.

—¿Y con el español?

—Mucho, según afirman.

—Entonces, hagamos la prueba; yo sé un poco de italiano; mi *patois* gascón se asemeja mucho al español; acaso comprenda el latín sin haberlo jamás aprendido.

Chicot hizo una reverencia y preguntó:

—¿Conque Vuesta Majestad lo manda?

—Os lo suplico realmente, señor Chicot.

Chicot empezó con la frase siguiente, envolviéndola en toda clase de preámbulos:

"Frater carissime:

"Sincerus amor quo te prosequebatur germanus noster, Carolus nonus, functos uper, colet usque regiam nostram, et pectori mea pertinacitur adheret."

Enrique no pestañeó, pero al llegar Chicot a la última palabra le interrumpió con un gesto, y dijo:

—O me equívoco mucho, o en esta frase se habla de amor, de obstinación y de mi hermano Carlos IX.

—No diré que no —repuso Chicot—: es tan hermosa lengua el latín, que todo eso puede decirse en una sola frase.

—Proseguid —dijo el rey.

Chicot continuó.

El Bearnés oyó con la misma calma todos los pasajes que se trataba de su esposa y del vizconde de Turena; pero al oír este último nombre, preguntó:

—¿*Turennius* no quiere decir Turena?

—Me parece que sí.

—¿Y *Margota* no sería el diminutivo amistoso que mis hermanos Carlos IX y Enrique III daban a su hermana mi muy amada esposa Margarita?

—No encuentro en eso nada de imposible— replicó Chicot, y prosiguió su narración hasta el fin de la última frase, sin que una sola vez el rostro del rey hubiese cambiado de expresión.

Detúvose por último en la peroración, cuyo estilo había acariciado con ronquidos tan sonoros, que se hubiera dicho que era un párrafo de las Verrinas o de la oración *pro Archia*.

—¿Se ha terminado? —preguntó Enrique.

—Sí, señor.

—Debe ser soberbia esa carta.

—¿No es verdad, señor?

—¡Qué desgracia que no haya entendido más que dos palabras!: ¡*Turennius* y *Margota*!

—Desgracia irreparable, señor, a menos que Vuestra Majestad se decida a darla a traducir a algún clérigo.

—¡Oh!, no —dijo con viveza Enrique—, y vos mismo, señor Chicot, que habéis empleado tanta discreción en vuestra embajada haciendo desaparecer el autógrafo original, estoy convencido que no me aconsejaréis que dé publicidad a esa carta.

—No digo eso, señor.

—¿Pero lo pensáis?

—Pienso, puesto que Vuestra Majestad me pregunta, que la carta del rey su hermano, encomendada a mí tan cuidadosamente, y enviada a Vuestra Majestad por conducto de una persona particular, contiene acaso alguna que otra cosa de la que Vuestra Majestad pudiera sacar partido.

—Sí, pero para confiar esas buenas cosas a un cualquiera sería preciso que tuviese en ese cualquiera plena confianza.

—Ciertamente.

—Pues bien, haced una cosa —replicó Enrique como iluminado por una idea.

—¿Qué cosa?

—Id en busca de mi esposa Margarita, que es sabia; recítle la carta, y estoy seguro de que comprenderá, y comprendiéndola, ya conocéis que me la explicará toda.

—¡Admirable pensamiento! —exclamó Chicot—. Vuestra Majestad ha zanjado la dificultad.

—Es claro, ¿eh?

—Voy ahora mismo.

—Sobre todo no mudéis ni una palabra de la carta.

—Me sería imposible, pues para eso necesitaba saber el latín y no lo sé: algún barbarismo todo lo más.

—Id, amigo mío, id.

Chicot se informó del sitio donde hallaría a la reina, y se separó del rey más convencido que nunca de que el rey era un enigma.

XLVI

LA ALAMEDA DE LOS TRES MIL PASOS

La reina ocupaba la otra ala del castillo, dividida poco más o menos de igual manera que la que Chicot acababa de dejar.

Dejábase oír todavía hacia aquel lado el sonido de algunos instrumentos y aún se divisaba algún penacho.

La célebre alameda de los tres mil pasos, de que tanto se había hablado, daba principio debajo de las ventanas de Margarita, pues la vista de esta princesa únicamente se detenía en objetos agradables como macetas de flores y cuadros pintorescos de verdura.

Cualquiera diría que la pobre reina de Navarra procuraba ahuyentar por medio del aspecto de imágenes graciosas todas las tristes ideas que amargaban su pensamiento.

Un poeta de Périgord, porque Margarita tanto en provincia como en París era el astro de los poetas, había compuesto un soneto con motivo de este asunto.

—Ella quiere —decía el vate— desterrar de su imaginación todos los recuerdos tristes por medio de la distracción y de la alegría.

Nacida sobre las gradas del trono, hermana y esposa de reyes, Margarita había efectivamente padecido mucho. Su filosofía, aunque más procaz que la del rey de Navarra, era menos sólida, porque era ficticia e hija del estudio, mientras que la del rey nacía de su propio corazón.

Así, Margarita, por más filósofa que fuese o que se empeñase en serlo, había permitido que el tiempo y los disgustos imprimiesen expresivas señales en su semblante.

Conservaba, sin embargo, todavía una belleza indestructible, belleza de fisonomía sobre todo, aquella belleza que llama poco la atención cuando se ostenta en personas vulgares, pero que agrada sobremanera en las ilustres, que tienen siempre la supremacía de la cabeza física. Margarita se sonreía graciosa y jovialmente, sus miradas eran lánguidas y al mismo tiempo brillantes y su actitud encantadora: ya lo dijimos; Margarita era una mujer adorable.

Su paso era de reina, y cuando como reina se presentaba, era el tipo de la más hermosa y más amable mujer.

Idolatrábanla en Nerac, en donde esparcía la elegancia, el placer y la vida, pues el hecho solo de haber elegido a una provincia por morada, después de haberse acostumbrado al boato y a la magnificencia de París, era por sí sólo una virtud que le agradecían muchísimo los sencillos habitantes de su corte.

Esta no se componía únicamente de grandes caballeros y de damas, porque todo el pueblo la amaba con delirio como reina y como mujer; así, pues, todos gozaban a la vez de la armonía de sus orquestas y de los placeres de sus festines.

Sabía también emplear el tiempo de tal modo que todos los días se procuraba nuevos contentos y satisfacciones, de los cuales hacía partícipe a cuantos la rodeaban.

Odiaba de muerte a sus enemigos, pero tenía toda la paciencia necesaria para mejor vengarse de ellos; conociendo instintivamente que bajo el carácter descuidado de Enrique de Navarra se ocultaba cierto despego hacia ella, viéndose sin parientes ni amigos,

Margarita se había habituado a vivir de amor, o al menos de sus apariencias, y a reemplazar por medio de la poesía y de las ilusiones, familia, esposo, amigos y todo cuanto le faltaba.

Nadie, exceptuando Catalina de Médicis, Chicot y algunas sombras melancólicas que yacían en brazos de la muerte, hubiera podido decir por qué causa estaban pálidas las mejillas de Margarita, por qué sus ojos se anegaban en llanto, por qué, en fin, aquel corazón dejaba ver el inmenso vacío que sentía y que sus miradas, en otro tiempo tan alegres, no podían disimular.

Margarita no tenía confidentes, ni los quería, desde que varios de ellos habían vendido baja y torpemente por dinero su confianza y su honor.

Siempre por lo regular se paseaba sola, y esta misma circunstancia aumentaba a los ojos de los navarros, sin que ellos mismos se diesen cuenta de ello, la majestad de sus acciones, que resaltaban mucho más con su aislamiento.

Por lo demás, la indiferencia o mala voluntad que por parte de Enrique había notado, eran instintivas y provenían más bien de la propia conciencia de sus faltas que de las acciones del Bearnés. Enrique la trataba como a una hija de Francia; solamente le hablaba con obsequiosa política o gracioso abandono, y tenía para ella en todas ocasiones el proceder de un esposo y de un amigo.

Así es que la corte de Nerac, como todas las otras cortes entregadas a fáciles relaciones, rebosaba en armonías morales y físicas.

Tales eran las reflexiones que Chicot hacía, aunque basadas en apariencias débiles aún, a pesar de que era el observador más fino y metuculoso del mundo.

Se había presentado desde luego en palacio aleccionado por Enrique, pero a nadie halló. Margarita, según le habían dicho, se hallaba al fin de aquella hermosa alameda paralela al río, y en consecuencia se dirigió a ella, sabiendo que se denominaba la alameda de los tres mil pasos, o la de los laureles rojos.

Cuando se halló como a las dos terceras partes de la alameda divisó a la entrada de un bosque de jazmines de España y de clemátides²⁸ un grupo cubierto de cintas, de plumas y de espadas con vainas de terciopelo: quizás estos adornos eran, si se quiere, un tanto antiguos, pero en Nerac hacían un efecto brillante y aun sorprendente. Chicot, que llegaba de París por línea recta, quedó muy complacido al verlos.

Un paje de Enrique precedía a Chicot, y la reina, cuyas miradas vagaban a derecha e izquierda con esa tierna inquietud de los corazones melancólicos, conoció los colores de Navarra y le hizo una seña.

—¿Qué busca por aquí d'Aubiac? —le interrogó.

El joven, o más bien el niño, pues sólo tenía doce años, se ruborizó al doblar una rodilla delante de Margarita.

—Señora —contestó en francés, porque la reina había prohibido el *patois* en todos los actos de servicio—; un caballero de París, enviado desde el Louvre a Su Majestad el rey de Navarra, y que el rey de Navarra os dirige, quiere hablar a Vuestra Majestad.

Un vivo encarnado tiñó las mejillas de Margarita; volvióse lentamente y con aquella

²⁸ Planta medicinal de tallo rojizo, sarmentoso y trepador, hojas opuestas y compuestas de hojuelas acorazonadas y dentadas, y flores blancas, azuladas o violetas y de olor suave.

sensación penosa que siempre penetra por cualquier accidente en los corazones lastimados.

Chicot permanecía inmóvil a veinte pasos de ella.

Sus ojos reconocieron en la postura y la sombra, porque el gascón se dibujaba en los jardines bajo un fondo amarillento, una figura que no le era desconocida: salió, pues, del círculo en que se hallaba, en vez de mandar que se adelantase el recién llegado.

No obstante, al volverse para saludar a los que la acompañaban, hizo señas con la mano a uno de los más gallardos y ataviados caballeros de su séquito.

El saludo dirigido a todos sólo se dirigía realmente a uno.

Mas como parecía algo inquieto el caballero privilegiado a pesar de la seña, cuyo objeto era tranquilizarle, y como a la mujer nada se escapa, le dijo Margarita:

—Señor de Turena, decid a esas damas que vuelvo al momento.

El caballero del jubón blanco y azul se inclinó con mayor prontitud que lo hubiera hecho un cortesano indiferente.

La reina se acercó con paso rápido a Chicot, que había observado toda la escena tan en armonía con las frases de la carta que se le había encargado.

—¡Señor Chicot! —exclamó Margarita admirada.

—A los pies de Vuestra Majestad —repuso Chicot—; siempre sois tan buena, siempre tan bella, siempre tan reina de los corazones, lo mismo en Nerac que en el Louvre.

—Es un milagro el veros tan lejos de París.

—Perdonad, señora, mas no ha ocurrido a Chicot la idea de semejante milagro.

—Ya lo creo, pues según decían habías muerto.

—Es decir, que lo aparentaba.

—¿Y qué traéis? ¿Soy por ventura tan feliz que se acuerden de mí en Francia?

—¡Ah! ¡Señora! Vivid tranquila: los franceses jamás olvidan a sus reinas, cuando éstas tienen vuestra edad y son tan hermosas como vos.

—¿Conque siguen siendo galantes en París?

—El rey de Francia —repuso Chicot sin contestar directamente a la pregunta— escribe sobre el asunto al rey de Navarra.

Margarita se ruborizó.

—¿Decís que ha escrito? —interrogó en seguida.

—Sí, señora.

—¿Habéis traído vos la carta?

—No la he traído por razones que el rey de Navarra os dirá, mas la he aprendido de memoria y puedo repetirla.

—Comprendo: esa carta era importante y habéis temido perderla o que os la quitasen.

—Ciertamente, señora; tan sólo debo añadir ahora que la carta estaba en latín.

—Muy bien; no ignoráis que yo poseo ese idioma.

—¿Y lo posee el rey de Navarra?

—Querido Chicot —contestó Margarita—, es muy difícil averiguar lo que sabe o lo que

ignora el rey de Navarra.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó Chicot, satisfecho al ver que había otros que procuraban acertar el enigma.

—Si hemos de creer las apariencias —continuó Margarita—, lo sabe muy mal, porque nada entiende, o al menos nada parece comprender de lo que hablo en ese idioma con algún caballero de la corte.

Chicot se mordió los labios.

—¿Le habéis recitado la carta? —interrogó la reina.

—Venía dirigida a él.

—¿Ha dado muestras de entenderla?

—Dos palabras solamente.

—¿Cuáles?

—*Turennius et Margota*.

—¿*Turennius et Margota*?

—Sí, estas palabras pertenecen a la carta.

—¿Y qué ha hecho luego?

—Enviarme a vos.

—¿A mí?

—Sí, diciéndome que la carta contiene cosas demasiado importantes, para confiar su traducción a un extraño, y que es mucho más conveniente que la traduzcáis vos como la más bella de todas las sabias y la más sabia de todas las bellas.

—Os escucharé, señor Chicot, supuesto que el rey lo manda —dijo Margarita algo conmovida.

—Gracias, señora. ¿En dónde quiere Vuestra Majestad que hable?

—Aquí... no, no; en mi gabinete; os ruego que subáis a él.

Margarita miró de hito en hito a Chicot, quien sin duda compadecido de ella, la había dejado entrever parte de la verdad.

La pobre reina conoció que tenía necesidad de un apoyo, de una fuerza extrema que únicamente podía prestarle el amor antes de la prueba cruel que esperaba.

—Vizconde —dijo a Turena—, dadme vuestro brazo hasta el castillo; señor Chicot, os ruego que os adelantéis a mí.

XLVII

EL GABINETE DE MARGARITA

No quisiéramos ser acusados de pintar solamente festones y astrágalos, dejando apenas tiempo al lector para retirarse al jardín; mas, a tal amo, tal casa; y si no ha sido inútil pintar la alameda de los tres mil pasos y el gabinete de Enrique, también puede ofrecer algún interés describir el gabinete de Margarita.

Paralelo al de Enrique, con puertas de escape que comunicaban con piezas y corredores, ventanas complacientes y mudas, como las puertas, cerradas con celosía de hierro y cerraduras en las que giraban llaves sin producir el menor ruido, he aquí el exterior del gabinete de Margarita.

En el interior, muebles modernos, alfombras de un gusto adecuado a la moda del día, cuadros, esmaltes, rica porcelana, armas de mucho precio, libros y manuscritos griegos, latinos y franceses que llenaban todas las mesas, multitud de pájaros en sus jaulas, perros sobre las alfombras, un mundo entero, en fin, viviendo en común con Margarita.

Las personas dotadas de gran talento o de una vida superabundante no pueden caminar solas en la existencia, acompañando a cada uno de sus sentimientos, a cada una de sus inclinaciones, de cualquier cosa en armonía con ellas, y a la que su fuerza atractiva arrastre en su propio torbellino, de modo que en lugar de haber vivido y sentido como el común de las gentes, han decuplicado sus sensaciones y duplicado su existencia.

Verdaderamente Epicuro es un héroe para la humanidad; los mismos paganos no lo comprendieron; era un filósofo severo, pero que a fuerza de querer que nada se perdiese en la suma de nuestros resortes y de nuestros recursos, proporcionaba en su inflexible economía goces a cualquiera que, obrando en todo espiritual o bestialmente, no hubiese percibido más que privaciones o dolores.

Mucho han declamado contra Epicuro sin conocerle, y mucho le han elogiado sin conocerle igualmente, esos piadosos solitarios de la Tebaida que destruían lo hermoso de la naturaleza humana, neutralizando lo feo. Matar al hombre es matar también con él las pasiones, esto es indudable, mas al fin es matar, cosa que Dios prohíbe con todas sus fuerzas y con todas sus leyes.

La reina era capaz de comprender a Epicuro, y sobre todo en griego, lo que era el más pequeño de sus méritos; ocupaba también su vida, que con mil dolores sabía componer un placer, lo que, a fuerza de buena cristiana, le daba ocasión de bendecir a Dios más a menudo que cualquiera otro, bien se llamase Dios o Teos, Jehová o Magog.

Toda esta digresión prueba tan claramente como la luz del día la necesidad que tenemos de describir los aposentos de Margarita.

Chicot fue invitado a sentarse en un hermoso y elegante sillón de tapicería que representaba un Amor esparciendo una nube de flores; un paje, que no era d'Aubiach, pero sí más hermoso y más lujosamente vestido, presentó a Chicot nuevos refrigerios.

Chicot no aceptó, y cuando salió el conde de Turena, se puso a recitar con imperturbable memoria la carta del rey de Francia y de Polonia por la gracia de Dios.

Ya conocemos esta carta, que hemos leído a la par que Chicot, y por lo mismo

consideramos inútil dar su traducción latina.

Chicot transmitía esta traducción con el acento más extraño posible, a fin de que la reina tardase mucho tiempo en comprenderla; mas por grande que fuese su habilidad en tergiversar su propia obra, Margarita la cogía al vuelo, y más engolfado en la dificultad que él mismo se había y no ocultaba en manera alguna su furor y su indignación.

A medida que Chicot avanzaba en su recitado, veíase más creado; en ciertos pasajes escabrosos bajaba la cabeza como un confesor, turbado por lo que oye, resultándole, no obstante, de este juego de fisonomía una gran ventaja, pues no veía brillar los ojos de la reina y crispase cada uno de sus nervios ante las enunciaciones tan positivas de sus faltas conyugales.

Margarita no ignoraba la maldad refinada de su hermano; bastantes ocasiones se lo habían demostrado; sabía también, pues no era capaz de disimularse nada a sí misma, sabía a qué atenerse sobre los pretextos que había dado y sobre los que todavía podía dar; así es que a medida que Chicot leía, se establecía en su espíritu la balanza entre la cólera legítima y el temor razonable.

Indignarse a punto, desconfiar oportunamente, evitar el peligro rechazando el daño, probar la justicia utilizando el consejo, éste era el gran trabajo mental de Margarita mientras Chicot continuaba su narración epistolar.

No se crea que Chicot permanecía con la cabeza siempre baja; nada de eso: de vez en cuando la levantaba con la debida prudencia, miraba alternativamente con uno y otro ojo, y se tranquilizaba al observar las cejas medio fruncidas de la reina y al adivinar que ésta había tomado dulcemente su partido.

Acabó, pues, con mucha calma las saluciones de la regia epístola.

—Por la santa comunión —dijo la reina, cuando terminó Chicot su relato—, mi hermano escribe lindamente en latín. ¡Qué vehemencia!, ¡qué estilo!, jamás lo hubiera creído de él.

Chicot guiñó un ojo y abrió las manos como queriendo probar por mera política lo que no comprendía.

—¿No comprendéis? —preguntó la reina, a quien todos los lenguajes eran familiares, hasta el de la mímica—. Os tenía, sin embargo, por muy latinista.

—Señora, lo he olvidado; todo lo que hoy sé, todo lo que me queda, en fin, de mi antigua ciencia, es que el latín no tiene artículo, que tiene vocativo, y que la cabeza es del género neutro.

—¡De veras! —replicó entrando un personaje, todo alborozado y contento.

Chicot y la reina volvieron la cara simultáneamente.

Era el rey de Navarra.

—¡Cómo! —exclamó Enrique acercándose—: ¿la cabeza en latín es del género neutro, señor Chicot? ¿Y por qué no es del género masculino?

—No lo sé, señor —contestó Chicot—, puesto que me admira esto tanto como a Vuestra Majestad.

—Y a mí también —repuso Margot pensativa— me admira mucho.

—Eso debe consistir —dijo el rey— en que tan pronto son el hombre como la mujer los soberanos, según el temperamento del hombre o de la mujer.

Chicot saludó y exclamó:

—Esa es la mejor razón que conozco, señor.

—Tanto mejor: me alegro de ser más profundo filósofo de lo que yo creía; ahora volvamos a la carta; sabed, señora, que no puedo resistir al deseo de saber noticias de la corte de Francia, y he ahí justamente que ese buen Chicot me las trae en una lengua desconocida; y a no ser por esto...

—¿Qué sucedería? —interrogó Margarita.

—¡Pardiez!, me deleitaría; pues bien sabéis cuánto me gustan las noticias, y sobre todo las noticias escandalosas, como sabe referirlas mi hermano Enrique de Valois.

Y Enrique de Navarra se sentó frotándose las manos. —Vamos, señor Chicot —agregó el rey como quien se prepara a tener un rato de placer—, habéis dicho esa famosa carta a mi esposa, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien, querida, decidme algo de lo que encierra esa famosa carta.

—¿No teméis, señor —dijo Chicot con cierto desembarazo debido a la libertad que le daban ejemplo los dos esposos coronados—, no teméis que ese latín en que está escrita la misiva de que se trata sea un mal pronóstico?

—¿Por qué? —preguntó el rey.

Y volviéndose hacia su esposa, agregó: —Vamos, hablad.

Margarita se recogió un instante como si tratase de recordar una a una, para comentarlas, todas las palabras que Chicot había pronunciado.

—Nuestro mensajero tiene razón, señor —dijo cuando terminó su examen y hubo tomado su partido—: el latín es mal pronóstico.

—¿Cómo! —exclamó Enrique—, ¿podrá encerrar esa carta frases indignas? Mirad, querida, que el rey vuestro hermano es un clérigo muy entendido y político.

—Hasta cuando hace que me insulten en mi litera, como ya ha ocurrido a pocas leguas de Sers, cuando salí de París para venir a unirme con vos.

—Cuando tenemos un hermano de costumbres severas —replicó Enrique con ese tono indefinible que participaba del género serio y burlesco—, un hermano rey, un hermano puntilloso...

—Debe serlo para el verdadero honor de su hermana y de su casa; porque al fin yo no admito, señor, que si Catalina de Albret, vuestra hermana, os causara algún escándalo, fuerais a revelar este escándalo por medio de un capitán de guardias.

—¡Oh!, yo soy un ciudadano patriarcal y benigno —repuso Enrique—: no soy rey, o si lo soy, es para reírme, y a fe que no lo hago mal: pero la carta, en fin, la carta; puesto que es a mí a quien viene dirigida, quiero saber lo que contiene.

—Es una carta pérfida, señor.

—¡Bah!

—¡Oh!, sí, y que contiene más calumnias de las necesarias para indisponer, no solamente a un marido con su mujer, sino a un amigo con todos sus amigos.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo Enrique incorporándose y armando su semblante, naturalmente tan franco y abierto, de una desconfianza afectada—; ¿indisponer a un marido con su mujer,

a vos y a mí, por ejemplo?

—A vos y a mí, señor.

—¿Y en qué, amada mía?

Chicot estaba en ascuas y le hubiera alegrado, a pesar del hambre que tenía, poder ir a acostarse sin cenar.

—¡La nube va a reventar —dijo para sí—, la nube va a reventar!

—Señor —repuso la reina—, mucho siento que Vuestra Majestad haya olvidado el latín, que sin embargo han debido enseñarle.

—No me acuerdo más que de una cosa de todo el latín que he aprendido, y es esta frase: "Deus et virtus seterna"; extraño conjunto de masculino, femenino y neutro, que mi profesor jamás pudo explicarme sino por medio del griego, que comprendí mucho menos que el latín.

—Señor —prosiguió la reina—, si comprendierais, veríais en la carta toda clase de cumplimientos para mí.

—¡Oh!, muy bien —dijo el rey.

—*Optime!* —agregó Chicot.

—¿Pero en qué —replicó Enrique— pueden los cumplimientos dirigidos a vos indisponernos? Porque, al fin, mientras mi hermano Enrique no haga más que dirigiros cumplimientos, seré de la opinión de mi hermano Enrique; si en esa carta se hablara mal de vos, ¡oh!, sería otra cosa, y comprendería la política de mi hermano.

—¡Ah! si se dijera mal de mí, ¿os explicaríais la política de Enrique?

—Sí, de Enrique de Valois, pues tiene para indisponeros motivos que yo conozco.

—En ese caso aguardad un poco, señor, porque esos cumplimientos no son más que un exordio insinuante para llegar a indicaciones calumniosas contra vuestros amigos y los míos.

Y después de estas palabras, audazmente pronunciadas, Margarita esperó un mentís²⁹.

Chicot bajó la cabeza y Enrique se encogió de hombros.

—Ved ante todo, querida mía —dijo—, si habéis comprendido bien ese latín, y si esa intención mala está en la carta de mi hermano.

A pesar de la extremada suavidad y dulzura con que Enrique dijo estas palabras, la reina de Navarra le lanzó una mirada llena de desconfianza.

—Comprendedme hasta el fin —dijo Margarita.

—Dios sabe que no anhele otra cosa, señora.

—¿Tenéis necesidad o no de vuestros servidores?

—¿Que si los necesito, decís? ¡Donosa pregunta! ¿Qué haría sin ellos, reducido a mis propias fuerzas?

—Pues bien, señor; el rey quiere apartaros de vuestros mejores servidores.

—Le desafío a que lo haga.

—¡Bravo, señor! —murmuró Chicot.

²⁹ Hecho o demostración que contradice o niega categóricamente un aserto.

—Sí, ¡pardiez! —exclamó Enrique con ese admirable candor que le era tan peculiar, y que hasta el fin de su vida constituyó el encanto de cuantos le trataron—, porque mis servidores son adictos a mi persona por cariño y no por interés, puesto que nada tengo que darles.

—Les entregáis todo vuestro corazón, toda vuestra fe, señor. ¡Qué mejor paga puede dar un rey a sus amigos!

—Así es la verdad, querida mía.

—Pues bien, no tengáis ya fe en ellos.

—¡Voto a cribas!, no haré tal sino forzándome ellos mismos, es decir, si desmerecen de mi confianza.

—En ese caso, señor —contestó Margarita—, se os probará que desmerecen de ella.

—¡Ah, ah! —exclamó el rey—, ¿en qué?

Chicot inclinó otra vez la cabeza, como acostumbraba hacer en todos los momentos escabrosos.

—No puedo contaros eso, señor —respondió Margarita—, sin comprometer...

Y como mirase en torno suyo, comprendió Chicot que estorbaba, y retiró un poco su sillón hacia atrás.

—Querido mensajero —le dijo el rey—, pasad a mi gabinete y esperadme allí; la reina tiene que decirme algo particularmente, alguna cosa muy útil a mi servicio, según veo.

Margarita permaneció inmóvil, a excepción de un ligero movimiento de cabeza que Chicot creyó haber percibido solo.

Comprendiendo, pues, que complacía a los dos esposos marchándose, se levantó y salió de la estancia luego de hacer un reverendo saludo.

XLVIII COMPOSICIÓN

Alejar aquel testigo que Margarita suponía más fuerte en latín de lo que él quería confesar era ya un triunfo, o a lo menos una prenda de seguridad para ella; porque, como ya dijimos, Margarita no suponía a Chicot tan poco instruido como él mismo aparentaba, al paso que con su marido a solas podía dar ella a cada palabra latina más extensión o comentarios que cuantos escoliadores³⁰ en *us* dieron nunca a Plauto o a Persio, esos dos enigmas en grandes versos del mundo latino.

Enrique y su mujer tuvieron, pues, la satisfacción de conferenciar a solas.

Ninguna apariencia de zozobra ni sospecha de amenaza alteraban las facciones del rey, prueba infalible de que ignoraba el idioma del Lacio.

—Señor —dijo Margarita—, aguardo que me preguntéis.

—Mucho embarga vuestra atención esa carta, querida mía —dijo Enrique—; no os alarméis de ese modo.

—Señor, me alarmo porque esa carta es, o debería ser, un gran suceso, pues un monarca no envía así un mensajero a otro monarca sin razones de la más alta importancia.

—Enhorabuena —replicó Enrique—, dejemos entonces mensaje y mensajero, amiga mía: ¿no tenéis baile esta noche?

—Solamente en proyecto, señor —dijo Margarita admirada—, mas nada hay en esto de extraordinario; bien sabéis que bailamos casi todas las noches.

—Pues yo tengo cacería mañana, una gran cacería.

—¡Ah!

—Sí, una batida de lobos.

—Cada uno tiene su capricho, señor; vos sois aficionado a la caza y yo al baile; vos cazáis y yo bailo.

—Sí, amiga mía —dijo Enrique dando un suspiro—; y a la verdad que no veo mal alguno en esto.

—Ciertamente, pero Vuestra Majestad lo dice suspirando

—Oídme, señora.

Margarita prestó toda su atención.

—Tengo cierta zozobra.

—¿Sobre qué, señor?

—Sobre un rumor que corre.

—¿Sobre un rumor? ¿Vuestra Majestad se inquieta por un rumor?

—¿Qué cosa más natural, amiga mía, cuando este rumor puede causaros pena?

—¿A mí?

—Sí, a vos.

³⁰ Escolio: nota que se pone a un texto para explicarlo.

—Señor, no os entiendo.

—¿No habéis oído decir nada? —preguntó Enrique en el mismo tono.

Margarita empezó a temer seriamente que estas preguntas fuesen un plan de ataque de su esposo.

—Soy la mujer menos curiosa del mundo, señor —dijo—, y jamás oigo sino lo que viene a zumbar en mis oídos. Por otra parte, doy tan poca importancia a lo que denomináis rumores, que apenas los oigo escuchándolos, y con más motivo tapándome los oídos cuando pasan.

—Según eso, ¿sois de parecer que deben despreciarse todos esos rumores?

—Sí, señor, y sobre todo nosotros los reyes.

—¿Y por qué?

—Porque, si nos preocupáramos de todo lo que se habla, tendríamos demasiado que hacer.

—Creo que tenéis razón, amiga mía, y voy a proporcionaros una excelente ocasión de aplicar vuestra filosofía.

Margarita creyó llegado el instante decisivo; llamó en su auxilio a todo su valor, y dijo en tono firme y resuelto:

—La acepto... con mucho gusto.

Enrique adoptó para principiar el tono de un penitente que va a confesar un pecado gordo, y dijo:

—Ya sabéis el gran interés que me tomo por mi hija Fosseuse.

—¡Ah, ah! —exclamó Margarita al ver que no se trataba de ella.

Y, tomando cierto aire de triunfo, añadió:

—Sí, sí, la bella Fosseuse, vuestra amiga.

—Sí, señora —respondió Enrique siempre con el mismo tono—, sí, a la bella Fosseuse.

—¿Mi dama de honor?

—Vuestra dama de honor.

—Vuestra locura, vuestro amor.

—¡Ah! veo que habláis, querida mía, como si dieseis asenso³¹ a uno de esos rumores que ahora mismo condenabais.

—Es verdad, señor —dijo Margarita sonriéndose—, y os pido perdón con humildad.

—Amiga mía, tenéis razón: el rumor público miente casi siempre, y nosotros los reyes, sobre todo, tenemos gran necesidad de establecer este teorema como axioma. ¡Cáspita, señora, creo que hablo en griego!

Y Enrique soltó una carcajada.

Margarita tuvo por verdadera ironía aquella risa, y sobre todo la mirada tan fina que la acompañaba, y preguntó no sin zozobra:

—¿Qué decíais de la Fosseuse?

—Que está enferma, y los médicos no comprenden su enfermedad.

³¹ Dar crédito.

—Es singular, señor: Fosseuse, que, al decir de Vuestra Majestad, ha sido siempre la misma prudencia; Fosseuse, que, según vos, hubiera resistido a un rey, si un rey le hubiese hablado de amor; Fosseuse, esa flor de pureza, ese cristal diáfano, no permite al ojo de la ciencia penetrar hasta el fondo de sus alegrías y de sus dolores.

—¡Ay! no es así —dijo Enrique tristemente.

—¡Cómo! —replicó la reina con esa impetuosa malignidad que la mujer más prudente y sufrida no deja nunca de lanzar como un dardo sobre otra mujer—. ¡Cómo! ¿Fosseuse no es una flor de pureza?

—No digo eso —repuso Enrique secamente—; Dios me libre de acusar a nadie. Digo que mi hija Fosseuse está atacada de un mal que se obstina en disimular a los médicos.

—A sus médicos, pase... mas a vos, que sois su confidente, su padre, me parece muy extraño.

—No sé más de esto, amiga mía —respondió Enrique con la dulce sonrisa que le era peculiar—, y si sé más, juzgo a propósito pararme aquí.

—Entonces, señor —dijo Margarita, que por el giro de la conversación tuvo por suya la ventaja, y creyó que le correspondía a ella otorgar el perdón en lugar de solicitarlo como había pensado—, entonces, señor, no sé ya lo que desea Vuestra Majestad, y espero sus explicaciones.

—Bien, puesto que esperáis, amiga mía, voy a referiroslo todo.

Margarita hizo un movimiento indicando que estaba dispuesta a oírlo todo.

—Será preciso —continuó Enrique—; pero es exigir demasiado de vos, amiga mía...

—Hablad, sin embargo, señor.

—Necesario será que tengáis la bondad de trasladaros al lado de mi hija Fosseuse.

—¡Yo hacer una visita a esa joven de quien aseguran que tiene el honor de ser vuestra querida, honor que no declináis!

—Vamos, hablad más bajo, amiga mía —dijo el rey—, porque vais a causar escándalo con esas exclamaciones, y no sé si el escándalo que armaseis regocijaría a la corte de Francia, pues en esa carta del rey mi cuñado, que Chicot recitó, se dice: *Quotidie scandálum*, es decir, para un pobre humanista como yo, *quotidiennement scandále*. Margarita hizo un movimiento.

—No hay necesidad de saber el latín para eso —prosiguió Enrique—: es casi francés.

—Pero, señor, ¿a quién se aplicarían esas palabras? —preguntó Margarita.

—He ahí lo que no he podido comprender; mas vos, que sabéis el latín, me ayudaréis cuando llegemos a ese párrafo. Margarita se llenó de rubor, mientras que con la cabeza inclinada y la mano en el aire buscaba Enrique aparentemente la persona de su corte a quien pudiera aplicarse el *quotidie scandálum*.

—Está bien, señor —dijo la reina—: queréis en nombre de la concordia obligarme a cometer una acción humillante; en nombre de la concordia cederé.

—Gracias, amiga mía —dijo Enrique—, gracias.

—Pero, ¿qué objeto tendrá esa visita?

—Uno muy sencillo, señora.

—Aun así es preciso que se me diga, pues soy demasiado torpe para adivinarlo.

—Pues bien; hallaréis a la Fosseuse en medio de las camaristas acostada en su aposento. Ya sabéis que son tan curiosas e indiscretas que no se sabe a qué extremo va a ser reducida la pobre Fosseuse.

—¿Luego teme alguna cosa —preguntó Margarita con marcadas señales de cólera y de odio—, y quiere ocultarse?

—No sé —dijo Enrique—; sólo sé que necesita dejar el cuarto de las camaristas.

—Si quiere ocultarse, que no cuente conmigo Yo puedo cerrar los ojos a ciertas cosas, pero nunca seré cómplice en ellas.

Y Margarita esperó el efecto de su ultimátum; mas nada al parecer había oído Enrique; inclinando otra vez su cabeza, había adoptado esa actitud pensativa que poco antes había alarmado a Margarita.

—*Margota* —murmuró—, *Margóla cum Turennio*. He aquí las dos palabras que buscaba, señora; *Margota cum Turennio*.

En esta ocasión el semblante de Margarita se puso encendido como la grana, y exclamó:

—¡Calumnias, señor, calumnias! ¿Os complacéis en repetírmelas?

—¿Qué calumnias? —replicó Enrique con la mayor naturalidad del mundo—. ¿Dónde veis la calumnia, señora? Es un párrafo de la carta de mi hermano que recuerdo en este instante: *Margota cum Turennio conveniunt in castelto nomine Lorgnac*. Decididamente será preciso que dé a traducir esta carta a un clérigo.

—Vamos, dejemos a un lado la broma, señor —exclamó Margarita toda trémula—, y decidme claramente lo que esperáis de mí.

—Desearía, querida mía, que separaseis a la Fosseuse de las demás camaristas, y que poniéndola en un aposento sola, le enviaseis un solo médico discreto, el vuestro, por ejemplo.

—¡Oh! comprendo todo —exclamó la reina—. Fosseuse, que hacía tanto alarde de su virtud; Fosseuse, que ostentaba una mentida virginidad, se encuentra encinta y próxima a ser madre.

—No digo eso, amiga mía —exclamó Enrique—, no digo eso; vos sois quien lo afirmáis.

—Esa es la verdad, señor —repuso Margarita—; vuestro tono insinuante, vuestra falsa humildad me lo prueban; pero el sacrificio que me imponéis es de esos que nadie, ni un rey, pide a su mujer. Reparad vos mismo la desgracia de la señorita de Fosseuse; sois su cómplice, señor, y os corresponde hacerlo así; la pena debe caer sobre el culpable, y no sobre el inocente.

—Sobre el culpable, bien: volvéis a recordarme los términos de esa carta horrible.

—¿Y cómo?

—Sí, culpable en latín es *nocens*, ¿no es cierto?

—Sí, señor, *nocens*.

—Pues bien; en la carta se dice: *Margota cum Turennio, ambo nocentes, conveniunt in castello nomine Lorgnac*. ¡Dios mío, cuánto deploro no tener el entendimiento tan cultivado como tengo segura la memoria!

—*Ambo nocentes* —murmuró Margarita en voz baja, más pálida que su cuello de encaje—; ha comprendido, ha comprendido.

—*Margota cum Turennio, ambo nocentes.* ¿Qué diablo ha querido decir mi hermano con *ambo*? —continuó inhumanamente Enrique de Navarra—. ¡Pardiez! Es admirable que sabiendo el latín como lo sabéis, no hayáis explicado todavía esta frase que tanto ha llamado mi atención.

—Señor, ya he tenido el honor de deciros...

—¡Ah! ¡Diantre! —replicó el rey—, he ahí a *Turennius*, que se pasea por debajo de vuestras ventanas mirando con cierto aire, como si el pobre mancebo os aguardara. Voy a hacerle señas que suba; él es muy sabio, y me dirá lo que quiero saber.

—¡Señor!, ¡señor! —exclamó Margarita levantándose sobre su sillón y juntando las dos manos—: sed más grande, señor, que todos esos chismosos y calumniadores de Francia.

—¡Ay! amiga mía, creo que no hay más indulgencia en Navarra que en Francia, y ahora poco, vos misma... os mostrabais muy severa con esa pobre Fosseuse.

—¿Severa yo? —exclamó Margarita.

—¡Diablo! apelo a vuestra memoria: aquí, no obstante, deberíamos ser indulgentes, señora. ¡Pasamos tan dulce vida, vos en los bailes que tanto os gustan, y yo en la caza que es mi pasión favorita!

—Sí, sí, tenéis razón —repuso Margarita—: seamos indulgentes.

—¡Oh!, estaba muy seguro de vuestro corazón.

—Porque me conocéis bien, señor.

—Sí. Conque vais a ver a la Fosseuse, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—¿Y a separarla de las otras camaristas?

—Sí, señor.

—¿Y a darle vuestro médico?

—Sí, señor.

—Y nada de enfermeras. Los médicos son discretos por deber, las enfermeras son habladoras por costumbre.

—Verdad es, señor.

—¿Y si por desgracia fuese cierto lo que se dice, y positivamente la pobre niña hubiese sido débil y sucumbido?...

Enrique alzó los ojos al cielo.

—Lo que es posible —prosiguió—. La mujer es cosa frágil: *res fragilis mulier*, como dice el Evangelio.

—Señor, yo soy mujer, y sé la indulgencia que debo tener a las demás mujeres.

—¡Ah! Lo sabéis todo, querida mía; sois verdaderamente un modelo de perfección, y...

—¿Y...?

—Y os beso las manos.

—Mas creed, señor —replicó Margarita—, que sólo por vos hago semejante sacrificio.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo Enrique—, os conocía bien, señora: mi hermano de Francia también; él, que tan bien habla de vos en su carta y que añade: *Fiat sanum exemplum statim, atque*

res certior eveniet. Este buen ejemplo, sin duda, amiga mía, es el que dais.

Y Enrique besó la mano casi helada de Margarita.

Deteniéndose después en el umbral de la puerta, añadió:

—Mil ternuras de mi parte a Fosseuse, señora; ocupaos de ella como me habéis prometido hacerlo: marcho a la caza; acaso no os veré ya hasta la vuelta, tal vez sea ésta la última vez... esos lobos son unas fieras muy malas: venid y os daré un abrazo, querida mía.

Abrazó casi con afecto a Margarita, y salió dejándola asombrada de todo lo que acababa de oír.

XLIX

EL EMBAJADOR DE ESPAÑA

El rey penetró en el gabinete, donde le esperaba Chicot sobresaltado todavía y temeroso de las consecuencias que pudiera tener la explicación.

—¡Y bien, Chicot! —exclamó Enrique.

—¡Y bien, señor! —respondió Chicot.

—¿No sabéis lo que dice la reina?

—No.

—Dice que vuestro maldito latín va a alterar la paz de toda nuestra casa.

—¡Oh, señor —exclamó Chicot—, olvidemos, por Dios, ese latín y todo se arreglará! No sucede lo mismo con un trozo de latín declamado que con otro de latín escrito: el viento se lleva el uno, y el fuego no puede con frecuencia devorar el otro.

—Yo, por mi parte —dijo Enrique—, no pienso ya en tal cosa.

—Que me place.

—Demasiado tengo en qué pensar.

—Vuestra Majestad prefiere divertirse.

—Sí, hijo mío —dijo Enrique muy disgustado del tono con que Chicot había pronunciado aquellas pocas palabras—: sí, mi Majestad prefiere divertirse.

—Perdón, Majestad, si le importuno.

—¡Ah! hijo mío —replicó Enrique encogiéndose de hombros—, ya os he dicho que no sucedía aquí lo que en el Louvre. Aquí se ventilan a la luz del día los negocios de amor, de guerra y de política.

La mirada del rey era tan dulce, y su sonrisa tan cariñosa, que Chicot cobró aliento.

—Los de guerra y política menos que los de amor, ¿no es así, señor?

—Así es la verdad, amigo mío, lo confieso: ¡este país es tan bello, estos vinos de Languedoc son tan sabrosos, estas mujeres de Navarra tan bellas!

—¡Ah! señor —replicó Chicot—, me parece que olvidáis a la reina: ¿son por ventura las navarras más bellas y más corteses? Si es así, saludo con el debido acatamiento a las navarras.

—¡Cáspita!, tenéis razón, Chicot. ¡Y yo, que me olvidaba de que sois embajador, que representáis al rey Enrique III, que el rey Enrique III es hermano de madame Margarita, y que por lo tanto la etiqueta exige que en vuestra presencia levante a Margarita sobre todas las mujeres! Pero mi imprudencia es disculpable, Chicot, porque no estoy habituado a los embajadores.

En aquel instante se abrió la puerta del gabinete, y d'Aubiac anunció en voz alta:

—El señor embajador de España.

Chicot dio sobre su sillón un salto que arrancó una sonrisa al rey.

—¡Pardiez! —dijo Enrique—, he ahí un mentís que yo no esperaba. ¡El embajador de

España! ¿Qué diablos viene a hacer aquí?

—Sí —repitió Chicot—, ¿qué diablos viene a hacer aquí?

—Vamos a saberlo —repuso Enrique—; sin duda nuestro vecino el español quiere discutir conmigo alguna cuestión de frontera.

—¡Me retiro! —dijo Chicot humildemente—, porque tal vez es un embajador el que os envía Su Majestad Felipe II, mientras que yo...

—¡El embajador de Francia cede el terreno al español, y esto en Navarra! ¡Pardiez!, no será así; abrid, Chicot, ese gabinete de libros e instalaos en él.

—Mas desde allí lo oiré todo a pesar mío, señor.

—¿Y qué me importa que lo oigáis? Nada tengo que ocultar. A propósito. ¿No tenéis nada más que decirme de parte del rey vuestro soberano, señor embajador?

—No, señor, absolutamente nada más.

—Pues bien, de ese modo no tenéis que hacer más que ver y oír, como hacen todos los embajadores del mundo, y para esto estaréis a las mil maravillas en ese gabinete. Procurad ver y oír cuanto podáis, mi querido Chicot.

En seguida agregó:

—D'Aubiac, di a mi capitán de guardias que introduzca al embajador de España.

Al oír Chicot esta orden se apresuró a entrar en la librería, cuyo tapiz de figuras cerró con gran cuidado.

Un paso lento y acompasado resonó sobre el pavimento: era el del embajador de Su Majestad Felipe II.

Luego que terminaron los preliminares destinados a los detalles de etiqueta, y por los cuales pudo convencerse Chicot desde el fondo de su escondite que el Bearnés sabía muy bien dar una audiencia.

—¿Puedo hablar con libertad a Vuestra Majestad? —preguntó el enviado en lengua española, que todo gascón o bearnés puede comprender como la de su país a causa de su mucha analogía.

—Podéis hablar, señor —repuso el Bearnés.

Chicot redobló su atención.

—Señor —dijo el embajador—, traigo la respuesta de Su Majestad Católica.

—¡Bueno! —murmuró Chicot—: si traes la respuesta es prueba de que ha habido demanda.

—¿Sobre qué asunto? —interrogó Enrique.

—Sobre vuestras proposiciones del mes último, señor.

—Soy muy olvidadizo —dijo Enrique—: os ruego que me recordéis cuáles eran esas proposiciones, señor embajador.

—Sobre las invasiones de los príncipes de Lorena en Francia.

—Sí, y sobre todo sobre las de mi compadre el de Guisa. ¡Muy bien!, ya me acuerdo; continuad, señor, continuad.

—Señor —replicó el español—, aunque el rey mi amo anhela vivamente firmar un tratado de alianza con la Lorena, ha considerado una alianza con la Navarra como más

ventajosa.

—Sí, hablemos con franqueza —replicó Enrique.

—Seré explícito con Vuestra Majestad, señor, porque conozco las intenciones del rey mi amo respecto de vuestra real persona.

—¿Y a mí me es dado conocerlas?

—Señor, el rey mi amo nada puede rehusar a la Navarra.

Chicot aplicó su oído al tapiz mordiéndose las yemas de los dedos para asegurarse que no dormía.

—Si nada puede rehusarme —exclamó Enrique—, veamos lo que puedo pedir.

—Todo lo que quiera Vuestra Majestad.

—¡Diablo!

—¡Hable, pues, Vuestra Majestad con toda libertad y franqueza!

—¡Cáspita!, ¡todo! Esto es ponerme en un conflicto.

—Su Majestad el rey de España desea evitárselo a su nuevo aliado, como lo prueba la proposición que voy a hacer a Vuestra Majestad.

—Escucho —repuso Enrique.

—El rey de Francia trata a la reina de Navarra como enemiga jurada; la repudia como hermana desde el momento en que la cubre de oprobio, esto es indudable. Las injurias del rey de Francia... y pido perdón a Vuestra Majestad por tocar este asunto tan delicado.

—No importa, hablad.

—Las injurias del rey de Francia son públicas; la notoriedad las consagra.

Enrique hizo un gesto negativo.

—Hay notoriedad —continuó el español—, puesto que estamos instruidos de todo; así, pues, repito, señor, que el rey de Francia repudia a madame Margarita como a hermana suya, toda vez que tiende a deshonorarla, haciendo parar públicamente su litera y registrarla por un capitán de sus guardias.

—Y bien, señor embajador, ¿qué queréis decir con eso?

—Que nada más sencillo para Vuestra Majestad que repudiar como mujer la que su hermano repudia como hermana.

Enrique miró hacia el tapiz detrás del cual estaba Chicot asombrado del resultado de tan pomposo exordio.

—Repudiada la reina —continuó el embajador—, la alianza entre el rey de Navarra y el de España...

Enrique saludó.

—Esta alianza —prosiguió el embajador— puede llevarse a cabo dando el rey de España la mano de la infanta, su hija, al rey de Navarra, y casándose Su Majestad mismo con madame Catalina de Navarra, hermana de Vuestra Majestad.

Un temblor de orgullo recorrió todo el cuerpo del Bearnés, y un temblor de espanto todo el cuerpo de Chicot. El uno veía nacer en el horizonte su fortuna, radiante como el sol al nacer, y el otro veía descender y morir el cetro y la fortuna de los Valois.

El español, impasible y frío, nada veía sino las instrucciones de su soberano.

Por espacio de un instante hubo un silencio profundo, que el rey de Navarra interrumpió diciendo:

—La proposición, señor, es magnífica, y me honra con exceso.

—Su majestad —se apresuró a decir el negociador orgulloso, que contaba con una aceptación de entusiasmo—, Su Majestad el rey de España no se propone someter a Vuestra Majestad sino una sola condición.

—¡Ah! ¡Una condición! —dijo Enrique—: es muy justo; veamos la condición.

—Ayudando a Vuestra Majestad contra los príncipes de Lorena, es decir, abriendo el camino del trono a Vuestra Majestad, mi soberano desearía proporcionarse con vuestra alianza un medio de guardar los Estados de Flandes, cebo que monseñor el duque de Anjou coge en este momento a boca llena. Bien comprende Vuestra Majestad que es una mera preferencia dada a Vuestra Majestad por mi soberano sobre los príncipes de Lorena, toda vez que los señores de Guisa, sus aliados naturales, como príncipes católicos, forman un solo partido contra el duque de Anjou y Flandes: ésta es la condición, la única; es razonable y sencilla: Su Majestad el rey de España se unirá a vos mediante un doble matrimonio, os ayudará a... —el embajador calló por un momento para buscar la palabra adecuada y propia, y agregó—: a suceder al rey de Francia, y vos le garantizaréis los Estados de Flandes. Ahora puedo ya, conociendo la discreción de Vuestra Majestad, considerar mi negociación felizmente terminada.

Un silencio, aún más profundo que el primero, sucedió a estas palabras, sin duda para dejar llegar en todo su poder la respuesta que el ángel exterminador esperaba a fin de descargar su furia aquí o allí, sobre Francia o sobre España.

Enrique de Navarra dio tres o cuatro paseos por su gabinete, y preguntó:

—¿Conque ésa es la respuesta que os han dado para mí?

—Sí, señor.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Pues bien —prosiguió Enrique—, rehúso la oferta de Su Majestad el rey de España.

—¡Rehusáis la mano de la infanta!... —exclamó el español con un estremecimiento semejante al que causa el dolor de una herida que no se aguarda.

—Honor muy grande, señor —respondió Enrique irguiendo la cabeza—, pero que no puedo creer superior al de haberme casado con una princesa de Francia.

—Sí, pero esa primera alianza os acercaba al sepulcro y la segunda os aproxima al trono.

—Preciosa e incomparable fortuna, señor, lo sé, pero que no compraré jamás con la sangre y el honor de mis súbditos futuros. Pues qué, señor, ¿habría de desenvainar ya la espada contra el rey de Francia, mi cuñado, por el español extranjero?, ¿habría de detener el estandarte de Francia en su camino de gloria para dejar a los castillos de Castilla y a los leones de León acabar la obra que han comenzado?, ¿habría de hacer que hermanos matasen a hermanos?, ¿habría de traer a un extranjero a mi patria? Señor, oíd bien esto. Yo he pedido a mi vecino el rey de España socorros contra los de Guisa, que son unos facciosos ávidos de mi herencia, pero no contra el duque de Anjou, mi cuñado; pero no contra el rey Enrique III, mi amigo; pero no contra mi esposa, hermana de mi rey. Decís que auxiliaréis a los Guisa, que les prestaréis todo vuestro apoyo. Hacedlo así: yo lanzaré

sobre ellos y sobre vos todos los protestantes de Alemania y los de Francia. Si el rey de España desea reconquistar Flandes, que se le escapa de entre las manos, que haga lo que hizo su padre Carlos V; que pida paso al rey de Francia para ir a reclamar su título de primer ciudadano de Gante, y estoy convencido de que el rey Enrique III le dará un paso tan franco como lo dio el rey Francisco I. Dice Su Majestad Católica que quiero el trono de Francia: es muy posible que así sea; pero no necesito que él me ayude a conquistarlo: lo tomaré solo, si está vacante, y esto a despecho de todas las majestades del mundo. Así, pues, id con Dios, señor. Decid a mi hermano Felipe que le agradezco mucho sus ofertas, pero que no le perdonaría jamás si, al hacerlas, me hubiese creído un solo momento capaz de aceptarlas. Adiós, señor.

El embajador se quedó estupefacto y dijo con voz balbuciente:

—Mirad, señor, que la buena inteligencia entre dos vecinos estriba en una mala palabra.

—Señor embajador —replicó Enrique—, tened entendido que para mí es una misma cosa rey de Navarra o nada. Mi corona es tan ligera que no la sentiría caer si se deslizara de mi frente; por otra parte, estad seguro de que por ahora procuraré afianzarla. Saludóos de nuevo, señor; decid al rey vuestro señor que ambiciono cosas más grandes que las que me ha hecho columbrar.

Y el Bearnés, después de haberse dejado dominar un momento por el calor de su heroísmo, se sonrió cortésmente, y acompañó al embajador español hasta la puerta de su gabinete.

L

LO QUE HABLARON EL REY DE NAVARRA Y CHICOT

Chicot se hallaba tan sorprendido, que a pesar de haber quedado solo Enrique no pensaba en salir de su gabinete.

El Bearnés levantó la tapicería y le dio algunos golpecitos en el hombro.

—¿Qué tal, maese Chicot? ¿Qué os parece del modo que he tenido de salir del aprieto?

—Que es una manera milagrosa, señor —respondió aquél sin haber vuelto aún de su sorpresa—; pero, a la verdad, ya que sois un rey poco acostumbrado a recibir embajadores, se me figura que son de primera fuerza los que os llegan.

—Lo debo justamente a mi hermano Enrique.

—¿Cómo así?

—Si no se empeñase en perseguir sin descanso a su pobre hermana, se guardarían de perseguirla los otros. ¿Creéis que a no saber el rey de España la afrenta pública hecha a la reina de Navarra vendría proponiéndome que la repudiase?

—Veo, señor, con placer, que será inútil cuanto se intente en ese sentido, y que nada en el mundo podrá romper la armonía que existe entre vos y la reina.

—Amigo mío, es muy grande el interés que hay por enemistarnos.

—Confieso, sin embargo, señor, que no puedo penetrarlo tanto como sin duda creéis.

—Lo único que quiere mi hermano Enrique es que yo repudie a su hermana.

—¡Cómo! Os ruego que me expliquéis eso. Vamos, no imaginaba que me esperaran tan buenas lecciones.

—Ya sabéis, Chicot, que no se me ha entregado el dote de mi mujer.

—No, señor, no lo sabía, pero lo dudaba.

—Que el dote se componía de trescientos mil escudos de oro.

—Bonita suma.

—Y de bastantes ciudades libres, entre ellas la de Cahors.

—Linda ciudad a fe mía.

—He reclamado, no los trescientos mil escudos de oro, porque a pesar de mi pobreza me creo más rico que el rey de Francia, sino la ciudad de Cahors.

—¡Ah! ¡La ciudad de Cahors! Habéis hecho bien, ¡con mil diablos!, y en vuestro lugar hubiera procedido yo del mismo modo.

—Y he ahí por qué —prosiguió el Bearnés sonriéndose maliciosamente—; he ahí por qué... ¿comprendéis ahora?

—Ni una palabra, ¡así me lleve el diablo!

—He ahí por qué se quiere enemistarme con mi esposa hasta el punto de que la repudie. No habiendo mujer, no hay dote, Chicot, y por consiguiente, adiós trescientos mil escudos, adiós ciudades, y especialmente adiós Cahors. Este es un medio como otro cualquiera de eludir una palabra, y mi hermano el de Valois es muy diestro en esta clase

de emboscadas.

—Sin embargo, se me figura que con gusto poseeríais esta plaza, ¿no es verdad, señor?

—Sin duda, porque al fin, ¿qué es mi reino reducido a Bearn? Un pobre y pequeño principado, tan exhausto por la avaricia de mi cuñado y de mi suegra, que el título de rey a él anejo, es ya un título de farsa.

—Al paso que Cahors, agregado a este principado...

—Cahors sería mi baluarte, la salvaguardia de los que profesan mi religión.

—Pues bien, señor, haceos cuenta de que la habéis perdido para siempre, porque estéis o no enemistado con la reina Margarita, el rey de Francia jamás os devolverá la ciudad de Cahors, y a menos que no la toméis...

—¡Oh! Yo la tomaría si no fuese tan fuerte y si yo no odiase tanto la guerra.

—Cahors es inexpugnable, señor. Enrique repuso con la mayor sencillez:

—Inexpugnable... Inexpugnable... Si tuviese yo un ejército... pero no lo tengo.

—Oídmeme, señor, ya que no estamos aquí para echarnos requiebros, sino para hablar francamente, como se acostumbra entre gascones. Para tomar a Cahors, en donde está el señor de Vesin, sería necesario ser un Aníbal o un César, y Vuestra Majestad...

—Acabad —repuso Enrique con sardónica sonrisa.

—Vuestra Majestad ha dicho que odia la guerra.

Enrique suspiró, brillando en sus miradas al mismo tiempo un rayo melancólico y sombrío; pero supo reprimir aquel movimiento involuntario, y pasándose por su oscura y espesa barba una mano ennegrecida por la intemperie, dijo:

—Nunca he desenvainado la espada ni la desenvainaré: soy un rey de paja y un hombre pacífico; y no obstante, Chicot, por una contradicción singular me gusta entretenerme en lances belicosos, lo cual consiste en la sangre que circula por mis venas. Mi antepasado San Luis tenía esta misma ventura, pues era piadoso por educación y tímido por naturaleza, aunque cuando se ofrecía llegaba a ser un terrible justador de lanza, y lo que se llama una buena espada. Hablemos ahora, querido Chicot, del señor de Vesin, que según creo es un Aníbal o un César.

—Perdonadme, señor, si he tenido la desgracia de herir vuestro amor propio y de atormentaros. Sólo os he hablado del señor de Vesin para reprimir el ímpetu imprudente que la juventud fogosa y la poca práctica de los negocios han podido alimentar en vuestro corazón. Cahors está bien defendida y guardada, porque es la llave del Mediodía.

—¡Ah! —repuso Enrique suspirando con más fuerza—; demasiado lo sé.

—Es —prosiguió Chicot— la riqueza territorial unida a la seguridad de las demás provincias. Poseer Cahors es tener los géneros, las cosechas, las granjas, los tesoros y las relaciones del país; poseer a Cahors es alcanzar las mayores ventajas; no poseerla es verse precisado a tenerlas en contra.

—¡Ira de Dios! —murmuró el rey de Navarra—; por eso justamente quería yo poseer a Cahors; por eso dije a mi pobre madre que hiciese de su entrega una de las condiciones *sine qua non* de mi matrimonio. ¡Toma! Ahora hablo en latín... finalmente, Cahors pertenece a mi esposa, se me había prometido y se me debe en justicia.

—Señor, deber y pagar...

—Tenéis razón, Chicot, son dos cosas distintas, amigo mío; de manera que, según veo, creéis que nunca se me pagará.

—Al menos así se me figura.

—¡Demonio! —exclamó Enrique.

—Y francamente... —añadió Chicot.

—¿Qué?

—Creo que harán bien.

—¿Y por qué, amigo mío?

—Porque no habéis entendido vuestro oficio de rey, a pesar de haberos casado con una hija de Francia; porque no habéis sabido haceros pagar la dote de vuestra esposa, primero en dinero y luego en ciudades.

—¡Desgraciado! —dijo Enrique sonriéndose con amargura—, ¿no os acordáis ya de la alarma de Saint-Germain-l'Auxerrois? Parece que un casado, a quien se intenta degollar durante la noche de sus bodas, no piensa tanto en su dote como en su vida.

—Bueno, ¿y después?

—¿Después?

—Creo que hemos conseguido vivir en paz: pues bien, debemos aprovecharnos de ella para negociar en lugar de hacer el amor. Es mucho menos divertido, pero más provechoso. Digo esto, señor, tanto por el rey mi amo, como por vos: si Enrique de Francia tuviese en Enrique de Navarra un aliado fuerte, sería el monarca más poderoso, y admitiendo que católicos y protestantes pudiesen reunirse en un mismo interés político, aun cuando debatiesen más tarde sus intereses religiosos, católicos y protestantes, es decir, los dos Enriques harían temblar al género humano.

—Por mi parte —replicó Enrique con humildad—, como no aspiro a hacer temblar a nadie y con tal que yo no tiemble... Pero Chicot, no hablemos ya de esas cosas que tanto me inquietan el ánimo. No poseo a Cahors, y por lo tanto me pasaré sin él.

—Eso es muy duro.

—¿Qué queréis? Vos mismo pensáis que jamás me devolverá Enrique esa ciudad.

—He dicho que se me figura, señor, y eso por tres razones.

—Decídmelas, Chicot.

—Con mucho gusto: la primera, porque Cahors es una ciudad de grandes productos que el rey de Francia prefiere reservarse a darlos.

—Eso no es muy honroso que digamos, señor Chicot.

—Pero es propio de un rey.

—Bien, bien —dijo el rey, a quien el giro que iba tomando la conversación empezaba a molestarle—. Ya hablaremos de este asunto más tarde. Por ahora, vamos a cenar.

Y, efectivamente, el rey de Navarra, sentó a Chicot a su mesa, después de haber dado en voz baja algunas órdenes a sus ujieres y servidores.

LI

LA VERDADERA QUERIDA DEL REY DE NAVARRA

La cena fue en extremo alegre: parecía que Enrique nada pensaba ya que pudiese causarle la menor inquietud, y cuando el Bearnés se hallaba en esta disposición era un buen camarada de mesa.

Enrique quiso que Chicot cenase mano a mano con él, pues en la corte del rey Enrique había sentido hacia él mucho afecto, como el que generalmente profesan los hombres de talento a sus iguales; y Chicot, por su parte, simpatizaba mucho con el rey de Navarra.

Viendo a éste cambiar de vino y conducirse como buen gastrónomo, resolvió Chicot contenerse un poco, a fin de no perder una sola frase de las que la libertad de la mesa y el calor del vino inspirasen entre broma y broma al Bearnés.

Enrique bebía puro y a menudo, y de tal manera sabía comprometer a sus convidados, que no permitía a Chicot quedarse más en zaga que de un vaso de vino contra tres.

Pero no ignoramos que la cabeza de maese Chicot era de hierro.

Tocante a Enrique de Navarra, todos sus vinos eran del país y apuraba las botellas como si fueran de leche.

Toda la cena, por supuesto, fue sazonada con los cumplidos que los dos comensales se dirigían mutuamente.

—¡Cuánta envidia os tengo, señor! —dijo Chicot al rey—. ¡Qué noble corazón tenéis! ¡Qué existencia tan venturosa es la vuestra! ¡Qué caras tan encantadoras encierra este hermoso palacio y cuántas riquezas el magnífico país de Gascuña!

—Chicot, si estuviese aquí mi esposa no te diría lo que voy a decirte, mas en ausencia suya puedo confesarte que la más bella parte de mi vida es la que tú no ves.

—Efectivamente, señor, se cuentan lindas cosas de Vuestra Majestad —replicó Chicot, complacido al advertir que el rey le tuteaba.

Enrique se arrellanó en su sillón y se acarició la barba sonriéndose.

—Sí, sí —respondió—; ya sé que se asegura que reino más sobre mis vasallas que sobre mis vasallos.

—Así es, señor, y no obstante me admira.

—¿Por qué, compadre mío?

—Porque tenéis un carácter veleidoso, el carácter que forma los grandes reyes.

—¡Ah, Chicot! Te equivocas de medio a medio: soy más perezoso que voluble, y todas mis acciones prueban esta verdad: si elijo un amor, siempre es el que hallo más inmediato a mi persona: si deseo beber vino, siempre echo mano a la primera botella que encuentro. A tu salud, Chicot.

—Me honráis demasiado, señor —contestó éste vaciando su vaso, pues el rey le observaba con aquella mirada escrutadora que quería penetrar en todos los corazones.

—Así, pues —añadió el rey alzando los ojos al cielo—, ¡qué disgustos y jaranas en mi hogar doméstico, Chicot!

—Ya, ya entiendo, señor; todas las damas de la reina os adoran.

—Están junto a mí, Chicot.

—¡Hola! ¡Hola! Resulta de este axioma que si habitaseis en San Dionisio en vez de hallaros en Nerac, sería fácil que el rey no viviese tan tranquilo como vive.

Enrique se puso sombrío.

—¡El rey! —replicó en seguida—. ¿Qué es lo que me dices, Chicot? ¿Te figuras que soy un Guisa? Deseo a Cahors, es cierto, pero eso consiste en que está a las puertas de Nerac; siempre mi sistema: ambiciono cuando estoy sentado; si me levanto, nada quiero.

—¡Por vida de Dios!, señor, que esa ambición de poseer todo cuanto alcanza la vista se parece mucho a la de César Borgia, que se apoderaba de un reino, ciudad por ciudad, diciendo que Italia era una alcachofa, que era necesario ir comiendo hoja por hoja.

—Me parece, compadre Chicot —dijo Enrique—, que el tal Borgia no era mal político.

—No, mas sí un fronterizo muy peligroso y un camarada muy malo.

—Ya, pero siendo yo jefe de los hugonotes, ¿serías capaz de compararme al hijo de un Papa? Vamos, responded, señor embajador.

—A nadie os comparo.

—¿Por qué razón?

—Porque se me figura que debe engañarse quien os compare a otro que a vos mismo; sois ambicioso, señor.

—¡Qué originalidad! —exclamó el Bearnés—: he aquí un hombre que a todo trance se empeña en que yo he de desear algo.

—Dios me libre, señor; al contrario; lo que yo quiero es que Su Majestad nada desee.

—Supongo, Chicot, que nada os llama por lo pronto a París. ¿No es así?

—Nada.

—De manera que vas a pasar conmigo algunos días.

—Si vuestra Majestad me hace el honor de desear que le acompañe, mi mayor gusto será permanecer aquí ocho días.

—Ocho días... conforme, compadre Chicot; dentro de ocho días me conocerás como si fuese tu hermano. Bebamos.

—Señor, no tengo ya sed —contestó Chicot que comenzaba a desistir de la pretensión que había abrigado de achispar al rey.

—En ese caso te dejo —repuso éste—, porque un hombre no debe estar en la mesa cuando nada tiene que hacer en ella. Ea, bebamos.

—¿Para qué?

—Para dormir mejor: ese vinillo del país proporciona un sueño delicioso. ¿Te agrada la caza, Chicot?

—Poca cosa, señor. ¿Y a vos?

—Soy muy aficionado a ella desde que estuve en la corte del rey Carlos IX.

—¿Por qué se ha tomado Vuestra Majestad la molestia de preguntarme si me agrada la caza?

—Porque he dispuesto para mañana una batida y cuento contigo.

—Recibiré con ello grandísimo honor, mas...

—¡Oh, compadre!, tranquilízate, porque esa batida no puede menos que contentar la vista y el corazón de todo hombre habituado a manejar armas. Yo soy buen cazador, Chicot, y deseo que me veas en un ejercicio que es mi fuerte. ¡Qué diablos! ¿No has dicho que quieres conocerme?

—¡Por el Cielo, señor! Confieso que ése es uno de mis más ardientes votos.

—Pues bien; no me has estudiado en la caza.

—Señor, estoy dispuesto a todo cuanto sea del agrado del rey.

—Bueno, quedamos convenidos... ¡Ah! He aquí un paje que viene a interrumpirnos.

—Algún negocio importante, señor...

—¡Asuntos conmigo cuando estoy en la mesa! Es muy particular que este buen Chicot crea siempre que se halla en la corte de Francia. Amigo mío, debes saber una cosa, y es que en Nerac...

—¿Qué, señor?

—Después que uno cena bien, se acuesta.

—Mas, ¿y ese paje?

—¡Ese paje! No puede anunciarnos más que negocios enfadosos.

—Entiendo, señor, entiendo y voy a acostarme.

Chicot se levantó, hizo el rey lo mismo, y se apoyó en su brazo.

Aquella prisa de separarle de su paso pareció sospechosa al enviado del rey de Francia, así como todo cuanto había oído desde la llegada del embajador de España le hacía cavilar: resolvió por lo mismo continuar en el gabinete todo el tiempo que le fuese posible.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamó vacilando al mismo tiempo—: esto es muy raro, señor.

El Bearnés se sonrió al preguntarle:

—¿Qué es lo raro, compadre?

—¡Ira de Dios! se me va a pájaros la cabeza: mientras he permanecido sentado no ha habido la menor novedad, pero desde que estoy en pie...

—¡Bah!, y no hemos hecho más que probar el vino.

—No ha sido mala prueba, señor. ¡A eso llamáis probar! Ya veo que sois un bebedor de primera línea y os rindo vasallaje como a mi soberano y señor natural. Conque eso es catar, ¿eh?

—Chicot, amigo mío —dijo el Bearnés procurando asegurarse por medio de una de aquellas investigadoras miradas que exclusivamente le pertenecían, si Chicot estaba en efecto borracho o fingía estarlo—, creo que lo mejor que puedes hacer a estas horas es meterte en la cama.

—Sí, señor, sí; buenas noches.

—Buenas noches, Chicot: hasta mañana.

—Sí, señor, sí, hasta mañana. Vuestra Majestad dice bien, lo mejor que Chicot puede hacer es acostarse. Buenas noches, señor.

Y diciendo y haciendo se tendió en el suelo.

Al ver Enrique la decisión que había tomado su huésped dirigió una mirada hacia la puerta.

Aunque aquella mirada fue tan rápida como un relámpago, Chicot se apercibió de ella.

Entonces se le aproximó Enrique.

—¿Tan borracho estás, mi querido Chicot —le dijo—, que no reparas en una cosa?

—¿En cuál?

—En que has confundido tu cama con la estera de mi gabinete.

—Chicot es un antiguo soldado y no repara en semejantes miserias.

—¿De manera que tampoco te haces cargo de otra cosa?

—¡Ah! ¡Ah! ¿Y cuál es la segunda?

—Que espero a una persona.

—¿Para cenar?... Bien hecho; cenemos, pues.

Y Chicot hizo un esfuerzo infructuoso para ponerse de pie.

—¡Demonio! —exclamó Enrique—. ¡Qué borrachera tan repentina y endiablada es la tuya! Compadre, ¡vete por todos los santos del Cielo!, pues ya ves que ella se impacienta.

—¡Ella! ¡Ella! —balbuceó Chicot—. ¿Y quién es ella?

—¡Maldecido! La mujer que estoy aguardando y que está de centinela en esa puerta... allí...

—¡Una mujer! ¿Y por qué no me lo decías, Enriquito?... ¡Ah! perdón... perdón, pues yo suponía... yo creía que estaba hablando con el rey de Francia... Ya veis que me ha echado a perder ese excelente Enriquito... ¿Por qué no me lo decíais, señor? Ya me voy, ya me voy.

—Bien, bien, Chicot; eres un perfecto caballero: vamos, vamos, levántate y vete, porque pienso pasar una buena noche, ¿me entiendes? Una buena noche.

Chicot se puso de pie y llegó a la puerta dando mil tropiezos.

—Adiós, señor, y buenas noches.

—Adiós, querido amigo, adiós; que duermas bien.

—¿Y vos, señor?

—Chuuut.

—Sí, sí, chuuut.

Y abrió la puerta.

—En la galería encontrarás al paje y él te indicará tu habitación. Adiós.

—Gracias, señor.

Chicot salió al fin después de haber saludado en voz tan baja como puede hacerlo un borracho.

Pero apenas se cerró detrás de él aquella puerta, desaparecieron todas las señales de embriaguez; anduvo tres pasos, volvió atrás y se puso a observar por el agujero de la cerradura.

Enrique se hallaba ya abriendo la puerta a la desconocida que Chicot, curioso como un

embajador, quería conocer a todo trance.

En vez de entrar una mujer entró un hombre, mas no bien se descubrió cuando Chicot reconoció el noble y severo semblante de Duplessis-Mornay, consejero rígido y vigilante de Enrique de Navarra.

—¡Ah! —dijo Chicot entre dientes—; ése va a incomodar a mi pobre enamorado mucho más que mi borrachera.

Todo el rostro de Enrique reveló el mayor contento al ver a su director; estrechó sus manos afectuosamente, empujó la mesa con una especie de ira, e hizo sentar a Mornay a su lado con todo el ardor de un amante cuando se aproxima al objeto de sus adoraciones.

Parecía que anhelaba oír las primeras palabras que iba a pronunciar el consejero, pero de pronto y antes que desplegase los labios se dirigió a la puerta y corrió los cerrojos con una precaución que dio mucho que meditar a Chicot.

En seguida fijó sus ardientes miradas en las cartas geográficas, planos y escritos que el ministro iba poniendo sucesivamente a su vista.

El rey encendió varias bujías y empezó a escribir y a señalar con puntos las mencionadas cartas.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró Chicot—: he aquí la buena noche del rey de Navarra. ¡Ira de Dios! Si todas se parecen a ésta, nada tendrá de particular que le aguarden algunas malas.

Al mismo tiempo oyó que andaban tras él; era el paje que le esperaba en la galería por orden del rey.

Temiendo ser sorprendido si seguía escuchando por más tiempo, se separó de la puerta y preguntó al paje por el aposento que se le había destinado.

Por otra parte, nada le quedaba ya por saber, pues la aparición de Duplessis le había informado de todo.

—Seguidme, si gustáis, caballero —le dijo d'Aubiac—, pues tengo el encargo de conducirlos a vuestro cuarto.

Y, en efecto, llevó a Chicot al segundo piso, en el cual se había dispuesto su habitación.

No había ya para Chicot la menor duda, pues conocía la mitad de las letras que componían aquel enigma llamado rey de Navarra. Así, pues, en vez de dormirse se sentó en el lecho, triste y pensativo, en tanto que la luna, blanqueando los ángulos agudos de las azoteas, derramaba como un jarro de plata su azulada luz sobre el río y sobre las cercanas praderas.

—Vamos, vamos —dijo Chicot—, Enrique es un verdadero rey, Enrique conspira: este palacio entero, su parque, la ciudad que le rodea, la provincia a que pertenece la ciudad, todo es un centro de conspiración: todas las mujeres se dedican al amor, pero al amor político, y todos los hombres abrigan la esperanza del porvenir.

"Enrique es sagaz, su inteligencia se parece al genio: además, se entiende con España, que es el país de las picardías. ¡Quién me asegura que aquella respuesta noble al embajador no fue un medio de ocultar su pensamiento, y que el embajador no se hallaba ya enterado por cualquiera seña o por otra convención tácita, de la cual no podía yo enterarme!

"Enrique paga espías cuyos sueldos corren por su cuenta o por la de algún agente suyo; finge hallarse enamorado y loco, y mientras se le supone ocupado en los placeres, pasa

las noches trabajando con Mornay, que nunca duerme y que desconoce el amor.

"Ya he visto, pues, todo cuanto tenía que ver.

"La reina Margarita tiene amantes y el rey lo sabe, los conoce y tolera, porque necesita de ella o de ellos y tal vez de todos a un tiempo. Como no es hombre de armas tomar, es necesario que reclute capitanes, y como tiene poco dinero se halla en el caso de permitirles que se paguen en la moneda que mejor pueda convenirles.

"Enrique de Valois me afirmaba que no dormía, y por Dios vivo y trino que hará muy bien en no dormirse.

"Por fortuna ese pérfido Enrique es todavía un buen caballero, al cual ha concedido Dios el genio de la intriga negándole el de la iniciativa. Enrique, como se asegura, tiene miedo a los mosquetazos, y se recuerda que, cuando joven aún, fue conducido al ejército, sólo podía mantenerse a caballo durante un cuarto de hora.

"Y ésta no es pequeña felicidad, porque en los tiempos que alcanzamos, si este hombre uniese la fuerza de acción al talento de la intriga, se haría dueño del mundo.

"Existe verdaderamente un Guisa que posee las dos cosas, la intriga y el brazo, o sea la fuerza, pero tiene la desventaja de que todos saben que es hábil y valiente, mientras que nadie desconfía del Bearnés.

"Yo soy únicamente quien ha llegado a conocerle a fondo."

Y Chicot, al decir esto, se restregó las manos.

—Pues bien —agregó—; ya que he llegado a conocerle, nada tengo que hacer aquí, y por consiguiente mientras él duerme o trabaja voy a abandonar la ciudad tranquilo y sosegado.

"Me parece que hay pocos embajadores que puedan vanagloriarse de haber cumplido terminantemente su misión en un solo día: yo he hecho este milagro.

"Saldré, pues, de Nerac, y una vez puesto en camino, galoparé hasta Francia."

Dijo y empezó a calzarse las espuelas que se había quitado poco antes de presentarse al rey.

LII

POPULARIDAD DE CHICOT

Luego que Chicot tomó su resolución de abandonar secretamente la corte del rey de Navarra, comenzó a arreglar su maleta, simplificando su equipaje cuanto pudo, pues profesaba el principio de que cuanto menos peso más ligereza para viajar. Seguramente su espada era la parte más pesada de cuanto llevaba.

—Veamos, ¿qué tiempo necesito —se preguntaba Chicot a sí mismo mientras disponía su equipaje— para hacer llegar al rey la noticia de lo que he visto, y por lo tanto de lo que temo?

"Dos días para llegar hasta una ciudad, de donde un buen gobernador haga salir correos a mata caballo.

"Que esta ciudad, por ejemplo, sea Cahors, Cahors, de que el rey de Navarra habla tan a menudo, y de que con tan justo título se ocupa.

"Cuando llegue allí podré descansar, porque al fin las fuerzas del hombre no tienen más que cierta medida.

"Así, pues, descansaré en Cahors, y los caballos correrán por mí.

"Vamos, amigo Chicot, piernas, ligereza, sangre fría. ¡Necio de ti, que creías haber desempeñado todo tu cometido, cuando todavía te hallas a la mitad y aun así...!"

Dicho esto, Chicot apagó la luz, abrió lo más suavemente que pudo su puerta, y salió a tientas.

A fuer de hábil estratégico, al seguir Chicot a d'Aubiac, había dirigido una ojeada a la derecha, otra a la izquierda, otra hacia adelante, otra hacia atrás, y reconocido todas las localidades.

Una antecámara, un corredor, una escalera, y al pie de esta escalera el zaguán; pero no bien hubo dado Chicot cuatro pasos por la antecámara, cuando tropezó con un objeto que se levantó en seguida.

Este objeto era un paje acostado en el suelo fuera de la habitación, y que al despertar comenzó a decir:

—¡Eh! buenas noches, señor Chicot, buenas noches.

Chicot reconoció a d'Aubiac.

—Buenas noches, señor d'Aubiac —dijo—; mas retiraos un poco, si os place; tengo ganas de pasearme.

—No hay más inconveniente sino que está prohibido en palacio pasearse de noche.

—¿Y por qué, señor d'Aubiac?

—Porque el rey tiene miedo a los ladrones y la reina a los galanes.

—¡Diablo!

—Así, pues, nadie más que los ladrones y los galanes pueden pasearse aquí de noche en lugar de dormir.

—Sin embargo, querido señor d'Aubiac —dijo Chicot con encantadora sonrisa—, yo no

soy ni lo uno ni lo otro: y soy embajador y embajador muy fatigado de haber hablado latín con la reina y cenado con el rey, porque la reina es una terrible latinista y el rey un terrible bebedor; dejadme, pues, salir, amigo mío, pues deseo y necesito pasearme.

—¿Por la ciudad, señor Chicot?

—¡Oh! no, por los jardines.

—¡Diablo! por los jardines, señor Chicot, está más prohibido que por la ciudad.

—¿Sabéis, amigo mío —replicó Chicot—, que para la edad que tenéis sois demasiado vigilante? ¿No pensáis en alguna distracción?

—En ninguna.

—¿Conque no sois jugador ni enamorado?

—Para jugar se necesita dinero, señor Chicot, y para estar enamorado hace falta una querida.

—Seguramente —dijo Chicot registrándose su bolsillo, operación que miraba el paje con la mayor atención y curiosidad.

—Buscad bien en vuestra memoria, mi querido amigo —le dijo—, y apuesto cualquier cosa a que tenéis alguna mujer encantadora a quien regalar cintas y festejéis con esto que os suplico recibáis de mi mano.

Y Chicot deslizó en la del paje diez pistolas. —Bien se conoce, señor Chicot —dijo el paje—, que venís de la corte de Francia: tenéis unos medios de persuasión a que nadie puede resistir; salid, pues, de vuestro aposento, pero os encargo que no hagáis ruido.

Chicot no dio lugar a que se lo dijeran dos veces: se deslizó como una sombra por el corredor, y desde el corredor pasó a la escalera; pero, al llegar al peristilo, encontró a un oficial de palacio que dormía sentado en una silla. Este hombre cerraba la puerta con el mismo peso de su cuerpo, y locura insigne hubiera sido intentar el paso. —¡Ah! bribonzuelo de paje —se dijo Chicot—, bien sabías esto y no has querido advertírmelo.

Para colmo de desgracia, el oficial tenía, al parecer, el sueño muy ligero, pues movía constantemente con sobresaltos nerviosos tan pronto un brazo como una pierna, y aun una vez estiró los brazos como si fuera a despertarse. Chicot buscó en torno suyo alguna salida cualquiera, por donde, gracias a sus piernas largas y a un puño sólido, pudiese evadirse sin pasar por la puerta.

Por último descubrió lo que deseaba: una de esas ventanas cimbradas que se llaman impostas, y la cual había quedado abierta, bien para dejar penetrar el aire, bien porque el rey de Navarra, propietario muy poco cuidadoso, no había creído a propósito renovar los vidrios.

Chicot reconoció la pared con sus dedos, calculó a tientas cada espacio comprendido entre los vuelos, y se sirvió de ellos para poner el pie a guisa de escalones. Trepóse al fin sobre la ventana con la destreza y agilidad que ya conocen nuestros lectores, sin hacer más ruido que el que hubiera hecho una hoja seca rozando la pared a impulsos del viento de otoño; pero la convexidad de la imposta era tan desproporcionada, que la elipse no era igual a la del vientre y hombros de Chicot, no obstante estar ausente el vientre, y de que los hombros, ligeros como los de un gato, parecían dislocarse y fundirse en las carnes para ocupar menos espacio.

De aquí resultó que cuando Chicot pasó la cabeza y un hombro, y abandonó su pie el

vuelo del muro, se encontró colgado entre el cielo y la tierra sin poder retroceder ni avanzar. Entonces dio principio a una serie de esfuerzos, cuyo primer resultado fue desgarrar su jubón y arañarse la piel; pero lo que hacía más difícil y crítica su situación era la espada, cuya empuñadura no quería pasar, haciendo una grapa interior que le retenía pegado al marco de la imposta.

Chicot reunió todas sus fuerzas, toda su paciencia y toda su industria para desatar la hebilla de su cinturón: pero justamente sobre esta hebilla descansaba el pecho, y fue preciso cambiar de maniobra: logró pasar su brazo por detrás de la espalda y sacar la espada de la vaina, y una vez fuera la espada, fue más fácil hallar, gracias a aquel cuerpo anguloso, un intersticio por el cual se deslizó la empuñadura; la espada, pues, fue a caer la primera sobre las baldosas, y deslizándose Chicot por la abertura como una anguila, la siguió amortiguando su caída con sus dos manos.

A pesar del gran cuidado que había puesto Chicot para ejecutar aquella maniobra sin ruido, no le fue posible, y al levantarse del suelo se encontró cara a cara con un soldado.

—¡Dios mío! ¿Os habéis hecho daño, señor Chicot? —le preguntó éste presentándole la alabarda para que le sirviera de apoyo.

—¡Otro contratiempo! —dijo para sí Chicot.

Y pensando luego en el interés que aquel buen hombre le había manifestado, contestó:

—No, amigo mío, no me he hecho daño.

—No es poca suerte —replicó el soldado—: desafío a otro cualquiera a que haga semejante cosa sin romperse la cabeza; en verdad, señor Chicot, que sólo vos sois capaz de tamaña empresa.

—¡Mas cómo diablos sabes mi nombre! —preguntó Chicot sorprendido y tratando de pasar.

—Lo sé, porque os he visto hoy en palacio, y al preguntar quién era el apuesto caballero que conversaba con el rey, me contestaron que el señor Chicot.

—No se puede ser más galante —dijo Chicot—; pero como tengo prisa, amigo mío, permitirás...

—¿Qué, señor Chicot?

—Que te deje y vaya a mis asuntos.

—Lo siento mucho, señor, mas tengo la consigna de no dejar salir a nadie de palacio durante la noche.

—Ya ves que se puede salir, puesto que yo he salido.

—Esa es una razón, harto lo sé; pero...

—¿Pero?

—Que volveréis a entrar, y nada más, señor Chicot.

—¡Ah! no.

—¿Cómo no?

—Por allí a lo menos: el camino es bien malo.

—Si fuera oficial en vez de ser soldado, os preguntaría por qué habéis salido por allí, pero esto no me corresponde; lo que me corresponde es que os volváis adentro. Os suplico, señor Chicot, que lo hagáis como os lo digo.

El soldado empleó en su súplica tal acento de persuasión, que este acento enterneció a Chicot, y en su consecuencia metió la mano en el bolsillo y sacó diez pistolas. —Eres demasiado económico, amigo mío —le dijo—, para no comprender que puesto que mi ropa ha quedado como estás viendo por haber pasado por allí, sería mucho peor si volviera a pasar por el mismo sitio, pues acabaría de romper mi vestido y tendría que andar desnudo, cosa que sería muy indecente en una corte donde hay tantas mujeres jóvenes y lindas, comenzando por la reina: déjame, pues, pasar para ir a casa del sastre, amigo mío.

Y diciendo así le puso las diez pistolas en la mano.

—Pero pasad pronto, señor Chicot, pasad pronto —contestó el soldado guardándose el dinero.

Cuando Chicot se halló en la calle procuró orientarse bien y vio que había andado toda la ciudad para llegar a palacio; tenía que seguir el camino contrario, toda vez que debía salir por la puerta opuesta a la por donde había entrado. Como la noche estaba clara y no podía favorecer una evasión, Chicot echaba de menos las buenas noches nebulosas de Francia, que en aquella hora permitían transitar por las calles de París a cuatro pasos uno de otro sin verse; por otra parte, sus zapatos claveteados resonaban sobre los guijarros como herraduras de caballo.

El malaventurado embajador prosiguió su camino; mas no bien hubo doblado por la esquina de la primera calle, cuando divisó una patrulla.

Detúvose al instante, porque conoció que si huía, sería perseguido como sospechoso; así, pues, se propuso disimular y abrirse paso a buenas, y aun a malas en último extremo.

—Muy buenas noches, señor Chicot —le dijo el comandante de la patrulla saludándole con la espada—. ¿Queréis que os acompañemos a palacio, supuesto que a lo que parece habéis equivocado el camino que a él conduce?

—¡Demonio! Todo el mundo me conoce aquí —murmuró Chicot—; pues no deja de ser extraño.

En seguida agregó en voz alta y con el mayor desembarazo.

—Señor oficial, quien se ha equivocado sois vos, pues no me dirijo a palacio.

—Entonces obráis mal, señor Chicot —contestó severamente el jefe.

—¿Por qué, caballero?

—Porque un edicto muy riguroso prohíbe a los habitantes de Nerac salir de noche, a no ser en casos de urgente necesidad, sin permiso y sin farol.

—Perdonad, señor mío —repuso Chicot—; ese edicto no habla conmigo.

—¿Y por qué?

—Porque no soy de Nerac.

—Es cierto, pero estáis en Nerac. *Habitante* no quiere decir *natural de...* *Habitante* significa el que *vive en...* De modo que vos no podéis negar que vivís en Nerac, toda vez que os estoy dando una explicación en una de sus calles.

—Sois el hombre más lógico del mundo, caballero; pero por desgracia tengo demasiada prisa en este instante para detenerme a discutir con vos. Infringid, por consiguiente, algún tanto vuestra consigna y dejadme pasar.

—Vais a perderos, señor Chicot, porque Nerac es una ciudad tortuosa y es fácil que caigáis en una alcantarilla de fétidos perfumes, de manera que necesitáis quien os guíe: permitidme que os acompañen a palacio tres hombres de mi patrulla.

—Ya os dije que no voy a palacio.

—¿Pues adonde vais?

—Me es imposible dormir por la noche y me paseo. Nerac es una ciudad deliciosa, rica en recuerdos y aventuras; por eso quiero verla y estudiarla.

—Se os acompañará adonde gustéis, señor Chicot. ¡Hola! Tres hombres aquí.

—Os ruego, caballero oficial, que no borréis la parte pintoresca de mi paseo; quiero andar solo.

—Os pueden asesinar los ladrones.

—Tengo una espada.

—Efectivamente; no había reparado en ello, y por consiguiente os arrestará el preboste, porque nadie puede llevar armas de noche.

Chicot conoció que le sería imposible sacar el menor partido por medio de subterfugios, y así apartó al oficial y le dijo:

—Hablemos francamente; vos que sois joven y buen mozo, conocéis sin duda las exigencias del amor, de ese tirano imperioso...

—Sí, en verdad, señor Chicot; las conozco bien.

—Ea, pues, el amor me tiene avasallado y voy a visitar a mi dama.

—¿Pero adonde?

—A cierto barrio.

—¿Joven?

—Tiene veintitrés años.

—¿Bonita?

—Como los amores.

—Os doy la enhorabuena, señor Chicot.

—Lo cual quiere decir que me dejáis pasar.

—¡Diablo! El caso es urgente, según parece.

—Urgentísimo: lo habéis calificado bien.

—Pasad.

—Mas iré solo, por supuesto, pues ya conocéis que no debo comprometer...

—Cuando os digo que paséis, señor Chicot...

—Sois un hombre completo, oficial.

—¡Caballero!

—¡Ira de Dios! Os conducís conmigo noblemente, pero decidme: ¿cómo es que me conocéis? —Os he visto con el rey en palacio.

—He aquí lo que acontece en las ciudades pequeñas —se dijo Chicot—: si en París tuviese yo la desgracia de ser tan conocido, ¡cuántas veces hubiera visto atravesada mi piel en lugar de la ropilla!

En seguida estrechó la manó del joven oficial, quien le preguntó:

—A propósito, ¿hacia qué punto os encamináis?

—Hacia la puerta de Agen.

—Cuidado con que equivoquéis el camino.

—¿No estoy en él?

—Sí, en verdad; seguid todo derecho, y líbreos Dios de un mal encuentro: esto es cuanto os deseo.

—Gracias.

Y Chicot echó a andar con más ligereza y satisfacción que nunca.

A los cien pasos tropezó con otra ronda.

—¡Pártame un rayo —exclamó— si he visto en toda mi vida una ciudad mejor guardada!

—Alto —gritó el preboste con voz de trueno.

—Señor mío —contestó Chicot—, quisiera que...

—¡Ah, señor Chicot! ¿Sois vos? ¿Cómo es que andáis recorriendo las calles en una noche tan fría?

—Vamos —se dijo Chicot—, se han propuesto ganarme la partida.

Y haciendo un saludo trató de proseguir su camino.

—Cuidado, cuidado, señor Chicot —exclamó el preboste.

—¡Cuidado! ¿Y de qué, señor magistrado?

—Me parece que confundís el camino, pues os dirigís hacia las puertas.

—Precisamente.

—En ese caso debo arrestaros, señor Chicot.

—De ningún modo, señor preboste, porque haríais un gran disparate.

—No hay remedio.

—Acercaos un poco para que esa gente no oiga lo que voy a deciros.

Hízolo así el preboste murmurando:

—Ya os oigo.

—El rey me ha dado una comisión para el comandante de la puerta de Agen.

—¡Ah! —exclamó el preboste con sorpresa.

—¿Os admira eso?

—Sí.

—Pues nada tiene de particular, supuesto que me conocéis.

—Os conozco en efecto, pues os he visto con el rey en palacio.

Chicot dio una patada, pues empezaba ya a impacientarse y replicó:

—Eso debe bastar para probaros que cuento con la confianza de Su Majestad.

—Sin duda, sin duda; id, pues, a cumplir las órdenes del rey, señor Chicot; no os lo impido.

—Esto es extraño, pero divertido al mismo tiempo —murmuró Chicot—. Detienen mi

viaje, pero al fin voy venciendo los obstáculos. He allí una puerta que debe ser la de Agen; en cinco minutos me hallaré fuera de ella.

Llegó, en efecto, a la puerta, en la que había un centinela paseándose de derecha a izquierda armado con su mosquete.

—Perdonad, amigo —le dijo Chicot—. ¿Queréis ordenar que me abran la puerta?

—Yo no ordeno, señor Chicot —respondió el centinela con agrado—, porque no soy más que simple soldado.

—¡Tú también me conoces! —gritó Chicot exasperado.

—Tengo esa honra, señor Chicot, pues estaba esta mañana de guardia en palacio y os he visto hablar con el rey.

—Bien, amigo mío, pero ya que me conoces, es necesario que sepas una cosa.

—¿Cuál?

—Que el rey me ha encargado una comisión para la ciudad de Agen, y así puedes abrir únicamente el postigo.

—Lo haría con mucho gusto, señor Chicot; mas es el caso que no tengo las llaves.

—¿Quién las tiene?

—El oficial de guardia.

Chicot dio un suspiro y preguntó:

—¿En dónde está el oficial?

—¡Oh!, pronto vendrá; no os impacientéis por tan poca cosa.

El centinela tiró de la cuerda de una campanilla, cuyo sonido despertó al oficial que descansaba en su aposento.

—¿Qué hay? —refunfuñó asomando la cabeza por la ventana.

—Mi teniente, este caballero desea que se le abra la puerta para salir al campo.

—¡Ah, señor Chicot! Perdonadme si os hago esperar; al instante estaré a vuestras órdenes.

Chicot se mordió las uñas con un furor de tigre. —¿Es posible que no me tropiece yo con un hombre que no me conozca? Esta ciudad maldita es un farol y yo soy la luz.

El oficial se presentó al poco rato junto a la puerta.

—Perdonad la tardanza, señor Chicot —le dijo—, pues estaba dormido.

—Caballero —contestó Chicot—, la noche se ha hecho para dormir y no debéis darme satisfacción alguna; pero, ¿tendréis la bondad de disponer que se abra la puerta? Desgraciadamente no puedo hacer yo lo que vos hacéis; no puedo dormir, pues el rey... supongo que tampoco ignoráis que el rey me conoce.

—Os he visto hablar en palacio con Su Majestad.

—Eso es, eso es; canción general —murmuró Chicot—. Se entiende que, aunque me habéis visto hablar con el rey, no escuchasteis lo que hablábamos.

—No, señor Chicot; yo siempre digo lo que sé y nada más.

—Lo mismo me pasa a mí. Es, pues, el caso es que el rey me ha mandado vaya esta noche a Agen a cumplir una comisión, y como ésta es la dirección si no me engaño...

¿eh?

—Sí, señor Chicot.

—Y como la puerta se halla cerrada...

—Ya lo estáis viendo.

—Deseo que la mandéis abrir.

—Con mucho gusto, señor Chicot; Anthenas, Anthenas, abre la puerta al señor Chicot; pronto... pronto.

Chicot abrió unos ojos como puños y respiró como el nadador que sale del agua después de cinco minutos de inmersión.

La puerta rechinó sobre sus goznes, puerta del paraíso para Chicot, que veía al otro lado de esta puerta todas las delicias de la libertad.

Saludó cordialmente al oficial y se encaminó hacia el arco.

—Adiós —le dijo—; os doy las gracias.

—Adiós, señor Chicot, y buen viaje.

El enviado de Enrique III iba ya a cruzar la puerta, cuando deteniéndole por el brazo el oficial, le dijo:

—Señor Chicot, soy el hombre más distraído del mundo, pues olvidaba pedirnos vuestro pase.

—¡Cómo mi pase!

—Precisamente: vos sois hombre de armas tomar y no podéis ignorar lo que es un pase. Pues bien; nadie puede salir sin él de una ciudad como Nerac y mucho menos cuando el rey la habita.

—¿Y quién debe firmar ese pase?

—El rey mismo, y toda vez que Su Majestad os envía a Agen, no habrá echado en olvido ese requisito indispensable.

—¡Ah! ¿Dudáis por ventura de que sea yo un comisionado del rey? —exclamó Chicot furioso, pues al fin se veía próximo a sucumbir, y la rabia le sugería el mal pensamiento de matar al oficial y al conserje, y huir en seguida, a riesgo de que le alcanzasen en su carrera cien balas de arcabuz.

—De nada dudo, señor Chicot, y menos aún de lo que he tenido el honor de oír de vuestra boca; pero reflexionad que si el rey os ha dado esa comisión...

—En persona, caballero, en persona.

—Razón más poderosa aún, supuesto que Su Majestad sabe que vais a salir.

—¡Llévente dos mil demonios! —gritó Chicot—. ¿Pues no lo ha de saber?

—Así, pues, mañana tendré yo que dar un permiso de salida al señor gobernador de la plaza.

—¿Y quién es el gobernador?

—El señor de Mornay, que no se chancea cuando da una orden, señor Chicot, como ya debéis conocer, y que me hará fusilar con la mayor frescura si falto a mi deber.

Chicot empezaba a acariciar la empuñadura de su espada sonriéndose diabólicamente, cuando al volverse reparó que la puerta se hallaba ocupada por una patrulla exterior,

apostada allí expresamente para que Chicot no pudiese salir, aunque matase al oficial, al centinela y al conserje.

—Vamos —murmuró suspirando—: han jugado bien contra mí, que soy un imbécil y he perdido.

Y volvió las espaldas.

—¿Queréis que os acompañe a palacio, señor Chicot? —le interrogó el oficial.

—Gracias, no lo necesito —respondió Chicot alejándose de la puerta: su martirio no había cesado, pues volvió a encontrar al preboste, quien le preguntó:

—¿Habéis desempeñado ya la comisión, señor Chicot? ¡Ira de Dios! Eso se llama tener actividad.

Poco después le detuvo la patrulla en la esquina de la calle, y exclamó su comandante:

—Buenos noches, señor Chicot: vamos, ¿y la dama de la cita? ¿Estáis contento en Nerac?

Finalmente, el soldado del peristilo, siempre de centinela en su puesto, le disparó la última andanada:

—¡Válgame Dios, señor Chicot, y qué torpemente os ha compuesto el sastre la ropilla! ¡Si estáis más desgarrado que cuando de aquí salisteis!...

Chicot no quiso arriesgarse a dejar el pellejo como una liebre en la ventana de la cornisa; se tendió delante de la puerta y aparentó de allí a poco que dormía.

La puerta se abrió por casualidad o por caridad, y Chicot entró en palacio humillado y cabizbajo.

Su semblante demudado conmovió al paje, que permanecía en su sitio, el cual le dijo:

—Señor Chicot, ¿queréis que os dé la clave de todo esto?

—Dámela, viborezno, dámela —repuso Chicot.

—El rey os quiere tanto, que se empeña en reteneros.

—¡Y lo sabías tú, ladronzuelo! ¡Y nada me dijiste!

—Imposible, señor Chicot; era un secreto de Estado.

—Pero yo he comprado esta noche tus servicios, pícaro.

—El secreto valía más que diez piezas de oro, según podéis conocer, señor Chicot.

Chicot entró en su aposento y se durmió de rabia.

LIII

EL MONTERO MAYOR DEL REY DE NAVARRA

Cuando Margarita dejó al rey pasó al cuarto de las camaristas, acompañada de su médico Chirac, que dormía en palacio.

Los dos entraron en el dormitorio de la pobre Fosseuse, que, pálida y rodeada de miradas curiosas, se quejaba de dolores de estómago, sin querer (¡tan grande era su dolor!) responder a ninguna pregunta, ni aceptar ningún consuelo.

Fosseuse tenía a la sazón de veinte a veintiún años; era linda, de ojos azules, de cabellos rubios, de cuerpo flexible y lleno de abandono y gracia; tres meses hacía que no salía, quejándose de cierta laxitud que la impedía levantarse; al principio estaba siempre sentada en un sitial, y después acabó por pasar del sitial a la cama.

Chirac empezó por despedir a todos cuantos se hallaban presentes, y apoderándose de la cabecera de la enferma, se quedó solo con ella y la reina.

Asustada Fosseuse de estos preliminares, a los que las dos fisonomías de Chirac y de la reina, la una impasible y la otra helada, no dejaban de prestar cierta solemnidad, se incorporó sobre su almohada, y balbuceó unas cuantas palabras de agradecimiento por el honor que le dispensaba la reina, su señora.

Margarita se hallaba más pálida que Fosseuse, porque el orgullo herido es más doloroso que la crueldad o la enfermedad.

Chirac tomó el pulso a la joven, aunque puede decirse que contra su voluntad.

—¿Qué sentís? —le preguntó al cabo de un momento de examen.

—Dolores de estómago, señor —respondió la pobre niña—; pero creo que no será nada, y si tuviera tranquilidad...

—¿Qué tranquilidad, señorita? —interrogó la reina.

Fosseuse se echó a llorar.

—No os aflijáis —continuó Margarita—: Su Majestad me ha suplicado que venga a veros para tranquilizar vuestro espíritu.

—¡Oh! ¡Cuántas bondades, señora!

Chirac soltó la mano de la enferma y dijo:

—Ya sé cuál es vuestro mal.

—¿Lo sabéis? —murmuró Fosseuse temblorosa.

—Sí, sabemos que debéis sufrir mucho —añadió Margarita.

Fosseuse continuaba aterrada al considerar que se encontraba a merced de dos impasibilidades, la de la ciencia y la de los celos.

Margarita hizo una seña a Chirac, el cual salió de la habitación. Entonces el miedo de Fosseuse se convirtió en temblor, y estuvo a punto de desmayarse.

—Señorita —dijo Margarita—, aunque hace algún tiempo que os portáis conmigo como una persona extraña, y a pesar de que día por día me han dado cuenta de vuestros malos oficios para conmigo cerca de mi esposo...

—¿Yo, señora?

—No me interrumpáis. Aunque al fin habéis aspirado a un bien demasiado superior a vuestra ambición, la amistad que os tenía y la que he profesado siempre a las personas de honor a que pertenecéis me impulsa a socorrosos en la desgracia que ahora os aflige.

—Señora, os juro...

—No neguéis: tengo ya demasiados pesares. Confesádmelo todo, y os ayudaré como una madre; tengo tanto interés como vos en vuestro honor, puesto que me pertenecéis.

—¡Oh! ¡señora, señora!, ¿conque dais crédito a lo que dicen?

—Os repito que no me interrumpáis, señorita, porque me parece que el tiempo urge. Quería deciros que en este momento el señor Chirac, que sabe vuestra enfermedad, pues tendréis presentes las palabras que acaba de deciros, se encuentra en las antecámaras, donde anuncia a todos que la enfermedad contagiosa de que se habla en el país está en palacio, y que, según los síntomas, estáis amagada de ella. Sin embargo, yo, si es tiempo aún, os llevaré al Mas de Agenois, que es una casa muy separada del rey, mi marido; allí estaremos solas o poco menos; el rey por su parte sale con su comitiva a una cacería en la que, según dice, estará muchos días; no saldremos del Mas de Agenois hasta después de vuestro alumbramiento.

—¡Señora, señora —exclamó la Fosseuse encendido el rostro de vergüenza y de dolor—, si creéis todo lo que dicen de mí, dejadme morir miserablemente!

—Mal correspondéis a mi generosidad, señorita, y contais además demasiado con la amistad del rey, que me ha suplicado que no os abandone.

—¿El rey? ¿Ha dicho el rey?...

—¿Dudáis de lo que digo, señorita? Yo, si no viera los síntomas de vuestro mal, si no adivinara por vuestros dolores que se acerca la crisis, acaso tendría fe en vuestras negativas.

En aquel momento, como para dar toda la razón a la reina, la pobre Fosseuse, abrumada por los dolores de un mal furioso, volvió a caer lívida y palpitante sobre su lecho.

Margarita la contempló largo rato sin cólera, pero también sin lástima.

—¿Queréis todavía que crea vuestras negativas, señorita? —dijo a la pobre enferma cuando ésta pudo levantarse y mostró un rostro tan desencajado y tan bañado en lágrimas que hubiera enternecido a la misma Catalina.

En aquel momento, como si Dios hubiese querido enviar socorro a la pobre niña, se abrió la puerta, y el rey de Navarra entró precipitadamente.

Enrique, que no tenía para dormir las mismas razones que Chicot, no había dormido. Luego de haber trabajado una hora con Mornay, y haber tomado durante esta hora todas sus disposiciones para la caza tan pomposamente anunciada a Chicot, corrió al pabellón de las camaristas.

—Y bien, ¿qué dicen? —exclamó al entrar—. ¡Que mi hija Fosseuse sigue mala!

—¿Veis, señora? —exclamó la joven a la vista de su amante, y cobrando ánimo con el socorro que le llegaba—, veis cómo el rey nada ha dicho, y que hago bien en negar?

—Señor —replicó la reina volviéndose hacia Enrique—, os ruego que pongáis término a esta lucha humillante; creo haber comprendido hace poco que Vuestra Majestad me honraba con su confianza revelándome el estado de esta señorita. Advertidla, pues, que

me hallo al corriente de todo para que no se permita dudar cuando yo afirmo.

—Hija mía —preguntó Enrique con una ternura que no intentó disimular—, ¿conque os obstináis en negar?

—El secreto no me pertenece, señor —respondió la animada niña—, y mientras no reciba vuestro permiso para decirlo todo...

—Mi hija Fosseuse tiene muy buen corazón, señora —replicó Enrique—; os ruego que la perdonéis, y vos, hija, tened confianza en la bondad de vuestra reina; el agradecimiento es cosa que me incumbe y me encargo de él.

Diciendo así Enrique cogió la mano de Margarita y se la apretó efusivamente.

En aquel momento, una ola amarga de dolor vino a acometer de nuevo a la joven; cedió, pues, por segunda vez a la tempestad, doblegada como un lirio, e inclinó su cabeza exhalando un sordo y doloroso gemido.

Enrique se enterneció sobremanera al ver aquella frente pálida, aquellos ojos llenos de lágrimas, aquellos cabellos húmedos y esparcidos, al ver, finalmente, brotar de las sienes y de los labios de Fosseuse ese sudor de la angustia que parece próximo a la agonía.

Enajenado, fuera de sí, y con los brazos abiertos, se lanzó hacia ella, y dejándose caer de rodillas delante de su cama, exclamó con dolorido acento:

—¡Fosseuse, mi querida Fosseuse!

Margarita, mientras tanto, triste y silenciosa, fue a apoyar su frente abrasada contra los vidrios de la ventana.

Fosseuse tuvo fuerzas para levantar sus brazos y ceñirlos al cuello de su amante, luego pegó sus labios a los de Enrique creyendo que iba a morir, y que en este último beso daba a Enrique su alma y su adiós. Después volvió a caer desvanecida.

Enrique, tan pálido como ella, inerte y sin voz como ella, dejó caer su cabeza sobre las sábanas de su lecho de agonía, que parecía iba a ser en breve su mortaja.

Margarita se aproximó a aquel grupo en que estaban confundidos el dolor físico y el dolor moral.

—Levantaos, señor, y dejadme cumplir el deber que me habéis impuesto —dijo con majestad enérgica.

Mas viendo que Enrique no recibía bien aquella manifestación, pues se contentó con levantar una rodilla del suelo, añadió:

—Nada temáis, señor; desde que mi orgullo sólo es el ofendido, soy fuerte; si lo fuese también mi corazón, quizás no podría responder de mí; pero afortunadamente nada tiene que hacer mi corazón en todo esto. Enrique levantó la cabeza y dijo: —¡Señora!

—No digáis ni una palabra más, señor —exclamó Margarita—, o pensaré que vuestra indulgencia ha sido un cálculo. Somos hermano y hermana; nos entenderemos.

Enrique la aproximó al lecho, y puso en su mano calenturienta la helada de Fosseuse.

—Id, id a vuestra cacería, señor —dijo la reina—; cuanta más gente llevéis en vuestra compañía, más miradas curiosas alejaréis del lecho de... esta señorita.

—No he visto a nadie en las antecámaras —dijo Enrique.

—Efectivamente, no hay nadie —replicó Margarita sonriéndose—: creen que está aquí la peste; apresuraos, pues, a ir a divertirlos en otra parte.

—Señora —exclamó Enrique—, me retiro; voy a cazar por los dos.

Y fijando una mirada tierna en Fosseuse, todavía desmayada, salió precipitadamente de la habitación.

Cuando se vio en las antecámaras movió la cabeza como para hacer caer de su frente un resto de inquietud; en seguida, risueño ya, como de costumbre, subió al aposento de Chicot, que según hemos dicho, dormía a pierna suelta.

El rey mandó que le abrieran la puerta, y meneando fuertemente a Chicot:

—¡Eh, eh!, compadre —le gritó—, arriba: son ya las dos de la mañana.

—¡Ah, diablo! —dijo Chicot—, ¿me llamáis compadre, señor? ¿Por ventura me tomáis por el duque de Guisa?

En efecto, siempre que hablaba Enrique del duque de Guisa, acostumbraba llamarle su compadre.

—Te tomo por mi amigo —dijo.

—¿Y, sin embargo, me tenéis prisionero? ¿A mí, que soy un embajador? Señor, mirad que violáis el derecho de gentes.

Enrique lanzó una carcajada, y Chicot, hombre de humor, sobre todo, no pudo menos de hacerle compañía.

—¿Estás loco? ¿Por qué diablos querías marcharte de aquí? ¿No estás bien tratado?

—Demasiado bien a fe mía, demasiado bien; me parece que soy aquí un pato que ceban en el corral. Todo el mundo me dice: "chiquito, chiquito, Chicot, ¡qué mono es!" pero me cortan las alas y me cierran la puerta.

—Chicot, hijo mío —dijo Enrique moviendo la cabeza—, tranquilízate: no estás bastante gordo para mi mesa.

—Observo, señor —dijo Chicot levantándose—, que estáis muy alegre y animado esta mañana. ¿Qué noticias hay?

—Que voy de cacería, y siempre que salgo a cazar, estoy alegre. ¡Ea, fuera de la cama, compadre, fuera de la cama!

—¡Cómo!, ¿me lleváis, señor?

—Serás mi historiógrafo, Chicot.

—¿Tomaré nota de los tiros que se disparen?.

—Precisamente.

Chicot meneó la cabeza.

—¡Y bien!, ¿qué tienes? —preguntó el rey.

—Tengo —respondió Chicot—, que nunca he visto semejante alegría sin inquietud.

—¡Bah!

—Sí, es como el sol cuando...

—¿Y qué?

—Nada, señor, sino que lluvia, relámpago y trueno no se hallan lejos.

Enrique se acarició la barba sonriéndose y respondió:

—Si hay tempestad, Chicot, mi capa es grande y te cubrirá.

Saliendo luego a la antecámara, mientras que Chicot se vestía refunfuñando, dijo el rey en voz alta:

—Mi caballo, y que digan al señor de Mornay que le aguardo.

—¡Ah! —dijo Chicot—, ¿es el señor de Mornay el montero mayor de esta cacería?

—El señor de Mornay es aquí todo, Chicot —repuso Enrique—. El rey de Navarra es tan pobre, que no tiene el medio de dividir sus cargos en especialidades. No tengo más que un hombre.

—¡Sí, pero vale por mil! —dijo Chicot dando un suspiro.

LIV

CÓMO SE CAZABAN LOS LOBOS EN NAVARRA

Al observar Chicot los preparativos de marcha, no pudo menos de decir entre dientes que las cacerías de Enrique de Navarra eran menos suntuosas que las del rey Enrique de Francia.

De doce a quince caballeros solamente, entre los cuales reconoció al vizconde de Turena, objeto de las reyertas conyugales entre los regios esposos, se componía toda la comitiva de Su Majestad.

Por otra parte, dichos caballeros sólo eran ricos en apariencia; como no poseían la suficiente renta para engolfarse en gastos inútiles, ni aun para hacer frente muchas veces a los necesarios, casi todos ellos se presentaron con yelmos y corazas, en lugar de ostentar ricos trajes de caza que se usaban en aquella época, lo cual inspiró a Chicot la idea de preguntar si los lobos de Gascuña tenían en sus bosques mosquetes y piezas de artillería.

Enrique oyó la pregunta, por más que no iba dirigida a él, y acercándose a Chicot le tocó en el hombro y le dijo: —No, hijo mío; los lobos de Gascuña no tienen para su defensa artillería ni mosquetes, mas son temibles fieras armadas de buenas garras y afilados dientes y saben atraer a los cazadores a sitios enmarañados, en que es muy fácil queden desgarrados los trajes de seda entre los zarzales: ya ves que a todo esto se expone una ropilla de paño y hasta la piel de búfalo, pero no una coraza.

—Esa es una razón —murmuró Chicot—, si bien no muy conveniente que digamos.

—¿Qué quieres? —repuso Enrique—: no tengo otra mejor que darte.

—Preciso es, pues, señor, que me satisfaga con ella.

—Es lo mejor que puedes hacer, hijo mío.

—Ya lo veo.

—He ahí un *ya lo veo* que revela un sarcasmo —replicó Enrique riéndose—. ¿Me conservas rencor porque te he hecho levantar para que me acompañes a cazar?

—Sí, a fe mía.

—¿Y me criticas?

—¿Está prohibido?

—No, amigo mío, no; la crítica es moneda corriente en Gascuña.

—¡Por vida de Dios, señor, que ya debéis comprenderme! Yo no soy cazador y necesito ocuparme en algo por lo mismo que nada tengo que hacer, al paso que vos recreáis vuestros bigotes con el olor de esos famosos lobos que os proponéis acosar entre doce o quince hombres que componen toda la comitiva guerrera.

—¡Ah! —dijo el rey volviendo a reírse de la sátira del enviado—; antes pasaste revista a los trajes, y ahora la pasas al número de cazadores; búrlate, búrlate, amigo Chicot.

—¡Oh, señor!

—Voy a hacerte conocer, no obstante, que eres poco indulgente, hijo mío; este reino no es tan grande como Francia; su rey se pone siempre al frente de doscientos monteros y yo

únicamente llevo una docena, como ves.

—Es verdad.

—Pero sin duda vas a pensar, Chicot, que soy un fanfarrón: pues bien, algunas veces (lo que no sucede en Francia) los nobles hacendados, al saber que he salido de caza, dejan sus casas, sus castillos y cortijos y se reúnen conmigo, lo cual me proporciona una escolta lucida.

—Ya veréis, señor, cómo no tengo la dicha de asistir a tal espectáculo —dijo Chicot—, porque soy muy poco afortunado.

—¿Quién sabe? —contestó el rey con su sarcástica sonrisa.

Poco después de haber salido de Nerac y de haber recorrido una legua por el campo, dijo Enrique a Chicot, poniéndose la mano delante de los ojos en forma de visera:

—¡Calla! Me parece que no me engaño.

—¿Pues qué hay? —preguntó Chicot.

—Mira, mira hacia las barreras del arrabal de Moiras. ¿No son caballeros aquellos bultos que se divisan?

Chicot se levantó sobre los estribos.

—Sí —dijo—; a fe mía, señor, que no os equivocáis, según me parece.

—No, no me equivoco; estoy seguro.

—Caballeros son, en efecto —agregó Chicot observando con más cuidado—, pero no cazadores.

—¿Y por qué no?

—Porque están armados como Rolandos y Amadis.

—¿Qué importa el traje, mi querido Chicot? Ya has tenido tiempo para conocer que entre nosotros el hábito no hace al monje.

—Pero —exclamó Chicot— se ven al menos unos doscientos hombres allá abajo.

—¿Y eso qué demuestra, hijo mío? Que Moiras me proporciona un buen contingente.

Chicot sentía cada vez con más fuerza los estímulos de una curiosidad creciente.

La partida que Chicot no había apreciado en su verdadero valor, pues se componía de doscientos cincuenta hombres, se reunió silenciosamente a la escolta del rey; todos estaban bien montados y obedecían las órdenes de un hombre de agradable semblante, que besó la mano a Enrique con respeto y cariño.

Pasaron el Gers por un vado y entre este río y el Garona, en una hondonada, encontraron otra partida de cien hombres, cuyo jefe se acercó a Enrique y pareció disculparse por no haber podido reunir mayor número de cazadores: el rey acogió sus palabras alargándole la mano.

Prosiguieron la marcha y llegaron al Garona, que atravesaron del mismo modo que el Gers, pero como es más profundo que éste, perdieron tierra los caballos a las dos terceras partes del río y fue necesario nadar unos treinta o cuarenta pasos; a pesar de todo, pisaron la opuesta orilla sin el menor accidente.

—¡Ira de Dios, señor! —exclamó Chicot—. ¡En qué faena os ejercitáis! Teniendo puente más allá y más acá de Agen, ¿os divertís en empañar de ese modo vuestras corazas?

—Mi querido Chicot —repuso Enrique—; nosotros somos unos salvajes y es preciso perdonarnos. No ignoráis que mi hermano el difunto Carlos me llamaba su jabalí: pues bien, esta fiera... pero tú no eres cazador y no puedes comprenderme: el jabalí nunca se desvía, sigue derecho su camino; yo le imito, supuesto que llevo su nombre, y tampoco me separo del objeto que me propongo. Se presenta un río, lo paso sin rodeos; hallo una ciudad delante de mí, y por el Cielo que me la trago como una empanada.

Esta broma del Bearnés provocó ruidosas carcajadas entre los que la oyeron.

El señor de Mornay, que no abandonaba el lado del rey, fue el único que no se rió con estrépito, contentándose con morderse los labios, lo cual en él era indicio de una hilaridad singular.

—Mornay está hoy de buen humor —dijo Enrique en voz baja y sumamente contento a Chicot—, pues acaba de reírse de mi chanzoneta.

Chicot se interrogó a sí mismo de cuál de los dos debía reírse, si del rey que tan alegre se mostraba por haber hecho reír a su consejero, o de éste que con tanta dificultad consentía en reírse.

Mas sobre todo, la admiración era entonces el sentimiento dominante de Chicot.

Al otro lado del Garona, como a media legua del río, aparecieron a los ojos de Chicot trescientos caballeros que se hallaban Ocultos en un bosque de pinos.

—¡Oh, señor! —dijo a Enrique—. ¿No serán esos hombres unos envidiosos que habrán oído hablar de vuestra cacería y que quizás intenten oponerse a ella?

—No, hijo mío, te engañas de medio a medio; son amigos que vienen de Paymirol; verdaderos amigos.

—¡Por Cristo, señor! Vais a contar hoy más hombres en vuestra comitiva que árboles en el monte.

—Chicot, hijo mío —replicó Enrique—, yo creo, y Dios me perdone el pensamiento, que ha circulado ya en el país la noticia de tu llegada, y que estos caballeros acuden de los cuatro puntos de mi reino para hacer los honores al rey de Francia, cuyo embajador eres.

Chicot tenía demasiado talento para dejar de comprender que hacía tiempo se burlaban de él.

Al oír las palabras del rey arrugó el entrecejo, pero no se incomodó.

La jornada dio fin en Monroy, punto en que los caballeros del distrito, como si previamente hubieran sabido que el rey de Navarra debía pasar por allí, le sirvieron una cena arreglada, de la cual se aprovechó Chicot con entusiasmo, pues la comitiva no había juzgado conveniente detenerse en el camino para una cosa de tan poca importancia como para comer, y por lo mismo nadie había probado cosa alguna desde que salieron de Nerac.

Se había dispuesto para Enrique la mejor casa de la ciudad; mitad de la gente se acomodó en la calle y la otra mitad fuera de puertas.

—¿Y cuándo empieza la caza? —preguntó Chicot a Enrique al ver que éste mandaba que le quitasen las botas.

—Aún no hemos llegado al territorio de los lobos, mi querido Chicot —repuso Enrique.

—¿Y cuándo llegaremos?

—¡Curioso!

—Nada de eso, señor, pero todo el mundo desea saber adonde va.

—Mañana lo sabrás, hijo mío: mientras tanto acuéstate en esos cojines que están a mi izquierda; ya ves cómo ronca Mornay a mi derecha.

—¡Cáspita! Y tiene el sueño más estrepitoso que la risa.

—Es cierto —contestó Enrique—: es poco amigo de meter ruido, pero interesa mucho verle en las faenas de la caza, y ya le verás.

No bien comenzaba a amanecer cuando los relinchos de los caballos despertaron a Chicot y al rey de Navarra.

Un anciano caballero que quiso servir al rey en persona, le ofreció una rebanada de pan con miel y el vino especiado de la mañana.

Mornay y Chicot fueron servidos por los criados del anciano caballero.

Acabado el desayuno se tocó botasillas.

—Vámonos, vámonos —dijo Enrique—, porque hoy nos espera buena jornada; a caballo, señores, a caballo.

Chicot vio con el mayor asombro que se habían incorporado a la cabalgata quinientos hombres más que llegaron por la noche.

—Señor —dijo al rey—: esto no es una escolta ni un acompañamiento, sino un ejército hecho y derecho.

Enrique sólo le respondió estas tres palabras:

—Espera, hombre, espera.

En Lauzerte se aumentaron las fuerzas con seiscientos hombres de infantería.

—¡Infantería! —exclamó Chicot.

—Allanadores —repuso el rey—, nada más que allanadores.

Chicot frunció el entrecejo, y desde entonces no volvió a desplegar los labios.

Veinte veces se dirigieron sus miradas hacia el campo, esto es, veinte veces cruzó por su mente la idea de emprender la fuga: pero se le había puesto una guardia de honor, a título indudablemente de representante del rey de Francia.

De aquí resultaba que Chicot, que estaba tan recomendado a esta guardia como un personaje de la más alta importancia, no hacía un ademán sin que fuese repetido por diez hombres.

Esto le disgustó en extremo, y así lo hizo presente al rey.

—¡Diablo! —le dijo Enrique—, tú tienes la culpa, hijo mío; has querido escaparte de Nerac, y temo que te ocurra hacer ahora lo mismo.

—Señor, os doy mi palabra de honor de que no intentaré ya semejante cosa.

—Sea en buena hora.

—Por otra parte, haría muy mal en huir.

—¿Por qué?

—Porque sin duda estoy destinado a ver aquí cosas sumamente curiosas.

—Me alegro, mi querido Chicot, de que sea esa tu opinión, pues es también la mía.

En aquel momento atravesaban la población de Montcuq, y cuatro piezas de artillería se reunían al ejército.

—Vuelvo a mi primera idea, señor —dijo Chicot—; los lobos de esta tierra son lobos consumados, pues veo se les trata con precauciones que no se emplean contra los lobos ordinarios. ¡Artillería para ellos, señor!

—¿También has reparado en eso? —contestó Enrique—. ¿Qué quieres? Es una manía de los habitantes de Montcuq, a quienes regalé para sus ejercicios esas cuatro piezas que compré en España, y que han pasado la frontera de contrabando: no saben ir sin ellas a ninguna parte.

—En fin, señor —murmuró Chicot—, ¿llegaremos hoy?

—No, mañana.

—¿Por la mañana o por la noche?

—Por la mañana.

—¿De manera que vamos a cazar a Cahors, ¿no es esto?

—Hacia ese lado.

—Pero, señor, ya que lleváis infantería, caballería y artillería para cazar lobos, ¿cómo es que olvidáis el estandarte real? No honráis completamente a esas nobles fieras.

—No permanece olvidado, Chicot. ¡Pues eso hubiera faltado por vida mía! Lo que hay es que está en su funda para que no se aje. Mas ya que a toda costa, hijo mío, te hace falta un estandarte para saber bajo qué bandera militas, te lo vamos a enseñar. Desplegad mi bandera —añadió el rey en alta voz—, pues el señor Chicot quiere conocer las armas de Navarra.

—No, no, es inútil —repuso Chicot—; más tarde lo veremos; dejadlo donde está, ya que está bien.

—Tranquilízate, pues —dijo el rey—, seguro de que lo verás a tiempo y en lugar conveniente.

Pasaron la segunda noche en Catus casi del mismo modo que la primera; desde que Chicot había dado al rey su palabra de honor de no huir, nadie observaba sus pasos.

Dio un paseo por el pueblo, y se adelantó hasta las avanzadas, notando que en todas direcciones llegaban a incorporarse al ejército compañías de cien, de ciento cincuenta y doscientos hombres, pues aquella noche se había destinado para la reunión de la infantería.

—Es una dicha que no marchemos hasta París —dijo Chicot—, pues a este paso llegaríamos a la capital con cien mil hombres.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, se encontraban a la vista de Cahors con mil infantes y dos mil caballos.

La ciudad estaba alerta y en estado de defensa, porque los exploradores habían alarmado el país obligando al señor de Vesins a tomar sus precauciones.

—¡Hola! —exclamó el rey, a quien Mornay comunicó esta noticia—. Nos esperan, ¿eh? Esto contraría un poco nuestros planes.

—Será preciso poner a la plaza sitio en regla, señor —observó Mornay—: todavía deben llegarnos dos mil hombres próximamente, y es cuanto necesitamos para balancear las

contingencias de la lucha.

—Reunamos el consejo —añadió el señor de Turena—, y abramos las zanjas.

Chicot contemplaba atónito todos los preparativos y oía con el mayor asombro cuanto se hablaba.

La frente arrugada y pensativa del rey de Navarra confirmaba su idea de que Enrique era hombre de pocos alcances militares, convicción que le tranquilizaba algún tanto.

Enrique dejó que todos hablasen, permaneciendo silencioso mientras exponían sucesivamente su opinión los que le rodeaban.

De pronto abandonó sus cavilaciones, irguió la frente, y dijo con acento de autoridad:

—Señores, he aquí lo que ha de hacerse: tenemos tres mil hombres y aguardamos dos mil, ¿no es esto, Mornay?

—Sí, señor.

—Total, cinco mil. Durante el sitio en regla nos matará el enemigo mil o mil quinientos en dos meses, lo cual desanimará a los restantes obligándonos a levantar el sitio y a retirarnos; en la retirada perderemos mil hombres más, y quedarán reducidas a la mitad nuestras fuerzas. Sacrifiquemos de una vez quinientos hombres y tomemos a Cahors.

—Pero, ¿cómo ha de hacerse? —interrogó Mornay al rey.

—Mi querido amigo, nos acercaremos sin vacilar a la puerta más inmediata: en nuestra marcha encontraremos un foso, que cegaremos con fajinas; allí caerán doscientos hombres, pero llegaremos a la puerta.

—¿Y luego?

—Haremos saltar la puerta con petardos, y entraremos: me parece que la cosa no es muy difícil.

Chicot miró a Enrique asustado.

—Sí —murmuró entre dientes—, cobarde y vanidoso como un gascón. ¿Osarías tú colocar el petardo al pie de la puerta?

Al mismo tiempo, y como si hubiese llegado a sus oídos el *aparte* de Chicot, añadió Enrique:

—No perdamos tiempo, señores, pues se nos puede enfriar el almuerzo: adelante, adelante, y sígame quien bien me quiera.

Chicot se acercó a Mornay, a quien no había podido dirigir una palabra durante el camino.

—Respondedme, señor conde —le dijo al oído—, ¿deseáis por ventura perecer todos abrasados?

—Señor Chicot, es preciso que eso suceda para disponernos a cosas mayores —replicó Mornay con la mayor tranquilidad.

—Pero vais a hacer que muera el rey.

—¡Bah! Su Majestad tiene buena coraza.

—Además, creo que no será tan loco que se esponga al fuego enemigo.

Mornay se encogió de hombros y volvió las espaldas a Chicot.

—Vamos —exclamó éste—, más me gusta dormido que despierto; mejor quiero oírle

roncar que hablar, porque entonces al menos no se muestra tan impolítico.

LV

**CÓMO SE PORTÓ EL REY DE NAVARRA
LA PRIMERA VEZ QUE SE HALLÓ EN UN COMBATE**

El pequeño ejército avanzó hasta situarse a dos tiros de cañón de la plaza, donde se detuvo para almorzar, concediéndose en seguida dos horas de reposo a soldados y oficiales.

A las tres de la tarde, es decir, dos horas antes de anochecer, llamó el rey a su tienda a los jefes.

Enrique estaba sumamente pálido, y mientras gesticulaba temblaban sus manos tan visiblemente, que los dedos parecían ser de algunos guantes puestos a secar.

—Señores —dijo—, hemos venido a tomar a Cahors, y es necesario apoderarnos de esta ciudad, ya que no hemos venido a otra cosa; pero debemos triunfar por medio de la fuerza; por medio de la fuerza, ¿me entendéis? Es forzoso rechazar cuerpo a cuerpo el hierro y el fuego.

—No está mal dicho eso —murmuró Chicot, que comentaba el discurso mentalmente—, y si el gesto no desmintiese las palabras, es cuanto pudiera exigirse del mismo señor Crillon.

—El mariscal de Biron —continuó Enrique—, que ha jurado ahorcar hasta el último hugonote, se halla acampado a cuarenta y cinco leguas de aquí, y a estas horas es muy probable que haya recibido aviso del señor de Vesins noticiándole nuestra llegada a la vista de Cahors, de manera que dentro de cuatro o cinco días amenazará nuestra retaguardia, y como tiene diez mil hombres nos encontraremos entre él y la ciudad: Tomemos, pues, a Cahors antes de que venga, y en seguida le recibiremos como el señor de Vesins se dispone a recibirnos, aunque, según me figuro, con mayor fortuna; en caso contrario tendrá al menos a su disposición buenos maderos católicos para ahorcar a los hugonotes, y no nos negaremos a proporcionarle esta satisfacción. Ea, señores, a la obra: voy a situarme a vuestra cabeza, y cuidado con descargar recios golpes menudeándolos como si granizase.

A esto se redujo la real alocución; pero su elocuencia pareció suficiente, pues los soldados respondieron con entusiastas aclamaciones y los oficiales con frenéticos bravos.

—Buen parlanchín, como gascón legítimo —dijo Chicot en voz baja—; lo hace perfectamente con la lengua, y estoy seguro de que habrá gimoteado en la cuna admirablemente: en fin, pronto le veremos delante del fuego.

Aquel reducido ejército se movió al punto a las órdenes de Mornay para ocupar sus respectivas posiciones: el rey, acto continuo, se aproximó a Chicot.

—Perdóname, amigo Chicot —le dijo—, si te he engañado hablándote de cacerías, de lobos y de otras simplezas, pues he debido hacer lo que hago ahora, y ésa ha sido siempre tu opinión, supuesto que repetidas veces me has dicho que el rey Enrique se niega a pagarme el dote de su hermana Margarita, al paso que Margarita llora y suspira por poseer a Cahors. Ya sabes que es preciso hacer lo que quieren las mujeres, si ha de conservarse la paz en los matrimonios; por consiguiente, querido, voy a tratar de

apoderarme de Cahors.

—¿Cómo es que la reina no os pide que conquistéis la luna, ya que sois un esposo tan complaciente? —replicó Chicot picado ya de las bromas del Bearnés.

—Hubiera procurado darle gusto, Chicot, porque quiero tanto a Margarita...

—¡Oh! Creo que Cahors os dará bastante faena, y quiero ver cómo salís del paso.

—A este punto quería yo precisamente ir a parar. Escucha, amigo Chicot: este momento es terrible y sobre todo desagradable: yo no confío mucho en mi espada, porque no soy valiente, y la Naturaleza tiembla en mí a cada arcabuzazo. Chicot, amigo mío, no te burles con exceso del pobre Bearnés, que es, al fin, tu compatriota y buen camarada; si tengo miedo y lo notas, al menos no me lo digas.

—¿Si tenéis miedo habéis dicho?

—Sí.

—¿De modo que teméis tener miedo?

—Sin duda.

—Pero con mil denomios, ya que no sois guerrero ni por temperamento ni por carácter, ¿por qué os metéis en estas danzas?

—Hombre, cuando es necesario...

—El señor de Vesins es un capitán temible.

—Demasiado lo sé.

—Y a nadie da cuartel.

—¿Lo creéis así, Chicot?

—Estoy convencido; poco le importan plumas blancas o encarnadas, pues a todo responde: "¡Fuego!"

—Eso lo dices porque llevo penacho blanco.

—Sí, en verdad, y como sois el único que lo usa de ese color...

—¿Y qué?

—Os aconsejo que os lo quitéis, señor.

—Es que como lo he puesto a fin de que me reconozcan, resulta que si me lo quito...

—¿Qué?

—No conseguiré mi objeto.

—Es decir, que no obstante mi consejo...

—Dices bien, no puedo desprenderme de él. Y al pronunciar estas palabras, que demostraban una resolución irrevocable, Enrique tembló mucho más que cuando arengaba a sus oficiales.

—Vamos —dijo Chicot que no podía comprender aquella manifiesta contradicción entre la palabra y el gesto—; vamos, señor, y ya que estamos a tiempo no cometáis una locura; es imposible que montéis a caballo en semejante situación.

—¿Conque estoy tan pálido, Chicot?

—Pálido como un muerto.

—¡Bueno!

—¿Cómo bueno?

—Sí, sí, yo me entiendo.

Al mismo tiempo tronó el cañón de la plaza seguido de furiosa mosquetería: de este modo contestaba el gobernador a la intimación de rendirse que le había dirigido Duplessis-Mornay.

—¡Hola! —exclamó Chicot—. ¿Qué os parece de esa música?

—Que me ocasiona un frío insoportable en la medula de los huesos —respondió Enrique—: vamos, vamos, caballo mío —agregó con duro y destemplado acento.

Chicot le contemplaba extático sin comprender el extraño fenómeno que ofrecía a su vista.

Enrique montó, pero se vio obligado a hacerlo en dos tiempos.

—Vamos, Chicot —dijo en seguida—, a caballo tú también. ¡Ah! No me acordaba que tampoco eres hombre de armas tomar, ¿en?

—Decís bien, señor.

—Acompáñame, Chicot, y tendremos miedo juntos; ven, ven, amigo mío, a ver el fuego: pronto, un buen caballo para el señor Chicot.

Este se encogió de hombros y montó un soberbio alazán español que le presentaron obedeciendo la orden que el rey acababa de dar.

Enrique partió al galope, Chicot le siguió, y al llegar al frente de las tropas le vio alzar la visera de su casco.

—¡Al aire mi bandera!— gritó lleno de belicoso entusiasmo.

Hízose al punto lo que el rey mandaba, y una magnífica bandera negra que ostentaba el doble escudo de Navarra y de Borbón se desplegó al viento: su fondo era blanco; a un lado veíanse las cadenas de oro sobre azul, y al otro las flores de lis con el lambel cruzado.

—He ahí una bandera —dijo Chicot— que si no me equivoco va a estrenarse con muy poca fortuna.

Al mismo tiempo y como contestando al pensamiento de Chicot, tronó el cañón de la plaza y derribó una larga fila de infantería a diez pasos del rey.

—¡Ira de Dios! —exclamó éste—. ¿Has visto eso, Chicot? No se presenta del todo mal la función en que nos hemos metido.

Y sus dientes se entrechocaron al hablar así.

—Se va a desmayar —murmuró Chicot.

—¡Ah! —murmuró Enrique—: tienes miedo, maldito esqueleto; te impacientas, piafas y tiemblas, ¿eh? Espera, espera un poco, que no tardarás en temblar con mayor motivo.

Y aplicando ambas espuelas a los ijares del caballo blanco que montaba, se adelantó a los jinetes, así como a la infantería y caballería, llegando a situarse a cien pasos de la plaza, en medio del fuego de las baterías que disparaban incesantemente desde el muro y con un ruido infernal torrentes de metralla que se reflejaban en su armadura como los rayos del sol cuando camina al ocaso.

Allí se mantuvo inmóvil durante diez minutos con el rostro vuelto hacia la puerta de la ciudad y gritando con todas sus fuerzas:

—¡Las fajinas! ¡Las fajinas con mil demonios!

Mornay le había seguido con la visera alta y espada en mano.

Chicot imitó a Mornay; defendía su cuerpo una coraza, pero no desenvainó la espada, y detrás de estos tres personajes corrieron, entusiasmados por el ejemplo, los jóvenes y valientes caballeros hugonotes gritando a voz en cuello:

—¡Viva Navarra!

El vizconde de Turena marchaba a su cabeza con una enorme fajina sobre el pescuezo de su caballo.

En un momento se llenó de fajinas el foso que defendía el puente levadizo, y arrojándose los artilleros con el mayor ímpetu consiguieron, con una pérdida de treinta hombres, de cuarenta que eran, colocar los petardos debajo de la puerta.

La metralla y la mosquetería silbaban como el huracán alrededor de Enrique, y en menos de un minuto cayeron veinte valientes a su lado.

—¡Adelante! ¡Adelante! —exclamó lanzando su caballo entre los artilleros.

Llegó al foso justamente cuando el primer petardo acababa de obrar contra la puerta, que quedó hendida por dos partes.

Los artilleros dieron fuego al segundo petardo que agujereó también la sólida madera, pero veinte arcabuces asomaron inmediatamente por las tres aberturas vomitando balas y pedazos de hierro sobre oficiales y soldados.

Caían los hombres alrededor del rey como espigas cortadas por la hoz del segador.

—Señor, señor —dijo Chicot sin pensar en sí mismo—, retiraos por todos los santos del Cielo.

Mornay nada decía, mas no disimulaba el orgullo que le inspiraba su aventajado discípulo, y aun de vez en cuando hacía todo lo posible por cubrirle con su cuerpo; pero Enrique le separaba con nerviosa fuerza.

De pronto sintió Enrique que un frío sudor le bañaba la frente y que sus ojos se obscurecían por una nube espesa.

—¡Ah, Naturaleza maldita! —gritó—: no se dirá que me has vencido.

Y arrojándose del caballo agregó con furor: —¡Un hacha! ¡Un hacha!

Y con vigoroso brazo rechazó los cañones de los arcabuces, rompió las cadenas y arrancó los enormes clavos de bronce.

Por fin se desprendió una viga arrastrando tras sí la hoja de una puerta y un lienzo de muralla, y al punto se arrojaron cien hombres a la brecha al grito de:

—¡Navarra! ¡Navarra! ¡Cahors por Enrique de Bearn! ¡Viva Navarra!

Chicot no se había separado del rey, y ambos se hallaban bajo el arco de la puerta que Enrique había atravesado de los primeros: y no obstante temblaba y bajaba la cabeza a cada arcabuzazo.

—¡Por Lucifer! —decía furioso—. ¿Has visto en toda tu vida, Chicot, cobardía semejante?

—En efecto, señor —respondió éste—; sois el mayor cobarde que he conocido, lo cual me causa no poco asombro.

No pudieron hablar más, porque en aquel momento intentó la guarnición desalojar a Enrique y su vanguardia de la puerta que había conquistado y de las casas inmediatas.

Enrique recibió al enemigo espada en mano, mas los sitiados fueron los más fuertes y lograron rechazar al rey y a los suyos hasta la parte opuesta del foso.

—¡Por vida de Satanás! —gritó Enrique—; parece que mi bandera se retira: pues bien, yo haré que avance.

Y tomando el estandarte con sublime esfuerzo le hizo ondear al viento y volvió a entrar el primero en la plaza, medio envuelto en sus flotantes pliegues.

—Ten ahora miedo —gritaba con rabia—, tiembla ahora, cobarde.

Las balas silbaban al aplastarse en su armadura con un ruido formidable y seco y abrían en la bandera brechas enormes.

Turena, Mornay y otros mil se lanzaron a la puerta siguiendo los pasos del rey.

El cañón de la plaza cesó en sus fuegos, porque la contienda debía ya decidirse frente a frente y cuerpo a cuerpo.

Se oyó en los muros ruido de armas, resonaron algunos tiros de arcabuz y de mosquete, y al fin se presentó el señor de Vesins gritando:

—Cortad las calles, formad barricadas, defendeos en las casas derribando tabiques.

—¡Oh! —le dijo el señor de Turena, que se hallaba bastante cerca de él para oírle—, el sitio de la ciudad se ha concluido, mi pobre Vesins.

Y como por vía de apéndice a estas palabras le disparó un pistoletazo con tanto acierto que le hirió en un brazo.

—Te equivocas, Turena, te equivocas —contestó el señor de Vesins—, porque Cahors necesita veinte sitios, de modo que si habéis dado fin a uno os faltan diez y nueve.

El señor de Vesins se defendió cinco días y cinco noches de calle en calle y de casa en casa.

Por fortuna para la naciente prosperidad de Enrique de Navarra, había confiado más de lo que debía en las murallas y en la guarnición de Cahors, de manera que no pensó en pasar aviso al señor de Biron.

Durante cinco días y cinco noches mandó Enrique cual consumado capitán y combatió como un soldado; por espacio de cinco días y cinco noches durmió algunos ratos sirviéndole de almohada una piedra, y siempre se despertó con hacha en mano.

De día se conquistaba una calle, una plaza, un barrio; de noche procuraba la guarnición recobrar lo que durante el día había perdido.

Al fin, la noche del cuarto o quinto día, cansado ya el enemigo, proporcionó algún reposo al ejército protestante. Enrique entonces le atacó con furor forzando un puesto atrincherado que costó setecientos hombres: casi todos los mejores oficiales quedaron heridos, el señor de Turena recibió un arcabuzazo en la espalda y Mornay una pedrada en la cabeza que pudo muy bien haberle dejado en el sitio. El rey fue el único que salió ileso; al miedo que había sentido en un principio y que con tanta heroicidad había vencido, sucedió en su alma una agitación febril, una audacia casi insensata; todos los lazos de su armadura cedieron tanto a sus propios esfuerzos como a los golpes de sus contrarios, y descargaba golpes tan terribles que nunca hería a sus enemigos, sino que los mataba.

Forzado el último punto penetró el rey en la población seguido de su eterno Chicot, que silencioso y sombrío contemplaba, hacía ya cinco días, con indecible desesperación el fantasma aterrador de una monarquía nueva que se alzaba para hundir la monarquía de los Valois.

—Vamos, ¿qué piensas? —le dijo el rey levantando la visera de su casco y como si hubiese podido adivinar los pensamientos que agitaban al pobre embajador.

—Señor —murmuró Chicot tristemente—, estoy pensando en que sois un verdadero monarca.

—Y yo, señor —exclamó Mornay—, digo que sois un imprudente. ¡Qué es eso! ¡Sin guanteletes y con la visera alzada, cuando aún os hacen fuego de todas partes! He ahí que nos llega otra bala.

En efecto, una bala cruzaba silbando sobre el casco de Enrique y tronchó una pluma de su cimera.

Al mismo tiempo y como para corroborar la justicia de las observaciones de Mornay, se encontró el rey cercado por diez arcabuceros de la escolta particular del gobernador, quien los había emboscado en aquel punto porque eran excelentes tiradores.

El caballo del rey quedó muerto en el acto y el de Mornay cojo.

El rey cayó, y diez espadas se desnudaron contra él.

Chicot era el único que permanecía a caballo, pero se arrojó al suelo, se colocó delante del rey, e hizo con su tizona un molinete tan rápido, que retrocedieron los enemigos más próximos.

Levantando en seguida a Enrique, que se veía envuelto entre los arreos de su caballo, y presentándole el que el mismo Chicot montaba, le dijo:

—Señor, haréis presente al rey de Francia que si he desenvainado la espada contra él a nadie he tocado con ella.

Enrique atrajo hacia sí a Chicot, y le abrazó arrasándosele de lágrimas los ojos.

—¡Ira de Dios! —le dijo—: serás mío, Chicot, y vivirás y morirás conmigo: mi servicio es tan bueno como mi corazón.

—Señor —contestó Chicot—, no puedo servir en el mundo a nadie más que a mi príncipe. ¡Ah! su estrella va eclipsándose; pero seré fiel a su adversa fortuna, ya que no he querido participar de la próspera: dejadme, pues, servir y amar a mi rey mientras viva: en breve seré yo el único que le acompañe, y no debéis envidiarle su último servidor.

—Chicot —replicó Enrique—, os repito mi promesa: sois para mí una persona querida y sagrada; después de Enrique de Francia os quedará siempre Enrique de Navarra por amigo.

—Sí, señor, sí —contestó solamente Chicot besando con respeto la mano del rey.

—Ya lo estás viendo, amigo mío —añadió éste—: Cahors me pertenece; tal vez ese Vesins hará sucumbir toda su gente; pero estoy resuelto también a que quede sepultada aquí toda la mía primero que retirarme.

Aquella amenaza era inútil: Enrique no tenía necesidad de obstinarse por más tiempo, pues sus tropas, mandadas por el señor de Turena, acababan de acorralar a la guarnición, y el señor de Vesins estaba prisionero. La ciudad, por consiguiente, quedó conquistada. Enrique asió a Chicot de la mano y le condujo a una casa incendiada y acribillada a

balazos que le servía de cuartel general: allí dictó a Mornay una carta que Chicot debía llevar al rey de Francia.

Dicha carta se hallaba redactada en mal latín, y concluía con estas palabras:

Quod mihi dixisti profuit multum. Cognosco meos devotos; nosce tuos. Chicotus cetera expedit. Que quería decir:

"He sacado bastante provecho de lo que dijiste. Conozco a los que me son fieles: conoce a los que lo son para ti. Chicot te explicará lo demás."

—Y ahora, amigo Chicot, dame un abrazo, y cuidado con que te manches, porque Dios me perdone, mas estoy lleno de sangre como un carnicero. De buen grado te ofrecería una parte de la caza que hemos hecho si no leyera en tus ojos que te negarías a tomarla; pero he aquí mi sortija, Chicot; tómalala, pues lo mando, y vete, supuesto que no te detengo más: vete, vete a Francia, en cuya corte excitarás gran curiosidad refiriendo lo que has visto.

Chicot aceptó la sortija y salió de Cahors, pero tardó tres días en convencerse de que no era un sueño cuanto le había pasado, del cual despertaría en París al ver las ventanas de su casa, delante de la cual daba el señor de Joyeuse magníficas serenatas.

LVI

LO QUE PASABA EN EL LOUVRE

La necesidad en que nos hemos visto de seguir a nuestro amigo Chicot hasta el fin de su difícil comisión nos ha separado largo espacio, y por ello pedimos perdón a nuestros lectores, del palacio del Louvre.

No es justo sin embargo que demos por más tiempo al olvido así las consecuencias detalladas de la empresa de Vincennes como la persona del rey, que había sido objeto de ella.

Después de haber evitado Enrique III con tanto valor el peligro, sintió esa emoción retrospectiva que casi siempre se apodera de los corazones más animosos una vez pasado el peligro: entró, pues, en el Louvre sin despegar los labios, rezó sus oraciones deteniéndose en ellas algo más de lo habitual, y como estaba entregado a Dios olvidó dar las gracias (¡tan grande era su fervor!) a los vigilantes oficiales y a los fieles guardias que le habían ayudado a salir del peligro.

Poco después se acostó, dejando admirados a sus pajes la rapidez con que se desnudó: cualquiera al verle hubiera dicho que tenía prisa de dormir para encontrar al día siguiente sus ideas más frescas y expeditas.

De manera que d'Epernon, que permaneció en la cámara del rey el último de todos, esperando una expresión de gratitud, salió de ella con malísimo humor al ver que aquella expresión no se pronunciaba.

Loignac, que se mantenía en pie detrás de los tapices de la estancia, viendo que el señor d'Epernon no le dirigía la palabra al pasar por delante de él, se acercó con mal gesto a los Cuarenta y Cinco diciéndoles:

—Señores, a descansar, pues el rey no tiene ya por hoy nada que mandaros.

A las dos de la mañana todos dormían en el palacio del Louvre.

El secreto de la aventura se había guardado fielmente sin que transpirase por parte alguna: los buenos ciudadanos de París roncaban, pues, tranquilamente, sin imaginar siquiera que habían estado a punto de despertarse con el advenimiento al trono de una nueva dinastía.

El señor d'Epernon mandó que le quitasen las botas sin demora, y en vez de rondar por la ciudad, según su costumbre, acompañado de treinta o cuarenta caballeros, siguió el ejemplo que acababa de darle su augusto amo, metiéndose en cama sin decir una palabra.

Pero Loignac que, semejante al *justun et tenacem* de Horacio, no olvidaba sus deberes aunque se aplanase el mundo entero, visitó los puestos que ocupaban los suizos y los guardias franceses, cuerpos que hacían el servicio con regularidad, pero con poco celo.

Aquella noche se castigaron como faltas graves tres pequeñas infracciones de las leyes de disciplina.

Al día siguiente Enrique, cuya hora de levantarse esperaban tantos con impaciencia para saber a qué atenerse sobre lo que de él debían aguardar, tomó cuatro caldos en su lecho, en vez de dos, como de ordinario, y mandó por el señor d'O y de Villeguier para que fuesen a trabajar con él en un nuevo edicto sobre contribuciones.

La reina supo que debía comer sola, mas habiendo manifestado por conducto de un gentilhombre que la salud de Su Majestad la tenía con cuidado, se dignó contestar Enrique que recibiría por la noche a las damas y haría colación en su gabinete.

La misma contestación obtuvo otro gentilhombre de la reina madre, que aunque retirada hacía años en su palacio de Soissons enviaba todos los días a saber de su hijo.

Los señores secretarios de Estado se miraron inquietos, pues el rey estaba tan ensimismado y distraído que las bárbaras exacciones propuestas por sus ministros no le arrancaron una sonrisa. La distracción de un rey, ya se sabe, es terrible incertidumbre para sus consejeros.

Mas por otra parte el rey se divertía mucho con Míster Love, diciéndole, cuando el animal apretaba los afilados dedos de Su Majestad entre sus blancos dienteillos:

—¡Ah! ¡Ah! ¡Rebelde! ¿También tú quieres morderme, bribón? Perrillo traidor, ¿también te alzas contra tu amo? ¿Qué es esto? Parece que todos se conjuran...

Y en seguida, haciendo tantos esfuerzos aparentes, como los que empleó en realidad Hércules, hijo de Alcmena, para domar al león Nemeo, sujetaba a aquel monstruo tan grande como el puño, añadiendo con indecible satisfacción:

—¡Vencido, Míster Love! ¡Vencido, malvado secuaz de la Liga! ¡Vencido! ¡Vencido!

Esto fue lo único que los ministros d'O y Villeguier, hábiles diplomáticos, que creían adivinar todos los secretos humanos, pudieron obtener del rey, que permaneció silencioso con todos menos con Míster Love.

Tuvo que firmar y firmó; tuvo que escuchar y escuchó cerrando los ojos con tanta naturalidad que era imposible conocer si en efecto escuchaba o dormía.

Por último, dieron las tres de la tarde y Enrique mandó llamar al duque d'Epernon.

Dijéronle que se hallaba pasando revista a la caballería ligera, y en vista de esto hizo que avisasen a Loignac, pero éste se ocupaba a la sazón en adiestrar caballos limosinos.

Todos aguardaban una explosión de cólera al ver que el rey no podía hacer cumplir su voluntad, pero nada sucedió, y Enrique, contra lo que era de temer, se puso a silbar con el mayor desenfado una tocata de caza, distracción a que solamente se entregaba cuando estaba muy satisfecho de sí mismo.

Era, pues, evidente que todo el empeño que el rey había manifestado de callar hasta entonces se trocaba en una comezón creciente e insoportable de hablar.

Dicha comezón se convirtió de allí a poco en una necesidad irresistible, mas al verse solo tuvo que hablar consigo mismo.

Pidió un refrigerio que le servía de merienda, y mientras lo saboreaba ordenó que le leyesen una obra edificante, pero a poco rato interrumpió al lector para preguntarle: —¿No fue Plutarco el que escribió la vida de Sila? El lector, que tenía delante un libro sagrado y que se veía obligado a responder a una pregunta profana, miró al rey con asombro, pero Enrique volvió a repetir las mismas palabras.

—Sí, señor —contestó el lector.

—¿Os acordáis del pasaje en que refiere el historiador que el dictador evitó la muerte? El lector se puso a pensar.

—A punto fijo no, señor —dijo por último—, pues hace mucho tiempo que no leo a Plutarco.

En aquel instante anunciaron a su eminencia el cardenal de Joyeuse.

—¡Ah! Me alegro —dijo el rey—; he aquí un hombre sabio, un amigo, que no tardará en sacarnos de dudas.

—Señor —repuso el cardenal—, ¿tendré, tal vez, la felicidad de llegar a propósito? Esto es muy raro en el mundo.

—A fe mía que sí. ¿Habéis oído mi pregunta?

—Vuestra Majestad, según creo, preguntaba de qué manera y en qué circunstancias se libró de la muerte al dictador Sila.

—Eso es. ¿Y podéis contestarme, cardenal?

—Nada es más fácil, señor.

—Veamos, pues.

—Sila, que hizo matar tantos hombres, solamente arriesgó su vida en los combates: supongo que Vuestra Majestad aludía a una batalla...

—Sí, y creo que en una batalla tuvo la muerte a cuatro dedos. Abrid el Plutarco, cardenal, ahí debe haber uno traducido por ese buen Amyot, y leedme ese pasaje de la vida del romano que se libró por la velocidad de su caballo de los dardos enemigos.

—Señor, para esto no necesitamos abrir el Plutarco; sucedió lo que decís en la batalla que dio a Teleserius el Samnita y a Lamponius el Lucano.

—Debéis saberlo perfectamente, mi querido cardenal, pues sois un pozo de ciencia.

—Vuestra Majestad me honra más que merezco —replicó el prelado inclinándose con respeto.

—Explicadme ahora —prosiguió el rey al cabo de una corta pausa—, por qué el león romano, que era tan cruel, nunca se vio acosado por sus enemigos.

—Señor, contestaré a Vuestra Majestad con las mismas palabras de Plutarco:

—Contestad, Joyeuse, contestad.

—Carbón, enemigo implacable de Sila, decía frecuentemente: "Tengo que combatir a un tiempo contra un león y contra un raposo que se anidan en el alma de Sila, pero el raposo es el que da más cuidado."

—¡Hola, ¡hola! —exclamó Enrique pensativo—. ¿Conque el raposo?

—Plutarco lo dice, señor.

—Y con mucha razón, cardenal. Pero a propósito de batallas, ¿habéis tenido noticias de vuestro hermano?

—¿De cuál de ellos, señor? Vuestra Majestad ya sabe que tengo cuatro.

—Hablo del duque de Arques, de mi amigo.

—Ninguna he recibido.

—Con tal que el duque de Anjou, que hasta ahora ha representado bien el papel de raposo, sepa representar medianamente el de león...

El cardenal nada contestó a esta pulla, pues de nada le sirvió Plutarco y temía, como diestro cortesano, contestar de modo que desagradase al rey si defendía al duque de Anjou.

Viendo el rey que Su Eminencia guardaba silencio, volvió a sus juegos con Míster Love,

y haciendo poco después una señal al cardenal para que se quedase, se levantó, vistiéndose con lujo y se dirigió al gabinete en donde ya le aguardaba la corte.

En medio de ella es donde, con el mismo instinto que en los bosques, se advierte el principio y el fin de las tempestades: sin que nadie hubiese hablado, sin que nadie hubiese aún visto al rey, todos los semblantes aparecían perfectamente amoldados a las circunstancias.

Las dos reinas estaban verdaderamente inquietas.

Catalina, pálida y llena de curiosidad, saludaba a todos dirigiéndoles breves y duras palabras: Luisa de Vaudemont a nadie miraba, ni oía lo que se hablaba, y hubo momentos en que la desgraciada creía que iba a volverse loca.

El rey se presentó al fin y todos notaron que sus miradas eran penetrantes y que un ligero sonrosado animaba su rostro; podía leerse también en él una apariencia de buen humor, que produjo en aquellos semblantes adustos que esperaban la aparición del de Enrique, el mismo efecto que hace un rayo de sol en los bosques cuando el otoño los tiñe de amarillento color.

La púrpura y el oro brillaron en el gabinete con la presencia del rey, que esparció en un momento entre todos los corazones la serenidad de que disponía su poder.

Enrique besó la mano a su madre y a su esposa con la misma galantería que si fuese aún duque de Anjou, y dirigió innumerables lisonjas a las damas, poco acostumbradas hasta entonces a tantas distinciones reales, llegando hasta el punto de ofrecerles confites y anises.

—Vuestra salud nos tenía alarmadas, hijo mío —dijo Catalina mirando al rey con particular atención, como para cerciorarse de que no era postizo su color de rosa, ni una careta el buen humor que manifestaba.

—Y esa alarma ha sido infundada, señora —repuso el rey—, porque nunca he disfrutado de tan buena salud como ahora.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa que procuraron repetir todas las bocas.

—¿Y a qué feliz influencia debéis, hijo mío, esa mejoría? —preguntó Catalina con mal disimulada inquietud.

—A la circunstancia de haberme reído mucho, señora.

Todos se contemplaron unos a otros con tan profunda admiración, que no parecía sino que el rey acababa de decir el más enorme desatino.

—¿Os habéis reído mucho, hijo mío? ¿Es cierto eso? —repuso Catalina con rostro severo—. En tal caso sois muy feliz.

—He ahí como yo soy, señora.

—¿Y con qué motivo os habéis abandonado a ese exceso de risa?

—Debéis saber, madre mía, que anoche fui al bosque de Vincennes.

—Estoy informada de ello.

—¡Ah! ¿Conque no lo ignorabais?

—No, hijo mío, pues todo lo que os atañe me interesa demasiado; me parece que en esto nada de nuevo os digo.

—Es cierto. Pues, señora, repito que estuve en el bosque de Vincennes; pero a la vuelta

me mostraron mis exploradores un ejército enemigo cuyos mosquetes brillaban en medio de las sombras de la noche.

—¡Un ejército enemigo en el camino de Vincennes!

—Sí, madre mía.

—¿En qué sitio?

—Enfrente del estanque de los Benedictinos, cerca de la casa de recreo de nuestra amable prima.

—¡Cerca del palacio de campo de la duquesa de Montpensier! —replicó Luisa de Vaudemont.

—Precisamente, señora; cerca de Belesbat; me adelanté intrépidamente para presentar la batalla, y vi...

—¡Dios mío!, continuad —dijo la reina visiblemente inquieta.

—¡Oh! tranquilizaos, señora.

Catalina escuchaba con la mayor zozobra, pero no revelaban su ansiedad cruel ni un ademán ni una palabra.

—Vi —prosiguió el rey— un completo priorato de monjes que me presentaban las armas en medio de mil belicosas aclamaciones.

El cardenal Joyeuse se echó a reír, y todas las personas que formaban la corte le imitaron.

—¡Oh! —dijo el rey—; reíd, reíd cuanto os dé la gana, y a fe que hacéis bien, pues de esto se hablará durante mucho tiempo. El resultado es que tengo en Francia más de diez mil frailes, de los cuales puedo hacer de la noche a la mañana otros tantos mosqueteros, en cuyo caso crearé una plaza de gran maestro de mosqueteros tonsurados de S. M. C. y os la concederé, señor cardenal.

—Señor, estoy dispuesto a aceptarla, pues mi único deseo es servir a Vuestra Majestad en todo cuanto pueda complacerle.

Durante el coloquio del rey con el cardenal, se levantaron las damas como lo exigían las leyes de la etiqueta y, saludando al rey una a una, fueron retirándose del gabinete, siguiéndolas la reina con sus damas de honor.

La reina madre permaneció no obstante, pues en aquella alegría desusada del rey existía un misterio que anhelaba profundizar.

—¡Ah, cardenal! —exclamó de pronto Enrique al prelado cuando éste se disponía a salir, pues conocía que la reina madre deseaba hablar a su hijo—. Decidme, ¿qué ha sido de vuestro hermano Bouchage?

—Lo ignoro, señor.

—¡Cómo! ¿No lo sabéis?

—No, apenas le veo, o mejor dicho, no le veo nunca —replicó el cardenal.

Un acento grave y triste resonó en el fondo del gabinete.

—Aquí estoy, señor —exclamó la voz.

—¡Ah! ¡Es él! —exclamó Enrique—: acercaos, conde, acercaos.

El joven obedeció.

—¡Vive Dios! —agregó el rey mirándole con asombro—; a fe de caballero, ése no es un

cuerpo, sino una sombra que se mueve.

—Señor, eso consiste en que trabaja mucho —murmuró el cardenal, no pudiendo menos de extrañarse del cambio que habían sufrido en ocho días las facciones de su hermano.

En efecto, Bouchage estaba pálido como una estatua de cera, y su cuerpo, cubierto de seda y de bordados, participaba del perfil y de la desproporción que se observa en las sombras.

—Venid aquí, joven —le dijo el rey—. Cardenal, os doy las gracias por vuestras citas de Plutarco, y me prometo recurrir a vos en ocasiones semejantes.

El cardenal se convenció de que el rey quería quedarse solo con Enrique y se retiró al punto.

El rey le dejó salir mirándole de soslayo, y en seguida dirigió la vista hacia su madre, que continuaba inmóvil.

Sólo estaban ya en el salón la reina madre, el señor d'Epernon que la obsequiaba con notable galantería y Bouchage.

Al lado de la puerta se veía a Loignac, semicortesano, semisoldado, que atendía a su servicio más que a otra cosa.

Sentóse el rey e hizo una seña a Bouchage para que se le aproximase.

—Conde —le dijo—, ¿por qué ocultaros así detrás de las damas? ¿No sabéis que me agrada mucho el veros⁹

—Vuestras palabras, señor, me honran infinito —repuso el joven inclinándose con profundo respeto.

—¿En qué consiste, pues, que no os vemos por el Louvre?

—¿No me veis, señor?

—Verdaderamente que no, y de eso mismo me quejaba al cardenal vuestro hermano, hombre mucho más sabio que lo que yo pensaba.

—Si Vuestra Majestad no me ha visto —repuso Enrique—, es porque no se ha dignado dirigir sus miradas hacia aquel rincón del gabinete. Señor, todos los días estoy en él cuando el rey se presenta, asisto con la misma regularidad a mi obligación cuando Su Majestad se levanta y le saludo asimismo con respetuoso homenaje cuando se retira del consejo. Nunca he faltado, nunca faltaré, mientras pueda sostenerme, al cumplimiento de esos deberes que son muy sagrados para mí.

—¿Y seguramente por eso estás tan triste? —le preguntó amistosamente el rey.

—¡Oh! Me persuado de que Vuestra Majestad no lo cree.

—No, pues sé que tú y tu hermano me amáis,

—¡Señor!

—Y yo también os amo. A propósito, ¿sabes que el pobre Ana me ha escrito desde Dieppe?

—No lo sabía, señor.

—Ya, pero bien sabes que no se marchó muy contento.

—En efecto, me confesó el pesar que sentía por dejar a París.

—Sí, mas también me dijo que había un hombre a quien hubiera causado mayor

sentimiento el salir de la capital, y que si tú hubieses recibido semejante orden, hubieras muerto.

—Probablemente, señor.

—Más me dijo, porque tu hermano suele decir muchas cosas, lo que no sucede siempre: me dijo que en tal caso me hubieras desobedecido. ¿Es verdad?

—Señor, Vuestra Majestad ha hecho bien en hablar de mi muerte antes que de mi desobediencia.

—¿Y si no hubieses muerto de dolor al recibir la orden?

—Señor, habría sido para mí mucho más penoso desobedecer que morir, y con todo —añadió el joven inclinando hacia el suelo su pálida frente como para ocultar su emoción—, hubiera desobedecido.

El rey se cruzó de brazos y miró a Joyeuse.

—¡Demonio! —exclamó de repente—: se me figura, mi pobre conde, que estás algo loco.

El joven se sonrió tristemente.

—¡Oh, señor! —contestó—; lo estoy del todo, y Vuestra Majestad no debe tener conmigo la menor consideración.

—Vamos, la cosa es seria, según veo.

Joyeuse ahogó un suspiro.

—Ea; refiéreme eso, sepamos lo que hay.

Bouchage consiguió sonreírse.

—Un gran rey, como vos, señor, no debe rebajarse hasta el punto de oír tales confidencias.

—Al contrario, amigo mío; habla, habla, cuéntame todo y me distraerás.

—Señor —contestó el joven con orgullo—, Vuestra Majestad se equivoca, pues debo asegurar que nada hay en mi tristeza que pueda divertir a un corazón noble.

El rey le cogió la mano diciendo:

—Vamos, vamos, no te enfades, Bouchage; ya sabes que también tu rey ha experimentado los sufrimientos de un amor desgraciado.

—Sí, señor, en otro tiempo... ya lo sé.

—Compadezco por lo mismo tus pesares.

—¡Oh, señor! Esta es demasiada bondad.

—No, por cierto. Escucha: como nada había más alto que yo, excepto el poder de Dios, cuando padecí lo que ahora sufres, nadie pudo ayudarme; pero en cuanto a ti, sucede todo lo contrario, puedo ayudarte.

—¡Señor!

—Y por lo tanto —añadió el rey con afectuosa tristeza—, también puedo esperar ver terminadas tus penas.

El joven meneó la cabeza en señal de duda.

—Bouchage —exclamó Enrique—, te aseguro que serás feliz, o dejaré yo de ser rey de Francia.

—¡Yo, feliz! ¡Ah, señor! Es imposible —replicó el joven con una sonrisa que revelaba la indecible amargura de su corazón.

—¿Y por qué?

—Porque mi ventura no es de este mundo.

—Enrique —replicó el rey—, al partir vuestro hermano os ha recomendado a mí como a un amigo, y quiero, ya que no consultáis en vuestros asuntos ni la sabiduría de vuestro padre, ni la ciencia de vuestro hermano el cardenal, ser para vos un hermano mayor: vamos, confiad en mí, instruidme de todo, y os afirmo, Bouchage, que a todo menos a la muerte, encontrarán remedio mi poder y el amor que os profeso.

—Señor —repuso el joven arrojándose a los pies del rey—, no me confundáis con tantas pruebas de bondad a las cuales me es imposible corresponder; mi desgracia no tiene remedio, pues constituye mi único placer.

—Bouchage, sois un loco capaz de habéros las con espíritus; yo soy quien os lo aseguro.

—Harto lo sé —respondió Joyeuse con la mayor tranquilidad.

—Pero ¡con mil diablos! —exclamó el rey algo impaciente—, ¿queréis contraer matrimonio? ¿Deseáis ejercer influencia?

—Señor, deseo inspirar amor, y ya conocéis que nadie en el mundo puede concederme este beneficio: yo solamente debo obtenerlo por mí mismo.

—¿Y por qué te desesperas?

—Porque estoy convencido de que jamás lo lograré.

—Pon antes los medios, hijo mío. Eres joven, buen mozo y rico. ¿Qué mujer resiste a la triple influencia del amor, de la juventud y de la hermosura? Ninguna, Bouchage, ninguna.

—¡Cuántos en mi puesto bendecirían a Vuestra Majestad por esa indulgencia excesiva, por esa bondad que me abruma! Ser amado por un rey como Vuestra Majestad es casi tanto como ser amado por Dios.

—Es decir, que aceptas mis consejos: perfectamente. Nada me cuentes, si te obstinas en ser discreto, pero yo mandaré que se tomen informes y se hagan pesquisas. Ya sabes lo que he hecho por tu hermano, ¿eh? Pues bien; haré otro tanto por ti, y no abandonaré mi propósito por cien mil escudos.

Bouchage tomó la mano del rey y la estrechó contra sus labios.

—Pídame Vuestra Majestad mi sangre —dijo con exaltación—, y la derramaré hasta la última gota para probar mi gratitud a una protección que rehusó.

Enrique III volvió las espaldas disgustado.

—A la verdad —murmuró—, estos Joyeuse son más testarudos que los Valois; he ahí uno que me presentará todos los días un rostro lánguido y unas ojeras terribles, cosas ambas en extremo divertidas. ¡Como si no se viesen ya demasiados rostros de esta clase en la corte!

—¡Oh, señor! No os quejaréis por tan poca cosa —exclamó el joven—; la fiebre esparcirá sobre mis mejillas un color sonrosado, y al verme reír todos supondrán que soy el hombre más dichoso del mundo.

—Sí, sí, pero yo sabré todo lo contrario, maldito terco, y esta certidumbre me

entristecerá.

—¿Permite Vuestra Majestad que me retire? —interrogó Bouchage.

—Sí, hijo mío, vete, y procura ser hombre.

El joven besó otra vez la mano al rey, saludó a la reina madre, pasó con orgullo por delante de d'Epernon y salió del gabinete.

No bien hubo pasado el umbral de la puerta, cuando gritó el rey:

—Cierra, Nambu.

El ujier a quien iba dirigida esta orden dijo en la antecámara que el rey no recibía ya a nadie.

Entonces se acercó Enrique al duque d'Epernon, y tocándole en el hombro, dijo:

—Lavalette, esta noche darás una gratificación a los Cuarenta y Cinco, concediéndoles licencia por un día y una noche, pues quiero que se diviertan. Por Dios que me han salvado esos perillanes, así como salvó a Sila su caballo blanco.

—¡Os han salvado! —exclamó Catalina con asombro.

—Sí, madre mía.

—¿De quién?

—Preguntádselo a d'Epernon.

—Os lo pregunto a vos; lo cual me parece más oportuno.

—Pues bien, señora, nuestra muy querida prima, la hermana de vuestro buen amigo, el de Guisa... ¡Oh! No lo neguéis, es vuestro buen amigo.

Catalina se sonrió como diciendo:

—Nunca acabará de entenderme.

El rey vio aquella sonrisa, apretó los labios y prosiguió:

—La hermana de vuestro buen amigo, el de Guisa, me armó ayer una emboscada.

—¡Una emboscada!

—Sí, señora, y estuve expuesto a ser cogido y tal vez asesinado.

—¿Por el señor de Guisa? —interrogó Catalina.

—Supongo que no lo creéis.

—Confieso que no.

—D'Epernon, amigo mío, por el amor de Dios, refiere completamente la aventura a la reina madre, pues si yo hablase y ella continuase encogiéndose de hombros como hasta aquí, me enfadaría, y a la verdad no tengo la salud tan de sobra para tantas incomodidades.

Y volviéndose hacia Catalina prosiguió:

—Adiós, señora, adiós; podéis querer al señor de Guisa cuanto os acomode, pero yo he hecho descuartizar al señor Salcedo: ¿os acordáis?

—Indudablemente.

—Pues bien, que hagan los Guisa lo que vos: que no lo olviden.

Dicho esto, se encogió de hombros el rey con más expresión que lo había hecho su madre, y se retiró a sus habitaciones interiores, seguido de Cupido, que tuvo que echar a

correr para alcanzarle.

LVII

LA PLUMA ENCARNADA Y LA PLUMA BLANCA

Luego de haber vuelto a hablar de los hombres, volvamos un poco a las cosas.

Eran las ocho de la noche, y la casa de Roberto Briquet, solitaria, triste, sin un reflejo, proyectaba su sombra triangular en un cielo aborregado, mejor dispuesto a la lluvia que a dejar que brillase la luna.

Aquella pobre casa, cuya alma se conocía a tiro de ballesta que estaba ausente, formaba simetría con la otra casa misteriosa, de que ya hemos tenido el gusto de ocuparnos, y que se levantaba a su frente. Los filósofos que pretenden que nada vive, ni habla, ni siente, tanto como las cosas inanimadas, hubieran dicho, al ver aquellos dos edificios, que murmuraban entre sí.

No lejos de ellos se oía un ruido singular de cobre mezclado con voces confusas, vagos murmullos y chirridos, como si los coribantes celebrasen en un antro los misterios de la buena diosa.

Sin duda este ruido llamaba la atención de un joven adornado con toquilla color de violeta, pluma encarnada y capilla gris, gallardo caballero que se detenía minutos enteros delante de aquel infernal estrépito y se paseaba en seguida lentamente, pensativo y con la cabeza baja, en dirección de la casa de Roberto Briquet.

Aquella sinfonía de cobre que se entrechocaba era causada por un ejército de cacerolas; aquellos vagos murmullos, los de una división de marmitas colocadas en hornillas y de otros tantos asadores que daban vueltas impulsados por perros; aquellos chirridos, los de maese Fournichon, dueño de la hostería "La casa de la Espada del Bizarro Caballero", que andaba en su faena culinaria, y las réplicas de su digna consorte que preparaba los dormitorios de las torrecillas.

Luego que el joven de la toquilla color de violeta contemplaba el fuego, respiraba el perfume de las aves y se entretenía en examinar las cortinas y ventanas, volvía atrás para continuar la misma operación al cabo de algunos momentos.

Había, sin embargo, aunque a primera vista parecían independientes sus acciones, un límite que el paseante nunca traspasaba; era la especie de arroyo que dividía la calle frente a la casa de Roberto Briquet y daba fin en el edificio misterioso.

Pero también es preciso decir que al llegar el paseante al mencionado límite encontraba en él, como vigilante centinela, a otro joven, próximamente de su misma edad, con la toquilla negra, pluma blanca y capilla color de violeta que, la frente arrugada, la mirada fija y la mano en la empuñadura de la espada, parecía decir como el gigante Adamastor: —No andarás mucho tiempo sin encontrar la tempestad.

El paseante de la pluma encarnada, esto es, el primero a quien hemos presentado en la escena, dio veinte veces la vuelta sin notar semejante cosa, pues estaba enteramente entregado a sus pensamientos. Había, en efecto, visto a un hombre que, como él, obstruía la calle, pero parecía demasiado bien vestido para que fuese un ladrón, y así de nada se cuidaba, sino de lo que sucedía en la hostería.

El otro, por el contrario, a cada aparición de la pluma encarnada, se estremecía tiñéndose

de negro el color sombrío de su semblante: por último, la dosis de fluido irritado llegó a ser tan abundante en el de la pluma blanca, que acabó por darle un golpe al de la pluma encarnada llamándole en alto grado su atención.

Alzó la cabeza al punto y leyó en el rostro del que se hallaba a su frente toda la mala voluntad que al parecer le inspiraba.

Esto le llevó naturalmente a pensar que incomodaba a aquel hombre, y este pensamiento despertó en él el deseo de saber por qué le incomodaba.

Por lo tanto, se puso a examinar atentamente la casa de Roberto Briquet.

En seguida dirigió sus pesquisas al edificio del frente.

Y no viendo ni en la una ni en el otro cosa que le hiciese sospechar de nada, sin turbarse, o al menos dando a entender que no se turbaba por las miradas que le dirigía el de la pluma blanca, le volvió las espaldas y se acercó de nuevo a los rutilantes resplandores de las hornillas de maese Fournichon.

El de la pluma blanca, orgulloso por haber derrotado a su enemigo, porque achacaba a derrota el movimiento retrógrado que había visto ejecutar, se puso a andar en sentido contrario, es decir, de Este a Oeste, al paso que la otra avanzaba de Oeste a Este.

Pero cuando cada uno de aquellos hombres llegó al lugar que anteriormente se había señalado como término del paseo, volvió cara desandando lo andado en línea recta, con tanta precisión que a no mediar el arroyo, nuevo Rubicón que era preciso atravesar, se hubieran tropezado irremisiblemente, pues a tal grado llegó la escrupulosidad con que ambos habían conservado la línea recta.

El de la pluma blanca se retorció el bigotillo con un movimiento invisible de impaciencia.

El de la pluma encarnada pareció extrañarse y dirigió nuevas miradas a la casa misteriosa.

Cualquiera hubiera podido ver entonces al de la pluma blanca, dar un paso para franquear el Rubicón, pero ya se había alejado el de la pluma encarnada, y volvió por lo mismo a comenzar la marcha en línea inversa.

Por espacio de cinco minutos, hubiérase creído que sólo volverían a encontrarse en los antípodas, mas no tardaron en hacerse frente los dos a un tiempo con el mismo instinto y la misma precisión que la vez primera.

Semejantes a dos nubes que impelidas por vientos contrarios siguen la misma zona del cielo, avanzando una contra otra después de desplegar sus negros copos, a guisa de prudentes avanzadas, los dos paseantes llegaron por un momento a encontrarse frente a frente, decididos a pasar uno sobre otro antes que volver un paso atrás.

Más impaciente sin duda que su competidor, el de la pluma blanca, en vez de detenerse como hasta entonces lo había hecho, en el límite del arroyo, lo atravesó, empujando al otro, que desprevenido contra aquella agresión y con los brazos cruzados bajo la capilla, estuvo en poco que no perdiese el equilibrio.

—¡Hola! ¡Eh, caballero! —exclamó el acometido—. ¿Estáis loco o tenéis intención de insultarme?

—Caballero, deseo haceros conocer que me estorbáis muchísimo, aunque me ha parecido que ya lo habíais notado sin necesidad de oírlo de mi boca.

—Nada de eso, caballero, pues tengo por sistema no notar más que aquello que me

acomoda.

—Con todo hay ciertas cosas que atraerían vuestras miradas si las vieses brillar vuestros ojos.

Y acompañando con las acciones las palabras, el joven de la pluma blanca se desembarazó de la capilla y desenvainó la espada que brilló al punto herida por un rayo de la luna que en aquel momento se deslizaba de entre dos nubes.

El de la pluma encarnada permaneció inmóvil.

—Cualquiera diría, caballero —repuso encogiéndose de hombros—, que nunca habéis sacado el acero de la vaina, según la prisa con que ahora lo hacéis contra un hombre que no se defiende.

—Espero no obstante que se defenderá.

El de la pluma encarnada se sonrió con una tranquilidad que irritó doblemente a su contrario.

—¿Por qué razón he de defenderme? ¿Qué derecho tenéis para oponeros a que me pasee en la calle?

—¿Y por qué os paseáis en ésta?

—¡Vaya una pregunta! Porque así me place.

—Os place, ¿eh?

—Por supuesto; también os paseáis vos. ¿Tenéis privilegio del rey para desempeñar exclusivamente la calle de Bussy?

—Eso es lo que no os importa.

—Os engañáis de medio a medio, pues me importa mucho: soy un fiel vasallo de Su Majestad y no quisiera desobedecerle.

—¡Ah! se me figura que os burláis.

—Y aun cuando así fuera, ¿no me habéis amenazado vos?

—¡Por Cielo y tierra! Ya os he dicho, caballero, que me estorbáis, y ahora añadido que, si no lo hacéis por buenas, os obligaré a ello por fuerza.

—¡Oh, oh! Se verá eso, se verá.

—Pues bien, sea, hace una hora que os estoy provocando.

—Caballero, tengo un asunto particular en este barrio; conque así ya os lo prevengo, pero si absolutamente lo deseáis, cruzaremos un momento nuestras espadas, pues por lo demás estoy resuelto a no alejarme de aquí.

—Caballero —dijo el de la pluma blanca agitando el aire con su acero y poniéndose en guardia—, yo me llamo el conde Enrique de Bouchage, yo soy hermano del señor duque de Joyeuse; por última vez, ¿queréis cederme el campo y ausentaros?

—Caballero —contestó el de la pluma encarnada—, yo me llamo el vizconde Ernanton de Carmaignes; vos no me estorbáis aquí, y por lo tanto no hay inconveniente en que os quedéis.

Bouchage reflexionó un instante y en seguida envainó su espada.

—Dispensad, caballero —dijo—; soy un loco porque estoy enamorado.

—Yo también estoy enamorado —respondió Ernanton—, mas no por eso me ha atacado

el menor grado de locura. Enrique se puso pálido como un cadáver.

—¿Decís que también estáis enamorado?

—Sí, señor.

—¿Y lo confesáis?

—¿Es tal vez un crimen?

—¿En esta misma calle?

—Por ahora, sí.

—¿En nombre del Cielo, decidme a quién amáis!

—¿Oh, caballero Bouchage! No sabéis seguramente lo que me preguntáis. ¿Creéis de buena fe que un hidalgo puede revelar un secreto del cual sólo le pertenece la mitad?

—Es verdad, es verdad, y debéis perdonarme, caballero Carmaignes; la causa de todo es que soy el hombre más desgraciado del mundo.

Revelaban tan verdadero dolor, tan honda desesperación estas palabras pronunciadas por el joven, que Ernanton se conmovió en extremo.

—¡Ah! —exclamó—, ya os entiendo; quizás os figuráis que podemos ser rivales.

—Sí, lo temo.

—¡Bah! —dijo Ernanton—: quiero ser franco con vos. Joyeuse tembló y se pasó la mano por la frente.

—Tengo una cita —prosiguió Carmaignes.

—¿Una cita!

—Sí; lo que se llama una verdadera cita.

—¿En esta calle?

—Por supuesto.

—¿Os han escrito?

—Y en verdad que es una preciosa letra de mujer.

—¿De mujer?

—Me he equivocado; de hombre.

—¿De hombre! ¿Qué queréis decir?

—Lo que oís: tengo una cita con una mujer dada en carta perfectamente escrita por un hombre: esto no es a la verdad muy misterioso que digamos, pero al menos es más elegante, pues creo que la dama tiene secretario particular.

—¡Ah! —murmuró Enrique—, acabad, ¡por Dios santo!, acabad.

—Me habláis con tal ardor, caballero, que nada puedo negaros: voy, pues, a enteraros del contenido del billete.

—Ya os oigo.

—Y con eso sabréis si es vuestra misma dama o no.

—Basta, caballero, por favor: yo no he recibido billete y por lo tanto no estoy citado.

Ernanton sacó un papel doblado.

—He aquí mí documento amoroso —dijo—, pero me es imposible leerlo en medio de la

obscuridad que nos rodea: no obstante, es corto y lo sé de memoria. ¿Os fiáis de mí hasta el punto de creer que no os engaño?

—Sí por cierto.

—Oíd, pues, los términos en que se halla concebido:

"Caballero Ernanton: Mi secretario tiene el encargo de deciros que tengo vivos deseos de hablar con vos durante una hora: vuestro mérito me ha interesado."

—¿Conque hay todo eso? —preguntó Bouchage.

—Y hasta puedo aseguraros que la última frase está subrayada y que me dejo en el tintero otra demasiado lisonjera.

—¿Y os esperan?

—Al contrario, espero yo, según veis.

—¿De modo que deben abriros la puerta?

—No, darán tres silbidos desde la ventana.

Desesperado Enrique, apoyó una de sus manos en el brazo de Ernanton, y mostrándole con la otra la casa misteriosa, le preguntó:

—¿Desde aquélla?

—De ningún modo —le contestó Carmaignes indicándole las torrecillas de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero": desde allí.

Enrique dio un grito de alegría.

—¿Conque no vais por este lado?

—No, no, pues el billete dice terminantemente: "Hospedería de La casa de la Espada del Bizarro Caballero"

—¡Oh! Dios os bendiga —exclamó el joven estrechándole la mano—: perdonad mis arrebatos y mi tontería. No ignoráis que para el hombre que ama verdaderamente, no existe más que una mujer en el mundo: al veros venir hacia esta casa he creído que os esperaba la dama que en ella habita.

—Nada tengo que perdonaros, caballero —dijo Ernanton sonriéndose—, porque en verdad también he creído por un instante que andabais rondando la calle con el mismo objeto que yo.

—¡Y habéis tenido la increíble paciencia de no decirme aún palabra! ¡Oh, caballero! Vos no amáis, no, no amáis.

—Oídmeme: no me creo con grandes derechos a ese amor que se me propone: pero espero orientarme antes de decidirme, porque son tan raras en sus caprichos estas damas, y las divierte tanto una mixtificación...

—Vamos, vamos, señor de Carmaignes; os aseguro que no amáis como yo, y no obstante...

—¿Y no obstante...? —repitió Ernanton.

—Y no obstante sois más dichoso que yo.

—¡Ah! ¿Conque hay crueldad en esa casa?

—Señor de Carmaignes —replicó Joyeuse—, hace tres meses que amo como un loco a la dama que ahí vive y todavía no he tenido la dicha de oír el sonido de su voz.

—¡Demonio! No os halláis muy adelantado, pero... callad por Dios.

—¿Qué sucede?

—¿No han silbado?

—En efecto, paréceme haber oído...

Los dos pusieron a escuchar, y un segundo silbido se oyó en la dirección de la hostería.

—Señor conde —dijo Ernanton—, me perdonaréis si no os acompaño más tiempo, porque creo que debo obedecer a la señal.

Al mismo tiempo llegó hasta ellos el tercer silbido.

—Id, id con Dios, caballero —dijo Enrique—, y el Cielo os depare buena suerte.

Ernanton se alejó con presteza, y su interlocutor le vio perderse en la sombra de la calle, para aparecer luego en el claro de luz que despedían las ventanas de la hostería, bajo las cuales desapareció completamente.

Enrique, más sombrío que nunca, por cuanto aquella especie de lucha le había hecho sacudir por un momento su letargo, murmuró tristemente:

—Vamos; prosigamos haciendo el papel de todas las noches, llamemos como siempre a esa casa maldita cuya puerta jamás se abre.

Y acto continuo se dirigió temblando hacia la puerta de la casa misteriosa.

LVIII

SE ABRE LA PUERTA

Mas al llegar a la puerta de la casa misteriosa, el pobre Enrique se vio acometido de su temor habitual.

—Valor —se dijo interiormente—, llamemos.

Y adelantó un paso más.

Con todo, antes de decidirse a llamar, miró por última vez atrás y contempló en la calle el brillante reflejo de las luces de la hospedería.

—Allá —se dijo— entran a disfrutar del amor y de la alegría hombres a quienes se cita, sin que ellos hayan pensado en semejante aventura. ¿Por qué mi corazón no está tranquilo? ¿Por qué no es plácida mi sonrisa? Yo también entraría tal vez allí, en lugar de perder el tiempo empeñándome, aunque inútilmente, en entrar aquí.

Oyóse entonces el reloj de Saint-Germain-des-Prés, cuya campana vibraba melancólicamente en medio del silencio de la noche.

—Vamos —murmuró Enrique—, ya son las diez.

Puso el pie en el umbral de la puerta y levantó el aldabón.

—¡Vida miserable! —exclamó al mismo tiempo—. ¡Vida de anciano! ¡Ah! ¡Cuándo podré decir: muerte encantadora, muerte risueña, tumba querida, yo os saludo!

Llamó por segunda vez.

—Como siempre —continuó escuchando—; el ruido de la puerta interior que rechina, el de la escalera que gime, el de los pasos que se acercan, siempre, siempre lo mismo.

Llamó por tercera vez.

—Este es el último golpe que doy todas las noches: los pasos son ya más rápidos, el criado mira por la rejilla de hierro, examina mi pálido, siniestro e insoportable rostro, y se aleja sin abrirme.

El ruido cesó de repente, justificando así las predicciones del infortunado joven.

—Adiós, casa cruel —dijo—; adiós, hasta mañana.

Y bajándose de manera que su frente tocase al nivel del umbral de piedra, depositó sobre ésta un beso, que no hizo estremecer al duro granito, menos duro no obstante que los corazones de los habitantes de aquella casa.

En seguida, lo mismo que la noche anterior, lo mismo que esperaba hacer la noche siguiente, se retiró.

Pero no bien se hubo separado dos pasos, cuando con la mayor sorpresa sintió que rechinaba el cerrojo; abrióse la puerta y el criado inclinóse ante él respetuosamente.

Era el mismo cuyo retrato hemos bosquejado, cuando tuvo la entrevista con Roberto Briquet.

—Muy buenas noches, caballero —dijo con voz cascada, cuyo sonido pareció no obstante a Bouchage mucho más dulce que los cánticos de los querubines que nos adormecen en nuestra infancia cuando soñamos con el Cielo.

Lleno de ansiedad e inquietud, Enrique, que había dado ya diez pasos para alejarse, se aproximó de nuevo a la puerta, y juntando las manos vaciló tan visiblemente, que el criado tuvo que sostenerle para que no cayese, lo cual hizo aquel hombre expresando de una manera inequívoca su respetuosa compasión.

—Vamos, caballero —exclamó—; aquí me tenéis, y así os ruego que me pongáis al corriente de vuestros deseos.

—He amado tanto —contestó el joven—, que ignoro si amo todavía: ha palpitado tanto mi corazón, que no sé si aún palpita.

—¿Gustáis, caballero —repuso el criado cortésmente—, sentaros a mi lado para que hablemos?

—¡Oh! Sí.

El criado le hizo una seña con la mano y Enrique la obedeció, como hubiera obedecido a un ademán del rey de Francia o del emperador romano.

—Hablad ahora, caballero —añadió el criado luego que se hubieron sentado ambos—, y explicadme vuestro deseo.

—Amigo mío —dijo Bouchage—, no es ésta la primera vez que nos hablamos y que nos hemos visto. Muchas veces, no lo ignoraréis, os he esperado y sorprendido en la esquina de una calle, os he ofrecido suficiente oro para enriqueceros, aun cuando fueseis el hombre más ambicioso del mundo; he procurado intimidaros... pero nunca habéis querido oírme y me habéis visto sufrir sin compadecer, al menos ostensiblemente, mis penas. Ahora me decís que os hable y me pedís que os explique mi deseo. ¿Qué ha sucedido? ¡Dios mío! ¿Qué nueva desgracia me oculta esa condescendencia por vuestra parte?

El criado suspiró dando a conocer que bajo su ruda apariencia guardaba un corazón compasivo.

Aquel suspiro llegó a los oídos de Enrique y le animó.

—Ya sabéis —prosiguió—, que amo y cómo amo... me habéis visto seguir a una mujer y descubrir su paradero, a pesar de los esfuerzos que ha hecho para ocultarse y evitar mi presencia: jamás ha salido de mis labios, en medio de mis más agudos dolores, una palabra amarga, nunca he dado cabida en mi mente a esas ideas violentas que nacen de la desesperación y de los consejos que la fogosa juventud nos da con todo el ardor de la sangre.

—Es cierto, caballero —observó el criado—, y en eso os hacemos completa justicia tanto mi señora como yo.

—Así, pues —continuó Enrique estrechando entre sus manos las del vigilante Cerbero—, ¿no hubiera podido cualquiera noche, al ver que me negabais la entrada, forzar la puerta, como lo hacen diariamente los estudiantes ebrios o enamorados? Hubiera visto al menos por un instante a esa mujer inexorable; la hubiera hablado.

—También es cierto.

—En fin —agregó el conde con una dulzura y melancolía inexplicables—, soy algo en el mundo, supuesto que mi nombre es grande, grande es mi fortuna y mi crédito y que el mismo rey me protege; poco hace que el monarca me pedía que le confiase mis penas, ofreciéndome su poder si a él quería recurrir.

—¡Ah! —exclamó el criado visiblemente inquieto.

—Mas no he aceptado —se apresuró a decir el joven—; no, no. Todo lo he rehusado, para venir a rogar que se abra esta puerta siempre cerrada para mí.

—Señor conde, sois efectivamente un cumplido caballero, digno de ser amado.

—Pues bien —replicó Enrique con el corazón dolorosamente oprimido—, ¿a qué condenáis a este cumplido caballero, a este hombre que merece ser amado? Todas las mañanas viene aquí mi paje con un billete, y el billete no llega a su destino; todas las noches vengo yo a llamar a esta puerta, y esta puerta no se abre: por último, me dejáis sufrir, desesperarme y morir en la calle, sin tener para mí la compasión que no negaríais a un perro. ¡Ay, amigo mío! Esa dama no abriga un corazón de mujer. No se ama ciertamente a un infeliz, porque nadie puede disponer a su antojo de los afectos e impresiones de su corazón, pero se le compadece cuando pena y se le dirige una palabra de consuelo y se le tiende una mano compasiva cuando se le ve caer. ¡Ah! Esa mujer goza en mi suplicio, y os lo repito, no tiene corazón, pues de lo contrario me hubiera dado la muerte con una negativa de su boca, o con una puñalada. Muerto no sufriría.

—Señor conde —contestó el sirviente después de haber escuchado atentamente todo cuanto acababa de exponer el joven—; la dama a quien tanto acusáis, no abriga en modo alguno un corazón tan insensible, y mucho menos tan cruel como os habéis figurado: padece tal vez más que vos, pues os ha visto algunas veces, ha comprendido vuestros tormentos y experimenta hacia vos profunda simpatía.

—¡Ah!, ¡compasión! ¡compasión! —exclamó Bouchage enjugándose el frío sudor que bañaba su frente—. ¡Oh! ¡Quiera el Cielo que llegue el día en que ese corazón que tanto alabáis conozca los martirios del amor! Si en cambio del suyo le ofrecen entonces compasión, os juro que quedaré vengado.

—Señor conde, señor conde, para no amar no es una razón el no haber amado, pero quizás esa dama ha experimentado una pasión más fuerte que la que nunca probaréis vos; tal vez ha amado como nunca podréis amar.

Enrique levantó las manos diciendo:

—Cuando se ha amado así, se ama siempre.

—¿Os he dicho acaso, señor conde, que ella no ama ya? —preguntó el criado.

Lanzó Enrique un grito doloroso quedando como si hubiese recibido un golpe mortal.

—¡Ama!... ¡Ama! —repitió—. ¡Dios mío! ¡Dios santo!

—Sí; ama, pero no tengáis celos del hombre que merece su cariño, señor conde, porque ese hombre no pertenece a este mundo: mi señora es viuda —agregó el compasivo sirviente esperando calmar con estas palabras el dolor del joven.

Ellas, en efecto, como si fuesen producto de algún encanto mágico, le devolvieron el aliento, la vida y la esperanza.

—Vamos —dijo—; no me abandonéis, en nombre del Cielo; decís que es viuda, de manera que debe serlo de poco tiempo a esta parte y por consiguiente se secará el manantial de sus lágrimas. ¡Es viuda! ¡Ah! A nadie ama, toda vez que ama a un cadáver, a una sombra; la muerte es menos que la ausencia, y decirme que ama a un muerto es decirme que amaré. ¡Dios mío! Todos los grandes dolores se calman con el tiempo; cuando la viuda de Mausoleo, que juró sobre el sepulcro de su esposo condenarse a un dolor eterno, agotó sus lágrimas, abrió su alma al consuelo y a la esperanza; los tormentos del corazón son una enfermedad cruel, y el que no sucumbe en la crisis, sale de

ella con más energía, con más fuerza que antes.

El criado meneó la cabeza.

—Esta dama, señor conde, ha jurado al muerto eterna fidelidad, como la viuda de Mausoleo; mas la conozco muy bien y estoy convencido de que cumplirá su palabra con más exactitud, con más escrupulosidad, que esa otra mujer olvidadiza de los tiempos antiguos.

—Esperaré, esperaré diez años si es necesario —exclamó Enrique—; Dios no ha querido que esa mujer muera de tristeza, ni que abrevie violentamente los días de su existencia. Pues bien; ya que no ha muerto, puede vivir, y supuesto que vive, puedo yo aguardar.

—¡Oh, joven, joven! —dijo el criado con lúgubre acento—; no contéis de ese modo con los sombríos pensamientos de los vivos, ni con las exigencias de los muertos. Ha vivido, decís: es cierto; ha vivido, no un día, no un mes, no un año, siete años. Sí; ha vivido siete años...

Joyeuse sé estremeció.

—¿Mas sabéis por qué, con qué objeto, con qué resolución? ¿Esperáis que se consuele? Jamás, señor conde, jamás; yo os lo digo, yo os lo juro, yo que sólo fui humilde criado del que no existe; yo, que mientras él vivió fui sensible, ardiente y confiado, y que desde que murió soy duro e intratable: os lo repito a pesar de mi pobre condición de criado; jamás se consolará mi señora.

—Ese hombre tan llorado, ese difunto tan feliz, ese marido...

—No era su marido, sino su amante, señor conde, y una mujer como la que amáis no tiene más que un amante en el mundo.

—¡Amigo mío! ¡Amigo mío! —exclamó el joven dominado por la fiera dignidad de aquel hombre que revelaba un talento cultivado, a través de su traje vulgar—; os ruego, os suplico que intercedáis por mí.

—¡Yo! —respondió al punto—. ¡Yo! Escuchadme, señor conde; si os hubiese creído capaz de valeros de la fuerza contra mi señora, os hubiera asesinado con mi propia mano.

Y hablando así sacó de debajo del ropón un brazo nervudo y viril, como de un hombre de veinticinco años, mientras que sus canosos cabellos y su encorvado cuerpo le hacían parecer un viejo de sesenta.

—Si, por el contrario, creyese yo que ella hubiera podido amaros, ya estaría muerta. Señor conde, ya os dije lo que debía y no tratéis de sonsacarme más, porque os juro por mi honor, y mi honor vale algo, aunque no soy noble, que os he manifestado todo cuanto he podido revelar.

Enrique se puso de pie como herido de muerte.

—Os doy gracias —dijo—, porque os habéis compadecido de mis desgracias; mi suerte está ya echada.

—¿De manera que en lo sucesivo podréis vivir con más tranquilidad, señor conde, y os alejaréis de nosotros, abandonándonos a un destino mil veces peor que el vuestro?

—Sí, sí, tranquilizaos, me alejaré de vosotros para siempre —murmuró el joven.

—Os entiendo; queréis morir.

—¿Y por qué os lo he de ocultar? No puedo vivir sin ella, y me es aborrecible la vida, ya

que me es imposible poseer el amor de esa dama.

—Señor conde, he hablado mil veces de la muerte con mi señora; creed que es muy mala la que uno recibe por su propia mano.

—No es ésa la que yo elegiré; para un joven de mi nombre, de mi edad y de mi fortuna reserva el Cielo una muerte que siempre ha sido gloriosa; la que se alcanza combatiendo por su rey y por su país.

—Si sufrís más de lo que pueden soportar vuestras fuerzas, si nada debéis a los que os sobrevivan, si se os presenta la muerte en un campo de batalla, corred a ella, señor conde; tiempo hace que yo hubiera muerto si no estuviese condenado a vivir.

—Adiós y gracias —contestó Joyeuse alargando su mano a aquel criado desconocido—. Nos volveremos a encontrar en el otro mundo.

Y se alejó rápidamente arrojando a los pies del sirviente conmovido por su dolor profundo un pesado bolsillo lleno de oro.

En la iglesia de Saint-Germain-des-Prés daban en aquel momento las doce de la noche.

LIX
CÓMO AMABA UNA GRAN SEÑORA
EN EL AÑO DE GRACIA DE 1586

Los tres silbidos, que en iguales intervalos habían cruzado el espacio, eran en efecto los que debían servir de señal al dichoso Ernanton.

Así que, al acercarse el joven a la hospedería, halló a la señora Fournichon en la puerta, esperando a sus parroquianos con una sonrisa que la asemejaba a una diosa ornitológica, interpretada por algún pintor flamenco.

La señora Fournichon daba vueltas entre sus blancas manos a un escudo de oro, que otra mano más blanca y más delicada acababa de poner en ellas al paso.

Miró a Ernanton y poniéndose en jarras, llenó todo el hueco de la puerta, a fin de impedir la entrada.

Ernanton, por su parte, también se detuvo como hombre decidido a avanzar.

—¿Quién sois, caballero? —le dijo la primera—. ¿A quién buscáis?

—¿No han salido, buena mujer, tres silbidos de aquella ventana de la torrecilla?

—Si, en verdad.

—Pues bien; es el toque de llamada para mí.

—¿Para vos?

—De fijo.

—Eso ya es distinto, con tal que me deis vuestra palabra de honor.

—Os la doy, mi querida señora Fournichon.

—Vamos, os creo; entrad, hermoso caballero, entrad.

Y alegre por contar al fin con una de sus clientelas, como las llamaba y apetecía ansiosamente para acreditar al desgraciado "Rosal de Amor", que yacía destronado por la preponderancia de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero", hizo subir la huésped a Ernanton por la escalera de caracol que conducía a la mejor alhajada y más apartada de las torrecillas.

Una puerta pequeña, pintada sin gusto particular, daba acceso a una especie de antesala, y de ésta se pasaba a la torrecilla propiamente dicha, en la que se veían muebles, tapices y adornos de más lujo que el que podía esperarse en aquel aislado barrio de París: es preciso convenir en que la señora Fournichon se había esmerado en hermohear aquella torrecilla, su favorita, y ya se sabe que en este mundo se consigue todo lo que se emprende con tenacidad.

La señora Fournichon, por lo tanto, había conseguido todo lo que es capaz de lograr una inteligencia limitada y vulgar como la suya.

Al penetrar el joven en la antesala, sintió un olor pronunciado de benjuí³² y de áloe, holocausto rendido sin duda a la delicada persona que, mientras llegaba Ernanton, trataba

³² Bálsamo aromático que se obtiene por incisión en la corteza de un árbol del mismo género botánico que el que produce el estoraque en Malaca y en varias islas de la Sonda.

de sofocar con perfumes vegetales los vapores culinarios que despedían los asadores y cacerolas.

La señora Fournichon seguía al joven paso a paso, y le empujó desde la escalera y antesala y desde ésta a la torrecilla, con ojos que revelaban un arrebató anacreóntico: en seguida se retiró.

Ernanton se detuvo con la mano derecha sobre la mampara, y la izquierda sobre el picaporte de la puerta casi doblado por el impulso de un saludo.

Acababa en efecto de divisar en la voluptuosa media tinta de la torrecilla, alumbrada por una bujía de cera encarnada, un elegante perfil de mujer, semejante a esos que atraen siempre y que si no inspiran amor, avivan la atención y los deseos.

Reclinada sobre cojines, envuelta en sedas y terciopelos, aquella dama cuyo pulido pie colgaba de su blando lecho de descanso, se ocupaba en quemar a la luz el resto de una pequeña rama de áloe, cuyo humo acercaba a veces a su rostro con objeto de respirarlo, llenando a la vez de la misma esencia los pliegues de su capucha y de sus cabellos, como si tratase de embriagarse por completo con aquel vapor estimulante.

Al observar la manera con que arrojó el resto de la rama al fuego, con que se cubrió los pies con el vestido y su rostro enmascarado con su papalina, conoció Ernanton que la dama le había sentido entrar y que le suponía cerca de ella.

No obstante, la dama no cambió de postura.

Ernanton esperó un rato, pero ella no se movió.

—Señora —exclamó el joven con voz que procuró dulcificar a fuerza de reconocimiento—, señora, habéis mandado llamar a este vuestro humilde servidor y aquí me tenéis.

—¡Ah! Muy bien —contestó la dama—, os ruego que os sentéis, caballero Ernanton.

—Perdonad, señora; pero ante todo debo daros las gracias por la singular honra que me dispensáis en este instante y que no creo haber merecido.

—Eso que me decís es muy lisonjero, señor de Carmaignes, y no obstante no sabéis aún a quién dais las gracias.

—Señora —repuso el joven acercándose a ella poco a poco—, una máscara oculta vuestro rostro, vuestras manos se esconden en esos perfumados guantes, y al entrar yo aquí me ha robado vuestro vestido la vista de un pie, capaz por sí solo de haberme vuelto loco: nada veo que me permita reconocer, y sólo puedo adivinar.

—¿Y adivináis quién soy?

—La misma que mi corazón anhela, la que mi imaginación me representa joven, bella, poderosa y rica, demasiado rica y poderosa para que yo pueda creer que es realidad lo que me está sucediendo y que no sueño en este momento.

—¿Os ha costado mucho trabajo entrar aquí? —preguntó la dama sin contestar directamente al diluvio de palabras que fluía del corazón henchido de Ernanton.

—No por cierto, señora; el acceso me ha sido más fácil de lo que pensaba.

—Para un hombre todo se dispone bien, mas no sucede lo mismo para una mujer.

—¡Ah! Siento en el alma la molestia que os habéis tomado por mí, y sólo puedo ofrecer mis humildes servicios.

La dama no pensaba en lo que acababa de decir, pues sus ideas habían tomado ya otra dirección.

—¿Qué es lo que me decíais, caballero? —preguntó con abandono, quitándose el guante para enseñar una mano divina.

—Os decía, señora, que sin haber visto vuestros atractivos, sé quién sois, y que sin temor de engañarme, puedo deciros que os amo.

—¿De modo que creéis positivamente que soy la misma que esperabais encontrar aquí?

—Mi corazón me lo ha dicho.

—Entonces, ¿me conocéis?

—Sí, os conozco.

—Mucho me admira el que, haciendo tan poco tiempo que estáis aquí, conozcáis ya a las mujeres de París.

—Entre todas solamente conozco a una.

—¿Y ésa soy yo?

—Así lo creo.

—Pero, ¿en qué me reconocéis?

—En vuestra voz, en vuestra gracia, en vuestra belleza.

—Por lo que hace a mi voz, ya se comprende, pues me es imposible ocultarla; si me habláis de mi gracia, debo recibir vuestras palabras como un cumplimiento; pero, si se trata de mi belleza, sólo puedo admitir esto por hipótesis.

—¿Y por qué, señora?

—Porque apeláis a mi belleza para reconocerme, y mi hermosura está oculta.

—Es verdad; y menos oculta estaba el día en que para haceros entrar en París os tuve tan cerca de mí que vuestro pecho rozaba mis espaldas y vuestro aliento abrasaba mi cuello.

—¿Es decir que habéis adivinado que era yo por mi billete?

—¡Oh! No: no abriguéis semejante idea, porque ni un instante ha cruzado por mi mente. He creído ser juguete de alguna broma, o víctima de un error; y aun he llegado a figurarme que me amenazaba alguna de esas catástrofes llamadas buenas fortunas, y sólo hace unos cuantos minutos que al veros, al tocaros...

Y Ernanton intentó apoderarse de una mano, que se retiró suavemente.

—Basta —dijo la dama—; el hecho es que he cometido una insigne locura.

—¿En qué, señora? Decídmelo, ¡por Dios!

—¡En qué! ¿No confesáis que me reconocéis?—¿Y ahora pretendéis saber por qué he hecho esta locura?

—¡Oh! Es verdad, señora, es verdad; soy muy pequeño, muy oscuro al lado de Vuestra Alteza.

—¡Por Dios! hacedme el obsequio de callar, caballero. ¿Carecéis de talento por desgracia?

—¿Qué he hecho, pues, en nombre del Cielo? —interrogó asustado Ernanton.

—¡Cómo! Veis mi rostro cubierto...

—¿Y qué?

—Si traigo una máscara, acaso trataré de que nadie me conozca. ¿Por qué, pues, me dais el tratamiento de Alteza? ¿Por qué no abríis esa ventana y pronunciáis mi nombre a voz en grito?

—¡Ah! Perdón, perdón —repuso Carmaignes cayendo de rodillas; confiaba en la discreción de estas paredes.

—Me parece que sois crédulo.

—Señora, estoy enamorado.

—Y sin duda estáis seguro de que yo correspondo a ese amor con otro amor semejante...

Ernanton se levantó picado y contestó:

—No, señora.

—¿Y qué habéis creído?

—Se me figura que tenéis alguna cosa importante que decirme, que no habéis tenido a bien recibirme en el palacio de Guisa, ni en vuestra posesión de Belesbat, y que habéis preferido una entrevista secreta en un paraje solitario.

—¿Habéis creído esto?

—Sí.

—¿Y qué sospecháis que tengo yo que deciros? Vamos, hablad, pues tengo deseos de conocer hasta dónde llega vuestra perspicacia.

La dama, bajo aquella desdeñosa apariencia, dejó adivinar una especie de inquietud.

—¿Cómo queréis que yo lo sepa? —contestó Ernanton—. Algo será que tenga quizás relación con el señor de Mayena.

—¡Y qué! ¿No tengo emisarios que mañana mismo por la noche me digan más que lo que vos pudierais noticiarme, supuesto que ayer me informasteis de cuanto sabíais?

—Queréis sin duda preguntarme algo, acerca de los sucesos de la última noche.

—¿Qué sucesos? ¿De qué habláis? —preguntó la dama, cuyo seno palpitaba con violencia.

—Del terror que experimentó el señor d'Epéron y del arresto de los caballeros de Lorena.

—¿Cómo! ¿Han sido arrestados?...

—Sí, unos veinte que se encontraban intempestivamente en el camino de Vincennes.

—Que es también el camino de Soissons, ciudad en que ha puesto guarnición el duque de Guisa, si no me hallo mal informada. Al hecho; vos, caballero Ernanton, que pertenecéis a la corte, podréis decirme la causa del arresto de esos caballeros.

—¡Yo de la corte!

—¡Indudablemente!

—¿Y lo sabéis, señora?

—¡Válgame Dios! Para saber dónde encontraros, me he visto obligada a tomar informes: pero acabemos de una vez, si gustáis, pues habéis adquirido la mala costumbre de interrumpir la conversación. ¿Qué resultó de lo de anoche?

—Nada absolutamente que yo sepa, señora.

—¿Y por qué habéis creído que yo hablaría de una cosa sin resultado?

—Confieso, señora, que tenéis razón ahora como siempre; soy un tonto.

—¿Cómo, caballero! ¿Pues de dónde sois?

—De Agen.

—¿Qué! ¿Sois gascón? Porque Agen está en Gascuña, según creo.

Ernanton estaba fuera de sí, pues aquel lenguaje altivo, aquellos ademanes llenos de voluptuosidad y de abandono, aquella superioridad orgullosa y aquella visible languidez amorosa de una mujer tan ilustre, le sumergían a la par en un paraíso de delicias y en un infierno de terrores.

Sentóse junto a su hermosa y fiera querida, que no opuso la menor dificultad, y en seguida intentó deslizar su brazo por detrás de los cojines que la sostenían.

—Caballero —dijo ella—, parece que me habéis oído, pero que no habéis llegado a comprender mis palabras. Nada de familiaridad entre nosotros: conservemos nuestros respectivos puestos: seguramente os concederé algún día el derecho de que me llaméis vuestra, pero hasta ahora no os lo he concedido.

Ernanton se levantó pálido y desconcertado.

—Dispensad, señora —dijo a la dama—: parece que no sé más que hacer disparates, y esto es muy sencillo, pues ignoro por completo las costumbres de la capital. En provincia, a doscientas leguas de aquí, cuando una mujer dice que ama, ama de veras y nada niega a su amante: tampoco se hace cargo de las palabras de éste para humillarle. Vos usáis hoy de vuestros derechos como hija de París y como princesa, y yo los acepto con gusto; mas, ¿qué queréis? Me falta la costumbre y poco a poco la iré adquiriendo.

La dama escuchaba silenciosa y era evidente que persistía en observar a Ernanton para saber si su enfado se convertía positivamente en cólera.

—¡Ah, ah! —exclamó con altivez—; ya veo que os incomodáis.

—En efecto, señora; me incomodo contra mí mismo, porque mi amor no es un pasajero capricho, sino una pasión verdadera y pura. No deseo vuestra persona, porque esto sería poco para mí; yo deseo poseer vuestro corazón, y así nunca me perdonaré el haber comprometido con mis necedades el respeto que os debo; respeto, señora, que sólo se convertirá en amor cuando vos queráis. Espero, pues, desde este instante vuestras órdenes.

—Vamos, vamos, señor de Carmaignes; no exageremos las cosas de esa manera; estáis hecho un hielo, cuando no ha mucho me abrasabais con vuestras miradas.

—Páreceme, sin embargo...

—¡Bah! Jamás digáis a una dama que la amaréis a vuestro modo; decidle siempre que la amaréis como ella quiera.

—Eso es lo que he dicho, señora.

—Sí, mas no lo habéis pensado.

—Sí, señora.

—¿Sois gascón y no tenéis bastante vanidad para suponer sencillamente, que habiéndoos visto por primera vez el día de la ejecución de Salcedo en la puerta de San Antonio, os

encontré. muy de mi gusto?

Ernanton se ruborizó y se puso a temblar. —¿Que luego os hallé en la calle y me parecisteis hermoso?

Ernanton sintió que un color de grana le cubría el rostro.

—¿Y que, finalmente, cuando llegasteis a Belesbat con la carta de mi hermano experimenté un placer indecible?

—Señora, señora, Dios me libre de suponer lo que decís.

—Pues hacéis mal —repuso la dama volviéndose por primera vez hacia Ernanton y fijando en los ojos de éste unos ojos abrasadores que brillaban a través de la careta, en tanto que desplegaba a las ávidas miradas del joven la seducción de un talle esbelto, que se perfilaba en líneas voluptuosas marcadas elegantemente por el terciopelo de los cojines.

—¡Señora! ¡Señora! ¿Os burláis de mí?

—Nada de eso —respondió la dama—: digo que me gustáis, porque es cierto.

—¡Dios mío!

—Pero, ¿no os habéis atrevido vos mismo a declararme vuestro amor?

—Sí, mas no sabía quién erais cuando lo hice, y ahora que lo sé, os pido humildemente perdón.

—Vamos; ahora empieza a decir desatinos —murmuró la dama impaciente—. Caballero, mostraos como sois, decidme todo lo que pensáis, o haréis que me arrepienta de haber venido.

Ernanton cayó de rodillas y dijo:

—Hablad, hablad, señora: haced de modo que yo crea que esto no es un juego y tal vez me atreveré a contestaros.

—Sea como queráis; he aquí mi explicación —dijo la dama separando a Ernanton y arreglando simétricamente los pliegues de su vestido—. Me gustáis, pero aún no os conozco; no acostumbro resistir a mis caprichos, pero no soy tan necia que cometa errores. Si fuésemos iguales, os hubiera recibido en mi palacio, estudiando vuestro carácter detenidamente antes que pudieseis adivinar mis intenciones. Me he visto, pues, en la necesidad de renunciar a este medio, disponiendo nuestra entrevista de otro modo. Ya sabéis ahora a qué ateneros en cuanto a mí: lo único que os encargo es que os hagáis digno de mi cariño.

Ernanton hizo las más ardientes protestas.

—¡Oh! Menos calor, señor de Carmaignes —dijo la dama—, pues el caso no merece la pena; quizás fuera vuestro nombre lo que llamó mi atención cuando nos vimos extramuros de París, quizás por eso me agradasteis. En resumidas cuentas, creo que mi afición a vos es un capricho, y que éste pasará. No por eso imaginéis que os falta mucho para ser perfecto; de nada desesperéis, pues por lo demás no puedo sufrir a los hombres perfectos, y al contrario, adoro a los que se sacrifican. Acordaos bien de esto, hermoso caballero, toda vez que os lo permito.

—Respeto vuestra superioridad.

—Dejémonos de cumplimientos, porque no he venido a representar aquí el papel de

reina. He aquí mi mano, tomadla, pues es la de una mujer, aunque se halla mucho más caliente y animada que la vuestra.

Ernanton cogió con timidez aquella mano hermosa.

—Vamos —exclamó la duquesa.

—¿Qué?

—¿No la besáis? Estáis loco: ¿os habéis propuesto hacerme rabiar?

—Mas no ha mucho...

—No ha mucho que yo la retiraba, pero ahora...

—¿Ahora?...

—Ahora os la entrego.

Ernanton besó aquella mano con tanto ardor, que la duquesa la retiró en seguida.

—Ya lo veis —dijo el joven—; acabáis de darme otra lección.

—¿He hecho mal?

—Muy mal, pues confundís mis ideas y el temor acabará por vencer a la pasión: y seguiré adorándoos de rodillas, pero se acabarán el amor y la confianza.

—¡Oh! Yo no quiero eso —repuso la dama—, porque seríais un triste amante, y no es así como a mí me agradan. Mostraos como sois: sed Ernanton de Carmaignes y no otra cosa. Ya veis, tengo mis manías, y por otra parte, ¿no me habíais dicho que soy bellísima? Todas las hermosas tienen su coquetismo, que es necesario respetar unas veces y otras combatir. Lo que yo quiero es que no me temáis, que seáis emprendedor, y que cuando diga al impetuoso Ernanton *calmaos*, consulte éste mis ojos, mas no mis palabras.

Al decir esto se levantó, y era tiempo en verdad de que lo hiciese, pues el joven, no pudiendo ya contenerse, la había estrechado en sus brazos, de manera que sus labios se posaron con ardor sobre la careta de la duquesa, pero ésta dio entonces una prueba de la verdad que encerraba cuanto acababa de decir, porque sus ojos lanzaron a través de la careta un relámpago frío y blanco, como el que casi siempre anuncia y precede a la tempestad.

De tal manera impuso a Carmaignes aquella mirada, que dejó caer los brazos y se apagó todo su amoroso fuego.

—Muy bien —dijo la duquesa—; volveremos a vernos, pues os aseguro que me gustáis en extremo, caballero Carmaignes.

Ernanton hizo una reverencia.

—¿Cuándo estáis libre? —preguntó la dama.

—Pocas veces, señora.

—¡Ah! Sí, ya comprendo; ese servicio es fatigoso.

—¿Qué servicio?

—El que hacéis inmediato a la persona del rey. ¿No sois uno de los guardias de Su Majestad?

—Soy efectivamente individuo de un cuerpo distinguido.

—Eso es lo que quiero decir, y aun me parece que se compone de gascones. ¿Es verdad?

—Sí, señora.

—¿Cuántos son? Me lo han dicho, mas se me ha olvidado.

—¡Cuarenta y cinco!

—¡Número singular!

—Es cuanto puedo deciros.

—Pero ese número... ¿pertenece a un cálculo anterior?

—No lo creo; tal vez sea hijo de la casualidad.

—¿Y decís que los Cuarenta y Cinco jamás dejan solo al rey?

—No me acuerdo de haber hablado de eso.

—En efecto, perdonad; me figuraba haberlo oído de vuestra boca. Al menos me habéis dicho que disfrutáis muy poca libertad.

—Muy poca, señora, eso es certísimo; durante el día estamos de servicio para las salidas de Su Majestad o para sus cacerías, y por la noche tenemos que estar en el Louvre.

—¿Por la noche?

—Sí.

—¿Todas las noches?

—Casi todas.

—He aquí lo que hubiera ocurrido hoy si la consigna os hubiese privado de venir aquí. Yo que os esperaba, sin saber el motivo de vuestra falta a esta cita, hubiera creído sin duda que despreciabais mi cariño.

—¡Ah! señora, desde hoy lo arriesgaré todo por veros; podéis creerlo, pues os lo juro.

—Eso es inútil y haríais un disparate, que de ninguna manera apruebo.

—¿Y qué he de hacer?

—Continuad vuestro servicio con exactitud, y yo me encargo de lo demás, supuesto que soy libre y puedo disponer de mis actos.

—¡Cuánta bondad, señora!

—Pero todo esto no me explica —añadió la duquesa con su insinuante sonrisa— el motivo de encontraros libre para venir a verme.

—Ya había pensado, señora, pedir permiso al señor de Loignac, nuestro capitán, a quien debo muchas atenciones, cuando justamente se ha dado permiso a los Cuarenta y Cinco para disponer a su gusto de toda la noche.

—¡Hola! ¿Conque os han concedido eso?

—Sí.

—¿Y por qué motivo tan buena ventura?

—Como recompensa, a mi parecer, de un servicio penoso, a que fuimos ayer destinados en el camino de Vincennes.

—¡Ah! Perfectamente.

—A esto debo la felicidad de hallarme a vuestro lado sin el menor inconveniente.

—Pues bien, oídmeme, Carmaignes —dijo la duquesa con encantadora familiaridad, que colmó de gozo al joven— ¡vais a hacer lo siguiente: siempre que creáis estar franco de servicio, lo avisaréis a la huéspeda por escrito, y todos los días mandaré yo a saberlo a un

hombre de mi confianza.

—¡Oh, Dios mío!, ésa es ya demasiada bondad, señora.

La duquesa apoyó su mano en el brazo de Ernanton.

—Callad —dijo de repente.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven.

—¿De qué proviene ese ruido?

En efecto, ruido de espuelas, de voces, de puertas, de alegres exclamaciones llenaba toda la casa, parecido al eco de una invasión.

Ernanton sacó la cabeza por la puerta que comunicaba con la antecámara.

—Son mis compañeros —exclamó— que vienen a celebrar el descanso que les ha concedido el señor de Loignac.

—Pero, ¿por qué aquí precisamente? ¿Por qué en esta hostería donde nos hallamos?

—Porque "La casa de la Espada del Bizarro Caballero" fue el punto de reunión designado cuando llegamos a París, y porque desde aquel día venturoso se han aficionado terriblemente mis compañeros al vino y a los manjares de la señora Fournichon, y no poco a las torrecillas.

—¡Oh! —murmuró la duquesa sonriéndose maliciosamente—; habláis de las torrecillas como hombre experimentado.

—Señora, os juro por mi honor que ésta es la primera vez que he pisado una de ellas. Pero vos... vos que la habéis escogido...

—Sí, la he elegido y vais a saber fácilmente por qué. Necesitaba un sitio solitario, inmediato al río y al murallón; un sitio en que nadie pueda reconocerme ni saber lo que hago. Pero, ¡Dios mío! ¡Qué bulliciosos son vuestros compañeros!

En efecto, la bulla se convertía ya en espantoso huracán; gritos sobre la expedición de la noche anterior, fanfarronadas, ruido de escudos de oro y estrépito de vasos auguraban una desecha borrasca.

De repente se oyeron resonar pasos en la escalera que conducía a la torrecilla, y la señora Fournichon gritó desde abajo:

—¡Señor de Sainte-Maline! ¡Señor de Sainte-Maline!

—¿Qué queréis? —respondió éste.

—No subáis, no subáis; os lo suplico.

—¿Por qué no he de subir, mi querida Fournichon? ¿No es nuestra toda la casa esta noche?

—Toda la casa, sí, toda la casa; mas no las torrecillas.

—¡Bah! Las torrecillas pertenecen a la casa —exclamaron otras cinco o seis personas, entre cuyas voces reconoció Ernanton las de Perducas de Pincorney y Eustaquio de Miradoux.

—No, por cierto —aullaba la huéspeda—: las torrecillas son una excepción, son mías y no quiero que molestéis a mis huéspedes.

—Señora Fournichon —dijo Sainte-Maline—, yo también soy vuestro huésped y así no me molestéis vos.

—¡Sainte-Maline! —murmuró Ernanton con alguna inquietud, pues conocía el mal carácter y la audacia de aquel hombre.

—¡Por favor! ¡Por el Cielo! —gritaba la señora Fournichon.

—Señora huésped —dijo por último Sainte-Maline—, es ya media noche; todos los fuegos deben apagarse a las nueve, y en una de vuestras torrecillas hay luz: solamente los enemigos del rey desobedecen sus edictos, y yo quiero descubrir esos enemigos.

Y diciendo así, prosiguió subiendo acompañado de otros gascones, cuyos pasos resonaban con fuerza repetidos por el eco de la escalera de caracol.

—¡Dios mío! —dijo la duquesa—. ¿Se atreverán a entrar aquí?

—En todo caso, señora, si se atreven, aquí también estoy yo, y puedo deciros que no tengáis temor alguno.

—¡Ah! Ya golpean las puertas, caballero.

En efecto, Sainte-Maline, que se había comprometido ya demasiado para retroceder, empujó la puerta con tanta fuerza que la hizo pedazos; era de un pinabete³³ que la señora Fournichon había escogido sin saber si era sólido, a pesar de todas las precauciones que usaba siempre para proteger al amor cuyo culto reverenciaba con ciego fanatismo.

³³ Abeto.

LX

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

El primer cuidado de Ernanton al ver hendirse la puerta de la antesala a los golpes de Sainte-Maline, fue apagar la luz que alumbraba la torrecilla.

Esta precaución, que podía ser buena, pero que solamente era momentánea, no tranquilizó, sin embargo, a la duquesa, cuando de pronto la señora Fournichon, que había agotado ya todos sus recursos, echó mano al último medio y comenzó a gritar:

—Os prevengo, señor de Sainte-Maline, que las personas a quienes vais a incomodar son amigas vuestras; la necesidad me obliga a confesároslo.

—Pues bien; ésa es una razón poderosa para que les hagamos una visita —exclamó Perducas de Pincorney con acento avinado y tropezando detrás de Sainte-Maline en el último escalón.

—¿Y quiénes son esos amigos? —interrogó éste.

—Sí, sí, sepámoslo al momento —añadió Eustaquio de Miradoux.

La buena hostelera, esperando evitar un choque que podía dar la palma al "Bizarro Caballero" deshonrando para siempre al "Rosal de Amor", se presentó en medio del grupo de aquellos locos caballeros y pronunció en voz baja el nombre de Ernanton al oído de su agresor.

—¡Ernanton! —repitió a gritos Sainte-Maline, para el cual esta revelación fue aceite hirviendo arrojado al fuego en lugar de agua—; ¡Ernanton! ¡ca!, es imposible.

—¿Por qué? —preguntó la señora Fournichon.

—Sí, decidnos por qué —agregaron todos los presentes.

—¡Vive Dios! —contestó Sainte-Maline—, porque Ernanton es un modelo de castidad, un ejemplo de continencia, un compuesto de todas las virtudes. No, no, señora Fournichon, os engañáis; no es el caballero de Carmaignes el que está ahí dentro.

Y diciendo esto se adelantó a la segunda puerta para hacer con ella lo mismo que con la primera; pero la puerta se abrió de repente y apareció Ernanton en el umbral con un gesto que revelaba claramente que la paciencia no era una de las virtudes que acababa de atribuirle Sainte-Maline.

—¿Con qué derecho ha roto esa puerta el señor de Sainte-Maline? —preguntó severamente—. ¿Con qué derecho pretende romper esta otra?

—¡Es él en verdad, es el caballero Ernanton! —exclamó Sainte-Maline—: reconozco su voz, pues respecto a su figura, el diablo me lleve si puedo decir en la obscuridad de qué color es.

—Eso no es contestar a mis preguntas —repuso Ernanton.

Sainte-Maline se echó a reír estrepitosamente, lo cual tranquilizó a algunos de los Cuarenta y Cinco, que al oír el tono con que el señor de Carmaignes había pronunciado las últimas palabras creyeron conveniente bajar dos escalones.

—Con vos hablo, señor de Sainte-Maline— dijo Ernanton—. ¿No me habéis oído?

—Sí, sí, perfectamente —contestó el interpelado.

—¿Y qué tenéis que decir?

—Que queríamos saber, apreciable camarada, si en efecto erais vos el que estaba ahí en esa torrecilla dedicado; a las aventuras amorosas.

—Pues bien, ya que estáis seguro de no haberos equivocado, supuesto que os estoy hablando y que en caso preciso os pudiera tocar para convenceros, dejadme en paz.

—¡Ira de Dios! Supongo que no os habéis metido a ermitaño, y que por tanto no estáis solo.

—En cuanto a eso, caballero, me permitiréis que os deje con vuestras dudas, si es que las tenéis.

—¡Bah! —repuso Sainte-Maline, haciendo un esfuerzo para penetrar en la torrecilla—, ¿Es posible que estéis aquí solo? ¡Ah! No tenéis luz... ¡Bravo!

—Vamos, caballeros —dijo Ernanton en altivo tono—, creo que habéis bebido a satisfacción, y por lo tanto os perdono; no olvidéis, sin embargo, que tiene un término la paciencia con que debe tratarse a hombres privados de razón. Se ha concluido, pues, la broma, ¿no es cierto? Hacedme el favor de retiraros.

Sainte-Maline por desgracia sintió al mismo tiempo los estímulos de su envidiosa malignidad.

—¡Retirarnos! ¡Retirarnos! —gritó con enojo—: señor de Carmaignes, nos decís eso de una manera...

—De un modo que no os de lugar a cometer nuevas equivocaciones, señor de Sainte-Maline, y si es necesario, os lo repito; retiraos, señores; yo os lo suplico.

—No será sin que primero nos permitáis tener el honor de saludar a la persona que os hace abandonar nuestra compañía.

Al ver que Sainte-Maline insistía, empezó a estrecharse en torno suyo el círculo que ya iba a romperse.

—Señor de Monterabeau —gritó Ernanton—, si hacéis eso, acordaos de que me ofenderéis personalmente.

Monterabeau no supo qué hacerse, pues la voz de Ernanton era amenazadora.

—Bueno —replicó Sainte-Maline—; hemos prestado un juramento, y el señor de Carmaignes es tan rígido observador de la disciplina que no querrá quebrantarlo. Nosotros no podemos batirnos unos contra otros; por lo tanto, alumbrad, Monterabeau, alumbrad.

Este bajó y cinco minutos después subió con una bujía que quiso entregar a Sainte-Maline.

—No, no —le dijo el envidioso caballero—; tenedla vos, porque me parece que voy a necesitar las dos manos.

Y sin más ni más, dio un paso hacia la puerta de la torrecilla.

—Os tomo a todos por testigos, señores —dijo Ernanton—, de que se me insulta indignamente sin la menor causa, y de que en consecuencia —y al pronunciar estas palabras desenvainó la espada—, estoy dispuesto a sepultar este acero en el pecho del primero que ose dar un paso hacia adelante.

Furioso Sainte-Maline, quiso también desnudar la espada, pero al punto vio brillar sobre

su pecho la punta de la de Ernanton.

Y como al mismo tiempo dio un paso hacia adelante, sin que el señor de Carmaignes necesitase hacer el menor esfuerzo, sintió el frío del acero, se echó hacia atrás y bramó como un toro herido.

Entonces dio Ernanton un paso al frente, idéntico al que Sainte-Maline acababa de dar a retaguardia, y apoyó la terrible espada por segunda vez en el pecho de este último.

Sainte-Maline se puso pálido, pues en manos de su contrario estaba el clavarlo a la pared, mas éste retiró con prontitud su espada y la envainó diciendo:

—Merecéis morir mil veces por vuestra insolencia: pero el juramento de que hablasteis poco ha, me ata las manos y no volveré a tocaros; dejadme el camino franco.

Hablando así se apartó un trecho para ver si se le obedecía, añadiendo poco después con un gesto supremo que habría hecho honor a un rey:

—Paso, caballeros: salid, señora: yo respondo de todo.

Entonces se presentó en el umbral de la torrecilla una mujer cuya cabeza cubría una papalina, cuyo rostro ocultaba una careta, y que se apoyó temblando en el brazo de Ernanton.

El joven, como si estuviese seguro de que nada tenía que temer, atravesó atrevidamente la antesala por medio de sus camaradas inquietos y curiosos.

Sainte-Maline, cuyo pecho rozó ligeramente la espada de Ernanton, se había retirado a la meseta de la escalera, desesperado por la merecida afrenta que acababa de recibir a presencia de sus compañeros y de la dama desconocida.

Conoció que todo se reunía contra él, y que sería objeto de continuas burlas e insultos si las cosas quedaban entre él y Ernanton en el estado que tenían: esta convicción le arrastró hasta el último extremo, y cuando pasaba Ernanton por delante de él desenvainó la daga.

¿Era su propósito herir a Carmaignes? ¿Quiso efectivamente hacer lo que hizo? He aquí una cosa imposible de averiguar, sin haberla leído en el tenebroso pensamiento de aquel hombre, en el cual ni aun él mismo podía leer en aquellos instantes de vértigo y de rabia.

Lo cierto es que su brazo cayó sobre la pareja que se retiraba, y que la hoja de su puñal, en vez de sepultarse en el pecho de Ernanton, atravesó la papalina de la duquesa y cortó una de las cintas del antifaz.

Este vino al suelo.

El movimiento de Sainte-Maline había sido tan rápido, que en medio de la confusión nadie lo había advertido, ni por lo tanto pudo oponerse a él.

La duquesa dio un grito al ver que se le desprendía la careta y que la hoja de la daga se pegó a su cuello aunque sin herirla.

Sainte-Maline, mientras Ernanton trataba de averiguar el motivo de aquel grito, tuvo el tiempo necesario para recoger la careta y presentarla a la duquesa, de modo que a la luz de la bujía de Monterabeau pudo ver el bellissimo rostro de la joven dama, pues nada se lo impedía.

—¡Ah!, ¡ah! —exclamó con acento burlón e insolente—; es la dama de la litera: Ernanton, os doy la enhorabuena, pues veo que adelantáis grandemente en vuestros asuntos.

Ernanton se detuvo y desenvainó a medias la espada, arrepintiéndose de no haberla conservado empuñada, cuando la duquesa le dijo arrastrándole hacia los escalones y diciendo en voz baja:

—Venid, venid, caballero Carmaignes, os lo ruego.

—Ya volveré a veros, señor de Sainte-Maline —gritó Ernanton alejándose—, y estad seguro de que me pagaréis esa infamia con todas las demás.

—Bien, bien —le respondió Sainte-Maline—; arreglad vuestra cuenta al paso que yo arreglo la mía, pues ya se presentará ocasión para saldarlas.

Carmaignes oyó estas palabras, pero nada respondió a ellas, por atender exclusivamente a la duquesa.

Llegado por fin los dos al piso bajo, nadie se opuso a su salida, pues los individuos pertenecientes a los Cuarenta y Cinco que no habían subido la escalera, censuraban evidentemente en voz baja la fea conducta de sus compañeros.

Ernanton condujo a la duquesa a su litera, que estaba al cuidado de dos criados. No bien aquella dama entró en ella, cuando teniéndose por segura, apretó la mano de Carmaignes entre las suyas diciéndole:

—Caballero Ernanton, después de lo que acaba de suceder, después del insulto que he recibido y que no habéis podido evitar, a pesar de vuestro valor, no podemos volver aquí sin peligro de que se repita. Buscad, pues, por estos barrios alguna casa que se alquile o se venda, y en breve tendréis noticias mías.

—¿Debo separarme ya de vos, señora? —preguntó Ernanton inclinándose en señal de obediencia a las órdenes que acababa de recibir, y que lisonjaban demasiado a su amor propio para que se parase a discutirlos.

—Todavía no, señor de Carmaignes, todavía no; seguid a mi litera hasta el Puente-Nuevo, pues temo que ese miserable que me conoce por la dama de la litera, mas que ignora quién soy, venga detrás de mí y averigüe en dónde habito.

Ernanton obedeció, pero nadie siguió sus huellas para espiarlos.

Apenas llegó la duquesa al Puente-Nuevo, que entonces merecía este nombre, pues sólo hacía siete años que el arquitecto Ducerceau lo había tendido sobre el Sena, cuando aproximó su mano a los labios de Ernanton y le dijo:

—Idos ya, caballero.

—¿Podré preguntaros cuándo volveré a veros, señora?

—Eso dependerá de la prisa que os deis a desempeñar vuestra comisión, y ella me servirá al mismo tiempo de prueba del deseo que tengáis de verme.

—¡Oh!, señora, confiad por completo en mí.

—Así lo haré. Adiós, caballero mío.

La duquesa ofreció por tercera vez su mano a Ernanton alejándose en seguida.

—En verdad —exclamó el joven volviendo atrás—, esta dama me tiene afición, cosa que no admite duda, y sin embargo, no se cuida de saber si puedo o no ser víctima de ese maldito loco de Sainte-Maline.

Un ligero movimiento de hombros que hizo al mismo tiempo, demostró que el joven apreciaba en su justo valor aquel descuido de su dama.

Pero volviendo a hacerse cargo de aquel sentimiento, que nada favorable se presentaba para su amor propio, continuó así:

—¡Oh!, es que en efecto hay duda; estaba muy turbada la pobre, y ya se sabe que el temor de ser conocida es en una princesa el mayor de todos los sentimientos. Porque al fin —agregó sonriéndose—, es una princesa.

Y como este sentimiento era para él más lisonjero que el otro, se llevó la palma apoderándose de su imaginación.

Mas no pudo borrar de su pecho el recuerdo del insulto que le habían hecho: volvió, pues, en línea recta, a la hospedería, para que nadie tuviese el derecho de suponer que él temía las consecuencias de lo que llegase a resultar de aquel lance. Estaba resuelto a faltar a todos los juramentos y consignas del cuerpo de los Cuarenta y Cinco, y acabar con Sainte-Maline en cuanto pronunciase una palabra o hiciese un gesto.

El amor y la vanidad heridos con un mismo golpe provocaban en él tanta cólera, que en el estado de exaltación que tenía hubiera sido capaz de combatir contra diez hombres.

Esta misma resolución brillaba en sus ojos cuando apareció en el umbral de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero".

La señora Fournichon, que esperaba su vuelta con ansiedad indecible, se hallaba temblando de pies a cabeza.

Al ver a Ernanton se enjugó los ojos dando a entender que había llorado mucho, y enlazando al joven con sus brazos le pidió mil perdones, a pesar del empeño de su esposo, quien sostenía que no habiendo cometido la menor falta, no había por qué pedir tantos perdones.

La hostelera no era tan desagradable para que Carmaignes le conservase el menor rencor; le aseguró, pues, que se hallaba satisfecho de su conducta, y que el único culpable era su vino.

Este fue un aviso que el marido pudo comprender perfectamente, y así fue que dio las gracias con la cabeza a Ernanton.

Mientras sucedía esto a la puerta, todos los del interior estaban sentados a la mesa y hablaban con calor del suceso, que formaba sin contradicción el punto culminante de aquella noche divertida.

Muchos culpaban a Sainte-Maline con la franqueza que forma el carácter principal de los gascones cuando hablan unos con otros.

Otros se abstenían de tomar parte en la discusión viendo que su camarada arrugaba el entrecejo y le temblaban los labios, tal vez en fuerza de sus meditaciones.

Por lo demás, también se criticaba con el mismo entusiasmo la cena de la señora Fournichon, pero al ponerle faltas se filosofaba, y a esto se reducía todo.

—En cuanto a mí —decía en alta voz el señor Héctor de Biran—, declaro que el señor de Sainte-Maline tiene la culpa de todo, y que si yo me hubiese llamado Ernanton de Carmaignes, probablemente estaría a estas horas el señor de Sainte-Maline tendido en esta mesa en lugar de asistir a nuestra cena.

Sainte-Maline irguió la frente y miró a Héctor de Biran.

—Lo dicho, dicho —agregó éste—, pero mirad, en el umbral de la puerta divisó a un sujeto que me parece ser de mi misma opinión.

Todas las miradas se dirigieron hacia el sitio indicado por el joven caballero, y en el cual estaba Carmaignes pálido y severo.

Al verle semejante a una aparición, todos sintieron bañado su cuerpo de sudor frío.

Ernanton bajó del umbral de la puerta como hubiera podido hacerlo de su pedestal la estatua del Comendador, y se fue derecho a Sainte-Maline, sin provocarle en realidad, mas con una firmeza que hizo palpar a más de un corazón.

De todas partes salieron entonces estas palabras u otras parecidas:

—Por aquí, por aquí, Ernanton: venid, venid, pues ya sabéis que a mi lado tenéis siempre asiento seguro.

—Mil gracias, caballeros, el caso es que deseo sentarme al lado del señor de Sainte-Maline.

Este se levantó y todos fijaron en él los ojos, pero en el movimiento que hizo, se cambió completamente la expresión de su semblante.

—Os voy a hacer sitio como deseáis —dijo a Carmaignes—, pero al hacéroslo debo pedir os franca y sinceramente que disimuléis la estúpida agresión de esta noche: estaba bebido como vos mismo lo comprendisteis, y así, perdonadme.

Esta declaración prestada en medio de un silencio general no satisfizo a Ernanton, aunque era evidente que ninguno de los Cuarenta y Cinco había perdido una sílaba de ella, y que todos deseaban saber cómo terminaría la escena.

Pero cuando pronunció Sainte-Maline las últimas palabras, mil gritos de júbilo lanzados por sus camaradas manifestaron a Ernanton que debía darse por satisfecho y que estaba completamente vengado.

Su buen sentido le aconsejó, pues, callar, y una mirada que dirigió al mismo tiempo a Sainte-Maline le hizo conocer que debía desconfiar de él más que nunca.

—Este miserable es valiente a pesar de todo —pensó para su sayo—, y si cede ahora debe ser por efecto de alguna combinación odiosa que ha preparado y le satisface más.

El vaso de Sainte-Maline se encontraba lleno y él mismo tuvo la atención de llenar el de Carmaignes.

—Ea, ea —gritaron todos—, paz y reconciliación, señores; a la salud y amistad de Ernanton y Sainte-Maline.

Carmaignes se aprovechó del ruido producido por el choque de los vasos, e inclinándose al oído de Sainte-Maline con la sonrisa en los labios, para que no pudiese adivinar el sentido de las palabras que le dirigía, le dijo:

—Señor de Sainte-Maline, me habéis insultado por segunda vez sin ofrecerme reparación alguna, cuidado conmigo, porque a la tercera os mataré como si fueseis un perro.

—Hacedlo, hacedlo, caballero, si podéis —repuso Sainte-Maline—, porque os juro por mi honor que si me hallase en vuestro lugar obraría del mismo modo.

Y los dos enemigos mortales chocaron sus vasos, como si fueran los dos mejores amigos del mundo.

LXI

LO QUE SUCEDÍA EN LA CASA MISTERIOSA

Mientras que la hospedería de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero", mansión aparente de la concordia más perfecta, dejaba a puerta cerrada y bodega abierta filtrar a través de las rendijas de sus postigos la claridad de las bujías y la alegría de los convidados, se verificaba un movimiento insólito en aquel edificio misterioso que nuestros lectores sólo conocen hasta ahora exteriormente por las páginas que llevan leídas de nuestro relato.

El criado iba y venía de un aposento a otro conduciendo objetos empaquetados que encerraba en una maleta de viaje.

Terminados los primeros preparativos, cargó una pistola y removió una ancha daga en su vaina de terciopelo; en seguida la colgó del anillo de la cadena que le servía de cinturón, en el cual acomodó también la pistola, un manojo de llaves y un libro de oraciones forrado de vaqueta³⁴ negra.

Mientras así se ocupaba, un paso ligero como el de una sombra se deslizaba por el piso del cuarto principal dirigiéndose a la escalera.

Una mujer pálida, parecida a un fantasma, envuelta entre los pliegues de un blanco velo, se presentó de allí a poco en el umbral de la puerta y con voz melosa y triste como el canto del pájaro que suspira en el fondo del bosque, dijo:

—¿Estás pronto, Remy?

—Sí, señora, y sólo espero vuestra maleta para reuniría con la mía.

—¿Y creéis que puedan acomodarse bien en nuestros caballos?

—Yo respondo de todo, señora; pero, si eso os inquieta, ¿no podemos abandonar la mía, ya que allí tendré todo cuanto me haga falta?

—No, Remy; por ningún motivo quiero que os falte en el camino lo que hayáis menester, y allí, como el pobre anciano está enfermo, todos sus criados estarán ocupados con él. ¡Ah, Remy! Tengo grandes deseos de reunirme con mi padre, porque mi corazón abriga tristes presentimientos: paréceme que hace un siglo que no le he visto.

—Con todo, señora, os separasteis de él tres meses ha, y entre este viaje y el último media igual espacio que entre los otros.

—Remy, vos que sois tan buen médico, ¿no me confesasteis cuando le dejamos, que mi padre no contaría mucho tiempo de vida?

—Indudablemente, pero mis palabras deben considerarse como la expresión del temor y no como una profecía: Dios se olvida a veces de los viejos y por eso viven tanto (cosa extraña), porque están acostumbrados a vivir; todavía hay más: el viejo suele ser como el niño: hoy está enfermo y mañana sano.

—¡Ah, Remy! También hace lo que el niño, que hoy está sano y mañana muerto.

Remy nada respondió, porque realmente no podía salir de su boca respuesta alguna satisfactoria, y un lúgubre silencio sucedió durante algunos minutos al diálogo que

³⁴ Cuero de ternera, curtido y adobado.

acabamos de transcribir.

Los dos interlocutores permanecieron un rato silenciosos y pensativos.

—¿Para qué hora habéis avisado los caballos, Remy?

—interrogó la dama misteriosa.

—Para las dos de la mañana.

—¿No acaba de dar la una?

—Sí, señora.

—¿Nadie observa en la calle, Remy?

—Nadie, señora.

—¿Ni ese pobre joven?

—Tampoco.

Y Remy lanzó un suspiro.

—Me has contestado de una manera extraña, Remy.

—Consiste en que también ese joven ha adoptado una resolución.

—¿Cuál? —preguntó la dama, estremecida.

—La de no volver a veros, o al menos tratar de hacerlo así.

—¿Pues adonde va?

—Adonde todos vamos, a descansar.

—Dios le conceda eterno sosiego —repuso la dama con voz grave y fría como un eco de muerte—; y no obstante...

Aquí se detuvo.

—¿Y no obstante qué? —dijo Remy.

—¿Nada tenía que hacer en el mundo?

—Amar si le hubiesen amado.

—Un hombre de su clase, de su nombre y de su edad debiera tener confianza en el porvenir.

—¿Contáis con él, vos, que tenéis una edad, un nombre y un rango que nada pueden envidiar a los suyos?

Los ojos de la dama arrojaron de pronto siniestra claridad.

—¡Oh, Remy!—exclamó—; cuento con él, pues vivo... pero... Esperad."

Y después de haber escuchado atentamente, agregó:

—¿No se oye el trote de un caballo?

—Creo que sí.

—¿Será nuestro conductor?

—No es imposible, pero entonces se habrá adelantado cerca de una hora a la convenida.

—Se han detenido en la puerta, Remy.

—En efecto.

Remy bajó apresuradamente la escalera al mismo tiempo que resonaron en la puerta tres

golpes de aldabón.

—¿Quién es? —preguntó Remy.

—Yo —respondió una voz temblona y áspera—, soy Grandchamp, el ayuda de cámara del barón.

—¡Ah, Dios mío! ¡Vos, Grandchamp, en París! Voy a abriros en seguida, pero hablad bajo.

Y diciendo esto abrió la puerta.

—¿De dónde venís? —le preguntó Remy en voz baja.

—De Meridor.

—¿De Meridor?

—Sí, mi querido señor Remy. ¡Ah!

—Entrad, entrad pronto. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¿Qué hay, Remy? —interrogó la dama desde la escalera—. ¿Son nuestros caballos?

—No, señora, no; no son ellos.

Y volviéndose hacia el viejo, agregó:

—¿Qué hay de nuevo, mi buen Grandchamp?

—¿No lo adivináis? —respondió el ayuda de cámara.

—¡Ah!, sí; lo adivino, pero, ¡en nombre del Cielo, os ruego que no le deis esa noticia tan pronto! ¿Qué es lo que va a decir la pobre señora?

—Remy, Remy —dijo la dama—, creo que estáis hablando.

—Sí, señora.

—Con una persona cuya voz conozco.

—Efectivamente, señora. ¡Ah, Grandchamp! ¿Cómo lo hemos de remediar?

La dama, que había bajado ya, apareció al extremo del zaguán.

—¿Quién es? —interrogó al punto—: me ha parecido Grandchamp.

—El mismo, señora —contestó con humildad y tristeza el anciano descubriendo su blanca cabeza.

—¡Tú, Grandchamp! ¡Cielo santo! No me engañaban mis presentimientos; ha muerto mi padre.

—Sí, señora —contestó Grandchamp olvidando la recomendación de Remy—; Meridor ha quedado sin señor.

Pálida, helada, pero inmóvil y firme, la dama soportó aquel golpe sin sucumbir.

Al contemplarla Remy tan resignada y sombría, se acercó a ella y le tomó suavemente la mano.

—Amigo mío —interrogó ella al mensajero—, ¿cómo ha muerto?

—Señora, el señor barón, que no abandonaba ya su poltrona, fue atacado hace ocho días del tercer accidente de apoplejía: su última palabra fue vuestro nombre; después de haberlo pronunciado trabajosamente, no habló más y murió por la noche.

Diana dirigió al viejo criado una señal de gratitud, y sin volver a decir cosa alguna, subió a su estancia.

—Por fin ya es libre —murmuró Remy más pálido y sombrío que ella. Venid, Grandchamp, venid.

El aposento principal de la dama estaba situado en el primer piso, detrás de un gabinete que tenía vistas a la calle, mientras que dicho aposento sólo recibía la luz por una ventana del corredor.

Los muebles de aquella pieza eran tristes pero ricos, y los dibujos de los tapices de Arras, considerados como exquisitos en aquel tiempo, representaban todos los trances amargos de la sagrada pasión.

Un reclinatorio esculpido de encina, un sillón de la misma madera y del mismo trabajo, y una cama de columnas enroscadas, con tapices parecidos a los que cubrían las paredes y una alfombra de Bruges eran los objetos que adornaban la estancia.

En él no se veía una flor, ni una alhaja, ni un dorado: la madera y el hierro pulimentado hacían veces de molduras de plata y oro; un cuadro de ébano encerraba un retrato de hombre, colocado en un ángulo de la pieza y sobre él daba de lleno la luz de la ventana, practicada indudablemente en el corredor con este objeto.

La dama se postró ante aquel retrato con el corazón hinchado, pero con ojos enjutos.

Dirigió a la inanimada pintura una inexplicable mirada de amor como si esta noble imagen pudiese animarse para responderle. Noble imagen en efecto y el epíteto le cuadraba perfectamente.

El artista había representado un joven de veintiocho o treinta años, casi desnudo y recostado en un lecho de descanso; de su entreabierto pecho se desprendían algunas gotas de sangre, y su mano derecha pendía mutilada, y no obstante, empuñaba un pedazo de espada.

Cerrábanse sus ojos como los de un hombre próximo a expirar, y la palidez y el dolor prestaban a su fisonomía un carácter divino, que el rostro del hombre sólo comienza a adquirir cuando abandona el mundo por la eternidad.

La única divisa, el único rótulo que se leía al pie de la pintura en letras de color de sangre era: AUT CESAR, AUT NIHIL.

La dama extendió sus brazos hacia aquella imagen dirigiéndole las palabras que siguen, como si hubiera podido hacerlo al mismo Dios:

"Te había rogado que me aguardases; a pesar de que tu alma debía respirar venganza, y como los muertos ven todo, ¡oh, amor mío!, han visto que solamente he soportado el peso de la existencia por no convertirme en parricida; después de haber muerto tú, yo también debía morir; mas muriendo yo, mataba a mi padre.

"Y luego... también lo sabes; hice un juramento sobre tu cadáver ensangrentado; juré pagar la sangre con la sangre, y la muerte con la muerte; mas entonces hubiera echado la responsabilidad de un crimen sobre la blanca cabeza del venerable anciano que me llamaba su inocente hija.

"Ahora todo ha cambiado y tú lo has oído, mi bien amado; mi corazón te da las gracias: ya soy libre, pues el Señor ha roto el último eslabón de la cadena que me ligaba a la tierra: gracias mil sean dadas al Hacedor Supremo. Ya soy enteramente tuya, ya puedo abandonar mi disfraz y los misterios que me rodean, ya puedo presentarme a la luz del día, porque nadie en el mundo me echará de menos, porque he logrado tener el derecho de abandonar la tierra."

Levantó entonces una rodilla y besó aquella mano que parecía querer escaparse del cuadro.

"Ya sé que me perdonas el que mis ojos estén secos; consiste en que a fuerza de llorar sobre tu sepulcro se han secado estos ojos que tanto amabas.

"Dentro de pocos meses iré a reunirme contigo, sombra querida, y por fin responderás a tantas protestas de amor como te he dirigido sin que tus labios se hayan desplegado."

Después de pronunciar estas palabras, se levantó Diana respetuosamente, como si hubiese acabado de platicar con Dios, y fue a sentarse en su sillón de encina.

—¡Pobre padre! —murmuró fríamente y con una expresión que no parecía pertenecer a criatura humana.

En seguida se abismó en cavilaciones sombrías que al parecer le hicieron olvidar su actual situación y las desventuras pasadas.

Levantóse de pronto y apoyando una mano en el sillón, dijo:

—Esto ha de ser, y todo marchará así mejor. ¡Remy!

El fiel criado escuchaba sin duda a su ama detrás de la puerta, porque se presentó al momento.

—Aquí estoy, señora —respondió.

—Mi digno amigo, hermano mío —le dijo Diana—, vos que sois el único que me conoce en el mundo, decidme adiós.

—¿Y por qué, señora?

—Porque ha llegado, Remy, la hora de separarnos.

—¡Separarnos! —repitió el joven con un acento que hizo estremecer a su compañera—. ¿Qué estáis diciendo, señora?

—Sí, Remy. Mi proyecto de venganza me parecía noble y puro mientras entre él y mi voluntad existía un obstáculo, mientras solamente lo divisaba en un horizonte más o menos lejano: así son todas las cosas de este mundo; grandes y hermosas desde lejos. Ahora que estoy cerca de la ejecución, ahora que el obstáculo ha desaparecido... no me vuelvo atrás, Remy, mas no quiero arrastrar conmigo en el camino del crimen a un alma generosa que no se ha contaminado con la más leve mancha. Por lo tanto, vas a dejarme sola, amigo mío: toda una vida de lágrimas será a los ojos de Dios una expiación de mis faltas, y espero que también os sirva a vos, por lo mucho que os he hecho sufrir; de esa manera vos, que ningún crimen habéis cometido, podéis estar doblemente seguro de alcanzar el Cielo.

Remy había escuchado las palabras de la dama de Monsoreau con gesto sombrío y casi altivo.

—Señora —respondió al punto—, ¿creéis que estáis hablando con algún viejo medroso y fatigado por los excesos de la vida? Tengo, señora, veintiséis años, es decir, toda la savia de la juventud que parece agotada en mí: cadáver escapado del sepulcro, si vivo todavía es porque el Cielo me destina al cumplimiento de una acción terrible, y a representar un papel activo en la obra de la Providencia: jamás separaréis mi pensamiento del vuestro, señora, ya que ambos se han albergado siniestramente y por tan largo espacio bajo el mismo techo: iré adonde vayáis, y en todo cuanto intentéis os ayudaré; de lo contrario, señora, si a pesar de mis ruegos persistís en esa resolución de despedirme...

—¡Oh! ¡Despediros! —repuso la dama—. ¡Qué palabra acabáis de usar, Remy!

—Si persistís en esa resolución —continuó el joven como si nada hubiese oído—, ya sé lo que debo hacer por mi parte, y todos nuestros proyectos se reducirían en cuanto a mí a dos puñaladas; una traspasará el corazón de quien sabéis y otra el mío.

—Remy, Remy —replicó la dama dando un paso hacia el joven y extendiendo imperiosamente la mano sobre su cabeza—; no digáis eso, porque la vida de la persona que amenazáis no es vuestra, sino mía, pues la he pagado hartos cara para dejar de apoderarme de ella cuando llegue el momento en que debe perderla. Ya sabéis lo que ha sucedido, Remy, y os juro que no fue un sueño: el día en que fui a arrodillarme al lado del cuerpo ya frío de ese...

E indicó el retrato.

—Aquel día acerqué mis labios a los de esa herida que veis abierta, y ellos temblaron y me dijeron: "*¡Véngame, Diana, véngame!*"

—¡Señora!

—Remy, te lo repito; no fue ilusión, no fue delirio de mi conturbada mente; la herida habló, sí, habló, y aún la oigo murmurar: "*¡Véngame, Diana, véngame!*"

El criado bajó la cabeza.

—A mí, pues, me pertenece esa venganza, y no a vos —agregó Diana—, además de eso, ¿por quién y para quién murió ése? Por mí y para mí.

—Debo obedeceros, señora —repuso Remy—, porque tan muerto estaba yo como él. ¿Quién me sacó de entre los cadáveres que llenaban esta sala? Vos. ¿Quién curó mis heridas? Vos. ¿Quién me ha ocultado? Vos, vos; es decir, la mitad del alma de aquel por quien yo hubiera muerto gustoso. Mandad, pues, y os obedeceré con tal que dispongáis que no os abandone.

—Sea como queréis, Remy; seguid mi suerte, pues veo que tenéis razón y que nada debe separarnos.

Remy indicó con el dedo al retrato y dijo con energía:

—Acordaos, señora, de que fue muerto a traición y que por consiguiente a traición debe ser vengado. ¡Ah!, ignoráis una cosa y... decíais bien; la mano de Dios nos protege, porque esta noche he hallado el secreto de *Vaquá tofana*, del veneno de los Médicis, del tósigo de Renato el florentino.

—¿Es cierto lo que decís?

—Venid a verlo, señora, venid.

—¿Y qué dirá Grandchamp que nos está aguardando al ver que no volvemos? ¿Qué pensará si no nos oye hablar? Porque supongo que debemos hallarnos abajo para ver eso...

—El pobre Grandchamp ha corrido sesenta leguas a caballo, señora, está rendido de cansancio y acaba de quedarse dormido en mi cama. Venid.

Remy salió seguido de Diana.

LXII

EL LABORATORIO

Remy condujo a la dama desconocida a la estancia vecina, y apretando un resorte oculto en uno de los tabiques, hizo dar vuelta a una trampa que cubría todo el ancho de la sala hasta la pared.

Aquella trampa abierta dejaba ver una escalera sombría, pendiente y estrecha: Remy empezó a bajar por ella el primero, y dio el brazo a Diana que se apoyó en él y bajó acto seguido.

Veinte escalones de aquella escalera, o mejor dicho escala, conducían a un subterráneo circular, oscuro y húmedo, que por únicos muebles contenía un gran hornillo, con su enorme fogón, una mesa cuadrada, dos sillas de junco y muchos frascos y cajas de hierro.

Los únicos habitantes eran una cabra que no balaba y pájaros sin voz, que parecían en este lugar oscuro y subterráneo los espectros de aquellos animales cuyo parecido conservaban.

Iban desapareciendo del hornillo los restos del fuego que poco antes había brillado, al paso que un humo denso y negro huía por un conducto abierto en el muro.

Un alambique colocado encima del fogón dejaba filtrar lentamente y gota a gota un licor amarillo como el oro. Aquellas gotas caían en una redoma de vidrio blanco del grueso de dos dedos, mas al mismo tiempo de una transparencia admirable, sujeta por el tubo del alambique que comunicaba con ella.

Diana acabó de bajar al subterráneo y se detuvo en medio de aquellos objetos de formas tan extrañas sin admiración y sin espanto; cualquiera hubiera dicho que las impresiones ordinarias de la vida no podían ejercer ya la menor influencia sobre aquella mujer que no gozaba de su propia existencia.

Remy le hizo señal para que no se moviese del pie de la escalera, y en seguida encendió una lámpara que lanzó un resplandor lívido sobre los diversos preparativos que acabamos de enumerar, y que hasta entonces dormían o se agitaban entre las sombras.

Luego se acercó a un pozo que se veía en el ángulo más retirado de la cueva, y que no tenía ni parapeto ni brocal³⁵, ató un jarro a una cuerda larga y lo sumergió en el agua que murmuraba lúgubrementemente en el fondo, y que dejó oír un sordo ruido producido por el choque; por último sacó el jarro lleno de agua helada y pura como el cristal.

—Acercaos, señora—dijo Remy.

Diana se aproximó.

Entonces el primero dejó caer en aquella cantidad de agua una sola gota del licor contenido en la redoma de vidrio, y al punto se tiñó toda ella del mismo color amarillo; poco después se desvaneció este color, y transcurridos diez minutos volvió a quedar el agua tan transparente como antes.

La fijeza de los ojos de Diana era lo único que podía dar una idea de la atención profunda con que observaba aquella operación.

³⁵ Antepecho alrededor de la boca de un pozo, para evitar el peligro de caer en él.

Remy la miró.

—¿Qué tenemos? —preguntó de allí a poco.

—Empapad —añadió Remy— en esta agua que no tiene color ni sabor, una flor cualquiera, un guante, un pañuelo; bañad con ella jabones de olor, verted una poca en la cajita de polvos que se emplea para lavar los dientes, en la jofaina que sirve para las manos y la cara, y veréis, como ya se vio en la corte de Carlos IX, que el perfume de la flor sofoca, que envenena el contacto del guante, y que el jabón mata al inocularse en los poros. Derramad una gota de este líquido puro en la mecha de una bujía o de una lámpara; el algodón se impregnará en la extensión de una pulgada, y durante una hora la lámpara o la bujía exhalarán la muerte para volver a arder en seguida de igual manera que otra bujía u otra lámpara.

—¿Estáis, Remy, seguro de lo que decís? —preguntó Diana.

—He hecho ya muchísimas experiencias, señora: ved esos pájaros que no pueden dormir ni quieren comer porque han bebido agua idéntica a ésta; ved a esa cabra que ha rumiado hierba rociada con la misma agua; está muda y sus ojos se apagan; podemos devolverle la libertad y la luz; mas su vida está condenada, a no ser que la Naturaleza revele a su instinto alguno de esos contravenenos que los animales adivinan y los hombres desconocen.

—¿Puedo examinar esa redoma, Remy? —preguntó la dama.

—Sí, señora, porque todo el líquido se ha precipitado ya, pero esperad un instante.

Remy la separó del alambique con las mayores precauciones; en seguida le puso un tapón de cera blanda que aplastó en la superficie de la boca y envolviendo el cuello de la redoma con un pedazo de lana, la ofreció a Diana.

Esta la tomó sin conmovearse; la levantó hasta la altura de la lámpara y después de haber contemplado largo espacio el espeso licor que contenía, dijo:

—Basta; cuando llegue el momento, escogeremos un ramillete, unos guantes, una bujía, una pastilla de jabón o una jofaina de agua. ¿Trabaja el metal este licor?

—Lo desgasta.

—Y acaso se romperá la redoma...

—Me parece que no, en vista del grueso que tiene el cristal: además, podemos encerrarla en una caja de oro.

—De modo, Remy, que estáis contento, ¿no es cierto?

Y una cosa semejante a una pálida sonrisa cruzó por los labios de la dama, dándole aquel reflejo de vida que un rayo de luna presta a los objetos confundidos en la obscuridad.

—Más que nunca, señora —contestó Remy—; castigar al malvado es ejercer la más santa prerrogativa de Dios.

—Escuchad, Remy, escuchad.

Y la dama guardó silencio, mientras que preguntó Remy: —¿Habéis oído algo?

—Relinchos de caballos en la calle; creo, Remy, que llegan los que habíamos pedido.

—Es probable, señora, porque a esta hora poco más o menos debían venir, pero voy a despedirlos.

—¿Por qué?

—Porque no nos hacen falta.

—Es que en vez de ir a Meridor, iremos a Flandes; no los despedáis.

—¡Ah! Entiendo.

Y los ojos del criado despidieron un rayo de alegría que solamente podía compararse con la sonrisa de Diana.

—¿Y Grandchamp? —añadió en seguida—, ¿qué hacemos de él?

—Habéis dicho antes que necesita descansar; por lo tanto permanecerá en París y venderá esta casa, de la cual no tenemos ya necesidad. Lo que sí debéis hacer es dejar libres a todos esos inocentes animales, a los que hemos martirizado por precisión. Según vuestras propias palabras, Dios cuidará de su conservación.

—Pero, ¿y esos hornillos, esos alambiques, esos frascos?...

—Supuesto que aquí estaban cuando compramos la casa, ¿qué importa que otros los encuentren en ella luego que nos marchemos?

—¿Y los polvos, los ácidos, las esencias?...

—Al fuego con todo, Remy, al fuego.

—Separaos entonces un poco.

—¿Yo?

—Sí, o al menos poneos esa careta de vidrio.

Hízolo así Diana, y cubriéndose el criado la boca y las narices con un gran copo de lana, asió la cadena del fuelle, avivó la llama de carbón y cuando vio que un hornillo estaba ya perfectamente encendido arrojó a él todos los polvos, que estallaron presentando fuegos verdes algunos de ellos, volatilizándose otros en partículas lívidas como el azufre, y las esencias, que en lugar de consumir la llama, huyeron por el conducto como serpientes de fuego, con un estrépito redoblado e incesante parecido al de un trueno lejano. Terminada ya aquella operación, dijo Remy: —Tenéis razón, señora; si alguno descubre el secreto de este subterráneo, creará que algún alquimista ha trabajado en él, y hoy, como sabéis, se respeta en Francia a los alquimistas, aunque se echa al fuego a los brujos.

—Si nos quemasen, Remy —replicó la dama—, se haría justicia con nosotros, según mi opinión. ¿No somos envenenadores? Con tal que el día en que suba al cadalso haya cumplido la misión que me hace vivir, lo mismo me importa morir a manos del verdugo que de otro modo; así murieron casi todos los antiguos mártires.

Remy mostró su conformidad con un gesto, y recibiendo la redoma de manos de su señora, la empaquetó con sumo cuidado.

En aquel instante llamaron a la puerta de la calle. —Son los caballos, señora, y no os habéis engañado: subid, pues, sin perder tiempo y responded, mientras que yo cierro la trampa de esta cueva.

La dama obedeció porque se anidaba hasta tal punto un mismo pensamiento en aquellos dos cuerpos, que hubiera sido muy difícil saber cuál de ellos dominaba al otro.

Remy subió poco después que Diana, y tocó el resorte cerrándose inmediatamente la trampa.

Diana halló a Grandchamp junto a la puerta de la calle, pues el ruido le había despertado

y acababa de levantarse para abrir. Quedó sumamente sorprendido al saber la próxima partida de su ama, que ella misma le hizo conocer, aunque sin indicarle el sitio adonde se dirigía.

—Grandchamp, amigo mío, me voy —dijo— con Remy, a cumplir una peregrinación de que hice voto hace mucho tiempo: a nadie hablarás de este viaje, ni revelarás mi nombre.

—¡Oh! Lo juro, señora, mas espero al menos que volveré a veros.

—Sin duda, Grandchamp, sin duda. ¿No volvemos a vernos siempre todos, ya que no sea en este mundo en el otro? Mas a propósito, Grandchamp, esta casa es ya inútil para nosotros.

Diana sacó al mismo tiempo de una alacena un rollo de papeles, añadiendo:

—He aquí los títulos que prueban la propiedad: alquilaréis o venderéis la casa, y si dentro de un mes no halláis para ella inquilino ni comprador, la abandonaréis, volviéndoos a Meridor.

—Y si encuentro quien quiera poseerla, ¿en cuánto la daré?

—En lo que te plazca.

—¿Es decir que llevaré el importe a Meridor?

—No; lo guardaréis para vos, viejo Grandchamp.

—¿Cómo, señora! Esa cantidad tan grande...

—¿Y no te la debo yo por tus buenos servicios? Y además de mis propias deudas, ¿no debo pagar asimismo las de mi padre?

—Pero, señora, sin un contrato, sin un poder, ¿qué queréis que haga?

—Tiene razón —observó Remy.

—Vamos... encontrad un medio —repuso Diana.

—Nada más sencillo: esta casa se compró en mi nombre, yo se la vendo a Grandchamp, quien de esta manera podrá traspasarla a quien guste.

—Pues bien, hacedlo pronto.

Remy cogió una pluma y escribió su donación al pie del contrato de venta.

—Ahora, adiós —dijo la dama de Monsoreau a Grandchamp, que empezó a temblar desde que conoció que iba a quedar solo en la casa—, adiós, Grandchamp, haced que se acerquen los caballos mientras acabo mis preparativos.

Diana volvió a subir a su habitación, cortó con un puñal el lienzo del retrato, lo enrolló, y envolviéndolo en un pedazo de seda lo puso en la maleta.

El cuadro, ya vacío, parecía que contaba con mayor elocuencia que antes los innumerables suspiros que había percibido. En cuanto al resto de la pieza, una vez quitado de ella el retrato, no tenía la menor significación, confundiéndose con otra cualquiera.

Luego de haber acomodado Remy las dos maletas, dirigió la vista a la calle para asegurarse de que nadie observaba sus preparativos de marcha a excepción del guía; ayudando poco después a su ama a montar, la dijo en voz baja;

—Me parece, señora, que ésta será la última morada en que vivamos tanto tiempo.

—La penúltima, Remy —respondió la dama con acento grave y monótono.

—Y la otra, ¿cuál será?

—El sepulcro.

LXIII

QUÉ HACÍA EN FLANDES EL DUQUE DE ANJOU

Ahora permítanos el lector abandonar al rey en el Louvre, a Enrique de Navarra en Cahors, a Chicot en el camino y a la dama de Monsoreau en la calle para ir a encontrar en Flandes a monseñor el duque de Anjou, recientemente nombrado duque de Brabante, y a cuyo auxilio hemos visto salir de París al gran almirante de Francia, Ana Daignes, duque de Joyeuse.

A ochenta leguas de París, hacia el Norte, la bandera francesa ondeaba sobre un extenso campamento a orillas del Escalda. Era de noche y gran número de fogatas formando inmenso círculo iluminaban aquel río tan ancho en las inmediaciones de Amberes reflejándose en la profundidad de sus aguas.

Los relinchos de los caballos franceses turbaban la acostumbrada soledad de que gozaban los aldeanos de las comarcas vecinas en medio de sus sombríos bosques. Desde los muros de la ciudad veían los centinelas brillar a través del fuego y de los vivaques los mosquetes de los soldados franceses, relámpagos fugitivos y distantes que la anchura del río interpuesto entre el ejército y la ciudad hacía tan inofensivos como los relámpagos de calor que iluminan el horizonte de una hermosa tarde de verano.

Aquel ejército era el del duque de Anjou; pero es necesario explicar lo que fue a hacer allí. Esto no les agrada mucho, a nuestro entender, a los lectores, pero habrán de perdonarnos en gracia del aviso que les damos, ya que tantos otros les fastidian sin hacerles la menor advertencia.

Los que han perdido su tiempo en hojear las páginas de *La Reina Margarita* y de *La Dama de Monsoreau* conocen ya al duque de Anjou, príncipe envidioso, egoísta, ambicioso e impaciente, que habiendo nacido tan cercano al trono, al cual parecían acercarle más y más los acontecimientos, nunca había podido resignarse a que la muerte le dejase libre el camino.

Así se le había visto desear el trono de Navarra, reinando Carlos IX, luego el del mismo Carlos, y por último el de Francia, ocupado por su hermano Enrique, ex rey de Polonia, que había ceñido ya dos coronas con gran despecho y envidia de su hermano, que no podía alcanzar una sola.

Por un momento dirigió sus miradas y su ambición hacia Inglaterra, gobernada entonces por una mujer, y a fin de sentarse en un trono pidió la mano de aquella mujer, no obstante llamarse Isabel y contar veinte años más que él.

El destino había comenzado a serle propicio en esta negociación, suponiendo que fuese para él una fortuna casarse con la orgullosa hija de Enrique VIII. Aquél que durante su vida y en medio de sus opuestos pensamientos no había podido defender su propia libertad, que había visto, o hecho tal vez matar a sus favoritos La Mole y Coconnas, y sacrificado cobardemente a Bussy, al más valiente de sus caballeros, y todo esto sin provecho para su propia elevación y en perjuicio de su gloria, aquel mismo a quien la fortuna había repudiado hasta entonces, se veía de repente colmado de favores por una gran reina, inaccesible poco antes a toda mirada mortal y elevado por un pueblo a la más alta dignidad que el mismo pueblo podía conferirle.

Flandes le ofrecía una corona y la reina Isabel de Inglaterra le había entregado ya su anillo.

No tenemos la pretensión de pasar por historiadores, y si algunas veces lo somos, consiste en que por acaso la historia desciende hasta la novela, o que, como sucede con más frecuencia, la novela se eleva hasta la historia: por eso nos vemos ahora precisados a examinar la existencia del duque de Anjou, como príncipe, llena por haberse hallado siempre próxima a alcanzar la autoridad real, de esos sucesos, ya sombríos, ya brillantes que señalan casi exclusivamente las existencias reales.

Compendiemos, pues, en pocas palabras la historia de aquel príncipe.

Había visto a su hermano Enrique III apurado con la contienda que sostenía con los Guisa, y se pasó al partido de éstos; mas no tardó en conocer que el único objeto que se proponían era relevar a los Valois en el trono de Francia.

Entonces se separó de los Guisa, y, sin embargo, ya hemos visto que esta separación ofrecía sus peligros, y que Salcedo, descuartizado en la plaza de Grève, probaba la importancia que la susceptibilidad de los caballeros de Lorena daba a la amistad y a la alianza del duque de Anjou.

Aparte de lo dicho, hacía ya tiempo que Enrique III había abierto los ojos y desterrado al duque de Alençon, que se retiró a Amboise, un año antes de los primeros sucesos de esta historia.

Entonces fue cuando los flamencos le abrieron los brazos. Cansados de la dominación española, diezmados por el proconsulado del duque de Alba, vendidos por la falsa paz de don Juan de Austria, que supo utilizarla para hacerse dueño de Namur y Charlemont, llamaron a Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que fue gobernador general de Brabante.

Aquí debemos dedicar algunas líneas a este nuevo personaje, que tan distinguido lugar ocupa en la historia y que no hará más que aparecer en nuestro relato.

Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, tenía a la sazón cincuenta años; como hijo de Guillermo de Nassau, llamado *el Viejo*, y de Juliana de Stolberg, como primo de Renato de Nassau, muerto en el sitio de Saint-Dizier y heredero de su título, educado desde su infancia en los principios más severos de la Reforma, conoció desde muy temprano todo lo que valía, así como la importancia y grandeza de la misión que debía cumplir en el mundo político.

Esta misión que creía haber recibido del Cielo, a la que se mostró fiel toda su existencia y por la cual murió como un mártir, fue la fundación de la república de Holanda, que efectivamente llevó a término.

Siendo aún joven fue llamado por Carlos V a su corte, porque este monarca, que conocía bien a los hombres, había juzgado a Guillermo, y muchas veces el anciano emperador que sostenía entre sus manos el globo más pesado de cuantos habían reposado en hombros imperiales, consultaba al joven acerca de los puntos más delicados concernientes a la política de los Países Bajos.

Veinticuatro años contaba apenas cuando Carlos V le entregó, en ausencia del famoso Filiberto Emmanuel de Saboya, el mando del ejército de Flandes, y él se manifestó digno de tan alta honra haciendo frente al duque de Nevers y a Coligni, dos de los más grandes capitanes de aquel tiempo, y fortificando a su presencia las plazas de Filippeville y

Charlemont; el día en que abdicó Carlos V, se apoyó asimismo en Guillermo de Nassau para bajar las gradas del trono, y él fue el encargado de llevar a Fernando la corona imperial que Carlos abandonaba espontáneamente.

Entonces subió al trono Felipe II, y a pesar de haberle recomendado Carlos V que mirase a Guillermo como un hermano, no tardó éste en conocer que Felipe II era un príncipe que no quería tener familia. Su pensamiento se fijó de nuevo en la grande idea de la libertad de Holanda y de la emancipación de Flandes; pensamiento que tal vez hubiera permanecido eternamente encerrado en su corazón, si el anciano emperador, su amigo y su padre, no hubiese abrigado el singular capricho de vestirse el hábito de monje en vez del manto real.

Los Países Bajos, a propuesta de Guillermo, pidieron la salida de las tropas españolas, y dio principio la encarnizada lucha con España, empeñada en no abandonar la presa, que pugnaba por escaparse de sus garras. Entonces asolaron aquel infortunado país, siempre arañado por Francia o por el Imperio, el virreinato de Margarita de Austria y el sangriento proconsulado del duque de Alba; entonces se organizó aquella lucha, a la par política y religiosa, cuyo pretexto fue la solemne protesta del palacio de Culemborg, que pedía se aboliese la Inquisición en los Países Bajos; entonces se efectuó la procesión de aquellos cuatrocientos caballeros vestidos con la mayor sencillez, que desfilaron de dos en dos para exponer a los pies del trono de la virreina el deseo general reasumido en la protesta; entonces fue cuando al ver aquellos graves y modestos ciudadanos, nació de los labios de Berlaimont, uno de los consejeros de la duquesa, la palabra *pelones*, que acogida y aceptada por los caballeros flamencos, designó desde aquel día en los Países Bajos al partido patriota, con el cual nunca se había contado.

Desde aquel instante empezó también Guillermo a representar el papel que le valió la fama de uno de los más grandes actos políticos del mundo. Constantemente batido en aquella lucha sostenida contra el poder espantoso de Felipe II, se levantó siempre, y siempre más fuerte que antes, después de sus derrotas, organizando nuevos ejércitos que llenaban el hueco de los que desaparecían, y presentándose a la pelea cuando menos se le esperaba, saludado constantemente como un libertador.

En medio de aquella alternativa de triunfos morales y de derrotas físicas, si así podemos expresarnos, supo Guillermo, en Mons, el degüello de París conocido por el nombre de jornada de San Bartolomé.

Era aquélla una herida terrible que casi penetraba en el corazón de los Países Bajos, pues Holanda y la porción de Flandes que era calvinista, perdía con tan terrible golpe la sangre de sus más valientes y naturales aliados, los hugonotes de Francia.

Guillermo mandó tocar retirada no bien hubo recibido tan infausta nueva, según acostumbraba en trances como éste, retrocediendo desde Mons hasta las orillas del Rin, a fin de ponerse en expectativa de los acontecimientos.

Los acontecimientos se repiten a menudo cuando los hombres sostienen nobles causas, y no tardó en difundirse la noticia de uno que nadie esperaba.

Algunos *pelones* marítimos, porque también los había así como de tierra, arrojados por un viento contrario hasta el puerto de Brille, viendo que les era absolutamente imposible hacerse mar afuera, fueron arribando lentamente, e impelidos por la desesperación, se apoderaron de la ciudad, en la cual se había levantado ya el cadalso para ahorcarlos.

Luego de hacerse dueños de Brille, arrojaron de sus cercanías a los destacamentos

españoles, y no viendo entre ellos un hombre bastante fuerte para que supiese aprovecharse de aquella conquista, debida al azar, llamaron al príncipe de Orange: Guillermo acudió al punto, pues era preciso dar un gran golpe y comprometer a toda Holanda para hacer imposible toda reconciliación con España, y logró que se publicase un acuerdo por el cual se proscribía en Holanda el culto católico, de igual manera que en Francia se había proscrito el protestante.

En vista de este manifiesto, comenzó de nuevo la guerra: el duque de Alba envió contra los sublevados a su mismo hijo Federico de Toledo, que tomó las plazas de Zutxen, Nardem y Harlem; mas, lejos de abatir este revés a los holandeses, pareció prestarles mayores fuerzas. Todos los pueblos se levantaron, todos corrieron a las armas desde el Zuyderzée hasta el Escalda; España tembló un momento, llamó al duque de Alba y le dio por sucesor a don Luis de Requesens, uno de los vencedores de Lepanto.

Entonces se abrió para Guillermo otra larga serie de infortunios. Ludovico y Enrique de Nassau, que llevaban refuerzos al príncipe de Orange, fueron sorprendidos junto a Nimega por uno de los caudillos de don Luis, deshechos y muertos; los españoles penetraron en Holanda, pusieron sitio a Leiden y saquearon a Amberes.

Todo parecía perdido, cuando el Cielo acudió por segunda vez al socorro de la naciente república, pues Requesens falleció de allí a poco en Bruselas.

Reunidas ya todas las provincias por un interés común y general, redactaron y firmaron el día 8 de noviembre de 1576, es decir, cuatro días después del saqueo de Amberes, el tratado conocido con el nombre de *Paz de Gante*, por el cual se comprometían a ayudarse recíprocamente y a libertar el país de la dominación española y de cualquiera otra extranjera.

Don Juan volvió a aparecer en el teatro de la guerra, y con él la fortuna adversa a los Países Bajos, pues en menos de dos meses perdieron éstos a Namur y Charlemont.

Los flamencos, sin embargo, acogieron estos desastres nombrando al príncipe de Orange gobernador general de Brabante.

Don Juan falleció también poco después, debiendo creerse que Dios se pronunciaba decididamente en favor de la libertad de los Países Bajos. Sucedióle Alejandro Farnesio, príncipe muy hábil, amable y enérgico, gran político e ilustre general: Flandes se estremeció al oír por primera vez aquella dulce voz italiana que le llamaba amiga en vez de tratarla como rebelde.

Guillermo conoció también que Farnesio haría más para los intereses de España con sus promesas que el duque de Alba con sus suplicios, y por consiguiente ordenó que las provincias firmasen en 29 de enero de 1579 la Unión de Utrech, que fue la base fundamental del derecho público de Holanda.

Creyendo entonces el mismo príncipe que no podría realizar por sí solo el plan de emancipación que había sentido durante quince años de combates, hizo proponer al duque de Anjou la soberanía de los Países Bajos, a condición de que respetaría los privilegios de los holandeses y de los flamencos, así como su libertad de conciencia.

Esta medida hirió profundamente el orgullo de Felipe II, y mandó tasar en *veinticinco mil* escudos la cabeza de Guillermo.

Los Estados reunidos en La Haya declararon por su parte que Felipe II no tenía el menor derecho a la soberanía de los Países Bajos, y ordenaron que en lo sucesivo debía prestarse

a ellos el juramento de fidelidad que hasta allí se había prestado al rey de España.

El duque de Anjou entró por último en Bélgica, donde fue recibido por los flamencos con la desconfianza natural que les inspiraban los extranjeros. Sin embargo, el apoyo de Francia prometido por el príncipe francés, les era demasiado preciso para que dejaran de acogerle, a lo menos en apariencia, con satisfacción y respeto.

Con todo, la oferta de Felipe II producía sus frutos, pues en medio de las fiestas que se hicieron para honrar al duque de Anjou, se disparó un pistoletazo al lado del príncipe de Orange; Guillermo vaciló, y todos creyeron que estaba herido de muerte; pero todavía tenía Holanda necesidad de sus esfuerzos.

La bala del asesino le atravesó ambas mejillas; el hombre que hizo el disparo se llamaba Juan Jáuregui, y era precursor de Baltasar Gerard, así como Juan Chatel debía serlo de Ravaillac.

Todos estos sucesos habían engendrado en el ánimo de Guillermo una sombría tristeza que raras veces cedía el puesto a una sonrisa melancólica. Los flamencos y los holandeses respetaban su dolor, como hubieran respetado el de un Dios, porque conocían que solamente en él podían cifrar todo su porvenir, y cuando le veían adelantarse embozado en su larga capa, cubierto el rostro por la sombra de su casquete de fieltro, el codo apoyado en la mano izquierda y la barba en la derecha, los hombres se separaban para dejarle paso, y las madres le mostraban a sus hijos con una especie de superstición religiosa, diciéndoles en voz baja:

—Mira, hijo mío, ése es *el Taciturno*.

Los flamencos, como hemos dicho, habían nombrado, a propuesta de Guillermo, a Francisco de Valois, duque de Brabante y conde de Flandes, esto es, príncipe soberano, lo cual no era inconveniente para que la reina Isabel le permitiese esperar su mano, pues por el contrario, veía en aquella alianza un medio de unir a los calvinistas de Inglaterra con los de Flandes y los de Francia; quizás halagaba a la prudente Isabel la esperanza de adquirir una triple corona.

El duque de Orange favorecía aparentemente al duque de Anjou cubriéndole con el manto provisional de su propia popularidad, pronto a privarle de él cuando llegase el tiempo oportuno de desembarazarse del poder francés, como se había desembarazado de la tiranía española.

Al conocer Felipe II la entrada de un príncipe francés en Bruselas, intimó al duque de Guisa que fuese en su socorro, reclamando aquel auxilio en nombre de un tratado celebrado con anterioridad entre Enrique de Guisa y don Juan de Austria.

Los dos jóvenes héroes, que casi tenían la misma edad, se habían adivinado, y asociando su respectiva ambición, comprometieron a conquistar una corona para cada uno de ellos.

Cuando después de la muerte de su temido hermano halló Felipe II entre los papeles del joven príncipe el compromiso firmado por Enrique de Guisa, no se mostró indignado. ¿Y por qué había de inquietarle la ambición de un muerto? ¿No encerraba ya el sepulcro aquella espada que podía hacer bueno aquel tratado?

Un rey como Felipe II, que conocía la importancia que pueden tener en política dos líneas escritas en ciertas manos, no debía confiar a la colección de manuscritos autógrafos que atraía a los viajeros hacia El Escorial la firma del duque de Guisa, firma que empezaba a

gozar de inmenso crédito entre aquellos traficantes de tronos llamados los Orange, los Valois, los Hapsbourg y los Tudor.

Por consiguiente, Felipe II invitó al duque de Guisa a cumplir con él el tratado que había hecho con don Juan, tratado cuyo tenor era que el lorenés sostendría al español en la posesión de Flandes, mientras que el español ayudaría al lorenés para que llevase a buen término el consejo hereditario que el cardenal había infiltrado en la casa de Guisa.

Este consejo hereditario consistía en no suspender un momento el trabajo eterno que debía conducir algún día a los trabajadores a la usurpación del trono de Francia.

El de Guisa se avino a todo, pues no podía obrar de otro modo, porque Felipe II le amenazaba con que enviaría a Enrique de Francia una copia del tratado, y entonces fue cuando el español y el de Lorena enviaron contra el duque de Anjou, vencedor y rey de Flandes, a Salcedo, español al servicio de la casa de Lorena, con objeto de que lo asesinase. En efecto, un asesinato era el mejor medio de que todo quedase terminado a satisfacción del español y del lorenés, pues una vez muerto el duque de Anjou, no habría pretendiente al trono de Flandes ni sucesor a la corona de Francia.

Quedaba todavía el príncipe de Orange, pero ya sabemos que Felipe II tenía a mano otro Salcedo, que se llamaba Juan Jáuregui.

El primero de éstos fue cogido y descuartizado en la plaza de Gréve antes de que pudiese poner en práctica su proyecto: el segundo hirió gravemente al príncipe de Orange, pero éste conservó la vida para dedicarse de nuevo a la destrucción de los opresores de su país.

El duque de Anjou y Guillermo *el Taciturno*, aunque buenos amigos aparentemente, eran más rivales en realidad que los mismos que querían asesinarlos.

Como hemos visto, el duque de Anjou había sido recibido con desconfianza: cierto que Bruselas le abrió sus puertas, pero Bruselas no era Flandes ni Brabante; de manera que ya empleando la persuasión, ya la fuerza, comenzó a avanzar

por los Países Bajos, y a conquistar plaza a plaza a su reino recalcitrante, siguiendo en esto los consejos del príncipe de Orange, conocedor de la susceptibilidad flamenca, y le invitaba a comer hoja por hoja, como hubiera dicho César Borgia, la sabrosa alcachofa de Flandes.

Esos flamencos por su parte no se defendían con obstinado empeño, pues se hallaban convencidos de que el duque de Anjou les defendía victoriosamente contra los españoles; lo único que querían era ir aceptando lentamente a su libertador, pero el hecho era que lo iban aceptando.

Francisco se impacientaba y rugía como un león al ver que solamente avanzaba paso a paso.

—Estos pueblos son tímidos y reflexivos por naturaleza —le decían sus amigos—; esperad.

—Estos pueblos son traidores y variables —decía el príncipe *Taciturno*—; atacadlos.

De aquí resultaba que el duque, a quien su amor propio natural exageraba la lentitud de los flamencos tomándola por una derrota, empezó a tomar con las armas las poblaciones que no se entregaban tan espontáneamente como él deseaba.

Allí era donde le esperaban, espiándose uno a otro, su aliado *el Taciturno*, príncipe de Orange, y su mortal enemigo Felipe II de España.

Después de varios encuentros de dudoso éxito, el duque de Anjou acampó por último delante de Amberes para forzar esta ciudad, que el duque de Alba, Requesens, don Juan de Austria y el duque de Parma habían sometido sucesivamente a su yugo, sin haber podido dominarla ni hacerla consentir en su esclavitud.

Amberes había llamado en su socorro al duque de Anjou contra Alejandro Farnesio; pero cuando el primero quiso a su vez penetrar en Amberes, la plaza asestó contra él su artillería.

Esta es la verdadera posición en que estaba colocado el duque Francisco de Francia en el momento de aparecer en nuestra historia, es decir, dos días después que se le había reunido la escuadra del gran almirante Joyeuse.

LXIV

PREPARATIVOS DE BATALLA

El campamento del nuevo duque de Brabante ocupaba las dos orillas del Escalda, mas su ejército, aunque disciplinado y valiente, se veía combatido por un espíritu de indecisión muy fácil de comprender.

En efecto, muchos calvinistas servían al duque de Anjou no por simpatía, sino por dar en ojos a España y a los católicos de Francia y de Inglaterra; combatían, pues, más por amor propio que por convicción o por entusiasmo, y se echaba de ver desde luego que, una vez terminada la campaña, abandonarían a su jefe o le impondrían condiciones.

Por otra parte, el duque de Anjou daba a entender que cuando llegase la ocasión cumpliría aquellas condiciones, a que sus nuevos pueblos parecían inclinados, pues su dicho predilecto era: "Si Enrique de Navarra se hizo católico, ¿por qué no ha de hacerse Francisco de Francia hugonote?"

En la parte contraria, es decir, entre sus enemigos, existían, en oposición con estas disidencias morales y políticas de principios diversos, una causa clara, que contaba con decididos defensores, y un acuerdo perfecto, libre de ambición y de cólera.

Amberes había tenido propósitos de entregarse, pero en cierto tiempo y con determinadas condiciones; no rehusaba precisamente aceptar al duque Francisco, pero se reservaba el derecho de esperar los acontecimientos, juzgando bastante fuerte por su situación topográfica y por el valor y la experiencia belicosa de sus habitantes. Sabía también que con extender sus brazos, además del duque de Guisa, que todo lo observaba desde Lorena, hallaría en el Luxemburgo a Alejandro Farnesio. ¿Por qué no había de aceptar en caso necesario el auxilio de España contra el duque de Anjou, como había aceptado el de éste contra la España?

Amberes, no obstante esto, se reservaba la facultad de combatir contra la España, después de que la España le ayudase a rechazar al duque de Anjou.

De pronto vieron los sitiados aparecer una escuadra en la embocadura del Escalda, y no tardaron en saber que llegaba con el gran almirante de Francia en auxilio de su enemigo, porque el duque de Anjou se había convertido naturalmente en enemigo de los ciudadanos de Amberes desde el día en que les había puesto sitio.

Al ver aquella escuadra y al saber que Joyeuse venía en ella, los calvinistas del duque de Anjou fruncieron el gesto del mismo modo que los flamencos. Eran, sin la menor duda, muy valientes, pero al mismo tiempo en extremo celosos, y aunque de fácil composición en cuanto a intereses metálicos, no querían que obscureciesen sus laureles unas espadas que habían cercenado las cabezas de tantos hugonotes en la célebre jornada de San Bartolomé.

De aquí nacieron mil reyertas que empezaron en la tarde misma del arribo de Joyeuse y siguieron triunfalmente por algunos días.

Los de Amberes disfrutaban desde las murallas el espectáculo diario de diez o doce desafíos entre católicos y hugonotes. Los bosques servían de campo cerrado, y se echaban al río más cadáveres que los que hubiera costado a los franceses una batalla en campo raso. Si el sitio de Amberes, como el de Troya, hubiese durado nueve años, no

hubieran tenido los sitiados necesidad de hacer otra cosa que estarse quedos contemplando a los sitiadores, porque éstos bastaban para destruirse mutuamente.

Francisco desempeñaba en todas aquellas reyertas el papel de mediador, mas no sin gravísimas dificultades, pues había contraído compromisos con los hugonotes franceses, y quedar mal con éstos era privarse del apoyo moral de los hugonotes flamencos, que podían prestarle grandes servicios en la toma de Amberes.

Por otra parte, irritar a los católicos enviados por el rey para dejarse matar en su servicio, era para el duque de Anjou una acción, no sólo impolítica, sino muy arriesgada.

La llegada de este refuerzo, con el cual no contaba ciertamente el mismo duque de Anjou, había causado grande inquietud a los españoles, y los de Lorena, por su parte, saltaban de ira; de modo que en medio de sus sinsabores gozaba a lo menos el duque de esta doble satisfacción.

Sin embargo, no le era posible contemporizar así con todos los partidos sin que se resintiese profundamente la disciplina de su ejército.

Joyeuse, que, como recordará el lector, no emprendió gustoso aquella expedición marítima, se hallaba muy poco contento entre unos hombres de tan contrarios sentimientos: conocía instintivamente que había pasado ya la época de los grandes resultados, que alguna cosa semejante al presentimiento de un fracaso se fijaba en su mente, y así, tanto por su pureza de cortesano como por su amor propio de capitán, sentía haber venido desde tan lejos para participar de una derrota.

En consecuencia, pensaba, y lo decía en alta voz, que el duque de Anjou había hecho mal en sitiar a Amberes, supuesto que el príncipe de Orange, que le había dado este consejo traidor, había desaparecido al ver que se ponía por obra su proyecto, y que su ejército guarnecía la ciudad, a pesar de que había prometido al duque el apoyo del mismo. No se susurraba que hubiese la menor escisión entre las tropas de Guillermo y los ciudadanos de Amberes y los sitiadores: desde que habían sentado sus reales delante de la plaza no pudieron alcanzar el consuelo de celebrar el más mínimo choque ocurrido entre los sitiados.

Lo que Joyeuse hacía sobre todo valer en su oposición al sitio era que la ciudad de Amberes debía considerarse como una capital. Poseerla por su propio consentimiento era en efecto una ventaja real y positiva; pero tomar por asalto el duque la segunda capital de sus futuros Estados era exponerse al odio de los flamencos, y Joyeuse los conocía demasiado bien para esperar, aun suponiendo que el duque de Anjou se apoderase de Amberes, que dejaran de vengarse tarde o temprano y con usura de los efectos de la conquista.

Joyeuse exponía su opinión sin el menor disimulo en la tienda del duque, la misma noche en que hemos conducido a nuestros lectores al campamento francés.

Ínterin los capitanes celebraban su consejo, el duque, sentado, o mejor dicho, recostado en un prolongado sillón, que en caso necesario podía servir de lecho, escuchaba, no precisamente los consejos del gran almirante de Francia, sino los preludios de Aurilly, su tocador de laúd.

Aurilly había conquistado el favor del príncipe por sus torpes complacencias, por sus bajas adulaciones y por su asiduidad constante; nunca le había servido, como los demás amigos, contra el rey o contra poderosos personajes, de modo que supo evitar siempre el escollo en que La Mole, Cocorinas, Bussy y tantos otros habían naufragado.

Con su laúd, con sus mensajes amorosos, con sus informes exactos respecto a todos los personajes e intrigas de la corte, con sus hábiles maniobras para proporcionar al duque la presa que deseaba, cualquiera que ésta fuese, obtuvo y puso en seguridad, para un caso de desgracia, una gran fortuna, de suerte que siempre parecía el mismo pobre músico Aurilly mendigando un escudo y cantando como las cigarras cuando tenía hambre.

La influencia de este individuo era inmensa, porque era secreta.

Pero al notar Joyeuse que sus preludios interrumpían los discursos estratégicos que pronunciaba, y que al mismo tiempo distraían agradablemente al duque, dio un paso atrás y quedó silencioso.

Francisco hacía como que nada escuchaba, pero realmente lo oía todo; así fue que no se le escapó la impaciencia de Joyeuse, a quien dijo:

—Señor almirante, ¿qué os sucede?

—Nada, monseñor; espero solamente que Vuestra Alteza se desocupe para escucharme.

—Os estoy escuchando, caballero Joyeuse —contestó alegremente el duque—, Me parece que vosotros, los de París, me creéis muy gastado por la guerra de Flandes cuando me juzgáis incapaz de atender a dos personas que hablan a un tiempo, siendo así que César dictaba siete cartas simultáneamente.

—Monseñor —contestó Joyeuse lanzando al pobre músico una mirada que le hizo bajar los ojos humildemente—, yo no soy cantante, y por lo tanto no necesito que me acompañen cuando hablo.

—Bien, bien, duque: callaos, Aurilly.

Este hizo una profunda reverencia.

—¿Conque es decir —agregó Francisco—, que vos, señor de Joyeuse, no aprobáis mi determinación de sitiar a Amberes?

—No, monseñor.

—No obstante, he adoptado este plan en consejo.

—Por eso, monseñor, y en vista del dictamen de tan experimentados capitanes, solamente puedo atreverme a hablar con la mayor reserva.

Y Joyeuse, a fuer de buen cortesano, saludó a derecha e izquierda.

Al mismo tiempo se oyeron muchas voces asegurando que el dictamen del almirante era conforme al suyo. Otros, sin hablar, dieron muestras de su asentimiento.

—Conde de Saint-Aignan —interrogó el príncipe a uno de sus más valientes coroneles—, ¿no pensáis lo mismo que el caballero Joyeuse?

—Sí por cierto, monseñor —repuso el señor de Saint-Aignan.

—Lo digo porque como hacíais tantas muecas...

Todos se echaron a reír, Joyeuse palideció y el conde se puso como una grana.

—Si el conde de Saint-Aignan —dijo Joyeuse— suele dar su parecer de ese modo, podrá decirse que es un consejero que no gasta cumplimientos, y nada más.

—Señor de Joyeuse —replicó con viveza Saint-Aignan—, Su Alteza ha hecho mal en echarme en cara una enfermedad adquirida a su servicio: en la toma de Chateau-Cambresis recibí una herida de lanza en la cabeza, y desde entonces padezco contracciones nerviosas que ocasionan las muecas de mi rostro, de las cuales acaba de

quejarse Su Alteza. Esta, no obstante, señor de Joyeuse, no es una excusa que os presento, sino una explicación —añadió el conde con desenfado.

—Nada de eso —le contestó Joyeuse estrechándole la mano—; es un reproche que hacéis, y con justicia.

El rostro del duque Francisco se inmutó.

¿Y a quién —interrogó— va dirigida esa reconvención?

—A mí, probablemente, monseñor.

—¿Y por qué había de reconveniros el conde de Saint-Aignan cuando apenas os conoce?

—Porque he podido creer por un instante que el señor de Saint-Aignan estimaba tan poco a Vuestra Alteza que le había aconsejado la toma de Amberes.

—Pero el caso es —exclamó el príncipe— que necesito fijar mi posición en este país, pues hasta ahora sólo soy duque de Brabante y conde de Flandes en el nombre, y es preciso que lo sea, también de hecho. *El Taciturno*, que ignoro dónde se oculta, me ha hablado de una soberanía. ¿En dónde está ésta? En Amberes. ¿En dónde está él? Creo que en Amberes, también. Pues bien, necesito apoderarme de Amberes para saber a qué atenerme.

—¡Ah, monseñor! Ya lo sabéis de seguro, o no seríais tan buen político como se afirma. ¿Quién os ha aconsejado la toma de Amberes? El príncipe de Orange, que ha desaparecido desde el principio de la campaña; el príncipe de Orange, que al nombrar a Vuestra Alteza duque de Brabante se ha reservado para sí el gobierno general del ducado; el príncipe de Orange, que tiene un interés personal en arruinar a los españoles por medio de los franceses, y a los franceses por medio de los españoles; el príncipe de Orange, que os reemplazará, que os sucederá, si ya no lo está haciendo. Monseñor, por dar crédito a los consejos del príncipe de Orange, no habéis hecho hasta ahora otra cosa que indisponeros con los flamencos; de modo que si sufrís un revés, todos aquellos que ahora no se atreven a miraros cara a cara os perseguirán como esos perros cobardes que solamente persiguen a los que huyen.

—¿Cómo! ¿Suponéis que puedo ser derrotado por mercaderes de lana y consumidores de cerveza?

—Esos mercaderes de lana, esos consumidores de cerveza han dado mucho que hacer al rey Felipe de Valois, al emperador Carlos V y al rey Felipe II, príncipes todos de buena raza, monseñor, para que la comparación con ellos no pueda pareceros desagradable.

—¿De modo que teméis una derrota?...

—Sí, monseñor la temo.

—¿Es decir, señor de Joyeuse, que no participáis de ella?

—¿Por qué?

—Porque no puedo admitir que dudéis de vuestro propio valor hasta el punto de creer que los flamencos os hagan huir. En todo caso, tranquilizaos, porque esos prudentes comerciantes van cargados de armaduras harto pesadas cuando marchan al combate para que puedan alcanzaros por más que corran.

—Monseñor, nunca he dudado de mi valor; pelearé en primera fila, pero en primera fila seré vencido, al paso que otros lo serán en la última.

—En resumen, señor de Joyeuse, vuestro razonamiento es poco lógico, aprobando que

me haya apoderado de las plazas pequeñas.

—Apruebo que os posesionéis de las que no se defiendan.

—Pues bien; después de tomar las plazas pequeñas que, según decís, no se han defendido, no me parece que debo retirarme delante de la grande tan sólo porque se defiende; o más bien, porque aparenta defenderse.

—Y Vuestra Alteza comete un yerro, porque es mejor retirarse por un terreno seguro que caer en una emboscada por el empeño de seguir adelante.

—Ocurra lo que quiera, tropezaré, pero no volveré pie atrás.

—Vuestra Alteza hará lo que le parezca —dijo Joyeuse inclinándose—, y nosotros, por nuestra parte, cumpliremos sus órdenes supuesto que estamos aquí para obedecer.

—Duque, eso no es contestar.

—Es, no obstante, la única respuesta que puedo dar a Vuestra Alteza.

—Vamos, probadme que estoy equivocado, porque mi mayor deseo sería poder conformarme con vuestra opinión.

—Monseñor, ¿no era vuestro el ejército del príncipe de Orange? Pues ya veis que en lugar de acampar a vuestras órdenes delante de Amberes está dentro de la ciudad, lo cual es muy distinto. En cuanto a *el Taciturno*, ya que así le llamáis, era también vuestro amigo y consejero, y no sólo ignoráis dónde se encuentra, sino que casi estáis seguro de que el tal amigo se ha convertido en enemigo; si de los flamencos hablamos, tened presente que al veros llegar a su territorio empavesaban³⁶ sus barcas y sus murallas, y que ahora os cierran las puertas y disponen los cañones contra vuestras tropas, ni más ni menos que si fuerais el duque de Alba. Creedme, monseñor: flamencos y holandeses, Amberes y el príncipe de Orange, sólo aguardan la ocasión propicia de unirse contra vos, y esa ocasión se les presentará apenas deis la orden de hacer fuego.

—Corriente —respondió el duque de Anjou—; descargaremos un mismo golpe sobre Amberes, Orange, flamencos y holandeses.

—Nada de eso, monseñor, porque solamente tenemos la gente necesaria para dar el asalto a la ciudad, suponiendo que no tengamos que habérmolas sino con los de Amberes; de modo que ínterin asaltamos la plaza, caerá *el Taciturno* sobre nuestra retaguardia con sus eternos ocho o diez mil hombres, siempre destruidos y siempre renacientes, que le ayudan hace ya diez o doce años a contrarrestar los esfuerzos del duque de Alba, de don Juan Requesens y del duque de Parma.

—¿Persistís, pues, en vuestra opinión?

—¿En cuál?

—En que seremos derrotados.

—Infaliblemente.

—Por vuestra parte al menos podéis evitarlo fácilmente, señor de Joyeuse —añadió agriamente el príncipe—, mi hermano os ha mandado aquí para que me sostengáis, y vuestra responsabilidad quedará a cubierto si yo os declaro que creo no tener necesidad de auxilio ajeno.

—Vuestra Alteza puede despedirme así —dijo Joyeuse—; pero sería vergonzoso para mí

³⁶ Defensas que se hacía con los pavese o escudos para cubrirse la tropa.

aceptar el permiso de retirarme la víspera de una batalla.

Un prolongado murmullo de aprobación acogió las palabras de Joyeuse, y el príncipe conoció que se había excedido.

—Mi querido almirante —dijo levantándose y dando el brazo al joven—, ya veo que no queréis comprenderme. Paréceme, sin embargo, que tengo razón, o que al menos no puedo confesar que me he equivocado supuesta la situación en que me encuentro: me echáis en cara mis faltas y yo las reconozco; he querido dejar bien puesto el brillo de mi nombre y probar la superioridad de las armas francesas, luego me he equivocado. Pero ya está hecho el mal. ¡Y qué! ¿Deseáis que nos venga otro peor? Heme aquí situado contra unos hombres que me disputan con las armas en la mano aquello mismo que me han ofrecido. ¿Queréis que les ceda el campo para que comiencen a quitarme poco a poco desde mañana lo que he ido conquistando? No; ya se ha desenvainado la espada y es preciso herir para que no nos hagan pedazos. Este es mi modo de pensar.

—Ya que Vuestra Alteza se explica de ese modo, me guardaré de agregar una palabra: estoy aquí para obedeceros, monseñor, y lo haré con el mismo gusto si me guiáis a la muerte que a la victoria. Sin embargo... pero no, no...

—¿Qué?

—Nada, monseñor; debo y quiero callar.

—No, por el Cielo, almirante; hablad, hablad.

—En tal caso, únicamente a vos.

—¿A mí?

—Si Vuestra Alteza lo tiene por conveniente.

Todos se levantaron, retirándose hacia el extremo de la espaciosa tienda de Francisco.

—Hablad ya —exclamó éste.

—Monseñor puede soportar con indiferencia un revés por parte de la España, y aun un golpe que dejase victoriosos a estos consumidores de cerveza y al príncipe de Orange que es un hombre de dos caras; mas, ¿os acomodaría hacer reír a costa vuestra al duque de Guisa?

Francisco arrugó el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver el de Guisa con todo esto? —interrogó en seguida.

—Según se asegura, monseñor, el duque de Guisa ha querido asesinaros, pues si bien Salcedo no lo ha declarado en el cadalso, lo ha dicho en el tormento: ya veis que si ahora quedamos derrotados delante de Amberes, le proporcionaremos un día de júbilo, y quizás se regocijará, sin soltar la bolsa, de la muerte de un hijo de Francia que tan caro había prometido pagar a Salcedo. Leed la historia de Flandes, monseñor, y hallaréis que los flamencos acostumbran regar sus tierras con la sangre de los más ilustres príncipes y caballeros franceses.

El duque meneó la cabeza.

—Sea lo que Dios quiera, Joyeuse —contestó al fin—, pues estoy dispuesto a proporcionar al lorenés maldito el gusto de verme muerto pero no el de verme fugitivo. Tengo sed de gloria, almirante, porque soy el único de mi raza que no ha ganado batallas.

—Os olvidáis de Chateau-Cambresis, monseñor. —Comparad esa escaramuza con la de

Jarnac y Moncontour, y haced la cuenta de la ventaja que me lleva mi querido hermano Enrique. No —agregó sonriéndose—, no soy un reyezuelo de Navarra, sino un príncipe francés. Y volviéndose hacia los demás capitanes, prosiguió: —Señores, es preciso disponernos para el asalto, y supuesto que na cesado de llover y que el terreno no ofrece obstáculos, atacaremos esta noche.

Joyeuse le contestó inclinándose respetuosamente:

—Monseñor se servirá comunicarnos sus órdenes, pues ya las esperamos.

—Tenéis ocho navíos sin contar la galera almirante, ¿no es así, señor de Joyeuse?

—Sí, monseñor.

—Pues bien, forzaréis la línea, lo cual es fácil, pues los de Amberes sólo tienen en el puerto buques mercantes: echaréis, pues, anclas enfrente del muelle, y si veis que éste se defiende, bombardearéis la ciudad intentando al mismo tiempo un desembarco con vuestros mil quinientos hombres.

"Dividiré el resto del ejército en dos columnas de ataque; el conde de Saint-Aignan mandará la una, y la otra estará a mis inmediatas órdenes: los dos procuraremos escalar los muros por sorpresa en cuanto se disparen los primeros cañonazos.

"La caballería formará la reserva para proteger, en caso preciso, a la columna que sea rechazada.

"De los tres ataques, uno precisamente ha de salir bien, y así el primer cuerpo que se establezca sobre la muralla disparará un cohete para que los otros dos se le reúnan inmediatamente.

—Pero debe preverse todo, monseñor —dijo Joyeuse—. Admitamos una cosa que está muy lejos de vuestro pensamiento; demos por hecho que las tres columnas son rechazadas...

—En este caso nos acogeremos a los navíos bajo el fuego de nuestras baterías, o nos esparciremos por los bosques, adonde no irán de seguro los de Amberes a buscarnos.

Todos los capitanes manifestaron su aprobación.

—Ahora, señores —añadió el duque—, es necesario que se observe un silencio absoluto. Que se pongan en movimiento las tropas y se embarquen con orden; que ni el más leve resplandor de los vivaques, ni un solo disparo de mosquete den a conocer nuestras intenciones, pues de esa manera, almirante, fondearéis en el puerto antes que los de Amberes lleguen a sospechar vuestro movimiento. Por nuestra parte tenemos que atravesar la bahía para tomar la orilla izquierda, mas llegaremos al mismo tiempo. Retiraos, señores, y el Cielo nos conceda a todos buena fortuna: debemos esperar que la fortuna, compañera nuestra hasta aquí, no rehusará pasar el Escalda con nosotros.

Los capitanes salieron de la tienda del príncipe y dieron las órdenes convenientes para emprender las operaciones contra la ciudad.

No tardó en difundirse por el campamento un confuso rumor de hombres y caballos; pero cualquiera hubiera creído que era el ruido del viento al azotar las gigantescas cañas y las ramas de los corpulentos árboles del bosque.

El almirante se encaminó a bordo de su galera.

LXV

MONSEÑOR

Los de Amberes no veían tranquilamente aquellos aprestos de hostilidad que hacía el duque de Anjou, de modo que Joyeuse no se equivocaba al atribuirles la peor voluntad del mundo.

Amberes parecía una colmena cuando llega la noche, silenciosa y desierta por la parte exterior, mas por lo interior llena de ruido y movimiento.

Los flamencos armados patrullaban por las calles, parapetaban sus casas y se disponían al combate, fraternizando con los batallones del príncipe de Orange, parte de ellos ya de guarnición en Amberes, y parte que penetraba por pelotones y en seguida se esparcía por toda la ciudad.

Luego que estuvo todo dispuesto para una vigorosa defensa, el príncipe de Orange entró también en la ciudad a favor de la obscuridad de la noche sin aparato de ninguna clase, pero con la calma y la firmeza que presidían a la realización de todas sus resoluciones cuando se proponía llevarlas a cabo.

Apeóse en la casa de la Municipalidad, preparada previamente para recibirle por sus parciales, y allí se le presentaron todos los jefes populares. Pasó después revista a los oficiales de las tropas asalariadas, y por último enteró de sus proyectos a los caudillos que habían de auxiliarle en su empresa.

El más esencial de sus proyectos era aprovecharse del manifiesto del duque de Anjou contra Amberes y enredarle en los mismos lazos que *el Taciturno* le había tendido, y éste veía con regocijo que el nuevo competidor a la soberanía iba a perderse como los demás.

La misma noche en que el duque de Anjou se preparaba para atacar como hemos visto, el príncipe de Orange, que hacía ya dos días se hallaba en la ciudad, tuvo una conferencia con el gobernador de la plaza nombrado por los ciudadanos. A cada objeción que hacía el gobernador al plan ofensivo del príncipe de Orange, si esta objeción podía causar retardo en los planes, el príncipe de Orange meneaba la cabeza como sorprendido de aquella incertidumbre; pero a cada movimiento de cabeza contestaba el gobernador de la plaza:

—Príncipe, ya sabéis que la venida de monseñor es cosa acordada, y por lo tanto es necesario esperarla.

Esta palabra mágica hacía arrugar las cejas a *el Taciturno*, mas aunque se roía las uñas de impaciencia, aguardaba con cierta resignación.

Todos fijaron la vista en un gran reloj, como suplicando al horario que acelerase la venida del personaje tan impacientemente aguardado.

Dieron las nueve de la noche y la incertidumbre se convirtió en una verdadera ansiedad, porque algunos espías aseguraban haber notado movimiento en el campo francés.

Mientras tanto, salió del puerto con dirección al Escalda una barca, pues los de Amberes, menos inquietos por lo que se decía en tierra que por lo que pasaba en el mar, deseaban tener noticias exactas de la escuadra francesa; pero la barca no había regresado.

El príncipe de Orange se levantó, y mordiéndose de cólera sus guantes de búfalo, dijo a los ciudadanos de Amberes:

—Tanto nos hará aguardar monseñor, que Amberes será tomada y saqueada antes que llegue; en este caso la ciudad podrá juzgar de la diferencia que existe entre franceses y españoles.

Estas palabras no eran a propósito para calmar a los oficiales civiles; así es que se miraron unos a otros con sobresalto, y en aquel momento se presentó un espía enviado al camino de Malines, y que se había adelantado hasta San Nicolás, anunciando que nada había visto ni oído que indicase en lo más mínimo la venida de la persona que se aguardaba.

—Señores —exclamó *el Taciturno* al oír aquella noticia—, ya lo veis, es inútil esperar más; despachemos, pues, nuestros negocios, porque el tiempo urge, y no están seguras nuestras campañas. Bueno es confiar en el talento de otros, pero antes de todo contemos con nosotros mismos. Deliberemos, pues, señores.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se abrió la mampara, apareció un portero de la Municipalidad, y pronunció una sola palabra que en aquellas circunstancias valía por mil.

—¡Monseñor!

En el acento de aquel hombre, en la alegría que no pudo menos de demostrar al desempeñar su oficio de portero se podía leer el entusiasmo del pueblo y toda la confianza que le inspiraba el hombre a quien se designaba con la palabra vaga y respetuosa de monseñor.

Apenas se apagó el sonido de aquella voz trémula de emoción, cuando un hombre de una estatura elevada e imponente, cubierto de pies a cabeza con una capa que manejaba airosamente, entró en la sala y saludó con suma cortesía a cuantos en ella se hallaban.

Descubriendo desde luego su vista penetrante al príncipe en medio de sus oficiales, se dirigió a él y le presentó su mano.

El príncipe estrechó aquella mano con afecto y casi con respeto.

En seguida se dieron el dictado de monseñor recíprocamente.

Después de estos primeros cumplimientos, el recién llegado se quitó la capa, descubriendo la ropilla de búfalo, los calzones de paño, las largas botas de cuero que calzaba y una gran espada que parecía formar parte, no de su traje, sino de sus miembros, por la soltura con que se movía pendiente del cinturón, en el que brillaba además una daga de regulares dimensiones.

Cuando se desembarazó, de la capa dejó ver sus largas botas, de que ya hemos hablado; todas llenas de polvo y cieno sus espuelas, cubiertas de sangre de su caballo, hacían un ruido siniestro a cada paso que daba sobre las baldosas.

Sentándose a la mesa del consejo, preguntó al príncipe:

—¿De qué se trata, monseñor?

—Monseñor —contestó *el Taciturno*—, ya habréis visto al venir que las calles están llenas de barricadas.

—Sí, por cierto.

—Y las casas aspilleradas —agregó el oficial.

—En cuanto a eso no he podido verlo, pero me parece buena precaución.

—También se han doblado las cadenas de los puentes.

—Perfectamente —repuso el desconocido con aire de indiferencia.

—¿No aprueba monseñor estos preparativos de defensa? —preguntó una persona con acento de inquietud y zozobra.

—Sí, por cierto —contestó el desconocido—, pero no me parecen muy útiles en las circunstancias en que nos hallamos, porque fatigan al soldado y molestan a los habitantes. Creo que tenéis un plan de ataque y de defensa.

—Esperamos a monseñor para comunicárselo —respondió el burgomaestre.

—Decidlo, señores.

—Monseñor ha llegado tarde, y así, me he visto obligado a obrar.

—Y habéis hecho perfectamente, monseñor, pues nadie ignora que cuanto ejecutáis lleva el sello de la prudencia y del acierto. Por otra parte, tampoco yo he perdido el tiempo por el camino.

—Por medio de nuestros espías hemos sabido —dijo el burgomaestre— que hay movimiento en el campo de los franceses, que se disponen a un ataque; pero, como ignoramos de qué lado vendrá ese ataque, hemos colocado la artillería de tal modo que pueda ser utilizada en toda la extensión de la muralla.

—Lo mismo hemos hecho con nuestras tropas cívicas —continuó el burgomaestre—; las hemos repartido en guardias por toda la muralla y les hemos dado orden de acudir al punto de ataque.

—¿Y con qué fin? —preguntó el desconocido.

—Con el de intimidarlos.

El desconocido miró de nuevo al príncipe de Orange; cualquiera hubiera dicho que no tenía el menor interés en cuanto estaba pasando, supuesto que todo lo escuchaba con una especie de indiferencia semejante al desprecio.

—Sin embargo —observó otro del consejo—, se han observado esta noche preparativos de ataque en el campamento enemigo.

—Esas son sospechas sin el menor fundamento —replicó el burgomaestre—; yo mismo he examinado el campamento con un excelente antejo que he recibido de Strasburgo, y puedo afirmar que la artillería parecía como clavada en el suelo, que los hombres se preparaban para descansar, y que el duque de Anjou ha invitado a cenar en su tienda a los oficiales.

El desconocido miró de nuevo al príncipe de Orange y creyó notar entonces que una ligera sonrisa crispaba los labios de *el Taciturno*, mientras acompañaba desdeñosamente dicha sonrisa con un movimiento de hombros casi imperceptible.

—Señores —dijo al fin el desconocido—, estáis equivocados de medio a medio, pues no se os prepara en este instante un ataque sin consecuencia, sino un asalto en toda regla.

—¿Es cierto?

—Vuestros planes, por muy acertados que os parezcan, son incompletos.

—¡Pero, monseñor!... —respondieron los ciudadanos algún tanto humillados al ver que se dudaba de sus conocimientos estratégicos.

—Incompletos —repitió el desconocido.—, y he aquí la prueba; aguardáis un choque, y

habéis hecho todos los preparativos necesarios para la defensa.

—Indudablemente.

—Pues bien, señores, ese ataque, si queréis seguir mis consejos...

—Acabad, monseñor.

—No debéis aguardarlo: debe partir de aquí; debéis tomar desde luego la ofensiva.

—Eso es lo que se llama hablar y entenderlo —exclamó el príncipe de Orange.

—Ahora mismo —continuó el desconocido conociendo que desde entonces podía contar con el apoyo del príncipe—, en este mismo instante aparejan los buques del duque de Joyeuse.

—¿Cómo sabéis eso, monseñor? —interrogaron a la vez el burgomaestre y los demás individuos del consejo.

—Lo sé —contestó el desconocido.

Un murmullo de duda resonó en la asamblea que, aunque muy disimulado, llegó a los oídos de aquel guerrero, al parecer consumado, que acababa de presentarse en la escena para desempeñar, según todas las probabilidades, el principal papel.

—¿Dudáis de lo que digo? —preguntó tranquilamente como hombre habituado a hacer frente a toda clase de incertidumbre, de amor propio y de preocupaciones vulgares.

—No dudamos, monseñor, supuesto que vos nos lo aseguráis: no obstante, nos permitirá Vuestra Alteza...

—Hablad.

—Decimos que si así fuese...

—¿Qué?

—Ya lo hubiéramos sabido nosotros.

—¿Por quién?

—Por nuestro espía del puerto.

A este tiempo un hombre empujado por un ujier entró bruscamente en el salón y dio algunos pasos, avanzando con respeto ya hacia el burgomaestre, ya hacia el príncipe de Orange.

—¡Ah, ah! —dijo el primero—. ¿Eres tú, amigo mío?

—Sí, el mismo, señor burgomaestre —contestó el recién llegado.

—Monseñor —dijo el burgomaestre—, es el hombre que hemos enviado de descubierta.

A la palabra monseñor, que entonces no era dirigida al príncipe de Orange, el espía hizo un gesto de sorpresa y de alegría, acercándose precipitadamente para ver mejor al personaje designado con este título.

El hombre que acababa de llegar era uno de esos marineros flamencos, cuyo tipo no puede confundirse con otros por ser demasiado marcado, cabeza cuadrada, ojos azules, pescuezo corto y anchas espaldas; estrujaba entre sus manos un gorro de lana, húmedo aún, y cuando estuvo cerca de los oficiales se vio que dejaba sobre las baldosas un gran charco de agua a causa de que sus vestidos groseros estaban completamente empapados.

—¡Oh, oh! He aquí un valiente que ha vuelto a nado —dijo el desconocido contemplando al marinero con ese aire de autoridad que impone casi siempre al soldado y al doméstico,

porque revela a un tiempo el mando y la benevolencia.

—Sí, monseñor, sí —contestó al punto el marinero—, y por cierto que el Escalda es ancho y de corriente rápida.

—Habla, Goes, habla —agregó el desconocido que no ignoraba el precio del favor que dispensaba a un simple marinero llamándole por su nombre.

Desde este momento sólo el desconocido existía allí para Goes, en términos que, en lugar de dar cuenta de su comisión al que le había enviado, se dirigió a él y le dijo:

—Monseñor, he salido en mi barca más pequeña, he pasado a favor de la consigna por entre la barrera que hemos improvisado en el Escalda con nuestras embarcaciones, y he conseguido llegar hasta esos condenados franceses. ¡Ah! Monseñor, perdonad —añadió Goes interrumpiéndose.

—Adelante, adelante —exclamó sonriéndose el desconocido—; yo soy francés a medias, y, por consiguiente, sólo soy condenado a medias.

—Así, pues, monseñor, ya que monseñor ha tenido la bondad de perdonarme...

El desconocido movió la cabeza en señal de asentimiento, y Goes prosiguió diciendo:

—En tanto que yo bogaba en la obscuridad con mis remos cubiertos de lona, oí una voz que gritaba: "¡Ah de la barca! ¿Quién sois?" Creyendo yo que esta pregunta se dirigía a mí, iba a responder, cuando gritan a mi espalda: "Canoa almirante."

El desconocido miró a los oficiales con una señal de cabeza que quería decir:

—¿No os lo había dicho?

—Al mismo tiempo —prosiguió Goes—, y queriendo yo virar de bordo, sentí un choque terrible que volcó mi barca; el agua me cubrió la cabeza, fui rodando a un abismo sin fondo; mas los remolinos del Escalda me reconocieron como a un amigo antiguo y volví a ver el cielo. Toda esta desgracia la debo a la canoa francesa que conducía al duque de Joyeuse a la galera almirante, y la cual pasó bonitamente sobre mí, y sólo Dios sabe por qué no me encuentro descalabrado y por qué ahora me encuentro aquí en vez de servir de pasto a los peces.

—Gracias, valiente Goes, gracias —dijo el príncipe de Orange muy contento al ver que se había realizado su previsión—: vete y guarda silencio.

Diciendo así alargó el brazo y entregó al marinero un bolsillo.

Goes, no obstante, esperaba al parecer otra cosa: el permiso del desconocido para retirarse.

Este último le hizo una señal benévola con la mano, y Goes se retiró visiblemente más contento de esta prueba de afecto que del regalo del príncipe de Orange.

—¿Qué decís ahora del informe que habéis oído? —preguntó el desconocido al burgomaestre—. ¿Dudáis aún de que los franceses se disponen a aparejar, y creéis que el duque de Joyeuse solamente se ha trasladado a bordo por el gusto de dormir en la galera almirante?

—Pero, monseñor —exclamaron los de Amberes—, vos lo adivináis todo.

—Ni más ni menos, monseñor el príncipe de Orange, que en todo opina como yo, sin que abrigue la menor duda. Así, pues, estoy informado de todo como Su Alteza, y además conozco perfectamente a nuestros adversarios, que están en el otro lado.

Y su mano señalaba hacia los bosques.

—Por lo mismo —agregó— hubiera extrañado mucho que no se preparasen a atacarnos esta noche. Así, pues, estad prontos y prevenidos, porque si les dais tiempo atacarán seriamente.

—Estos señores —añadió el príncipe de Orange— me harán la justicia de confesar que, antes de vuestra llegada, les he estado haciendo la misma advertencia.

—Pero, ¿por qué cree monseñor que los franceses van a atacarnos? —interrogó el burgomaestre.

—He aquí las probabilidades: la infantería es católica y se batirá sola, lo cual quiere decir que acometerá por un lado; la caballería es calvinista, y por lo tanto también emprenderá aisladamente la lucha. Ya tenemos dos cuerpos por dos lados distintos. La marina obedece al duque de Joyeuse, que acaba de llegar de París, y como la corte sabe el objeto que aquí se propone, querrá tener su parte de gloria. Con la escuadra se completan tres puntos de ataque.

—Pues bien —replicó el burgomaestre—; formemos tres cuerpos.

—Uno, señores, uno solo compuesto de los mejores soldados, dejando a los débiles en campo raso para la defensa de las murallas. Con ese cuerpo realizad una salida vigorosa cuando menos la espere el enemigo, y así, cuando crea que ataca, se verá prevenido y atacado por vosotros. Si esperáis el asalto, seréis perdidos, porque el francés no reconoce igual en esa clase de guerra, así como nadie os aventaja, señores, cuando a campo abierto defendéis vuestras villas y ciudades.

Los flamencos se pagaron mucho de este cumplimiento dirigido a su valor.

—Acordaos de lo que yo os decía, señores —añadió *el Taciturno*.

—Es para mí sumamente honorífico —añadió el desconocido— el haber coincidido sin saberlo con la opinión del primer capitán del siglo.

Los dos se inclinaron saludándose recíproca y cortésmente.

—De modo —continuó el desconocido— que está resuelta ya vuestra salida con la infantería y caballería enemigas, y yo espero que vuestros oficiales la conducirán de modo que rechacéis a los sitiadores.

—Mas el caso es —replicó el burgomaestre— que sus buques de guerra forzarán nuestra barra, y como el viento es Noroeste, estarán en el puerto, es decir, en la ciudad, dentro de dos horas.

—Vosotros tenéis seis navíos viejos y treinta buques de diversas esloras en Santa María, que dista una legua de aquí, ¿no es verdad? Esa es vuestra barricada marítima, vuestro dique que cierra el Escalda.

—Sí, monseñor, precisamente. ¿Cómo es que conocéis tantos pormenores?

El desconocido contestó sonriéndose:

—Ya veis que los conozco; pues bien, en ellos estriba el éxito del combate.

—En tal caso —repuso el burgomaestre—, es necesario enviar refuerzos a nuestros valientes marinos.

—Al contrario: todavía podéis disponer de cuatrocientos hombres que hay allí de sobra, pues bastan veinte inteligentes y resueltos.

Los de Amberes estaban como sobrecogidos, pues nada entendían.

—¿Queréis —les preguntó monseñor— destruir completamente la escuadra francesa sacrificando vuestros seis navíos viejos y vuestras treinta embarcaciones inútiles?

—¡Bah! —respondieron los de Amberes—; no son tan viejos como parecen nuestros navíos ni tan inútiles nuestras barcas.

—Pues bien, tasadlas y se os pagará su importe.

—Estos son —replicó *el Taciturno* en voz baja al desconocido— los hombres con quienes tengo que luchar. Si sólo me combatesen los acontecimientos de la guerra, ya los hubiera vencido.

—Vamos, señores —agregó el desconocido metiendo la mano en su limosnera—, tasad, pero tasad pronto: os pagaré con créditos contra vuestro mismo comercio, y creo que los daréis por corrientes.

—Monseñor —dijo el burgomaestre luego de haber deliberado con los demás ciudadanos—, nosotros somos comerciantes y no grandes señores, y así deben perdonárenos algunas vacilaciones, porque nuestras almas no están realmente en nuestros mostradores. No obstante, hay circunstancias en que el bien general exige de nosotros penosos sacrificios, y así, disponed de nuestros buques como mejor os parezca.

—A fe mía, monseñor, que habéis sido afortunado, pues en seis meses no hubiera obtenido yo lo que vos acabáis de lograr en diez minutos.

—Voy, pues, a disponer de esas embarcaciones, señores, pero en estos términos: Los franceses, con la galera almirante de vanguardia, van a intentar forzar el paso, y por mi parte voy a prolongar al doble las cadenas del dique ambulante, a fin de que la escuadra se encuentre encerrada y comprometida en medio de vuestros buques. En este estado, los veinte valientes marineros flamencos que los tripulan, arrojan los ganchos de abordaje a la escuadra enemiga y en seguida se alejan en una barca después de haber dado fuego a las embarcaciones atestadas de materias inflamables.

—En cuyo caso —observó *el Taciturno*— se abrasará por completo la escuadra francesa.

—Sin que nada pueda libertarla de tan horrible desastre —añadió el desconocido—: de ese modo ya no puede retirarse el enemigo por mar ni por tierra, pues al mismo tiempo se soltarán las compuertas y esclusas de Malines, de Berchem, de Lier, de Duffel y de Amberes. Rechazados por vosotros, perseguidos por torrentes de agua, cercados enteramente por una marea inusitada que sube sin cesar por ese mar sin reflujo, quedarán los franceses aniquilados, ahogados, destruidos sin el menor recurso.

Los flamencos lanzaron mil gritos de júbilo.

—Sólo hay un inconveniente —observó el príncipe.

—¿Cuál, monseñor? —preguntó el desconocido.

—Se necesita un día entero para expedir las órdenes convenientes, y solamente podemos disponer de una hora.

—Y una hora basta.

—¿Y quién avisará a la flotilla?

—Está avisada.

—¿Por quién?

—Por mí, pues si estos señores la hubiesen rehusado, estaba resuelto a comprarla.

—Pero Malines, Lier, Duffel...

—He pasado por los dos primeros puntos y he enviado al tercero un agente seguro. A las once quedarán batidos los franceses, a las doce arderá su escuadra, a la una se hallará el enemigo en completa retirada, y a las dos romperá Malines sus diques, Lier abrirá sus esclusas y Duffel dará salida al agua de sus canales por todas las compuertas. Entonces toda la llanura se transformará en un océano furioso que tragará casas, sembrados, bosques y aldeas, pero también servirá de sepulcro al ejército invasor, de tal modo que ni un solo francés volverá a entrar en Francia.

Un silencio de admiración y casi de terror acogió estas palabras; pero este primer sentimiento se trocó de allí a poco en entusiastas aplausos.

El príncipe de Orange dio dos pasos hacia el desconocido y le tendió la mano.

—Así, pues, monseñor —le dijo—, todo está pronto por nuestra parte.

—Todo —contestó el primero—, y también creo que los enemigos se preparan.

Diciendo así señaló la puerta que un oficial acababa de abrir.

—Monseñor, monseñor —dijo éste—, acaba de saberse que los franceses se mueven con dirección a la ciudad.

—¡A las armas! —gritó el burgomaestre.

—¡A las armas! —repitieron todos.

—Poco a poco, señores —exclamó el desconocido con acento imperioso—: necesito recomendaros una cosa mucho más importante que todas las demás.

—Hablad, hablad —respondieron los ciudadanos.

—Los franceses van a ser sorprendidos, y por consiguiente no habrá combate ni retirada, sino fuga; así, pues, para perseguirles es preciso no dormirse. Afuera corazas, ¡vive Dios! porque no podéis moveros con ellas y os han hecho perder no pocas batallas. ¡Afuera corazas, señores, os repito!

Y el desconocido mostró su pecho únicamente defendido por una piel de búfalo.

—Allá nos veremos, señores capitanes —añadió con altivez—; entretanto, dirigíos a la plaza de la Municipalidad, en donde os aguarda la guarnición formada en batalla: pronto estaré con vosotros.

—Gracias, monseñor —dijo el príncipe al desconocido—: acabáis de salvar Bélgica y Holanda.

—Príncipe, contad conmigo —repuso el segundo.

—¿Desenvainará Vuestra Alteza la espada contra los franceses?

—Yo me compondré de modo que pueda combatir al frente de los hugonotes —repuso el desconocido inclinándose y sonriéndose de un modo que no envidió poco su sombrero compañero, y que sólo a Dios fue dado comprender.

LXVI

FRANCESES Y FLAMENCOS

Cuando todo el consejo salía de la casa de la Municipalidad, y los oficiales iban a ponerse a la cabeza de sus fuerzas respectivas para cumplir las órdenes del jefe desconocido que parecía enviado a los flamencos por la Providencia, un rumor que se extendía por toda la ciudad resonó largo rato y se reasumió en un gran grito.

Al mismo tiempo comenzó la artillería sus disparos, sorprendiendo a los franceses en su nocturna marcha, cuando, por el contrario, creían ellos sorprender a la ciudad dormida: sin embargo, en vez de detenerse, apresuraron el paso.

Si era imposible tomar a Amberes por sorpresa o escalándola, como entonces se decía, podía a lo menos, como hemos visto que lo ejecutó en Cahors el rey de Navarra, llenar el foso de fajinas y derribar las puertas con petardos.

Los cañones de las murallas seguían haciendo fuego, pero su efecto era casi nulo por la obscuridad de la noche, y así, después de haber contestado con mil gritos a los gritos de sus adversarios, prosiguieron avanzando los franceses hacia la plaza con la fogosa intrepidez que les es habitual en los combates.

Mas de pronto se abren puertas y rastrillos, y por todas partes aparece gente armada, a la que no anima ciertamente la ardiente impetuosidad que al enemigo, sino una especie de embriaguez pesada que no impide el movimiento del guerrero, sino que lo transforma en una muralla ambulante.

Eran los flamencos que se adelantaban en columna cerrada, en grupos compactos, sobre los cuales tronaba una artillería más estruendosa que formidable.

Entonces empezó el combate cuerpo a cuerpo: chócense la espada y el cuchillo, crúzanse la lanza y la daga, y los pistoletazos y las detonaciones de los arcabuces iluminan las filas de los batallones cubiertas de sudor y de sangre.

Pero no se oye un grito, ni una queja, ni un suspiro: los flamencos se baten con rabia y los franceses con despecho; los primeros se enfurecen por verse obligados a batirse, pues no lo hacen por oficio ni por gusto; los franceses no pueden tolerar el haber sido atacados cuando se disponían a atacar.

Al mismo tiempo en que unos y otros vienen a las manos con un encarnizamiento que en vano intentaríamos describir, óyense nuevas detonaciones hacia el lado de Santa María, y se levanta sobre la ciudad un resplandor semejante a un penacho de llamas. Joyeuse ataca ya y se propone llamar la atención del enemigo forzando la barrera que defiende el Escalda para entrar con su escuadra en el corazón de la ciudad.

Así lo creían a lo menos los franceses, aunque la realidad no correspondía a sus deseos.

Impelido por un viento de Oeste, es decir, por el más favorable a tal empresa, Joyeuse se hizo a la vela, y toda la escuadra, con la galera almirante de vanguardia, se dejó arrastrar por la brisa a pesar de la corriente. Todo se había dispuesto en los buques para el combate; los marineros se habían armado ya con sables de abordaje, los artilleros esperaban al pie de las piezas con mecha encendida, y los gavieros amontonaban granadas en las cofas; por último, varios pelotones de escogidos e intrépidos marineros,

provistos de hachas, aguardaban el momento de saltar a las embarcaciones enemigas y de hacer pedazos sus cadenas y sus jarcias para abrir un boquete a la escuadra.

Los siete buques de Joyeuse navegaban en silencio formando un ángulo recto, cuyo vértice era la galera almirante, y se asemejaba a un grupo de gigantes espectros que se deslizaban a flor de agua. El joven duque, que hasta entonces se había mantenido a popa junto al oficial que se hallaba de cuarto, no pudo resistir por más tiempo a su propia impaciencia, y cubierto de riquísima armadura, ocupó el puesto del primer teniente, y se inclinó sobre el bauprés para penetrar con sus miradas al través de la bruma que cubría el río y de las sombras que encapotaban la noche.

No tardó en divisar en medio de las sombras el prolongado dique, o más bien, aquella especie de dársena enemiga que iba extendiéndose por el río, aunque parecía por completo abandonada. Sin embargo, en aquel país de traiciones y emboscadas todo podía temerse, y aquel fingido abandono, aquel imponente silencio, revelaban algún acontecimiento desastroso.

La escuadra siguió avanzando hasta colocarse a diez cables de la barra, sin que un solo *¡quién vive!* detuviese sus movimientos ni indicase a los franceses la proximidad del mayor peligro.

Los marineros no miraban aquel silencio sepulcral sino como una torpe negligencia que les llenaba de júbilo; pero el joven almirante, más previsor, temía alguna astucia.

Por último, la proa de la galera se enredó en los aparejos de dos buques que formaban el centro de la línea opuesta a los franceses, y arrojándolos con la violencia del arranque hacia su frente, conmovió todo aquel dique flexible, cuyos puentes se hallaban sujetos entre sí por medio de cadenas, y que, cediendo sin romperse, tomó al plegarse hacia los costados de los buques franceses la misma forma que éstos tenían.

De pronto, y cuando acababa de comunicarse la orden de romper la línea, una multitud de ganchos arrojados por manos invisibles llegaron a aferrarse fuertemente a todas las embarcaciones de la escuadra.

De esta manera se adelantaban los flamencos a la maniobra de los franceses, haciendo lo que éstos se preparaban a poner por obra.

Creyendo Joyeuse que el enemigo le provocaba a un encarnizado combate, lo aceptó sin titubear: mandó arrojar también sobre la línea contraria los ganchos de la escuadra y aferrar de cerca a ésta con aquélla, a fin de que, batallando cuerpo a cuerpo, se decidiese pronto la acción, y apoderándose de un hacha, se lanzó el primero sobre el navío más próximo de los de Amberes gritando con entusiasmo guerrero:

—¡Al abordaje!, ¡al abordaje!

Siguióle toda la tripulación, oficiales y marineros, lanzando el mismo grito; mas ni uno solo contestó a los suyos, ni la menor resistencia se opuso a su agresión.

Pero todos divisaron tres barcas llenas de hombres, los cuales huían en silencio por el río con dirección a la ciudad, como tres gaviotas acosadas por la tempestad. Navegaban a fuerza de remo, y del mismo modo que las gaviotas, desaparecían por un momento entre dos olas para aparecer poco después en un punto más lejano.

Entretanto los franceses permanecían inmóviles sobre las cubiertas de aquellos buques que acababan de tomar sin combatir, pues en ningún punto de la línea encontraron la más mínima oposición.

De pronto oyó Joyeuse bajo sus pies un sordo ruido, y al mismo tiempo se esparció en la atmósfera un fuertísimo olor de azufre. Conoció al punto lo que aquello quería decir; corrió a una escotilla, y la abrió desesperado... las entrañas del buque estaban ardiendo.

En aquel mismo instante resonó por toda la línea el grito de *¡a los buques, a bordo, a bordo!*

Precipitáronse los marinos sin perder instante para atender a la salvación de la escuadra y para librarse de las terribles explosiones que les amenazaban; Joyeuse, que había sido el primero en bajar de la galera, fue el último que volvió a ella, y apenas acababa de poner el pie en la escala, cuando el fuego hizo saltar en mil pedazos la cubierta del buque que acababa de abandonar.

Surgieron entonces las llamas como veinte volcanes; cada barca, cada sloop, cada navío era un cráter, y la escuadra francesa, cuyos buques eran de mucho mayor porte, parecía dominar un abismo de fuego.

Dióse acto seguido orden de picar cables, de cortar aparejos, de romper cadenas y de aflojar ganchos de abordaje y abandonarlos, y los marineros se entregaron a la faena con la rapidez y empeño de hombres profundamente convencidos de que de aquella rapidez dependía su salvación.

Pero la tarea era inmensa, pues al paso que no era difícil cortar los ganchos del enemigo que sujetaban los buques franceses, nadie podía arriesgarse a arrancar de la línea contraria los que estos últimos habían arrojado con la esperanza de que no se les escapase la presa.

Pocos momentos después se oyeron veinte detonaciones, y los costados de los buques franceses comenzaron a crujir llenando de zozobra a cuantos esperaban que de un momento a otro se abriesen.

Esta detonación era producida por la artillería que defendía el dique, y cuyos cañones, cargados hasta la boca y abandonados por los de Amberes, se dispararon por sí solos a medida que el fuego los iba cercando por todas partes, devorando cuantos objetos se oponían a su paso.

Las llamas subían por los mástiles y las jarcias: como gigantescas sierpes, se enroscaban a las vergas, y con sus agudas y ardientes lenguas lamían los costados de los buques franceses.

Joyeuse, siempre cubierto con su magnífica armadura damasquinada de oro, proseguía dando tranquilamente y con imperioso acento las órdenes convenientes en medio de las llamas, parecido a una de aquellas fabulosas salamandras de millones de escamas que a cada movimiento que hacían arrojaban un montón de centellas.

Las detonaciones redoblaron convirtiéndose en espantosas descargas, no eran ya los cañones disparados, sino las *Santas Bárbaras* de los buques que se iban incendiando, y los mismos buques que volaban hechos astillas.

En tanto que Joyeuse abrigó la esperanza de romper los infernales lazos que le amarraban a sus enemigos, luchó con toda la energía de su carácter, con todo el valor de la desesperación; mas era ya imposible resistir por más tiempo contra el elemento que destruía la escuadra sin vencerla, porque las llamas se habían apoderado ya de los buques franceses, y los abrasados restos de las embarcaciones de la línea caían sobre ellos como una densa lluvia de fuego que consumía todas sus obras, porque era el fuego griego, ese

fuego implacable que se alimenta con lo que a otros destruye y que devora su presa hasta en la profundidad del mar. Al volar los navíos de Amberes quedó rota la línea de defensa, y la escuadra francesa se apartó enteramente de su derrotero, cubierta de llamas y arrastrando consigo fragmentos de los abrasados brulotes³⁷ que habían ocasionado su espantoso desastre.

Joyeuse se cercioró de que todos los esfuerzos del mundo serían infructuosos y por lo tanto mandó echar las lanchas al agua y tomar tierra en la orilla izquierda.

Igual orden fue comunicada a los otros buques por medio de las bocinas, y las tripulaciones que no la oyeron se guiaron por su propio instinto, que les sugirió el mismo pensamiento, de modo que toda la tripulación estaba ya embarcada, sin olvidar un solo marinero, antes que Joyeuse hubiese abandonado el puente de su galera.

Su serenidad parecía haberse comunicado a todos, pues no había un marinero que hubiese abandonado un instante su hacha y sus pistolas. Antes de que llegaran las lanchas a tocar tierra se voló la galera almirante iluminando por un lado todo el casco de la ciudad combatida, y por el otro el inmenso horizonte del río que, ensanchándose progresivamente, va a perderse en el mar.

Mientras tanto habían cesado los fuegos de la artillería de las murallas, no porque la furia del combate hubiese disminuido, sino al contrario, porque flamencos y franceses combatían como tigres cuerpo a cuerpo, y no se podía disparar sobre los últimos sin disparar contra los primeros.

También la caballería calvinista había dado brillantes cargas, destruyendo y derribando cuanto se oponía a su empuje; mas los flamencos soterrados acometían a los caballos con sus afilados cuchillos y les abrían el vientre.

A pesar de las ventajas que habían obtenido los franceses, no dejó de introducirse algún desorden en sus columnas de ataque, de manera que casi no hacían más que sostenerse en el terreno conquistado en vez de avanzar, al paso que por las puertas de la ciudad salían incesantemente batallones de refresco que se arrojaban osadamente sobre el ejército del duque de Anjou.

Óyese de repente confusa gritería casi debajo de las murallas de la ciudad: las palabras ¡Anjou! ¡Anjou! ¡Francia! ¡Francia! resuenan entre los de Amberes, y un choque violento, incontrastable, deshace aquella masa tan cerrada por el simple impulso de los que la componen, pues las primeras filas de ella eran valientes porque no podían hacer otra cosa.

Joyeuse era el motivo de aquel terrible movimiento, sus marinos dan aquellos furiosos gritos, y mil quinientos hombres armados de hachas y de cuchillos, mandados por el intrépido almirante, que había podido apoderarse de un caballo, se arrojan con el mayor denuedo sobre los flamencos, resueltos a vengar la destrucción de la escuadra y la pérdida de doscientos camaradas abrasados o ahogados.

No han tratado de escoger puesto en la pelea, sino que se han arrojado sobre el primer cuerpo que por su traje e idioma les ha parecido enemigo.

Nadie manejaba mejor que Joyeuse su larga espada de combate; su puño daba ligeras vueltas como un molinete de acero, y con cada golpe de corte hendía una cabeza, así

³⁷ Barco cargado de materias combustibles e inflamables, que se dirigía sobre los buques enemigos para incendiarlos.

como con cada estocada traspasaba un pecho.

El cuerpo de flamencos que se opuso a su paso desapareció de igual modo que desaparece un grano de trigo entre un enjambre de hormigas.

Satisfechos de aquel primer encuentro, avanzaron los marinos sin descansar un segundo; pero ínterin ganaban terreno por una parte, la caballería calvinista, sin poderse revolver entre las masas que la cercaban, se retiraba por otra lentamente; sin embargo, la infantería del conde de Saint-Aignan seguía luchando cuerpo a cuerpo con los flamencos.

El príncipe había contemplado el incendio de la escuadra como se contempla un lejano resplandor producido por causas naturales; llegaban a sus oídos descargas de artillería; mas lo único que sospechaba era que se había trabado en el río un encarnizado combate, el cual no tardaría en terminar victoriosamente para sus armas, pues le era imposible creer que unos cuantos buques flamencos se mantuvieran mucho tiempo contra la escuadra francesa.

Esperaba, pues, a cada instante que Joyeuse llamase hacia otra parte la atención del enemigo, cuando fueron a decirle que la escuadra quedaba destruida y que Joyeuse y sus marinos cargaban por tierra a los flamencos.

Desde entonces comenzó a inquietarse, porque la escuadra constituía su punto de retirada y por consiguiente la seguridad del ejército: así que, envió a la caballería calvinista la orden de dar otra carga, orden que fue obedecida disponiéndose aquella cansada falange a acometer otra vez a los de Amberes.

Oíase la voz de Joyeuse que gritaba a los suyos en medio del combate:

—¡A ellos, señor de Saint-Aignan! ¡Francia, Francia! Y como una hoz que siega un campo de trigo, su espada giraba en el aire y caía para segar cabezas humanas: el débil favorito, el sibarita delicado, parecía que al ponerse la coraza había adquirido las fuerzas maravillosas del Hércules Nemeo.

La infantería, por su parte, al oír aquella voz potente que dominaba el estruendo de las armas, al ver aquella espada que resplandecía en medio de las tinieblas, recobró su imponderable valor, y, a imitación de la caballería, volvió a embestir con desconocida furia.

Mas entonces salió de la ciudad aquel personaje a quien llamaban monseñor montado en un soberbio caballo negro.

Llevaba armas negras, es decir, que su casco, sus brazaletes y su coraza eran de acero empavonado y bruñido; iba al frente de quinientos jinetes perfectamente montados que había puesto a sus órdenes el príncipe de Orange.

También Guillermo *el Taciturno* salió por otra puerta paralela con su infantería elegida, que aún no había entrado en fuego.

El caballero de las armas negras corrió a los puntos más amenazados, es decir, a aquellos en que la presencia de Joyeuse esparcía la consternación y el espanto.

Los flamencos le reconocieron en seguida y gritaron alegremente:

—¡Monseñor! ¡Monseñor!

Joyeuse y sus marineros vieron que el enemigo flaqueaba, oyeron sus exclamaciones y de pronto se encontraron al frente del nuevo refuerzo que acababa de aparecérselos como por encanto.

Joyeuse se lanzó contra el caballero de las armas negras, y ambos chocaron con terrible encarnizamiento.

Del primer choque sus espadas despidieron infinidad de centellas.

Confiado Joyeuse en el temple de su armadura y en sus conocimientos del arte de la esgrima, descargó sobre su adversario recios mandobles, que éste evitó con gran maestría: al mismo tiempo le tocó en el pecho la espada del desconocido, y deslizándose por la coraza, le hizo un rasguño en el hombro, del cual salieron algunas gotas de sangre.

—¡Ah! —murmuró el joven almirante al sentir la punta del acero—, este hombre es un francés, y no hay duda, se ha ejercitado en el manejo del arma bajo la dirección del mismo maestro que yo.

A estas palabras intentó retirarse el desconocido a fin de arrojarlo sobre otro punto de ataque.

—Si eres francés —le gritó Joyeuse con rabia—, eres asimismo un traidor y un villano, porque estás luchando contra tu rey, contra tu patria y contra tu bandera.

El desconocido contestó a estos insultos volviendo a acometer a Joyeuse con nueva furia.

Pero esta vez el almirante estaba ya pronto a rechazar vigorosamente su agresión, y no ignoraba que tenía que habérselas con un tirador consumado, y así fue que paró tres o cuatro estocadas dirigidas por aquél con tanta habilidad como encono, con tanta energía como cólera.

El desconocido a su vez hizo un movimiento de retirada.

—Mira —le gritó el almirante—, esto es lo que hacen los valientes cuando pelean por su país; un corazón puro y un brazo leal son suficientes para la defensa de una cabeza sin casco y de una frente sin visera.

Y rompiendo los broches de su yelmo, lo arrojó a gran distancia, descubriendo su noble y altiva frente y unos ojos brillantes que revelaban todo el orgullo de la juventud y del valor.

El caballero de las armas negras, en vez de responder con la voz o de seguir el ejemplo de su arrogante competidor, lanzó un sordo gemido, y levantó la espada sobre aquella cabeza desnuda.

—¡Ah! —exclamó Joyeuse parando al mismo tiempo el golpe—, bien dije yo que eras un traidor fermentado³⁸; pues bien, vas a morir como mueren los traidores.

Y hablando así, le acosó terriblemente, asestándole dos o tres estocadas seguidas, una de las cuales entró por las aberturas de la visera de su casco.

—¡Ah!, te mataré —repetía el joven—, y te arrancaré ese casco que oculta tus facciones y las defiende de mi espada; luego colgaré tu cadáver del primer árbol que encuentre en el camino.

El desconocido iba ya a contestar, cuando uno de sus jefes, que acababa de reunírsele en aquel mismo instante, le llamó la atención diciéndole en voz baja:

—Monseñor, dejad las escaramuzas, porque vuestra presencia es en extremo indispensable allá abajo.

El desconocido siguió con la vista la dirección que señalaba la mano de su interlocutor, y

³⁸ Falto de fe, honor y palabra.

al punto conoció que los batallones flamencos comenzaban a cejar, acometidos denodadamente por la caballería calvinista.

—En efecto —contestó con acento sombrío—, allí se hallan los que ando buscando desde que he desenvainado la espada.

En aquel instante arrojó un cuerpo de jinetes de refresco sobre los marineros que capitaneaba Joyeuse, los cuales, cansados ya de pelear sin el menor descanso contra las tropas que les habían hecho frente, empezaron a retirarse paso a paso.

El caballero negro se aprovechó de aquel movimiento inesperado para desaparecer velozmente entre la confusión del combate y las tinieblas de la noche.

Un cuarto de hora más tarde, abandonaban los franceses el campo de batalla y procuraban retirarse sin huir, pues el conde de Saint-Aignan había tomado perfectamente sus medidas para que nadie pudiese molestarle impunemente en su retirada.

No obstante esto, una nueva columna de quinientos caballos y dos mil infantes salió de la ciudad repentinamente y dio alcance a aquel ejército medio destruido por tan largo combate, y que se retiraba desalentado. Esta columna la componían los partidarios del príncipe de Orange, que sucesivamente habían peleado contra el duque de Alba, contra don Juan de Austria, contra don Luis de Requesens y contra Alejandro Farnesio.

Entonces fue necesario decidirse a dejar el campo de batalla y retirarse por tierra, supuesto que la escuadra con que se contaba estaba destruida.

No obstante la serenidad de los jefes, a pesar del valor y resignación de que volvieron a dar las tropas repetidas pruebas, aquella retirada se convirtió en derrota.

El desconocido, al frente de su caballería, que apenas había entrado en acción, se lanzó contra los fugitivos, y encontró por segunda vez cubriendo la retirada a Joyeuse con sus heroicos marinos, de los cuales habían ya perecido las dos terceras partes.

El joven almirante montaba a la sazón el tercer caballo por haber perdido en la lucha los dos anteriores: su espada también se había hecho pedazos, y se servía de una pesada hacha de abordaje de un marinero herido, con la cual infundía respeto a sus perseguidores, conteniéndolos a razonable distancia y acometiéndolos de vez en cuando parecido al jabalí que no puede decidirse a huir y se revuelve desesperado sobre el cazador.

Por su parte los flamencos, que obedeciendo al consejo de aquel a quien daban el título de monseñor habían peleado sin corazas, emprendieron con inusitada ligereza el alcance de sus enemigos sin permitirles un momento de descanso.

Una especie de remordimiento o de duda se apoderó del corazón del desconocido al contemplar aquel estrago espantoso.

—Basta, señores, basta —dijo a los suyos en francés—; ya huyen de Amberes vuestros contrarios, y antes de ocho días huirán de Flandes; no pidamos más al Dios de los ejércitos.

—¡Es un francés! ¡Es un francés! —exclamó Joyeuse—; ya te he conocido, traidor, mil veces traidor, perjuro, cobarde y desleal. ¡Ah!, maldito seas, y quiera el Cielo que mueras del modo que mueren los traidores.

Esta furiosa imprecación pareció desanimar al guerrero, a quien no habían hecho temblar mil y mil espadas asestadas contra su pecho: volvió bridas, y a pesar de haber quedado vencedor, huyó como vencido.

No obstante, aquella retirada de un hombre solo no cambió el estado de las cosas; el miedo es contagioso, se había apoderado ya de todo el ejército, e impelidos por el terror pánico más insensato del mundo, emprendieron los soldados una desesperada fuga.

Los caballos se animaban no obstante la fatiga, porque también parecía influir terriblemente en ellos el temor: los hombres se dispersaban para encontrar asilo, y algunas horas después no se componía ya el ejército de cuerpos regulares, sino de una muchedumbre desordenada.

Aquel era el instante en que, según las órdenes de monseñor, debían abrirse los diques y levantarse las esclusas. Desde Lier hasta Lermonde, desde Haesdonk hasta Malines, todos los ríos pequeños, transformados en grandes por la afluencia de otros, y todos los canales desbordados, enviaban a la llanura su furioso contingente de agua.

Así, cuando los franceses fugitivos empezaron a detenerse luego de haber cansado a sus enemigos, cuando vieron que los de Amberes se volvían a la plaza seguidos por las fuerzas del príncipe de Orange, cuando todos los que habían salido sanos y salvos de la carnicería nocturna se creyeron ya en seguridad y respiraron un momento, un nuevo enemigo, ciego, implacable, se desencadenaba contra ellos con la celeridad del viento, con la impetuosidad del mar, y con todo, a pesar de la inminencia del peligro que empezaba a rodearlos, nada sospechaban los fugitivos.

Joyeuse había mandado hacer alto a sus marineros reducidos ya a ochocientos, única fuerza que había conservado algún orden en aquella horrible derrota.

El conde de Saint-Aignan, por su parte, jadeando, sin voz, sin hablar más que por medio de amenazas y gestos, hacía vanos esfuerzos para reunir su dispersa infantería.

El duque de Anjou, al frente de los fugitivos, montado en un magnífico caballo y acompañado de un criado que llevaba otro caballo de la brida, marchaba apresuradamente sin pensar más que en alejarse todo lo posible del campo de batalla.

—Ese miserable no tiene corazón —decían algunos.

—Ese valiente demuestra gran serenidad —murmuraban otros.

La infantería descansó por último desde las dos hasta las seis de la mañana, y así cobró fuerzas para continuar la retirada.

Faltaban los víveres, y respecto a los caballos, estaban mucho más cansados que los hombres, y apenas podían andar, pues no habían comido desde el día anterior, y por lo mismo caminaban a retaguardia del ejército.

Esperaban todos llegar a Bruselas, que era adicta al duque, y en donde los franceses contaban con bastantes partidarios, aun cuando a la sazón debía inspirar algún recelo su buena voluntad, pues también confiaba el ejército pocos días antes en los de Amberes, lo mismo que creía poder confiar en los ciudadanos de Bruselas.

Allí, en Bruselas, es decir, a ocho leguas escasas del sitio en que se encontraban, se reorganizarían las tropas eligiendo un campamento ventajoso para proseguir la campaña desde el instante que se juzgase conveniente.

Los restos que habían logrado escapar de la última derrota debían servir de núcleo a la formación de un nuevo ejército; pero ¡ay!, nadie podía prever entonces el momento espantoso en que el suelo se hundiría bajo los pies de los desgraciados soldados, en que montañas de agua vendrían a caer sobre sus cabezas, en que los restos de tantos valientes arrebatados por las aguas cenagosas rodarían hasta el mar o se quedarían detenidos en el

camino para servir de abono a las campiñas de Brabante.

El duque de Anjou ordenó que le sirvieran el almuerzo en la cabaña de un campesino, la cual estaba vacía, pues desde la noche anterior habían huido sus habitantes y aún ardía en la chimenea el fuego que dejaron encendido.

Los soldados y oficiales quisieron seguir el ejemplo de su jefe, y se distribuyeron en los dos pueblos que acabamos de nombrar; pero no sin sorpresa y sin espanto vieron que todas las casas se hallaban desiertas y que los habitantes se habían llevado casi todas las provisiones.

El conde de Saint-Aignan buscaba fortuna como los demás: aquella indiferencia del duque de Anjou en los momentos en que tantos valientes morían por su causa repugnaba a su espíritu, y se había apartado del príncipe, pues era de los que decían: "El miserable no tiene corazón."

Visitó, pues, por su parte, dos o tres casas que halló vacías, y al llamar a la puerta de la cuarta vinieron a decirle que en dos leguas a la redonda, es decir, en el círculo del país que ocupaban, todas las casas se hallaban de igual modo.

Al oír el señor de Saint-Aignan esta noticia frunció el entrecejo e hizo su gesto acostumbrado y dijo a los oficiales:

—En marcha, señores, en marcha.

—Estamos cansados, general, y muertos de hambre —contestaron éstos.

—Sí, pero estáis vivos, y si quedáis aquí una hora más moriréis; acaso sea ya demasiado tarde.

El señor de Saint-Aignan no podía designar nada, mas sospechaba cierto peligro grave oculto en aquella soledad.

Levantaron, pues, el campo, poniéndose a la cabeza de las tropas del duque de Anjou, el señor de Saint-Aignan en el centro y Joyeuse a la retaguardia. Empero dos o tres mil hombres se destacaron aún de los grupos, o debilitados por sus heridas o rendidos de cansancio, y se acostaron sobre la hierba o al pie de los árboles abandonados, desolados y acometidos de siniestros presentimientos, quedándose asimismo con ellos los jinetes desmontados, porque sus caballos no podían ya dar un paso o se habían herido al andar, de suerte que el duque de Anjou apenas podía contar con 3.000 hombres útiles y en situación de entrar en combate.

LXVII

LOS VIAJEROS

Mientras tenía lugar este desastre, precursor de otro mucho más grande y terrible, dos viajeros que cabalgaban en excelentes caballos de Perche salían por la puerta de Bruselas una noche en que el frío se hacía ya sentir, y tomaban la dirección de Malines. Caminaban muy unidos, con las capas terciadas y sin armas aparentes, si se exceptúa un ancho cuchillo flamenco, cuya empuñadura de metal brillaba en el cinto de uno de los viandantes.

Indudablemente iban sumergidos en un mismo pensamiento, pero apenas se dirigían la palabra.

En su traje y apostura se asemejaban a esos mercaderes de Picardía que entonces comerciaban activamente en Francia y Flandes, especie de comisionados de fábricas que ya en aquel tiempo hacían lo mismo que hoy los agentes de las grandes casas, sin imaginar que se acercaban mucho a la especialidad de la grande propagación comercial.

Al verles seguir tranquilamente su camino iluminado por la luna, se hubiera creído que eran dos personas honradas que tenían prisa de llegar a una posada después de haber hecho su regular jornada.

Y no obstante, bastaba enterarse de algunas frases que se les escapaban de vez en cuando, esto es, cuando se entretenían en conversación, para no conservar respecto a ellos aquella opinión errónea que hacían formar a primera vista.

Y desde luego podemos afirmar que la palabra más extraña de todas fue la que pronunció uno de ellos al llegar a media legua poco más o menos de Bruselas.

—Señora —dijo el más grueso al más esbelto—, habéis hecho perfectamente en disponer que partiésemos esta noche, pues con esta marcha adelantamos siete leguas y llegaremos a Malines cuando ya se sepa allí, según todas las probabilidades, el resultado de la última tentativa contra Amberes. En dicha ciudad se hallarán celebrando los vencedores su victoria con toda la embriaguez del triunfo. Dentro de dos días, y sin apresurarnos mucho, porque tenéis necesidad de descanso, estaremos ya en Amberes justamente cuando el príncipe abandone su alegría y se digne mirar hacia la tierra, luego de haberse extasiado en el séptimo cielo.

El viajero a quien su camarada llamaba señora, y que no dio muestras de extrañarlo a pesar de su traje masculino, contestó con acento triste y dulce:

—Creed, amigo mío, que Dios se cansará de proteger a ese miserable príncipe y herirá su corazón cruelmente: apresurémonos, pues, a realizar nuestros proyectos, porque yo no pertenezco al número de aquellos que confían en la fatalidad, y creo, por el contrario, que los hombres pueden obrar libre y desembarazadamente. Si nosotros no nos movemos y dejamos obrar a Dios, os aseguro que esto no merecía la pena de haber vivido hasta ahora en medio de tanto dolor y tristeza.

En aquel instante sopló con fuerza una helada ráfaga de Nordeste.

—Tembláis de frío, señora —dijo el de más edad de los dos viajeros—; embozaos bien con vuestra capa.

—No, Remy, gracias: ya sabéis que no siento los dolores del cuerpo ni los sufrimientos del alma.

Remy alzó los ojos al cielo y calló.

De vez en cuando detenía su caballo y se volvía sobre los estribos, en tanto que su compañera proseguía caminando triste y muda como una estatua ecuestre.

Sin embargo, en una de dichas paradas dijo a Remy:

—¿A nadie distingues detrás de nosotros?

—A nadie, señora.

—¿Y el caballero que nos alcanzó por la noche en Valenciennes y que tomó informes acerca de nuestras personas después de habernos observado con tanta sorpresa?

—No lo he visto más.

—Se me figura que le he visto yo antes de entrar en Mons.

—Y yo, señora, estoy seguro de que también le hemos encontrado antes de entrar en Bruselas.

—¿En Bruselas?

—Sí, mas sin duda se ha detenido en esa última ciudad.

—Remy, en vano queréis ocultarme la verdad: os veo muy inquieto.

—Efectivamente, señora, temo por vuestra salud, pues es imposible que una mujer sea capaz de aguantar tan continuada fatiga, y aun hoy mismo... .

—Remy —dijo la dama aproximándose a su compañero como si temiese que se escuchasen sus palabras en aquel camino solitario—, Remy, ¿no crees que se parece a...?

—¿A quién?

—A ese desventurado joven; es decir, en el aire del cuerpo, pues no he llegado a verle el rostro.

—¡Oh!, no, no por cierto, señora —se apresuró Remy a contestar—. ¿Cómo queréis que él haya podido adivinar que hemos salido de París y tomado este camino?

—Como averiguaba dónde vivíamos cuando cambiábamos de domicilio en París.

—No, señora, no —dijo Remy—: ni nos ha seguido, ni ha dado órdenes para que nos sigan, y como ya os he dicho antes, tengo poderosas razones para sospechar que ha tomado un partido desesperado.

—¡Ah, Remy!, todos tenemos que soportar en este mundo nuestras respectivas penas. Dios tenga compasión de los tormentos de ese joven.

Remy contestó con un suspiro al suspiro de su señora, y ambos continuaron su camino sin oír otro ruido que el que producían los pies de los caballos sobre un piso sonoro.

Así anduvieron dos horas, hasta que cuando ya iban a entrar en Vilvorde, volvió Remy apresuradamente la cabeza.

Acababa de percibir el galope de un caballo en una revuelta del camino.

Se detuvo, se puso a observar, pero nada vio.

Sus ojos procuraron, aunque inútilmente, penetrar con sus rayos la profunda obscuridad de la noche, y notando por último que el anterior ruido no turbaba ya el silencio imponente de aquellos sitios, entró en la población con su compañera.

—Señora —le dijo—, pronto será de día, y si os parece bien nos detendremos aquí: los caballos están rendidos y tenéis necesidad de reposo.

—Haced, pues, lo que mejor os parezca —contestó la dama.

—Bien, entrad en esa calle estrecha, a cuyo extremo se ve una luz opaca, señal evidente de que hay allí una hostería; apresuraos.

—¿Habéis oído alguna cosa?

—Sí, el paso de un caballo. Es muy probable que me engañe; pero en todo caso me quedo aquí un instante para convencerme de la falsedad o realidad de mis dudas.

La dama picó a su caballo sin replicar ni hacer el menor esfuerzo para que Remy desistiese de su intento, y penetró en la calle que el último le había indicado.

Remy la dejó pasar, echó pie a tierra y abandonó su caballo, que naturalmente siguió igual dirección que el de su compañera.

En cuanto a él, se ocultó detrás de una tapia y esperó.

La dama llamó a la hostería, detrás de cuya puerta, según la costumbre hospitalaria de los flamencos, velaba, o mejor dicho, dormía, una criada de anchas espaldas y robustos brazos.

Esta criada había oído ya los pasos del caballo, y despertándose sin apariencias de mal humor, se apresuró a abrir la puerta y a recibir con los brazos abiertos al viajero, o más bien, a la viajera.

Abrió luego a los caballos la gran puerta de la cuadra, en la cual se precipitaron con el instinto propio de su naturaleza.

—Espero a mi compañero —dijo la dama—; permitidme que me siente cerca del fuego, pues no quiero acostarme hasta que llegue.

La criada echó paja a los caballos, volvió a cerrar la puerta de la cuadra, entró en la cocina, acercó un taburete al fuego, despabiló con los dedos el candil y se durmió de nuevo.

Entretanto Remy, que se había situado en emboscada, espiaba el paso del viajero cuyo caballo había oído.

Le vio efectivamente entrar en el pueblo, caminar al paso y detenerse: el jinete llegó a la calle estrecha, observó la luz, y pareció que dudaba sobre si debería pasar de largo o dirigirse hacia ella.

Finalmente, volvió a pararse a dos pasos de Remy, que sintió en su cara los resoplidos del caballo y echó mano a la daga.

—Es el mismo —murmuró—, el mismo que nos persigue sin descanso. ¿Qué es lo que pretende?

El viajero se cruzó de brazos mientras su caballo estiraba el pescuezo, porque sin duda había olido la cuadra.

El jinete no pronunciaba una sola palabra, pero en el fuego de sus miradas, que tan pronto dirigía al frente como a retaguardia, era fácil adivinar que se preguntaba mentalmente si debía volverse atrás, seguir adelante, o hacer alto en la hostería.

—Han proseguido su viaje —dijo al fin a media voz—: pues bien, prosigamos el nuestro. Y espoleando su caballo echó a andar.

—Mañana —murmuró Remy— mudaremos de camino.

Y se reunió a su señora, que le esperaba con impaciencia. —¿Qué hay? —le preguntó ésta—. ¿Nos siguen?

—No, señora; me he engañado; nada se ve por ese camino, y podéis dormir con tranquilidad.

—¡Ah, Remy! No tengo sueño: eso ya lo sabes...

—Pero siquiera cenaréis, señora, pues desde ayer no habéis tomado alimento.

—Con mucho gusto.

Volvióse a despertar la criada, y se levantó por segunda vez con el mismo buen humor que la primera, y al saber que se trataba de hacer gasto, sacó del armario que servía de despensa un trozo de jamón, una liebre, fiambre y dulces: en seguida presentó asimismo una jarra de cerveza de Lovaina tan cristalina como espumosa.

Remy se sentó a la mesa junto a su ama.

Esta llenó un vaso de cerveza, con la cual humedeció sus labios, probó el pan, y recostándose en la silla no volvió a probar otro alimento.

—¿Cómo, caballero mío! ¿No coméis más que eso? —interrogó la criada.

—No; ya he concluido, gracias.

La criada se puso a mirar a Remy, quien cogió el pedazo de pan que había dejado su señora y lo comió bebiendo luego un vaso de cerveza.

—¿Y carne? —volvió a decir la flamenca—. ¿No coméis carne, caballero?

—No, hija mía, gracias.

—¿No os parece buena?

—La juzgo excelente, mas no tengo apetito. La criada juntó las manos expresando la admiración que le causaba tan extraña sobriedad, ajena a sus compatriotas cuando viajaban.

Remy conoció que estas demostraciones demostraban algún despecho, y observando el gesto de aquella pobre muchacha, echó sobre la mesa una pieza de plata.

—¡Oh! —dijo la criada—; bien la podéis guardar, caballero, pues solamente habéis gastado entre los dos seis díneros, y no tengo vuelta.

—Al contrario —contestó la viajera—: esa pieza es para vos, pues aunque mi hermano y yo hacemos muy poco gasto cuando viajamos, según habéis visto esta noche, de ningún modo tratamos de disminuir la ganancia de los que nos hospedan con tan buena voluntad.

La criada manifestó en su semblante la más viva satisfacción; pero al mismo tiempo se llenaron de lágrimas sus ojos; porque la dama pronunció las últimas palabras con cierto enternecimiento.

—Dime, hija mía —interrogó Remy a la flamenca—, ¿no hay un camino de travesía desde aquí hasta Malines?

—Sí, señor, y por cierto que es malísimo; seguramente ignoráis que tenemos un camino real hermosísimo.

—No lo ignoro, hija mía, no lo ignoro; mas es el caso que debemos ir por el otro.

—Lo decía, señor viajero, porque como vuestro compañero es una mujer, el camino será

para ella mucho peor que para vos.

—¿Y por qué?

—Porque toda la gente del campo recorre esta noche el país con dirección a Bruselas.

—¿A Bruselas?

—Sí, señor; todos emigran por ahora.

—¿Y por qué emigran?

—Lo ignoro: se ha recibido la orden de hacerlo.

—¿Quién la ha dado? ¿El príncipe de Orange?

—No; monseñor.

—¿A quién llamáis monseñor?

—¡Oh! Me preguntáis más de lo que yo sé: el hecho es que desde ayer todos emigran.

—¿Puedo saber qué clase de gente está comprendida en la emigración?

—Los habitantes del campo y los de los pueblos y aldeas que no tienen diques ni murallas.

—Esto es muy singular.

—Nosotros también huiremos de aquí al amanecer con todos los del pueblo; ayer a las once se mandaron a Bruselas todas las cabezas de ganado por los canales y atajos, y por eso debe haber ahora en el camino de que os he hablado gran confusión de caballos, carretas y aldeanos.

—Lo natural era que todo eso se dirigiese por el camino real, porque de este modo se efectuaría más fácilmente la retirada.

—Nada puedo deciros, pero ésa es la orden.

Remy y su compañera se miraron fijamente.

—Pero supongo —dijo el primero— que nosotros podemos proseguir nuestro viaje, supuesto que vamos a Malines.

—Ya lo creo, si es que no preferís hacer lo que hacen todos dirigiéndose a Bruselas.

Remy consultó a la dama.

—No, no —contestó ésta levantándose—; partiremos sin perder tiempo con dirección a Malines: hacedme el favor de abrir la cuadra, hija mía.

Remy se levantó imitando a su señora, y murmuró entre dientes:

—Peligro por peligro, prefiero el que ya conozco: el joven, por otra parte, debe llevarnos mucha delantera, y si por desgracia nos espera... ¡Oh! Veremos entonces.

Los caballos continuaban ensillados, y así Remy tuvo el estribo a su señora, montó después con ligereza, y ambos salieron del pueblo; la primera luz del día los encontró en las orillas del Dyle.

LXVIII

EXPLICACIÓN

El peligro que arrostraba Remy era real y verdadero, porque el viajero de la noche, luego de haber dejado el pueblo y corrido la distancia de un cuarto de legua, no viendo objeto alguno en el camino, conoció que aquellos a quienes seguía se habían detenido.

No quiso volverse atrás, sin duda por no hacer tan manifiesta la persecución que había emprendido; pero se echó en un campo de trébol haciendo bajar al caballo a un foso muy hondo de los que sirven en Flandes para acotar las heredades.

De esta operación resultaba que el joven se hallaba colocado de manera que podía verlo todo sin ser visto.

Dicho joven, a quien el lector ha conocido ya, como le conoció Remy y llegó a adivinarlo su señora, no era otro que Enrique de Bouchage, a quien una extraña fatalidad arrojaba otra vez al paso de la mujer que había jurado no ver nunca.

Después de su conversación con Remy en el portal de la casa misteriosa, es decir, después de la pérdida de sus esperanzas, Enrique volvió al palacio de Joyeuse, decidido, según había afirmado, a perder una vida que tantas miserias le ofrecía desde el principio de su carrera; pero como caballero, como buen hijo, pues debía conservar puro el nombre de su padre, se había decidido a aceptar el glorioso suicidio del campo de batalla, y como a la sazón había guerra en Flandes, su hermano el duque de Joyeuse, que mandaba la escuadra francesa, podía proporcionarle la ocasión de encontrar una muerte envidiable. Enrique no vaciló un momento, y salió del palacio al anochecer del siguiente día, esto es, veinte horas después de la partida de Remy y su señora.

Cartas llegadas de Flandes anunciaban que se preparaba un ataque decisivo contra la plaza de Amberes, y Enrique se lisonjeó con la idea de llegar a tiempo. Complacíase en pensar que a lo menos moriría con las armas en la mano, en los brazos de su hermano y bajo la bandera francesa, que se hablaría de su muerte, y que esta noticia llegaría a penetrar las tinieblas en que ocultábase la dama de la casa misteriosa.

¡Noble desvarío! ¡Glorioso y melancólico sueño! Enrique se alimentó cuatro días con este nuevo dolor, y sobre todo, con la esperanza de que sus tormentos iban a acabar para siempre.

En el momento en que, entregado a estos tétricos pensamientos de muerte, observó la aguda flecha del campanario de Valenciennes, en donde acababan de dar las ocho de la noche, y dándose cuenta entonces de que iban a cerrarse sus puertas, metió espuelas al caballo, y al atravesar a escape el puente levadizo, faltó poco para que atropellase a un hombre que estaba apretando la cincha del suyo.

Enrique no era uno de esos nobles insolentes que pisotean todo lo que no se abate a su orgullo. Así que manifestó su sentimiento a aquel hombre, quien al oír el sonido de su voz le miró atentamente, volviendo en seguida con rapidez la cara hacia otro lado.

Enrique, que no pudo detenerse por la rapidez con que galopaba su caballo, se estremeció, como si por delante de sus ojos hubiese cruzado una visión.

—¡Oh! —exclamó—: estoy loco. ¡Remy en Valenciennes! ¡Remy, a quien dejé hace

cuatro días en la calle de Bussy! ¡Remy lejos de su señora, supuesto que al parecer únicamente le acompaña un joven! ¡Ah! ¡El dolor perturba sin duda mi razón y altera mi vista hasta el extremo de revestir todo cuanto me rodea con las formas de mis eternos delirios!

Hablando así continuó su camino y entró en la villa sin que la sospecha que le había acometido hubiese echado raíces por un momento en su imaginación.

Detúvose ante la primera cuadra que halló abierta, dio las riendas del caballo a un mozo de la misma y se sentó en un banco delante de la puerta mientras en la posada le preparaban cena y cama.

Pero cuando más absorto se hallaba en sus tristes pensamientos, vio adelantarse a los dos viajeros, que caminaban unidos, y observó que aquel en quien había creído reconocer a Remy volvía con frecuencia la cabeza.

El otro tenía el semblante oculto bajo la sombra de un sombrero de anchas alas.

Al pasar Remy por delante de la posada, vio a Enrique sentado en el banco y volvió otra vez la cabeza para no ser conocido; pero esta precaución contribuyó precisamente a causar un efecto contrario del que esperaba.

—¡Oh!, lo que es ahora no me engaño —dijo Enrique—: estoy muy sereno, veo bien, y tengo frescas las ideas, porque después que se evapora el sueño de mis ilusiones sé dominarme lo bastante para juzgar bien de cuanto a mi vista se ofrece. El mismo fenómeno acaba de reproducirse, y no hay duda, uno de esos dos viajeros es Remy, el criado de La casa misteriosa de la calle de Bussy. No —añadió—, no puedo permanecer en tan horrible incertidumbre, y por lo mismo es indispensable que aclare mis dudas.

Y una vez tomada esta resolución, se levantó dirigiéndose al camino real para seguir las huellas de los dos viajeros; pero bien fuese que éstos hubiesen penetrado en alguna casa o que hubiesen tornado camino, Enrique no pudo alcanzarles.

Corrió hasta las puertas y las encontró cerradas; por lo tanto los viajeros no habían podido salir de la población.

Enrique entró en todas las posadas, preguntó en todas partes, investigó, y al fin logró enterarse de que dos caballeros se habían dirigido a un mesón de humilde apariencia, situado en la calle de Beffroi.

El posadero iba a cerrar la puerta de su hostería cuando se presentó en ella Bouchage.

Y mientras que el bueno del hombre, pagado de la encantadora presencia del viajero, le ofrecía su casa y servicios, Enrique dirigía sus miradas al interior de una salita baja, y pudo al fin divisar en la escalera a Remy, que subía al cuarto principal con la ayuda de una luz que llevaba la criada de la posada.

No pudo, sin embargo, ver a su compañero, que sin duda por haber pasado antes había desaparecido.

Remy se paró en lo alto de la escalera; al reconocerle positivamente el conde dejó escapar una exclamación, y el criado volvió a ocultar su rostro como antes lo había hecho.

Enrique no pudo dudar de la identidad de la persona al ver la cicatriz de su semblante, sus inquietas miradas, y con todo, demasiado conmovido para tomar una determinación precipitada, se alejó de allí preguntándose con angustia por qué había abandonado Remy a su señora y por qué lo hallaba solo en su mismo camino.

Decimos solo, porque Enrique no había fijado al principio la atención en el otro jinete.

Su pensamiento rodaba de abismo en abismo.

Al día siguiente, y a la hora de abrirse las puertas, cuando creía hallarse frente a frente con los viajeros, quedó altamente sorprendido, pues supo que los dos desconocidos habían obtenido permiso del gobernador para salir de noche de la población, y que contra lo mandado se habían abierto las puertas para ellos.

De manera que como se habían puesto en camino a la una de la mañana, llevaban a Enrique seis horas de delantera.

Érale preciso ganar aquellas seis horas perdidas. Enrique puso su caballo al galope, y en Mons se adelantó a los que de él huían.

Volvió a ver a Remy; pero aquella vez necesitaba Remy ser brujo para conocerle, pues Enrique iba transformado en soldado de caballería, y se había hecho con otro caballo.

No obstante, la vista perspicaz de Remy medio desconcertó esta combinación; y a todo evento, advertido su compañero por una sola palabra, tuvo tiempo para volver el rostro de modo que su perseguidor no pudo examinarlo.

El joven no se desanimó por este contratiempo; se informó en la primera hostería que dio asilo a los viajeros, y como acompañaba sus preguntas con un auxiliar irresistible, supo al fin que el compañero de Remy era un joven muy bello, mas al mismo tiempo muy triste, muy sobrio, muy resignado y que hablaba muy poco.

Enrique se estremeció, porque una idea cruzó por su mente.

—¿Será acaso una mujer? —preguntó al posadero.

—No será extraño —respondió el huésped—, porque en el día van nuestras mujeres disfrazadas de ese modo a unirse con sus amantes en el ejército de Flandes, y como nuestra profesión nos prohíbe a los posaderos ver nada, nada vemos.

Esta explicación destrozó el corazón de Enrique. ¿No era, en efecto, probable que Remy acompañase a su ama disfrazada de hombre? Y si esto era así, nada satisfactorio columbraba Enrique en aquella extraña aventura.

Indudablemente, como decía el posadero, aquella dama desconocida iba a Flandes en busca de su amante.

Remy mentía por consiguiente cuando hablaba de los eternos pesares de su señora y había inventado, con el solo objeto de alejar a un perseguidor importuno, aquella fábula de un amor pasado que había cubierto para siempre de luto a una mujer insensible.

—Pues bien —se decía Enrique, más atormentado todavía con esta esperanza que con su desesperación—, ya llegará el momento en que pueda yo acercarme a esa mujer para echarle en cara todos los subterfugios que la derriban de la inmensa altura en que mi corazón y mi cerebro la habían colocado: entonces se verá confundida con las capacidades ordinarias, y entonces también, al conocer yo mismo que he formado una idea falsa creyendo haber hallado una criatura casi divina, al considerar de cerca esa brillante corteza de un alma vulgar, me desengañaré de todas mis ilusiones y de los sueños de un amor insensato.

Y el joven se arrancaba los cabellos y se golpeaba el pecho al considerar que tal vez perdería en un momento dado aquel amor y aquellas ilusiones que le atormentaban; tan cierto es que el hombre prefiere tener muerto el corazón a tenerlo vacío.

Estas ideas le acosaban, habiéndose adelantado a los viajeros, como hemos dicho, y procurando adivinar el motivo que había podido arrojar al mismo tiempo que a él a aquellos dos personajes indispensables a su vida cuando los vio entrar en Bruselas.

Ya sabemos cómo continuó siguiendo sus pasos.

En Bruselas fue donde Enrique se informó al detalle respecto a la proyectada campaña del duque de Anjou.

Los flamencos eran demasiado hostiles a éste para acoger con benevolencia a un francés de distinción; estaban además muy orgullosos con el éxito que la causa nacional acababa de alcanzar, pues para ellos era ya mucho el ver que Amberes cerraba las puertas al príncipe que los flamencos habían elegido para que fuese su rey, y así no podían menos de mortificar a aquel caballero procedente de Francia y que les hacía preguntas con el acento más puro de París, acento que en todas épocas ha parecido sumamente ridículo al pueblo belga.

Desde entonces concibió Enrique serios temores respecto a la expedición en que su hermano había tomado una parte tan principal, y por lo mismo se decidió a acelerar su marcha hacia Amberes.

Pero causábale indecible sorpresa el ver a Remy y a su compañero, a pesar del empeño que demostraban de no ser conocidos, seguir obstinadamente el mismo camino que llevaba, lo cual le hacía creer que eran guiados por el mismo motivo.

Oculto Enrique en el campo de trébol, de que hemos hablado, se hallaba al menos seguro de ver a su sabor el rostro del joven que acompañaba a Remy, medio infalible de salir de sus incertidumbres y de poner término a sus dudas.

Y entonces era justamente cuando, como hemos dicho, se golpeaba el pecho, por el miedo que tenía de verse precisado a renunciar a las quimeras que le devoraban, pero que le hacían vivir entre tormentos que al fin acabarían con él.

Cuando los viajeros pasaron frente al joven a quien estaban muy lejos de suponer oculto en aquel sitio, la dama se ocupaba en alisar sus cabellos, tarea que no se había atrevido a acometer en la hostería.

Enrique la vio, la reconoció y poco faltó para que cayese desvanecido en el foso donde el caballo pacía tranquilamente.

Pasaron los viajeros y el furor más espantoso se apoderó del ánimo de aquel Enrique tan sosegado, tan sufrido mientras creyó distinguir en los moradores de la casa misteriosa aquella lealtad y nobleza de que él mismo daba ejemplo.

Mas después de las protestas de Remy y de los hipócritas consuelos de la dama, aquel viaje, o mejor dicho, aquella fuga repentina constituía una especie de traición para con el hombre que con tanta constancia como respeto hubo sitiado su puerta.

Amortiguado ya algún tanto el golpe que acababa de recibir Enrique, sacudió éste sus hermosos y rubios cabellos, enjugó su frente cubierta de sudor y volvió a montar a caballo firmemente decidido a abandonar del todo las precauciones que un resto de respeto le había aconsejado hasta allí, por lo cual comenzó a seguir a los viajeros ostensible y a rostro descubierto.

Se quitó, pues, la capa y la capucha que le cubrían, desfigurándole, y emprendió su marcha sin titubear; díjose a sí mismo que aquel camino era tan suyo como de los demás, y por consiguiente echó a andar por él tranquilamente arreglando el paso de su caballo a

los de los corceles que le precedían.

Había formado además el propósito de no hablar a Remy ni a la dama, aunque sí el de hacerse reconocer de ellos en la primera coyuntura que se presentase.

—¡Oh! —exclamaba—; si efectivamente abrigan algún sentimiento sus corazones, por pequeño que sea, mi presencia entre ellos, aunque casual, ha de ser necesariamente una terrible acusación para esa gente sin fe que sabe desgarrar a su placer un corazón como el mío.

Apenas había caminado cien pasos detrás de los viajeros, cuando le divisó Remy, y no pudo menos de temblar al verle avanzar tan decidido, con tanta arrogancia y sin el menor disimulo.

La dama observó la turbación de Remy y volvió la cabeza. —¡Ah! —preguntó en seguida—. ¿No es el joven que iba a la calle de Bussy?

Remy intentó disuadirla de esta idea y tranquilizarla, respondiendo al efecto:

—No lo creo, señora, y a juzgar por su traje me parece un soldado walón³⁹ que se dirige a Amsterdam y atraviesa el teatro de la guerra en busca de alguna aventura.

—No importa, Remy, estoy muy inquieta.

—Nada temáis, señora, pues si fuera el conde de Bouchage, ya se nos hubiera reunido, pues no ignoráis que era perseverante.

—Tampoco ignoro, Remy, que es muy respetuoso, pues de otro modo me hubiera contentado con deciros que le alejaseis de mí, y no hubiera vuelto a acordarme de él.

—Pues bien, señora, creo que si era respetuoso en la capital, también lo será ahora, y que nada debéis temer, admitiendo que sea él, en el camino de Bruselas a Amberes, así como nada temíais en París en la calle de Bussy.

—No importa —replicó la dama volviendo otra vez la cabeza—; ya llegamos a Malines; apresurémonos a mudar caballos si es necesario para andar más, y apresurémonos a llegar cuanto antes a Amberes.

—Por el contrario, señora, me atrevo a aconsejaros que no entremos en Malines: nuestros caballos son de buena raza y pronto pueden conducirnos a aquel pueblo que se ve sobre la izquierda, y que si no me equivoco se llama Villebrock: de este modo evitaremos las posadas de la ciudad, las preguntas y los curiosos, pudiendo a la par cambiar de trajes y de caballos con más libertad, si es que necesitamos hacerlo.

—Bien, Remy, bien; dirijámonos a ese pueblo.

Tomaron en efecto el camino de la izquierda por un sendero poco trillado que conducía rectamente a Villebrock, y Enrique hizo otro tanto siguiéndoles a igual distancia que hasta entonces.

La inquietud de Remy se demostraba en sus oblicuas miradas, en su aire agitado y sobre todo en el movimiento que habitualmente había adquirido de mirar atrás con gesto amenazador y de espolear al mismo tiempo a su caballo.

Estos diversos síntomas no se ocultaban a su compañera de viaje, como el lector puede comprender perfectamente.

Así llegaron a Villebrock; pero ninguna de las doscientas casas de que se componía este

³⁹ Natural del territorio belga que ocupa aproximadamente la parte meridional de este país de Europa.

pueblo se hallaba habitada: algunos perros olvidados, algunos gatos perdidos corrían a la ventura en aquella soledad, llamando unos a sus amos con prolongados aullidos y huyendo otros al más leve ruido, y deteniéndose al considerarse seguros para sacar sus hocicos a través de una puerta o por el respiradero de una bodega.

Remy llamó a veinte casas; pero no divisó persona alguna y nadie le oyó.

Enrique, que parecía la sombra de los dos viajeros, se detuvo por su parte delante de la primera casa del pueblo y llamó a la puerta tan en balde como los que le precedían, por lo que, conociendo que la guerra debía ser la causa de aquella deserción general, esperó para ponerse de nuevo en marcha a que los viajeros adoptasen un partido.

Esto es lo que ellos hicieron después que Remy repartió entre los caballos algún grano que encontró casualmente en una hospedería abandonada.

—Señora —dijo después a la dama—; no nos encontramos en un país tranquilo, ni en una situación ordinaria; por lo mismo no conviene que nos exponamos como si fuésemos niños. Sin duda alguna vamos a encontrar partidas de franceses o de flamencos, sin contar los partidarios españoles, porque en la situación extraña en que Flandes se halla deben pulular aquí los aventureros y tunos de todas las naciones. Si fueseis un hombre os dirigiría otro lenguaje; pero sois mujer, sois joven, sois bella y arrostráis dos peligros, el de vuestra vida y el de vuestra honra.

—¡Oh! ¡Mi vida!... ¡Mi vida!... —dijo la dama—, vale muy poco.

—Vale mucho, señora —replicó Remy—, cuando tiene un objeto.

—Pues bien. ¿Qué me proponéis? Pensad y obrad por mí, Remy, pues bien sabéis que mis ideas no pertenecen a este mundo.

—Permanezcamos aquí, señora, si queréis creerme, pues veo muchas casas que pueden darnos seguro abrigo; tengo armas y nos defenderemos u ocultaremos según me parezca que somos fuertes o débiles.

—No, Remy, no; debo seguir adelante y nada me detendrá —respondió la dama moviendo la cabeza—; si fuese capaz de concebir temores, sólo por vos temblaría.

—Marchemos, pues —dijo Remy.

Y espoleó a su caballo sin añadir una palabra más.

La dama desconocida hizo lo mismo, y Enrique de Bouchage, que se había detenido a la par que ellos, se puso en camino siguiendo sus pasos.

LXIX

LA INUNDACIÓN

Conforme los viajeros avanzaban, iba presentando el país un aspecto tan extraño como imponente y aparecían los campos tan desiertos como los pueblos y las ciudades.

Efectivamente, ya no se veían vacas paciendo en las praderas, ni cabras trepando por los riscos de las montañas o dirigiéndose a los vallados para tronchar las tiernas y verdes puntas de las ramas y de las cepas vírgenes, ni rebaños guardados por sus pastores, ni carretas de trabajadores, ni mercaderes forasteros llevando sus efectos de una a otra feria, ni boyeros cantando las rústicas canciones de los hombres del Norte en medio de un movimiento general, estruendoso e incesante.

Así, por muy lejos que alcanzase la vista en aquellas magníficas llanuras, en aquellas quebradas soberbias, en los grandes sembrados y en los bosques, no se veía una sola figura humana, no se oía una sola voz.

Aquella soledad era la imagen de la Naturaleza el día antes de la creación del hombre y de los animales.

Aproximábase la noche, y Enrique, no pudiendo disimular por más tiempo su sorpresa y acercándose instintivamente a los dos viajeros, pedía al viento, a los árboles, a los lejanos horizontes y a las mismas nubes la explicación de tan siniestro fenómeno.

Los únicos personajes que animaban aquella triste soledad, destacándose del fondo de púrpura del sol poniente, eran Remy y su compañera, que procuraban acoger ávidamente el más pequeño ruido que hasta ellos pudiese llegar, y Enrique que se empeñaba en guardar siempre la misma distancia y la misma actitud.

La noche cubrió los campos helada y sombría, sopló el Nordeste y sus bramidos se difundieron por aquellas inmensas soledades, más terribles y amenazadoras que el anterior silencio.

Remy detuvo a la dama echando mano a las riendas de su caballo y le dijo:

—Señora, ya sabéis que soy inaccesible al temor, y que no daría un paso atrás ni aun por salvar mi vida. Pues bien, no sé qué terror involuntario se apodera de mí esta noche; una fuerza desconocida encadena mis facultades, me paraliza y me impide seguir adelante. Llamad a esto pusilanimidad, timidez y todo cuanto queráis, señora, supuesto que confieso por la primera vez de mi vida que tengo miedo.

La dama volvió la cabeza, pues quizás no había reparado en aquellos presagios tristísimos o acaso no quería contemplarlos.

—¿Nos sigue aún? —preguntó melancólicamente.

—¡Oh, señora! Ahora no se trata de él —respondió Remy—; no penséis en eso, pues está solo y creo que valgo tanto como cualquiera otro. No; el peligro que temo, o mejor, que siento y adivino más bien por instinto que con ayuda de mi razón; ese peligro que nos amenaza, que se acerca, que tal vez nos rodea en este instante, es otro muy distinto; es para mí absolutamente desconocido y por eso le llamo peligro.

La dama meneó la cabeza.

—Mirad, señora —añadió Remy—. ¿No veis allá abajo unos sauces que inclinan sus

negras copas?

—Sí.

—Junto a ellos diviso una casita; dirijámonos a ella: si se halla habitada pediremos hospitalidad; si no lo está, entremos: os suplico, señora, que no os opongáis a mi proyecto.

La emoción de Remy, su voz trémula, la incisiva persuasión de sus palabras obligaron a la dama a ceder, y por lo mismo guió a su caballo en la dirección indicada.

Pocos momentos después llamaban nuestros viajeros a la puerta de la casa, que en efecto estaba situada entre varios sauces.

Un arroyo desprendido del Netba, río pequeño que corría a un cuarto de legua de aquel paraje, bañaba, encajonado entre dos cañaverales y dos orillas de césped, aquellos frescos sauces alimentados con sus aguas cristalinas: detrás de la casa, edificada de ladrillos y tejas, se veía un jardinillo con su correspondiente cercado.

Todo estaba vacío, solitario, desierto, y nadie respondió a los redoblados golpes de los viajeros.

Remy no titubeó por más tiempo; sacó su daga, cortó una rama de sauce, la introdujo por una rendija de la puerta y apretó con fuerza.

La puerta se abrió al punto, y Remy, que en todas sus acciones se manifestaba hacía una hora con la actividad de un hombre acosado por la fiebre, entró sin detenerse. La cerradura, obra grosera de algún cerrajero del campo, había cedido casi sin resistencia.

Remy empujó apresuradamente a su compañera dentro de la casa, volvió a cerrar la puerta, corrió un cerrojo colocado en la parte interior, y seguro a su parecer, respiró como si acabase de salir de las garras de la muerte.

No satisfecho con haber encontrado un abrigo para su señora, la instaló en el único aposento del primer piso, en el cual pudo encontrar a tientas una cama, una mesa y una silla.

Algo más calmado ya, volvió al piso bajo y por una ventanilla entreabierta se puso a observar los movimientos del conde, quien al ver entrar a los viajeros en aquella casa, se acercó a ella sin el menor reparo.

Las reflexiones de Enrique eran tristes y estaban en armonía con las de Remy.

—No hay duda —murmuraba—: alguna catástrofe desconocida para nosotros, mas no para los habitantes de estas tierras, amenaza al país: la guerra está asolando los contornos, los franceses se han apoderado de Amberes, o están próximos a lograrlo, y sin duda los aldeanos, poseídos de terror, han huido a refugiarse a las grandes ciudades.

Esta explicación era especiosa, y por lo mismo no satisfacía al joven, aunque le inspiraba otros pensamientos.

—¿Qué vienen a hacer aquí —se preguntaba—, Remy y su señora? ¿Qué imperiosa necesidad les arrastra a un peligro tan terrible? ¡Oh! Lo sabré, porque ha llegado por fin el instante de que hable a esa dama y de que tengan un término todas mis dudas. Nunca se me ha presentado ocasión más propicia.

Diciendo así se adelantó hacia la casa, pero se detuvo nuevamente diciendo:

—No, no; seré mártir hasta mi última hora. Por otra parte, ¿no es ella dueña de sus acciones? ¿Sabe, por ventura, los cuentos que ha forjado ese miserable Remy? ¡Oh! El

me las pagará, él únicamente; pues me sostenía que ella no amaba a criatura viviente. Pero... seamos justos. ¿Debía, por ventura, ese hombre vender por mí a quien no conocía los secretos de su ama? No, no: mi desgracia es positiva, y lo peor de todo es que consiste en mí solo y que a nadie puedo culpar. Lo único que me falta es la revelación entera de la verdad, es el de ver llegar a esa mujer al campamento, y arrojarse a los brazos de algún caballero y decirle: mira lo que he padecido y comprende cuánto te amo. Pues bien, la seguiré hasta allí, veré lo que tiemblo ver y moriré en seguida, excusando el trabajo de acabar conmigo al mosquete o al cañón de los flamencos. ¡Ah! Bien lo sabéis, Dios mío —agregó con todo el entusiasmo de la religión y del amor—: yo no buscaba esta cruel, esta horrible angustia, pues me dirigía tranquilo y resignado a una muerte gloriosa: quería morir en el campo de batalla con vuestro nombre en mis labios y unir a él el suyo en mi corazón. No lo habéis querido así, Dios mío, y me destináis a una muerte desesperada, llena de amargura y de tormento: acepto, Señor, acepto: sea vuestro nombre bendito.

Y recordando luego aquellos días eternos de esperanza y aquellas noches de dolor que había pasado delante de la inexorable casa misteriosa consideraba que, descartando las dudas que le desgarraban el alma, su posición era menos cruel que en París, pues siquiera la veía, oía a veces el sonido de su voz y aspiraba, mezclados con la brisa, parte de esos aromas voluptuosos que emanan de una mujer querida.

Y luego continuaba con la vista fija en la casita en que la dama se había refugiado:

—Mientras llega esa muerte que espero, ínterin ella descansa de las fatigas del viaje, me abrigaré debajo de estos árboles. ¿Puedo quejarme acaso cuando oigo su voz, si habla, cuando diviso la sombra de su cuerpo al través de la ventana? ¡Oh! No, no me quejo, pues soy aún demasiado dichoso.

Y Enrique se echó al pie de los sauces, cuyas ramas cubrían la casita, escuchando con un sentimiento de melancolía imposible de escribir el murmullo del agua que a su lado corría.

De repente se estremeció, pues por el lado del Norte se oían descargas de artillería que el viento llevaba hasta aquel sitio.

—¡Ah! —murmuró—; llegaré muy tarde, pues están atacando a Amberes.

Su primer movimiento fue levantarse, montar a caballo y correr, guiado por el ruido de los disparos hacia el lugar de la contienda; pero para esto le era preciso abandonar a la dama desconocida y morir acosado por mil dudas.

A no haberla encontrado en su camino, Enrique hubiera seguido su suerte sin dirigir una mirada a lo pasado, sin dar un suspiro ni pensar en el porvenir; pero después que la hubo encontrado penetró la duda en su ánimo y con la duda la irresolución.

Permaneció, pues, donde se hallaba por espacio de dos horas, escuchando las detonaciones sucesivas que llegaban a sus oídos, preguntándose lo que significaba la irregularidad de aquellos disparos que de tiempo en tiempo se cruzaban con los que parecían originarse de un ataque serio. Estaba muy lejos de sospechar que dichos disparos eran producidos por los buques de la escuadra de su hermano que volaban hechos astillas.

A eso de las dos fue extinguiéndose el estrépito, y a las dos y media cesó del todo.

El ruido de la artillería no había llegado, al parecer, hasta el interior de la casa, pues ninguna prueba habían dado de haberlo oído los dos viajeros que en ella se hospedaban provisionalmente.

—A estas horas —decíase Enrique—, Amberes ha sucumbido, y mi hermano ha quedado vencedor; pero después de Amberes vendrá Gante, después de Gante, Brujas, y de todos modos no me faltará una ocasión para morir gloriosamente. Sin embargo, quiero saber antes de morir lo que va a buscar esta mujer al campamento francés.

Y como a consecuencia de todas estas conmociones la Naturaleza había quedado ya en calma, Joyeuse, embozado en su capa, permanecía inmóvil y entregado a aquella especie de letargo que el hombre no puede sacudir en las altas horas de la noche, cuando su caballo, que arrancaba la hierba a corta distancia, rehiló las orejas y comenzó a relinchar tristemente.

Enrique abrió los ojos y vio que el noble animal, levantado de manos y vuelta la cabeza en distinta dirección que el cuerpo, aspiraba la brisa, que habiéndose cambiado con la proximidad del día, le llegaba del Sudoeste.

—¿Qué pasa, corcel mío? —dijo el joven levantándose y acariciando con su mano el cuello del animal—. ¿Has visto pasar alguna fiera que te ha asustado, o echas de menos el abrigo de una buena cuadra?

El caballo, como si hubiera comprendido la interpelación y quisiese contestar a ella, corrió precipitadamente en la dirección de Lier y se puso a escuchar con los ojos y las narices abiertas.

—¡Ah! —murmuró Enrique—, esto es más serio, a lo que parece: alguna caterva de lobos que sigue al ejército para tragarse los cadáveres.

El caballo relinchó, bajó la cabeza, y en seguida, rápido como el relámpago, echó a correr hacia el lado del Oeste: mas al huir pasó al alcance de la mano de su dueño, que lo cogió por la brida y lo detuvo.

Entonces Enrique, asiéndose de la crin, se puso de un brinco sobre la silla, y una vez montado, como era buen jinete, pudo dominar y detener al brioso animal.

Sin embargo, al cabo de un instante comenzó a oír Enrique el mismo ruido que había oído el caballo, y se admiró de experimentar el mismo espanto que había sentido el bruto.

Un largo murmullo, semejante al del viento, seco y grave a la vez, se elevaba de diferentes puntos de un semicírculo que parecía extenderse del Sur al Norte, y bocanadas de una brisa fresca y como saturada de partículas de agua aclaraban por intervalos aquel murmullo, que remedaba entonces el ruido de las olas que se estrellan sobre las playas llenas de guijarros.

—¿Qué es esto? —murmuró Enrique—. ¿Será el viento? No, porque el viento es el que me trae ese ruido, y los dos sonidos me parecen distintos, ¿Será un ejército en marcha? Tampoco —agregó inclinando su oído hacia la tierra—, porque entonces oiría la cadencia de los pasos, el crujido de las armaduras y el eco de las voces. ¿Será un incendio? Tampoco, porque no se ve luz alguna en el horizonte, y hasta el mismo cielo parece obscurecerse.

El ruido, entretando, se iba aumentando y se asemejaba al que producirían millares de cañones arrastrados a lo lejos sobre un pavimento sonoro.

Por un instante creyó Enrique haber hallado la causa de este ruido atribuyéndolo a lo que hemos dicho; pero casi al mismo tiempo replicó:

—Imposible, no hay calzadas empedradas por este lado ni mil cañones en el ejército.

Entonces el ruido seguía acercándose cada vez más y Enrique puso su caballo a galope y

ganó una eminencia.

—¿Qué veo? —exclamó llegando a la cumbre.

Lo que Enrique veía lo había visto antes su caballo, pues no había podido hacerle adelantar en aquella dirección sino desgarrándole los ijares con sus espuelas, y cuando llegó a la cumbre de la colina se encabritó para derribar al jinete.

Lo que caballo y caballero veían era en el horizonte una faja pálida, inmensa, infinita, parecida a un nivel, que avanzaba sobre el llano formando un círculo inmenso y marchando hacia el mar.

El joven miraba todavía indeciso este extraño fenómeno, cuando al volver la vista al punto que acababa de dejar, observó que el prado se llenaba de agua, que el riachuelo se desbordaba y comenzaba a inundar con sus aguas levantadas sin causa visible los cañaverales que un cuarto de hora antes se alzaban sobre sus dos orillas.

El agua seguía avanzando lentamente hacia el lado de la casa.

—¿Qué loco soy! —exclamó Enrique—. No lo había adivinado. ¡Es el agua! ¡El agua! Los flamencos han roto sus diques.

Acto seguido echó a correr hacia la casa y llamó con furia a la puerta gritando:

—Abrid, abrid.

Nadie contestó.

—Abrid, Remy —gritó el joven furioso a fuerza de espanto—: abrid, soy Enrique de Bouchage.

—¡Oh!, no necesitáis nombraros, señor conde —respondió Remy desde el interior de la casa—: hace mucho tiempo que os he conocido, pero os prevengo que si derribáis esa puerta me hallaréis detrás de ella con una pistola en cada mano.

—¡Desgraciado! —exclamó Enrique con acento desesperado—; ignoráis el peligro; es el agua, el agua...

—No me vengáis con cuentos ni con pretextos, señor conde. Os repito que no entraréis aquí sino pasando sobre mi cadáver.

—En ese caso pasaré sobre él —exclamó Enrique—, pero entraré. ¡En nombre del Cielo, en nombre de Dios, por tu vida y la de tu ama!, ¿quieres abrir?

—¡No!

El joven miró en torno suyo y vio una de esas piedras homéricas como las que Ajax Felamon hacía rodar sobre sus enemigos; cogió esta piedra entre sus brazos, la levantó sobre su cabeza, y corriendo hacia la casa, la arrojó contra la puerta, que voló en el acto hecha astillas.

Al mismo tiempo una bala silbó a los oídos de Enrique, pero sin tocarle.

El conde se precipita sobre Remy, éste dispara su segunda pistola, mas sólo el cebo da fagonazo.

—Ya ves que no tengo armas, insensato —exclamó Enrique—; no te defiendas, pues, contra un hombre que no ataca; mira tan sólo, mira.

Y llevándole hacia la ventana, que echó abajo de un puñetazo, añadió:

—¿Ves ahora, ves?

Y le mostraba con el dedo el inmenso plano que blanqueaba en el horizonte, y que amenazaba al avanzar como el frente de un ejército gigantesco.

—El agua —murmuró Remy.

—¡Sí, el agua!, ¡el agua! —exclamó Enrique—, ya lo ha invadido todo; mira a nuestros pies; el río se ha desbordado y va subiendo; pasados cinco minutos nadie podrá salir de aquí.

—¡Señora —gritó Remy—, señora!

—No hay que dar gritos, Remy, dispón los caballos, y que sea pronto.

—La ama, y la salvará —dijo para sí Remy corriendo hacia la cuadra.

Enrique, entretanto, se dirigió a la escalera, y como al oír los gritos de Remy había abierto la dama la puerta de su aposento, la cogió en sus brazos como hubiera hecho con un niño; pero ella, creyendo que aquello era una traición o violencia, luchaba con todas sus fuerzas para desasirse de los brazos de su libertador.

—Dile —gritó Enrique—, dile que deseo salvarla.

Remy oyó la voz del conde en el momento, que volvía con los dos caballos.

—¡Sí, sí —gritó—, sí, señora, va a libertaros! ¡Venid, venid!

LXX

LA FUGA

No queriendo Enrique perder un tiempo precioso en tranquilizar a la dama, la sacó fuera de la casa y quiso colocarla en su propio caballo; mas ella, con un movimiento de invencible repugnancia, se deslizó de los brazos de Enrique, y fue recibida por Remy, que la acomodó sobre el caballo preparado para ella.

—¿Qué es lo que hacéis, señora? —preguntó Enrique— ¡Qué mal juzgáis a mi corazón! No se trata ahora del placer que sería para mí estrecharos en mis brazos y oprimiros contra mi pecho, aun cuando por tanta dicha esté yo dispuesto a sacrificar mi vida: se trata de huir con la velocidad de un ave. ¿No lo veis, señora? Mirad, mirad cómo huyen también las aves.

Efectivamente, aunque el crepúsculo no hacía más que aparecer, se divisaban bandadas numerosas de chorlitos y pichones que atravesaban azorados el espacio con rápido vuelo, y en medio de aquella espantosa escena y de la obscuridad que la acompañaba, tan apetecible a los murciélagos, aquel vuelo estrepitoso, favorecido por las ráfagas del viento, tenía algo de siniestro para los oídos y de deslumbrador para los ojos.

La dama nada respondió al joven, y picó su caballo sin volver atrás la cabeza.

Pero su caballo y el de Remy, que habían caminado dos días casi sin parar, estaban sumamente cansados: Enrique volvía a cada momento la cabeza, y viendo que apenas podían seguirle, dijo a la dama:

—Señora, mi caballo anda mucho más que el vuestro, a pesar de que me esfuerzo para contenerle; no os pido la gracia de sosteneros yo mismo con mis brazos, pero ya que aún estamos a tiempo, tomad mi caballo y dejadme el que montáis.

—Gracias, caballero —contestó la viajera con acento tranquilo y sin que su rostro revelase la menor emoción.

—Pero, señora, ¡por Dios! —exclamó Enrique dirigiendo hacia atrás miradas de desesperación—; el agua se adelanta; mirad, mirad. ¿No oís el ruido?

En efecto, un estruendo horrible se dejó sentir al mismo tiempo; era el dique de una aldea invadida por las aguas; maderos, techos, paredes, todo había cedido ante el elemento destructor; dos filas de gruesas estacas se habían roto con estallidos semejantes a los del trueno, y las aguas, dominando aquellas ruinas, comenzaban a apoderarse de un bosque de encinas, cuyas copas temblaban y cuyas ramas se sacudían fuertemente, como si una legión de demonios estuviese descansando a su sombra.

Los árboles desarraigados chocando unos contra otros, los puntales de las casas flotando sobre las aguas, los gritos lejanos y los relinchos lastimeros de hombres y de caballos que arrastraba la inundación, formaban un concierto de sonidos tan siniestros y tan extraños, que al fin el terror que dominaba a Enrique se comunicó al corazón de la impasible e indomable dama desconocida.

Aguijoneó a su caballo, y éste, como si comprendiese que el peligro era inminente, redobló sus esfuerzos para substraerse a él.

Pero el agua se adelantaba sin cesar ganando terreno, y era evidente que antes de diez

minutos alcanzaría a los viajeros.

A cada momento se detenía Enrique para esperar a sus compañeros, y cuando se reunían a él les gritaba:

—Es indispensable correr más, porque el agua se nos echa encima.

Acercábase, en efecto, a ellos espumosa, irritada y terrible; arrastró como si fuese una pluma la casa en que Remy y su señora habían hallado momentáneo abrigo, levantó como una paja la barca que estaba amarrada a la orilla del riachuelo, y majestuosa, colosal, enroscando sus anillos como los de una serpiente, llegó tan compacta como una muralla de bronce hasta los caballos de Remy y de la desconocida.

Enrique lanzó un grito de terror, y corrió a las aguas como para combatir contra ellas y detenerlas.

—¿No conocéis que estáis perdida? —exclamó desesperado—. Señora, ¡por el Cielo!, bajad, venid conmigo.

—No —exclamó la dama.

—Dentro de un minuto será ya demasiado tarde: mirad, mirad.

La dama volvió la cabeza y vio que el agua sólo distaba unos cincuenta pasos.

—Cúmplase mi suerte —repuso entonces—, y vos, caballero, huid.

El caballo de Remy, muerto de cansancio, dobló las manos y no pudo volver a levantarse, no obstante los esfuerzos del jinete.

—Salvadla, salvadla —gritó éste—, aunque sea a pesar suyo.

Y a la vez que procuraba sacar los pies de los estribos, cubrieron las aguas, como un gigantesco monumento, la cabeza del fiel criado.

Al ver su señora esta desgracia arrojó un grito doloroso, y lanzándose del caballo, aguardó tranquila las aguas resuelta a morir como Remy.

Pero, conociendo Enrique su intención, se apeó al mismo tiempo, y estrechando su talle con el brazo derecho, volvió a montar con ella y partió como una exhalación.

—¡Remy! ¡Remy! —gritaba la dama extendiendo los brazos hacia el sitio en que el criado había desaparecido.

Un grito le respondió, pues Remy se había presentado en la superficie del agua, y con la esperanza indomable, aunque insensata, que conserva el moribundo hasta el término de su agonía, nadaba sostenido por una viga.

Poco después, y a su lado, apareció también su caballo sacudiendo el agua desesperadamente con sus manos, al paso que la inundación ahogaba al caballo de la dama, y que éste y Enrique no corrían sino volaban a veinte pasos de distancia sobre el tercer caballo aguijoneado por el terror.

Remy no sentía ya perder la vida, pues al menos esperaba en sus últimos instantes que se salvaría aquella mujer a quien únicamente amaba.

—¡Adiós, señora, adiós! —exclamaba—: yo parto el primero y voy a decir al que nos aguarda que vos vivís para...

No pudo acabar la frase, porque una montaña de agua pasó sobre su cabeza y fue a estrellarse a los pies del caballo de Enrique.

—¡Remy! ¡Remy! —gritó la dama—; quiero morir contigo; caballero, ya lo oís, he

resuelto esperarle: quiero echar pie a tierra.

Dijo estas palabras con tanta energía y autoridad, que el joven abrió los brazos y la dejó deslizarse hasta el suelo diciendo:

—Bien, señora, moriremos aquí los tres, y os doy gracias porque me concedéis este favor, que jamás me hubiera atrevido a esperar.

Al mismo tiempo que así hablaba sujetando al caballo por la brida, le alcanzaron las aguas lo mismo que habían alcanzado a Remy: con todo, haciendo el último esfuerzo de amor, asió el brazo de la dama, cuyos pies habían desaparecido bajo las olas.

En un instante los envolvieron éstas, arrastrándolos furiosamente por espacio de algunos segundos y confundiéndolos con otros mil objetos transformados en despojos de su implacable saña.

Y era un espectáculo sublime la serenidad y sangre fría de aquel hombre tan joven y tan valiente, cuyo busto entero dominaba la inundación, mientras que sostenía con un brazo a su compañera, y cuyas rodillas, guiando los últimos esfuerzos del caballo expirante, procuraban utilizar los desesperados esfuerzos de su agonía.

Hubo un momento de terrible lucha, en que la dama, apoyada vigorosamente por el brazo derecho de Enrique, conseguía sostener la cabeza fuera del agua, en tanto que el último separaba con la mano izquierda los maderos flotantes y los cadáveres cuyo choque podía sumergir o destrozar a su caballo.

Uno de aquellos cuerpos flotantes, al pasar junto a ellos, gritó, o más bien, suspiró:

—¡Adiós, señora, adiós!...

—¡Por el Cielo! —gritó el joven—: es Remy... Pues bien, a ti también te salvaré.

Y sin calcular el peligro a que se exponía cargando con nuevo peso, agarró a Remy por un brazo, lo atrajo hacia su muslo izquierdo y le hizo respirar el aire libre; pero al mismo tiempo el caballo, no pudiendo soportar el peso de tres personas, se hundió primero hasta el pescuezo, poco después hasta los ojos, y por último dobló las corvas y desapareció enteramente.

—¡Es necesario morir! —murmuró Enrique—. ¡Dios mío acepta esta vida pura que te ofrezco! Y vos, señora, recibid mi alma, que siempre ha sido vuestra.

En aquel momento conoció Enrique que Remy se desprendía de él, y no opuso el menor esfuerzo para detenerle pues toda resistencia era ya inútil.

Su único cuidado fue sostener a la dama el mayor tiempo posible fuera del agua para que a lo menos fuese la última que se ahogase y pudiese decir al exhalar el último suspiro que él había hecho cuanto había podido por disputársela a la muerte.

De pronto, y cuando ya sólo pensaba en el Cielo, un grito de alegría resonó a su lado, hizo un esfuerzo y vio que Remy acababa de asirse a una barca.

Esta barca era la misma de la casita que las aguas habían arrebatado. Remy, recobradas algún tanto las fuerzas merced al auxilio que le prestara Enrique, la vio pasar impelida por la corriente, y separándose del grupo, comenzó a nadar hasta que logró apoderarse de ella.

Tenía dos remos sujetos a los costados y un bichero⁴⁰ en el fondo.

⁴⁰ Asta larga que en uno de los extremos tiene un hierro de punta y gancho, y que sirve en las embarcaciones

Alargó éste a Enrique, que lo tomó con ansia, arrastrando en seguida consigo a la dama, que levantó sobre sus hombros, y a la cual Remy recibió en sus brazos.

Luego, agarrándose él mismo al costado de la barca entró en ella de un salto.

Los primeros rayos del sol iluminaban aquella escena mostrando la llanura inundada y la barca balanceándose como un átomo en medio del Océano cubierto por completo de despojos.

Como a doscientos pasos hacia la izquierda se elevaba una colina que, cercada del agua por todas partes, parecía una isla en medio del mar.

Enrique tomó los remos y bogó hacia la colina, en cuya dirección también les impelían las corrientes.

Entretanto Remy, con el auxilio del bichero, iba separando los maderos y otros estorbos con los cuales podía tropezar la barca; al fin los esfuerzos de ambos, o mejor dicho, la fuerza de Enrique y la destreza de Remy, consiguieron que la barca abordase, o mejor dicho, que fuese arrojada al pie de la colina.

Remy saltó a tierra y sujetó la cadena de la barca, que aproximó a la orilla todo lo posible.

Enrique se adelantó hacia la dama para sacarla entre sus brazos; pero ella extendió la mano y levantándose sola, saltó también en tierra.

Enrique exhaló un suspiro, y aun por un instante abrigó la idea de zambullirse en las aguas y morir a su vista; pero un irresistible sentimiento le encadenaba a la vida, pues al fin veía aquella mujer, cuya presencia había anhelado tantas veces inútilmente.

Hizo encallar a la barca, y fue a sentarse a diez pasos de la dama y de Remy, lívido y empapado en agua.

Habíanse salvado del más inminente peligro, es decir, de la inundación, pues por terrible que fuese, de ninguna manera era fácil que dominase la altura en que se hallaban, a pesar de que podían contemplar a sus pies los estragos de la cólera de aquel furioso elemento, cuyo poder sólo cede ante el poder de Dios.

Enrique miraba cómo corrían velozmente aquellas aguas destructoras que arrastraban montones de cadáveres franceses, caballos y armaduras; Remy se quejaba de un agudo dolor en el hombro, ocasionado por el choque de un madero que le había herido precisamente cuando su caballo se hundía, y respecto a la dama, a excepción del frío que experimentaba, estaba sin lesión alguna, pues Enrique había cuidado de ella hasta donde se lo habían permitido sus fuerzas.

Enrique no pudo menos de sorprenderse al ver que aquellos dos seres libertados tan prodigiosamente de la muerte sólo le daban a él las gracias, sin dirigir a Dios, primer autor de su salvación, una palabra de agradecimiento.

La dama fue la primera que se puso en pie e hizo observar a sus amigos que en el fondo del horizonte hacia Poniente, se distinguía un resplandor como de fuego al través de la neblina, presentándose en un punto elevado, al que las aguas no podían subir.

Por lo que podía juzgarse en medio del frío crepúsculo que sucedía a la noche, dichos fuegos surgieron como a una legua de distancia, y habiéndose adelantado Remy hacia la parte de la colina que permitía examinarlos con mayor claridad, volvió diciendo que a

unos mil pasos del sitio en que habían tomado tierra comenzaba una especie de calzada que conducía en línea recta a los referidos fuegos.

Lo que hacía creer a Remy en la existencia de esta calzada, o a lo menos en la de un camino cualquiera, era la perspectiva de dos hileras de árboles rectas y regulares que iban a perderse en el sitio indicado.

Enrique hizo también sus observaciones que concordaron perfectamente con las de Remy; pero, con todo, era necesario en tan críticas circunstancias dejar abandonado mucho a la casualidad.

Arrastradas las aguas hacia el declive de la llanura, habían arrojado a los viajeros hacia la izquierda del camino, haciéndoles describir un ángulo considerable, y esta variación, complicada con la precipitada carrera de los caballos, les quitaba todo medio de orientarse.

El día se aproximaba, pero encapotado y tempestuoso, de modo que les era imposible distinguir, como hubiera sucedido en tiempo claro y sereno, el campanario de Malines, de donde podían distar dos leguas poco más o menos.

—¿Qué opináis de esas fogatas, señor conde?... —preguntó Remy.

—Esas fogatas, que parece os brindan hospitalidad, son para mí muy sospechosas, y desconfío de ellas.

—¿Por qué?

—Remy —exclamó Enrique en voz baja—, mirad esos cadáveres; todos son franceses, y ninguno flamenco; nos anuncian, pues, un gran desastre; los diques del país han sido rotos con objeto de destruir completamente el ejército francés, si ha quedado vencido, o para aminorar el efecto de su victoria, si ha triunfado. ¿Tiene algo de extraño que esas fogatas sean más bien obra de contrarios que de amigos, y que sirvan de red a los infelices que hayan podido escapar de la inundación?

—No obstante —observó Remy—, es imposible que permanezcamos aquí, porque el hambre y el frío acabarán con nosotros.

—Tenéis razón —dijo el conde—: quedaos con la señora mientras yo paso a la calzada; de ese modo en breve os traeré noticias.

—No, no —exclamó la dama—; no puedo consentir que os expongáis solo; juntos nos hemos salvado, y juntos moriremos si es necesario. Remy, dadme vuestro brazo, pues estoy pronta a marchar.

Todas las palabras de aquella extraordinaria mujer tenían un acento de autoridad tan irresistible, que a nadie, después de oírlas, le ocurría la idea de oponerse a ellas por un solo momento.

Enrique se puso en marcha el primero.

La inundación había calmado algún tanto, y la calzada, antes de comunicarse con la colina, formaba una especie de golfo en que el agua parecía adormecida, y que forzaba a los viajeros a volverse a servir de la barca. Así lo hicieron en efecto, embarcándose los tres de nuevo en medio de mil cadáveres y objetos flotantes.

Un cuarto de hora más tarde llegaron a la calzada, y asegurando la barca a un árbol por medio de la cadena, echaron pie a tierra, siguieron la calzada por espacio de una hora, y llegaron a un grupo de cabañas flamencas, en medio de las cuales, y en un escampado

cercado de tilos, se encontraban reunidos alrededor de doscientos a trescientos soldados, sobre cuyas cabezas flotaban los anchos pliegues de una bandera francesa.

El centinela, colocado a unos cien pasos del vivac, avivó la mecha de su mosquete al mismo tiempo que decía:

—¿Quién vive?

—Francia —contestó Bouchage.

Y añadió volviéndose hacia la dama:

—Ahora es, señora, cuando puedo decir qué estáis en completa seguridad, pues reconozco las armas de los gendarmes de Aunis, cuerpo distinguido, en el cual tengo muchos amigos.

Al grito del centinela y a la contestación del conde se presentaron efectivamente algunos gendarmes a los recién llegados, a quienes recibieron afectuosamente en medio de aquel desastre, tanto porque, como ellos, se habían librado de él, como porque eran compatriotas.

Enrique se dio a conocer tanto personalmente como nombrando a su hermano: dirigióle en seguida mil preguntas, y contó la manera milagrosa de que él y sus compañeros habían evitado una muerte que ya miraban como segura, pero sin declarar ninguna otra cosa.

Remy y su señora se sentaron silenciosos en un rincón, y Enrique fue a invitarles para que se aproximasen a la fogata, pues ambos estaban todavía empapados en agua.

—Señora —dijo a la dama—, tan respetada seréis aquí como en vuestra propia casa, y me he tomado la libertad de decir que sois parienta mía; dispensadme este engaño.

Y sin esperar que le diesen las gracias los mismos a quienes había salvado, se alejó de ellos para reunirse a los oficiales que le esperaban.

Remy y Diana dirigieron al conde una mirada en que se reflejaba el más profundo agradecimiento.

Los gendarmes de Aunis, a quienes nuestros fugitivos acababan de pedir hospitalidad, se habían retirado en buen orden luego de la derrota y el *¡Sálvese quien pueda!* de los jefes.

Dondequiera que haya homogeneidad de posición y costumbre de vivir juntos no es raro ver la espontaneidad en la ejecución, después de la unidad en el pensamiento.

Esto era precisamente lo que había acontecido aquella noche a los gendarmes de Aunis.

Viendo que sus jefes los abandonaban y que los demás regimientos procuraban por mil medios ponerse en seguridad, se unieron unos a otros, apretaron sus filas en lugar de romperlas, pusieron sus caballos a galope, y a las órdenes de uno de sus oficiales, a quien amaban mucho a causa de su valor y que respetaban en igual grado a causa de su nacimiento, tomaron el camino de Bruselas.

De igual modo que los demás actores de aquella terrible escena, vieron todos los progresos de la inundación y fueron perseguidos por las aguas furiosas; pero la suerte hizo que hallasen en su camino la aldea de que ya hemos hablado, posición fuerte a la vez contra los hombres y contra los elementos.

Sabiendo los habitantes que estaban en seguridad, no habían abandonado sus casas, a excepción de las mujeres, ancianos y niños, que habían marchado a la ciudad; así es que los gendarmes hallaron resistencia; pero como la muerte venía detrás, atacaron con

desesperación, triunfaron de todos los obstáculos, perdieron diez hombres en el ataque de la calzada, mas se alojaron y ahuyentaron a los flamencos.

Una hora después la aldea estuvo cercada enteramente por las aguas, excepto por el lado del camino por donde hemos visto llegar a Enrique y sus compañeros.

Tal fue el relato que hicieron a Bouchage los gendarmes de Aunis.

—¿Y el resto del ejército? —preguntó Enrique.

—Mirad —respondió el oficial—, a cada momento pasan cadáveres que responden a vuestra pregunta.

—¿Y mi hermano?... —se aventuró a decir Bouchage con voz conmovida.

—¡Ah!, señor conde, no podemos daros noticias ciertas de él; ha combatido como un león; tres veces le hemos retirado del fuego. Verdad es que ha sobrevivido a la batalla, pero no podemos decir lo mismo respecto de la inundación.

Enrique bajó la cabeza y se quedó abismado en amargas meditaciones; pero exclamó de repente:

—¿Y el duque?

El oficial se inclinó hacia Enrique y le dijo en voz baja:

—El duque fue de los primeros que se pusieron en salvo montado en un caballo blanco con una estrella negra en la frente. Pues bien; ahora mismo hemos visto pasar el caballo entre un montón de fragmentos; la pierna de un jinete iba trabada en el estribo y sobrenadaba a la altura de la silla.

—¡Gran Dios! —exclamó Enrique.

—¡Gran Dios! —murmuró Remy, que, habiéndose puesto de pie al oír la voz del conde, acababa de oír aquella relación, y cuyos ojos se fijaron en su pálida compañera.

—¿Y qué más? —interrogó el conde.

—Sí, ¿y qué más? —balbuceó Remy.

—¡Pues bien! En el remolino que formaba el agua en el ángulo de aquel dique, uno de mis soldados se arriesgó a coger las riendas flotantes del caballo, y aún pudo, realizando grandes esfuerzos, levantar el animal, ya muerto. Entonces vimos aparecer la bota blanca y la espuela de oro que llevaba el duque; pero al mismo tiempo se hinchó el agua como si se hubiera indignado al ver que le arrebataban su presa, y mi gendarme soltó el caballo para no ser arrastrado con él, y todo desapareció. No tendremos siquiera el consuelo de dar una sepultura cristiana a nuestro príncipe.

—¡También él ha muerto! ¡El heredero de la corona! ¡Qué desastre!

Remy volvióse hacia su compañera y le dijo con una expresión imposible de describir:

—Ya lo veis, señora, ha muerto.

—¡Loado sea el Señor, que me ahorra un crimen! —repuso la dama alzando en señal de gratitud las manos y los ojos al cielo.

—Sí, pero nos quita la venganza —contestó Remy.

—Dios tiene siempre el derecho de acordarse. La venganza no pertenece al hombre sino cuando Dios olvida.

El conde veía con cierto espanto la exaltación de aquellos dos extraños personajes que

había salvado de la muerte; examinábales con atención, y trataba, aunque inútilmente, de formarse una idea de sus deseos o de sus temores y de comentar sus ademanes y la expresión de sus fisonomías.

La voz del oficial le sacó de su contemplación.

—Mas vos mismo, conde —preguntó—, ¿qué vais a hacer?

El conde se estremeció y dijo:

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Aguardaré aquí hasta que pase el cuerpo de mi hermano —replicó el joven con el acento de una sombría desesperación—; entonces trataré yo también de sacarlo a tierra para darle una sepultura cristiana, y creedme, si logro asirlo entre mis brazos, no le abandonaré.

Remy oyó estas palabras siniestras y dirigió al joven una mirada llena de afectuosa reconvención.

Respecto a la dama, desde que el oficial había anunciado la muerte del duque de Anjou, no oía ya nada: oraba solamente.

LXXI

TRANSFIGURACIÓN

La dama se levantó después de acabada su plegaria tan bella y radiante, que el conde no pudo menos de arrojar un grito de sorpresa y de admiración.

Parecía salir de un largo sueño cuyas imágenes hubiesen agitado su mente alterando a la par la serenidad de sus facciones, sueño de plomo que imprimen en la húmeda frente del que a él se entrega los tormentos quiméricos del delirio.

O más bien se parecía a la hija de Jaira vuelta a la vida desde el seno de la muerte, y levantándose del sepulcro purificada y digna del Cielo.

Libre ya de su sopor, la joven dirigió a su alrededor una mirada tan dulce, tan suave, de tan angélica bondad, que Enrique, crédulo como todos los amantes, creyó que por fin iba a compadecerse de sus penas y a ceder a un sentimiento, ya que no de cariño, al menos de gratitud y de piedad.

En tanto que los gendarmes dormían sobre los escombros del descampado luego de haber comido, y que el mismo Remy se rendía al sueño y apoyaba su cabeza en la barrera que servía de sostén a su banco, Enrique fue a situarse junto a la dama, y con acento tan pausado y contenido que parecía un murmullo de la brisa, le dijo:

—¡Ah, señora! Vos vivís... Permitidme expresar toda la alegría que puede sentir mi corazón al veros aquí en completa seguridad, después de haberos visto allá abajo a orillas del sepulcro.

—Es cierto —respondió ella—; vivo por vos, y quisiera —agregó sonriéndose tristemente— poder deciros que os lo agradezco.

—¡Ah! —repuso Enrique haciendo un esfuerzo sublime de amor y abnegación—, me felicito de ello, aunque solamente haya conseguido salvaros para devolveros a las personas que amáis.

—¿Qué estáis diciendo?

—A las personas que ibais buscando arrojando tantos peligros.

—Caballero, los que yo amaba han muerto; los que iba buscando también.

—¡Ah, señora! —murmuró el joven cayendo de hinojos—, volved la vista hacia mí que tanto he padecido y que tanto os he amado. ¡Oh! No separéis así vuestras miradas: vos sois joven y hermosa como un ángel de Cielo; leed, pues, en este corazón que a vos se manifiesta, y veréis que no encierra un átomo de amor como lo comprenden los demás hombres. ¡No creéis mis palabras! Examinad una por una las horas pasadas. ¿Cuál de ellas me ha traído un placer? ¿Cuál me ha halagado con la esperanza? Y no obstante he persistido. Me habéis hecho llorar y he bebido mis lágrimas; me habéis hecho padecer y he devorado mis dolores; me habéis arrojado a la muerte y yo la invocaba sin lamentarme. Ahora mismo, cuando volvéis la cabeza hacia otro lado, cuando cada palabra mía, por ardiente que sea, sólo parece una gota de agua helada al caer sobre vuestro corazón, mi alma está llena de vuestra imagen, y yo no vivo sino porque vivís. ¿No me preparaba a morir con vos en medio de la inundación? ¿Qué he pedido en recompensa? Nada. ¿He tocado siquiera vuestra mano como no haya sido para libertaros

de la muerte? Os he tenido entre mis brazos para disputaros a las olas; mas, ¿habéis sentido la presión de mi pecho? No, yo no tengo más que alma, porque todo en mí ha sido purificado por el fuego terrible del amor.

—Por compasión, caballero... no me habléis así.

—También os pido por compasión que no me condenéis. Me han dicho que a nadie amáis... ¡Oh! Repetidme esto mismo, dadme esa seguridad, porque aunque es una desgracia para el que ama el oír que no es amado, para mí es un consuelo si a la vez me decís que sois insensible para todos los demás. ¡Señora! ¡Señora! Única mujer a quien adoro... contestadme.

A pesar de las instancias de Enrique, un suspiro fue la contestación de la dama.

—Nada me decís —agregó el conde—. Remy al menos se ha compadecido de mí más que vos, pues ha procurado consolarme. ¡Ah! Veo que no me contestáis porque no queréis decirme que habéis venido a Flartdes a reuniros con otro más dichoso que yo, aunque soy joven, aunque en mí recaen las esperanzas de mi hermano, aunque me veis morir a vuestros pies sin decirme siquiera: "he amado, pero no amo"; o bien, "amo, pero dejaré de amar".

—Señor conde —replicó la dama—, no me digáis esas cosas que se dicen a una mujer, porque yo soy una criatura del otro mundo y no vivo ya en éste. Si os hubiera creído menos noble, menos caballero, menos generoso; si no guardase para vos en el fondo de mi corazón la tierna sonrisa de una hermana, os diría: "Levantaos y no importunéis por más tiempo unos oídos que detestan las palabras de amor". Pero no os diré eso, señor conde, porque yo también sufro al veros padecer. Pero voy a declararos: ahora que os conozco os estrecharía la mano, la pondría sobre mi corazón y os hablaría de este modo: "Amigo mío, mi corazón no palpita; vivid a mi lado si os place, y asistid día por día, si tal es vuestro gusto, a esta ejecución lenta y dolorosa de un cuerpo al que asesinan los tormentos del alma". Pero este sacrificio que vos aceptaríais como una felicidad, si no me equivoco...

—¡Oh! Indudablemente —exclamó Enrique.

—Pues bien, tampoco os lo puedo ofrecer; conozco que desde hoy ha cambiado mi destino, que no tengo ya el derecho de apoyarme en brazo alguno mortal, ni siquiera en el de ese generoso amigo, de esa noble criatura que descansa en ese banco y puede olvidar un momento sus pesares. ¡Pobre Remy! —añadió, dando a su voz la primera inflexión de sensibilidad que en ella observó Enrique—. ¡Pobre Remy! También tu despertar va a ser triste: desconoces los progresos de mi pensamiento, no lees en mis ojos, ni sabes que al sacudir tu sueño vas a hallarte solo en la tierra, ya que sola debo subir hasta Dios.

—¿Qué decís? —exclamó Enrique—. ¿También pensáis en morir?

Remy, a quien despertó el doloroso grito del conde, alzó la cabeza y escuchó.

—Me habéis visto orar, ¿no es cierto? —preguntó la dama a Enrique.

Este contestó con una señal afirmativa.

—Esa plegaria era mi despedida de la tierra, y esta alegría que habéis notado en mi semblante, esta alegría que inunda mi corazón es la misma que observaríais en mí si el ángel de la muerte viniese a decirme: "Levántate, Diana, y sigúeme a presencia de Dios."

—¡Diana! ¡Diana! —balbuceó Enrique—. ¡Ah! Ya sé por fin cómo os llamáis... ¡Diana! ¡Nombre querido! ¡Nombre adorado!

Y el infeliz se postró a los pies de aquella mujer repitiendo su nombre con toda la embriaguez de un indecible delirio.

—¡Silencio! —dijo ella—: olvidad ese nombre que ha salido involuntariamente de mis labios, porque ningún mortal tiene derecho para desgarrarme el corazón al pronunciarlo.

—¡Ah! ¡Por el Cielo! —replicó Enrique—, ahora que sé vuestro nombre no me digáis que queréis morir.

—No he dicho eso, caballero —respondió la dama tranquilamente—: digo que voy a dejar este mundo de lágrimas, de odio, de viles pasiones, de intereses infames y de deseos incalificables; digo que nada tengo que hacer entre las criaturas, a las cuales hizo Dios mis semejantes; mis ojos no tienen ya lágrimas; la sangre no hace palpitar mi corazón, en mi mente no se cruza una sola idea desde que ha expirado el sentimiento que la ocupaba y absorbía: soy una víctima inútil, supuesto que nada sacrifico ni siquiera deseo una esperanza, al renunciar al mundo; pero tal como soy me ofrezco al Señor, que me recibirá según su misericordia, como confío, ya que me ha hecho sufrir tanto y no ha permitido que sucumba a mis tormentos.

Remy, al oír estas últimas palabras, se levantó y se acercó a su ama, diciendo con amargura:

—¿Me abandonáis?

—¡Por Dios! —repuso Diana levantando hacia el cielo su mano pálida y flaca como la de la sublime Magdalena.

—¿Conque es verdad? —repuso el criado dejando caer la cabeza sobre el pecho—. ¿Conque no hay duda?. Y al mismo tiempo cogió la mano de su señora y la oprimió contra su corazón, como hubiera podido hacerlo con la reliquia de una santa.

—¿Qué es el mío al lado de estos dos corazones? —exclamó el joven con un temblor convulsivo.

—Vos sois —le respondió Diana— la única criatura humana a quien he mirado dos veces desde que mis ojos están condenados a las tinieblas.

Enrique se postró de nuevo exclamando:

—¡Oh! Gracias, gracias, porque acabáis de manifestaros a mí por completo: gracias, porque veo con claridad mi destino; desde este momento ni una palabra de mi boca, ni un suspiro de mi corazón, descubrirán en mí al hombre que os ama. Perteneceis al Señor, y yo no puedo tener celos de Dios.

Acababa de decir estas palabras y se levantaba penetrado de ese encanto regenerador que acompaña a toda resolución grande e inmutable, cuando allá a lo lejos en la llanura cubierta todavía de vapores que iban disipándose lentamente, resonó confuso y prolongado sonido de clarines.

Los gendarmes corrieron a las armas y montaron antes de recibir orden para ello.

Enrique escuchaba atentamente, y por último dijo:

—Señores, son los clarines del almirante, los reconozco. ¡Dios mío!, haced que me anuncien la llegada de mi hermano.

—Ya veis cómo deseáis aún alguna cosa —le respondió Diana—, y cómo amáis a alguno en el mundo. ¿Por qué, pues, habéis de elegir la desesperación propia de los que nada desean y a nadie aman?

—¡Un caballo! —gritó Enrique—. ¡Dadme un caballo!

—¿Y por dónde habéis de salir de aquí —le dijo el alférez—, cuando estáis viendo que el agua nos tiene cercados?

—La llanura se halla practicable, y la prueba es que ellos caminan supuesto que tocan sus clarines.

—Subid a la parte más alta de la calzada, señor conde —añadió el alférez—, pues el día se va despejando y tal vez podréis descubrir alguna cosa.

—Voy a hacerlo sin demora —dijo el joven.

Y en efecto, se dirigió al punto que se le acababa de indicar, entretanto se oía por intervalos el sonido de los clarines que al parecer ni avanzaban ni se alejaban.

Remy, durante el diálogo precedente, no se separó del lado de Diana.

LXXII

LOS DOS HERMANOS

Un cuarto de hora más tarde volvió Enrique; había visto, y todos podían ver lo mismo, había visto sobre una colina, que la noche había impedido distinguir hasta entonces, un destacamento importante de tropas francesas acantonadas y atrincheradas.

A excepción de un ancho foso lleno de agua que rodeaba el pueblo ocupado por los gendarmes de Aunis, el resto de la llanura comenzaba ya a quedar en la situación de un estanque que se va vaciando, pues la inclinación natural del terreno empujaba las aguas hacia el mar, y muchos puntos culminantes volvían a surgir como después de un diluvio.

El sedimento fangoso de las aguas había cubierto todas las campiñas, y ofrecía un tristísimo espectáculo el contemplar, a medida que el viento ahuyentaba los vapores extendidos por encima de la llanura, como unos cincuenta jinetes metidos en el fango y haciendo inútiles esfuerzos para llegar al pueblo o al menos a la colina.

Desde ésta se habían oído sus desesperados gritos, y por eso tocaban los clarines sin reposo.

No bien hubo acabado este viento de ahuyentar la neblina, cuando Enrique vio ondear sobre la altura del vecino campamento la bandera francesa.

Los gendarmes por su parte izaban asimismo el estandarte de Aunis, y por uno y otro lado comenzaron a hacerse disparos de mosquetería en señal de júbilo.

Hacia las once, apareció el sol sobre aquella escena de desolación y de luto, secando con sus rayos algunos sitios de la llanura, y haciendo transitable la cresta de una especie de camino de comunicación.

Enrique, que se metió en el sendero, fue el primero en percibir el ruido de los cascos de su caballo que efectivamente había allí un camino de herradura, que por un rodeo circular conducía desde el pueblo a la colina, y se persuadió al mismo tiempo de que los caballos se meterían hasta media pierna, o quizás hasta el pecho en el fango, pero que no quedarían sumergidos en él a causa de la solidez del terreno.

Deseó hacer la prueba por sí mismo, y como nadie le disputaba la gloria en tan peligroso ensayo, recomendó al cuidado del oficial a la dama y a su compañero, y emprendió la marcha.

Al mismo tiempo que salía del pueblo vióse bajar de la colina a un hombre a caballo, procurando, lo mismo que Enrique, meterse en el camino para dirigirse al pueblo.

Toda la cuesta pendiente de la colina que miraba a la población se hallaba cubierta de soldados espectadores que elevaban los brazos al cielo y daban muestras de querer detener por medio de sus súplicas al imprudente jinete que arrostraba tan evidente peligro.

Los dos representantes de aquellos restos del gran cuerpo de ejército francés recorrieron animosamente el espacio intermedio y en breve llegaron a conocer que su empresa era menos difícil de lo que habían creído, y mucho menos que lo que temían cuantos los estaban mirando.

Un ancho hilo de agua que surgía de un acueducto, roto por el choque de un madero, se

abría paso por el fango, y lavaba todos los barrizales de la calzada, descubriendo así el fondo del foso, que buscaban los caballos con admirable instinto.

Los dos jinetes solamente distaban ya uno de otro doscientos pasos.

—¡Francia! —gritó el que venía de la colina.

Y al mismo tiempo saludó quitándose la gorra adornada con una pluma blanca.

—¡Ah! ¡Sois vos al fin! —exclamó el joven lleno de alegría—. ¡Vos, monseñor!

—¡Enrique! ¡Enrique! ¡Mi querido hermano! —añadió el primero.

Y sin preocuparse del riesgo que corrían inclinándose a la derecha o a la izquierda, partieron ambos a escape y en medio de las aclamaciones frenéticas de los espectadores de la calzada y de la colina, se dieron un cariñoso abrazo.

Al punto quedaron desiertos el pueblo y la colina: gendarmes y caballería ligera, caballeros hugonotes y católicos, se precipitaron en el camino abierto por los dos hermanos.

En breve ambos campamentos se hallaban reunidos en uno solo, todos los brazos buscaban compatriotas a quienes estrechar, y en aquel camino, donde pensaban encontrar la muerte, se vieron tres mil franceses que al fin podían dar gracias al Cielo y gritar: ¡viva Francia!

—Señores —dijo un oficial hugonote—, debemos decir todos, ¡viva el almirante!, porque después de Dios solamente debemos al señor duque de Joyeuse nuestras vidas en tan terrible noche y la felicidad de poder abrazar a nuestros compatriotas.

Una aclamación general acogió estas palabras.

Luego de hablar los dos hermanos breve rato, acompañando a sus palabras algunos suspiros, preguntó Joyeuse a Enrique:

—¿Qué sabes del duque?

—Según parece ha muerto —respondió el segundo.

—¿Es segura esa noticia?

—Los gendarmes de Aunis han visto su caballo ahogado y lo han reconocido por una señal particular. Dicho caballo llevaba todavía pendiente del estribo a un jinete, cuya cabeza cubrían las aguas.

—¡Noche terrible para Francia! —exclamó el almirante.

Y volviéndose a los soldados, añadió en voz alta:

—Vamos, señores, no perdamos tiempo. Apenas acaben de retirarse las aguas seremos probablemente atacados: atrincherémonos hasta que recibamos noticias y víveres.

—Monseñor —respondió el oficial—, la caballería no puede dar un paso, pues los animales no han comido desde ayer a las cuatro, y se mueren de hambre.

—En nuestro campamento hay cebada —repuso el oficial—; ¿pero y los hombres?

—Ea —dijo el almirante—, si tenemos cebada, es cuanto por ahora necesitamos: los hombres viviremos como los caballos.

—Hermano mío —murmuró Enrique al oído de Joyeuse—, necesito hablarte a solas un instante.

—Es preciso que ocupemos el pueblo —respondió el almirante—: elige en él una casa

para mí, y espérame.

Enrique fue a buscar a sus dos compañeros.

—Ya os encontraréis —dijo a Remy— en medio de un ejército, y por lo mismo debéis ocultaros en el alojamiento que voy a escoger, pues importa mucho que nadie vea a esta señora. Durante la noche, cuando todos duermen, procuraré los medios necesarios de que os halléis más libres.

Remy se instaló con Diana en el alojamiento que les cedió el oficial de los gendarmes, que desde la llegada de Joyeuse había dejado de ser jefe de ellos.

A las dos entró el duque en el pueblo al son de clarines, hizo que se alojasen las tropas, y dictó severas órdenes para reprimir todo género de desorden.

En seguida dispuso una distribución de cebada a los hombres, otra de avena a los caballos, y que se diese agua a unos y otros; destinó para los enfermos y heridos varios toneles de cerveza y de vino que se hallaron en las bodegas, y él mismo, en presencia de todos, comió un pedazo de pan negro y bebió un vaso de agua, sin cesar por eso de inspeccionar los puestos.

En todas partes fue acogido como un libertador con entusiastas aclamaciones de gratitud y de cariño.

—Vamos, vamos —dijo a su hermano cuando estuvo a solas con él—, si vienen ahora los flamencos los atacaré, y por Dios eterno que si esto dura mucho los comeré vivos, porque a la verdad tengo hambre, y con todo —agregó arrojando aquel pedazo de pan que poco antes parecía devorar con ansia delante de los soldados—, he ahí un alimento detestable.

Acto seguido abrazó a Enrique y le dijo:

—Hablemos ahora, querido mío. ¿Cómo es que te encuentras en Flandes cuando te suponía en París?

—Hermano mío —contestó Enrique—, la vida me era odiosa en París, y me puse en camino para reunirme contigo.

—¿Siempre por amor? —preguntó Joyeuse.

—No, por desesperación; lo que es ahora, te juro, Ana, que no estoy enamorado, y que mi sola pasión es la tristeza.

—Hermano, hermano, permítame que te diga que has tropezado con una miserable mujer.

—¿Cómo!

—Sí, Enrique: ocurre con frecuencia que en cierto grado de maldad, o de virtud, los seres creados sobrepujan la voluntad del Creador y se convierten en verdugos y homicidas, cosa que también reprueba la Iglesia: así, pues, no hacer caso de los sufrimientos ajenos por exceso de virtud es una exaltación bárbara, es no tener caridad cristiana.

—¡Oh!, hermano mío —exclamó Enrique—, no calumnies de esa manera a la virtud.

—No calumnio a la virtud, Enrique, acuso al vicio, y a esto se reduce todo. Repito, pues, que ésa es una mujer miserable, y su posesión, por mucho que la desees, jamás te indemnizará de los tormentos que te hace sufrir. Lo que yo creo es que en casos semejantes debe el hombre hacer uso de sus fuerzas y de su poder, porque en vez de atacar se defiende legítimamente. Enrique, demasiado conozco que a haberme encontrado en tu lugar hubiera tomado por asalto la casa de esa mujer, hubiera hecho con ella lo que con su casa, y que después, cuando como toda criatura humana, que se manifiesta tanto

más humilde con su vencedor cuanto indomable parecía antes de la lucha, viniese a arrojarse en mis brazos, diciéndome: "Te adoro", la rechazaría contestando: "Hacéis bien, señora; ahora os corresponde a vos, pues bastante he sufrido para que vos también sepáis lo que es padecer."

Enrique estrechó la mano de su hermano diciéndole:

—Estoy convencido de que no piensas una palabra de lo que me aconsejas.

—Te juro que sí.

—¡Tú que eres tan bueno, tan generoso!

—La generosidad para con las personas que carecen de corazón es ridícula.

—¡Oh, Joyeuse! ¡Joyeuse! No conoces a esa mujer.

—Ni quiero conocerla.

—¿Por qué?

—Porque tal vez me haría cometer lo que otros llamarían un crimen, y yo tendría por un acto de justicia.

—¡Oh!, ¡mi buen hermano —exclamó el joven con una sonrisa angelical—, cuan feliz eres porque no amas! Pero si os parece mejor, señor almirante, dejemos a un lado mi loco amor, y ocupémonos de la guerra.

—Como te plazca; a bien que hablando de tu locura temo también volverme loco.

—Ya ves que carecemos de víveres.

—Lo sé, y he pensado en los medios de adquirirlos.

—¿Los has encontrado?

—Creo que sí.

—¿Cuáles son?

—No debo moverme de aquí antes de recibir noticias del ejército, supuesto que la posición es buena, y que estoy resuelto a sostenerme en ella contra fuerzas quintuplicadas; mas puedo enviar a tantear el terreno un cuerpo de exploradores, los cuales, por lo pronto, podrán proporcionarnos noticias, que es la primera necesidad para hombres reducidos a la situación en que nos encontramos, y también víveres, porque al cabo debemos confesar que Flandes es un país hermosísimo.

—No tanto, hermano, no tanto.

—¡Oh! Yo solamente hablo de la tierra como Dios la ha hecho y no como la han hecho los hombres, que siempre echan a perder las obras de Dios. ¿Comprendes bien, Enrique, la locura que ha hecho nuestro príncipe? ¡Qué partida ha perdido! ¡Cómo le han arruinado en un instante la precipitación y el orgullo! Pero Dios ha recogido el alma del desgraciado Francisco, y no debemos hablar más de esto; pero lo cierto es que podía haber adquirido fama inmortal y uno de los mejores reinos de Europa, y solamente ha trabajado, ¿para quién?, para Guillermo *el Taciturno*. Por lo demás, ¿sabes, Enrique, que los de Amberes se han batido bien?

—Y tú también, según dicen, hermano mío.

—¡Oh! Me hallaba en uno de mis mejores momentos, y además, me excitaba una cosa.

—¿Cuál?

—Que hallé en el campo de batalla una espada conocida.

—¿Algún francés?

—Sí.

—¿En las filas de los flamencos?

—A la cabeza de sus columnas. He aquí un secreto que es necesario averiguar para que alguno haga juego con Salcedo, que, como sabes, fue descuartizado en la plaza de Gréve.

—Por último has vuelto sano y salvo, que es lo que más me interesa; pero yo, que nada he hecho hasta ahora, necesito emplearme en algo.

—¿Y qué quieres hacer?

—Te ruego que me des el mando de los exploradores.

—No; es un mando muy expuesto: no te diría esto, Enrique, delante de nadie; pero el hecho es que no quiero proporcionarte una muerte obscura y por lo tanto fea. Los exploradores pueden encontrar un cuerpo de esos infames flamencos que acometen con bieldos y hoces: aun cuando queden mil tendidos en el campo, si permanece uno vivo ése te hará dos pedazos o te mutilará sin remedio. No, Enrique, no; si decididamente te has empeñado en morir, te reservaremos otra cosa mejor.

—Hermano, concédeme lo que te pido por favor, pues tomaré todas las medidas prudentes que juzgue necesarias, y te prometo volver.

—Vamos, ya lo entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Quieres ver si la fama de alguna hazaña tuya ablanda el corazón de esa mujer ingrata: confiesa que esto es lo que te hace insistir tanto.

—Si persistes en ello lo confesaré.

—Y a fe que tienes razón, porque las mujeres que se resisten a un grande amor se rinden generalmente a un poco de ruido.

—Por mi parte nada de eso aguardo.

—Pues serás tres veces loco si lo haces sin esa esperanza. Enrique, la única razón que tiene esa mujer para no amarte consiste en que es una caprichosa que no tiene corazón ni ojos.

—Mas me concedes el mando que te he pedido, ¿no es verdad?

—Será preciso, puesto que tanto te obstinas.

—¿Y puedo partir esta tarde?

—Cuanto antes, pues ya comprendes que no podemos permanecer así.

—¿Cuántos hombres he de llevar?

—Cien hombres tan sólo, pues no puedo darte mayor fuerza sin debilitar mis posiciones.

—Dame menos gente si quieres.

—No, pues desearía poner a tus órdenes doble número: lo que exijo es tu palabra de honor de que si te atacan más de trescientos hombres te retirarás en vez de dejarte matar.

—Hermano —replicó Enrique sonriéndose—, bien cara vendes una gloria que me entregas de mala gana.

—De lo contrario ni te la entregaré ni te la venderé, y otro oficial mandará la partida.

—Dame las órdenes que te plazcan, y las obedeceré.

—Sólo empeñarás acción contra fuerzas iguales, duplicadas o triplicadas, pero sin pasar de este número.

—Lo juro.

—Bien. ¿Qué cuerpo escoges para la expedición?

—Déjame tomar cien hombres de los gendarmes de Aunis, pues tengo muchos amigos en ese regimiento, y si los escojo es porque haré con ellos lo que se me antoje.

—Está bien.

—¿Cuándo debo ponerme en marcha?

—Ahora mismo; pero procura racionar a los hombres para un día y a los caballos para dos. Acuérdate de que anhelo recibir noticias seguras cuanto antes.

—Todo se hará. ¿Tienes que darme alguna orden reservada?

—No divulgues la noticia de la muerte del duque, y deja que crean que se halla en este campamento, exagera mis fuerzas, y si llegas a encontrar el cuerpo del príncipe, aunque ha sido un mal hombre y un mediano general, ya que pertenecía a la casa de Francia mándalo custodiado con tus gendarmes a fin de que le den sepultura en San Dionisio.

—Bien, hermano mío. ¿Nada más?

—Nada.

Enrique tomó la mano de su hermano para besarla, pero éste le estrechó en sus brazos.

—¿Me aseguras por última vez —le preguntó luego—, que no empleas este medio como un ardid para que te maten los enemigos?

—Hermano, al reunirme a ti abrigaba ese pensamiento, mas te juro que ya no lo tengo.

—¿Desde cuándo?

—Hace dos horas.

—¿Por qué?

—Perdóname, hermano mío.

—Está bien, Enrique; tus secretos te pertenecen.

—¡Cuan bondadoso eres, hermano mío!

Los dos jóvenes se abrazaron tiernamente por segunda vez y se separaron, no sin volver la cabeza frecuentemente y saludándose con las manos y con cariñosas sonrisas.

LXXIII

LA EXPEDICIÓN

Enrique se reunió con Diana y Remy pocos instantes después, locos de júbilo.

—Preparaos para dentro de un cuarto de hora —les dijo—, pues vamos a marchar: en la puerta de la escalerilla que conduce al corredor encontraréis dos caballos ensillados: os reuniréis a la comitiva y guardaréis el más profundo silencio.

Asomándose en seguida al balcón de madera que rodeaba toda la casa, ordenó a los clarines de los gendarmes:

—Tocad botasillas.

Pocos instantes después el alférez y sus soldados se formaron al frente del alojamiento del conde.

Varios criados se colocaron detrás de ellos con algunas caballerías y dos carretas, y Remy y su compañera, según las instrucciones que habían recibido, se confundieron entre los bagajes.

—Gendarmes —dijo Enrique—, mi hermano el almirante me ha entregado el mando interino de vuestra compañía, encargándome salir a practicar un reconocimiento: cien de vosotros deben acompañarme, y aunque la comisión es arriesgada, es necesario cumplirla por el bien y la salvación de todos. ¿Quiénes son los que voluntariamente quieren seguirme?

Los trescientos hombres se adelantaron a un tiempo.

—Gracias —agregó Enrique—, pues no esperaba menos de vosotros, y con razón se dice que habéis servido de ejemplo a todo el ejército; pero sólo debo llevar cien hombres conmigo, y como no quiero escoger entre tantos valientes, la suerte decidirá.

Acto seguido, dispuso que el alférez sortease entre todos los que habían de tomar parte en la descubierta proyectada: mientras se procedía a esta operación daba Joyeuse a su hermano las últimas instrucciones.

—Óyeme, Enrique —le decía—: los campos se van secando y, según aseguran los naturales del país, debe haber una comunicación entre Conticq y Rupelmonde, de modo que marcharás entre un riachuelo y un gran río, entre el Rupel y el Escalda; no necesitas pasar el primero, pero encontrarás antes de Rupelmonde algunos barcos traídos de Amberes, en los cuales podrás atravesar el Escalda. Además, creo que no tendrás necesidad de llegar a Rupelmonde para encontrar almacenes de víveres y molinos.

Enrique iba a ponerse en marcha después de recibir estas órdenes, pero Joyeuse le detuvo diciendo:

—Aguarda un poco, pues falta lo principal: mis soldados han cogido tres paisanos flamencos y te doy uno de ellos para que os sirva de guía. No tengas piedad de él; ya lo sabes; al menor asomo de traición, un pistoletazo o una cuchillada.

Arreglado ya este último punto, abrazó con ternura a su hermano y dio la orden de partir.

En seguida emprendieron la marcha los cien hombres que había designado la suerte poniéndose a su frente Bouchage, después de haber colocado al guía entre dos gendarmes

que tenían preparadas sus pistolas.

Remy y su señora siguieron al destacamento y Enrique no había querido tomar la menor precaución respecto a ellos, considerando que su presencia por sí sola había despertado bastante la curiosidad, sin que tuviese necesidad de aumentarla con recomendaciones más perjudiciales que provechosas.

Así que, él mismo, sin haber procurado molestar a sus amigos con una sola palabra, y hasta sin mirarlos desde que salieron del pueblo, fue a colocarse a la cabeza de toda la fuerza.

La marcha de ésta era lenta, como por precisión debía suceder, pues muchas veces perdían tierra los caballos entre el fango y todo el destacamento se hallaba atascado, de modo que hasta llegar a la calzada tuvo que resignarse a caminar con el mayor trabajo y expuesto a no pocos peligros.

Algunas veces aparecían a lo lejos fantasmas que precipitadamente emprendían la fuga al oír los relinchos de los caballos; eran aldeanos que se apresuraban demasiado a volver a sus tierras, y que echaban a correr por no sucumbir a manos de los mismos a quienes habían querido sacrificar.

También encontraban franceses desgraciados medio muertos de hambre y de frío, incapaces de defenderse, y que, no sabiendo si iban a encontrar amigos o enemigos, esperaban escondidos la salida del sol o proseguían su penosa marcha.

Recorrieron dos leguas en tres horas llegando a orillas del Rupel que bañaba una calzada de piedra; entonces fue cuando el peligro mayor sucedió a las dificultades, pues dos o tres caballos se introdujeron entre las grietas formadas por las peñas y resbalando por las piedras llenas de fango rodaron con sus jinetes hasta el río que aún iba crecido y llevaba una corriente rápida.

También sucedió que desde algunas barcas amarradas en la opuesta orilla se dispararon tiros que hirieron a dos asistentes y un gendarme.

Uno de los primeros recibió el balazo cuando iba caminando al lado de Diana, y aunque esta mujer expresó su sentimiento por aquella desgracia, no demostró el más pequeño temor en cuanto a su propia persona.

En tan difíciles circunstancias se mostró Enrique para sus soldados buen capitán y excelente amigo; marchaba el primero haciendo de este modo que todos le siguiesen sin titubear, y fiándose menos de su propia sagacidad que del instinto del caballo que su hermano le había dado, pues de aquel modo conducía a todos con seguridad, exponiéndose él solo a la muerte.

A tres leguas de Rupelmonde hallaron los gendarmes media docena de soldados franceses acurrucados delante de una fogata de turba; los infelices estaban asando un cuarto de carne de caballo, único manjar que habían podido encontrar en dos días.

La aproximación de los gendarmes hizo temblar a los que se disponían a tomar parte en aquel triste festín, y aún dos o tres quisieron emprender la fuga, pero uno de ellos continuó sentado y detuvo a los demás, diciéndoles:

—¡Qué diablo! Si son enemigos nos matarán, y al menos tendrán pronto término nuestros males.

—¡Francia! ¡Francia! —gritó Enrique, que había percibido las últimas palabras—. Venid, venid, pobres compatriotas.

Los desgraciados, al reconocer a los gendarmes, corrieron hacia ellos; se les distribuyó capotes y una copa de Ginebra por barba, permitiéndoles también montar a la grupa con los asistentes.

De este modo se unieron al destacamento. Una legua más adelante hallaron también cuatro soldados de caballería ligera con un solo caballo, y fueron acogidos con iguales demostraciones de contento.

Llegó por último a orillas del Escalda; la noche era obscurísima y allí encontraron los gendarmes dos hombres que en mal flamenco estaban convenciendo a un barquero para que los pasase al otro lado; pero este último se hacía sordo a sus ruegos y aun les amenazaba.

El alférez hablaba el holandés; se adelantó poco a poco a algunos pasos de la columna, y mientras ésta hacía alto, oyó decir al barquero:

—Sois franceses y debéis morir aquí: no pasaréis.

Uno de aquellos hombres le puso un puñal al cuello, y sin cuidarse ya de expresarse en flamenco, le dijo en buen francés:

—Tú eres quien vas a morir ahora mismo, bribón, si no nos pasas en seguida.

—Firme ahí, firme, caballero —gritó el alférez—; en cinco minutos llegamos nosotros.

Mas aprovechándose el barquero del movimiento que hicieron los dos franceses al oír aquellas palabras amistosas que les ofrecían auxilio, desató la cuerda con que la barca estaba sujeta a la orilla y se alejó de ella rápidamente.

Conociendo, sin embargo, un gendarme que aquella barca podía serles muy útil, entró en el río con su caballo, alcanzó al barquero y lo mató de un pistoletazo.

La barca, ya sin guía, viró de bordo; pero como no había llegado todavía a la mitad del río, los remolinos y la corriente la empujaron hacia la misma orilla que ocupaba la columna.

Los dos hombres se apoderaron de ella al punto y fueron los primeros que se embarcaron, no pudiendo menos de extrañar al alférez el empeño con que procuraban separarse de todos.

—¡Hola, caballeros! —les gritó—: tened a bien decir quiénes sois.

—Somos oficiales del regimiento de marina, y vosotros, según parece, pertenecéis al cuerpo de gendarmes de Aunis.

—Así es, y celebro mucho que nos encontremos en el caso de poder servirlos: supongo que nos acompañaréis.

—Con mucho gusto.

—Subid en ese caso a las carretas, pues estáis cansados para seguirnos a pie.

—¿Puedo preguntaros adonde os encamináis? —preguntó el oficial de marina que no había hablado hasta entonces.

—Tenemos orden de seguir hasta Rupelmonde.

—Cuidado —observó el mismo interlocutor—, pues no hemos querido pasar antes el río, porque lo ha pasado esta mañana un destacamento de españoles procedente de Amberes: por la noche nos hemos arriesgado, porque al fin dos hombres solos no inspiran sospechas, mientras que un fuerte destacamento...

—Es cierto —contestó el alférez—; voy a llamar a nuestro jefe.

Enrique se acercó para informarse.

—Parece —le dijo el alférez— que estos señores han visto hoy una fuerza de españoles en la misma dirección que llevamos.

—¿Cuántos? —interrogó Enrique.

—Cincuenta hombres.

—¿Y eso os detiene?

—No, señor conde, pero creo que sería prudente asegurarnos de la barca por lo que pueda suceder: veinte hombres pueden custodiarla, y en caso de que haya precisión de pasar el río, la operación puede quedar concluida en cinco viajes llevando nosotros los caballos por la brida.

—Bien —respondió Enrique—, consérvese la barca. Además, debe haber algunas casas en la confluencia del Rupel y del Escalda.

—Hay un pueblecillo —respondieron algunos.

—Pues en marcha, porque el punto de reunión de dos ríos es siempre una posición buena. Gendarmes, en marcha: dos hombres a la barca, para que bajen con ella el río, mientras que nosotros lo costeamos.

—Si lo permitís dirigiremos nosotros la barca —dijo uno de los oficiales de marina.

—Muy bien, señores, mas no nos perdáis de vista y reunios a la columna cuando lleguemos al pueblo.

—Pero si abandonamos la barca, ¿la podrán volver a apresar?

—A cien pasos del pueblo hallaréis una guardia de diez hombres que tendrá cuidado de ella.

—Está bien —contestó el oficial de marina, y de un golpe de remo se alejó de la orilla.

—Esto es algo extraño —dijo Enrique volviendo a ponerse en marcha—: he ahí una voz que conozco.

Una hora después halló el pueblo custodiado por el destacamento de españoles de quienes había hablado el oficial, y que sorprendidos cuando menos lo esperaban, apenas opusieron resistencia.

Enrique hizo desarmar a los prisioneros, los encerró en la casa más segura del pueblo y estableció en ella una guardia de diez hombres para guardarlos.

Otros diez hombres tuvieron el encargo especial de custodiar la barca, y por último se colocaron en diversos puntos centinelas, los cuales debían ser relevados de hora en hora.

Enrique dispuso acto continuo que todos cenasen de veinte en veinte en la casa que hacía frente a la que servía de encierro a los prisioneros españoles; en cuanto a los cincuenta o sesenta primeros, su cena estaba dispuesta, pues era la de los enemigos que acababan de rendirse.

Enrique escogió en el primer piso una habitación para Diana y Remy, pues no quería se presentasen a cenar en compañía de todos los oficiales.

Después de esto hizo que el alférez se sentase a la mesa con diecisiete hombres, encargándole que invitase a los dos oficiales de marina que debían haber llegado con la barca, y antes de ponerse a cenar fue a visitar todo el pueblo y a dar las órdenes

convenientes.

Volvió a la media hora, tiempo que le bastó para disponer alojamientos y víveres, y para mandar lo que debía hacerse en caso de que los holandeses trataran de sorprenderlos.

Los oficiales, a pesar de haberles dicho el conde que por él no se molestasen, le habían aguardado para empezar a cenar, pero todos estaban ya sentados a la mesa y algunos dormidos de cansancio.

La entrada de Bouchage despertó a los últimos e hizo que se levantasen los primeros.

Enrique examinó con rapidez la sala y vio que varias lámparas de cobre pendientes del techo por cadenillas iluminaban opacamente la estancia.

La mesa, cubierta de panes de trigo y de carne de puerco, con un cubilete de cerveza fresca por cabeza, ofrecía un aspecto apetitoso aun para aquellos que no hubiesen estado careciendo de todo por espacio de veinticuatro horas.

Indicaron a Enrique el puesto de honor, y sentóse en él diciendo:

—Cenemos, señores.

Dado este permiso, el ruido de los cuchillos y de los tenedores sobre los platos de loza, probó a Enrique que se le esperaba con una impaciencia mezclada de suprema satisfacción.

—A propósito —interrogó Enrique al alférez—, ¿han llegado ya nuestros dos oficiales de marina?

—Sí, señor.

—¿En dónde están?

—Allí, al extremo de la mesa.

No sólo se habían situado en el punto indicado por el alférez, sino en el más oscuro de la habitación.

—Caballeros —les dijo Enrique—, supongo que ningún contratiempo habéis tenido desde nuestra separación a orillas del río, de lo contrario me hubierais dado aviso. Pero, ¡qué demonios!, se me figura que habéis elegido muy mal sitio y que no cenáis.

—Gracias, señor conde —respondió uno de ellos—; estamos muy fatigados y tenemos más necesidad de dormir que de cenar: hemos hecho presente esto mismo a vuestros oficiales, pero han insistido en que cenásemos con ellos por haberlo vos dispuesto así, en lo cual nos honráis muchísimo. No obstante, si tuvieseis a bien disponer que se nos facilitase un aposento...

Enrique había escuchado con la más profunda atención las anteriores razones; mas era evidente que había atendido más a la voz que a las palabras.

—¿Piensa de igual manera vuestro compañero? —preguntó el conde luego que el oficial de marina hubo cesado de hablar.

Y al mismo tiempo miraba a dicho compañero que tenía el sombrero echado sobre los ojos, y que se obstinaba en no hablar, observándole con una atención tan profunda que muchos oficiales empezaron también a examinarle.

Viéndose el oficial en la precisión de responder a la pregunta del conde, articuló con voz casi ininteligible estas dos palabras:

—Sí, conde.

Al oír estas palabras, los circunstantes miraron extrañados al oficial, reconociendo en él al duque de Anjou, y prorrumpiendo en aclamaciones.

Estas aclamaciones, aunque sinceras, asustaron al príncipe.

—¡Oh! Silencio, silencio, caballeros —exclamó—; os alegráis más que yo mismo de mi propia felicidad. Celebro a la verdad muchísimo el no haber muerto, y aun deseo también que lo creáis así, y sin embargo, a no haberme reconocido vosotros no hubiera sido yo el primero en vanagloriarme de la suerte que he tenido.

—Cómo, monseñor —dijo Enrique—; me habíais reconocido, os encontrabais entre franceses, nos veíais desesperados por vuestra pérdida y con todo nos condenabais al dolor de lloraros.

—Caballero —repuso el príncipe—, además de una multitud de razones que me obligaban a no darme a conocer, confieso que, supuesto que ya todos me creían muerto, no me hubiera pesado el aprovechar esta ocasión que tal vez no volverá a presentarse, de oír la oración fúnebre que se pronunciará algún día sobre mi sepulcro.

—¡Monseñor! ¡Monseñor!

—Lo que os digo, señores; yo soy como Alejandro de Macedonia, hago la guerra con arte, y al igual de todos los artistas, tengo mucho amor propio. Pues bien, digo sin vanidad que creo haber cometido una falta.

—Monseñor —repuso Enrique bajando los ojos—, no digáis esas cosas.

—¿Por qué no? Sólo el Papa es infalible, y aun se discute mucho respecto de su infalibilidad desde que murió Bonifacio VIII.

—Ved, monseñor, a lo que nos exponíais si alguno de nosotros se hubiese atrevido a juzgar la expedición, criticándola.

—¿Y qué? ¿Creéis que yo no me he criticado ya bastante, no por haber arriesgado la batalla, sino por haberla perdido?

—Monseñor, esa bondad nos hace estremecer; permitidme os diga que esa alegría no es natural. Tened a bien tranquilizarnos asegurándonos que no padecéis.

Una nube terrible obscureció la frente del príncipe, velando aquella frente, ya tan fatal, con un crespón siniestro.

—No, por cierto —contestó al punto—: jamás he disfrutado, a Dios gracias, mejor salud, y me hallo perfectamente en medio de vosotros.

Los oficiales se inclinaron en señal de gratitud.

—¿Cuántos hombres tenéis a vuestras órdenes, conde de Bouchage? —interrogó el duque.

—Ciento cincuenta, monseñor.

—¡Ah! ¡Ah! Ciento cincuenta de doce mil es la proporción del desastre de Cannas: enviarán a Amberes nuestros contrarios una fanega de sortijas vuestras, mas dudo que las hermosuras flamencas puedan usarlas, si antes no se afilan los dedos con las dagas de sus maridos. A propósito, señores, no cortaban mal aquellas dagas.

—Monseñor —repuso Joyeuse—, si nuestra batalla puede compararse a la de Cannas, somos al menos mucho más dichosos que los romanos, supuesto que hemos conservado a nuestro Paulo Emilio.

—A fe mía, señores —exclamó el duque—, el Paulo Emilio de Amberes es Joyeuse el almirante, quien sin duda, por asemejarse completamente a su heroico modelo, habrá muerto, ¿no es esto, Bouchage?

Enrique sintió helársele el corazón al oír tan fría e impasible pregunta.

—No, monseñor —contestó—: vive.

—¡Hola! Tanto mejor —añadió el príncipe con su glacial sonrisa—. ¡Cómo! ¿Nuestro intrépido almirante ha sobrevivido? ¿En dónde está para que yo le abrace?

—No se encuentra con nosotros, monseñor.

—¡Ah! Ya comprendo; herido...

—No, monseñor, está bueno enteramente.

—Ya, pero andaré como yo, fugitivo, asustado, muerto de hambre y de vergüenza. ¡Pobres guerreros! ¡Ah! Con justicia se dice: para la gloria la espada, después de la espada sangre, después de la sangre lágrimas.

—Monseñor, yo ignoraba hasta ahora ese dicho, pero a pesar de su autenticidad, tengo el gusto de anunciar a Vuestra Alteza que mi hermano ha logrado salvar tres mil hombres, con los cuales ocupa una fuerte posición a siete leguas de aquí, así que la fuerza a mis órdenes es una descubierta del almirante.

El duque palideció al oír esto.

—¡Tres mil hombres! —exclamó—. ¿Conque Joyeuse ha tenido la fortuna de salvar tres mil hombres? ¡Oh! Vuestro hermano es un Xenofonte. ¡Vive Dios que mi hermano ha obrado cuerdamente al enviarme el vuestro, pues a no ser así hubiera regresado yo solo a Francia! ¡Viva Joyeuse! ¿De qué demonios sirve ya la casa de Valois? No será ésta por cierto la que pueda nunca usar como divisa la palabra *Hilariter*.

—¡Monseñor! ¡Monseñor! —exclamó Bouchage sofocado por el dolor, pues demasiado había llegado a notar que la alegría del príncipe ocultaba ponzoñosa envidia.

—Juro a Dios por mi alma que digo la verdad; ¿no es así, Aurilly? Quiere decir que volveremos a Francia en un estado semejante al que cupo a Francisco I después de la batalla de Pavía. Todo se ha perdido, *más* el honor. ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! Por fin ya he encontrado yo la verdadera divisa de la casa de Francia.

Un silencio sombrío acogió estas palabras desgarradoras como si fuesen sollozos.

—Monseñor —dijo Enrique—, contadnos de qué modo ha salvado a Vuestra Alteza el Dios tutelar de Francia.

—La cosa es muy sencilla, querido conde: el Dios tutelar de Francia estaba sin duda ocupado en aquel instante en cosas de mayor importancia, de modo que he tenido que salvarme yo mismo.

—¿Y cómo, monseñor?

—A todo escape.

Ninguna sonrisa acogió esta chanza, que tal vez el duque hubiera castigado con la muerte si a otro se le hubiese escapado.

—No digo más que lo que ha sucedido —añadió con el mayor cinismo—. ¡Qué bien corríamos, Aurilly! ¿Te acuerdas?

—Todos los presentes —repuso Enrique— conocen el valor y el genio militar de Vuestra

Alteza; os ruego, pues, monseñor, que no destrocéis nuestros corazones, atribuyéndoos faltas que no habéis llevado a efecto. El mejor general puede ser vencido alguna vez, y Aníbal quedó derrotado en Zama.

—Sí, sí —contestó el duque—, pero Aníbal había ganado las batallas de la Trebia, de Trasimeno y de Cannas, mientras que yo sólo puedo hablar de la de Chateau-Cambresis, que no puede sostener la comparación.

—Pero, monseñor, estoy seguro de que queréis bromear al decir que habéis huido.

—¡Ira de Dios! Os juro que no me chanco. ¿Es la cosa para chancearse, conde de Bouchage?

—¿Se podía hacer otra cosa, señor conde? —agregó Aurilly conociendo que ya era tiempo de acudir en auxilio de su amo.

—Calla, Aurilly —dijo el duque—, y pregunta a la sombra de Saint-Aignan, si no se podía hacer más que huir.

Aurilly inclinó la cabeza.

—¡Ah! Vosotros no sabéis la historia de Saint-Aignan, y os la voy a referir, porque puede dividirse en tres muecas.

Al oír esta nueva bufonada que en tales circunstancias no dejaba de ser odiosa, los oficiales arrugaron las cejas sin cuidarse de si podían o no incomodar al príncipe.

—Imaginaos, señores —prosiguió éste sin hacer caso de aquellas señales de desaprobación—, que era el instante en que la batalla se declaraba perdida: el conde reunió quinientos caballos y, en lugar de retirarse como los demás, se acercó a mí y me dijo: "Monseñor, es necesario cargar." "¿Qué es eso de cargar? —le respondí—. ¿Estáis loco, Saint-Aignan? ¿No veis que son ciento contra uno?" "Aunque sean mil —me replicó haciendo una mueca horrible—, voy a cargar." "Cargad, pues, querido mío, todo cuanto os plazca —le contesté—; por mi parte no pienso hacerlo." "Eso quiere decir, monseñor, que me dejaréis vuestro caballo que apenas puede andar, y llevaréis el mío que es de refresco, pues como yo no trato de huir, todos los caballos son buenos para mí." En efecto, montó en mi caballo blanco y me dio el suyo negro, diciendo: "Príncipe, lleváis un corcel que correrá veinte leguas en cuatro horas si os acomoda." Y, volviéndose hacia su gente, añadió: "Vamos, valientes, síganme los que no quieran volver grupas al enemigo." Y se precipitó en la pelea haciendo otra mueca más horrible que la primera. El pobre diablo creía habérselas con hombres de carne y hueso, y tropezó con la inundación. Por mi parte, había previsto lo que iba a suceder, pero Saint-Aignan y sus guerreros se llevaron un solemne chasco. Si me hubiera obedecido en lugar de volver al combate, le tendríamos sentado a esta mesa, y no haría a estas horas su tercera mueca, que sin duda debe ser mucho más fea y repugnante que las dos primeras.

Los oficiales se estremecieron de espanto.

—Este miserable no tiene corazón —murmuró Enrique entre dientes—. ¡Oh! ¿Por qué le protegen hoy su desgracia, su vergüenza, y sobre todo su nacimiento contra las faltas que pudieran echársele en cara?

—Señores —dijo en voz baja Aurilly, que comprendió el terrible efecto que debían producir las palabras del príncipe en aquella reunión de valientes—, ya veis que monseñor se halla afectado y que no debéis entender al pie de la letra sus palabras. Después de la desgracia que ha sufrido, se me figura que, en efecto, delira algunas veces.

—He aquí —repuso el príncipe vaciando su vaso— la manera con que Saint-Aignan se ha despedido del mundo, y cómo vivo yo: lo cierto es que al morir me ha hecho un señalado servicio, haciendo creer que yo he perecido, toda vez que montaba mi caballo, de modo que se ha esparcido esta noticia, no sólo en el ejército francés, sino en el flamenco, que por tal causa ha aflojado en su persecución; pero estad tranquilos, señores, porque nuestros amigos los flamencos no se chuparán la breva; tendremos la revancha, caballeros, y será sangrienta, os lo juro, pues desde ayer organizo, al menos mentalmente, el ejército más formidable del mundo.

—Mientras tanto, Vuestra Alteza se servirá tomar el mando de esta fuerza, pues no me corresponde dar una sola orden donde está un hijo de Francia.

—Acepto —dijo el príncipe—: y la primera orden que doy es que todos cenemos, y vos especialmente, caballero Bouchage, porque todavía no os habéis acercado a vuestro plato.

—Monseñor, no tengo apetito.

—En ese caso recorred nuestros puestos y anunciad a los jefes que vivo, pidiéndoles al mismo tiempo que no se alegren con demasiado estrépito por la nueva, antes que hayamos ganado otra posición más fuerte o nos hayamos reunido a las fuerzas de nuestro invencible Joyeuse, porque os declaro que ahora temo ser cogido más que nunca, por lo mismo que me he libertado del fuego y del agua.

—Monseñor, seréis obedecido con todo rigor, y nadie sabrá, a excepción de estos señores, que tenemos la dicha de honrarnos con vuestra compañía.

—¿Y guardarán estos señores el secreto? —preguntó el duque.

Todos se inclinaron afirmativamente.

—Efectuad vuestro reconocimiento, señor conde.

Bouchage salió de la sala.

Sólo había necesitado un momento aquel vagabundo, aquel fugitivo, aquel príncipe derrotado, para recobrar, como se acaba de ver, todo su orgullo, toda su frivolidad, todo su imperio.

Mandar a cien hombres, o a cien mil, todo es mandar, y el duque de Anjou se hubiera portado del mismo modo con Joyeuse. Los príncipes jamás exigen lo que merecen, sino lo que creen que se les debe de derecho.

En tanto que Bouchage ejecutaba la orden con la mayor puntualidad, Francisco preguntaba, y lo mismo hacía Aurilly, aquella sombra de su amo, que seguía todos sus movimientos y parodiaba sus acciones.

El duque se extrañaba de que un hombre del nombre y rango de Bouchage hubiese consentido en tomar el mando de un destacamento tan débil y encargándose de una expedición tan peligrosa.

Era, efectivamente, mando que correspondía a un subalterno y no al hermano de un gran almirante.

El príncipe era dado a sospechar de todo y necesitaba aclarar a toda costa las menores sospechas.

Insistió, pues, en sus preguntas, y supo que al confiar el gran almirante a su hermano el mando del destacamento no había hecho más que ceder a sus reiteradas súplicas.

El que daba estas nuevas al duque, aunque sin mala intención, era el alférez de los

gendarmes de Aunis, a quien Bouchage había quitado el mando del mismo modo que éste había tenido que ceder el suyo al príncipe.

Este último había creído observar un sentimiento de irritabilidad en el corazón del alférez contra Bouchage, y por eso procuró dirigirse a él.

—Pero, ¿cuál era —le preguntó— la intención del conde al pedir con tanto empeño tan pobre mando?

—Servir al ejército desde luego, y no puede dudarse de ello.

—Desde luego habéis dicho; y, ¿además?

—Monseñor, no lo sé.

—O me engañáis u os engañáis a vos mismo.

—Monseñor, no puedo dar cuenta ni aun a Vuestra Alteza, sino de lo que atañe a mi servicio.

—Ya veis, caballero, si yo hacía bien en permanecer oculto, supuesto que en mi ejército hay secretos que no se me comunican.

—Monseñor, habéis comprendido muy mal mi indiscreción, pues estos secretos sólo atañen al conde Bouchage. ¿No pudiera suceder, por ejemplo, que sirviendo al interés general haya querido también ser útil a algún pariente o amigo suyo dándole escolta?

—¿Y quién es ese pariente o amigo del conde? Vamos, decídmelo para que le abrace.

—Monseñor —repuso Aurilly terciando en la conversación con respetuosa franqueza—, acabo de descubrir parte del secreto y Vuestra Alteza no puede tener motivos de desconfianza. El pariente a quien el conde escolta...

—Acaba con mil demonios.

—Pues bien, monseñor, es una parienta.

—¡Ah! ¡Ah! —exclamó el duque—, ¿por qué no me habéis hablado con franqueza? ¡Ese diablo de Enrique! Vamos, vamos; no hay cosa más natural, y de consiguiente cerremos los ojos en cuanto a la parienta y no hablemos más.

—Y hará bien Vuestra Alteza —añadió Aurilly—, porque la cosa es sumamente misteriosa.

—¿Cómo así?

—La dama, como la célebre Bradamante, cuya historia he contado a Vuestra Alteza veinte veces, anda disfrazada de hombre.

—¡Oh! Por piedad, monseñor: el conde la respeta en alto grado, y tal vez no me perdonará el haber sido indiscreto.

—Bien, bien, caballero, estad tranquilo, seremos mudos como el sepulcro o como el pobre Saint-Aignan, aunque si llegamos a ver esa dama procuraremos no hacerle muecas. ¡Hola! ¿Conque Enrique trae una parienta con una escolta de gendarmes? ¿En dónde se encuentra, Aurilly?

—Arriba.

—¡Cómo! ¿En esta misma casa?

—Sí, monseñor, mas... silencio, que viene el conde.

—¡Silencio! —repitió el príncipe riéndose a carcajadas.

El joven, al entrar, oyó la funesta risa del príncipe; mas el poco tiempo que había vivido al lado de Su Alteza no le permitía conocer aún las amenazas que se encerraban en las alegres manifestaciones del duque de Anjou.

En la turbación que se notaba en las fisonomías de los asistentes habría debido conocer que el duque había sostenido una conversación hostil durante su ausencia, y que la había interrumpido a su llegada.

Mas Enrique no tenía la desconfianza necesaria para adivinar lo que se había tratado, y ninguno era tan amigo suyo que quisiera decírselo en presencia del duque.

Por otra parte, Aurilly estaba alerta, y el duque, que había sin duda ordenado su plan, quería retener a su lado a Enrique hasta que se alejasen los oficiales que se habían hallado presentes en la conversación.

El conde había llevado a cabo algunas modificaciones en la distribución de los puestos.

Así, pues, cuando se hallaba solo, había juzgado conveniente establecer su cuartel general en la casa de Diana, situada en el centro, y mandar a su segundo al puesto que tenía más importancia después del que para sí había reservado, y situado a orillas del río.

El duque, que era ya jefe en el lugar de Enrique, le enviaba al punto donde éste a su vez pensaba enviar al alférez.

Esto no extrañó a Enrique. El príncipe sabía que aquél era el lugar de más peligro, y se lo confiaba. Nada era más natural, y Enrique lo conoció mejor que todos.

Solamente creyó hacer una advertencia al alférez de los gendarmes. También era muy natural que colocara bajo su protección a las dos personas, objeto de su vigilancia, y a quienes la necesidad le había obligado a abandonar por algunos instantes.

Pero, cuando Enrique se preparaba a hablar con el alférez, el duque lo estorbó diciendo con su acostumbrada sonrisa:

—Secretos, ¿eh?...

Aunque tarde, el gendarme conoció su indiscreción, y arrepentido de ello intentó disculpar al conde.

—No, monseñor —dijo—; el señor conde me preguntaba únicamente si tenía muchas libras de pólvora seca y en estado de servir.

La contestación tenía dos objetos, y acaso debía producir dos resultados; el primero, desterrar las sospechas del duque en el caso de que fuesen ciertas; el segundo, indicar al conde que había un auxiliar con cuya decisión podía contar.

—¡Ah! Eso es distinto —respondió el duque, obligado a prestar una fe aparente a dichas palabras, por temor de comprometer su dignidad de príncipe con el papel de espía.

Luego, aprovechando el instante en que el duque miraba a la puerta, que a la sazón se abría, el alférez dijo a Enrique en voz casi imperceptible:

—Su Alteza sabe que acompañáis a alguna persona.

Bouchage se estremeció, mas ya era tarde. El duque lo había advertido, y para asegurarse por sí mismo de la fidelidad con que se ejecutaban sus órdenes, propuso al conde acompañarle hasta su puesto y Enrique tuvo que aceptar la oferta.

De buena gana hubiera querido Enrique prevenir a Remy que estuviese alerta, y preparado para contestar a las preguntas del duque de Anjou, pero no tenía medio alguno

para verificarlo; todo lo más que pudo hacer, fue dirigir al alférez las siguientes palabras al tiempo de despedirse de él:

—Supongo que tendréis mucho cuidado de la pólvora, ¿no es cierto? Vigíladla con la misma solicitud que pudiera hacerlo yo mismo.

—Está bien, señor conde —repuso el alférez.

El duque interrogó entonces a Bouchage:

—¿Puedo saber dónde está esa pólvora, cuya vigilancia recomendáis tan eficazmente a nuestro joven oficial, conde?

—En la misma casa donde he situado el cuartel general.

—Tranquilizaos, Bouchage —añadió el duque—; conozco demasiado bien la importancia de un depósito de esta naturaleza en la situación en que nos encontramos, para que deje de fijar sobre él la mayor atención; así, pues, no será el alférez quien ha de estar, al cuidado de la pólvora, sino yo mismo, yo en persona.

La conversación acabó aquí, y sin que nadie prohiriera una palabra más, llegaron a la confluencia de los dos ríos, en donde el duque se despidió de Bouchage reiterándole la advertencia que no abandonara su puesto, y emprendió enseguida su vuelta al punto de partida, en donde volvió a encontrar a Aurilly, el cual no había abandonado la sala donde habían comido, y dormía a pierna suelta tendido sobre un banco, y cubierto con la capa de un oficial.

El duque le tocó suavemente sobre el hombro, y Aurilly despertó frotándose los ojos y mirando asombrado al príncipe.

—¿Me has comprendido? —le preguntó éste.

—Perfectamente, monseñor —contestó Aurilly.

—¿Sabes, siquiera, de lo que yo te quiero hablar?

—¡Pardiez!, de la dama desconocida; de la parienta del señor conde de Bouchage.

—Muy bien, ya veo que ni el vino de Bruselas ni la cerveza de Lovaina han conseguido ofuscar tu cerebro.

—Al contrario, monseñor, hablad, haced una señal la más imperceptible, y Vuestra Alteza se convencerá fácilmente de que mi ingenio está hoy más despejado que nunca.

—Hagamos la prueba; pon en juego todos los recursos de tu imaginación, y veamos si adivinas lo que pienso.

—Desde luego puedo decir a Vuestra Alteza que en este instante está lleno de curiosidad.

—¡Bah!, la curiosidad en mí es cuestión de temperamento, y tú lo sabes muy bien para que puedas aducir eso como demostración de que tu imaginación conserva su antigua fuerza; lo que probaría algo sería el que me dijeras cuál es el objeto que ha excitado mi curiosidad.

—¿Deseáis saber quién es la hermosa criatura que acompaña a los señores Joyeuse a través del fuego y del agua?

—*Per milla pericula Mariis*, como diría mi hermana Margot si estuviera presente; has puesto el dedo en la llaga, Aurilly. A propósito, ¿le escribiste?

—¿A quién, monseñor?

—A mi hermana Margot.

—Pues qué, ¿debía yo escribir a Su Majestad?

—Sin duda que sí.

—¿Respecto a qué?

—¡Pardiez! Participándole que hemos sido derrotados, y que por lo tanto debe estar prevenida y alerta.

—¿Por qué, monseñor?

—Porque España, desembarazada de mí por el lado del Norte, se le va a echar encima por la parte del Mediodía.

—¡Ah!, es muy probable.

—Pero, ¿no le has escrito?

—No, monseñor...

—Tú has dormido, y eso es todo.

—No lo niego, monseñor; mas, ¡qué diantre!, aun cuando me hubiera ocurrido la idea de escribir a Su Majestad, ¿cómo hacerlo, careciendo de pluma, papel y tinta?

—¿Y por qué no buscaste todo eso? *Quoere et inventes*, dice el evangelio.

—¿Cómo diablos quiere Vuestra Alteza que yo encuentre lo necesario para escribir en la cabaña de un quídam⁴¹, el cual me atrevo a apostar mil contra uno a que no sabe escribir?

—Busca, repito, imbécil; y si no hallas eso...

—¿Qué?

—¡Qué!, hallarás otra cosa.

—¡Oh!, tenéis razón, monseñor, soy un imbécil —exclamó Aurilly, dándose en la frente una fuerte palmada—; Vuestra Alteza tiene muchísima razón, pero yo tenía la cabeza trastornada con la falta de sueño, no había caído en ello.

—Está bien; quiero creerlo así; da, pues, treguas a tu maldito sueño, y puesto que tú no has escrito, yo lo haré; búscame al efecto todo lo necesario, y no vuelvas a mi presencia hasta que lo hayas encontrado; aquí te espero.

—Voy a cumplir vuestras órdenes, monseñor.

—Y si al buscarme eso, entiéndelo bien, Aurilly, si al buscarme eso adviertes que la casa es de un estilo pintoresco... ¿Me entiendes, Aurilly?

—Sí, monseñor.

—Pues bien, entonces vendrás a decírmelo.

—Así lo haré, monseñor; podéis estar tranquilo.

Aurilly se despidió del duque, y ligero como un pájaro se encaminó hacia la habitación inmediata donde se hallaba el pie de la escalera; Aurilly era ligero como un pájaro como hemos dicho, y en esta ocasión lo demostró subiendo por dicha escalera sin hacer el más pequeño ruido.

A los cinco minutos volvió a presencia de su señor, el cual no se había movido de la estancia.

—¿Qué hay? —preguntó éste al verle.

⁴¹ Sujeto despreciable y de poco valer, cuyo nombre se ignora o se quiere omitir.

—Hay, monseñor, que la casa, si no engañan las apariencias, es endiabladamente pintoresca.

—¿Por qué?

—¡Diantre! Monseñor, porque no se puede entrar en ella así como así.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay un dragón que guarda la puerta.

—¿Qué es eso? ¿Te atreves a burlarte de mí, bellaco?

—¡Dios me libre, monseñor!, pero no es así por desgracia; lo que acabo de decir a Vuestra Alteza es la pura verdad. El tesoro se halla en primer lugar en una habitación a través de cuya puerta se ve brillar una luz.

—Bien, ¿y después?

—Monseñor, querrá decir antes.

—¡Aurilly!

—A eso voy, monseñor: antes de llegar a dicha puerta hay un hombre tendido en el suelo y cubierto con una capa parda.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Osaría por ventura Bouchage haber apostado un gendarme a la puerta de su querida?

—No es un gendarme, monseñor, sino probablemente algún criado de la señora, o quizá del señor conde.

—¿Qué especie de criado es?

—Me ha sido absolutamente imposible el ver su figura, monseñor; pero en cambio he distinguido perfectamente un largo puñal flamenco pendiente de su cintura, y sobre el cual está apoyada su vigorosa mano.

—Eso aumenta singularmente mi curiosidad, Aurilly, y por lo tanto es preciso que veas de despertar a ese pobre diablo.

—¡Oh!, yo me guardaré muy bien, monseñor.

—¡Cómo!

—Digo, que aun aventurándome a que pudiera sacudirme con la hoja de su cuchillo flamenco, no tengo por diversión exponerme a la enemistad mortal de los señores Joyeuse que se hallaban bien quistos en la corte. Si hubiésemos sido reyes de los Países Bajos, pudiera pasar, pero no tenemos más remedio que hacernos los chiquillos, y sobre todo con los que nos han salvado, porque los señores Joyeuse es necesario tener en cuenta que nos han salvado, y si vos no lo decís lo dirán ellos.

—Tienes razón, Aurilly —dijo el duque lleno de impaciencia—, y sin embargo...

—Lo entiendo; sin embargo, Vuestra Alteza no ha visto un solo rostro de mujer en quince días mortales; no hablo de esa especie de animales que se encuentran en estas comarcas, y que no merecen el nombre de hombres ni de mujeres, sino de machos y hembras.

—Quiero ver a esa querida de Bouchage; quiero verla, ¿lo oyes?

—Sí, monseñor, lo oigo.

—Pues bien, contéstame ahora.

—Monseñor, yo respondo que puede ser que la veáis, pero no por la puerta.

—Bueno —dijo el príncipe—, pero si no puedo verla por la puerta la veré al menos por la ventana.

—Magnífica idea, monseñor, y la prueba de lo bien que me parece es que voy a buscar una escala.

Aurilly se deslizó en el patio de la casa, y se apoyó en el poste de un cobertizo bajo el cual los gendarmes habían puesto sus caballos.

Al cabo de algunas investigaciones Aurilly encontró lo que se encuentra siempre en un cobertizo, una escalera de mano.

La manejó en medio de los hombres y de los animales con bastante habilidad para no despertar a los unos y no recibir coces de los otros, y fue a apoyarla en la pared que daba a la calle.

Era necesario ser príncipe y superior a los escrúpulos vulgares, como lo son generalmente los déspotas por derecho divino, para atreverse a ejecutar una acción tan ultrajante en concepto de Bouchage, como la que meditaba el príncipe, y mucho más en presencia del centinela que paseaba delante de la puerta que conducía a la habitación de los prisioneros.

Aurilly lo comprendió todo e hizo notar al príncipe que el centinela, ignorando quiénes eran, se preparaba a darles el ¡quién vive!

Francisco se encogió de hombros dirigiéndose al soldado.

Aurilly le siguió.

—Amigo —preguntó el príncipe al centinela—, ¿es éste el punto más elevado de la villa?

—Sí, monseñor —dijo el soldado, quien al reconocer a Francisco le hizo el saludo de honor—; si esos arbustos no impidieran la vista, a la luz de la luna se descubriría mucha parte del campo.

—Este era mi objeto, y he traído esta escala para mirar desde lo alto. Sube, Aurilly, o si no, déjame subir, un príncipe debe verlo todo por sí mismo.

—¿Dónde arrimo la escala, monseñor? —preguntó el supuesto criado.

—Es indiferente, contra esta pared.

Cuando estuvo puesta la escala, el duque subió.

El centinela se volvió del otro lado, bien porque ignorase los planes del príncipe, o ya por un efecto de natural discreción.

El príncipe llegó a lo alto de la escala, Aurilly permaneció abajo.

La habitación donde Enrique había encerrado a Diana se hallaba bien esterada y amueblada con una gran cama de encina, cubierta de colgaduras de sarga, una mesa y varias sillas.

La joven, libre ya de la angustia que experimentaba su corazón, gracias a haberse desmentido la noticia de la muerte del príncipe, que le había sido comunicada en el campo de los gendarmes de Aunis, había pedido algo de comer a Remy, y éste se había apresurado a obedecerla con marcado gozo.

Diana se había alimentado sólo con pan desde que supo la muerte de su padre, y ahora bebía por vez primera algunas gotas de vino del Rin, que los gendarmes habían hallado en la bodega y llevado a Bouchage.

Aunque la cena fue ligera, la sangre de Diana, afectada por conmociones tan violentas y tan crueles fatigas, afluyó con fuerza a su corazón; Remy observó que sus párpados se cerraban y su cabeza se inclinaba sobre el respaldar del sillón.

El servidor se retiró discretamente, y como ya hemos visto, se tendió a la entrada de la puerta, no porque abrigara desconfianza, sino porque acostumbraba hacerlo desde su salida de París.

A favor de estas disposiciones que aseguraban la tranquilidad de la noche, Aurilly pudo subir y divisar a Remy acostado a lo ancho del corredor.

Diana dormía con el codo apoyado sobre la mesa.

Su cuerpo esbelto y delicado estaba algo inclinado en el sillón. La lamparilla de hierro colocada cerca del plato, donde aún se conservaban algunos manjares, iluminaban el interior de aquella estancia, tranquila a la sazón, y donde en breve se había de renovar la tempestad que se había aplacado hacía poco tiempo.

En el vaso brillaba, puro como el diamante en fusión, el vino del Rin que apenas había probado Diana. El vaso se había colocado entre ésta y la lámpara, y su figura de cáliz mitigaba los efectos de la luz y daba al rostro de la joven dormida un realce inexplicable.

Con los ojos cerrados, la boca entreabierta y el pelo echado a la espalda sobre el basto capuchón del vestido de hombre que llevaba, Diana debía aparecer como una visión sublime a la vista de quien se determinase a violar el secreto de su retiro.

El duque, al verla, no pudo contener un gesto de admiración, se apoyó sobre el borde de la ventana, y devoró con sus miradas hasta los más ínfimos detalles de esta ideal belleza.

Pero de repente, cuando más absorto estaba en su contemplación, frunció el entrecejo, y bajó en seguida dos escalones con una precipitación nerviosa.

En esta posición, no estaba ya el príncipe expuesto a los reflejos luminosos que salían de la ventana, de cuya claridad había logrado substraerse: apoyó sus espaldas sobre el muro, cruzó los brazos sobre el pecho, y quedó pensativo.

Aurilly, que no le perdía de vista, pudo observar en sus vagas miradas, que ocupaban su imaginación antiguos y tristes recuerdos.

Después de algunos momentos de inmovilidad, volvió a subir el duque a la ventana, dirigió de nuevo sus miradas al través de los vidrios, pero sin duda no pudo descubrir lo que deseaba porque su frente continuó sombría, y sus miradas llenas de incertidumbre y vaguedad.

Seguía el duque en sus investigaciones, cuando de pronto se aproximó Aurilly al pie de la escalera.

—Pronto, pronto, monseñor, bajad —dijo Aurilly—, oigo pasos y veo algunos bultos en la calle próxima.

Pero en lugar de atender a este aviso, el duque bajó muy despacio, sin que nada pudiera distraer su atención, ni sus recuerdos.

—Ya era tiempo —dijo Aurilly.

—¿De qué parte viene el rumor? —interrogó el duque.

—De este lado —contestó Aurilly, y extendió su brazo hacia una callejuela sombría.

El príncipe escuchó.

—No oigo nada —repuso.

—Los bultos han desaparecido; sería algún espía que nos observaba.

—Recoge la escalera —dijo el príncipe.

Aurilly obedeció; el príncipe se sentó en uno de los bancos de piedra, que estaban situados a cada lado de la puerta de la casa.

El ruido no volvió a renovarse y ninguna persona se veía al final de la callejuela.

Aurilly volvió.

—Y bien, monseñor —preguntó—, ¿es hermosa?

—Muy hermosa —respondió el príncipe con acento sombrío.

—¿Por qué estáis tan triste entonces, monseñor?, ¿os han visto quizá?

—No; estaba durmiendo.

—No entiendo en este caso, ¿por qué estáis tan preocupado?

El príncipe no respondió.

—¿Es morena o rubia? —insistió Aurilly,

—Es muy hermosa, y es cuanto puedo decirte —exclamó el príncipe—; seguramente yo he visto a esa mujer antes de ahora.

—¿Según eso la habéis reconocido?

—No; ningún nombre he recordado al verla, pero puedo asegurarle que ha causado en mi corazón una emoción violenta.

Aurilly lanzó una mirada al príncipe, y sonriendo con una ironía que no se tomó la pena de disimular, le dijo:

—Así, pues, ¿todo eso habéis visto, monseñor?

—¡Eh!, caballero, hacedme el obsequio de no reiros —repuso Francisco con sequedad—; deberíais tener en cuenta que vuestras chanzas son inoportunas cuando menos, puesto que estáis viendo que sufro mucho.

—¡Oh! ¿Es posible, monseñor? —exclamó Aurilly.

—Os he dicho la verdad; yo no puedo expresar lo que me sucede, pero creo —añadió con acento sombrío— que he hecho muy mal en mirar a esa mujer.

—Precisamente por el efecto que os ha causado su vista, es por lo que se hace necesario que sepamos quién es, monseñor.

—Muy necesario —replicó Francisco.

—¿No recordáis haberla visto en alguna parte, en la corte, por ejemplo?

—Me parece que no.

—¿En Francia, en Navarra o en Flandes?

—No.

—¿Es española?

—Lo dudo mucho.

—¿Será inglesa, alguna dama de la reina Isabel?

—No, no, ella debe estar ligada a mi destino de un modo más íntimo; yo creo recordar

haberla visto en alguna circunstancia terrible.

—En ese caso, debéis reconocerla fácilmente, porque por fortuna monseñor no ha atravesado muchas circunstancias que merezcan la calificación que acaba de dar Vuestra Alteza a la época en que creyó ver a esa dama.

—¿Lo creéis así? —preguntó Francisco con amarga sonrisa.

Aurilly se inclinó.

—Escucha, Aurilly —añadió el duque—; en este instante soy bastante dueño de mí mismo para analizar mis sensaciones, y puedo decirte que esa mujer es hermosa, pero su hermosura es muy parecida a la de una muerta; es bella, pero bella como lo es una sombra, como lo son las figuras o imágenes que se le aparecen a uno en sueños, y si no me engaño, precisamente ha debido ser soñando como yo la he visto; mas advierte, Aurilly, que yo he tenido en mi vida dos o tres años terribles que han helado de espanto mi corazón. ¡Oh!, sí, ahora me acuerdo perfectamente; en uno de esos sueños es donde se me ha aparecido la mujer que duerme allá arriba.

—¡Monseñor! ¡Monseñor!, permitidme que os diga que jamás he oído hablar a Vuestra Alteza con tan triste preocupación de las impresiones causadas por un ensueño: el corazón de Vuestra Alteza es de tan buen temple que puede apostárselas al más duro acero, y espero por lo tanto que ni las sombras ni los vivos han de hacer en él la más pequeña mella; así, pues, si yo no temiera que en este momento puede echarnos alguno, subiría a mi vez a la ventana, y estoy seguro de que os había de traer noticias exactas de vuestro sueño, de la sombra y del estremecimiento de Vuestra Alteza.

—A fe mía que tienes razón, Aurilly; ve a buscar la escala, apóyala contra la pared y sube; ¿qué te importa el que nos acechen hallándome yo a tu lado?

Aurilly había dado ya algunos pasos para obedecer a su señor, cuando se oyeron de pronto pasos precipitados de alguno que se acercaba, y la voz de Enrique que gritaba desafortadamente al duque:

—¡Alarma, monseñor, alarma!

Aurilly se situó de un salto al lado del príncipe.

—¡Vos aquí, conde! —exclamó éste—; ¿bajo qué pretexto os habéis atrevido a abandonar vuestro puesto?

—Monseñor —contestó Enrique con firmeza—: si Vuestra Alteza cree que por ello merezco algún castigo, podrá imponérmelo, según fuere su voluntad; mas mi deber era venir aquí, y ya lo veis, monseñor, he venido.

El duque lanzó una mirada a la ventana con una sonrisa muy significativa, y prosiguió en seguida dirigiéndose a Enrique:

—¿Vuestro deber, conde...? Dignaos explicarme eso.

—Monseñor, han aparecido por el lado de Escant algunos caballeros, los cuales ignoramos si son amigos o enemigos.

—¿Son muchos? —preguntó el duque con inquietud.

—Bastantes, monseñor.

—En ese caso, conde, sin hacer alarde de un valor que sería inoportuno, conviene despertéis a vuestros gendarmes, y que levantemos el campo y marchemos costeando el río, que es en mi concepto el partido más prudente.

—También lo creo así, monseñor; pero antes es necesario que prevengamos a mi hermano de este movimiento.

—Dos hombres bastarán para desempeñar esa comisión.

—Si sólo dos hombres son suficientes —replicó Enrique—, yo partiré acompañado de un gendarme.

—No, ¡voto a bríos! —exclamó vivamente el duque—; de ningún modo, Bouchage, vos vendréis con nosotros; ¡diablo!, en semejantes momentos no puedo consentir en manera alguna en separarme de un defensor como vos.

—¿Va a llevar Vuestra Alteza toda la escolta?

—Toda.

—Está bien, monseñor —repuso Enrique saludando—. ¿Cuándo piensa partir Vuestra Alteza?

—Ahora mismo.

—¡Hola! —gritó Enrique—; ¿no hay por aquí nadie?

El joven alférez salió en seguida de la callejuela, como si sólo hubiera esperado para presentarse la orden de su jefe.

Enrique le dio instrucciones, y al instante principiaron a agitarse los gendarmes haciendo los preparativos para la partida.

El duque, colocado en el centro de ellos, decía a los oficiales:

—Señores, a lo que parece el príncipe de Orange ha mandado gente en mi persecución; pero como no conviene que un hijo de Francia sea hecho prisionero sino en una batalla como la de Poitiers o Pavía, necesario será que cedamos al número y que nos repleguemos sobre Bruselas. Mientras que permanezca entre vosotros, creeré que mi libertad y mi vida están en completa seguridad.

Y dirigiéndose luego a Aurilly:

—Tú te quedarás aquí —le dijo—. Esta mujer no puede venir con nosotros, y conozco demasiado a Joyeuse para estar convencido de que no osará llevar consigo a su querida yendo en mi compañía. Luego, como nosotros no vamos a un baile, y tenemos precisión de caminar aprisa, esto la fatigaría mucho.

—¿Y dónde se encamina monseñor?

—A Francia: yo creo que mis negocios aquí se han echado a perder completamente.

—Mas, ¿a qué parte de Francia? ¿Ha pensado bien, monseñor, si le convendrá regresar a la corte?

—No tal; será muy probable, por el contrario, que me detenga en una de mis posesiones; en Chateau-Thierry, por ejemplo.

—Está completamente decidido a eso Vuestra Alteza?

—Sí; Chateau-Thierry me conviene bajo todos aspectos, puesto que no dista de París más que veinticuatro leguas, y desde allí podré vigilar a los de Guisa que pasan la mitad del año en Soissons. Por consiguiente, a Chateau-Thierry es adonde habrás de conducir a la bella desconocida.

—Pero advertid, monseñor, que ella tal vez se resistirá a marchar.

—¿Estás loco? Bouchage viene conmigo a Chateau-Thierry, sigue ella a Bouchage, y lejos de poner resistencia a ir contigo, convendrá en ello con mucho gusto.

—Ya, pero también puede desear marchar a otro punto, si presume que tengo la consigna de conducirla a vuestro lado.

—Ya te he dicho que no es a mi lado donde la llevas, sino al lado de Bouchage. ¡Oh!, no parece sino que es ésta la primera vez que me ayudas a llevar a cabo empresas de este género. ¿Tienes dinero?

—Todavía conservo los dos cartuchos de monedas de oro que Vuestra Alteza me dio al abandonar el campo.

—Entonces nada más necesitas, y espero que a todo trance, ¿lo entiendes?, a todo trance conducirás a Chateau-Thierry a la bella desconocida: ¿quién sabe si mirándola más de cerca podré reconocerla?

—¿Y he de conducir también a su criado?

—Sí, con tal de que no te sirva de grande incomodidad.

—¿Y si no fuese así?

—En ese caso haz con él lo que se hace con una piedra que se halla en el camino: lánzalo a un foso.

—Está bien, monseñor.

Mientras que los dos conspiradores formaban estos siniestros proyectos, Enrique había entrado en la casa y había despertado a Remy.

Una vez prevenido éste de cuanto pasaba llamó a la puerta de su señora, y la joven se presentó acto seguido, al ver a Bouchage.

—Buenas tardes, caballero —le dijo con una sonrisa que hacía largo tiempo no se veía en sus labios.

—¡Oh!, perdonad, señora —se apresuró a decir el conde—, no venía a molestaros, quería sólo despedirme de vos.

—¡Despediros! ¿Os vais, señor conde?

—Sí, señora, a Francia.

—¿Y nos abandonáis?

—Se me obliga a ello, señora: mi primer deber es la obediencia al príncipe.

—¡Al príncipe! ¿Hay algún príncipe aquí? —preguntó Remy.

—¿Qué príncipe? —exclamó Diana palideciendo.

—El duque de Anjou, a quien se suponía muerto y que se ha salvado milagrosamente.

Diana dio un grito terrible, y Remy se puso tan pálido que parecía haber sido herido de una muerte súbita.

—Repetidme —dijo Diana con un temblor convulsivo— que el duque de Anjou vive, que el duque de Anjou se halla aquí.

—Aquí está, señora, y si no me mandara que le siguiese, os hubiera acompañado hasta el convento en que me habéis dicho que hallaríais vuestro retiro.

—Sí, sí —dijo Remy—, al convento, señora, al convento.

En seguida puso un dedo sobre los labios.

Un ademán casi imperceptible que hizo Diana con la cabeza, le indicó que su señal había sido comprendida.

—Os habría acompañado con tanto más gusto, cuanto que podíais ser inquietada por alguno de los que siguen al príncipe.

—¿Con qué motivo?

—Todo me induce a creer que se sabe ya que una mujer habita en esta casa, y que el príncipe piensa indudablemente que esta mujer es amiga mía.

—¿Y de qué procede esa creencia?

—Nuestro joven alférez le ha visto apoyar una escalera sobre la pared, y mirar por esa ventana.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó Diana.

—Tranquilizaos, señora, puesto que el duque ha dicho a su acompañante que no os había conocido.

—No importa, no importa —repuso la joven mirando a Remy.

—Estoy a vuestras órdenes —dijo Remy, en cuyas miradas se leía que había tomado una resolución definitiva y sublime.

—No os asustéis, señora —dijo Enrique—, el duque va a partir al instante; dentro de un cuarto de hora estaréis sola y libre. Permitidme, pues, que os salude, y que os diga otra vez que aun hasta el último instante de mi vida, mientras respire mi corazón latirá por vos y para vos. ¡Adiós» señora, adiós!

El conde se inclinó profundamente con el mismo recogimiento religioso que si lo hiciese ante una imagen, y dio luego algunos pasos para salir.

—No, no —exclamó Diana con el delirio de la fiebre—, no, Dios no habrá querido eso, no; Dios había matado a ese hombre y no puede haber resucitado. No, no, señor, seguramente os engañáis, el príncipe ha muerto.

En el mismo instante, y como para responder a esta dolorosa invocación de la misericordia celeste, se oyó en la calle la voz del príncipe.

—Conde —exclamó Diana—, ¿habéis oído?

—Ya lo oís, señora —contestó Enrique—, adiós, por última vez.

Y tendiendo la mano a Remy, se lanzó a la escalera.

Diana se aproximó a la ventana, trémula y azorada como un pájaro fascinado por una serpiente.

Vio al duque a caballo, distinguió perfectamente su rostro con la luz de las antorchas que llevaban los gendarmes y exclamó:

—¡Oh!, ¡vive!, ¡vive aún! —murmuró al oído de Remy, con un acento tan terrible que hizo retroceder de terror al fiel criado—; ¡vive!, pero nosotros vivimos también, ¡él se dirige a Francia!, pues bien, Remy, a Francia iremos también nosotros.

LXXIV

LA SEDUCCIÓN

Los preparativos de marcha de los gendarmes habían puesto en confusión y desorden toda la casa: después de la partida sucedió un profundo silencio al rumor de las armas y de las voces.

Remy esperó a que el ruido se fuese extinguiendo, y cuando cesó del todo y juzgó que la casa estaría completamente desierta, se encaminó a las habitaciones bajas para proceder a los preparativos de su marcha y a la de Diana.

Pero al llegar a la puerta de la sala baja quedó singularmente sorprendido al ver un hombre sentado al fuego con la cara vuelta hacia él.

Este hombre aguardaba indudablemente a Remy, porque al sentirlo tomó de repente el aire de la más profunda indiferencia.

Remy se aproximó a él, según su costumbre, con paso lento y vacilante, y descubrió su frente calva, y parecida a la de un anciano acabado por los años.

El hombre hacia quien se aproximaba Remy estaba de espaldas a la luz, por lo que no era fácil descubrir su rostro.

—Perdonad, señor, creí estar solo aquí.

—Yo también —respondió el interlocutor—, mas veo con placer que tengo compañía.

—¡Oh! y bien triste compañía —se apresuró a decir Remy—, porque a excepción de un joven enfermo que conduzco a Francia...

—¡Ah! —repuso al punto Aurilly, afectando toda la candidez de un honrado aldeano—, ya sé lo que queréis decir.

—¿Qué quiero decir? —preguntó Remy.

—Queréis hablar de esa joven.

—¿De qué joven? —repitió Remy tomando la defensa.

—No os enfadéis, mi buen amigo —le dijo Aurilly—; soy el mayordomo de la casa de Joyeuse, he seguido a mi joven señor por orden de su hermano, y al partir me ha recomendado el conde a una señora joven y a un viejo criado que tienen la intención de volverse a Francia, después de haberle seguido a Flandes.

Mientras hablaba se fue acercando a Remy con un semblante risueño y afectuoso. Se colocó en dirección al rayo de luz que despedía una lámpara, y en una posición que la claridad de aquélla le iluminaba por completo.

Remy pudo verle entonces completamente. Pero en vez de aproximarse a su interlocutor, retrocedió algunos pasos, y se dejó ver instantáneamente un sentimiento de terror en su desfigurado semblante.

—¿No respondéis?, cualquiera diría que os causo miedo —dijo Aurilly con un semblante risueño.

—Señor —respondió Remy fingiendo una voz temblona—, perdonad a un pobre anciano, a quien sus desgracias e infortunios han hecho desconfiado.

—Una razón más, amigo mío —replicó Aurilly—, para que aceptéis la ayuda y el apoyo de un honrado compañero. Os repito que vengo de parte de un señor que debe inspiraros confianza.

—Indudablemente, caballero.

Y Remy dio un paso atrás.

—¿Me abandonáis?

—Voy a consultar a mi señora; como comprenderéis, yo nada puedo decidir.

—¡Oh!, es muy natural; pero permitid que me presente yo también, y le explicaré detalladamente mi misión.

—No, no, gracias; puede que todavía esté durmiendo mi señora, y su sueño es sagrado para mí.

—Como queráis. Mas por mi parte nada más tengo que deciros, sino lo que mi señor me ha encargado os comunique.

—¿A mí?

—A vos y a vuestra señora.

—Vuestro amo el conde de Bouchage, ¿no es cierto?

—El mismo.

—Gracias, caballero.

Y cerrando la puerta de la estancia en donde quedaba Aurilly, tomó la escalera con una precipitación y un vigor tan extraordinario, que nadie habría podido creer fuese el mismo anciano que representaba sesenta años lo menos pocos momentos antes.

—¡Señora!, ¡señora! —exclamó Remy con voz trémula cuando llegó a la habitación de Diana.

—¿Qué ocurre de nuevo, Remy? —repuso ésta—; ¿no ha partido el duque todavía?

—Sí tal, señora; pero ha quedado aquí un demonio mil veces peor, mil veces más temible que él; un demonio para el cual he implorado incesantemente durante seis años la venganza del Cielo, del mismo modo que vos la habéis implorado para su señor.

—¿Es tal vez Aurilly? —preguntó Diana.

—Justamente; el infame ha quedado abajo por olvido sin duda de su amo.

—¡Olvidado por su amo!, no, Remy; olvidado, es imposible; tú que conoces al duque, debes saber muy bien que él no fía jamás al azar el cuidado de hacer daño, cuando puede hacerlo por sí mismo; ¡no, no, Remy, no puede ser! Aurilly no se ha quedado por olvido, sino para llevar a efecto algún plan siniestro de su señor; puedes estar convencido de ello.

—¡Oh!, respecto al duque, señora, creo cuanto se me diga, porque lo considero capaz de todo lo malo.

—¿Y Aurilly me ha reconocido?

—Me parece que no.

—¿Y a ti?

—¡Oh!, en cuanto a mí, señora —respondió Remy sonriendo con tristeza—, estoy seguro de que no.

—¿Pero sospechará acaso quién soy?

—Indudablemente no, puesto que ha solicitado el veros.

—Pues yo te digo, Remy, que si no me ha reconocido, abriga por lo menos vehementes sospechas.

—En ese caso el remedio es muy sencillo —repuso Remy con aire sombrío—, y yo doy gracias a Dios, muchas gracias porque se ha dignado trazarnos el camino que debemos seguir; el pueblo ha quedado desierto; el infame se halla solo y yo también lo estoy... he visto un puñal pendiente de su cintura... y yo traigo en la mía un magnífico cuchillo.

—Aguardad un momento, Remy, un momento más —dijo Diana—; yo no os disputaré la vida de ese miserable, pero antes de quitársela es preciso saber qué pretensiones tiene respecto a nosotros, y si en la situación en que nos encontramos podemos sacar partido del mal que quiere hacernos. Veamos, Remy, ¿de qué modo se os ha presentado?

—En calidad de mayordomo del señor de Bouchage.

—Ya lo ves, miente; luego algún interés le impulsa a ello. Procuraremos por tanto saber lo que quiere, y disimulemos por nuestra parte cuanto nos sea posible.

—Estoy en absoluto a vuestras órdenes.

—¿Y qué pretende en este momento?

—Quiere acompañaros.

—¿Con qué pretexto?

—Como mayordomo del conde.

—Ve a decirle que acepto.

—¡Oh!, señora.

—Dile también que estoy haciendo mis preparativos para ir a Inglaterra, pero que no me hallo enteramente decidida a emprender este viaje; no importa que mientas como él lo ha hecho, Remy; para vencer es necesario cuando menos combatir con armas iguales.

—Pero entonces podrá reconocernos.

—¿Te has olvidado de que tengo una careta?, prescindiendo de que, mucho me engaño, si no sabe quién soy, Remy.

—En ese caso, señora, reflexionadlo bien, porque indudablemente os tiende algún lazo.

—Aun cuando así fuese, el mejor medio de eludirlo será fingir que hemos caído en él.

—No obstante...

—Veamos, Remy, ¿qué temes? ¿Conoces alguna cosa peor que la muerte?

—No.

—Pues bien; ¿no estás resuelto a morir en cumplimiento de nuestro voto?

—Sí tal; pero no a morir sin alcanzar la venganza.

—Remy, Remy —dijo Diana lanzándole una mirada en la que veía brillar una exaltación salvaje—, tranquilízate; los dos nos vengaremos, tú del criado y yo del señor.

—Está bien, señora, está bien; quedamos en eso.

—Vete tranquilo, amigo mío.

Remy se dirigió en busca de Aurilly no del todo satisfecho, porque al ver a éste había sentido a pesar suyo un estremecimiento de nervios de espanto como el que inspira la

vista de un reptil, y quería matarle, porque le había infundido miedo.

Así es que conforme iba aproximándose al sitio en que había quedado el confidente del duque de Anjou, se fortalecía en su propósito, y al abrir la puerta se hallaba muy dispuesto, a pesar de las órdenes de Diana, a interrogar a Aurilly, a confundirle si encontraba en él las malas intenciones que él sospechaba, y a darle de puñaladas en el acto.

De esta manera entendía Remy la diplomacia.

Aurilly le aguardaba con impaciencia, y había abierto la ventana para abarcar de una mirada todas las salidas.

Remy se acercó a él después de tomar dicha resolución, y le dirigió la palabra en un tono que revelaba la más completa calma.

—Caballero —le dijo—, mi señora no puede aceptar la proposición que le habéis hecho.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque no sois, como habéis dicho, el mayordomo del señor de Bouchage.

Aurilly se puso pálido.

—¿Quién os ha dicho tal cosa? —preguntó en seguida.

—Nadie; pero es muy sencillo el adivinarlo, puesto que el señor de Bouchage únicamente me ha recomendado al despedirme la persona a quien acompaño, sin decirme tocante a vos una palabra siquiera.

—Eso es muy natural, puesto que no me ha visto sino después de haberse despedido de vos.

—Es mentira, caballero, es mentira.

Aurilly se aproximó a su interlocutor dirigiéndole una mirada amenazadora; Remy presentaba la figura de un achacoso anciano.

—¡Vive Dios! —repuso aquél—, que me hallo muy poco dispuesto a sufrir vuestro insolente tono, y debíais tener en cuenta que sois viejo y débil, mientras que yo soy joven y fuerte.

Remy se sonrió y no contestó una palabra.

—Sí: y si os quisiese mal a vos y a vuestra ama, no tendría más que levantar la mano.

—¡Oh! ¡Oh! —repuso Remy—, puede ser que yo me haya engañado, ¿estaríais acaso interesado en procurar su bien?

—Sin duda.

—Decidme entonces cuáles son vuestros deseos.

—Amigo mío —replicó Aurilly—, yo quiero hacer vuestra fortuna de un golpe, si estáis dispuesto a servirme.

—¿Y si no lo estoy?

—Si no lo estáis, os diré correspondiendo a vuestra franqueza, que os arrancaré la vida.

—¡Arrancarme la vida! —repitió Remy con sarcástica sonrisa.

—Precisamente; estoy plenamente autorizado para ello.

Remy respiró.

—Pero para que yo os pueda servir —prosiguió éste—, es preciso al menos que conozca vuestros proyectos.

—Helos aquí: como habéis dicho muy bien, yo no soy el mayordomo del señor de Bouchage.

—¡Ah! ¿Pues quién sois entonces?

—Yo sirvo a un amo mucho más poderoso.

—No vayáis a mentir de nuevo.

—¿Con qué objeto?

—Conozco muy pocas casas que sean más nobles y más poderosas que la del señor de Joyeuse.

—¿Creéis que lo sea la casa de Francia?

—¡Oh!, ¡oh! —murmuró Remy.

—He aquí de qué modo acostumbra pagar a los que la sirven —añadió Aurilly dejando caer en las manos de su interlocutor uno de los cartuchos que le había entregado el duque de Anjou.

Remy se estremeció al contacto de aquella mano, y se hizo un paso atrás.

—¿Sois de la casa real? —le preguntó luego con una candidez, que hubiera hecho honor al más astuto farsante.

—No; sirvo al hermano de Su Majestad, al señor duque de Anjou.

—¡Ah!, muy bien; tendré a grande honor ser el más humilde criado del señor duque.

—Perfectamente.

—Pero... ¿y después?

—¿Cómo después?

—Sí; ¿qué debo hacer después para servir a monseñor?

—Monseñor, querido mío —repuso Aurilly aproximándose a Remy, y procurando hacer tomar a éste el cartucho de dinero—, está enamorado de vuestra señora.

—Pues qué, ¿la conoce tal vez?

—La ha visto.

—¡La ha visto! —exclamó Remy llevando la mano a la guarnición de su puñal—; ¿y cuándo la ha visto?

—Esta noche.

—Es imposible; mi señora no ha salido de su aposento.

—No digo lo contrario; pero el príncipe, en prueba de que está locamente enamorado, ha hecho lo que en igualdad de circunstancias le hubiera ocurrido a un estudiante.

—¿Pues qué ha hecho?

—Tomar una escalera y encaramarse al balcón.

—¡Ah! —repuso Remy conteniendo los impetuosos latidos de su corazón—. ¿Conque se ha valido de ese medio?

—A lo que parece, la señora es hermosísima —añadió Aurilly.

—¿No la conocéis?

—No, pero después de lo que me ha dicho monseñor, ardo en deseos de verla, aun cuando sólo sea para formar juicio de la exageración con que el amor pinta los objetos. Quedamos, pues, convenidos en que estaréis de nuestra parte.

Y Aurilly procuró por tercera vez obligar a Remy a que aceptase el cartucho.

—Sí que lo estaré —repuso Remy rechazando la mano de Aurilly—; pero antes es necesario que mé digáis el papel que he de representar en los sucesos que estáis preparando.

—Ante todo, decidme vos si la dama que está allá arriba es querida del señor de Bouchage o de su hermano.

Remy se puso rojo de cólera, y contestó reprimiéndose con grande dificultad:

—Ni de uno ni de otro; mi señora no tiene ningún amante.

—¡Ningún amante!, entonces es un bocado digno de un rey en todos conceptos; ¡una mujer que no tiene amante!, ahí es nada; hemos hallado la piedra filosofal.

—¿Conque decíais —preguntó Remy—, que monseñor el duque de Anjou está enamorado de mi señora?

—Sí.

—¿Y cuáles son sus deseos?

—Sus deseos son que sea conducida a Chateau-Thierry, adonde Su Alteza se encamina a marchas dobles.

—He ahí una pasión que no deja de ser bastante repentina.

—Monseñor tarda poco en apasionarse.

—No veo sino un obstáculo —dijo Remy.

—¿Cuál?

—Que mi señora piensa embarcarse para Inglaterra.

—¡Diantre! Pero he aquí precisamente en lo que podéis serme útil, decididla.

—¿A qué?

—A tomar el camino opuesto.

—No conocéis a mi señora, es una mujer que tiene sus ideas; pero, a pesar de todo, supongamos que se dirija a Francia en vez de marchar a Inglaterra. ¿Creéis, por ventura, que luego que esté en Chateau-Thierry, cederá a los deseos del príncipe?

—¿Y por qué no?

—Ella no ama al duque de Anjou.

—¡Bah!, se ama siempre a un príncipe de la sangre.

—Mas sospechando el duque de Anjou que mi señora ama al conde Bouchage o al duque de Joyeuse, ¿cómo ha podido concebir el proyecto de arrebatarla al que ella ama?

—Buen hombre —dijo Aurilly—, tienes ideas muy vulgares, y seguramente no nos entenderemos según veo: en nuestra discusión, he preferido la dulzura a la violencia, mas si me obligáis a cambiar de conducta, cambiaré.

—¿Y qué haríais en ese caso?

—Ya te lo he dicho, tengo plenos poderes del príncipe: te mataré, por consiguiente, sin

ningún cuidado, y me llevaré a tu señora.

—¿Confiáis en la impunidad?

—Confío en todo lo que mi señor me ha hecho confiar. Acabemos, ¿decides a tu señora a venir a Francia?

—Lo intentaré, pero no puedo responder de nada.

—¿Cuándo tendré la respuesta?

—En cuanto suba a su aposento y la consulte.

—Sube, pues, te espero.

—Os obedezco, señor.

—Por última vez, buen hombre, ya sabes que tengo en mi mano tu vida y tu fortuna.

—Lo sé.

—Basta, marcha ya, cuidaré de los caballos durante tu ausencia.

Mientras que Remy subía, Aurilly, como si estuviese seguro del cumplimiento de sus esperanzas, se dirigió a las caballerizas.

—¿Y bien? —interrogó Diana al ver entrar a Remy.

—¡Ah!, señora, el duque os ha visto.

—¡Y qué!

—Os ha visto, y os ama.

—¿Que el duque me ha visto, que el duque me ama! —exclamó Diana—, ¿seguramente deliras, Remy?

—No, os digo sólo lo que me han dicho.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Ese hombre!, ¡ese Aurilly!, ¡ese infame!

—Mas si me ha visto, me habría reconocido indudablemente.

—Si el duque os hubiese reconocido, Aurilly no osaría presentarse delante de vos, para hablaros de amor de parte del príncipe; no, el duque no puede haberos reconocido.

—Tienes razón, Remy; tantas cosas han ocupado hace seis años a ese hombre infernal, que indudablemente me ha olvidado. Sigamos a ese hombre, Remy.

—Sí, pero ese hombre puede reconoceros.

—¿Crees acaso que tenga más memoria que su señor?

—¡Oh!, sí, porque tiene un interés en acordarse, en tanto que el príncipe lo tiene en olvidar: que él olvide en su vida relajada, en su ceguedad, en su lujuria, que el asesino de sus amores olvide, es muy natural. Si no olvidase, ¿cómo había de vivir? Pero Aurilly no habrá olvidado, y si ve vuestro rostro, creerá que sois una sombra vengadora y os denunciará.

—Remy, creo haberte dicho que traía una careta, y creo también haberte oído decir, que tenías un puñal.

—Es verdad, señora, empiezo a creer que Dios nos presta su auxilio para castigar a los malvados.

Entonces llamó a Aurilly desde lo alto de la escalera.

—Señor, señor.

—¡Y bien! —interrogó Aurilly.

—Mi señora agradece al conde de Bouchage el cuidado que ha tenido por su seguridad y acepta con reconocimiento vuestras ofertas.

—Perfectamente —respondió Aurilly—; prevenidle, pues, que los caballos están prontos.

—Venid, señora, venid —dijo Remy ofreciendo el brazo a Diana.

Aurilly esperaba al final de la escalera, tenía la lámpara en la mano, y demostraba un vivo deseo de ver el semblante de la desconocida.

—¡Diantre! —murmuró; viene enmascarada, ¡oh!, pero de aquí a Chateau-Thierry, con el uso se romperán los cordones de seda que la sostienen.

LXXV

EL VIAJE

Se pusieron todos en marcha.

Aurilly afectaba con Remy un tono de perfecta igualdad, y con Diana el más profundo respeto.

Sin embargo, muy fácil le fue a Remy ver que estas muestras de respeto no eran desinteresadas.

Efectivamente, tener el estribo cuando una mujer monta a caballo, o cuando baja de él: vigilar con la mayor solicitud todos sus movimientos, y no dejar escapar la menor ocasión de recoger su guante, de abrochar su capa, es el papel de un amante, de un fiel servidor, o de un astuto curioso.

Por lo respectivo al guante, Aurilly lograba ver más de cerca la mano; y en cuanto a la capa, podía más fácilmente dirigir su vista a través de la máscara; teniendo el estribo podía por un descuido descubrir algo de aquel rostro que el príncipe, en sus confusos recuerdos, no había logrado conocer, pero que Aurilly con su feliz memoria esperaba reconocer perfectamente.

Mas el músico tenía que habérselas con un astuto adversario; Remy reclamaba sus servicios cerca de su señora, y se mostraba celoso por los cuidados de Aurilly.

Diana, sin dar a entender que sospechaba las causas de esta prueba de fidelidad por parte del que Aurilly miraba como un antiguo criado, y queriendo aliviarle de una parte de su pena, pidió a Aurilly dejase hacer a Remy todo aquello que por su posición le correspondía.

Aurilly se vio obligado durante algunas jornadas a desistir de sus pretensiones, y a aguardar que el sol, la lluvia o la casualidad le deparase una ocasión favorable.

Pero sus esperanzas se vieron frustradas, porque ni el sol ni la lluvia obligaron a la dama a quitarse su careta, y cuando hacían alto para comer, ésta lo hacía en una pieza separada.

Aurilly llegó a comprender, que si él no reconocía a la dama, en cambio era reconocido por ésta; en vano trató de mirar por la cerradura, pues que la dama tenía el cuidado de colocarse dando la espalda a la puerta; tampoco pudo verla por las ventanas, porque ella tenía muy buen cuidado de cubrirlas con cortinas, y cuando éstas faltaban, con las capas de los viajeros.

Cuantas tentativas intentó hacer para seducir a Remy fueron inútiles, porque el fiel criado había adoptado la prudente medida de responder a todo, que él no tenía más voluntad que la de su señora.

—Pero estas precauciones —preguntaba Aurilly—, ¿están tomadas para mí solo?

—No, para todo el mundo.

—No obstante, el señor duque de Anjou la ha visto; prueba inequívoca de que no las tomaba entonces.

—Sería una casualidad, una pura casualidad —respondía Remy—, y precisamente por haber sido vista a pesar suyo por el señor duque de Anjou, es por lo que ha aumentado

sus precauciones para no ser vista de ningún otro.

Los días iban transcurriendo y ya se hallaban muy próximos al término de su viaje, sin que la curiosidad de Aurilly hubiese sido satisfecha. La Picardía se presentaba muy próxima a sus ojos, y el cómplice del duque, que durante tres o cuatro días había puesto en juego todos sus recursos para conseguir ver el semblante de la dama, valiéndose de halagos unas veces y de amenazas otras, principiaba ya a perder la paciencia, y sus malos instintos naturales iban recobrando sobre él todo su ascendiente.

Hubiera podido decirse con fundamento que presentía que bajo el velo de aquella mujer se escondía un secreto mortal.

Un día procuró quedarse un poco atrás con Remy, e intentó nuevamente sus tentativas de seducción, que fueron rechazadas por éste según costumbre.

—En resumidas cuentas —dijo Aurilly—, es preciso que un día u otro vea yo el semblante de tu señora.

—Sin duda que sí —contestó Remy—: pero ese día será cuando guste mi señora de ello, y no cuando a vos os plazca.

—Sin embargo, si yo quisiera valerme de la fuerza... —añadió Aurilly.

Los ojos de Remy despidieron un rayo de luz, que no le fue posible reprimir.

—Haced la prueba —dijo a su interlocutor.

Aurilly había visto este rayo, y comprendió de un golpe toda la energía de que era susceptible aquel a quien hasta entonces tomaba por un anciano; en seguida continuó riendo:

—¡Qué loco soy!, ¿qué me importa ver el semblante de vuestra ama?, ¿no es la misma que ha visto el señor duque de Anjou?

—La misma.

—¿No es la que Su Alteza me ha ordenado conducir a Chateau-Thierry?

—Sí.

—Es todo cuanto necesito saber; el que está enamorado de ella es monseñor, yo no; y con tal de que no tratéis de fugaros...

—¡Bah!, ¿os hemos dado motivo para que lo sospechéis siquiera?

—No.

—Nuestra intención es tan distinta, que aun cuando vos mismo huyerais, continuaríamos nuestra marcha hacia Chateau-Thierry; porque si el duque tiene deseos de vernos, también nosotros los tenemos de ver a Su Alteza.

—Entonces —dijo Aurilly—, estamos completamente de acuerdo.

Y queriendo asegurarse de si el deseo que habían manifestado Remy y su compañera de no cambiar de camino era verdadero, preguntó a éste:

—¿Querría vuestra ama detenerse aquí algún rato? —y le indicaba una especie de hostería que había al lado del camino.

—Ya sabéis —contestó Remy—, que mi ama no gusta de detenerse sino en poblado.

—He visto que lo ha hecho así, mas no he reparado en ello.

—Tal es su voluntad.

—No diré lo contrario, pero yo pienso de distinto modo, y voy a detenerme aquí un instante; seguid, pues, vuestra marcha, que yo os alcanzaré luego.

Y Aurilly señaló a Remy el camino, dirigiéndose en seguida al hostelero, el cual se le iba aproximando con aire respetuoso, y dando evidentes muestras de que el recién llegado no le era desconocido.

Remy fue a incorporarse a su señora, la cual le interrogó: —¿Qué os decía?

—Lo de siempre.

—¿No desiste de saber quién soy?

—Todo lo contrario.

Diana dejó entrever bajo su careta una casi imperceptible sonrisa.

—Vivid prevenida —prosiguió Remy—, porque está furioso.

—Pierde cuidado —repuso Diana—, no me verá; yo te respondo de ello.

—Pero cuando hayamos llegado a Chateau-Thierry tendréis que abandonar la careta y...

—Entonces, Remy, será para ellos demasiado tarde, y además debes tener presente que su amo no me ha reconocido.

—¡Oh!, pero estoy seguro de que el criado os reconocerá.

—No obstante, ya ves que ni mi voz ni mis modales han suscitado en él ningún recuerdo.

—No importa, señora —dijo Remy—, todos estos misterios de que nos ve rodeados Aurilly, desde hace ocho días no existían para el príncipe, y, por consiguiente, no han excitado su curiosidad, ni despertado sus recuerdos; pero Aurilly es otra cosa; Aurilly, que ya ha concebido vehementes sospechas, no podrá menos de reconocerlos en el instante en que os descubráis.

Aquí llegaban de su conversación cuando fueron interrumpidos por Aurilly, el cual había tomado un camino de travesía y los había seguido sin perderlos de vista, confiado en poderles sorprender algunas palabras.

El repentino silencio que Diana y Remy guardaban al verle, le indicaba de un modo muy significativo que su presencia les servía de estorbo, y por tanto resolvió caminar a alguna distancia como solía hacerlo otras veces.

Aurilly tenía, efectivamente, algunas sospechas, como Remy había dicho muy bien; mas pudiera decirse que su desconfianza era instintiva, puesto que su espíritu había formado una infinidad de conjeturas, de las cuales ninguna se aproximaba a la realidad.

El no atinaba a explicarse por qué se le ocultaba con tanto empeño aquel semblante que más tarde o más pronto tenía que ver indispensablemente.

Para llevar a cabo su proyecto con más facilidad creyó conveniente aparentar que había renunciado a él por completo, y desde aquel instante lo puso en práctica, manifestándose durante el resto del viaje el más complaciente compañero del mundo.

Al observar Remy este cambio no pudo menos de demostrar alguna inquietud, y terminada que fue la jornada de aquel día, se alojaron como de costumbre, escogiendo para la señora una habitación separada.

A la mañana siguiente, y pretextando que la jornada era larga, partieron al despuntar el día, y a las doce de la mañana hicieron alto para que descansaran los caballos, volviendo a emprender el camino a las dos.

Serían las cuatro de la tarde cuando vieron a lo lejos el majestuoso bosque de La-Fére, el cual presentaba ese aspecto sombrío y misterioso que es peculiar de las selvas del Norte; pero este aspecto tan imponente para las naturalezas meridionales, no causaba influencia alguna sobre Diana y Remy, que se hallaban habituados a ver los frondosos bosques de Anjou y de la Sologne.

Así, pues, al distinguir el bosque de La-Fére, solamente cambiaron entre sí una mirada, como si ambos hubiesen comprendido que allí había de verificarse el desenlace del suceso que los tenía tan preocupados.

A las seis de la tarde llegaron al bosque, y a la media hora de caminar por él el sol declinaba ya hacia su ocaso.

Crujían los árboles impelidos por un viento impetuoso, que, despojándolos de sus hojas, las arrastraba, formando torbellinos, a un inmenso estanque que se perdía entre la espesura, y el cual bañaba los bordes del camino.

La lluvia que caía a torrentes había inundado el terreno arcilloso del mismo, el cual se había puesto intransitable; pero Diana, que se sostenía admirablemente a caballo y a la que importaba muy poco su propia seguridad, había abandonado las riendas de su cabalgadura, a la cual dejaba marchar libremente y a su antojo: Aurilly marchaba a su derecha y Remy al lado opuesto.

Aurilly iba inmediato a la orilla del estanque, y Remy marchaba por el centro del camino; ninguna criatura humana se veía bajo aquellos sombríos arcos de verdura formados por los árboles.

Cualquiera hubiera dicho que aquella frondosa selva era uno de esos bosques encantados cuyo monótono silencio era únicamente interrumpido por el aullido de los lobos.

De este modo iban caminando, cuando sintiendo Diana que la silla de su caballo iba inclinándose hacia un lado, llamó a Remy, el cual echó pie a tierra con la rapidez del rayo, y se inclinó para apretar las cinchas.

Aprovechando Aurilly aquella favorable coyuntura se acercó a Diana, y cortando con su puñal el cordón de seda que sujetaba su careta, tiró de ella tan rápidamente, que la dama no tuvo tiempo siquiera para llevarse la mano a la cara.

Diana y Aurilly se lanzaron una terrible mirada, y el semblante de ambos se cubrió de una mortal palidez, dejando ver un gesto a cual más amenazador.

Aurilly sintió que un sudor frío inundaba su frente, y dejando caer al suelo la careta y el puñal, juntó las manos y exclamó con acento de desesperación:

—¡Qué veo!... ¡La dama de Monsoreau!...

—¡Oh! ¡Vive Dios, no volverás a pronunciar ese nombre!... —gritó Remy, asiendo a Aurilly por la cintura, y lanzándolo fuera de la silla.

Aurilly hacía vigorosos esfuerzos para recoger su puñal.

Pero Remy le sujetó poniéndole la rodilla sobre el pecho, y le dijo:

—No, Aurilly, no te moverás de este sitio; te cansarás en balde.

Al oír estas palabras, se descorrió completamente el velo que obscurecía los recuerdos del cómplice del duque de Anjou, el cual exclamó lleno de terror: —¡Haudoin!... ¡Oh!... ¡muerto soy!...

—No, todavía no —dijo Remy poniendo la mano izquierda sobre la boca del miserable,

que pugnaba en vano por desasirse de él—; todavía no, pero te restan que vivir pocos momentos.

Y desenvainando con la mano derecha su cuchillo, le dijo: —¡Ahora!, tienes razón, Aurilly; ya estás muerto, y bien muerto.

Y así diciendo introdujo el acero en la garganta del músico, el cual lanzó un gemido inarticulado.

Diana había separado la vista por no presenciar tan terrible espectáculo y seguía apoyada en la perilla de la silla, sobrecogida de espanto, pero sin dejar vislumbrar en su semblante el más imperceptible rayo de piedad.

No obstante, cuando al volver la cabeza vio la hoja del cuchillo de Remy teñida de sangre, sintió un mortal desvanecimiento, y cayó al suelo atacada de un profundo desmayo.

A pesar de verla en tan terrible estado, Remy no se movió del lado de su víctima, y después de registrar los bolsillos de Aurilly, y de quitarle los dos cartuchos de monedas de oro que encontró en ellos, le ató al cuello una enorme piedra, y lo arrojó al estanque.

La lluvia continuaba cayendo a mares.

—¡Dignaos, Dios mío —dijo Remy—, encubrir las huellas de vuestra justicia, pues aún hay que castigar otros culpables!

Y lavándose las manos en la sombría agua del estanque, tomó en sus brazos a Diana que continuaba desmayada, y colocándola en su caballo, montó a su vez sobre el suyo para sostenerla.

El caballo de Aurilly, espantado por los aullidos de los lobos que se aproximaban al sitio de la escena que acabamos de describir, atraídos por sus carnívoros instintos, se internó en el bosque corriendo a todo galope.

Cuando Diana volvió de su desmayo, los dos viajeros emprendieron de nuevo el camino hacia Chateau-Thierry, sin cambiar una palabra siquiera.

LXXVI

CHICOT SE CONVIDA A SÍ MISMO

En la mañana siguiente al día en que tuvieron lugar los sucesos ocurridos en el bosque de La-Fére, de los cuales hemos dado cuenta a nuestros lectores en el anterior capítulo, el rey de Francia salía del baño, y su ayuda de cámara, después de cubrirlo con una manta de finísima lana, y de haber enjugado su cuerpo con dos magníficas toallas de Persia, abandonó el puesto a los peluqueros y perfumistas, los cuales lo cedieron a los cortesanos.

Cuando éstos salieron a su vez de la real cámara, el rey Enrique hizo llamar a su mayordomo para advertirle que sentía algún apetito, y que, por consiguiente, quería tomar alguna cosa más comfortable que la taza de caldo con que se desayunaba todas las mañanas.

Esta buena noticia, que corrió rápidamente en el interior del Louvre, produjo en los habitantes de él una verdadera alegría; al muy corto rato de haber sido comunicada por el rey a su mayordomo, y cuando comenzaba a salir de las cocinas el grato olor que exhalaban las viandas que habían de servir para el real almuerzo, el coronel de guardias señor Crillon se presentó en la cámara de Enrique para tomar sus órdenes.

—A fe mía, buen Crillon —le dijo el rey—, que por esta mañana podrás cuidar de la seguridad de nuestra persona del modo que mejor te agrade; pero te ruego que por cuanto hay en el mundo no me obligues a dictar la más insignificante providencia, porque me he levantado hoy de buen humor y además tengo hambre, amigo mío; un hambre deliciosa, ¿lo entiendes?

—Vaya si lo entiendo, señor —contestó el coronel de guardias—, lo entiendo tanto mejor, cuanto que por mi parte siento también un más que regular apetito.

—¡Oh!, eso no es nuevo en ti, Crillon —dijo el rey soltando una carcajada—, tú siempre tienes hambre.

—No siempre, señor; Vuestra Majestad exagera un poco; yo no tengo gana de comer más de tres veces al día. ¿Y Vuestra Majestad?

—¡Ah!, yo sólo una vez al año, y además cuando recibo buenas noticias.

—¡Diantre!, ¿de modo que por lo visto habéis recibido buenas noticias? Eso, eso es tanto mejor, cuanto que, si no me equivoco, escaseaban mucho de algún tiempo a esta parte,

—Así es la verdad, Crillon, pero ya conoces aquel proverbio.

—¡Ah!, sí; "cuando escasean las noticias señal de buenas noticias"; ¿no es esto? Yo confío poco en los proverbios, señor, y en éste menos que en otro alguno; ¿no sabéis nada respecto a Navarra?

—Nada.

—¿Nada?

—Absolutamente nada, lo cual me prueba que aquello se halla tranquilo.

—¿Y de Flandes?.

—Tampoco sé nada.

—¿Nada? Eso prueba que allí se baten perfectamente. ¿Y de París?

—Tampoco.

—Lo cual quiere decir que se conspira grandemente.

—¡Bah!, niñadas, Crillon, niñadas; y a propósito de niños. ¿Sabes que creo que voy a tener uno?

—¡Vos, señor! —exclamó Crillon en el colmo de la admiración.

—Sí, la reina ha soñado esta noche que estaba encinta.

—De todos modos, señor...

—¿Qué?

—Me llena de alegría el saber que os habéis levantado hoy con buen apetito, y con permiso de Vuestra Majestad voy a retirarme.

—Adiós, Crillon, adiós.

—¡Diantre!, bien podía Vuestra Majestad invitarme a almorzar, ya que os sentís tan bien dispuesto.

—¿Por qué, Crillon?

—Porque dicen que Vuestra Majestad se mantiene del aire, lo cual le hace adelgazar, porque el aire no es bueno, a lo menos así a secas, y yo quisiera poder contestarles: "¡Cuerpo de Cristo!, ésas son puras calumnias, el rey come ni más ni menos que todo fiel cristiano."

—No, Crillon, no, al contrario, deja que crean lo que les plazca; a la verdad, más vergüenza me daría el comer como cualquiera hijo de vecino delante de mis súbditos. Porque has de tener entendido, Crillon, que un rey debe conservarse siempre en una situación poética, y solamente debe aparecer con magnificencia y aparato. Y si no, te citaré un ejemplo.

—Ya escucho, señor.

—Acuérdate del rey *Alexander*.

—¿De qué rey *Alexander*?

—De *Alexander Magnus*. Aunque es verdad que tú no sabes latín. Pues como iba diciendo: Alejandro gustaba mucho de bañarse delante de sus soldados, porque Alejandro era hermoso y bien conformado, lo que hacía que le comparasen con Apolo y aun con el mismo Antinoo.

—¡Ah, señor! —exclamó Crillon—, haríais el mayor desatino en imitarle bañándoos en presencia de los vuestros, porque vos estáis muy flaco, mi pobre señor.

—Anda, anda, valiente Crillon —le dijo Enrique dándole una palmada en el hombro—, eres un excelente animal, tú no me adulas, no; no eres como los cortesanos, amigo mío viejo.

—Es que tampoco me convidáis a almorzar —repuso Crillon riendo con sinceridad y despidiéndose del rey más bien contento que disgustado, porque el golpecillo en el hombro substituyó a la falta de desayuno.

Crillon se marchó, y la mesa se puso al momento.

El repostero se había excedido a sí mismo: una pepitoria de perdices con *puré* de trufas

llamó desde luego la atención del rey, cuyo apetito se había estimulado ya con algunas docenas de riquísimas ostras.

Por esta vez se había olvidado el caldo de costumbre con que el monarca solía confortarse. En balde dirigió sus grandes ojos a su taza de oro; sus ojos mendicantes, como hubiera dicho Teófilo, no obtuvieron nada para Su Majestad.

El rey empezó el ataque por la pepitoria de perdices.

Estaba como al cuarto bocado de este exquisito plato, cuando sintió pasos que se deslizaban ligeramente sobre el pavimento, una silla crujió rodando, y una voz harto conocida para Su Majestad pidió con acento brusco:

—Un cubierto.

El rey volvió la cabeza, exclamando:

—¡Hola, Chicot!

—El mismo que viste y calza.

Y Chicot, volviendo a sus hábitos de costumbre, tomó asiento francamente, cogió un tenedor y echando limón en la misma fuente de las ostras, comenzó a engullirse las mejores, sin agregar una sola palabra.

—¿Tú aquí, ya de vuelta? —exclamó Enrique.

—¡Chito! —contestó Chicot con la boca llena y haciendo un signo con la mano.

Y se aprovechó de esta exclamación del rey para atraer hacia su plato la pepitoria de perdices.

—¡Alto ahí, Chicot!, ¡ése es mi plato! —dijo Enrique alargando la mano para detener el movimiento usurpador.

Chicot y su príncipe partieron como hermanos, llevándose cada uno la mitad.

Luego se sirvió una buena dosis de vino; de la pepitoria, pasó a una empanada de atún, del atún a unos cangrejos rellenos, engulléndose por último y como en desquite una gran taza del famoso caldo real. Luego, dando un suspiro de plenitud, exclamó:

—Ya no tengo hambre.

—¡Bien lo creo!, pardiez, ¡amigo Chicot!

—¡Hola!... buenos días, mi rey, ¿cómo te va? Te encuentro hoy con rostro alegre.

—No hay tal cosa, Chicot.

—Y admirables colores.

—¡Hem!

—¿Estás en ti?

—¡Diablo!

—Entonces te haré mi cortesía.

—Lo cierto es que me encuentro dispuesto como nunca.

—Tanto mejor, rey mío.

—¡Es verdad!, mas tu desayuno no debía concluir con eso; te faltan aún algunas golosinas.

—Aquí hay cerezas confitadas por las señoras de Montmartre.

—Tienen demasiado azúcar.

—Nueces rellenas de vino de Corinto.

—¡Quita allá!, ¿dónde han olvidado los pepinos en vino?

—Nunca te contentas con nada.

—Es que a fe de hombre de honor, veo que todo se va adulterando, hasta el arte culinario, y que en tu corte se vive cada día peor.

—¿Se vive mejor en la del rey de Navarra? —preguntó Enrique riéndose.

—¡Psche!... No diré que no.

—Entonces debe haber habido gran mudanza.

—¡Oh!, respecto a eso, no creo poder decir otro tanto, amado Enrique.

—Háblame un poco de tu expedición, que con eso me distraeré algún tanto.

—De buena gana, justamente no he venido con otro objeto. ¿Por dónde quieres que dé principio?

—Por el principio: ¿cómo has hecho el viaje?

—¡Oh!, fue un verdadero paseo.

—¿No has tenido molestias en el camino?

—Hice un viaje de damas.

—¿Y malos encuentros?

—¡Vaya, vaya! ¿Acaso se atrevería nadie a mirar al soslayo a un embajador de Su Majestad Cristianísima? Tú calumnias a tus súbditos, hijo mío.

—Decía esto —repuso el rey halagado de la tranquilidad que reinaba en sus dominios—, porque no llevando carácter oficial, ni siquiera aparente, podías correr algún peligro.

—Pues yo te digo, Enrique, que posees el reino más encantador de todos los reinos: a los viajeros se les mantiene gratis, se les hospeda por amor de Dios, no caminan sino sobre flores, y las carreteras están alfombradas de terciopelo con franjas de oro; parece increíble, pero es así.

—En fin, tú estás satisfecho, ¿no es verdad, Chicot?

—Encantado.

—Sí, sí, mi policía está muy bien montada.

—¡Admirablemente!, es necesario hacerle esa justicia.

—¿Y los caminos seguros?

—Como el del Cielo; no se hallan más que ángeles que pasan cantando las alabanzas del rey.

—Chicot, volvemos a Virgilio.

—¿A qué pasaje de Virgilio?

—A las Bucólicas. *O fortunatos nimium!*

—¡Ah! Perfectamente; ¿y por qué esa excepción en favor de los labradores, hijo mío?

—¡Válgame Dios!, porque no sucede lo mismo en las ciudades.

—La verdad es, Enrique, que las ciudades son unos centros de corrupción.

—Apelo a tu testimonio: tú andas quinientas leguas sin tropiezo.

—Sí, por cierto, mas en andas.

—Y yo voy solamente a Vincennes, que son tres cuartos de legua.

—¿Y qué?

—¡Y qué! Que a poco más me matan en el camino.

—¡Bah, bah, bah! —exclamó Chicot.

—Yo te lo contaré, amigo mío; estoy tentado a mandar imprimir la relación circunstanciada de este suceso; sin mis Cuarenta y Cinco a estas horas estaría tan muerto como mi abuelo.

—¡De veras! ¿Y dónde ha sucedido eso?

—Querrás decir dónde debía suceder.

—Sí.

—En Belesbat.

—¿En las cercanías del convento de nuestro amigo Gorenflot?

—Justamente.

—¿Y cómo se ha portado nuestro amigo en esa ocasión?

—Admirablemente, Chicot, como de costumbre; yo no sé si por su parte habría oído decir alguna cosa; pero en lugar de roncar, como hacen a esa hora todos mis frailes holgazanes, estaba de centinela en su balcón, mientras que toda la comunidad guarnecía la carretera.

—¿Y no hizo nada más?

—¿Quién?

—Don Modesto.

—Me ha bendecido con esa majestad que le es característica, Chicot.

—¿Y sus frailes?

—Dieron un ¡viva el rey! a grito herido.

—¿Y tú no has advertido ninguna otra cosa?

—¿Qué otra cosa?

—Que llevasen alguna arma debajo de su coraza.

—Iban completamente armados, amigo Chicot. Y he ahí donde yo reconozco la previsión del digno prior; he ahí por qué yo he calculado: este hombre lo sabía todo, y sin embargo este hombre no dijo una palabra, ni me ha preguntado nada; no ha venido, como d'Epernon, al día siguiente a saquearme todos mis bolsillos, diciéndome: Señor, por haber salvado al rey.

—¡Oh!, tocante a eso, era incapaz de hacerlo; además de que sus manos no entrarían en tus bolsillos.

—No hay que burlarse, Chicot, con don Modesto, que es uno de los grandes hombres que honrarán mi reinado, y más te digo; que en la primera ocasión le mando hacer obispo.

—Y harás muy bien, rey mío.

—Observa una cosa, Chicot —dijo el rey tomando su aire pensativo—, cuando sale de

las filas del pueblo un hombre sobresaliente, es perfecto: nosotros los caballeros adquirimos ciertas virtudes y ciertos vicios de familia o de raza, que nos colocan en la clase de especialidades históricas. Así, por ejemplo, los Valois son finos y sutiles; valientes, pero desidiosos: los Lorena son ambiciosos y avaros, con ideas de intriga y de agitación: los Borbones son sensuales y circunspectos, pero sin ideas propias, ni fuerza, ni voluntad: ve si no a Enrique. Cuando la Naturaleza, por el contrario, forma de primera mano a un hombre que nace de la nada, no emplea más que su finísimo barro; así ves que tu Gorenflot es completo.

—¿Se parece a ti?

—Sí, sabio, modesto, valiente, astuto, dispuesto para cualquier cosa, lo mismo se podría hacer de él un general de ejército que un ministro o un papa.

—¡Ta, ta, ta! ¿Adonde vais a parar, señor? Si el bravo os oyese, no cabría en sí de hueco, pues por más que digáis, es muy vanidoso el prior don Modesto.

—¡Eres envidioso, Chicot!

—¡Yo, señor, Dios me libre! ¡Envidia!... ¡*Vade retro!*, no hay pasión más villana.

—¡Oh! Soy justo. La nobleza de sangre no me deslumbra, *siemmata, quid jaciunt*.

—¡Bravo!, ¿y eras tú el que decías, rey mío, que por poco te hubieran matado?

—Sí.

—¿Y quiénes?

—¡Los de la Liga, par diez!

—¿Y cómo va la Liga?

—Siempre lo mismo.

—Lo cual significa cada vez mejor: engorda, engorda, amado Enrique.

—¡Oh!, los cuerpos políticos que engordan demasiado siendo jóvenes, no viven mucho; hacen como los niños, Chicot.

—¿Conque tú estás satisfecho, hijo mío? ¿Te encuentras en el paraíso?

—Sí, Chicot, esta mañana cuando te he visto entrar, he sentido un exceso de alegría.

—¿Conque Margarita vive engañada?

—Cuanto puede serlo una mujer.

—¿Y está furiosa?

—Rabiosa.

—¿Y trata de vengarse?

—Yo lo creo.

Enrique se restregó las manos con un gozo sin igual.

—¿Y qué piensa hacer? —exclamó riéndose—; ¿va a mover el cielo y la tierra, a echar España sobre Navarra, Artois y Flandes contra España? ¿O va a llamar a su hermanito Enrique contra su maridito Enriot, eh?

—Es posible.

—¿Y tú la has visto?

—Sí.

—¿Y qué hacía cuando la dejaste?

—¡Oh!, eso sí que no podrás adivinarlo nunca.

—Se disponía a tomar otro amante.

—Se disponía a ser partera.

—¡Cómo! ¿Qué significa esa palabra, o es quizás una inversión antifrancesa? Equívoco tenemos, Chicot; cuidado con los equívocos.

—No, por cierto, rey mío. ¡Qué diablo! Sabemos demasiada gramática para hacer equívocos, poseemos demasiada delicadeza para decir despropósitos, y demasiado amor a la exactitud para haber querido expresar otra idea. No, rey mío; bien he dicho: partera.

—*Obstetrix?*

—*Obstetrix*, sí, rey mío; *Juno Lucina* si te gusta más.

—¡Señor Chicot!

—¡Oh!, mueve tus ojos cuanto quieras: te digo y te repito que tu hermana Margarita estaba disponiéndose para asistir a un parto cuando yo salí de Nerac.

—¿Por su cuenta? —exclamó Enrique palideciendo—. ¿Margarita tendrá hijos?

—No, no, por cuenta de su marido; tú bien sabes que los últimos Valois no tienen la virtud prolífica; no le pasa lo que a los Borbones.

—Así Margarita partea, verbo activo.

—Todo lo más activo que es posible.

—¿Y a quién partea?

—A la señorita Fosseuse.

—A fe mía no entiendo una palabra —dijo el rey.

—Ni yo tampoco —dijo Chicot—; mas no me he comprometido a hacerte comprender; yo sólo te ofrecí decirte lo que hay.

—Pero sólo a la fuerza puede ella haber consentido en tal humillación.

—Ciertamente ha habido lucha; pero desde el momento en que hay lucha hay inferioridad de una parte o de otra; mira a Hércules con Anteo, mira a Jacob con el ángel; pues bien, todo estriba en que tu hermana ha sido menos fuerte que Enrique.

—¡Pardiez que me agrada de veras!

—Mal hermano.

—¿Y se odiarán de muerte?

—Creo que en el fondo no se adoran.

—Pero, ¿y en la apariencia?

—Son los mejores amigos del mundo, Enrique.

—Sí; mas el mejor día vendrá algún nuevo amor a embrollarlo enteramente.

—¡Pues bien!, ese nuevo amor ya ha venido, Enrique.

—*Habernos consulem fecetum*, como decía Catón. Tú eres portador de buenas noticias, ¿no es verdad, hijo mío?

—Ya lo creo.

—Y me estás aburriendo con esa calma.

—¿Por dónde quieres que principie, rey mío?

—Ya te lo he dicho: por el principio; pero no haces más que divagar.

—¿Quieres que comience desde mi salida?

—No, ya me has dicho que el viaje fue de lo mejor, ¿no es verdad?

—Bien ves que vuelvo como si tal cosa, a lo menos así lo presumo.

—Sí, mas veamos la llegada a Navarra.

—Ya estamos.

—¿Qué hacía Enrique cuando llegaste?

—Hacía el amor.

—¿A quién?, ¿a Margarita?

—Ca, no.

—Eso me hubiera admirado; ¿conque continúa siendo infiel a su mujer, el muy ladino, infiel a una princesa de Francia? Por fortuna ella sabe corresponderle. Y cuando tú llegaste, ¿cómo se llamaba la rival de Margarita?

—Fosseuse.

—Una de Montmorency. Vamos, no es tan mala para ese oso Bearnés. Aquí se hablaba de una labradora, de una jardinera, de una aldeana.

—¡Oh!, todo eso es muy antiguo.

—¡Bah!, ¡bah!

—Sí, formalmente; pero, ¿quieres que te diga el recelo que tengo?

—Sí.

—Pues recelo que ese nuevo amor en vez de embrollarlos los arregle.

—¿Conque hay en efecto un nuevo amor?

—¡Eh! Dios mío, claro que sí.

—¿Del Bearnés?

—Del Bearnés.

—¿Por quién?

—Espera; tú quieres saberlo todo, ¿no es cierto?

—Sí, cuenta, cuenta, Chicot, y cuéntamelo todo.

—Gracias, hijo mío; pero si quieres saberlo todo es preciso que volvamos al principio.

—Vuelve en hora buena, pero di pronto.

—Tú habías escrito una carta feroz al Bearnés.

—¿Y cómo sabes eso?

—¡Toma!, porque la he leído.

—¿Y qué opinas de ella?

—Que si no era un paso delicado el mandarla, por lo menos se había necesitado astucia para escribirla.

—Debía embrollarlos.

—Sí, en el caso en que Enrique y Margarita hubieran sido cónyuges ordinarios, esposos de buena fe.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el Bearnés no es ninguna bestia.

—¡Oh!

—Y que ha adivinado.

—¿Adivinado qué?

—Que tú querías embrollarle con su mujer.

—Eso estaba claro.

—Sí, mas lo que no estaba tan claro era el fin con que querías embrollarlos.

—¡Ay!, diablo, al fin.

—¡Sí!, ¿pues no fue a creer ese Bearnés condenado que al embrollarle con su mujer no tenías otro objeto que el no pagar a tu hermana la dote que le debes?

—¡Oiga!

—Sí, ahí tienes lo que se le ha metido en la cabeza a ese Bearnés del diablo.

—Continúa, Chicot—dijo el rey aturdido—, ¿y después?

—Apenas hubo adivinado esto se puso como tú estás ahora, triste y melancólico.

—¿Y después, Chicot, y después?

—Nada; que esto vino a sacarle de su distracción, y casi ya no volvió a amar a Fosseuse.

—¡Bah!, ¡bah!

—Tal como lo digo; entonces se hizo víctima de ese otro amor de que te hablaba antes.

—Pero ese hombre es un persa, es un pagano, un turco, y practica la poligamia; ¿y qué dijo Margarita?

—Esta vez, hijo mío, vas a asombrarte, pero Margarita se puso contentísima.

—Por el desastre de Fosseuse, ya lo concibo.

—No por cierto, encantada por su propia cuenta.

—¡Pues qué! ¿Toma gustosa el oficio de partera?

—¡Ah!, esta vez no será partera.

—¿Pues qué será?

—Será madrina, su marido se lo ha ofrecido, y a estas horas ya se habrán repartido los dulces.

—De cualquier manera no los habrá comprado de su bolsillo.

—¿Crees eso, rey mío?

—Sí. Mas, ¿cuál es el nombre de la nueva querida?

—¡Oh!, es una bella y apuesta figura, que tiene un cinturón magnífico, y que es capaz de defenderse si se la ataca.

—¿Y se ha defendido ya?

—¡Cáspita!

—¿De manera que Enrique habrá sido rechazado con pérdida?

—En un principio.

—¡Ah!, ¿y luego?

—Enrique es muy terco; volvió a la carga.

—De modo que...

—De modo que la ha tomado.

—¿Y cómo?

—A la fuerza.

—¡A la fuerza!

—Sí, con petardos.

—¿Qué diablos me dices, Chicot?

—La verdad.

—¡Petardos!... ¿Quién es entonces esa bella que se conquista con petardos?

—La señorita Cahors.

—¡La señorita Cahors!...

—Sí, una joven alta, hermosa, a fe mía, a quien llamaban doncella como Perona, que tiene un pie sobre el Lot y el otro sobre la montaña, y cuyo tutor o guardador es, o mejor dicho era, el señor de Vessins, un valiente caballero, uno de tus amigos.

—¡Ira de Dios! —exclamó Enrique furioso—; ¡mi ciudad!, ¡ha tomado mi ciudad!

—¡Diablo!, ya comprendes, Enrique; tú no querías dársela después de habérsela prometido; ha sido menester que él se decidiese a tomarla. Mas a propósito, ahí tienes una carta que me encargó te diese en propia mano.

Y sacando Chicot un papel de su bolsillo, lo puso en manos del rey.

Era ésta la carta que Enrique había escrito después de la toma de Cahors, y que terminaba con estas palabras:

Quod mihi dixisti profuit; multum cognosco meos devotos, nosce tuos. Chicotus caetera expedit.

Lo cual quería decir:

"Lo que me has dicho me ha sido muy útil; yo conozco mis amigos, procura conocer los tuyos; Chicot te dirá lo demás."

LXXVII
DONDE SE SIGUE HABLANDO DEL FRAILE
Y DE OTROS QUE QUISIERAN SERLO

—¡He aquí un joven dichoso, muy dichoso! —dijo Enrique.

—Sí, por cierto —repuso Chicot—; pero me parece que tú no tienes que envidiarle nada; eres el rey más quejumbroso que he conocido.

—Mas tú no te haces cargo, Chicot, de que ese mozo va a meterse fraile, que es como quien dice tomar el pasaporte para el Cielo.

—¡Bah, bah! ¿Y quién diablo te pide hacer otro tanto? El pide la dispensa a su hermano el cardenal; pero yo conozco otro cardenal que le podrá dar cuantas dispensas sea menester, y que se halla más en relaciones con Roma que tú. ¿No lo conoces?; es el Cardenal de Guisa.

—¡Ah, Chicot!

—Y si te incomoda la tonsura, que al fin es una operación delicada, las más brillantes tijeras de la calle de la Contelferie, tijeras de oro por cierto, te darán ese precioso símbolo, que completará hasta tres el número de coronas que has llevado, justificando la sagrada máxima: *manet ultima coelo*.

—¿Lindas manos, dices tú?

—¿Acaso vas a hablar mal de las manos de la duquesa de Montpensier, después de haber hablado no muy bien de sus espaldas? ¡Oh, qué buen rey haces, y con qué severidad tratas a tus súbditas!

El rey frunció el ceño, y pasó por sus sienes una mano tan blanca como las de que se hablaba, si bien un poco más trémula.

—Pero dejemos eso —repuso Chicot—, pues veo que esa conversación te molesta, y volvamos a otros asuntos que me interesan personalmente.

El rey hizo un gesto, medio de indiferencia, medio de aprobación.

Chicot miró en torno suyo, y retirando un poco su sillón, dijo en voz baja:

—Vamos, responde, hijo mío, ¿esos señores de Joyeuse han partido para Flandes así, sin más ni más?

—En primer lugar, ¿qué quieres decir con eso de *sin más ni más*?

—Quiero decir que como esos jóvenes son tan dados el uno al placer y el otro a la melancolía, me parece muy extraño que hayan salido de París sin armar un poco de zambra, el uno para divertirse y el otro para entontecerse.

—Mas, ¿y eso qué...?

—Que como tú eres uno de sus mejores amigos debes saber cómo se han marchado.

—Sí, lo sé.

—Pues si es así, dime, Enrique, ¿no has oído decir...?

Chicot se detuvo.

—¿Qué?

—¿Que hayan derrotado a algún cuerpo de ejército importante, por ejemplo? .

—No.

—¿Han robado alguna mujer con fractura?

—No, que yo sepa.

—¿Han... quemado alguna cosa, casualmente?

—¡Cómo!

—¿Qué sé yo?, lo que se quema para distraerse, cuando uno es un potentado, por ejemplo, la casa de algún desgraciado.

—¿Estás loco, Chicot?, ¡quemar una casa en mi buena ciudad de París!... ¿Quién se atrevería a cometer semejante desafuero?

—¡Oh!, en ocasiones puede uno, sin querer...

—¡Chicot!

—En fin, ¿no han hecho nada, cuyo ruido o humareda hayas visto ni oído?

—No, a fe mía.

—Tanto mejor —repuso Chicot respirando con un desahogo que no había tenido durante el interrogatorio que había dirigido a Enrique.

—¿Sabes una cosa, Chicot? —preguntó Enrique.

—No, no la sé.

—Que te haces muy malo.

—Yo.

—Sí, tú.

—La morada sepulcral me había dulcificado, gran rey, pero tu presencia... *surit me omnia lecho putrescunt*.

—Es decir que estoy enmohecido —repuso el rey.

—Un poco, hijo mío, un poco.

—Os vais haciendo insoportable, Chicot amigo, y os atribuyen proyectos de intriga y de ambición, que yo creía muy lejanos de vuestro carácter.

—¡Proyectos de ambición a mí!... ¡Chicot ambicioso!

veo, Enrique, que vas progresando; antes no pasabas de bobo y ahora te has vuelto loco.

—Y yo os digo, señor Chicot, que intentáis separar de mí a todos mis buenos servidores, atribuyéndoles intenciones que no tienen, crímenes en que no han pensado, en fin, os digo que queréis monopolizarme.

—¡Monopolizarte yo!—dijo Chicot—. ¡Monopolizarte!... ¿Y con qué objeto? ¡Dios me libre de eso, eres una persona demasiado molesta, *bone Deus!* Además de que sería muy difícil mantenerte como a un demonio. ¡Oh, no, no!, por ejemplo...

—¡Hum! —exclamó el rey.

—Vamos a ver, ¡explícame de dónde te ha venido esa idea diabólica!

—Habéis empezado oyendo con mucha frialdad mis elogios con respecto a la actitud guerrera de vuestro amigo don Modesto, a quien tanto debéis.

—¿Que debo yo mucho a don Modesto?... Bueno, bueno, ¿y luego?

—Después habéis tratado de calumniarme a mis Joyeuse, a mis dos amigos verdaderos.

—No diré que no.

—Luego habéis esgrimido vuestra garra contra los Guisa.

—¡Ah, también a éstos les amas hoy! ¡Según parece estás en el día de amar a todo el mundo!

—No, no los amo; mas como en la actualidad están quietos y sosegados; como en este momento no me hacen la menor fechoría, como no los pierdo de vista ni un instante; como todo cuanto veo en ellos es constantemente la misma frialdad del mármol, y no acostumbro tener miedo a estatuas por muy amenazadora y terrible que sea su actitud..., porque tú debes conocer muy bien, Chicot, que hasta un fantasma, cuando llega a ser familiar, no es más que un compañero inaguantable; todos esos Guisa, con sus descomunales espadas, son las gentes que hasta hoy me han hecho menos daño en todo el reino; y se asemejan... ¿quieres que te diga a qué?

—Di, Enrique, que me agrada desde luego tu comparación, pues ya sabes que en este punto te pintas solo.

—Se asemejan a esas pértigas que se echan en los estanques para dar caza a los grandes peces, e impedirles que engorden con exceso; pero supón por un momento que los grandes peces no le tengan miedo.

—¿Y bien?

—Ellas no tienen bastantes buenos dientes para atravesar sus escamas.

—¡Oh, Enrique, qué útil eres, hijo mío!

—Al paso que tu Bearnés...

—Vamos a ver, ¿tienes asimismo alguna comparación para el Bearnés?

—Al paso que tu Bearnés, que maulla como un gato y muerde como un tigre...

—Ya voy viendo —replicó Chicot— que el Valois le aventaja al Guisa. Vamos, vamos, hijo mío, has emprendido demasiado buen camino para detenerte. El divorcio después, y cástate con la duquesa de Montpensier. No saldrás mal de la empresa; ella te dará sucesión, ¿no ha estado ya enamorada de ti alguna vez?

El rey se puso muy erguido.

—Sí —respondió—; pero yo estaba entonces muy bien ocupado en otra parte; he aquí la causa de todas sus amenazas, Chicot; tú has puesto el dedo en la llaga, tiene contra mí un odio de mujer, y a cada paso me está provocando; pero por fortuna yo soy hombre, y no hago más que reírme.

Enrique terminó estas palabras levantando su cuello vuelto a la italiana cuando el ujier Nambu anunció en alta voz desde el umbral:

—Un mensajero del señor duque de Guisa para Su Majestad.

—¿Es algún correo, o es un caballero? —interrogó el rey.

—Es un capitán, señor.

—Que entre y que sea bien venido.

Acto seguido un capitán de gendarmes entró vestido de uniforme de campaña e hizo el

saludo de costumbre.

LXXVIII

LOS DOS COMPADRES

Al oír semejante anuncio, Chicot volvió a sentarse, y siguiendo su loable costumbre se situó de espaldas a la puerta, mientras que con los ojos medio cerrados se entregaba a una de esas meditaciones interiores que le eran tan habituales, cuando vinieron a sacarle de su éxtasis las primeras palabras pronunciadas por el mensajero de Guisa.

En consecuencia abrió de par en par los ojos.

Por fortuna o por desgracia, entretenido el rey con el recién llegado, no advirtió esa manifestación que en Chicot acostumbrara ser siempre significativa.

Encontrándose colocado el mensajero a diez pasos del sillón en que Chicot estaba sumergido, y como el perfil de Chicot apenas pasaba de los adornos del sillón, su ojo perspicaz veía perfectamente todo el cuerpo del mensajero, en tanto que éste sólo podía ver el ojo de Chicot.

—¿Venís de Lorena? —preguntó el rey al mensajero, cuyo continente era asaz noble y su rostro marcial en sumo grado.

—No, señor, sino de Soissons, donde el señor duque, que hace un mes no ha salido de allí, me ha entregado esta carta que tengo la honra de poner a los pies de Vuestra Majestad.

El ojo de Chicot centelleaba y no perdía un solo gesto del recién venido, así como sus oídos no perdían una sola palabra.

El mensajero abrió su colete cerrado con broches de plata y extrajo de una cartera de ante, forrada de seda, que llevaba en el costado izquierdo, no una carta, sino dos, pues la una estaba unida a la otra por la oblea, de modo que como el capitán no creía sacar más que una, cayeron entrambas sobre la alfombra.

Chicot siguió con la vista esta carta al vuelo, así como el ojo del gato sigue el vuelo del pájaro.

Notó además que a la caída inesperada de esta carta las mejillas del mensajero se cubrieron de un sonrosado carmín y se vio muy embarazado al tener que recogerla, así como para dar al rey la primera.

Pero Enrique nada vio; Enrique, modelo de confianza, a lo menos en aquella hora, no atendió a nada. Solamente abrió una de aquellas dos cartas, la que quisieron darle, y la leyó.

El mensajero, por su parte, viendo al rey absorto en esta lectura, se quedó también absorto contemplando la fisonomía del rey, en la cual buscaba un reflejo de todos los pensamientos que tan interesante lectura debía provocar en él.

—¡Ah, maese Borrromeo!, ¡maese Borrromeo! —murmuró Chicot, siguiendo con la vista hasta los menores movimientos del servidor leal del señor de Guisa—. ¡Ah, tú eres capitán, y no das al rey sino una carta, cuando traes dos en la cartera; aguarda, niño mío, aguarda.

—¡Está bien!, ¡está bien! —exclamó el rey leyendo de nuevo la carta del duque de Guisa con visible satisfacción—; capitán, podéis decir al señor de Guisa que estoy en extremo

agradecido al ofrecimiento que me hace.

—¿No se digna honrarme Vuestra Majestad con una respuesta por escrito? —preguntó el mensajero.

—No, pienso verle dentro de un mes o de seis semanas; por lo tanto, le daré yo mismo las gracias; idos.

El capitán hizo un saludo y salió de la habitación.

—Ahora conocerás, mi buen Chicot —dijo el rey dirigiéndose hacia su compañero, a quien creía abismado en un sillón—, ahora verás que el señor de Guisa es ajeno a toda clase de maquinaciones. Este valiente duque ha sabido el asunto de Navarra: teme que los hugonotes se envalentonen y alcen la cabeza, pues tiene noticia de que los alemanes quieren enviar ya refuerzos al rey de Navarra. Pero, ¿y qué hace? A ver si lo adivinas.

Chicot no contestó: Enrique se figuró que aguardaba la explicación.

—¡Pues bien! —continuó—: me ofrece el ejército que acaba de levantar en Lorena para estar en observación de Flandes, y me previene que dentro de seis semanas todo ese ejército, hasta con su mismo general, se hallará a mi disposición. ¿Qué te parece de esto, Chicot?

Silencio absoluto por parte del gascón.

—En verdad te digo, mi querido Chicot —prosiguió el rey—, que tienes algo de absurdo, mi buen amigo; eres terco como una mula castellana, y cuando tiene uno la desgracia de convencerte de algún error, lo que sucede con mucha frecuencia, te pones mohíno y enfadado, ¿eh?... Sí, muy mohíno, como muy tonto que tú eres.

Ni un soplo vino a contradecir a Enrique en la opinión que acababa de manifestar de una manera tan franca respecto al carácter de su amigo.

Y ese silencio era una cosa que disgustaba a Enrique mucho más que la misma contradicción.

—Indudablemente el muy tonto —prosiguió— ha tenido el descaro de quedarse dormido. ¡Chicot, tu rey te habla!, ¿quieres contestar? —añadió encaminándose hacia el sillón.

Pero Chicot no podía responder, atendiendo a que ya no estaba allí, y Enrique encontró el sillón vacío.

Miró alrededor de sí. El gascón tampoco estaba en el aposento.

Su casco había desaparecido con él.

Acometióle al rey una especie de estremecimiento supersticioso; pasábale a veces por la mente que Chicot era un espíritu, una encarnación diabólica de buena especie, es verdad, mas diabólica al fin.

Nambu no tenía nada de común con Enrique. Era, por el contrario, un espíritu fuerte, como lo son generalmente todos los que custodian las antecámaras de los reyes. Creía en las apariciones y desapariciones, él que tantas había visto, pero en las de personas vivientes y no en las de espíritus diabólicos.

Nambu afirmó al rey haber visto salir a Chicot como unos cinco minutos antes de que saliese el enviado de monseñor el duque de Guisa.

Y solamente advirtió que salía con ligereza y con las precauciones de un hombre que no quería que se le viese salir.

—Decididamente —exclamó Enrique, pasando a su oratorio—, Chicot se ha enfadado de no tener razón. ¡Qué miserables son los hombres, Dios mío! Y esto sucede generalmente hasta con los más despejados.

Maese Nambu tenía razón; Chicot, cubierto con su celada y armado de su larga tizona, había cruzado las antesalas sin meter mucho ruido; pero por muchas precauciones que tomase no había podido evitar que sonasen las espuelas al bajar las escaleras que conducían desde las habitaciones a la puertecilla del Louvre, ruido que había llamado la atención de mucha gente y que le había valido a Chicot muchas saluciones, porque nadie ignoraba la posición que ocupaba cerca del rey, y muchos saludaban a Chicot con más expresión que hubieran saludado al mismo duque de Anjou.

En un ángulo de la puerta se detuvo Chicot, como para asegurar una espuela.

Ya hemos dicho que el capitán del señor de Guisa había salido como unos cinco minutos después de Chicot, en el cual ni había fijado su atención. Había bajado las escaleras y cruzado los patios, orgulloso y encantado a la vez; orgulloso, porque a mal dar no era un soldado de mala traza, y que gustaba de hacer ostentación de sus gracias delante de los suizos y de los guardias de Su Majestad Cristianísima; encantado, porque el rey le había recibido de una manera que probaba que no tenía sospecha alguna contra el duque de Guisa.

En el momento en que salía del umbral de la puertecilla del Louvre y atravesaba el puente levadizo, sintió un traqueteo de espuelas que le parecía como el eco de las suyas.

Volvió la cabeza con la idea de si tal vez el rey habría mandado que le siguieran, y no pudo menos de quedar grandemente sorprendido al descubrir por la rejilla de su celada el semblante apacible y la fisonomía gazmoña del ciudadano Roberto Briquet, su alma condenada.

Nuestros lectores conocerán muy bien que el primer movimiento de estos dos hombres, el uno con respecto al otro, no debía ser necesariamente muy simpático.

Borromeo abrió una boca de medio pie cuadrado, como dice Rabelais, y suponiendo que el que le seguía deseaba hablar con él, suspendió la marcha, de modo que Chicot le alcanzó en dos zancadas.

Sabido es lo que alcanzaban las zancadas de Chicot.

—¡Cuerpo de Cristo! —exclamó Borromeo.

—¡Diantre! —exclamó Chicot.

—¡Mi buen ciudadano!

—¡Reverendo padre!

—¡Con esa celada!

—¡Con ese colete!

—¡Admiróme mucho de veros!

—¡Es una gran satisfacción para mí el alcanzaros!

Y los dos fierabrás se miraron durante algunos segundos con el aspecto hostil de dos gallos que se disponen a la pelea, y que para intimidarse el uno al otro se arman con sus espolones.

Borromeo fue el que primero pasó de lo grave a lo dulce.

Los músculos de su semblante perdieron su tensión, y con cierto aire de marcial franqueza y de amable urbanidad exclamó:

—¡Vive Dios!, maese Roberto, que sois un compadre astuto.

—¡Yo, reverendo! —contestó Chicot—, ¿y por qué motivos me decís semejante cosa?

—Por la jornada del convento de los benedictinos, donde me habéis hecho creer que no erais sino un simple ciudadano. Y a la verdad es necesario que seáis diez veces más valiente y más travieso que un procurador y un capitán, todo en una pieza.

Chicot conoció que el cumplimiento nacía de los labios y no del corazón.

—¡Ah!, ¡ah! —respondió con buena fe—, ¿y qué deberíamos decir de vos, señor Borromeo?

—¿De mí?

—Sí, de vos.

—¿Y por qué?

—Por haberme hecho creer que no erais otra cosa que un fraile. Se necesita que seáis diez veces más redomado que el mismo Papa; y cuidado, compadre, que yo no os desprecio al deciros esto, porque debéis convenir en que hoy el Papa es el más terrible aventador de tramas.

—¿Sabéis lo que decís? —interrogó Borromeo.

—¡Diantre! ¿Por ventura miento yo alguna vez?

—¡Y bien! Chocadla.

Y tendió la mano a Chicot.

— ¡ Ah!, vos me habéis llevado mal al convento, hermano capitán —dijo Chicot.

—Os tomé por un simple paisano, y ya sabéis el cuidado que nos dan los paisanos a nosotros, gentes de armas tomar.

—Es verdad —dijo Chicot riéndose— lo mismo que a los frailes, y sin embargo me habéis cogido en la trampa.

—¿En la trampa?

—Sí, a fe mía, pues con ese disfraz me tendíais un lazo. Un capitán valiente como vos no cambia, sin razones muy poderosas, su coraza por un sayal.

—Con un hombre que ciñe espada yo no debo tener secretos —repuso Borromeo—. Sí, es verdad, tengo algunos intereses personales en el convento de los benedictinos; pero, ¿y vos?

—Y yo también —dijo Chicot—; pero silencio.

—¿Queréis que conversemos un rato de esas cosas?

—A fe mía lo deseo ardientemente.

—¿Os gusta el buen vino?

—Sí, siendo muy bueno.

—Pues bien, yo conozco una taberna que, en mi opinión, no tiene igual en París.

—También yo conozco una —dijo Chicot—, ¿cómo se llama la vuestra?

—"El Cuerno de la Abundancia".

—¡Ah! —dijo Chicot estremeciéndose.

—¿Qué tenéis?

—Nada.

—¿Tenéis algo contra esa taberna?

—No, en verdad; al contrario.

—¿La conocéis?

—Ni por el forro, y eso me admira a fe.

—¿Queréis que vayamos, compadre?

—Luego iremos,

—Vamos, pues.

—¿En dónde se halla?

—Hacia la puerta Bourdelle. El tabernero es un antiguo catador de vinos que sabe apreciar perfectamente la diferencia que hay entre el paladar de un hombre como vos y el gajnate de cualquier campesino.

—¿Es decir que allí podremos conversar cuanto queramos?

—En la taberna, si nos agrada. —¿Y sin que nadie nos perturbe?

—Cerraremos las puertas.

—Vamos —dijo Chicot—, ya voy viendo que sois hombre de recursos; y que tan bien se os acomoda entrar en una taberna como en un convento.

—¿Pensáis que tengo inteligencias con el tabernero?

—Algunas trazas lleva de eso.

—A fe que no, y si tal creéis, vivís muy equivocado: maese Bonhomet me vende vino cuando se lo pido; y cuando se lo pido, lo pago; a eso se reducen todas nuestras inteligencias.

—Bonhomet —exclamó Chicot—. ¡Pardiez, que es un hombre que promete!

—Y que da. Venid, compadre, venid.

—¡Oh! —dijo para sí Chicot siguiendo al supuesto fraile—, ahora sí que es menester escoger una a una tus mejores muecas, amigo Chicot; porque si Bonhomet te conoce estás perdido, y serás muy tonto.

LXXIX

“EL CUERNO DE LA ABUNDANCIA”

El camino que Borromeo hacía seguir a Chicot, sin sospechar que Chicot lo conocía tanto como él, recordaba a nuestro gascón los más dichosos tiempos de su juventud.

En efecto, ¿cuántas veces, con la cabeza vacía, las piernas ligeras y los brazos sueltos, aprovechando el tibio sol de invierno o la fresca sombra del estío, había ido Chicot a la famosa taberna de "El Cuerno de la Abundancia"?

Entonces unas cuantas monedas de oro y aun de plata sonando en su bolsillo le hacían más venturoso que un rey, y se dejaba llevar del dulce placer de la holgazanería tanto como era de esperar de quien no tenía patrona en su alojamiento, ni hijo hambriento que lo aguardara a la puerta, ni pobres regañones que lo acecharan por detrás de las ventanas.

Entonces Chicot se sentaba con la mayor indiferencia del mundo en el banco de pino, o en el taburete de la taberna esperando a Gorenflot, si ya no es que le encontraba puntual a los primeros vapores de la cena preparada.

Animábase visiblemente Gorenflot, y Chicot, siempre inteligente, observador y anatómico, estudiaba cada uno de los grados de su borrachera, observando aquella curiosa naturaleza al través del vapor sutil de una emoción razonable, y bajo la influencia del buen vino, del calor y de la libertad, remontábase la juventud espléndida, victoriosa y consoladora al cerebro.

Al pasar Chicot por el callejón Bussy se alzó sobre las puntas de los pies para distinguir la casa que había recomendado a la vigilancia de Remigio, pero la calle era muy desnivelada, y el detenerse le pareció una demostración descortés: iguió, pues, al capitán Borromeo, y este sacrificio le costó un suspiro.

No pasó mucho tiempo sin presentarse a su vista la gran calle de Santiago, en seguida el claustro de San Benito, y casi enfrente del claustro la hostería de "El Cuerno de la Abundancia", algo antigua ya y deteriorada; pero sombreada siempre en la parte exterior por los plátanos y castaños, y amueblada en lo interior con sus vasijas de estaño relucientes y sus cacerolas brillantes, que son las ficciones del oro y la plata para los gastrónomos y bebedores, mas que llenan de verdadero oro y de verdadera plata los bolsillos del tabernero por razones simpáticas de que es preciso pedir cuenta a la Naturaleza.

Después que Chicot dirigió su mirada escudriñadora desde el umbral de la puerta, así a la parte exterior como a la interior, se encogió todo lo que pudo, perdiendo lo menos seis pulgadas de estatura, la cual había disminuido ya en presencia del capitán, y agregó un gesto de sátiro muy diferente del aire franco y jovial de su fisonomía y se preparó a arrostrar la presencia de su antiguo huésped, maese Bonhomet.

Por otra parte, Borromeo pasó el primero para enseñarle el camino y maese Bonhomet, al ver aquellos dos cascos, no se cuidó de averiguar quién era el que marchaba delante.

Si la fachada de "El Cuerno de la Abundancia" estaba bastante deteriorada, la del digno tabernero, por su parte, había sufrido también los ultrajes del tiempo.

Además de las arrugas, que en el rostro humano corresponden a las grietas que el tiempo

abre en la fachada de los edificios, maese Bonhomet había adquirido ciertas maneras de hombre rico, que para otros cualesquiera, que no fueran soldados, le hacían de difícil acceso y las cuales encogían, por decirlo así, su rostro; pero Bonhomet respetaba siempre la espada: ésta era su flaco y había contraído esta costumbre por vivir en un barrio tan distante de toda vigilancia municipal, bajo la influencia de los tranquilos benedictinos.

En efecto, si por desgracia se promovía una disputa en aquella gloriosa taberna, antes de que pudieran acudir los suizos o los alguaciles había tiempo sobrado para desnudar las espadas y hacer cribas muchos coletos; este percance había acontecido ya siete u ocho veces a Bonhomet y le había costado cien libras cada vez; por lo tanto respetaba las espadas. Según el adagio, "el miedo guarda la viña".

Respecto a los demás clientes de "El Cuerno de la Abundancia", estudiantes, frailes y mercaderes, Bonhomet se las arreglaba solo a las mil maravillas, pues había adquirido cierta celebridad rompiendo unas cuantas botellas en las cabezas de los pagadores recalcitrantes y desleales, hazaña que ponía siempre de su parte a algunos abonados que había elegido entre los mancebos más vigorosos de las tiendas inmediatas.

Por lo demás, sabía tan bien y era tan puro el vino que cada uno tenía derecho a ir a buscar por sí mismo a la bodega; era tan conocida su longanimidad respecto a ciertos parroquianos acreditados en su mostrador, que nadie murmuraba de su mal humor o rarezas.

Algunos parroquianos antiguos atribuían este mal humor a un fondo de disgusto que maese Bonhomet había tenido en su matrimonio.

Tal fue, al menos, la explicación que Borrromeo dio a Chicot sobre el carácter del huésped cuya hospitalidad iban a disfrutar.

Esta misantropía de Bonhomet había tenido mal resultado para el ornato y menaje de la hospedería. En efecto, juzgándose el tabernero muy superior a sus parroquianos, no puso el menor cuidado en embellecer su taberna, resultando de aquí que Chicot, al entrar en la sala común, lo reconoció todo al primer golpe de vista; nada había cambiado, a no ser el color de humo del techo, que de pardo había pasado a negro.

En aquellos tiempos venturosos aún no habían adquirido las posadas el horrible olor acre e incómodo del tabaco quemado con que hoy se impregnan las ensambladuras y tapices de las habitaciones, olor que absorbe y exhala todo lo que es poroso y esponjoso. Así es que, a pesar de su grasa venerable y de su tristeza aparente, la sala de "El Cuerno de la Abundancia" no contrariaba con exhalaciones extrañas los miasmas vinosos profundamente impregnados en cada átomo del establecimiento, de suerte que, sea permitido decirlo, un verdadero bebedor hallaba placer en aquel templo del dios Baco, pues allí respiraba el aroma y el incienso más grato a la divinidad. Chicot pasó, como hemos dicho, detrás de Borrromeo, y no fue visto, o más bien, conocido por el huésped de "El Cuerno de la Abundancia"; en seguida se encaminó al ángulo más oscuro de la sala común, y ya iba a instalarse en ella, cuando, deteniéndole Borrromeo, le dijo: —Os advierto, amigo mío, que detrás del tabique hay un pequeño reducto donde dos hombres pueden hablar con comodidad lo que quieran después de beber, y aun mientras beben.

—Pues vamos a él —dijo Chicot.

Borrromeo hizo una seña a nuestro huésped, la cual quería decir: "Compadre, ¿está libre el gabinete?"

Bonhomet contestó con otra seña que quería decir: "Lo está."

—Venid —dijo Borromeo, y condujo a Chicot, que fingió tropezar en todos los rincones del corredor, en aquel estrecho reducto que ya conocen los que han querido perder su tiempo en leer *La Dama de Monsoreau*.

—Aguardadme aquí —dijo Borromeo—, mientras voy a usar de un privilegio concedido a los parroquianos constantes del establecimiento, y del cual vos también participaréis cuando seáis más conocido.

—¿Qué privilegio? —interrogó Chicot.

—El de ir yo mismo a la bodega a escoger el vino que vamos a beber.

—Que me place el privilegio —dijo Chicot—. Id; aquí os aguardo.

Salió Borromeo, y Chicot le siguió con la vista: luego que aquél cerró la puerta, se dirigió a la pared, y quitó de ella una imagen del asesinato de Credit, muerto por los malos pagadores, la cual se hallaba en un cuadro de madera negra, y guardaba simetría con otro que representaba a una docena de pobres pelones tirando al diablo por la cola.

Detrás de aquella imagen existía un agujero, desde donde se podía ver la sala sin ser visto, agujero muy conocido de Chicot, como obra de sus manos.

—¡Ah!, ¡ah! —dijo—, me traes a una taberna de que eres parroquiano; me metes en un callejón donde piensas que no podré ser visto y desde donde piensas que no podré ver, y en este callejón hay un agujero, gracias al cual no harás un gesto que yo no vea. Vamos, vamos, mi capitán, poco astuto y previsor eres.

Y al decir Chicot estas palabras con el aire de desprecio que le era habitual, aplicó el ojo al tabique artísticamente perforado.

Por este agujero divisó a Borromeo apoyando primero prudentemente su dedo sobre los labios, y hablando después con Bonhomet, que daba asentimiento a lo que le decía con graves movimientos de cabeza.

Por el movimiento de los labios del capitán adivinó Chicot, muy experto en semejantes materias, que estaba diciendo:

—Servidnos en ese reducto, y no entréis en él, cualquiera que sea el ruido que oigáis.

Después de lo cual tomó Borromeo una lamparilla que ardía constantemente encima de un arcón, alzó la trampa y bajó él mismo a la bodega, usando del privilegio más precioso concedido a los parroquianos del establecimiento.

En el acto Chicot dio un golpe en el tabique de un modo particular.

Al oír Bonhomet aquel modo de llamar, que debía despertar algún recuerdo profundamente arraigado en su corazón, se estremeció, miró al aire, y escuchó.

Chicot volvió a llamar, y de una manera que probaba su extrañeza de no haber sido obedecido al primer llamamiento.

Bonhomet se dirigió entonces presuroso al reducto y encontró a Chicot de pie y con rostro amenazador.

Al verlo Bonhomet lanzó un grito pues suponía a Chicot muerto, como todo el mundo, y creía encontrarse enfrente de su espectro.

—¿Qué significa esto? —dijo Chicot—. ¿Desde cuándo acostumbráis a hombres de mi temple a llamar dos veces?

—¡Oh!, señor Chicot —dijo Bonhomet—, ¿sois vos, o tan sólo es vuestra sombra?

—Sea yo o mi sombra, desde el momento que me conocéis creo que debéis obedecerme con los ojos vendados.

—¡Oh!, ciertamente, señor: mandad lo que os plazca.

—Cualquiera que sea el ruido que oigáis en este gabinete, maese Bonhomet, y pase lo que quiera, espero que aguardaréis a que os llame para venir.

—Lo que me será tanto más fácil, señor Chicot, cuanto que la recomendación que me hacéis es exactamente lo mismo que acaba de hacerme vuestro compañero.

—Sí, mas no es él quien llamará, ¿lo entendéis, señor Bonhomet?, sino yo, y si llama, será lo mismo que si no llamara.

—Convenido, señor Chicot.

—Bien, y ahora alejad a todos vuestros parroquianos bajo cualquier pretexto, y que dentro de diez minutos estemos tan libres y solos en vuestra casa como si hubiésemos venido para practicar en ella el ayuno de Viernes Santo.

—Antes de diez minutos, señor Chicot, no habrá un gato en toda la casa, a excepción de vuestro humilde servidor.

—Idos, Bonhomet: habéis conservado toda mi estimación —dijo Chicot majestuosamente.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró Bonhomet retirándose—, ¿qué va a pasar en mi pobre casa?

Y al retirarse encontró a Borromeo que subía de la bodega con unas botellas, y el cual le dijo:

—¿Lo has oído? Dentro de diez minutos, ni un alma en el establecimiento.

Bonhomet hizo con su cabeza, tan desdeñosa comúnmente, una señal de obediencia y se dirigió en seguida a la cocina a fin de meditar los medios de obedecer el doble mandato de sus dos temibles clientes.

Al entrar Borromeo en el reducto encontró a Chicot que le esperaba con la sonrisa en los labios.

Ignoramos cuáles fueron los medios que discurrió Bonhomet para salir de su compromiso; pero el hecho es que a los dos minutos el último escolar atravesaba el umbral de la puerta dando el abrazo al último mercader y diciendo:

—¡Diablo!, el tiempo está hoy tempestuoso en casa de maese Bonhomet; pongámonos a buen recaudo si queremos evitar la granizada.

LO QUE PASO EN EL REDUCTO DE MAESE BONHOMET

Cuando el capitán penetró en el reducto con un canasto de botellas en la mano, Chicot le recibió con aire tan franco y risueño, que estuvo tentado Borromeo a creer idiota a Chicot.

Borromeo tenía mucha prisa de destapar las botellas que había ido a buscar a la bodega; pero nada era en comparación con la que Chicot tenía, y por lo tanto fueron largos los preparativos. A fuer de bebedores experimentados, los dos compañeros pidieron cosas saladas, con el loable objeto de no dejar apagar la sed. Bonhomet les presentó inmediatamente el plato que habían pedido, y uno y otro le dirigieron una mirada.

Bonhomet salió, y los dos compañeros comenzaron a beber.

Ante todas cosas, como la ocupación era demasiado importante para que nada debiera interrumpirla, ambos bebedores se humedecieron bien las fauces con sendos vasos de vino sin hablarse una sola palabra, pues el único que lo había hecho fue Chicot, y eso únicamente para decir:

—¡Pardiez!, ¡qué buen Borgoña!... ¡Por mi ánima!, ¡excelente jamón!

Había despachado dos botellas, es decir, una botella por frase.

—¡Cáspita! —pensaba para sí Borromeo—, ¡no lo hace mal!; me alegro, así tendré una probabilidad más de hacer mi negocio.

A la tercera botella alzó Chicot los ojos al cielo, y dijo:

—En verdad que bebemos como si tratáramos de emborracharnos.

—¡Claro! ¡Este salchichón está tan salado!

—¡Ah!

—Bien va —dijo Chicot—, continuemos, amigo: yo tengo la cabeza firme.

Y cada uno de ellos vació su botella, produciendo el vino en los dos compañeros un efecto enteramente opuesto, pues al mismo tiempo que desataba la lengua de Chicot ataba la de Borromeo.

—¡Hola! —se dijo Chicot—, amigo mío, señal que dudas de ti.

—¡Hola! —dijo para sí Borromeo—, ¿hablas?, señal que te emborrachas.

—¿Cuántas botellas necesitáis, compadre?

—¿Para qué? —interrogó Chicot.

—Para estar alegre.

—Cuatro, según mi cuenta.

—¿Y para achisparos?

—Pongamos seis.

—¿Para emborracharos completamente?

—Doblemos la cantidad.

—Gascón al fin —murmuró Borromeo—; balbucea y aún está en la cuarta botella.

Entonces tenemos bastante —añadió levantando la voz y sacando del cesto una botella para él y otra para Chicot, es decir, la quinta botella; mas Chicot advirtió que de las cinco botellas colocadas en la fila a la derecha de Borromeo, unas estaban la mitad y otras a la tercera parte, y ninguna estaba vacía, todo lo cual le confirmó en el pensamiento que desde el principio le había ocurrido, a saber, que el capitán tenía respecto de él muy malas intenciones.

Al levantarse para recibir la quinta botella que le presentaba Borromeo, oscilaron sus piernas y exclamó: —¿No habéis sentido?

—¿Qué?

—Un temblor de tierra.

—¡Bah!

—Sí, ¡voto a Cribas! Afortunadamente la hostería de "El Cuerno de la Abundancia" es sólida, a pesar de estar construida sobre un eje.

—¿Está edificada sobre un eje? —preguntó Borromeo.

—Indudablemente, puesto que da vueltas.

—Es verdad —dijo Borromeo apurando su vaso—: yo sentía el efecto, pero no adivinaba la causa.

—Porque no sois latino —repuso Chicot—, porque no habéis leído el tratado de *Natura rerum*; si lo hubieseis leído, sabríais que no hay efecto sin causa.

—Pues bien, mi querido camarada —dijo Borromeo—, porque al fin sois capitán como yo, ¿no es cierto?

—Capitán desde la planta de los pies hasta la punta de los cabellos —respondió Chicot.

—Pues bien, mi querido capitán —prosiguió Borromeo—, puesto que, según aseguráis, no hay efecto sin causa, decidme cuál era la causa de vuestro disfraz.

—¿De qué disfraz?

—Del que vestíais cuando fuiste a casa de don Modesto.

—¿De qué estaba disfrazado?

—De paisano.

—¡Ah!, es verdad.

—Decidme eso, y empezaréis mi educación de filósofo.

—Con mucho gusto; pero en cambio me diréis por qué estabais disfrazado de fraile; pagadme una confianza con otra.

—Que me place —dijo Borromeo.

—Tocad estos cinco —añadió Chicot, y alargó su mano al capitán.

Este dejó caer a plomo su mano sobre la de Chicot.

—Ahora yo —dijo Chicot, y apretó la de Borromeo.

—¡Bien! —exclamó Borromeo.

—Conque, ¿queréis saber por qué estaba yo disfrazado de paisano? —preguntó Chicot con lengua que cada vez se hacía más estropajosa.

—Sí, me interesa.

—Y luego, ¿me lo contaréis todo?

—Os doy mi palabra de honor.

—A fe de capitán, ¿no es verdad? Por otra parte, ¿no es cosa ya convenida?

—Es verdad, lo había olvidado. Pues bien, el motivo de mi disfraz es la cosa más sencilla del mundo.

—En ese caso, hablad.

—En dos palabras os pondré al corriente.

—Ya os oigo.

—España por el rey.

—¿Cómo!, ¿espiabais?

—Sí.

—¿Conque sois espía por oficio?

—No, por afición tan sólo.

—¿Qué espiabais en casa de don Modesto?

—Todo. En primer lugar a don Modesto, después al hermano Borrromeo, luego a Santiaguillo, y finalmente a todo el convento.

—¿Y qué habéis descubierto, mi digno amigo?

—Desde luego he descubierto que don Modesto era un gran bestia.

—No hace falta ser muy hábil para eso.

—Poco a poco, señor Borrromeo, que Su Majestad Enrique III no es un necio, y lo considera como una lumbrera de la Iglesia, y aun lo piensa hacer obispo.

—Sea: nada tengo que decir contra esa promoción; al contrario, me reiré mucho ese día. ¿Y qué otra cosa habéis descubierto?

—He descubierto que cierto hermano Borrromeo no era fraile, sino capitán.

—¿De veras habéis descubierto eso?

—Desde el primer golpe de vista.

—¿Y luego?

—He descubierto que Santiaguillo se ejercitaba en tirar al florete, mientras pudiera hacerlo con la espada, y que daba estocadas a un muñeco en tanto llegaba la ocasión de poder hacerlo con un hombre.

—¡Ah!, ¿has descubierto eso? —dijo Borrromeo frunciendo el entrecejo—. ¿Y qué más has descubierto?

—¡Oh!, dadme de beber, porque si no de nada me acordaré.

—Observarás que estás en la sexta botella —dijo Borrromeo riéndose.

—Así es que comienzo a achisparme —dijo Chicot—, no lo niego. ¿Hemos venido aquí para filosofar?

—No, hemos venido para beber.

—Pues entonces bebamos.

Y Chicot llenó su vaso.

—Tienes razón —repuso Borromeo, y en seguida añadió—: ¿Te acuerdas, Chicot?

—¿De qué?

—De lo que has visto en el convento.

—¡Demonio! ¡Si me acuerdo!

—¿Y qué has visto?

—He visto que los frailes, en vez de ser tales, eran soldados, y que en vez de obedecer a don Modesto te obedecían a ti. He ahí lo que he visto.

—Efectivamente, pero no es eso todo lo que has visto.

—No; pero bebamos, bebamos, si no voy a perder la memoria.

Y como la botella de Chicot se hallaba vacía, presentó su vaso a Borromeo, que le echó vino de la suya.

Chicot desocupó el vaso sin tomar aliento.

—¡Qué tal!, según parece nos acordamos de todo.

—¡Vaya si nos acordamos!

—¿Y qué más has visto?

—He visto que había una conjuración.

—¡Una conjuración! —dijo Borromeo palideciendo.

—Una conjuración —respondió Chicot.

—¿Contra quién?

—Contra el rey.

—¿Con qué fin?

—Con el de apoderarse de su persona.

—¿Y cuándo?

—Cuando volviera de Vincennes.

—¡Mal rayo!

—¿Qué sucede?

—Nada. ¿Conque has visto eso?

—Sí.

—¿Y habéis avisado al rey?

—Es claro: como que había ido para eso.

—Entonces, ¿vos tenéis la culpa de que haya fracasado el golpe?

—Yo mismo —dijo Chicot.

—¡Los diablos te lleven! —dijo Borromeo entre dientes.

—¿Qué decís? —preguntó Chicot.

—Digo que tenéis muy buenos ojos, amigo.

—¡Bah! —contestó Chicot balbuceando—; he visto otras muchas cosas. Dadme una de vuestras botellas y os admiraréis cuando os diga lo que he visto.

Borromeo se apresuró a satisfacer el deseo de Chicot.

—Veamos —repuso—, decidme eso que me ha de asombrar.

—En primer lugar —dijo Chicot—, he visto al señor de Mayena herido.

—¡Bah!

—Luego he visto la toma de Cahors.

—¿La toma de Cahors? ¿Venís de Cahors?

—Ciertamente. ¡Ah!, capitán, era cosa digna de verse, y un valiente como vos hubiera gozado con semejante espectáculo.

—No lo dudo. Según eso, ¿os hallabais cerca del rey de Navarra?

—A su mismo lado, querido amigo, como estamos aquí.

—¿Y os separasteis de él?

—Para llevar esta noticia al rey de Francia.

—¿Y venís del Louvre?

—Llegué un cuarto de hora antes que vos.

—Entonces, como no nos hemos separado desde aquel instante, no os pregunto lo que habéis visto después de nuestro encuentro en el Louvre.

—Al contrario, preguntad, preguntad, pues os afirmo que eso es lo más curioso.

—Pues bien, hablad.

—Hablad, hablad, cuerpo de Baco. Es muy fácil decir hablad.

—Haced un esfuerzo.

—Dadme otro vaso de vino para desatarme la lengua... lleno, así. He visto, camarada, que al sacar de tu bolsillo la carta de Su Alteza el duque de Guisa, dejaste caer otra.

—¿Otra? —exclamó Borromeo saltando de su asiento.

—Sí —dijo Chicot—, que tienes ahí.

Y luego de haber oscilado su mano a uno y otro lado, apoyó un dedo sobre el colete, en el sitio donde estaba la carta.

Borromeo tembló como si el dedo de Chicot hubiese sido un hierro candente, y como si este hierro hubiese tocado su pecho en vez de tocar su colete.

—¡Oh!, ¡oh! —dijo—: ya sólo falta una cosa.

—¿A qué?

—A todo lo que habéis visto.

—¿Cuál?

—Que adivinéis a quién va dirigida esa carta.

—Poco tiene que adivinar eso —dijo Chicot dejando caer sus dos brazos sobre la mesa—, va dirigida a la duquesa de Montpensier.

—¡Diablo! —exclamó Borromeo—; espero que nada de eso habréis dicho al rey.

—Ni una palabra, pero se lo diré.

—¿Cuándo?

—Cuando haya echado un sueño —respondió Chicot, dejando caer la cabeza sobre sus brazos, como había dejado caer los brazos sobre la mesa.

—¿Conque sabéis que tengo una carta para la duquesa? —preguntó el capitán con voz trémula.

—Lo sé, lo sé perfectamente —dijo Chicot.

—Y si pudieran sosteneros vuestras piernas, ¿iríais al Louvre?

—Iría al Louvre.

—¿Y me denunciaríais?

—Os denunciaría.

—¿De manera que no os chanceáis?

—¿Cómo?

—Que en cuanto echéis ese sueño...

—¿Qué?

—El rey lo sabrá todo.

—Mas, mi querido amigo —replicó Chicot levantando su cabeza y mirando a Borromeo con aire lánguido—, haceos cargo de una cosa: que vos sois conspirador y yo soy espía; si os halláis metido en una conjuración, os denuncio, y en esto no hacemos más que cumplir cada uno con los deberes de su oficio. Ea, buenas noches.

Y diciendo estas palabras, no solamente volvió a tomar su posición primitiva, sino que se acomodó en su asiento y sobre la mesa, de modo que, sepultada su cara entre las manos, y cubierta la parte posterior de la cabeza con su casco, no presentaba de superficie más que la espalda, que, despojada de su coraza, la cual se hallaba sobre una silla, había podido arquearse cómodamente.

—¡Hola! —dijo Borromeo, fijando en su compañero sus ojos centelleantes—, ¿conque quieres delatarme?

—Tan luego como despierte, amigo mío —repuso Chicot.

—Pero falta saber si despertarás —exclamó Borromeo descargando al mismo tiempo una furiosa puñalada sobre la espalda de su compañero de crápula, y creyendo atravesarle de parte a parte, y clavarle en la mesa; mas Borromeo no había contado con la cota de malla que tomó Chicot del gabinete de armas de don Modesto.

La daga se rompió como vidrio contra aquella célebre cota a que por segunda vez debía Chicot la vida.

Además, antes de que el asesino hubiese vuelto de su estupor, el brazo derecho de Chicot, estirándose como un resorte, trazó medio círculo, y vino a descargar un puñetazo, que pesaba lo menos quinientas libras, sobre el semblante de Borromeo, el cual, ensangrentado y magullado, fue a caer contra la pared.

En un segundo se puso de pie Borromeo, y en otro segundo se le vio con la espada en la mano; mas estos dos segundos habían bastado a Chicot para levantarse y desenvainar la suya.

Todos los vapores del vino se habían disipado como por encanto; Chicot, con la pierna izquierda echada hacia adelante, la vista fija y el puño firme, se disponía a recibir a su enemigo.

La mesa, como un campo de batalla, sobre el cual estaban recostadas las botellas vacías, se interponía entre los dos adversarios, sirviendo de trinchera a cada uno de ellos, mas la

vista de la sangre que caía de su nariz a la cara y de su cara al suelo, puso fuera de sí a Borromeo, que, perdiendo toda prudencia, se lanzó contra su enemigo, aproximándose a él todo lo que la mesa permitía.

—¡Qué bruto eres! —exclamó Chicot—; ya ves cómo eres tú el que está borracho, pues de un lado a otro de la mesa no puedes alcanzarme, mientras que mi brazo es seis pulgadas más largo que el tuyo y mi espada seis pulgadas más que la tuya. Aquí tienes la prueba.

Y sin moverse siquiera alargó Chicot el brazo con la rapidez del rayo, y picó a Borromeo en medio de la frente.

Borromeo lanzó un grito, más de cólera que de dolor, y como al fin era de un valor extraordinario, aumentó su encarnizamiento en el ataque.

Chicot, siempre del lado opuesto de la mesa, tomó una silla y se sentó tranquilamente.

—¡Dios mío, qué torpes son estos soldados! —dijo encogiéndose de hombros—. Creen que saben manejar una espada, y cualquier paisano puede, si quiere, matarlos como moscas. ¡Bravo!, de esta hecha me va a dejar tuerto. ¡Hola!, ¿te subes sobre la mesa? ¡Está bien! No faltaba más que eso; pero te advierto, asno enjalmado, que son terribles las estocadas de abajo arriba, y si me agradara, te ensartaría como una cogujada.

Y le picó en la barriga como le había picado en la frente. Borromeo rugió de furor y saltó abajo de la mesa.

—Enhorabuena —exclamó Chicot—: ya estamos a pie llano y podemos hablar mientras nos tiremos estocadas. ¡Ah!, capitán, así asesinamos algunas veces en nuestros momentos perdidos entre dos conspiraciones.

—Yo hago por mi causa lo que vos hacéis por la vuestra —dijo Borromeo asustado a pesar suyo del fuego sombrío que brotaba de los ojos de Chicot.

—Eso es hablar —dijo Chicot—, y no obstante, amigo mío, veo con placer que valgo más que vos. ¡Ah!, no ha sido mala.

Borromeo acababa de tirar a Chicot una estocada que había tocado su pecho.

—No ha sido mala, mas conozco el botonazo; es el mismo que enseñasteis a Santiaguillo; decía, pues, que valía más que vos, amigo mío, porque yo no he comenzado la lucha, aunque no me han faltado ganas: hay más, os he dejado realizar vuestro proyecto, dándoos toda latitud, y aun en este instante no hago más que parar los golpes y lo hago porque tengo que proponeros un arreglo.

—¡Nada!, ¡nada! —exclamó Borromeo exasperado al ver la tranquilidad de Chicot.

Y le tiró otra estocada, que hubiera atravesado al gascón de parte a parte, si éste, merced a sus largas piernas, no hubiera dado un paso que le puso fuera del alcance de su adversario.

—Voy no obstante a decirte en qué consiste ese arreglo, para no tener nada de qué reconvenirme.

—¡Calla! ¡Calla! —dijo Borromeo—: es inútil.

—Escucha —insistió Chicot—, lo hago sólo para tranquilizar tu conciencia: no estoy sediento de tu sangre, ¿lo entiendes?, ni quiero matarte, sino en último recurso.

—Mátame si puedes —exclamó Borromeo exasperado.

—No a fe mía; ya he matado a otro espadachín como tú y aún debo decir más fuerte que tú. ¡Pardiez!, tú le conoces, era también de la casa de Guisa; un abogado.

—¡Ah! ¡Nicolás David! —balbuceó Borromeo aterrado del precedente y poniéndose a la defensiva.

—Justamente.

—¡Ah! ¿Fuiste tú quien le mató?

—Sí, con una estocada muy linda que te enseñaré si no aceptas el arreglo.

—Bueno, veamos ese arreglo.

—Que pases del servicio del duque de Guisa al del rey, mas sin dejar el del duque.

—Es decir, ¿que me haga espía como tú?

—No, por cierto; hay una diferencia notable, a mí no me pagan y a ti te pagarán: empezará por enseñarme esa carta del duque de Guisa a la duquesa de Montpensier; me dejarás tomar una copia y yo te dejaré tranquilo hasta nueva ocasión. ¿Qué tal?, ¿soy caballero?

—Toma —repuso Borromeo—: ésta es mi respuesta.

La respuesta de Borromeo era una estocada tan rápidamente dada, que la punta de la espada tocó en el hombro de Chicot.

—Vamos, vamos —exclamó Chicot—, veo que es absolutamente necesario que te enseñe el botonazo que di a Nicolás David; es un botonazo muy bonito y sencillo.

Y Chicot, que hasta entonces había permanecido a la defensiva, dio un paso adelante y atacó a su vez.

—He aquí el botonazo —añadió Chicot—; hago una finta en cuarta baja.

Hízolo así, y Borromeo paró el golpe retrocediendo; pero al primer paso tuvo que pararse, porque tropezó con el tabique.

—¡Bueno!, eso es, para el círculo; haces mal, porque mi puño es mejor que el tuyo; ligo, pues, mi espada, doy un tercio alto, me tiro a fondo y te toco, o más bien te mato.

Efectivamente, el golpe había seguido o más bien acompañado a la demostración, y la fina tizona penetrando en el pecho de Borromeo, había entrado como una aguja entre dos costillas, y picado profundamente y con un ruido sordo el tabique de madera.

Borromeo estiró los brazos, y dejó caer su espada, dilatáronse sus ojos ensangrentados, abrióse su boca, apareció en sus labios una espuma rojiza, su cabeza se inclinó sobre su hombro exhalando un suspiro que parecía estertor, cesaron después de sostenerle sus piernas, y aplomándose su cuerpo ensanchó la herida que había hecho la espada, mas no pudo separarla del tabique por estar sostenida por el puño infernal de Chicot, de suerte que el desgraciado, semejante a un gigantesco murciélago, permaneció clavado a la pared, que sus pies golpeaban con sacudidas estruendosas.

Chicot, frío e impassible como acostumbraba a estarlo en las circunstancias solemnes, sobre todo cuando estaba convencido de haber hecho todo lo que su conciencia le dictaba, soltó la espada que quedó clavada horizontalmente, desabrochó el cinturón del capitán, metió la mano en el bolsillo del colete, tomó la carta y leyó la dirección que decía:

Duquesa de Montpensier.

Sin embargo, la sangre brotaba hirviendo de la herida, y el intenso dolor de la agonía se pintaba en las facciones de aquel desgraciado.

—Yo me muero, yo expiro —dijo balbuciente—; ¡Dios mío, Señor, tened misericordia de mí!

Este último apostrofe a la misericordia divina, pronunciado por un hombre que seguramente no se había acordado de ella hasta entonces, movió el ánimo de Chicot.

—Seamos compasivos —murmuró—, y ya que este hombre debe morir, que muera a lo menos lo más dulcemente posible.

Y acercándose al tabique, sacó su espada de la pared y sosteniendo el cuerpo de Borromeo le impidió caer con toda la fuerza de su peso.

Pero esta última precaución era inútil, la muerte había venido a toda prisa con frialdad terrible, había paralizado los miembros del vencido, sus piernas se doblaron, se deslizó en los brazos de Chicot y cayó a tierra como un cadáver.

Este sacudimiento hizo brotar de la herida un torrente de sangre negra, con la cual salió el último resto de vida que aún animaba a Borromeo.

Luego Chicot fue a abrir la puerta de comunicación, y llamó a Bonhomet.

No tuvo que llamar dos veces; el hostelero había estado en acecho a la puerta y había oído sucesivamente el ruido de las mesas y taburetes, el choque de las espadas, y la caída de un cuerpo pesado, y como tenía demasiada experiencia del carácter de los espadachines, y del de Chicot en particular, no tuvo mucho que adivinar para saber punto por punto cuanto había sucedido, mucho más después de lo que confidencialmente se le había dicho.

Únicamente ignoraba cuál de los dos adversarios era el que había sucumbido.

Necesario es decir en elogio de maese Bonhomet que su fisonomía tomó una expresión de verdadero gozo, cuando oyó la voz de Chicot, y vio que el gascón, sano y salvo, era quien se acercaba a abrir la puerta.

Chicot, para quien nada pasaba inadvertido, notó esta expresión particular y no dejó de agradecer en su interior el sentimiento que la dictaba.

Bonhomet entró temblando en el gabinete.

—¡Ah!, ¡buen Jesús! —exclamó al ver el cuerpo del capitán inundado de su sangre.

—¡En! ¡Dios mío!, sí, mi pobre Bonhomet —dijo Chicot—, ahí tiene lo que pasa; mira qué malo está el buen capitán.

—¡Oh, mi buen señor Chicot, mi buen señor Chicot! —murmuró Bonhomet dando muestras de desmayarse.

—¿Y bien, qué? —preguntó Chicot.

—En verdad os digo que habéis elegido mal mi casa para hacer una ejecución como ésa, con tan buen capitán.

—¡Qué!, ¿habrías preferido ver a Chicot en el suelo y a Borromeo de pie?

—¡Oh, no, no! —exclamó el hostelero con un acento de convicción sincera.

—Pues a fe que hubiera así pasado sin un milagro de la Providencia.

—¿De veras?

—A fe de Chicot, mírame bien los hombros. ¡Ah!, ¡cómo me duelen, querido amigo!

Y se inclinó delante del hostelero hasta que sus hombros quedaron a la altura de los ojos de aquél.

Entre los dos hombros el jubón se hallaba agujereado y una mancha de sangre ancha y redonda como un escudo de plata enrojecía los bordes del agujero.

—¡Sangre! —exclamó Bonhomet—, ¡sangre!, ¡ah!, ¡estáis herido!

—Aguarda, aguarda.

Y Chicot desató el jubón y después la camisa. —Mira ahora —exclamó.

—¡Ah!, teníais una coraza; ah, qué fortuna, señor Chicot. ¿Conque el malvado ha querido asesinaros?

—¡Voto bríos!, me parece que yo no habré ido a distraerme en darme una puñalada entre los dos hombros.

—¿Y ahora qué ves?

—Una malla rota.

—¡Cáspita con el capitán, qué acierto tenía! ¡Y sangre!

—Sí, bastante sangre debajo de la malla.

—Entonces quitaremos la coraza —dijo Chicot.

Quitóse en efecto la coraza y dejó descubierto un tronco que parecía compuesto solamente de huesos, de músculos pegados a los huesos y pellejo pegado a los músculos.

—¡Ah, señor Chicot —exclamó Bonhomet—, tenéis una herida tan ancha como un plato!

—Sí, eso es que la sangre se ha derramado; hay sin duda equimosis⁴², como dicen los médicos; dadme un poco de lienzo blanco, echa en un vaso a partes iguales, buen aceite de olivo y heces de vino y lávame esa mancha, amigo mío.

—¿Mas y este cuerpo? ¿Qué diablos voy a hacer yo con este cuerpo, mi querido Chicot?

—No tienes nada que hacer con eso.

—¿Cómo que no tengo nada que hacer con eso?

—No. Tráeme también pluma y papel.

—Ahora voy, señor Chicot.

Bonhomet salió del aposento.

Entretanto Chicot, que probablemente no tenía que perder mucho tiempo, calentaba en la lámpara la punta de un cuchillo y cortaba por el centro del lacre, el hilo del sello de la carta.

Después de lo cual, no habiendo ya obstáculo que se opusiese a la salida del pliego, Chicot lo sacó de su cubierta y lo leyó con vivas muestras de satisfacción.

No bien acabó su lectura, volvió maese Bonhomet con el aceite, el vino, la tinta, la pluma y el papel.

Chicot cogió el papel, la pluma y la tinta, sentóse a la mesa, y volvió la espalda a Bonhomet con heroica tranquilidad.

⁴² Mancha lívida, negruzca o amarillenta de la piel o de los órganos internos, que resulta de la sufusión de la sangre a consecuencia de un golpe, de una fuerte ligadura o de otras causas.

El hostelero comprendió la pantomima y empezó sus fricciones.

Entretanto Chicot copiaba la carta del duque de Guisa, y hacía sus comentarios a cada palabra, ni más ni menos que si la operación del hostelero, en vez de irritar su dolorosa herida, únicamente sirviese para hacerle agradables cosquillas.

La carta decía así:

"Querida hermana: la expedición de Amberes ha salido bien para todos, excepto para nosotros; si os dijeren que el duque de Anjou ha muerto, no lo creáis, pues vive todavía.

"*Vive, ¿comprendes?*, he aquí la gran cuestión.

"En esa palabra se encierra toda una dinastía; esa palabra separa la casa de Lorena del trono de Francia, como pudiera hacerlo el más profundo abismo.

"Sin embargo, no os dé por ello gran cuidado. He averiguado que dos personas, a quienes creía en el otro mundo, viven aún, y en la existencia de estas dos personas hay una gran probabilidad de muerte para el príncipe.

"Pensad, pues, únicamente en París; dentro de seis semanas ya será tiempo de que la Liga se mueva, y que los que la componen sepan que el momento se acerca y estén dispuestos.

"El ejército está en pie de guerra; contamos con doce mil hombres resueltos y bien equipados; entraré con ellos en Francia, bajo pretexto de combatir a los hugonotes alemanes que van a auxiliar a Enrique de Navarra; venceré a los hugonotes, y una vez dentro de Francia, como amigo, obraré como señor."

—¡Eh!, ¡eh! —dijo Chicot.

—¿Os lastimo, querido señor? —dijo Bonhomet, suspendiendo las fricciones.

—Sí, amigo mío.

—Pues iré más despacio, no tengáis cuidado.

Chicot continuó la tarea.

"P. D. Apruebo enteramente vuestro plan respecto a los Cuarenta y Cinco; permitidme que os diga únicamente, querida hermana, que hacéis a esos truhanes más honor del que merecen..."

—¡Ah, diantre! —murmuró Chicot—, esto sí que no lo entiendo.

Y volvió a leer:

"Apruebo por completo vuestro plan respecto a los Cuarenta y Cinco..."

—¿Qué plan? —se interrogó Chicot.

"Permitidme que os diga únicamente, querida hermana, que hacéis a esos truhanes más honor del que merecen."

—¿Qué honor?...

Y volvió a leer: "Del que merecen. "Vuestro afectísimo hermano

"E. DE LORENA."

—En fin —murmuró Chicot—, todo se entiende bien, menos la *postdata*. Bueno, estudiaremos la *postdata*.

—Mi buen señor Chicot —se aventuró a decir el hostelero, advirtiéndole que Chicot había dejado de escribir, aunque no de pensar—; todavía no me habéis dicho, qué es lo que he de hacer con ese cadáver.

—Eso es muy sencillo.

—Sí, para vos, que tenéis una imaginación de dos mil demonios; mas no para mí.

—Pues bien. Supongamos, por ejemplo, que ese pobre capitán se haya dado de cuchilladas en la calle con los suizos o reitres, y que te lo traigan herido; ¿te hubieras negado a admitirle en tu casa?

—No, en verdad, mi querido Chicot, a no ser que vuesa merced me lo hubiese prohibido.

—Pues supón ahora, que echado en ese rincón haya pasado a mejor vida, a pesar de tus cuidados para retenerle en ésta. Verdaderamente sería una desgracia, ¿no es verdad?

—Sí, por cierto.

—Y, en lugar de incurrir en la más mínima pena, merecerías elogios por tu humanidad. Supón también que al expirar ese pobre capitán, hubiese pronunciado el nombre que tú conoces demasiado, del prior de los benedictinos de San Antonio.

—¿De don Modesto Gorenflot? —preguntó Bonhomet asombrado.

—Sí, de don Modesto Gorenflot. Pues bien: no tienes más que ir a prevenir a don Modesto: el buen señor vendrá a toda prisa, y como se hallará un bolsillo en una de las faltriqueras del muerto... ¿comprendes?, es importantísimo que se le encuentre el bolsillo, y yo te digo esto a guisa de advertencia; pues bien, como se encuentre en una de las faltriqueras del difunto su bolsillo, y en la otra esta carta, nadie abrigará la menor sospecha.

—Ya entiendo, mi querido Chicot.

—Hay más; en lugar de sufrir un castigo, te darán un premio.

—Sois un grande hombre, mi querido Chicot: voy ahora mismo al priorato de San Antonio.

—Espera. ¡Qué diantre!, he dicho el bolsillo y la carta.

—Precisamente.

—¿Y será preciso decir que fue abierta y copiada?

—¡Pardiez!, justamente porque la carta aparezca intacta, recibirás el premio.

—¿Hay acaso algún secreto en esa carta?

—En los tiempos que corren, hay secretos en todo, mi querido Bonhomet.

Y Chicot, después de esa contestación sentenciosa, ató el hilo debajo del lacre del sello empleando el mismo sistema, y unió el lacre con tal habilidad, que la vista más perspicaz no hubiera podido advertir la menor rotura.

Después metió la carta en una de las faltriqueras del difunto, mandó que le pusiesen en la herida lienzo mojado en aceite y heces de vino en forma de cataplasma, volvió a colocar la cota de malla que le defendía de cualquier percance, encima de la cota su camisa y encima de la camisa su jubón; recogió su espada, la limpió, la volvió a su vaina y se fue.

Y luego, retrocediendo un poco, agregó:

—Y en todo caso, si no te pareciese buena la fábula que he inventado, no tienes más que acusar al capitán de haberse atravesado él mismo con su espada.

—¿Un suicidio?

—¡Pardiez!, eso no compromete a nadie, ¿comprendes?

—Pero, ¿no le darán sepultura a ese infeliz en lugar sagrado?

—¡Pchs! —exclamó Chicot—, ¿crees que eso le proporcione un buen rato?

—No, mas creo...

—En fin, haz lo que mejor te convenga, mi querido Bonhomet; adiós.

Y volviéndose por segunda vez, agregó:

—A propósito, yo te pagaré, puesto que él ha muerto.

Y Chicot puso sobre la mesa tres escudos de oro.

Y acto seguido salió, acercando a sus labios el dedo índice en señal de silencio.

LXXXI

EL MARIDO Y EL AMANTE

No sin gran emoción volvió a ver Chicot la calle de los Agustinos, tan tranquila y desierta, el ángulo formado por el montón de casas que precedían a la suya, y por último, su misma querida casa con techo triangular, su balcón carcomido y las canales de su tejado adornadas de gárgolas.

Había sido tal el miedo que le acometiera de no encontrar más que un vacío en el sitio de su casa, y era tanto lo que había temido ver obstruida la calle por el humo del incendio, que calle y casa le parecieron prodigios de limpieza, de gracia y de esplendor.

Chicot había escondido en el hueco de una piedra que servía de base a una de las columnas de su balcón la llave de su casa querida, porque es de advertir que en aquellos tiempos cualquier llave de cofre o de otro mueble igualaba en peso y en volumen a las llaves más voluminosas de nuestras actuales casas, y por tanto, siguiendo esta proporción, las llaves de las casas eran iguales a las de las ciudades modernas.

Por eso Chicot había calculado perfectamente la dificultad que tendría su bolsillo para contener la bienaventurada llave, y había tomado el partido de ocultarla en el sitio que hemos dicho.

Necesario es confesar en honor de la verdad, que Chicot experimentó una especie de estremecimiento al meter la mano en el agujero de piedra; pero a este estremecimiento siguió una alegría sin igual, cuando sintió la frialdad del hierro.

La llave estaba positivamente en el sitio en que Chicot la había dejado.

Lo mismo sucedía con los muebles de la primera habitación, con la tablilla clavada en la viga, y en fin con los mil escudos que continuaban dormitando en su cajita de encina.

Chicot no era un avaro; todo lo contrario; muchas veces había derrochado el oro a manos llenas, sacrificando así la parte material al triunfo de sus ideas, que es la filosofía de todo hombre que vale algo; pero, cuando la idea había dejado instantáneamente de predominar a la materia, es decir, cuando no había necesidad de dinero y de sacrificios, cuando, en una palabra, la intermitencia sensual reinaba en el alma de Chicot, y esta alma permitía al cuerpo vivir y gozar; el oro, ese primero, constante y eterno manantial de goces animales, recobraba su valor a los ojos de nuestro filósofo, y nadie sabía mejor que él en cuántas partículas sabrosas se subdivide ese inestimable entero que se llama un escudo.

—¡Cuerpo de Barrabás! —murmuraba Chicot acurrucado en medio de su cuarto, con su arca abierta, la tablilla a su lado y el tesoro ante sus ojos—. ¡Cuerpo de Barrabás!, vaya que tengo un vecino bienaventurado, digno joven que ha respetado y hecho respetar mi dinero; en verdad que es una acción que no tiene precio en los tiempos que corren. Pardiez, debo dar alguna recompensa a un hombre tan galante: esta noche la tendrá.

Y volvió a colocar Chicot su tablilla en la viga, y su arquita en la tabla: acercóse a la ventana y miró de frente.

La casa ofrecía esta tinta oscura y cenicienta que la imaginación atribuye como un colorido natural a los edificios cuyo carácter conoce.

—Todavía no debe ser hora de dormir —exclamó Chicot—, y por otra parte estas gentes

no serán muy dormilonas que digamos; vamos a ver.

Bajó, pues, y después de haber preparado su fisonomía de la manera más agradable y risueña posible, fue a llamar a la puerta de su vecino.

Advirtió el ruido de la escalera y el estrépito de fuertes pisadas; no obstante, se creyó obligado a aguardar bastante tiempo, antes de llamar por segunda vez.

A los nuevos golpes se abrió la puerta, y apareció un hombre en las tinieblas.

—Mil gracias y muy buenas noches —dijo Chicot alargando la mano—, ya estoy de vuelta, mi querido vecino, y vengo a daros las gracias.

—¿Qué se ofrece? —preguntó una voz áspera y cuyo acento dejó a Chicot muy sorprendido.

Al mismo tiempo el hombre que había venido a abrir la puerta, daba un paso hacia atrás.

—Toma, me he equivocado —dijo Chicot—, no erais vos mi vecino cuando salí de mi casa y no obstante, juraría que os conozco.

—Y yo también —repuso el joven.

—Vos sois el vizconde Ernanton de Carmaignes.

—Y vos sois la Sombra.

—Verdad es —dijo Chicot—, yo caigo de las nubes.

—En resumen, ¿qué queréis, señor? —preguntó el joven con un poco de aspereza.

—Perdonad, si os incomodo quizá.

—No; pero me permitiréis que os pregunte en qué puedo servirlos.

—Nada, sino que yo deseaba hablar con el dueño de la casa.

—Hablad, entonces.

—¿Cómo es eso?

—Indudablemente; el dueño de la casa soy yo.

—¡Vos!, ¿desde cuándo?

—Toma, hace tres días.

—¡Pues qué!, ¿la casa se ha vendido?

—Así parece, puesto que yo la he comprado.

—¿Y el antiguo dueño?

—No la habita ya, según estáis viendo.

—¿Y en dónde está?

—No lo sé.

—Vamos a ver si nos entendemos —dijo Chicot.

—Eso es lo que yo deseo —respondió Ernanton con notable impaciencia—, y el caso es que nos entendamos luego.

—El antiguo propietario era un hombre de veinticinco a treinta años, que aparentaba cuarenta.

—No, era un hombre de sesenta y cinco a setenta años, que no aparentaba más ni menos.

—Calvo.

—Por el contrario, con un bosque de cabellos blancos.

—Tiene una enorme cicatriz al lado izquierdo de la cabeza, ¿no es verdad?

—Yo no le he visto cicatriz alguna, sino muchas arrugas.

—Cada vez lo entiendo menos —exclamó Chicot.

—En fin —repuso Ernanton después de un rato de silencio—, ¿qué deseáis de ese hombre, mi querida Sombra?

Ya iba a confesar llanamente lo que venía a hacer, cuando el mismo misterio de la sorpresa de Ernanton le recordó un proverbio muy conocido de las gentes discretas.

—Quería hacerle una visita, como se acostumbra entre buenos vecinos —respondió Chicot.

De esta manera Chicot no mentía y no decía nada.

—Mi buen amigo —repuso Ernanton con mucha cortesía, pero disminuyendo considerablemente la abertura de la puerta que tenía entornada—, siento verdaderamente no poder daros noticias más exactas.

—Gracias, caballero —dijo Chicot—, ya las buscaré en otra parte.

—Pero eso no impide —continuó Ernanton cerrando cada vez más la puerta—, eso no impide para que yo tenga a buena fortuna la ocasión que me pone en contacto con vos.

—Ya quisieras verme dado al diablo, ¿no es verdad? —murmuró Chicot, devolviendo cumplimiento por cumplimiento.

Sin embargo, como a pesar de esta respuesta mental, altamente preocupado Chicot se olvidaba de marcharse, Ernanton, metiendo su rostro entre la puerta y el marco, le dijo:

—Hasta más ver, caballero.

—Aguardad un momento, señor de Carmaignes —dijo Chicot.

—Lo siento infinito —respondió Ernanton—, pero no puedo detenerme; estoy esperando a uno que debe venir a llamar a esta misma puerta, el cual me llevaría a mal que no le recibiera con toda la discreción posible.

—Basta, señor, ya entiendo —repuso Chicot—; perdonad que haya molestado, me retiro.

—Adiós, caballero Sombra.

—Adiós, digno señor Ernanton.

Y Chicot, dando un paso atrás, se vio dar con la puerta en las narices.

Se quedó escuchando a ver si el joven desconfiado acechaba su salida, pero sintió las pisadas de Ernanton que volvía a subir la escalera.

Chicot pudo, por lo tanto, volverse muy tranquilo a su casa, encerrándose con el propósito decidido de no alterar los hábitos de su nuevo vecino; mas a no perderle tampoco de vista, según su loable costumbre.

Efectivamente, Chicot no era hombre que se durmiese sobre un hecho que le parecía de alguna importancia, sin haber palpado, revuelto y analizado este hecho con la paciencia de un anatómico distinguido; era un privilegio o un defecto de su organización, que, aun a despecho suyo, cualquiera forma incrustada en su cerebro se presentaba al análisis por sus lados principales: de modo que las paredes cerebrales del pobre Chicot se veían heridas y provocadas a un examen inmediato.

Chicot había estado preocupado hasta entonces con esta frase de la carta del duque de Guisa: "Apruebo enteramente vuestro plan, respecto a los Cuarenta y Cinco"; mas luego abandonó esta frase, a cuyo examen pensaba consagrarse en otra ocasión, para ocuparse sin levantar mano de la nueva preocupación que acababa de ocupar el lugar de la antigua.

Pensaba Chicot que era lo más extraño del mundo el ver a Ernanton instalarse como dueño en esa casa misteriosa, cuyos moradores habían desaparecido de repente.

Tanto más, cuanto que muy bien podía aludir a los primitivos habitantes de dicha casa, la frase que había en la carta del duque de Guisa relativa al duque de Anjou.

Era efectivamente una casualidad digna de consideración, y Chicot tenía por costumbre dar crédito a las casualidades providenciales.

Cuando se le importunaba acerca de este punto, desarrollaba las teorías más ingeniosas del mundo.

La base de estas teorías era una idea, que en nuestro entender valía como otra cualquiera.

He aquí su idea capital.

El azar es la reserva de Dios.

El Omnipotente no recurre a su reserva sino en circunstancias graves, especialmente después que ve en los hombres bastante sagacidad para estudiar y prever las contingencias según la naturaleza y los elementos regularmente organizados.

Mas a Dios le agrada, o debe agradarle, el deshacer las combinaciones de estos orgullosos, cuya antigua soberbia confundió mandándoles un diluvio que los anegase, y cuyo orgullo venidero castigará abrasándolos.

Por consiguiente Dios, decimos, o para hablar con más exactitud, decía Chicot, Dios gusta de desconcertar las combinaciones de estos orgullosos, con los elementos que les son desconocidos y cuya intervención no pueden adivinar.

Encierra esta teoría argumentos muy especiosos y pueden apoyarse en ella brillantes tesis, como conocerá el lector; pero, deseoso de saber indudablemente como lo estaba Chicot, qué era lo que acababa de hacer Carmaignes en aquella casa, nos perdonará de buena gana que no entremos en más deducciones.

Pensaba Chicot que era muy singular ver a Ernanton en la misma casa donde había visto a Remy.

Y pensaba que era muy singular por dos razones: la primera, a causa de la perfecta ignorancia recíproca en que entramos vivían, lo cual hacía creer que había habido entre los dos una persona intermedia que Chicot no conocía. La segunda, porque la casa debía haberse vendido a Ernanton, el cual no tenía dinero para comprarla.

—Es cierto —decía Chicot acomodándose lo mejor que pudo encima de su canal, que era su observatorio ordinario—. Verdad es que el joven pretende haber de recibir una visita, y que esta visita, según todas las apariencias, debe ser de una mujer; en la actualidad las mujeres son muy ricas y pueden tener caprichos; Ernanton es buen mozo, joven, elegante; Ernanton habrá gustado, se le habrá dado una cita, se le habrá dicho que compre esa casa: ha comprado la casa y aceptado la cita. Ernanton —continuó Chicot—, vive en la corte, por consiguiente de la corte debe ser la mujer a quien espera. ¡Pobre mozo! ¿Si estará enamorado? ¡Dios le libre de tal cosa! Va a caer en un abismo de perdición. Pero, ¿cómo voy yo a predicarle un poco de moral? ¡La moral... doblemente inútil y diez veces necia! Inútil, porque no la entiende, y aun cuándo la entendiese, no querría oírla. Necia, porque

haría mucho mejor en ir a acostarme y pensar un poco en el infeliz Borromeo. A propósito —continuó Chicot con aire sombrío—, ahora caigo en una cosa, y es: que el remordimiento no existe y que sólo es un sentimiento relativo; lo cierto es que yo no tengo remordimientos por haber matado a Borromeo, puesto que la preocupación que me causa la situación de Carmaignes, me hace olvidar ese homicidio; y si él por su parte me hubiera clavado contra la pared, como yo lo he hecho, no tendría ciertamente a estas horas más remordimientos de los que yo tengo.

A este punto llegaba Chicot con los raciocinios e inducciones de su filosofía, ocupado en todo ello más de hora y media, cuando vino a sacarlo de su preocupación una litera que se oía hacia el lado de la hostería de "La Casa de la Espada del Bizarro Caballero".

Esta litera se detuvo en el umbral de la puerta de la casa misteriosa.

Una dama tapada bajó de la litera y se metió al instante por la puerta que tenía entreabierta Ernanton.

—¡Pobre muchacho! —murmuró Chicot—, no me había equivocado, era en efecto una mujer la que esperaba; yo me voy a dormir.

Y Chicot se levantó, pero, aunque de pie, permaneció sin moverse.

—Yo me engaño —dijo—, no dormiré: pero lo dicho, dicho; si no duermo, no serán los remordimientos los que me lo impidan, sino la curiosidad; y esto es tan exacto, que, si yo continuase en mi observatorio, la única idea que me preocuparía sería saber cuál de nuestras nobles damas honra con su amor al apuesto Ernanton de Carmaignes. Por lo tanto, si había de ir a acostarme ahora para volver a levantarme dentro de un rato, vale más continuar a pie firme en mi buen observatorio.

Y Chicot volvió a sentarse.

Cerca de una hora pasó, sin que podamos decir si pensaba Chicot en la dama desconocida o en el pobre Borromeo, si estaba preocupado por la curiosidad o agitado por los remordimientos, cuando creyó percibir al extremo de la calle el ruido de un caballo al galope.

En efecto, muy pronto apareció un caballero envuelto en su capa.

El caballero se detuvo en el centro de la calle, como para cerciorarse del punto donde estaba.

Entonces percibió el grupo que formaban la litera y los que la conducían.

El caballero se encaminó hacia el sitio donde estaba el grupo: iba armado, pues se sentía el choque de su espada sobre sus espuelas.

Los de la litera quisieron impedirle el paso; pero les dirigió algunas palabras en voz baja y no tan sólo se desviaron con el mayor respeto, sino que uno de los dos, que se apeó al instante, recibió de sus manos la brida del caballo.

El desconocido se adelantó hacia la puerta y llamó ruidosamente.

—¡Ira de Dios! —exclamó Chicot—, ¡qué bien he hecho en quedarme! No me engañaban mis presentimientos de que iba a acontecer algo de bueno. Ahí está el marido, ¡pobre Ernanton! Vamos a presenciar algún degüello. No obstante, en caso de ser el marido, no es mala idea anunciar su vuelta con tan rudos golpes.

Mas a pesar del modo magistral de llamar el desconocido, parecía haber sus dudas respecto a abrirle la puerta.

—Abrid —gritó el que llamaba.

—Abrid, abrid —repitieron los conductores.

—Decididamente es el marido —murmuró Chicot—; ha amenazado a los lacayos con mandar azotarlos o colgarlos, y los lacayos se ponen de su parte. ¡Pobre Ernanton!, va a ser degollado vivo. Sin embargo, eso será si yo lo permito —añadió Chicot—. Porque al fin y al cabo —continuó diciendo—, él me ha socorrido, y por consiguiente, en caso de apuro, debo yo socorrerle también. Y creo que el caso es urgente, y no hay motivo para detenerme.

Chicot era resuelto y generoso; tenía además una curiosidad indecible; sacó su larga tizona, la colocó debajo del brazo, y bajó apresuradamente la escalera.

Chicot sabía abrir su puerta sin meter ruido lo cual es una ciencia indispensable para todo el que quiere escuchar con provecho.

Deslizóse Chicot debajo del balcón, y púsose en acecho detrás de una pilastra.

Al poco rato se abrió la puerta, con el auxilio de una palabra que el desconocido sopló por la cerradura; pero, sin embargo, no pasó del umbral.

A los pocos instantes apareció la dama en el marco de la puerta.

Cogióse al brazo del caballero que le acompañó hasta la litera, cerró la portezuela y montó a caballo.

—No cabe duda, era el marido —dijo Chicot—, marido de buena pasta en efecto, pues no se atreve a subir un escalón siquiera, y echar a tierra las tripas de mi amigo Carmaignes.

La litera se puso en camino, marchando siempre el caballero al lado de la portezuela.

—¡Pardiez! —dijo para sí Chicot—, es necesario que yo siga a esas gentes; que sepa quiénes son y adonde van. Ciertamente podré sacar de mis investigaciones algún consejo sano y provechoso para mi amigo Carmaignes.

Chicot siguió, en efecto, tras la comitiva, guardando la precaución de ocultarse en la sombra de las paredes y de que se confundiesen sus pisadas con el ruido de los hombres y caballos.

Más que mediana fue la admiración de Chicot al ver la litera delante de la hostería de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero".

Casi al mismo momento, y como si hubiese alguno en ella, la puerta de la hostería se abrió de par en par.

Bajó la dama encubierta, entró y subió a la torrecilla, en cuya ventana del primer piso había luz.

El marido subió detrás de aquélla.

A los dos precedía la señora Fournichon, con una bujía en la mano.

—Decididamente —exclamó Chicot cruzándose de brazos—, cada vez lo comprendo menos.

LXXXII
CHICOT COMIENZA A VER CLARO
EN LA CARTA DEL DUQUE DE GUISA

Chicot creía haber visto en alguna parte la figura de este caballero tan complaciente, pero habiéndose embrollado un poco su memoria durante el célebre viaje a Navarra, donde tantas figuras diversas había visto, no recordaba con su acostumbrada facilidad el nombre que quería pronunciar.

Medio oculto en la sombra, y con los ojos clavados en la ventana iluminada, preguntábase Chicot qué habrían venido a hacer aquella mujer y aquel hombre a "La casa de la Espada del Bizarro Caballero", abandonando a Carmaignes en la casa misteriosa, cuando he aquí que nuestro digno gascón vio abrir la puerta de la hostería, y en el rayo de luz que se escapó por la abertura, percibió como la sombra negra de perfil de un fraile.

Esta sombra negra se detuvo un instante para mirar la misma ventana que Chicot contemplaba.

—¡Hola, hola! —dijo para sí—, ¡el diablo me lleve si ése no es un hábito de jacobino! ¿Será posible que maese Gorenflot se preocupe tan poco de la disciplina que permita a sus carneros ir a vagabundear a tales horas de la noche y a tanta distancia del priorato?

Siguió Chicot con la vista a este jacobino mientras bajaba por la calle de los Agustinos, y por un instinto particular llegó a figurarse que en este fraile encontraría la clave del enigma que en vano había buscado hasta entonces.

Además, lo mismo que Chicot había creído conocer la traza del caballero, así también le parecía ver en el fraile cierto movimiento de hombros, cierto desembarazo militar propio sólo de personas acostumbradas a ejercicios de esgrima y de gimnasia.

—¡Condenado me vea si bajo ese hábito —dijo Chicot—, no se oculta aquel maldito descreído que querían darme por compañero de expedición y que maneja con tanta habilidad el arcabuz y el florete!

Apenas acudió a Chicot esta idea, quiso cerciorarse de su exactitud, y abriendo sus largas zancas alcanzó en cuatro brincos al fraile, que caminaba velozmente, llevando arremangado el hábito para andar más de prisa.

No era por lo demás difícil el alcanzar al motilón⁴³, pues solía hacer de cuando en cuando alguna parada a fin de volver atrás la vista como si se marchase con gran pena y profundo sentimiento.

Estas miradas se dirigían incesantemente hacia las iluminadas vidrieras de la hostería.

No hubo andado diez pasos Chicot, y ya se aseguró de no haber andado ligero en sus conjeturas.

—¡Hola, hola, compadre! —le gritó—. Amigo Santiaguillo. ¡Hola; mi buen Clemente! ¡Alto!

Y pronunció esta última palabra con un cierto aire militar, que hizo estremecer al motilón.

⁴³ Que tiene poco pelo.

—¿Quién me llama? —interrogó el joven con un tono desabrido, y más bien insultante que benévolo.

—¡Yo! —dijo Chicot poniéndose delante del jacobino—: yo, ¿no me conoces, hijo mío?

—¡Oh, señor Roberto Briquet! —exclamó el fraile.

—El mismo, querido. ¿Adonde te diriges a estas horas?

—Al priorato, señor Briquet.

—Sea enhorabuena; pero, ¿de dónde vienes?

—¿Yo?

—Seguramente, libertino.

Estremecióse el joven.

—No sé lo que decís, señor Briquet —respondió Santiaguillo—; me ha mandado a una comisión importante don Modesto Gorenflot, y si queréis saberlo, no tenéis más que preguntárselo.

—Ta, ta, poco a poco, amigo Jerónimo; pronto ardemos como una mecha, según lo que voy viendo.

—Pues qué, ¿no me dais motivos para ello expresándoos como acabáis de hacerlo?

—¡Diantre!, ¿no comprendes que es muy extraño ver salir un hábito como el tuyo a estas horas de una taberna?

—¡Yo de una taberna!

—Sí, a fe mía; la casa de donde acabas de salir, ¿no es la hostería de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero"? ¡Ah! Confiesa que te he cogido.

—Tenéis razón, salía de esa casa —dijo Clemente—; mas no salía de una taberna.

—¿Cómo! —exclamó Chicot—, ¿qué es sino una taberna la hostería de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero"?

—Una taberna es una casa, a la que se va a beber, y como yo no he bebido en esa casa, esa casa no es para mí una taberna.

—¡Diantre! Sutil es a fe de Roberto la distinción, y o yo me equivoco mucho o tienes que llegar a ser con el tiempo un gran teólogo; pero al fin y al cabo, puesto que no ibas a la taberna a beber, ¿a qué diablos ibas?

Clemente no contestó, y a pesar de la obscuridad, pudo leer Chicot en su fisonomía una voluntad decidida de no decir una sola palabra.

Esta resolución contrarió en gran manera los propósitos de nuestro amigo, que tenía por costumbre averiguarlo todo.

En medio de eso, Clemente no se mostraba desabrido, a pesar de su silencio; al contrario, pareció recibir gran satisfacción al encontrarse de una manera tan inusitada con su entendido profesor de esgrima, maese Roberto Briquet, dispensándole toda la acogida que podía esperarse de su carácter áspero y taciturno.

La conversación se había interrumpido por completo. Tentaciones tuvo Chicot de renovarla pronunciando el nombre del hermano Borromeo; pero, aunque Chicot no tuviese remordimientos, o no creyese al menos tenerlos, el nombre de aquel infeliz expiró en sus labios antes de haberlo pronunciado.

Seguía callado Clemente y parecía que esperaba alguna cosa; hubiérase creído que se tenía por muy dichoso en estar todo el tiempo posible cerca de la hostería de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero".

Roberto Briquet trató de hablarle de aquella expedición que estuvo a punto de hacer con él.

Los ojos de Santiago Clemente chispearon al oír las palabras de espacio y libertad.

Díjole Roberto Briquet que en los países que acababa de recorrer estaba la esgrima muy en boga; y añadió, como de paso, que había dado él golpes maravillosos.

Esto era igual que poner a Clemente al borde de un volcán.

Quiso conocer algunos de estos golpes, y Chicot, con su largo brazo, describió varios en el motilón.

Mas todas las tretas y marrullerías de Chicot no bastaron a vencer la terquedad de Clemente; y mientras paraba esos golpes maravillosos que su amigo maese Roberto Briquet le describía, guardaba un absoluto silencio en cuanto al motivo de su expedición por aquellos andurriales.

Lleno de despecho Chicot, si bien dueño de sí mismo, trató de ensayar la injusticia: la injusticia es una de las provocaciones más eficaces que se han puesto en práctica para hacer hablar a las mujeres, a los niños y a los inferiores, de cualquier naturaleza que sean.

—No importa, amiguito —exclamó volviendo a su primera idea—, nada importa todo eso, eres un buen frailecillo, pero te vas a las hosterías, ¿y a qué hosterías?, precisamente a aquellas donde se hallan hermosas damas, y te quedas en éxtasis horas enteras delante de las ventanas en que puede descubrirse su sombra. ¡Ah, picarillo, picarillo, ya se lo diré a don Modesto!

El golpe fue contundente, más contundente aún de lo que Chicot se había imaginado, porque no creía que la herida pudiese ser tan profunda.

Santiago se volvió de repente, como una víbora que se ve pisada.

—Eso es falso —exclamó rubicundo de vergüenza y de cólera—, no, no miro a las mujeres.

—Sí, por cierto —continuó Chicot—, había en "La casa de la Espada del Bizarro Caballero" una dama y muy linda, cuando tú has salido, y te has vuelto para verla mejor, y yo sé que estabas aguardándola en la torrecilla, y sé también que le has hablado.

Chicot procedía por inducción.

Santiago no pudo contenerse.

—Sin duda, la he hablado —exclamó—, ¿acaso es algún pecado hablar a las mujeres?

—No, cuando uno no les habla *motu proprio* y guiado por la intención de Satanás.

—Satanás no tiene que ver con eso, y forzoso era que yo le hablase a esa dama, pues tenía que entregarle una carta.

—¿Por encargo de don Modesto? —exclamó Chicot.

—Sí, de modo que ya podéis ir ahora a quejaros a él.

Chicot, que andaba aturdido y como a tientas por medio de tinieblas, percibió en estas palabras un rayo de luz que atravesó la obscuridad de su cerebro.

—¡Ah! —exclamó—, bien lo sabía yo.

—¿Qué es lo que sabíais?

—Lo que tú rehusabas decirme.

—No digo yo mis secretos, cuanto más los secretos de otros.

—Sí, pero a mí...

—¿Y por qué a vos?

—Porque soy un amigo de don Modesto, y luego yo...

—¿Luego qué?

—Que sé con antelación todo lo que pudieras decirme.

Santiago Clemente miró a Chicot meneando la cabeza con sonrisa de incredulidad.

—¡Pues bien! —añadió Chicot—, ¿quieres que te cuente lo mismo que tú no quieres contarme?

—Corriente —dijo el motilón.

Chicot hizo un esfuerzo.

—Primeramente —exclamó—, ese pobre Borromeo...

La fisonomía de Santiago se cubrió con una nube de tristeza.

—¡Oh! —murmuró el joven—, si hubiese estado yo allí...

—¿Si hubieses estado allí?

—No hubieran quedado así las cosas.

—¿Le habrías defendido contra los suizos que la emprendieron con él?

—¡Le hubiera defendido contra todo el mundo!

—¿De modo que no hubiera sido muerto?

—O me hubieran matado a mí con él.

—El caso es que tú no estabas allí, de suerte que al pobre diablo le dieron pasaporte para el otro mundo en una miserable hostería, y al tomar el portante articuló el nombre de don Modesto.

—Sí.

—¿Y le han dado aviso a don Modesto?

—Un hombre desatinado, que ha alarmado a todo el convento.

—Y don Modesto ha mandado a buscar su litera y ha ido corriendo a "El Cuerno de la Abundancia"

—¿Por dónde sabéis eso?

—¡Ay!, mi buen amigo, aún no me conoces bien: aquí donde me ves, soy algo adivino.

Santiaguillo retrocedió dos pasos.

—Pues aún hay más —continuó Chicot, que se iba iluminando según hablaba con el mismo reflejo de sus palabras—, se ha hallado una carta en el bolsillo del muerto.

—Una carta, eso es.

—Y don Modesto le ha encargado a su querido Santiago para que fuese a llevarla a su dirección.

—Cierto.

—Y Santiaguillo se fue corriendo al instante al palacio de Guisa.

—¡Oh!

—Donde no ha hallado a nadie, mas...

—¡Santo Dios!

—Que al señor de Mayneville...

—¡Misericordia!

—Cuyo señor de Mayneville llevó a Santiaguillo a la hostería de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero".

—¡Señor Briquet, señor Briquet! —replicó Santiago—, ¡si vos sabéis eso!...

—¡Y cómo sí lo sé, ira de Dios!, ¿no lo estás viendo? —exclamó Chicot, envanecido con el triunfo de haber despejado aquella incógnita que tanto le interesaba, de las densas tinieblas en que yacía envuelta.

—Entonces podréis conocer, señor Briquet —repuso Santiago—, que yo no tengo culpa alguna.

—No —dijo Chicot—, no eres culpable por acción ni por omisión, mas lo eres por pensamiento.

—¿Yo?

—Sin duda te parece muy bella la duquesa.

—¡Yo!

—Y te vuelves con objeto de verla al través de los cristales.

—¡Yo!

El frailecillo se ruborizó y empezó a tartamudear.

—Es cierto, se asemeja a una virgen María que estaba a la cabecera de la cama de mi madre.

—¡Oh —murmuró Chicot—, cuánto pierden las gentes que no son curiosas!

Entonces hizo que le contase Santiaguillo, a quien tenía ya a su discreción, todo lo que él acababa de referir, pero con pormenores que no podía saber.

—Ahí verás —exclamó Chicot cuando hubo terminado—, ¡qué pobre maestro de esgrima tenías en el hermano Borrromeo!

—No hay que hablar mal de los muertos, señor Briquet —repuso.

—No, pero has de confesarme una cosa.

—¿Cuál?

—Que Borrromeo tiraba menos que el que le ha matado.

—Es verdad.

—He aquí lo que tenía que decirte. Buenas noches, mi querido Santiago, hasta luego y cuando gustes.

—¿Qué, señor Briquet?

—En adelante, yo te daré lecciones de esgrima.

—¡Oh!, con mucho gusto.

—Ahora a tu camino; anda, no te detengas, que te están esperando con impaciencia en el priorato.

—Cierto; gracias, señor Chicot, por habérmelo recordado.

Y el motilón desapareció corriendo.

Acertado en extremo estuvo Chicot al despedir a su interlocutor. Había sabido por él cuanto deseaba, y todavía le quedaba algo más que saber.

Se fue por consiguiente a su casa a toda prisa. La litera, los conductores y el caballo continuaban a la puerta de "La casa de la Espada del Bizarro Caballero".

Volvió a ponerse a su balcón, sin meter ruido.

La casa situada frente a la suya estaba iluminada.

Desde entonces, ya no tuvo miradas sino para esta casa.

Vio en primer lugar, por la abertura de una cortina, pasar y volver a pasar a Ernanton, que parecía estar aguardando a alguno con impaciencia.

Luego vio volver la litera, vio salir a Mayneville, y en fin, vio entrar a la duquesa en el cuarto donde Ernanton palpitaba más bien que respiraba.

Arrodillóse Ernanton frente a la duquesa, la cual le alargó su blanca mano para que la besase.

En seguida la duquesa levantó al joven y le hizo sentar antes que ella, a una mesa servida con extrema elegancia.

—¡Cosa rara! —dijo Chicot—, esto principiaba como una conspiración y viene a concluir con una cita amorosa.

—Sí —prosiguió Chicot—, ¿pero quién le ha dado esa cita amorosa? La señora de Montpensier.

Y luego, deslumbrándose con una nueva claridad, murmuró entre dientes:

—¡Oh!... "Querida hermana, apruebo vuestro plan respecto a los Cuarenta y Cinco; pero me permitiréis que os diga que hacéis demasiado honor a esos tunantes". ¡Cuerpo de Barrabás! —murmuró Chicot—, vuelvo a mi primera idea: esto no es amor, es una conspiración. La duquesa de Montpensier ama al señor de Ernanton de Carmaignes: observemos los amores de la señora duquesa.

Y Chicot estuvo velando hasta la una y media, hora en la cual huyó Ernanton embozado en su capa, mientras que la señora duquesa de Montpensier se volvía a su litera.

—Vamos a ver ahora —murmuró Chicot al bajar la escalera de su observatorio—, ¿cuál es esa probabilidad de muerte que libraré al duque de Guisa del heredero presunto de la corona? ¿Quiénes son esas gentes que se creían muertas y están vivas? ¡Pardiez!, ¡muy probable es que yo pueda seguirles la pista!

LXXXIII

EL CARDENAL DE JOYEUSE

Hay en la juventud cierta tenacidad tanto para lo malo como para lo bueno, que equivale al aplomo de las resoluciones que se toman en la edad madura.

Inclinándose hacia el bien, esta especie de pertinacia suele ser origen de grandes acciones, e impone en el hombre que sale por primera vez al teatro de la vida, un movimiento que por una pendiente natural le dirige a cualquier clase de heroísmo.

Así Bayardo y Duguesclin llegaron a ser grandes capitanes por haber sido desde niños los más adustos e intratables que jamás ha habido; y un infeliz porquero, a quien la Naturaleza había hecho pastor de Montalto, y que por su genio llegó a ser un Sixto V, fue un gran Papa por haberse obstinado en desempeñar mal su oficio de guardador de puercos.

Así los más audaces espartanos se fueron desarrollando en el sentido del heroísmo, después de haber comenzado por la obstinación, la crueldad y el disimulo.

No vamos a hacer aquí más que el retrato de un hombre vulgar; no obstante, más de un biógrafo hubiera encontrado en Enrique de Bouchage a los veinte años la primera materia de un hombre grande.

Enrique se aferró en su amor y en su divorcio del mundo; según se lo había pedido su hermano, y exigido el rey, encerróse sólo por algunos días con su eterno pensamiento, y habiéndose afirmado en él cada vez más, se decidió una mañana a visitar a su hermano el cardenal, personaje de importancia que a la edad de veinticuatro años era ya cardenal, y que desde el arzobispado de Narbona pasó al más alto grado de la carrera eclesiástica, merced a la nobleza de su estirpe y al poder de su talento.

Francisco de Joyeuse, personaje que ya hemos puesto en escena para esclarecer la duda de Enrique de Valois con respecto a Sila, Francisco de Joyeuse, joven, aficionado al mundo y a sus pompas, apuesta figura y hombre de ingenio, era uno de los personajes más notables de la época. Ambicioso por naturaleza, si bien circunspecto por cálculo y por posición, podía adoptar por divisa: *Nada es demasiado*, y justificar su divisa.

Tal vez el único entre todos los cortesanos, pues Francisco de Joyeuse era antes que nada cortesano, había sabido procurarse el sostén de tronos, religioso el uno y lego el otro, sobre cuya amplia base descollaba como caballero francés y como príncipe de la Iglesia: Sixto le protegía contra Enrique III; Enrique III le protegía contra Sixto; era italiano en París, parisiense en Roma, espléndido y diestro en todas partes. La espada del gran almirante Joyeuse daba a este último mayor peso en la balanza, pero se veía en cierta sonrisa del cardenal, que si bien carecía de esas pesadas armas temporales, que por muy pulcro y elegante que fuese manejaba con tal habilidad el brazo de su hermano, sabía aquél usar y hasta abusar de las armas espirituales que el supremo jefe de la Iglesia le había confiado.

El cardenal Francisco de Joyeuse se había enriquecido rápidamente, con su pingüe patrimonio, y sobre esto con los no menos pingües beneficios que había desempeñado. En aquellos venturosos tiempos la Iglesia poseía, y poseía en abundancia, y cuando sus tesoros se agotaban, conocía los manantiales que hoy se han cegado, y abría nuevamente

el fecundante cauce.

Francisco de Joyeuse gastaba entonces gran tren. Dejando a su hermano el orgullo de la casa militar, atestaba sus antesalas de prebendados, de obispos y arzobispos; tenía su especialidad. Como por el simple hecho de ser cardenal era príncipe de la Iglesia, y, por consiguiente, superior a su hermano, tenía pajes a la italiana y guardias a la francesa.

Estos guardias y estos pajes eran para el Cardenal un gran elemento de libertad. Frecuentemente los colocaba en torno de una espaciosa litera, por entre cuyas cortinas salía la enguantada mano de su secretario mientras que él recorría a caballo las calles de la ciudad, con su correspondiente tizona, disfrazado con una peluca, una gorguera⁴⁴ colosal y unas botas de caballero cuyo ruido le alegraba el corazón.

El cardenal disfrutaba de grandes consideraciones, porque en ciertos puestos las fortunas humanas son absorbentes, y ni más ni menos que si se hallasen compuestas de átomos retorcidos, obligan a las demás fortunas a enlazarse con ellas y a seguir constantemente su curso como satélites. Por este motivo el glorioso nombre de su padre, y la reciente e inaudita celebridad de su hermano aumentaban su esplendor de modo extraordinario.

Además, como había observado escrupulosamente la máxima de ocultar su vida y popularizar su ingenio, no era conocido más que por el lado favorable, y hasta en el seno de su misma familia pasaba por un grande hombre, fortuna que no han alcanzado muchos empleados cubiertos de gloria y coronados por toda una nación.

Tal era el prelado cerca del cual fue a refugiarse el conde de Bouchage luego de sus explicaciones con su hermano, y de su entrevista con el rey de Francia. Lo que únicamente hizo fue dejar pasar algunos días, como ya hemos dicho, accediendo a las indicaciones de su hermano mayor y de su rey.

Francisco vivía en una hermosa casa en la Cité. El inmenso patio de esta casa jamás se veía libre de literas y de caballeros, mas el prelado, cuyo jardín lindaba con la orilla del río, dejaba llenar de cortesanos sus patios y sus antesalas; y como tenía una puerta por aquella parte y un barquichuelo que le conducía sin meter ruido adonde mejor le acomodaba, sucedía frecuentemente que cerca de esta puerta muchos le aguardaban en vano, pues cualquiera indisposición grave o una austera penitencia servían de buen pretexto al prelado para no recibir a nadie. Puede decirse que nuestro cardenal tenía su Italia en la buena ciudad del rey de Francia entre los dos brazos del Sena.

Francisco era altivo, mas no orgulloso; amaba a sus amigos como hermanos y a sus hermanos casi tanto como a sus amigos. Cinco años mayor que el conde de Bouchage, no le negaba nunca sus consejos así para el bien como para el mal, ni sus recursos pecuniarios, ni su amable sonrisa.

Como le sentaba tan admirablemente el traje del cardenal aparecía a los ojos del conde hermoso, noble, casi seductor, de modo que lo respetaba quizá mucho más que al hermano mayor de entrambos. Enrique, que a pesar de su bella coraza y de sus magníficos pertrechos militares, confiaba temblando sus amores a Ana, no hubiera osado tener la misma confianza con Francisco.

No obstante, cuando se dirigió al palacio del cardenal, su decisión estaba tomada de antemano y se acercó francamente primero al confesor y luego al amigo.

Entró en el patio de donde salían en aquel momento muchos caballeros cansados de haber

⁴⁴ Adorno del cuello, hecho de lienzo plegado y alechugado.

solicitado el favor de una audiencia, sin haberla obtenido.

Atravesó las antesalas, los salones y las habitaciones interiores. Se le dijo como a los demás, que su hermano se hallaba en una conferencia; pero a ninguno de los criados se le ocurrió la idea de cerrar una sola puerta delante del conde de Bouchage.

Cruzó éste, pues, todas las habitaciones, y llegó hasta el jardín, verdadero jardín de prelado romano, con sombra, frescura y perfume tan gratos, como pudieran gozarse hoy en la villa Panfila o en el palacio Borghese.

Enrique se detuvo cerca de un bosquecillo. En aquel momento la reja que daba al río rodó sobre sus goznes, y dio entrada a un hombre envuelto en una ancha capa parda, a quien seguía una especie de paje. Llamóle a este hombre la atención Enrique, que estaba muy preocupado con sus propios pensamientos para pensar en él, y se deslizó por entre los árboles, tratando de no ser visto por Enrique ni por ningún otro.

No hizo caso, en efecto, el conde de aquella entrada misteriosa; y sólo vio entrar aquel hombre en las habitaciones de palacio, cuando ya se volvía.

Al cabo de diez minutos de espera, iba a entrar él también y preguntar a cualquier lacayo a qué hora precisamente estaría visible su hermano, cuando he aquí que aparece un criado como buscándole, y le suplica que tenga la bondad de pasar a la librería, donde le aguarda el cardenal.

Acudió Enrique a esta invitación, aunque con paso tardo, pues adivinaba una nueva lucha: encontró a su hermano el cardenal, a quien estaba poniendo un ayuda de cámara un hábito de prelado, algo mundano, quizás, pero muy elegante y sobre todo muy cómodo.

—¡Buenos días, conde! —dijo el cardenal—. ¿Qué noticias me traéis, hermano?

—Excelentes noticias respecto a la familia —repuso Enrique—. Ya sabréis que Ana se ha cubierto de gloria en esa retirada de Amberes, y vive.

—¿Y también vos salisteis sano y salvo, Enrique?

—Sí, querido hermano.

—Ahí veréis —repuso el cardenal—, que Dios tiene sus miras con respecto a nosotros.

—Tan reconocido estoy a Dios, querido hermano, que he formado el proyecto de consagrarme a su servicio; y vengo a hablaros muy formalmente sobre este proyecto, que me parece estar muy maduro, y del cual ya os tengo dicho algo.

—¿Todavía pensáis en eso, conde? —preguntó el cardenal dejando escapar una ligera exclamación que indicaba que Joyeuse tendría que sostener un combate.

—¡Todavía, hermano!

—Pero, si es imposible, Enrique; ¿no se os ha dicho ya? —exclamó el cardenal.

—No he oído lo que me han dicho, hermano, porque una voz más fuerte que habla dentro de mí, me impide oír cualquier palabra que pueda apartarme de Dios.

—No sois tan ignorante en las cosas del mundo, querido hermano —dijo el cardenal con un tono más serio—, que vayáis a creer que esa voz es verdaderamente la voz del Señor; al contrario, debéis convenceros, y no tengo duda alguna en sostenerlo, de que esa voz que os habla es un sentimiento absolutamente mundano. Nada tiene que ver Dios en este asunto; no abuséis de su santo nombre, y, sobre todo, no confundáis la voz del Cielo con la de la tierra.

—Yo no las confundo, hermano, solamente quiero decir que hay una cosa irresistible que me impele hacia el retiro y la soledad.

—Sea en buena hora, Enrique, mas entremos en razón: vamos a ver qué es lo más conveniente; tomando acta de vuestras propias palabras, me prometo haceros el más dichoso de los hombres.

—¡Gracias!, ¡oh!, ¡mil gracias, hermano!

—Escuchadme, Enrique: es menester tomar dinero, dos lacayos y viajar por toda Europa, según conviene a un hijo de nuestra familia. Visitaréis los países lejanos, Rusia, Tartaria, los Lapones, esos pueblos fabulosos adonde nunca llega el sol; os abismaréis en vuestros propios pensamientos hasta que se haya extinguido el fuego devorador que os abrasa... Entonces volveréis a verme.

Enrique, que estaba sentado, se puso de pie más grave y serio de lo que había estado su hermano con él.

—Vos no me habéis comprendido, monseñor.

—Dispensad; Enrique, vos habéis dicho retiro y soledad.

—Sí, eso he dicho; pero al hablar de retiro y soledad, he aludido al claustro y no a los viajes: viajar es gozar de la vida, y yo quiero sufrir la muerte, o en caso de no sufrirla, saborearla al menos.

—Permitidme que os diga, Enrique, que ése es un pensamiento absurdo, porque al fin y al cabo, todo el que quiere aislarse puede hacerlo en cualquier parte. Mas sea en buena hora el claustro. Pues bien; comprendo que hayáis venido a hablarme de ese proyecto. Conozco benedictinos muy sabios, agustinos muy ingeniosos, cuyas casas son alegres, bonitas, cómodas y agradables. En medio de los trabajos del estudio o del arte pasaréis un año brillante, en buena compañía, lo que es muy importante, pues no debe uno vulgarizarse en este mundo, y si al cabo de un año persistieseis todavía en vuestro empeño, no temáis ya que yo me oponga, sino que, por el contrario, seré el primero que os abra la puerta que conduce a la salvación eterna.

—Ya voy viendo que no me comprendéis, querido hermano —respondió el conde moviendo la cabeza—, o a lo menos no queréis comprenderme por un exceso de generosidad: no quiero yo una morada alegre, un retiro agradable y delicioso, sino el claustro con sus rigores, sus asperezas y su silencio: tengo empeño en pronunciar mis votos, votos que únicamente me dejen por distracción cavar una sepultura y dirigir a Dios una plegaria.

Frunció el cardenal el entrecejo y se levantó de su sillón.

—Ya os había comprendido perfectamente y tan sólo trataba de combatir la locura de vuestros propósitos con una resistencia sin bellas frases ni encadenamiento dialéctico; pero ya que me obligáis a ello, escuchadme.

—Hermano mío —dijo Enrique con abatimiento—, no intentéis convencerme, porque es imposible.

—Voy a hablaros, Enrique, en nombre de Dios, de ese Dios a quien ofendéis achacándole una resolución tan extraña. Dios no acepta sacrificios absurdos, irreflexivos. Se conoce que sois muy débil, cuando así os dejáis abatir por el primer dolor; ¿cómo sería posible que Dios quisiese aceptar la víctima poco digna que tratáis de ofrecerle?

Enrique hizo un gesto de impaciencia.

—¡Oh!, yo no quiero ya tener consideración con vos, hermano mío, puesto que vos no la tenéis con ninguno de nosotros —repuso el cardenal—, ¿así os olvidáis del pesar que causaríais a nuestro padre, a nuestro hermano mayor, a mí?...

—Perdonad, monseñor —interrumpió Enrique, cuyas mejillas se cubrieron de un vivo sonrosado—, ¿acaso el servicio de Dios es una carrera tan obscura y deshonrosa, que deba cubrir de luto a una familia entera? Vos mismo, hermano mío, cuyo retrato estoy viendo en este aposento, cubierto de púrpura de oro y de diamantes, ¿no sois el honor de la familia y el mejor timbre de nuestra casa, por más que hayáis elegido el servicio de Dios, así como nuestro hermano mayor ha optado por el servicio de los reyes de la tierra?

—Niño, niño —exclamó el cardenal con impaciencia—, aún me habéis de hacer creer que se os ha vuelto el juicio. ¡Cómo!, ¿osáis comparar mi casa con un claustro, mis cien lacayos, mis picadores, mis gentiles hombres, y mis guardias con la celda y la escoba, únicas armas y aparato del claustro? ¡Estáis loco! ¿No habéis dicho hace poco que desdeñabais esas superficialidades que son para mí una necesidad; los cuadros, los vasos preciosos, el fausto y el ruido? ¿Tenéis como yo el deseo y la esperanza de que llegue a ceñir vuestras sienes la tiara de San Pedro?... He ahí una carrera, Enrique; en ella se corre, se combate, se vive, pero, ¡vos, vos queréis la zapa del minero, la azada del trapense, la cueva del sepulturero!, ¡dad más cabida al gozo y a la esperanza! ¡Y todo esto, vergüenza me da decirlo delante de vos, que sois un hombre, todo esto es porque amáis a una mujer que no os ama! Verdaderamente, Enrique, que hacéis grande agravio a vuestra estirpe.

—¡Querido hermano! —exclamó el joven pálido y centelleándole los ojos con un fuego sombrío—, ¿preferiréis que me salte la tapa de los sesos de un pistoletazo o que me aproveche del honor que tengo de ceñir una espada, para hundírmela en el corazón? ¡Pardiez, monseñor, vos que sois cardenal y príncipe, dadme la absolución de este pecado mortal y no acabéis de completar tan indigno pensamiento; no trato de deshonrar a mi familia, pues eso. Dios mediante, no lo hará nunca ningún Joyeuse!...

—Vamos, vamos, Enrique —dijo el cardenal cogiendo a su hermano con sus brazos—, vamos, querido hermano, a quien tanto aman todos, olvida y ten indulgencia con los que te aman. Te lo suplico hasta por egoísmo, mira, escucha: cosa rara en el mundo, nosotros todos somos felices, unos por la ambición satisfecha, otros por los innumerables beneficios que Dios vierte sobre nuestra existencia; te suplico, Enrique, encarecidamente, que no vayas a envenenar con tu indiscreto retiro los goces de toda tu familia; piensa que a nuestro buen padre le costará muchas lágrimas, piensa que todos nosotros tendremos que llevar impresa en la frente una mancha negra de ese luto que nos habrás proporcionado. Te advierto, Enrique, que no te dejes fascinar por las apariencias; el claustro no sirve para ti. No te digo que morirás en él, porque tú me contestarías, desgraciado, con una sonrisa asaz inteligible; no, yo te diré que el claustro es más fatal que la tumba; la tumba no absorbe más que la vida, el claustro mata la inteligencia, encorva la frente en vez de alzarla al Cielo, la humedad de las bóvedas penetra poco a poco en la sangre y se va infiltrando hasta la medula de los huesos, haciendo del religioso una estatua de granito más en su convento. Recuerda, querido hermano, que sólo vivimos algunos años, que no tenemos más que una juventud. Pues bien: pasarán los años de esa juventud florida, porque ahora te encuentro bajo el influjo de un pesar grave; pero a los treinta años serás hombre, la época de la madurez llegará entonces para ti, con ella volará el último vestigio de un dolor gastado y entonces querrás volver de nuevo a la vida, mas

ya será tarde, porque la tristeza y los padecimientos habrán apagado el fuego de tu corazón y las centellas de tus ojos: los que entonces buscarás huirán de ti como de un sepulcro blanqueado, cuya negra profundidad rehuyen las miradas humanas. Atiende, Enrique, a mis palabras, pues te hablo lleno de cariño y con la más profunda convicción de lo que puede acontecerte.

El joven permaneció inmóvil y silencioso. El cardenal creía haberle enternecido y suscitado poderosas dificultades a su resolución.

—Mira —le dijo—, prueba otro recurso, Enrique—; ese dardo envenenado que oprime tu corazón llévalo contigo a todas partes, en medio del bullicio, en el seno de las fiestas, siéntate con él a nuestros banquetes: imita al cervatillo herido que cruza los bosques y los valles sin tratar de arrancar la flecha que desgarró su piel y su carne; muchas veces la flecha se cae ella sola.

—¡Por piedad, hermano mío, no insistáis más! —repuso Enrique—, lo que yo os pido no es el capricho de un momento, la resolución de una hora, es el resultado de una convicción formada lentamente y después de mil pruebas dolorosas. ¡En nombre del Cielo os ruego, querido hermano, que os dignéis acceder a mis deseos!

—Pues bien: ¡veamos qué deseas!

—Una dispensa, monseñor.

—¿Con qué fin?

—Para abreviar mi noviciado.

—¡Ah, ya lo presumía, conde, eres mundano, hasta en tu rigorismo, pobre amigo! ¡Oh, bien sé la razón que vas a darme! Sí, tú eres un hombre muy vulgar, te pareces a esos jóvenes que sientan plaza voluntariamente y quieren mucho fuego, muchas balas, muchas heridas, pero no el trabajo de la esteva⁴⁵, ni el enfarde⁴⁶ de las tiendas. ¡Todavía hay recurso, Enrique, tanto mejor!

—Esa dispensa, hermano, os la pido de rodillas.

—Te la prometo; escribiré a Roma. Hace falta un mes para que vuelva la contestación; pero, en cambio, prométeme una cosa.

—¿Cuál?

—Que durante este mes de espera, no os negaréis a tomar parte en ninguno de cuantos placeres se os ofrezcan; y si dentro de un mes persistís todavía en vuestro propósito, recibiréis la dispensa de mi propia mano. ¿Estáis contento?, ¿tenéis algo más que pedirme?

—No, mil gracias, querido hermano, pero un mes es demasiado largo y las dilaciones matan.

—Entretanto, Enrique, y para empezar a distraeros, ¿queréis almorzar conmigo? Tengo muy buena compañía esta mañana.

Y el prelado se sonrió con una gracia que le hubiera dado envidia al más mundano de los favoritos de Enrique III.

—¡Hermano mío! —exclamó el conde defendiéndose de la invitación.

⁴⁵ Pieza corva y trasera del arado, sobre la cual lleva la mano quien ara, para dirigir la reja y apretarla contra la tierra.

⁴⁶ Hacer fardos de mercancías.

—No admito disculpas de ningún género; no tenéis aquí a nadie más que yo, puesto que acabáis de llegar de Flandes, y vuestra casa no debe estar aún arreglada.

Al decir estas palabras, se levantó el cardenal, y abriendo la mampara de un gran gabinete amueblado con el mayor lujo, dijo:

—Venid, condesa, a ver si logramos convencer al conde de Bouchage para que se quede con nosotros.

Pero al mismo tiempo de abrir la mampara vio Enrique medio acostado sobre los cojines, al paje que había penetrado con el caballero por la reja de la puerta del río, y en este paje reconoció la figura de una mujer, aun antes que el prelado hubiese revelado su sexo.

Apoderóse de Enrique de Bouchage una especie de espanto repentino, un asombro que no pudo reprimir; y mientras que el mundano cardenal iba a dar la mano al hermoso paje, el conde salió de la habitación, dándose tal prisa a escapar, que cuando Francisco volvía con la dama, risueña con la esperanza de restituir un corazón al mundo, se encontró con la sala enteramente vacía.

Frunció el prelado el ceño, y sentándose delante de una mesa cubierta de cartas y papeles, escribió precipitadamente algunas líneas.

—Hacedme el favor de llamar, querida condesa —dijo el cardenal—, ya que tenéis la mano tan cerca de la campanilla.

El paje obedeció.

Presentóse inmediatamente un ayuda de cámara.

—Que salga inmediatamente un correo a caballo —dijo Francisco—, y que lleve esta carta al grande almirante a Chateau-Thierry.

LXXXIV

DONDE SE DA LA NOTICIA DE AURILLY

A la mañana siguiente encontrábase trabajando el rey en el Louvre con el superintendente de Hacienda, cuando fueron a participarle que acababa de llegar Joyeuse el mayor y le aguardaba en el gran gabinete de audiencias con un mensaje del duque de Anjou.

El rey dejó precipitadamente su tarea y salió en busca de un amigo a quien tanto apreciaba.

Muchos oficiales y cortesanos llenaban el gabinete, porque la reina madre se hallaba allí con sus camaristas, y aquellas damas tan gallardas eran soles a los que jamás faltaban satélites.

El rey dio su mano a besar a Joyeuse y miró a la reunión con aire satisfecho.

En el ángulo de la puerta por donde se entraba en el gabinete, esto es, en su puesto habitual, se mantenía Enrique de Bouchage cumpliendo rigurosamente con su deber.

El rey le dio las gracias saludándole con una inclinación de cabeza amistosa, y Enrique respondió con una reverencia profunda.

Esto llenó de gozo a Joyeuse, quien miró a su hermano sonriéndose, aunque sin saludarle demasiado francamente por no faltar a la etiqueta.

—Señor —dijo Joyeuse—, el señor duque de Anjou me envía a Vuestra Majestad, pues acaba de llegar de la expedición de Flandes.

—¿Se halla bueno mi hermano, señor almirante? —preguntó el rey.

—Hasta donde lo permite el estado de su ánimo, señor; pero, sin embargo, no debo ocultar a Vuestra Majestad que monseñor sufre, según parece.

—Necesitará distraerse de la desgracia que le ha acaecido —dijo el rey teniendo por una fortuna proclamar la derrota de su hermano al mismo tiempo que la compadecía aparentemente.

—Creo que sí, señor.

—Nos han dicho, señor almirante, que el desastre ha sido cruel.

—Señor...

—Mas que, gracias a vos, se ha salvado una buena parte del ejército, servicio que os agradezco con todo mi corazón, señor almirante. Supongo que deseará verme ese pobre de Anjou.

—Con mucho anhelo, señor.

—Pues en ese caso, me verá: ¿pensáis del mismo modo que yo, señora? —dijo Enrique volviéndose hacia Catalina, cuyo corazón sufría cuanto su semblante se obstinaba en querer ocultar.

—Señor —contestó—, yo sola hubiera ido a ver a mi hijo; mas supuesto que Vuestra Majestad se digna reunirse conmigo, compartiendo mis cariñosos deseos, ese viaje será para mí sumamente divertido y alegre.

—Señores —dijo el rey a los cortesanos—, también vosotros nos acompañaréis; mañana

nos pondremos en camino y con eso dormiré en Meaux.

—Señor, ¿voy a dar a monseñor una nueva tan fausta?

—No, no; ¿por qué queréis dejarme tan pronto, señor almirante? Me explico que mi hermano aprecie a mi Joyeuse y desee tenerle a su lado; pero para eso hay dos... Bouchage, si no lo lleváis a mal, partiréis para Chateau-Thierry.

—Señor —interrogó Enrique—, ¿me será permitido regresar a París así que anuncie a monseñor el duque de Anjou la llegada de Vuestra Majestad?

—Podéis hacer lo que os plazca —dijo el rey.

Enrique hizo un saludo y se dirigió hacia la puerta; pero afortunadamente le acechaba Joyeuse, y preguntó al rey:

—¿Me permitís, señor, que diga una palabra a mi hermano?

—Sí; ¿mas qué es lo que hay? —le dijo el rey en voz baja.

—Que quiere ir y venir como un relámpago, lo cual contraría mis proyectos, señor, y los del cardenal.

—No tengas cuidado, que yo tomo por mi cuenta a ese joven enamorado rabiosamente.

Ana corrió detrás de su hermano y le alcanzó en la antecámara.

—¿Tanta prisa tienes, Enrique, que así corres?

—En efecto, tengo mucha.

—¿A fin de volver pronto?

—Sí.

—¿Conque no piensas estar algún tiempo en Chateau-Thierry?

—De ninguna manera.

—¿Y por qué?

—Porque mi puesto no está donde hay diversión.

—Al contrario, Enrique; por lo mismo que el duque de Anjou va a dar funciones en la corte, deberías quedarte en Chateau-Thierry.

—Imposible, hermano.

—¿Te lo impide el deseo de vivir apartado del mundo?

—Sí.

—¿Y has ido a solicitar al rey una dispensa?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo que lo sé.

—Pues bien; es cierto.

—Yo te digo que no la conseguirás.

—¿Por qué, hermano?

—Porque el rey rehusa privarse de un servidor como tú.

—Entonces mi hermano el cardenal hará lo que Su Majestad no quiera hacer.

—¡Por una mujer tanto empeño!

—Te ruego que no insistas sobre el particular.

—¡Ah!, no tengas cuidado, que ésta será la última vez; pero antes volvamos al asunto. Puesto que vas a Chateau-Thierry desearía que en vez de volver con la precipitación que apetece, me esperases en mi aposento, porque hace mucho tiempo que no hemos vivido juntos y necesito estar contigo.

—Hermano, tú vas a Chateau-Thierry con objeto de divertirte, y si me quedo a tu lado voy a turbar tus diversiones.

—¡Cuando te digo que no!, también yo resisto, y soy de un temperamento lo más a propósito para batir en brecha tu tristeza.

—Hermano...

—Permíteme, conde —dijo el almirante con cierto imperio—; yo represento aquí a nuestro padre, y te mando que me aguardes en Chateau-Thierry, donde hallarás un aposento que puedes tener por tuyo; por cierto que da a un jardín.

—Si tú lo ordenas... —dijo Enrique con resignación.

—Llámale como quieras, conde; sea mandato o deseo, te repito que me aguardes.

—Te obedeceré, hermano.

—Por supuesto que estoy seguro que no me guardarás rencor por ello —dijo Joyeuse estrechando al joven entre sus brazos.

Este se desprendió de ellos tal vez con algo de mal humor, pidió caballos y partió inmediatamente para Chateau-Thierry.

Aquella misma tarde, antes de anoecer, subía la colina en que está situado Chateau-Thierry, cuyos pies besa el río Marne.

Su nombre bastó para que le abriesen las puertas del palacio en que habitaba el príncipe; pero le costó más de una hora conseguir el que le diesen una audiencia, diciéndole unos que el príncipe se había retirado a su estancia, otros que estaba durmiendo, y el ayuda de cámara que se entretenía en tocar y cantar; pero ninguno de los criados podía responder positivamente.

Enrique insistió para no tener que volver a pensar en el servicio del rey y entregarse enteramente a su tristeza.

Viendo su porfía, y sabiendo que el duque trataba con bastante familiaridad tanto a él como a su hermano, introdujéronle en una sala del primer piso, que era donde el príncipe consintió al fin en recibirle.

Aún transcurrió media hora y la noche se acercaba por instantes.

Enrique oyó los lentos pasos del duque de Anjou y se preparó conforme al ceremonial de costumbre; pero el príncipe, que aparentemente tenía mucha prisa, dispensó a su enviado de aquellas formalidades dándole la mano y un abrazo.

—Buenas tardes, conde —le dijo—; ¿a qué os molestáis en venir a ver a un pobre príncipe vencido?

—El rey me manda, monseñor, a participaros que tiene grandes deseos de ver a Vuestra Alteza, y que, a fin de que descanséis de vuestras fatigas, será Su Majestad quien vendrá a visitaros en Chateau-Thierry mañana lo más tarde.

—¡El rey vendrá mañana! —excíamó Francisco, haciendo un movimiento de impaciencia; pero no tardó en reponerse, y dijo—: ¿Conque mañana? Lo malo es que

nada se halla dispuesto ni en el palacio ni en la población para recibir a Su Majestad.

Enrique se inclinó como hombre que transmite una orden, pero que no tiene facultades para comentarla.

—La prisa que Sus Majestades tienen en ver a Vuestra Alteza no les ha permitido prever los obstáculos.

—Pues bien —dijo el príncipe con volubilidad—, a mí me corresponde aprovechar el tiempo y así os dejo, Enrique. Antes, sin embargo, os doy las gracias por vuestra celeridad, pues a lo que veo habéis venido corriendo: podéis ir a descansar.

—¿Tiene Vuestra Alteza, algo más que mandarme? —preguntó Enrique respetuosamente.

—No, acostaos y dispensadme que os sirvan la comida en vuestro aposento, pues como estoy enfermo e inquieto he perdido el apetito y el sueño: de modo que tengo una vida tan triste que no quiero que nadie participe de ella. A propósito, ¿sabéis qué noticia corre?

—No, monseñor.

—Pues se asegura que a Aurilly se lo han comido unos lobos.

—¡A Aurilly! —exclamó Enrique con sorpresa.

—Sí... ha sido devorado... ¡Qué cosa tan singular y qué muerte tan mala reciben los que se acercan a mí! Buenas noches, conde; dormid bien.

Y el príncipe se alejó rápidamente.

LXXXV

DUDA

Enrique bajó, y al atravesar las antesalas, halló a varios oficiales conocidos que corrieron a él, ofreciéndose amistosamente a conducirlo al aposento de su hermano, situado en un ángulo del castillo.

La biblioteca era el aposento que el duque había dado a Joyeuse, para que la ocupase mientras permaneciera en Chateau-Thierry.

Dos salones amueblados a la moda del tiempo de Francisco I se comunicaban entre sí, yendo a parar a la biblioteca, cuya última pieza daba a los jardines.

Joyeuse había mandado colocar su lecho en la biblioteca, pues aunque era perezoso tenía una inteligencia bien cultivada, y al mismo tiempo que con sólo estirar el brazo encontraba con qué aumentar su saber, si abría la ventana respiraba las emanaciones de la Naturaleza. Los hombres dotados de una organización superior, necesitan goces más completos que los que no se hallan en el mismo caso, y la brisa de la mañana, el canto de los pájaros o el perfume de las flores añadían allí nuevo encanto a las poesías de Clement Marot o a las de Ronsard.

Enrique resolvió conservar todo aquello en el estado en que se hallaba, no porque le conmoviera el sibaritismo poético de su hermano, sino al contrario, por indolencia y porque le era indiferente estar allí o en otro lugar.

Pero, como a pesar de la situación de ánimo en que se encontraba el conde estaba acostumbrado a no descuidar sus deberes para con el rey o los príncipes de la familia real de Francia, preguntó en qué parte del castillo habitaba el príncipe desde su regreso.

La casualidad envió a Enrique un excelente *cicerone*, a saber, el joven abanderado que por indiscreción reveló al príncipe el secreto del conde en la aldea de Flandes, donde por un instante hicieron alto nuestros personajes: el referido abanderado no había dejado al príncipe desde su regreso y podía poner al corriente a Enrique de cuanto deseara saber.

Cuando el príncipe entró en Chateau-Thierry, lo primero que hizo fue buscar el bullicio y la disipación buscando los mejores aposentos, recibiendo por mañana y tarde y persiguiendo durante el día a los ciervos por los bosques o paseándose por el jardín; mas así que supo la muerte de Aurilly, muerte cuya noticia llegó al príncipe no se sabe por qué conducto, se retiró a un pabellón situado en medio del jardín. Dicho pabellón, que era una especie de retiro inaccesible para todo el mundo menos para los más allegados a la servidumbre del príncipe, estaba oculto bajo unos frondosos árboles y apenas sobresalía sobre unas enormes carpas y por entre la espesura de los setos.

Ya hacía dos días que el príncipe moraba en aquel pabellón, y mientras que los que no le conocían aseguraban que buscaba la soledad para entregarse al dolor que le había producido la muerte de Aurilly, los que le conocían eran de parecer que estaba haciendo alguna cosa fea o infernal que a lo mejor saldría a luz.

Ambas hipótesis eran tanto más probables cuanto que el príncipe se desesperaba cuando le llamaban al castillo algún negocio o visita; de suerte que así que se concluía esta visita o negocio, volvía a su solitario albergue, donde le servían solamente dos ancianos ayudas de cámara que le habían visto nacer.

—Entonces —dijo Enrique—, no serán muy alegres las funciones, teniendo el príncipe tan mal humor.

—Indudablemente —respondió el abanderado—, porque todos querrán participar del dolor del príncipe, herido en su orgullo y su cariño.

Enrique siguió preguntando sin querer y tomaba un interés particular en sus preguntas; pero que mucho, si la muerte de Aurilly, a quien conoció en la corte y volvió a ver en Flandes; si la especie de indiferencia con que el príncipe le había participado la pérdida que acababa de experimentar; si la reclusión, finalmente, a que se había condenado el príncipe según decían, tenía relación, sin que él supiese cómo, con la trama obscura y misteriosa de que hacía algún tiempo estaban rodeados los sucesos de su vida.

—¿Y no se sabe —preguntó al abanderado— quién ha comunicado al príncipe la muerte de Aurilly?

—No.

—¿Pero no se cuenta nada respecto; a esto?

—¡Oh!, a no dudar, porque ya sabéis que sea o no verdadero un hecho, siempre se cuenta algo respecto de él.

—Y bien, veamos lo que se dice.

—Dícese que el príncipe estaba cazando debajo de unos sauces cerca del río y que se había separado de los demás cazadores, porque todo lo hace con la rapidez del gamo y se entrega a la caza con el mismo ardor que al juego, lo mismo que a una batalla, cuando de pronto le vieron volver con semblante consternado. Los cortesanos le preguntaron qué tenía, creyendo que solamente se trataba de una simple aventura de cazador; pero él les contestó enseñándoles dos rollos de oro que tenía en la mano: "Sabéis lo que quiere decir esto, señores?, que Aurilly ha muerto; sí, se lo han comido los lobos." Y viendo que nadie lo creía, añadió: "¡El diablo me lleve si no es verdad! El pobre tocador de laúd fue siempre mejor músico que jinete, y parece que el caballo se desbocó, tirándole en un barranco, donde se mató. Al día siguiente dos viajeros que pasaron cerca de ese barranco encontraron su cadáver medio comido de los lobos; y la prueba de que ha sucedido así y no es cosa de ladrones, la tenemos en estos dos rollos de oro que tenía consigo y que me han sido entregados fielmente." Como nadie vio quién trajo los expresados rollos —prosiguió el abanderado—, todos opinaron los entregarían al príncipe los dos viajeros, quienes le habían encontrado en la orilla del río, noticiándole la muerte de Aurilly.

—Vaya una cosa singular —murmuró Enrique.

—Es tanto más extraña —continuó el abanderado—, cuanto que se dice, no sé si con verdad o no, que hay quien ha visto al príncipe abrir la puerta pequeña del jardín hacia el lado de los castaños, y pasar por ella como dos sombras. El príncipe ha introducido, pues, en el jardín a dos personas que probablemente serán los viajeros, y desde entonces es cuando se ha encerrado en el pabellón, viéndole nosotros a hurtadillas solamente.

—¿Y nadie ha visto a esos dos viajeros? —preguntó Enrique.

—Yendo yo —dijo el abanderado— a pedir al príncipe la consigna para la guardia del castillo, hallé a un hombre que me pareció no pertenecía a la servidumbre de Su Alteza; pero no pude verle la cara, pues se volvió calándose hasta las cejas la capucha de su gabardina.

—¿La capucha de su gabardina habéis dicho?

—Sí, ese hombre se parecía a los campesinos flamencos, y no sé por qué me acordé a su vista del que os acompañaba cuando nos encontramos en aquel país.

Enrique se estremeció, porque esta observación se hallaba de acuerdo con el interés sordo y tenaz que le producía aquella historia: también a él, que había visto confiar a Aurilly a Diana y su compañero, se le ocurrió la idea de que los dos viajeros que anunciaron al príncipe la muerte del desgraciado tocador de laúd eran conocidos suyos.

Enrique miró con atención al abanderado y le preguntó: —¿Y qué idea se os ocurrió cuando creísteis conocer a ese hombre?

—He aquí lo que yo opino —respondió el abanderado—; mas no me atrevo a afirmarlo: sin duda alguna no ha renunciado el príncipe a las ideas que abriga con respecto a Flandes, por lo cual sostiene espías, siendo uno de ellos el hombre de la gabardina, quien en sus correrías habrá sabido la desgracia ocurrida al músico, trayendo a un mismo tiempo dos noticias.

—No deja de ser eso verosímil —dijo Enrique meditabundo—. Pero ¿qué hacía ese hombre cuando vos le visteis?

—Iba costeando el seto que sirve de límite al huerto y se ve desde esta ventana, y se dirigía al invernáculo.

—Mas serían dos los viajeros.

—Dícese que hay quien ha visto entrar a dos personas, pero yo he visto al hombre de la gabardina.

—Entonces, según vos, el hombre de la gabardina debe habitar el invernáculo.

—Es probable que sí.

—¿Y ese invernáculo tiene alguna salida?

—Sí, conde, una que da a la población.

Enrique guardó algún tiempo silencio, palpitándole el corazón fuertemente, pues aquellos pormenores indiferentes para él en la apariencia le interesaban en gran manera.

A todo esto ya era de noche y los dos jóvenes se hallaban hablando a obscuras en el aposento de Joyeuse.

Cansado de la caminata, aturdido con los extraños sucesos que acababan de contarle y sin fuerzas contra las emociones que sentía, el conde se recostó en el lecho, fijando maquinalmente la vista en el azulado cielo, que parecía estaba estrellado de diamantes.

En cuanto al joven abanderado, se había sentado junto a la ventana, y también se dejaba llevar de ese abandono de la imaginación, de esa poesía innata en la juventud, de ese bienestar que causa al hombre la fresca embalsamada de la noche.

En el jardín y la población reinaba el mayor silencio; las puertas se iban cerrando, encendíanse las luces lentamente, y los perros ladraban a lo lejos en las perreras a los criados que estaban encargados de cerrar de noche las caballerizas.

De repente se levantó el abanderado, hizo con la mano una seña para llamar la atención al conde, asomóse a la ventana, y llamando en voz baja a aquél, le dijo:

—Venid acá, conde, venid.

—¿Pues qué hay? —exclamó Enrique saliendo repentinamente de su sueño.

—Ya tenemos ahí al hombre.

—¿Qué hombre?

—El de la gabardina, el espía.

—¡Oh! —repuso Enrique saltando desde la cama a la ventana, y apoyándose en el hombro del abanderado.

—Mirad —prosiguió el abanderado—; ¿le veis allá abajo?, va costeando el seto; esperad y veréis cómo vuelve a aparecer, fijad ahora la vista en aquel espacio iluminado por la luna; allí está, allí está.

—En efecto.

—¿No es verdad que es una aparición fatídica?

—A no dudarlo —respondió Bauchage.

—¿Creéis que sea un espía.?

—Ni lo creo ni lo dejo de creer.

—Mirad cómo se dirige del pabellón del príncipe al invernáculo.

—¿Está allí el pabellón? —preguntó Bouchage indicando con el dedo el punto de donde al parecer venía el desconocido.

—¿Veis esa luz que oscila en medio de los árboles?

—Sí.

—Pues ése es el comedor. —¡Ah! —dijo Enrique—, miradle otra vez.

—Nada; está visto que se dirige al invernáculo para reunirse con su compañero: ¿oís?

—El ruido de una llave al introducirla en la cerradura.

—Es cosa tan extraña —dijo el conde—, que a pesar de que esto nada tiene de particular...

—Os estremecéis, ¿no es eso?

—Sí —repuso el conde—, ¿pero qué más hay?

En aquel momento se oyó una especie de campana.

—Tocan a comer —exclamó el abanderado—, ¿queréis acompañarnos, conde?

—No, gracias, nada necesito, y cuando tenga hambre llamaré.

—No esperéis a eso y venid a divertirnos en nuestra compañía.

—No me es posible.

—¿Por qué?

—Porque casi me ha mandado Su Alteza Real que disponga me sirvan en mi aposento; pero no quiero que por mí os demoréis.

—Gracias, conde: buenas noches y vigilad bien a nuestro fantasma.

—Os respondo de que así lo haré, a no ser —continuó Enrique temiendo haber dicho demasiado—, a no ser que me acometa el sueño, lo cual creo más probable y más sano que andar acechando sombras y espías.

—Seguramente —dijo el abanderado riéndose.

Y se despidió de Bouchage.

Apenas había salido de la biblioteca, cuando Enrique se lanzó al jardín, diciendo:

—¡Oh!, es Remy, es Remy; le conocería hasta en las tinieblas del infierno.

Y conociendo el joven que le temblaban las rodillas, se llevó sus húmedas manos a la frente, la cual despedía fuego.

—¡Dios mío! —exclamó—, ¿será engaño de mi pobre imaginación, o está escrito que ya duerma, ya esté despierto, sea de noche o de día, he de ver siempre esas dos figuras que han abierto en mi vida un surco tan hondo? Efectivamente —prosiguió como hombre que conocía era preciso dominarse—, ¿por qué ha de estar aquí en este palacio y al lado del duque de Anjou, Remy? ¿Qué habrá venido a hacer? ¿Qué relaciones tiene con el duque? ¿Cómo, por último, habrá dejado a Diana, siendo como era su inseparable compañero? No, no es él.

Luego disipó su duda como por instinto una convicción tan íntima y profunda, que murmuró desesperado, recostándose en la pared para no dar con su cuerpo en tierra:

—Es él, es él.

Apenas acababa de formular este pensamiento que dominó todos los demás, sonó de nuevo el ruido de la cerradura, y aunque era casi imperceptible lo oyó.

Entonces recorrió todo su cuerpo un estremecimiento inexplicable, y se puso a escuchar de nuevo.

Tal era el silencio que reinaba en torno suyo, que oía los latidos de su propio corazón.

Unos cuantos minutos transcurrieron sin que viese aparecer lo que esperaba.

No obstante, el oído le decía que alguien se acercaba, porque oía crujir la arena.

De pronto se abrió la línea negra que formaban los ojaranzos⁴⁷, y le pareció que en aquel fondo sombrío se movía un grupo más sombrío aún.

—Ya vuelve —murmuró Enrique—; ¿vendrá solo o acompañado?

El grupo adelantaba por la parte en que la luna plateaba un espacio de terreno vacío, debiendo recordar que cuando el hombre de la gabardina atravesaba aquel espacio en dirección contraria fue cuando Enrique creyó conocer desde la ventana a Remy.

Aquella vez vio Enrique perfectamente dos sombras, sin que le quedase el menor asomo de duda. Un frío mortal invadió su corazón, convirtiéndose en una estatua de mármol.

Las dos sombras andaban con velocidad, si bien con paso firme, llevando la primera una gabardina de lana, y el conde creyó conocer a Remy lo mismo que anteriormente.

La que iba detrás no podía ser analizada, porque iba completamente envuelta en una capa de hombre.

No obstante Enrique creyó adivinar lo que nadie hubiera podido ver, y exhaló una especie de lastimero rugido.

En seguida, así que los dos misteriosos personajes desaparecieron detrás de los ojaranzos, el joven corrió tras ellos y fue entrando de bosquecillo en bosquecillo en pos de los que se había propuesto conocer.

—¡Oh! —decía sin dejar de andar—, ¿me habré equivocado, Dios mío. ¿Será posible?

⁴⁷ Variedad de jara de metro y medio de altura aproximadamente, ramosa, de tallos algo rojizos, hojas pecioladas, acorazonadas, lampiñas y grandes, flores en pedúnculos axilares de corola grande y blanca, y fruto capsular.

LXXXVI CERTEZA

Enrique se deslizó a lo largo del seto de ojaranzos por la parte en que daba la sombra, tomando la precaución de no hacer ruido, ora al pisar la arena, ora al tropezar con las hojas.

Teniendo como tenía que andar y mirar por él, no podía ver bien; pero, sin embargo, en el aire del cuerpo, en el traje y en los movimientos, conoció de nuevo que el hombre de la gabardina era Remy.

Respecto al otro, penetraban en su mente simples conjeturas, que eran para él más espantosas que la misma realidad.

El camino, cubierto a uno y otro lado de ojaranzos, iba a parar a un gran seto de espinos y a una pared de álamos que aislaba el resto de los jardines del pabellón del duque de Anjou, envolviéndolo con una cortina de verdura, en medio de la cual, como ya hemos dicho, desaparecía enteramente, estando como estaba aislado en un rincón del castillo. Había allí soberbios estanques, sombríos bosques atravesados por calles tortuosas y árboles gigantescos, sobre cuya copa vertía la luna olas de argentada luz, mientras que bajo esos mismos árboles era tan densa la sombra que no podía penetrar la vista.

Al aproximarse a aquel seto, conoció Enrique que iba a abandonar el valor, porque el infringir con tanta osadía las órdenes del príncipe y ser tan indiscreto y temerario, no era propio de un caballero leal y honrado, sino de un espía o de un hombre celoso que estuviese resuelto a todo.

Empero, al tiempo de abrir la barrera que separaba el jardín principal de otro más pequeño, el hombre hizo un movimiento que dejó a descubierto su rostro, y este rostro era en efecto el de Remy. Entonces cesaron los escrúpulos del conde, y llevó adelante su resolución a riesgo de cuanto pudiera sobrevenir.

Cuando volvió a cerrarse la puerta, Enrique saltó sobre los travesaños, y siguió a los que iban a visitar al príncipe.

Estos apresuraron el paso, y Enrique se encontró en una calle de castaños de Indias, a cuyo final se veía el pabellón alumbrado débilmente. No podía, pues, seguir con la misma facilidad que antes a los que se había propuesto acechar, porque con sólo volverse podían verle.

Además, le asaltó otro motivo de espanto al ver que el duque salía del pabellón, sin duda para recibir a Remy y su compañero.

Enrique se ocultó detrás del árbol más grueso que vio cerca, y aguardó.

Nada pudo ver sino que Remy saludó en voz baja, que su compañero hizo una reverencia de mujer, y no un saludo de hombre, y que, en extremo gozoso el duque, dio su brazo a este último, como podía hacerlo con una dama.

En seguida se dirigieron los tres hacia el pabellón, desapareciendo bajo el vestíbulo.

—Es forzoso acabar de una vez —dijo Enrique— y situarme en un sitio más cómodo desde donde pueda ver hasta la menor seña sin que me vean a mí.

Y se decidió por un bosquecillo situado entre el pabellón y las espalderas y en cuyo

centro vio una fuente; aquel asilo era impenetrable, pues no podía creerse fuera a sufrir el príncipe, y mucho menos de noche, la frescura y humedad que naturalmente se respiraba en derredor de aquella fuente.

Enrique se ocultó detrás de la estatua situada en el pedestal de la fuente, alargando el cuerpo todo lo que pudo y desde allí vio cuanto pasaba en el pabellón, cuya ventana principal se abría hacia donde él se hallaba.

Como nadie podía, o por mejor decir, no debía penetrar hasta allí, los de dentro no habían tomado precaución alguna.

En medio del aposento había una mesa servida con lujo y llena de vinos exquisitos contenidos en frascos de cristal de Venecia.

Delante de la mesa había dos sillas, como aguardando dos convidados, y el duque se dirigió hacia una de ellas, indicando la otra al compañero de Remy, cuyo brazo había soltado, e invitándole al parecer a que se quitase la capa, pues por muy cómoda que fuese para una excursión nocturna, era muy incómoda acabada ésta y cuando el objeto era cenar.

Entonces la persona a quien se había hecho la invitación, echó la capa sobre una silla y la luz de las bujías alumbró de lleno el semblante pálido y majestuosamente bello de una mujer a quien desde luego conocieron los espantados ojos de Enrique.

Era la dama de la casa misteriosa de la calle de los Agustinos, la viajera de Flandes, Diana, por último, cuyas miradas penetraban como la punta de un puñal.

A la sazón iba vestida con el traje propio de su sexo, teniendo puesto un vestido de brocado, y ostentando ricos diamantes en la garganta, los cabellos y las muñecas.

Con aquellos adornos resaltaba más y más la palidez de su rostro, y a no ser por el brillo que lanzaban sus ojos, hubiérase creído que el duque había evocado la sombra de aquella mujer, más bien que a la mujer misma, por medio de algún misterioso conjuro.

Respecto a Enrique, si no se hubiera apoyado en la estatua sobre que se había recostado cruzando los brazos más fríos que el mármol, habría caído en el pilón de la fuente.

El duque se hallaba enajenado de gozo, y devoraba con la vista a aquella maravillosa criatura, que se había sentado frente de él y apenas tocaba los manjares que le servían. De vez en cuando alargaba el cuello Francisco para besar la mano de su silenciosa y pálida convidada, quien acogía aquellos besos como si su mano fuese de alabastro, cuya transparencia y blancura tenía.

De vez en cuando también se estremecía Enrique, y llevábase la mano a la frente, enjugándose el frío sudor que de ella goteaba.

—¿Está viva o muerta? —se preguntaba.

El duque hacía los mayores esfuerzos y desplegaba toda su elocuencia para desarrugar aquella frente sombría.

Remy servía a aquellos dos personajes, pues el duque había alejado a todo el mundo, y tocando de vez en cuando con el codo a su ama al pasar por detrás de ella parecía que la reanimaba con aquel contacto, recordándola que vivía, o más bien la situación en que se hallaba.

Entonces aparecía en la frente de la joven una ola de bermellón, chispeándole los ojos, y se sonreía como si algún mago hubiese tocado merced a un oculto resorte a aquel

autómata dotado de inteligencia, produciendo la luz en el mecanismo de los ojos, el colorido en el de las mejillas y la sonrisa en el de los labios.

Luego volvía a quedarse inmóvil.

Sin embargo de esto se acercó a ella el príncipe y trató de animar a su nueva conquista con apasionados discursos.

Entonces Diana, que a intervalos miraba qué hora era en el magnífico reloj colgado sobre la cabeza del príncipe en la pared opuesta, hizo al parecer un esfuerzo sobre sí misma, y plegando con una sonrisa sus labios tomó una parte más activa en la conversación.

Enrique, oculto en su bosquecillo, se mordía los puños de rabia y maldecía todo lo creado, de las mujeres al mismo Dios.

Parecíale espantoso e inicuo que una mujer tan pura y severa se entregase como otra cualquiera al príncipe por ser príncipe, y al amor porque lo adoraba en aquel palacio.

El horror que le causaba Remy era tanto que hubiera sido capaz de abrirle las entrañas sin conmoverse, para ver si aquel monstruo tenía sangre y corazón de hombre.

Tal fue el paroxismo de rabia y desprecio que acometió a Enrique, en tanto el duque de Anjou se gozaba en aquella deliciosa cena.

Diana llamó al que servía la mesa, y acalorado el príncipe con los vapores del vino y las galanterías que había dicho, se levantó de la mesa dispuesto a abrazar a Diana.

Toda la sangre de Enrique se agolpó a las venas, y se llevó la mano al costado, primero por si tenía espada, y después al pecho por si hallaba un puñal.

Diana, con una sonrisa extraña, y que seguramente nunca había visto Enrique en ningún rostro humano, le contuvo diciendo:

—Monseñor, permitidme que antes de levantarme de la mesa, parta con Vuestra Alteza esa fruta que se me antoja comer.

Y alargó la mano hacia un canastillo de filigrana de oro, que encerraba veinte albérchigos⁴⁸ magníficos, cogiendo uno.

En seguida desató de la cintura un puñal muy bonito, cuya hoja era de plata y el mango de malaquita, dividió el albérchigo en dos partes, ofreció una al príncipe, el cual la tomó, llevándosela ansiosamente a la boca, como si besara la de Diana.

Aquella acción apasionada le produjo tal impresión, que obscureció su vista una nube al tiempo de morder la fruta.

Diana le miraba con sus claros ojos y su extraña sonrisa.

Remy, recostado en una columna de madera esculpida, le miraba también con aire sombrío.

El príncipe se pasó la mano por la frente y se enjugó algunas gotas de sudor, tragándose el pedazo que había mordido.

Aquel sudor era síntoma indudablemente de alguna indisposición repentina, pues mientras Diana comía la otra mitad del albérchigo el príncipe dejó caer lo que le quedaba de la suya sobre el plato, y haciendo un esfuerzo para levantarse invitó al parecer a su hermosa convidada a que saliese con él a tomar el aire en el jardín.

⁴⁸ Fruto del alberchiguero, árbol variedad del melocotonero. Su carne es recia, jugosa y de color amarillo muy subido, y su piel, amarillenta también, tiene una mancha sonrosada muy encendida por la parte que más le da el sol.

Diana se levantó, y sin pronunciar una palabra tomó el brazo que le ofrecía el duque.

Remy los siguió con la vista; mas sobre todo al príncipe, quien se repuso del todo con el aire libre.

Sin dejar de andar, enjugó Diana la hoja de su puñal en un pañuelo bordado de oro y lo introdujo en una vaina de escamilla.

De este modo llegaron muy cerca al bosquecillo en que se hallaba escondido Enrique.

El príncipe apretaba amorosamente contra su corazón el brazo de la joven, diciéndole:

—Me siento mejor, y no obstante tengo la cabeza muy pesada; está visto, señora, que amo demasiado.

Diana cogió unas cuantas flores de un jazmín: una rama de clemátide y dos soberbias rosas que entapizaban todo un lado del zócalo de la estatua, detrás de la cual se acurrucó Enrique espantado.

—¿Qué hacéis, señora? —preguntó el príncipe.

—He oído asegurar, monseñor —le contestó—, que el perfume de las flores es excelente remedio para los mareos, y estoy cogiendo un ramillete con la esperanza de que dándooslo yo tendrá el mágico influjo que deseo.

Pero al tiempo de querer reunir las flores del ramillete, dejó caer una rosa que el príncipe se apresuró a recoger galantemente.

Rápido fue el movimiento de Francisco; mas no tanto, sin embargo, que Diana no tuviese tiempo para verter en la otra rosa algunas gotas de un licor que llevaba en un frasquito de oro y que sacó del pecho.

En seguida tomó la rosa que el príncipe había recogido, y prendiéndosela de la cintura, exclamó: —Cambiamos, ésta es para mí.

Y en cambio de la rosa que recibía de manos del príncipe le alargó el ramillete.

El príncipe lo cogió presuroso, lo respiró con sumo gusto, y enlazó su brazo a la cintura de Diana; pero aquella presión voluptuosa acabó sin duda de turbar el sentido a Francisco, pues se le doblaron las piernas, y tuvo que sentarse en un banco de piedra que había allí.

Enrique; sin perder de vista a aquellos dos personajes, miraba también a Remy, quien esperaba en el pabellón qué fin tendría aquella escena, devorando con los ojos uno por uno todos los pormenores.

Cuando vio que el príncipe se tambaleaba, se acercó hasta el umbral del pabellón, ínterin Diana se sentó por su parte junto a Francisco.

El aturdimiento de éste duró aquella vez mucho más tiempo que la primera; con la cabeza inclinada sobre el pecho, el príncipe no podía coordinar sus ideas, casi no existía, y, no obstante, el movimiento convulsivo de sus dedos sobre la mano de Diana indicaba que por instinto proseguía en su amorosa quimera.

Al fin levantó lentamente la cabeza, y como su boca se hallaba a la altura del rostro de Diana, hizo un esfuerzo para besar a su hermosa convidada; pero la joven se levantó como si no hubiera advertido aquel movimiento.

—¿Estáis enfermo, monseñor? —dijo—, mejor será que entremos en el pabellón.

—¡Oh, sí, entremos! —exclamó el príncipe, loco de alegría—; sí, venid conmigo.

Y se levantó tambaleando; entonces, en vez de apoyarse Diana en su brazo, él fue quien se apoyó en el brazo de ésta, y gracias a este apoyo, pudo andar con más holgura, olvidando al parecer su mareo; como que enderezándose de repente, besó a la joven, casi por sorpresa, en el cuello.

Esta se estremeció como si en vez de la impresión del beso hubiera sentido un hierro ardiente y gritó:

—¡Remy, trae una luz!

Remy entró en el comedor y encendió en las bujías que ardían sobre la mesa una antorcha que tomó de un velador, acercándose con presteza a la entrada del pabellón con su luz en la mano.

—Aquí me tenéis, señora —repuso.

—¿Adonde va Vuestra Alteza? —preguntó Diana cogiendo la antorcha y apartando la cabeza.

—¡Oh!, ¡a mi aposento, a mi aposento!... Y vos me guiaréis, ¿no es cierto, señora? —replicó el príncipe, cada vez más enajenado.

—Con mucho gusto, monseñor —contestó Diana.

Y levantando en el aire la antorcha empezó a andar delante del príncipe.

Remy abrió una ventana situada en el fondo del pabellón y por ella salió una bocanada de aire que, dando en la antorcha que llevaba Diana, lanzó con una especie de furia toda la llama y el humo al rostro de Francisco, quien estaba colocado precisamente en la corriente del aire.

De este modo llegaron los dos amantes, pues por tales los tenía Enrique, luego de atravesar una galería, hasta la cámara del duque y desaparecieron detrás de la colgadura sembrada de flores de lis que servía de puerta.

Enrique vio cuanto hemos relatado con una rabia que cada vez iba aumentándose, y, sin embargo, tan grande era esa rabia, que estaba a punto de cesar.

Puede decirse que solamente le quedaban fuerzas para maldecir la suerte que le había impuesto una prueba tan cruel.

Había salido de su escondite, y aniquilado, con los brazos caídos y atonizados los ojos se disponía a regresar medio muerto al aposento que le habían destinado en palacio, cuando se abrió de pronto la puerta por donde acababa de ver desaparecer a Diana y al príncipe, y precipitándose en el comedor, la joven arrastró consigo a Remy, quien de pie e inmóvil sólo esperaba a que su ama volviese.

—Ven —le dijo—, pues ya está hecho todo...

Y ambos se lanzaron al jardín como si estuviesen ebrios, locos o furiosos.

Mas al verlos Enrique recobró todas sus fuerzas y saliéndoles al encuentro, los fugitivos le hallaron de pronto en medio de la calle, de pie, con los brazos cruzados y más terrible en su silencio que hombre alguno lo estuvo jamás amenazando. Efectivamente, Enrique había llegado a un grado de desesperación, que hubiese asesinado a todo el que hubiese sostenido que las mujeres no son unos monstruos salidos del infierno para manchar a la especie humana.

Así es que cogió a Diana por un brazo y la detuvo a pesar del grito de terror que lanzó la joven y del cuchillo que Remy le puso al pecho rozándole la carne.

—¡Oh! Indudablemente no me conocéis —dijo rechinándole los dientes de un modo espantoso—; yo soy el joven que os amaba, y a quien vos no quisisteis corresponder, porque para vos no había porvenir, sino pasado. ¡Ah!, sois tan hipócrita como bella... Y tú, infame embustero, al fin te conozco y os maldigo a ambos; sí, uno de vosotros me inspira desprecio y el otro horror.

—¡Dejadnos pasar! —exclamó Remy con voz sofocada por la ira—; dejadnos pasar, joven insensato, o si no...

—Bien —respondió Enrique—, acaba tu obra y mata mi miserable cuerpo, ya que también has introducido la muerte en mi alma.

—¡Silencio! —murmuró Remy furioso, hundiendo cada vez más la hoja del cuchillo, no sin que se oyese rasgar la carne del joven.

Empero Diana rechazó con violencia el brazo de Remy y cogiendo el de Bouchage, le contempló cara a cara.

Su palidez rayaba en un color amoratado; sus hermosos cabellos le caían sobre los hombros en completo desorden, y el contacto de su mano sobre la muñeca de Enrique era tan frío para este último como el de un cadáver.

—Caballero —exclamó—, no seáis temerario, ni así juzguéis las cosas que Dios dispone... Yo soy Diana de Meridor, querida del señor de Bussy, a quien el duque de Anjou dejó que matasen de un modo miserable no obstante que pudo salvarle. Hace ocho días que Remy dio de puñaladas a Aurilly, cómplice del príncipe, y en cuanto a éste, acabo de envenenarle con una fruta, un ramillete de flores y una antorcha. Paso, caballero, paso a Diana de Meridor, que desde aquí se encamina al convento de hospitalarias.

Dijo, y soltando el brazo de Enrique volvió a tomar el de Remy que le estaba aguardando. Enrique cayó de rodillas y en seguida de espaldas siguiendo con la vista el grupo que formaban los asesinos, los cuales desaparecieron por entre los bosques como una visión infernal.

Una hora había transcurrido, cuando agobiado de cansancio el joven, lleno de espanto y con la cabeza hecha un volcán, consiguió reunir sus fuerzas para arrastrarse hasta su aposento; pero tuvo que repetir diez veces la operación de escalar la ventana.

Cuando lo logró dio algunos pasos por la habitación; y tropezando acá y allá fue a tirarse en el lecho.

A la sazón todos dormían en palacio.

LXXXVII FATALIDAD

Al día siguiente, a eso de las nueve, un sol espléndido arrojaba sus dorados rayos sobre las arenosas calles de Chateau-Thierry.

Una multitud de trabajadores, buscados la víspera, comenzaban desde el amanecer a arreglar el jardín y aposentos destinados a albergar al rey, a quien se esperaba.

Nadie se movía, no obstante, en el pabellón donde descansaba el duque, pues el día antes prohibió a los dos criados que le despertasen, de suerte que tenían que aguardar a que llamara.

Serían las nueve y media cuando entraron en la población a la carrera dos correos de gabinete anunciando la próxima llegada de Su Majestad.

Los regidores, el gobernador y la guarnición formaron filas para que pasase entre ellas el regio acompañamiento.

A las diez apareció el rey en el declive de la colina, a caballo, pues tomó uno en la última parada, lo cual hacía siempre que entraba en las poblaciones, porque era muy buen jinete.

La reina madre marchaba detrás en litera, escoltando a ésta cincuenta caballeros lujosamente vestidos y bien montados.

Una compañía de guardias mandada por Crillon, ciento veinte suizos, igual número de escoceses al mando de Larchand, y la servidumbre con mulas, baúles y lacayos, formaban un ejército cuyas filas seguían las pintorescas revueltas del camino que hay que subir para ir desde el río a la cima de la colina.

Al fin entró la comitiva en la población entre el repique de las campanas, el estampido de la artillería y los acordes de la música.

Los vecinos prorrumpieron en vivas, pues el rey era una cosa tan rara en aquel tiempo, que, aun visto de cerca, parecía que había conservado un destello de la divinidad.

En vano buscó el rey a su hermano entre la multitud, pues sólo vio a Enrique de Bouchage en la verja del palacio.

Cuando entró en éste, preguntó Enrique III cómo estaba el duque de Anjou al oficial que tomó a su cargo el recibir al rey, y éste le respondió:

—Señor, hace unos días que Su Alteza habita en el pabellón del jardín, y hoy no le hemos visto. Sin embargo, como ayer estaba bien de salud, es probable que hoy lo estará también.

—¿Tan retirado es ese pabellón —preguntó el rey, descontento—, que no se oyen allí los cañonazos?

—Señor —se aventuró a decir uno de la servidumbre del duque—, quizá no le aguardaría tan pronto Su Alteza a Su Majestad.

—Eres viejo y loco —dijo Enrique refunfuñando—; ¿crees que el rey se presenta en una casa sin avisar antes al que la ocupa? El señor duque de Anjou conoce mi llegada desde ayer.

Luego, temiendo no fuese a contristar a todo el mundo, si ponía el rostro serio, Enrique,

que quería le tuvieran los franceses por un rey amable y bondadoso, dijo:

—Puesto que no sale a recibirnos iremos nosotros a buscarle.

—Mostradnos el camino —dijo Catalina desde el fondo de la litera.

Toda la escolta se dirigió al jardín; pero en el momento en que los guardias que iban delante llegaban al seto de ojaranzos, cruzó el viento un grito desgarrador y lúgubre.

—¿Qué es eso? —dijo el rey volviéndose hacia su madre.

—¡Dios mío! —murmuró Catalina, procurando leer en todos los rostros qué significaba aquel grito,

—¡Príncipe mío! ¡Pobre señor duque! —gritó un criado de Francisco, asomándose a una ventana con muestras del más profundo dolor.

Todos corrieron hacia el pabellón, incluso el rey, quien llegó cuando levantaban del suelo al duque de Anjón: su ayuda de cámara había entrado, aunque sin permiso, para anunciar la llegada del rey, y al contemplar al príncipe tendido en la alfombra de su dormitorio, lanzó el grito que puso en alarma a toda la comitiva.

Frío el príncipe y tieso, no daba otras señales de vida que un movimiento extraño de los párpados y una contracción nerviosa de los labios.

El rey se paró en el umbral de la puerta y todo el mundo se colocó detrás de él.

—¡He aquí un pronóstico malo si los hay! —se dijo,

—Retiraos, hijo mío —le dijo Catalina—, yo os lo ruego.

—¡Pobre Francisco! —dijo Enrique, satisfecho de que le despidiesen y de no presenciar el espectáculo de aquella agonía.

Todo el tropel de guardias y cortesanos se escabulló tras el rey, y Catalina se arrodilló al lado del príncipe sin más compañía que la de los dos ancianos criados. —¡Es cosa extraña! —murmuró.

Y mientras que corrían a la población en busca del médico del príncipe y salía para París un correo de gabinete con objeto de apresurar la llegada de los médicos de cámara, que se habían quedado en Meaux con la reina, ella examinaba, no con tanto saber, sin duda, pero sí con la misma perspicacia que hubiera podido hacerlo Mirón, los diagnósticos de aquella enfermedad singular que costaba la vida a su hijo.

Como la florentina era mujer de experiencia, lo primero que hizo fue interrogar fríamente y sin atemorizarlos a los dos criados, quienes se arrancaban los cabellos desesperados y se golpeaban el rostro.

Ambos respondieron que el príncipe entró en el pabellón la noche antes de regreso de palacio, adonde tuvo que ir de mala gana a fin de dar una audiencia al conde de Bouchage, emisario del rey.

En seguida añadieron que concluida aquella audiencia mandó le preparasen una delicada cena, dio orden de que ninguno se presentase en el pabellón sin que él llamase; y, por fin, encargó terminantemente que no le despertaran por la mañana, o que nadie entrase en su aposento sin su permiso.

—Sin duda esperaré alguna querida —dijo Catalina.

—Así lo creemos, señora —contestaron los criados con humildad—; pero la discreción nos impidió asegurarnos de ello.

—Sin embargo, cuando quitasteis la mesa, ¿no conocisteis si mi hijo había cenado solo o acompañado?

—Como monseñor había ordenado que nadie entrase en el pabellón, tampoco nosotros quitamos la mesa, señora.

—¿Conque es decir que nadie ha entrado aquí?

—Nadie, señora.

—Retiraos.

Y Catalina se quedó absolutamente sola.

Entonces, dejando al príncipe en el lecho en la misma postura en que había sido colocado, comenzó a investigar minuciosamente uno por uno los síntomas o rastros que se presentaban a su vista, confirmando sus sospechas o temores.

La frente de Francisco tenía un color negruzco; en torno de sus ensangrentados ojos aparecía un círculo azul, y en sus labios un surco parecido al que deja el azufre derretido en la carne viva.

Esto mismo notó Catalina en las venas y en la punta de la nariz.

—Registremos ahora —dijo mirando en torno del príncipe.

Y lo primero que vio fue la antorcha completamente consumida que la noche anterior encendió Remy.

—Esta antorcha ha estado ardiendo mucho tiempo —dijo—, y de consiguiente Francisco ha debido permanecer en este aposento algunas horas... ¡Ah!, veamos este ramillete que está sobre el tapiz.

Catalina lo tomó precipitadamente, y notando que todas las flores se mantenían frescas, menos una rosa que estaba ya seca y algo negra, murmuró:

—¿Qué es esto? ¿Qué han vertido sobre las hojas de esta flor?... Si no me equivoco, conozco yo un licor que marchita de este modo las rosas.

Y alejó de sí el ramillete estremeciéndose.

—Esto explica el surco de la nariz y la disolución de las carnes de la frente; mas, ¿y los labios?

Catalina corrió al comedor y conoció que los criados no habían mentido, pues nada indicaba que se hubiese tocado al servicio de mesa después de acabada la cena.

Lo que más llamó la atención de Catalina fue medio albérchigo que había en el borde de la mesa, y que tenía impreso un medio círculo de dientes.

Aquella fruta, tan encarnada por dentro, se había puesto negra ni más ni menos que la rosa, adquiriendo un color esmaltado de pardo-violeta; y donde más se notaba la acción corrosiva era en el sitio por donde debió pasar el cuchillo al tiempo de partirla.

—Ya tenemos lo de los labios —dijo—; pero Francisco solamente ha comido un bocado de esta fruta, y no ha tenido mucho tiempo en la mano este ramillete, cuyas flores todavía están frescas: el mal, pues, tiene remedio aún, porque el veneno no ha debido penetrar mucho... Mas si sólo ha obrado en la superficie, ¿de qué nace esa parálisis tan completa? ¿Por qué es tan rápida la descomposición? Sin duda hay algo más que ver.

Y diciendo estas palabras, Catalina miró en torno suyo, viendo colgado de un palo color de rosa a que lo ataban de noche con una cadena de plata, el papagayo encarnado y azul

que tanto quería Francisco.

El pobre pájaro estaba muerto, agarrotado y con las alas erizadas.

Catalina fijó la vista ansiosamente en la antorcha de que ya se había ocupado, para asegurarse por su completa combustión que el príncipe había entrado temprano en el pabellón.

—¡El humo! —exclamó Catalina para sí—, la antorcha estaba envenenada y mi hijo no tiene remedio.

En seguida llamó y la cámara se llenó de oficiales y criados.

—¡Mirón! ¡Mirón! —gritaban unos.

—¡Un sacerdote! —exclamaban otros.

Pero Catalina aplicaba en tanto a los labios de Francisco un frasquito que siempre llevaba en su bolso, y examinó las facciones de su hijo para ver qué efecto causaba el contraveneno.

El duque abrió los ojos y la boca, mas ni de sus ojos salió una mirada, ni de su boca salió una voz.

Catalina, muda y con ceñudo semblante, se alejó de la cámara diciendo por señas a los dos criados que la siguiesen antes de que hubiesen podido hablar con nadie.

Entonces los condujo a otro pabellón donde se sentó, fijando en ambos la vista.

—El señor duque de Anjou —les dijo— ha sido envenenado anoche en la cena, y vosotros sois los que habéis servido esa cena.

Al escuchar estas palabras se pusieron los dos tan pálidos como la muerte.

—Que nos den tormento —exclamaron—, pero que no se nos acuse.

—Sois unos imbéciles. ¿Creéis que si yo sospechara de vosotros no se hubiera hecho ya lo que decís? Bien sé que vosotros no habéis asesinado a vuestro amo; pero otros le han envenenado y es necesario que yo sepa quiénes son esos asesinos. ¿Quién ha entrado en el pabellón?

—Un viejo muy mal vestido a quien monseñor hacía dos días que recibía.

—Mas, ¿y la mujer?

—Nosotros no la hemos visto. ¿De qué mujer habla Vuestra Majestad?

—Aquí ha venido una mujer que ha hecho un ramillete...

Los dos criados se miraron con tal sencillez que Catalina comprendió que eran inocentes.

—Que vayan a buscar al gobernador —dijo entonces—, y al intendente de palacio.

Los dos ayudas de cámara se precipitaron hacia la puerta; mas Catalina les detuvo en el umbral diciéndoles:

—Oíd una palabra antes; sólo vosotros y yo sabemos lo que acabo de deciros: yo no seré quien lo revele; y así si alguien llega a saberlo será por uno de vosotros; pero ese día moriréis ambos. ¡Idos!

Catalina interrogó igualmente, aunque no tan a las claras, a los dos gobernadores, diciéndoles que el duque había recibido por conducto de cierta persona una mala noticia que hubo de afectarle profundamente; que de aquello nacía su enfermedad y que preguntando de nuevo a la indicada persona sin duda se repondría el duque de su alarma.

Los gobernadores mandaron registrar en la ciudad, el jardín y sus alrededores; pero nadie supo dar razón de Remy y Diana.

Enrique era el único que estaba en el secreto; pero no había peligro de que lo revelase.

Comentada la noticia durante todo el día, exagerada y desfigurada, corrió por Chateau-Thierry y la provincia, explicando cada cual, según su carácter e inclinaciones, la desgracia acaecida al duque.

Pero ninguno, exceptuando Catalina y Bouchage, sospechó que el duque era hombre muerto.

El desventurado príncipe no recobró la voz ni los sentidos, o por mejor decir, no dio la menor señal de inteligencia.

Tocante al rey, lleno de impresiones a cuál más lúgubre, que era lo que más temía en el mundo, de buena gana hubiera querido regresar a París: pero la reina madre se opuso a esta marcha y la corte no tuvo otro remedio sino quedarse en el castillo.

Los médicos acudieron en tropel, y Mirón fue el único que adivinó la causa del mal y comprendió la gravedad; mas era muy buen cortesano para ir a decir la verdad, sobre todo así que consultó con la vista a Catalina.

Así es que, viendo que todo el mundo le hacía preguntas, contestó efectivamente que el duque había sufrido grandes pesadumbres y sostenido un choque violento.

Con esto no se comprometía, lo cual es difícilísimo en tales casos.

Cuando Enrique III le pidió contestase afirmativa o negativamente a esta pregunta:

—Dentro de tres días lo diré a Vuestra Majestad —contestó el médico.

—¿Y a mí qué me dices? —preguntó Catalina en voz baja.

—A vos, señora, es diferente; os responderé sin vacilar.

—¿Qué?

—Pregúnteme Vuestra Majestad.

—¿Cuándo morirá mi hijo, Mirón?

—Mañana a la noche habrá ya muerto.

—¡Tan pronto!

—¡Ah!, señora —repuso el médico—, la dosis era demasiado fuerte para que así no suceda.

Catalina se llevó un dedo a los labios, miró al moribundo, y repitió en voz baja su palabra de mal agüero.

LXXXVIII

LAS HOSPITALARIAS

El conde pasó una noche espantosa, en un estado que se parecía mucho al delirio y la muerte.

No obstante, cumpliendo fielmente con sus deberes, apenas oyó anunciar la llegada del rey, se levantó y le recibió en la verja como ya hemos dicho; pero después de rendir homenaje a Enrique, saludar a la reina madre y dar la mano al almirante, volvió a encerrarse en su estancia, no decidido a morir sino a poner en ejecución su proyecto, que nada era bastante a echar por tierra.

Así es que a eso de las once de la mañana, es decir, cuando de resultas de haberse difundido la noticia fatal se dispersó todo el mundo dejando al rey enteramente aturdido con aquel acontecimiento, Enrique fue a llamar a la puerta de su hermano, quien había pasado parte de la noche de servicio, y acababa de retirarse a su aposento.

—¡Ah! ¿Eres tú? —preguntó Joyeuse medio dormido—: ¿qué hay?

—Vengo a despedirme de ti, hermano —repuso Enrique.

—¿Cómo a despedirte? Pues qué, ¿te vas?

—Sí, hermano, porque ya nada me detiene aquí.

—¿Cómo nada?

—Seguramente; como no se celebran las funciones a que queríais concurrir, estoy libre de mi promesa.

—Te engañas, Enrique —respondió el gran almirante—; pues así como ayer te encargué continuaras aquí, hoy no te permito que te vayas.

—Corriente, hermano, pero en ese caso tendré el sentimiento, por la primera vez de mi vida, de desobedecer tus órdenes, y faltarte al respeto, porque desde ahora te digo que nada me impedirá abrazar la carrera religiosa.

—¿Pero y la dispensa que debe venir de Roma?

—La esperaré en un convento.

—¡Sin duda estás loco! —exclamó Joyeuse levantándose estupefacto.

—Al contrario, querido hermano, yo soy el más cuerdo de todos, puesto que soy el único que sé bien lo que me hago.

—¿Pero no nos prometiste que esperarías un mes?

—Es imposible, hermano.

—Pues siquiera ocho días.

—Ni una hora.

—¡Mucho debes sufrir, pobre Enrique!

—Al contrario, por lo mismo que he dejado de sufrir, comprendo que el mal no tiene remedio.

—Pero al fin esa mujer no será de bronce; quizá podamos enternecerla.

—Nadie puede hacer cosas imposibles, Ana: por otra parte, aun cuando se dejase ablandar, ahora soy yo quien no consentiría en amarla,

—¡Esa es otra!

—Te lo digo como lo siento, hermano.

—¡Cómo! ¿De modo que si ella te quisiese, tú no la querrías a ella? Eso es de rabia, ¡voto a Dios!

—¡Oh!, no, te aseguro que no —exclamó Enrique haciendo un movimiento de espanto—; nada puede haber ya entre nosotros.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Joyeuse con sorpresa—; ¿quién es esa mujer? Vamos, Enrique, habla, pues ya sabes que siempre nos hemos comunicado nuestros secretos.

Enrique temió haber dicho demasiado, y aun (con dejarse llevar del sentimiento que le animaba) haber abierto una puerta por donde pudiera penetrar el ojo investigador de su hermano hasta descubrir el terrible secreto que encerraba su corazón. Cayó, pues, en el exceso contrario, y como sucede siempre en tales casos, queriendo recoger las palabras imprudentes que había pronunciado, pronunció otras mucho más imprudentes.

—Hermano —dijo—, no tienes que hostigarme; esa mujer jamás será mía, porque pertenece a Dios.

—Todo eso es pura patraña; esa mujer será una beatona y te ha mentido.

—No, hermano, no ha mentido, pues es hospitalaria; no nos ocupemos de ella, y respetemos a cuantos se refugian en brazos del Señor.

Como Ana tenía sumo dominio sobre sí, supo demostrar a Enrique la alegría que le causaba aquella revelación.

Así es que prosiguió:

—Todo eso es nuevo, puesto que nunca me has hablado de ello.

—En efecto, es nuevo, porque hace poco tiempo que ha tomado el velo; pero estoy seguro que su resolución es tan irrevocable como la mía. De consiguiente, no me detengas por más tiempo, hermano, dame un abrazo con igual cariño que siempre, y deja que te dé las gracias por lo bondadoso que has sido para conmigo, la paciencia con que has sufrido mis molestias, y el afecto entrañable que siempre has sentido por un pobre loco como yo.

Joyeuse miró a su hermano sin decir una palabra, como un hombre enternecido que cuenta con su enternecimiento para persuadir a otro; pero Enrique conservó su firmeza, contestando únicamente con su eterna y melancólica sonrisa.

Joyeuse abrazó a su hermano, y le dejó marchar, diciendo para sí:

—Vete, que por mucha prisa que te des, no tardaré en atraparte.

Y se fue en busca del rey, a quien encontró almorzando en la cama con Chicot al lado.

—Buenos días, buenos días —dijo Enrique a Joyeuse—; me alegro mucho de verte, Ana; temía fueses tan perezoso que permanecieses todo el día en cama. ¿Cómo está mi hermano?

—¡Ay, señor, nada sé, y venía a hablaros del mío!

—¿De cuál de ellos?

—De Enrique.

—¿Se obstina en encerrarse en un convento?

—Más que nunca.

—¿Y está decidido a profesar?

—Sí, señor.

—Hace bien.

—¿Cómo, señor?

—Sí, porque es el camino más recto para ir al Cielo.

—¡Oh —dijo Chicot al rey—, más pronto se llega por el que ha emprendido tu hermano!

—Señor, ¿me permite Vuestra Majestad que le haga una pregunta?

—No una, sino veinte, Joyeuse, porque me aburro en Chateau-Thierry, y tus preguntas me distraerán algo.

—Señor, ¿conoce Vuestra Majestad todas las religiones del reino?

—Tanto como la heráldica.

—¿Tiene a bien Vuestra Majestad decirme qué son hospitalarias?

—Son una comunidad muy distinguida, rígida y severa, que se compone de veinte señoras canonesas de San José.

—¿Y profesan?

—Sí, mas se necesita un favor especial, y que las proponga la reina.

—¿Será una indiscreción preguntar a Vuestra Majestad dónde está situado ese convento?

—No: se encuentra en la calle de la Cabecera de San Leandro, en la Cité, detrás del claustro de Nuestra Señora.

—¿En París?

—En París.

—Gracias, señor.

—Mas, ¿por qué diablos me preguntas todo eso? ¿Ha variado tu hermano de modo de pensar, y en vez de meterse a capuchino, quiere ser hospitalaria?

—No, no lo creo tan loco que quiera hacer lo que dice Vuestra Majestad; mas sospecho que se le ha ido la cabeza por alguna de esas comunidad, y quisiera descubrir quién es para hablarle.

—Juro a Dios —exclamó el rey con aire de un bienaventurado— que hace siete años conocí a una superiora muy linda en ese convento.

—Pues bien, señor; tal vez será la misma.

—No lo sé, porque también yo me hice después religioso, o poco menos.

—Señor —exclamó Joyeuse—, déme Vuestra Majestad una carta para esa superiora y licencia para dos días.

—Si me dejas —exclamó el rey—, me voy a quedar solo aquí.

—¡Ingrato! —replicó Chicot encogiéndose de hombros—; ¿y yo no soy nadie?

—La carta, señor, si Vuestra Majestad no lo lleva a mal —dijo Joyeuse.

El rey dio un suspiro y se puso a escribir.

—Pero tú nada tienes que hacer en París —dijo Enrique entregando la carta a Joyeuse.

—Dispensadme, señor, pero tengo que ir escoltando a mi hermano, o a lo menos vigilándole.

—Tienes razón: vete, pues, y vuelve pronto.

Joyeuse no aguardó a que le repitieran el permiso; pidió caballos sin estrépito, y seguro de que Enrique se había ya marchado, se dirigió a galope a su destino.

Sin quitarse siquiera las botas de montar hizo el joven que lo llevasen a la calle de la Cabecera de San Leandro.

Dicha calle iba a parar a la del Infierno y a la de los Marmosetes, paralela a ella.

Un edificio obscuro y venerable, detrás de cuyas paredes se divisaban las elevadas copas de algunos árboles, ventanas escasas y enrejadas, y una puerta que más bien podía llamarse postigo; tal era el aspecto que por fuera presentaba el convento de hospitalarias.

En la clave de la bóveda del pórtico veíase una inscripción torpemente grabada a cincel, que decía:

MATRONA DE HOSPITES

El tiempo había medio corroído la piedra, y con ella la inscripción.

Joyeuse empujó el postigo, y mandó que condujesen sus caballos a la calle de los Marmosetes, temiendo no hiciese demasiado ruido su presencia en la del convento.

Luego llamó a la reja del torno, diciendo:

—Tened la bondad de avisar a la señora superiora que el duque de Joyeuse, gran almirante de Francia, quiere hablar con ella de parte del rey.

El rostro de la religiosa que se había presentado en la reja se enrojeció debajo de su toca, y el torno volvió a cerrarse.

Cinco minutos más tarde se abrió una puerta, y Joyeuse entró en el locutorio.

Una mujer hermosa y de elevada estatura hizo a Joyeuse una profunda reverencia, y el almirante respondió con otra como hombre religioso y mundano que era.

—Señora —dijo—, el rey sabe que debéis admitir o haber admitido en clase de novicia una persona con quien tengo que hablar: tened, pues, la bondad de ponerme en comunicación con ella.

—¿Queréis decirme cómo se llama, caballero?

—Lo ignoro, señora.

—Entonces, ¿cómo queréis que acceda a vuestra petición?

—Nada más sencillo, ¿a quién habéis admitido de un mes a esta parte?

—Ora me designéis positivamente esa persona, ora me la indiquéis solamente —dijo la superiora—, no podré satisfacer vuestro deseo.

—¿Por qué?

—Porque de un mes a esta parte no he recibido a nadie a no ser esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí, señor duque, y bien comprendéis que llegando como llegáis dos horas después que

ella, vuestra venida tiene visos de persecución, y no puedo autorizaros para que le habléis.

—Os lo suplico, señora.

—Es imposible, caballero.

—Me contentaré con que me enseñéis esa dama.

—Os digo que es imposible... además, vuestro nombre ha bastado para que os abra la puerta de mi convento; mas para hablar con alguno, excepto yo, se necesita que el rey lo mande por escrito.

—Aquí tenéis una orden de Su Majestad, señora —contestó Joyeuse dándole la carta de Enrique.

La superiora la leyó, e inclinándose, dijo:

—Cúmplase la voluntad de Su Majestad aun cuando contraría la de Dios.

Y se dirigió hacia el patio del convento.

—Ahora, señora —dijo Joyeuse deteniéndola cortésmente—, ya veis que el derecho está de mi parte; pero temo equivocarme; quizá no sea ésa la dama que yo busco; ¿queréis tener la bondad de decirme cómo es que ha venido aquí, por qué y quién la acompañaba?

—Todo eso es en balde, señor duque —replicó la superiora—; no os equivocáis; esa dama que ha llegado al convento esta mañana al cabo de quince días que hace que la estamos aguardando, esa dama que me ha recomendado una persona que ejerce sobre mí una autoridad omnímoda, es la persona a quien necesita hablar el señor duque de Joyeuse.

Dicho esto, la superiora hizo otro saludo al duque y desapareció.

Al cabo de diez minutos volvió acompañada de una monja hospitalaria cuyo rostro ocultaba por completo un tupido velo.

Aquella monja era Diana, que ya se había puesto el hábito de la orden.

El duque dio gracias a la superiora, ofreció un escabel⁴⁹ a la tapada, se sentó y la superiora salió, cerrando las puertas del sombrío y obscuro locutorio.

—Señora —dijo entonces Joyeuse sin preámbulos—, vos sois la dama de la calle de los Agustinos, la mujer misteriosa a quien mi hermano el conde Bouchage ama locamente.

La hospitalaria inclinó la cabeza para responder, pero no habló.

Aquello le pareció a Joyeuse una impolítica; y como tenía prevención contra su interlocutora, prosiguió:

—Ya sabéis, señora, que no basta ser bella o pasar por tal; no tener corazón, producir una pasión miserable en el alma de un joven que ostenta mi apellido, y decir a ese joven: "tanto peor para vos si es que tenéis corazón, yo no lo tengo ni quiero tenerlo."

—Yo no he dicho eso, caballero, y estáis mal informado —repuso la hospitalaria con un tono de voz tan noble e interesante, que Joyeuse depuso su enfado momentáneamente.

—La poca o mucha exactitud en las palabras, nada hace al caso, señora; la verdad es que habéis rechazado el amor de mi hermano, reduciéndolo a la desesperación.

—Ha sido inocentemente, caballero, pues siempre he tratado de alejar de mí al señor de Bouchage.

⁴⁹ Asiento pequeño hecho de tablas, sin respaldo.

—Eso se llama coquetería, señora, y el resultado constituye la falta.

—Nadie tiene derecho para acusarme, caballero; de nada soy culpable, y si os enfurecéis contra mí no contestaré.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó Joyeuse acalorándose más y más—, habéis perdido a mi hermano y creéis justificaros con esa majestad provocadora; no, no; el paso que doy debe probaros mi intención; estoy serio, os lo juro, y ya conoceréis en el temblor de mis manos y labios que necesitáis emplear muy buenos argumentos para ablandarme.

La hospitalaria se levantó y dijo con la misma sangre fría:

—Si habéis venido aquí para ultrajar a una mujer, insultadme, caballero, pero si habéis venido para hacer que mude de dictamen, retiraos, porque perdéis el tiempo en vano.

—¡Ah!, está visto que no sois criatura humana —exclamó Joyeuse desesperado—, ¡sino un demonio!

—Había dicho que no contestaría, pero ahora hago más, me retiro.

Y la hospitalaria dio un paso hacia la puerta; pero Joyeuse la detuvo exclamando:

—¡Ah!, aguardad un momento; hace mucho tiempo que os busco para que vaya a dejaros ir de ese modo; y puesto que al fin he conseguido dar con vos, puesto que al fin me he confirmado, al ver que carecéis de sensibilidad, en la idea que ya se me había ocurrido de que sois una criatura infernal, enviada por el enemigo de los hombres para perder a mi hermano, quiero ver ese rostro en que Satanás ha escrito sus negros designios; quiero ver el brillo de esa mirada fatal que perturba los ánimos. ¡Fuera esos tapujos del diablo!

Y haciendo Joyeuse la señal de la cruz con una mano a manera de exorcismo, arrancó con la otra el velo que cubría el rostro a la hospitalaria; pero muda ésta, impasible, sin enfurecerse, sin reconvenirle siquiera, fijó su dulce mirada en el que la estaba ultrajando con tanta crueldad, y dijo:

—¡Oh!, señor duque, lo que habéis hecho es indigno de un caballero.

Joyeuse se sintió herido en el corazón; tanta mansedumbre disipó su cólera, tanta hermosura trastornó su razón.

—Seguramente —murmuró al cabo de un gran rato de silencio—, seguramente sois bella, y no es extraño que Enrique se halle enamorado de vos; mas Dios os ha concedido la hermosura para esparcirla como un perfume sobre la existencia enlazada a la vuestra.

—Caballero, no habéis hablado con vuestro hermano, o si habéis hablado, no ha creído a propósito depositar en vos su confianza, pues de otra manera os hubiera contado que he hecho eso que decís; he amado, y no volveré a amar; he vivido y debo morir.

Joyeuse no dejaba de contemplar a Diana, y la llama de sus penetrantes miradas se filtró hasta el fondo de su alma, lo mismo que esos chorros de fuego volcánicos que derriten el bronce de las estatuas solamente con pasar cerca de ellas.

Aquel rayo devoró la parte material en el corazón del almirante; sólo quedó en él oro puro, y crujía como el crisol con la violencia de metal fundido.

—¡Oh!, sí —dijo de nuevo en voz más baja y fijando en ella más y más sus ojos, en los cuales estaba pintado el fuego de la rabia—. ¡Oh!, sí, Enrique ha debido enamorarse de vos... ¡Por piedad, señora, os pido de rodillas que améis a mi hermano!

Diana permaneció fría y silenciosa y el duque prosiguió:

—No reduzcáis una familia a la agonía, no destruyáis el porvenir de nuestra raza, no hagáis que uno muera de desesperación y los otros de sentimiento.

Diana no respondía y continuaba mirando tristemente al hombre que se inclinaba ante ella en ademán suplicante.

—¡Oh! —exclamó al fin Joyeuse apretándole furiosamente el corazón con una mano crispada—, ¡oh, compadeceos de mi hermano y de mí, a quien devoran vuestras miradas!... ¡Adiós, señora, adiós!

Se levantó como un loco, corrió o más bien arrancó los cerrojos de la puerta del locutorio, y se encaminó desatinado adonde se hallaban sus criados, los cuales le estaban esperando en el rincón de la calle del Infierno.

LXXXIX
MONSEÑOR EL DUQUE DE GUISA

El domingo 10 de junio, a las once poco más o menos, hallábase reunida toda la corte en la cámara que había antes de llegar al gabinete en que, desde su encuentro con Diana de Meridor, estaba agonizando el duque de Anjou de una manera fatal.

Ni la ciencia de los médicos, ni la desesperación de su madre, ni las rogativas que el rey mandó hacer habían conjurado aquel suceso supremo.

Mirón declaró al rey aquella misma mañana que el mal no tenía remedio, y que Francisco de Anjou iba a expirar de un momento a otro.

El rey aparentó gran sentimiento, y volviéndose a los que estaban presentes, dijo:

—Esta desgracia va a dar muchas esperanzas a nuestros enemigos.

A lo cual respondió la reina madre:

—Nuestros destinos dependen de Dios, hijo mío.

Chicot, que se mantenía humilde y contrito al lado de Enrique III, agregó en voz baja:

—Señor, ayudemos a Dios en sus obras siempre que podamos.

El enfermo perdió, a eso de las once y media, el color y la vista; su boca, que había permanecido abierta hasta entonces, se cerró; el flujo de sangre, que había espantado hacía algunos días a cuantos lo presenciaron, como antiguamente el sudor de sangre de Carlos IX, se contuvo de pronto y se enfriaron todas las extremidades de su cuerpo.

Enrique se hallaba sentado a la cabecera del lecho de su hermano.

Catalina, colocada en el hueco que quedaba entre el lecho y la pared tenía cogida una mano helada del moribundo.

El obispo de Chateau-Thierry y el cardenal de Joyeuse rezaban el oficio de difuntos, que todos los concurrentes repetían de rodillas y con las manos cruzadas.

A eso del mediodía abrió los ojos el enfermo, al mismo tiempo que el sol rompía una nube e inundaba el lecho de una aureola de oro.

Francisco, que hasta entonces no había podido mover ni un dedo, y cuya inteligencia había sido velada como el sol que acababa de aparecer, levantó un brazo hacia el cielo como espantado.

Miró en su derredor, oyó rezar, sintió su mal y debilidad y adivinó por último su situación, quizá porque entreveía ya ese mundo obscuro y fatídico a que van ciertas almas cuando abandonan la tierra.

Entonces arrojó un grito y se golpeó la frente con una fuerza que estremeció a cuantos se hallaban presentes.

En seguida, frunciendo el ceño como si acabase de leer en su pensamiento uno de los misterios que envolvía su vida, murmuró:

—¡Bussy! ¡Diana!

Nadie sino Catalina percibió esta última palabra, porque el moribundo la articuló con voz sumamente débil.

Con la última sílaba de aquel nombre, exhaló Francisco de Anjou su último suspiro.

En aquel mismo instante, por una coincidencia extraña, el sol que doraba el escudo de armas de Francia y las flores de lis de oro desapareció, de modo que aquellas flores de lis tan brillantes hacía un segundo, se volvieron tan sombrías como el azul que antes entoldaban como una constelación, casi tan refulgente como la que va a buscar en el Cielo el hombre que sueña.

Catalina dejó caer la mano de su hijo, Enrique III se estremeció y se apoyó temblando sobre el hombro de Chicot, quien temblaba por el respeto que a todo cristiano inspiran los muertos.

Mirón acercó una patena de oro a los labios de Francisco, y al cabo de tres segundos de examen, dijo:

—Monseñor ha muerto.

De cuyas resultas salió de las antecámaras un prolongado gemido como para formar acompañamiento con el salmo que rezaba el cardenal a media voz:

Cedant iniquitates, mece ad vocem deprecationis mece.

—¡Ha muerto! —repitió el rey santiguándose en el fondo de su sillón—: ¡Hermano mío! ¡Hermano!

—El único heredero del trono de Francia —murmuró Catalina, quien separándose del difunto, se acercó al hijo que le quedaba.

—¡Oh! —exclamó Enrique—, el trono de Francia es demasiado vasto para un rey que no tiene posteridad; la corona es muy ancha para una cabeza sola... Sin hijos ni herederos, ¿quién me sucederá en el trono?

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando se oyó un gran ruido en la escalera y las salas, y Nambu apareció en la cámara mortuoria anunciando:

—Su Alteza monseñor el duque de Guisa.

Inmutado el rey al oír esta respuesta, dada a la pregunta que se había hecho a sí mismo, se levantó extremadamente pálido y miró a su madre.

Catalina estaba más pálida aún que su hijo; mas al oír anunciar la horrible desgracia que una casualidad auguraba a su raza, cogió al rey la mano, y se la apretó como diciéndole:

—Ahí tienes el peligro... pero nada temas, que yo estoy a tu lado.

El hijo y la madre comprendieron su mutuo terror y su misma amenaza.

El duque penetró en la cámara seguido de sus ayudantes, con la frente erguida; pero buscó con la vista algo turbado o al rey o el lecho mortuario de su hermano Enrique III, de pie y con esa majestad suprema de que solamente él sabía revestirse en ciertos momentos, porque era de una índole tan extraña como poética, detuvo al duque en su marcha con un ademán de soberano, que quería decir contemplase en el lecho el regio cadáver desfigurado por la agonía.

El duque se inclinó hincándose lentamente de rodillas, y cuantos le rodeaban humillaron la cerviz ante la muerte.

Enrique III fue el único que permaneció en pie con su madre, y en sus ojos brilló por la vez postrera una mirada de orgullo.

Chicot sorprendió esta mirada, y recitó en voz baja este versículo de los Salmos:

Dejiciet potentes de sede, et exaltabit humiles.

"Caerá del trono el hombre poderoso, y subirá a él el que se humilla."

FIN

(El libro acaba aquí, aunque diversas tramas de la historia no quedan definitivamente rematadas, como tampoco se desarrolla el acontecimiento histórico crucial de "Los Cuarenta y Cinco", que es el prendimiento y asesinato del Duque de Guisa, el posterior asesinato de Enrique III en una trama urdida por la Duquesa de Montpensier y el advenimiento al trono francés de Enrique de Navarra. Por tanto, todo indica que Alejandro Dumas tenía en mente publicar un segundo tomo de este libro o una continuación, algo que desgraciadamente no llegó nunca a suceder).